



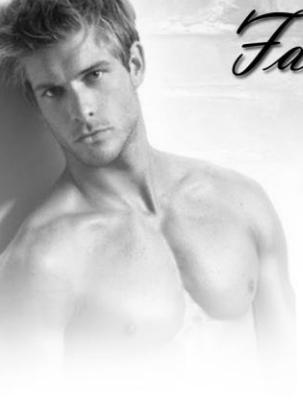
SEDUCED IN THE
dark

CJ Roberts

Fallen Angels

Fallen Angels

C.J. Roberts



C.J. ROBERTS

SEDUCED IN THE DARK

2

THE DARK DUET LIBRO 2

SEDUCED IN THE

dark





El presente documento tiene como finalidad impulsar la lectura hacia aquellas regiones de habla hispana en las cuales son escasas o nulas las publicaciones, cabe destacar que dicho documento fue elaborado sin fines de lucro, así que se le agradece a todas las colaboradoras que aportaron su esfuerzo, dedicación y admiración para con el libro original para sacar adelante este proyecto.

SEDUCED IN THE

dark



Una nota para el Lector.

Si estás leyendo esto y no has leído Captive in the Dark, ida marcha atrás! Estarás perdido.

Para el resto de vosotros:

Hola otra vez, estoy contenta de que hayas decidido continuar este viaje conmigo. En julio de 2012, Captive in the Dark había vendido sobre 10.000 copias. ¡Es increíble!

Es una meta que nunca pensé que alcanzaría, y honestamente, me he sentido honrada por todos vosotros.

Habéis hecho mi sueño realidad.

He encarado la adversidad. He tenido mi porción de rechazo y de pena. No diré que todo ha valido la pena; hay algunas cosas que no daría nada por deshacer. Sin embargo, mirando hacia adelante, puedo deciros honestamente: nunca he tenido más esperanza.

Gracias.

4

“Estoy agradecido a todos aquellos que me dicen 'No'. Es a causa de ellos que me hice a mí mismo.”

- Albert Einstein

Este libro está dedicado a:

Mi hija. Este libro me llevó muchos meses escribirlo. Hubo días en lo que no podía jugar. Hubo noches en las que no podía arroparte. Eres demasiado joven para entender por qué mami tenía que trabajar, pero me perdonaste de todas formas. Tu amor me ha cambiado para siempre, y siempre aspiraré a merecerte. Tú eres mi legado.

Mi marido. Hay veces que intento expresarte cuánto te quiero, pero las palabras me fallan. Eres parte de mi alma y no puedo imaginar mi vida sin ti en ella. Baste con decir: si alguna vez me abandonas, me voy contigo.

Mi madre. Cuando pienso en lo que significa ser fuerte, pienso en ti. Gracias por no rendirte nunca. Sé que no sería una fracción de quién soy sin el amor y apoyo que me das. Tú eres mi inspiración.

M. McCarthy. Sigue escribiendo, hermanita. Tu día llegará. Te quiero.

K.A. Ekvall. Me pateaste el culo, chica, y te quiero por ello. No puedo esperar para devolverte el favor, así que, por favor, ¡escribe!

A. Mennie. Un cumplido de tu parte es como la lluvia en el desierto: raro y precioso. Gracias por creer en mí.

M. Suarez. Me ganaste al decir: “Leí *Captive in the Dark* como resultado de perder una apuesta.”

Mi hermano, Scott. Gracias por los maravillosos trailers, hermanito. Esto casi compensa por todos los cachetes que me llevé por ti de niña. Te quiero. ;)

Pixel Mischief. ¡Tus conocimientos de metamorfosis en diseño gráfico solo son superados por tu gusto por hacer kung-fu a traición!

R. Welborn, Y. Diaz, y J. Aspinall. Nunca podre agradecer lo suficiente por todo el amor y apoyo que me dais. Habéis catapultado mi hobby hacia una carrera. La amistad que floreció entre nosotros es algo que espero continuar alimentando en los años venideros.

Rilee James. Qué puedo decir, te quiero, jo**r. Algún día, vamos a encender la cámara y el mundo ya no será el mismo.

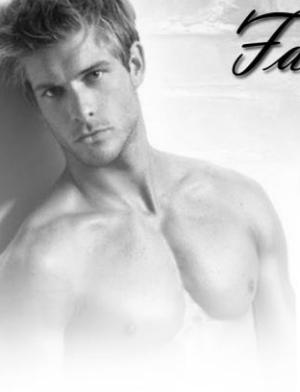
Lance Yellowrobe, y Johnny Osborne. Con amigos como vosotros, nunca sé dónde está mi marido, ¡LOL! Os quiero, chicos.

Estos blogs: SamsAwesomness.blogspot.com

TotallyBookedBlog.com, Maryse.Net, habéis sido fundamentales en mi éxito y os merecéis cada seguidor que habéis ganado.

Autores independientes. Cuando las editoriales no nos tengan, nosotros tendremos a los fans. Gracias especiales a Shira Anthony, Anthony Beal, Daisy Dunn, Rachel Firasek, Colleen Hoover, Sonny Garrett, Tina Reber, y K. Rowe.

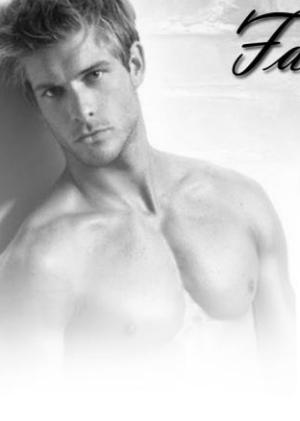
Vino 100/The Tinderbox, Rapid City. Gracias por los buenos momentos, las grandes conversaciones y la provisión sin fin de alcohol de calidad.



Índice

Nota-----	4
Dedicatoria-----	5
Sinopsis-----	9
Capítulo 1-----	11
Capítulo 2-----	22
Capítulo 3-----	37
Capítulo 4-----	50
Capítulo 5-----	62
Capítulo 6-----	75
Capítulo 7-----	80
Capítulo 8-----	92
Capítulo 9-----	108
Capítulo 10-----	125
Capítulo 11-----	136
Capítulo 12-----	147
Capítulo 13-----	161
Capítulo 14-----	172
Capítulo 15-----	189
Capítulo 16-----	199
Capítulo 17-----	214
Capítulo 18-----	224
Capítulo 19-----	240
Capítulo 20-----	258





Capítulo 21	272
Capítulo 22	281
Capítulo 23	295
Capítulo 24	309
Capítulo 25	325
Capítulo 26	334
Capítulo 27	338
Epílogo	348
Acerca del autor	351
Adelanto próximo libro	354
Créditos	369



Sinopsis

El emocionante, excitante y lleno de acción final de *Captive in the Dark*.

¿Cuál es el precio de la redención?

Rescatado de la esclavitud sexual por un misterioso oficial pakistaní, Caleb carga con el peso de una deuda que debe ser pagada con sangre.

El camino ha sido largo y lleno de incertidumbre, pero para Caleb y Livvie, todo está llegando a su fin.

¿Puede él renunciar a la mujer que ama por el bien de la venganza?

¿O hará él el sacrificio final?

A Caleb le parecía que, la naturaleza de los seres humanos giraban en torno a una verdad empírica: Queremos lo que no podemos tener. Para Eva, era el fruto de árbol prohibido. Para Caleb, era Livvie.



—He estado haciendo esto desde hace mucho tiempo, manipulando a la gente para que hagan lo que yo quiero. Es por eso que crees que me amas. Porque te he roto y vuelto construir para que lo creas. No fue un accidente. Una vez que dejes esto atrás... lo verás.

Caleb



Capítulo 1

Domingo, 30 de agosto de 2009

Día 2:

Viviseccionada. Es la única palabra que se me ocurre para describir cómo me siento —viviseccionada. Como si alguien me hubiera abierto con un bisturí, sin que el dolor penetrara hasta que la carne comenzara a separarse y mi sangre saliera a borbotones. Pude oír el chasquido de mis costillas al ser separadas. Lentamente, mis órganos, húmedos y pegajosos, fueron sacados uno a uno. Hasta que estoy vacía. Vacía y sin embargo, sintiendo un dolor insoportable, todavía viva. Todavía. Viva.

Por encima de mí, hay luces fluorescentes estériles e industriales. Uno de los focos amenazaba con fundirse y zumbaba, parpadeaba, y se esforzaba por mantenerse con vida. He estado fascinada por su código Morse durante la última hora. Encendida-apagada-zumbido-zumbido-encendida-apagada. Me duelen los ojos. Continúo mirando. Siguiendo con mi propio código Morse: No pienses en él. No pienses en él. Caleb. No pienses en él.

En algún lugar, estoy siendo observada. Siempre hay alguien aquí. Hay alguien que tira de varios de mis cables. Uno para controlar mi corazón, otro mi respiración, otro para mantenerme adormecida. No pienses en él. Cables. Se extienden desde mi mano, por donde recibo líquidos y drogas. Terminan en mi pecho para monitorizar los latidos de mi corazón. A veces contengo la respiración, sólo para ver si se detendrían. En su lugar, late más fuerte y rápido en mi pecho y jadeo en busca de aire. Zumbido-encendida-apagada.

Hay alguien que trata de alimentarme. Me dice su nombre, pero no me importa. Ella no tiene importancia. Nadie la tiene. Nada importa de verdad. Me pregunta mi nombre como si su amabilidad y gentileza me fueran a impulsar a hablar. Nunca respondo. Nunca como.

Mi nombre es Gatita y mi amo se ha ido. ¿Qué podría ser más importante? En un rincón de mi mente, lo veo, observándome desde las sombras.

—¿De verdad crees que suplicar va a funcionar? —pregunta el Fantasma de Caleb. Sonríe.

Lloro. Altos y horribles sonidos salen de mí, tan violentos que sacuden todo mi cuerpo. No puedo hacer que paren. Quiero a Caleb. Consigo drogas en su lugar. La comida viene a través de un tubo mientras duermo.

Siempre hay alguien mirando.

Siempre.

Quiero irme de este lugar. No me pasa nada malo. Si Caleb estuviera aquí, saldría de este lugar, feliz, sonriente y completa. Pero se ha ido. Y no me dejarán llorarle en paz.

* * * *

Día 3:

Cierro los ojos y los abro lentamente. Caleb está de pie junto a mí. Mi corazón se acelera y lágrimas de pura alegría inundan mis ojos. Por fin está aquí. Por fin ha venido a por mí. Su rostro es cálido, su sonrisa amplia. Hay una familiar sonrisa ladeada en sus labios y sé que está pensando algo obsceno.

Un familiar hormigueo se extiende por mi vientre y baja hacia mi coño provocando que se hinche y palpite. No he tenido un orgasmo en días y me he acostumbrado mucho a ellos.

—¿Debería soltarte? Te ves tan sexy cuando estás atada —dice con una sonrisa.

—Te eché de menos —intento decir. Mi boca está increíblemente seca. Siento mi lengua pesada y muerta en mi boca. Mis labios parecen no tener mejor suerte. Están agrietados y cuando paso la lengua por el labio inferior, no puedo dejar de pensar en papel de lija.

El tubo que han estado utilizando para darme de comer llena mi fosa nasal izquierda y baja por la parte posterior de la garganta. Pica. No puedo rascarme. Duele. No puedo quitármelo. Lo siento cada vez que trago y sabe a antiséptico.

—Lo siento —dice Caleb.

—¿Por qué? —susurro. Quiero que me diga que lo siente por no habérmelo dicho antes... que me ama.

—Por las ataduras —dice.

Frunzo el ceño. Le encantan las ataduras.

—Tan pronto como podamos estar seguros de su estado mental, podremos quitárselas.

Esto está mal. Realmente mal.

Son las drogas.

—¿Sabe por qué está aquí, Olivia? —pregunta una mujer, suavemente.

No soy Olivia. Ya no soy esa chica.

—Soy la Dra. Janice Sloan. Una trabajadora social forense del FBI —dice—, la policía pudo identificarla por el informe de personas desaparecidas. Su amiga Nicole informó de su secuestro. Hemos estado buscándola. Su madre ha estado muy preocupada.

Estoy tentada a hablar, así podría decirle que cerrara la puta boca. Prácticamente puedo sentir mi piel erizándose. ¡Para! Deja de hablarme. Pero no lo hará. Habrá más preguntas, las mismas preguntas, y esta vez voy a tener que responderlas. Sé que es la única manera de que me dejen ir. Me mantienen atada y bombeándome drogas; dicen que intenté hacerle daño a mi enfermera. Les digo que ella intentó herirme a mí primero. Nunca pedí que me llevaran al hospital. La sangre no era mía y el propietario original no la echaría de menos. Estaba bastante segura de que estaba muerto. Debería saberlo, yo le había matado.

—Sé que esto no es fácil para usted. Por lo que ha pasado... —La oigo tragar saliva—. No puedo ni imaginármelo —continúa. Apesta a lástima y no la quiero. No de ella. Extiende la mano para tocar la mía e instantáneamente retrocedo. El estridente ruido de mis manos golpeando la barandilla de la cama es como una amenaza de la violencia. Estoy más que dispuesta a recurrir a la violencia si trata de tocarme otra vez.

Ella levanta ambas manos y se aleja unos pasos. Mi respiración comienza a asentarse y el anillo negro alrededor de mi visión se disipa, hasta que el mundo está otra vez en color de alta definición. Ahora que ha llamado mi atención, me doy cuenta de que no está sola. Hay un hombre con ella. Él ladea la cabeza y me mira como si yo fuera un enigma que quiere resolver. Su mirada es desgarradoramente familiar. Giro la cabeza hacia la ventana, mirando a la luz filtrándose por las persianas horizontales. Se me hace un nudo en el estómago. Caleb. Su nombre su surra a través de mi mente. Solía mirarme de esa manera. Me pregunto por qué, ya que parecía muy capaz de leer mi mente. Me duele el cuerpo. Lo echo de menos. Lo extraño tanto. Siento las lágrimas de nuevo, deslizándose por las comisuras de mis ojos.

La Dra. Sloan, no se rinde:

—¿Cómo se siente? He sido informada por la trabajadora social que estuvo presente durante el examen inicial, así también como de los acontecimientos presenciados por el Departamento de Policía de Laredo.

Trago saliva. Los recuerdos me asaltan, pero lucho contra ellos. Esto es exactamente lo que no quería.

—Sé que no lo parece, pero estoy aquí para ayudarle. Está detenida con cargos de asalto contra los agentes federales de la patrulla fronteriza, posesión de armas, resistencia a la autoridad, y por sospecha de homicidio involuntario. Estoy aquí para determinar su competencia, pero también para ayudarla. Estoy segura de que tiene sus razones para lo sucedido, pero no puedo ayudarle si no habla conmigo. Por favor, Olivia. Deje que la ayude —dice la Dra. Sloan. Mi pánico va en aumento. Mi pecho ya está agitado y el mundo es negro en los bordes. Las lágrimas me ahogan en torno al tubo de la garganta. El puto dolor en el mundo post-Caleb no tiene fin. Sabía que iba a ser así.

—Su madre está intentando encontrar a alguien que cuide de sus hermanos y hermanas, para poder venir a verla —dice ella.

¡NO! Que se mantenga lejos.

—Debería estar aquí mañana o pasado. Puede hablar con ella por teléfono si lo desea.

Estoy lloriqueando. Quiero que se detenga. Quiero que todos se vayan, esta mujer, el hombre de la esquina, mi madre, mis hermanos, incluso Nicole. No quiero oírlos. No quiero verlos. Que se vayan, que se vayan, que se vayan.

Grito como una loca. ¡No volveré!

—Caleb —grito—. ¡Ayúdame! —Mi cuerpo quiere hacerse una bola pero no puede. Estoy atada, como un animal enjaulado exhibido. Quieren saber lo que pasa, pero nunca lo harán, y nunca podrán entenderlo. Nunca podré decírselo. Este dolor es mío.

Grito y grito y grito hasta que alguien entra a toda prisa y presiona todos mis botones mágicos.

Los medicamentos se hacen cargo.

Caleb.

* * * *

Día 5:

Soy plenamente consciente de que estoy en el ala de psiquiatría del hospital. Me lo han dicho muchas veces. No puedo dejar de reír por dentro ante la ironía. Me dejaran ir una vez que sea capaz de decirles que me suelten. Pero no voy a

hablar. Estoy literalmente manteniéndome como rehén a mí misma. Tal vez esté loca. Tal vez este sea mi lugar.

Los moratones de las muñecas y los tobillos son de un furioso púrpura. Supongo que luché bastante. Echo de menos las ataduras. En cierto modo, me daban la libertad a retorcerme y sacudirme. Me daban algo y alguien contra lo que luchar. Sin ellas... me siento como una traidora. Ya no una prisionera, parece que les permito retenerme aquí. Como cuando me traen la comida, para evitar tener ese tubo de mierda en la nariz. Me ducho cuando dicen que debo hacerlo. Vuelvo a mi cama como una niña buena. Floto alejándome con las drogas. Oh, cómo me gustan las drogas.

Sin embargo, nunca me dejan sola. Siempre hay alguien aquí, observándome como si fuera un experimento de laboratorio. Cada vez que la neblina de las drogas se disipa, están aquí: la Dra. Sloan, o su «adjunto», el agente Reed. Le gusta mirarme fijamente. Yo le devuelvo la mirada.

El primero en desviar la mirada es el que pierde.

A menudo, soy yo. Su mirada es desconcertante.

En los ojos de Reed veo una familiar determinación y una astucia con la que nunca he estado a la altura.

—¿Tienes hambre? —me preguntó, en voz suave y baja.

Me siento como si me estuviera diciendo que no tengo más remedio que darme por vencida. Eventualmente, conseguirá lo que quiere de mí. Yo me burlo de él con mi silencio. A veces me sonrío. Y entonces, el espectro de Caleb parece mucho más pronunciado.

Cuando no consigo responder, los dedos de su mano derecha trazan un camino por la parte inferior de mi pecho derecho.

En este día particular, él aparta la mirada primero y vuelve su atención hacia el portátil frente a él. Teclea, y luego se desplaza a través de una información que no puedo ver.

Respiré hondo y me aparté de su caricia, forzando mis ojos fuertemente cerrados hacia la piel de mi brazo alzado.

Lentamente estira la mano hacia su maletín en el suelo, al lado de su silla y saca unas cuantas carpetas marrones. Abre una y hace algunas notas mientras frunce el ceño.

Sus labios acariciaron mi oreja...

Lo sé.

Sé que Caleb no está aquí. Estoy jodida de la cabeza. Objetivamente, evalúo el hecho de que el Agente Reed es un hombre muy guapo. No es tan guapo como Caleb. Aun así, me resulta igual de intenso. Su cabello negro azabache parece un poco demasiado largo para su profesión, pero lo mantiene impecablemente arreglado. Lleva el típico traje de un federal de película: camisa blanca, traje negro, corbata de color oscuro. Sin embargo, él hace que se vea bien, como si se lo pusiera incluso si no fuera un requisito. Me pregunto qué aspecto tendría sin él puesto...

Caleb me ha convertido en esto. Lo admitió. Soy todo lo que él quería que yo fuera. Y al final, ¿qué conseguí a cambio?

Sabía que sonreía, aunque no pudiera verlo. Un escalofrío, tan fuerte que mi cuerpo casi cayó hacia el suyo, me recorrió la columna.

—Su madre debería estar aquí hoy —dice el agente Reed. Su tono es distante, pero sigue mirándome de reojo. Está ansioso por mi reacción.

Mi corazón tartamudea, pero la sacudida termina rápidamente y una vez más simplemente siento... nada. Ella es mi madre; yo soy su hija. Es inevitable. Con el tiempo, tendré que verla. Sé que voy a tener que decir las palabras cuando lo haga. Voy a tener que decirle que no quiero volver con ella. Voy a tener que decirle que se olvide de mí.

He estado agradecida por el aplazamiento, pero de verdad, ¿le ha tomado cinco días llegar aquí? Tal vez decirle que me deje en paz sea más fácil de lo que pensaba. Mis sentimientos son ambiguos sobre el tema.

—Dígame dónde ha estado durante casi cuatro meses. Dígame de dónde sacó el arma y el dinero, y me encargaré de que su madre la saque de aquí hoy —dice Reed. Su tono es salaz, como si quisiera que le comprara lo que vende.

No, gracias. Saben lo del dinero, no les llevó mucho tiempo. Lo miro con ojos confundidos y la cabeza inclinada inocentemente. ¿Dinero? Él me mira por un segundo, luego baja la mirada a sus carpetas y escribe algo misterioso. El Agente Reed no se cree mis gilipolleces. No está impresionado. Por lo menos no es un completo idiota.

Sus labios acariciaron mi oreja:

—¿Vas a responder? ¿O debo forzarte de nuevo?

Tic-Tac. No puedo esconderme detrás del silencio para siempre. Hay algunas acusaciones muy graves contra mí. Supongo que uno simplemente no entra en los EE.UU. desde México. Sé que debería cooperar, contarle la historia y poner de mi parte, pero simplemente no puedo hacerlo. Si rompo mi silencio, nunca seré capaz de dejar esto atrás. Mi vida entera estará siempre eclipsada por los

últimos cuatro meses. Es más, ¡no sé qué coño decir! ¿Qué puedo decir? Por centésima vez hoy, lo extraño, a Caleb.

Algo gotea por mi cuello y me doy cuenta de que estoy llorando. Me pregunto cuánto tiempo ha estado el agente Reed observándome, esperando a que me quebrara y me rindiera. Me siento perdida y su atisbo de preocupación de repente parece mi salvavidas. Es difícil no ver a Caleb, en lugar de él.

—Sí —tartamudeé—. Tengo hambre.

Pasaron unos largos y tensos segundos, antes de que él rompiera el interminable silencio.

—Puede que no me crea, pero tengo sus mejores intereses en mente. Si no va a intentar ayudarnos, ayudarse, las cosas quedarán fuera de su control. Y rápidamente. —Hace una pausa—. Necesito información. Si tiene miedo, podemos protegerla, pero tiene que darnos una señal de buena fe. Cada día que no dice nada, la ventana de la oportunidad se encoge. —Me mira, y puedo sentirle disponiéndome con sus poderosos y oscuros ojos, para darle las respuestas que está buscando. Por un momento, quiero creer que realmente quiere ayudarme. ¿Podría darme el lujo de confiar en un extraño?

¿Qué quería él de mí que sencillamente no pudiera tomar?

17

Mi boca se abre, las palabras se agazapan en la punta de mi lengua. Le hará daño si se lo dices. Mi boca se cierra de golpe.

El agente Reed parece frustrado. Así debe ser, supongo. Toma otro profundo aliento y me dirige una mirada que dice: «Vale, tú lo has querido». Se agacha y coge una de las carpetas marrones que estaba mirando antes. La abre, la mira, luego a mí.

Se inclinó hacia delante y sostuvo el bocado de delicioso olor ante mis labios.

Por un momento parece inseguro, pero en seguida decidido. Saca una hoja del archivo y se acerca a mí, el papel cuelga holgadamente de una mano. Casi no quiero ver lo que es, pero no puedo evitarlo. Tengo que mirar. ¡Mi corazón se tambalea! Cada fibra de mi ser de repente está cantando. Lágrimas queman en mis ojos y un sonido simulando tanto sufrimiento como burbujeante alegría sale de mi boca antes de que pueda mantenerlo a raya.

¡Es una foto de Caleb! Es una foto de su hermoso y duro rostro. La necesito tanto que echo mano a ella, estirando los dedos para acercarme más a su imagen.

Con un alivio casi desvergonzado abrí la boca, pero él lo retiró.

—¿Conoce a este hombre? —dice el agente Reed, pero su tono hace que sea obvi

o que él sabe que lo conozco. Este es su juego. Es uno de los buenos. A través de estrangulados sollozos, me estiro a por la foto de nuevo. El agente Reed mantiene la foto fuera de mi alcance.— Hijo de puta —le susurro con voz ronca, mirando aquel único trozo de papel. Si parpadeo, ¿desaparecería?

Me lo ofreció de nuevo.

No intento coger la foto otra vez, pero no puedo evitar mirarla. Caleb es más joven en la foto, pero no mucho. Sigue siendo mi Caleb. Su pelo rubio está retirado a la espalda y sus ojos azul caribeño son gloriosos mientras frunce el ceño a la cámara. Su boca, tan llena y perfecta para besar se encuentra apretada con enfado formando una línea en su rostro perfecto. Lleva una camisa abotonada, blanca, ondeando al viento, el obvio viento ofrece tentadores vislumbres de su bronceada garganta. Es mi Caleb. Quiero a mi Caleb. Miro al agente Reed. Con rabia en cada sílaba, rompo mi voto de silencio.

—De. Me. Eso.

Los ojos del agente Reed se ensanchan por una fracción de segundo. Una engreída satisfacción está ahí, entonces desaparece. Primer *round* para el agente.

—¿Entonces lo conoces? —se burla.

Le miro fijamente.

Da un paso más cerca, con la foto hacia mí.

Y otra vez.

Voy a por ello y él lo retira.

Cada vez me arrastraba más y más cerca, hasta que estuve presionada entre sus piernas, mis manos a ambos lados de su cuerpo.

Caleb me enseñó unas cuantas cosas sobre cómo iniciar peleas que no puedo ganar. Él querría que usara la cabeza y me aprovechara cualquier cosa que tuviera que ofrecer para conseguir lo que quiero. Me obligo a mostrar calma y tristeza. La tristeza viene fácilmente.

—Yo... lo conocía. —Miro deliberadamente a mi regazo y dejo que las lágrimas caigan.

—¿Lo conocía? —dice el agente Reed con curiosidad. Asiento con la cabeza y dejo que los sollozos llenen la habitación.

—¿Qué le pasó? —pregunta. Quiero que tenga curiosidad.

—Deme la foto —susurro.

—Dígame lo que quiero saber —contra-argumenta. Sé que lo tengo donde quiero.

—Él... —Me siento invadida por el dolor. No tengo que fabricar mi dolor... Yo soy mi dolor—. Murió en mis putos brazos. —Mi mente inmediatamente recuerda haber visto a Caleb, con la expresión en blanco, con el cuerpo cubierto de tierra y sangre. Ese fue el momento en que lo perdí. Tan solo unas horas antes, me había sostenido en sus brazos y yo había creído que finalmente todo iba a ir bien. Un golpe en la puerta... y todo cambió.

El agente Reed da un paso tentativo hacia adelante:

—Esto no es fácil para usted, puedo verlo, pero necesito saber cómo, señorita Ruiz.

—Deme la foto —sollozo. Da otro paso.

—Dígame cómo —susurra. Él ha jugado a este juego antes.

Levanto la vista y le dirijo una mirada furiosa por debajo de mis pestañas empapadas en lágrimas.

—Protegiéndome.

—¿De qué? —Da un paso más cerca, tan cerca, y tan ansioso.

—De Rafiq.

Sin decir una palabra más, el agente Reed se gira para sacar otra foto del archivo y la gira hacia mí.

—¿Este hombre?

Siseo. De verdad, un puto siseo. Ambos nos quedamos sorprendidos por mi reacción. No sabía que pudiese ser tan salvaje. Me gustaba bastante. Me siento capaz de todo.

De repente alcé los brazos rodeando su mano, envolví sus dedos con mi boca para quitarle la comida. Oh dios mío, está tan bueno.

El agente Reed está cerca y no está preparado cuando le agarro por las solapas de su traje y estampo su jodida boca contra la mía. Él deja caer la carpeta.

¡Mío!

A pesar de la conmoción, el agente Reed es capaz de tumbarme en la cama. Cierra a las esposas en mi muñeca y me asegura a la cama. Antes de que pueda llegar a la carpeta, la aparta de una patada.

Se movió rápidamente, sus dedos encontraron mi lengua y la pellizó con saña mientras que con su otra mano apretaba en los lados de mi cuello.

Confusión e ira retuercen sus rasgos.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —susurra y mueve los labios lentamente, mirándose los dedos como si de alguna manera la respuesta estuviera escrita en ellos.

La comida cayó de entre mis labios al suelo y yo grité en torno a sus dedos por la pérdida.

Cuando intento hablar, en cambio, grito de frustración, con lágrimas de rabia llenando mis ojos.

—Eres muy orgullosa y muy malcriada y voy sacártelo a golpes.

Cuando la enfermera entra corriendo, desconcertada y con una mano en el corazón, el agente Reed le dice cortésmente que se largue.

—¿Mejor? —me pregunta, alzando una ceja.

Miro mis manos esposadas.

—Ni siquiera cerca...

Viviseccionada. Encendida-apagada-zumbido-zumbido-encendida-apagada. Caleb, te echo de menos.

—Ayúdeme a atraparlo, Olivia. —Hace una pausa; su expresión es calculada pero también necesita algo—. Sé que no soy un buen tipo pero puede que necesite a alguien como yo a su lado.

Caleb.

Vete. Vete. Vete.

Mi corazón duele.

—Por favor... deme la foto —suplico.

El agente Reed entra en mi línea de visión, pero yo solo le miro a la corbata. —Si le doy la foto, ¿me dirá qué pasó? ¿Responderá a mis preguntas?

Me chupo el labio inferior, pasando mi lengua por él mientras lo mantengo entre los dientes. Es ahora o nunca y nunca no es realmente una opción. Lo inevitable ha llegado.

—Suélteme.

Los ojos del agente parpadean. Sé que su mente debe estar corriendo con ideas sobre cómo hacerme hablar. La confianza es una calle de dos sentidos. Muéstrame la tuya, y te mostraré la mía. Da un paso hacia mí, despacio y con cuidado me quita las esposas de la muñeca.

—¿Y bien? —dice.

—Se lo contaré. Solo a usted. A cambio, me dará todas las fotos que tenga de él y me sacará de aquí. —Mi corazón late frenéticamente en mi pecho, pero reúno el valor. Soy una superviviente. Alzo la mano—. Deme la foto.

La boca del agente Reed se retuerce con decepción al saber que no puede ganarme este tanto. De mala gana, recoge la carpeta y me entrega la foto de Caleb.

—Va a tener que decirme todo lo que sabe primero, y luego puedo hablar con mis superiores y hacer un trato. Le prometo que haré todo lo que pueda para protegerla, pero tiene que empezar a hablar. Tiene que decirme por qué parece que está más involucrada en esto de lo que cualquier chica de dieciocho años puede estar.

Nadie más existe mientras miro la cara de Caleb. Sollozo y trazo las familiares líneas de su rostro. *Te quiero, Caleb.*

—Voy a ir a por algo de café —dice el agente Reed, con voz resignada pero decidido aún—, pero cuando vuelva, espero respuestas. —No me doy cuenta de cuándo se va, ni me importa. Pero sé que me está dando tiempo para llorarle en paz.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Esta vez escuché el cerrojo.

Por primera vez en cinco días, me han dejado sola. Sospecho que será la última vez, por un rato, Caleb y yo estaremos juntos. Con labios temblorosos, le beso.

Capítulo 2

A Caleb le parecía que la naturaleza de los seres humanos giraba en torno a una verdad empírica: queremos lo que no podemos tener. Para Eva, era el fruto del árbol prohibido. Para Caleb, era Livvie.

La noche había sido intermitente. Livvie gemía y temblaba mientras dormía y el pecho de Caleb parecía contraerse con cada sonido. Le había dado más morfina y, después de algún tiempo, su cuerpo parecía calmarse aunque todavía parecía que había un movimiento frenético bajo sus párpados. Pesadillas, supuso. Sin miedo a la torpeza o al rechazo, sintió la compulsión de acariciarla. La abrazó y los consoló a ambos, pero no podía apartar de su mente el mensaje de texto de Rafiq.

¿Cuándo aterrizaría en México?

¿Cómo reaccionaría ante Livvie y su condición destrozada?

¿Cuánto tiempo tendría con Livvie antes de que se la llevaran lejos de él?

22

Llevada. Lejos. Extrañas y terribles palabras de una lengua extranjera. Cerró los ojos y ajustó su mente a la realidad. Te estás desprendiendo de ella. Abrió los ojos. Y cuánto antes, mejor.

No podía razonar con lógica. Eso le había mantenido con vida durante más tiempo del que podía recordar. Era frío y eficiente. No se entretenía con cuestiones de moralidad. Y aun así, quería razonar con lógica. Quería encontrar una razón con la que sintiera que podía calmar al hombre curtido que había dentro de su cabeza. Pero no podía. La verdad era que la deseaba. La verdad también era que nunca pretendió que fuera así. Tiró de Livvie acercándola más aún, con cuidado de no aplastar sus costillas o su hombro herido, y enterró la nariz en su largo cabello, tratando de oler su esencia.

Le había dicho que no era su Príncipe Encantador, pero lo que no le había dicho era que deseaba poder serlo. Hace mucho tiempo, él podía haber sido... normal. Antes de ser secuestrado, antes de las palizas y las violaciones y las matanzas, podía haber sido algo diferente a lo que era. Nunca había pensado así, nunca se había preguntado sobre los caminos que había tomado, o que no había tomado. Su vida fue vivida en el presente y sin la angustia de las fantasías. Pero ahora fantaseaba. Fantaseaba con ser la clase de hombre que podría darle a Livvie todo lo que ella quisiera. El tipo de hombre que ella podría...*Pero tú no eres ese hombre, ¿verdad?*

Caleb suspiró, sabiendo la respuesta. Las fantasías de otros nunca le habían confundido, pero las suyas propias le dejaban insatisfecho con la vida que había aceptado e incluso disfrutado de vez en cuando. Quería dejar marchar los anhelos y los sentimientos de remordimiento. Quería vivir para cazar y para matar. Había sido lo único que tenía sentido para él durante mucho tiempo. Incluso en aquellos momentos de oscuridad, cuando su impulso había decaído y se cuestionó la posibilidad de encontrar alguna vez a Vladek, no había pensado en ser nada más que lo que era.

Y ahora, en sólo tres semanas y media con Livvie, la mayoría de las cuales las había pasado encerrada en una habitación oscura, todo parecía evaporarse. Era estúpido, ingenuo y peligroso. Una persona no era capaz de cambiar en lo fundamental en tan corto periodo de tiempo. Él no era diferente. Y aun así, se sentía diferente y ni siquiera la lógica podía alterar eso. Si no hubiera sido por los recuerdos, esos atroces, putos recuerdos de Narweh, golpeándole y violándole. Si no hubiera visto a Livvie, cubierta de sangre, magullada y temblorosa en los brazos de aquel motero, no habría sentido como si todo su mundo estuviera derrumbándose sobre él.

¡Dios! Lo que había hecho para hacerles pagar. Había sido el tipo de furia que no había sentido en mucho tiempo. Había saboreado la mirada en los rostros de esos moteros cuando hundió profundamente su cuchillo dentro de Tiny, y su sangre salpicó a Caleb, las paredes... todo.

¡Venganza! Ese era su propósito.

Se sentía bien tener un propósito. Estaba seguro de que sentiría esa urgencia otra vez. La sentiría en el instante en que los ojos de Vladek se iluminaran con comprensión y la llevaría a cabo hasta que Vladek tomará su último y jadeante aliento. Caleb suspiró. Deseaba sentir la satisfacción de ese momento. Deseaba sentirlo más que cualquier otra cosa. Lo deseaba más de lo que deseaba a la chica.

Ella te odiará. Para siempre. Querrá venganza.

—Lo sé —susurró Caleb en lo oscuro de la habitación. Incapaz de resistir el adormecimiento que le ofrecía el sueño, se dejó arrastrar por la oscuridad.

* * * *

El niño se negaba a bañarse.

—¡Caleb, no lo te lo diré otra vez! ¡Apesta! Apesta horriblemente. Han pasado días y todavía estás cubierto de sangre. Alguien te verá y entonces tendrás un problema de verdad entre manos, chico.

—Soy Kéleb. ¡Perro! He hecho pedazos a mi amo. ¡He probado la sangre y me gusta! No me la limpiaré. Quiero llevarla para siempre, como una medalla al honor.

El oscuro rostro de Rafiq se volvió demacrado, sus ojos se entrecerraron. —
Báñate. Ahora.

El chico cuadró sus jóvenes hombros y miró amenazante a su nuevo amo. Rafiq era atractivo, mucho, mucho más que Narweh, el puto entrenado que había en él estaba afectado por eso. Rafiq también era mucho más fuerte que Narweh, capaz de hacer más daño, pero el niño no se permitiría tener miedo, acobardarse antes de que un hombre se estableciera como su nuevo amo. Él era un hombre ahora, ¡un hombre! Tomaría sus malditas propias decisiones acerca de cuándo se lavaría la sangre de su cara.

—¡No!

Rafiq se puso de pie. Sus ojos eran duros y amenazadores. El chico tragó saliva hondo y con fuerza, y a pesar de hacer su mejor esfuerzo, no podía negar el miedo que sentía. A medida que Rafiq se aproximaba, el muchacho reprimió su deseo de escabullirse. La callosa mano de Rafiq aterrizó firmemente en la nuca del niño y la apretó con suficiente fuerza como para hacerle estremecer, pero no lo bastante como para provocar su lucha o su instinto de volar.

Rafiq se inclinó y rugió en la oreja del chico:

—Lávate ahora, o te desnudaré y frotaré tu piel hasta que no vuelvas a soñar con desafiarme nunca más.

Las lágrimas punzaban en los ojos del niño. No porque tuviera dolor, sino porque de repente estaba muy asustado y deseaba que Rafiq no estuviera enfadado con él. No tenía a nadie más. Todavía era joven, incapaz de valerse por sí mismo. Su raza y apariencia le dejaba en clara desventaja ante los nativos. A menos que quisiera ser un puto otra vez, Rafiq era todo lo que tenía.

—No quiero hacerlo —suplicó con un susurro. La mano en su nuca se aflojó un poco y el chico forzó a sus ojos a cerrarse para mantener a raya la amenaza de lágrimas. Se negaba a llorar.

—¿Por qué?

—Quiero saber que está muerto. Se terminó muy rápido, Rafiq. Se terminó tan rápido y él... ¡él se merecía sufrir! Quería que sufriera, Rafiq. Todo el dolor que

me hizo pasar, todas esas cosas... quería que sintiera todas esas cosas. Si me limpio la sangre... —Los ojos del niño suplicaban a Rafiq.

—¿Sería como si nunca hubiera sucedido? —dijo suavemente Rafiq.

—Sí. —Fue un sonido ahogado.

Rafiq suspiró.

—Nadie sabe cómo te sientes más que yo, Caleb. Pero no puedes seguir desafiándome; ino puedes seguir actuando como un niño quisquilloso! Ya no eres Kéleb. Lávate. Te lo prometo, Narweh seguirá muerto cuando hayas terminado.

El muchacho tiró para soltarse del apretón en su nuca.

—¡No! ¡No! ¡No! No lo haré.

El rostro de Rafiq pasó de cautelosa calidez a fría piedra.

—Tú verás, Kéleb. —Su agarrón en el cuello del chico se intensificó y mientras hacía una mueca de dolor y forcejeaba por apartarse de Rafiq, su otra mano cayó cruzando la cara del muchacho con un golpe seco y contundente.

Para Caleb el dolor no era nuevo, podía soportar fácilmente una bofetada de castigo, pero, a pesar de todo, estaba estupefacto. Trató de liberarse de Rafiq, pero estaba firmemente sujeto por el agarrón del hombre que le superaba en edad.

—¡Báñate! —Rafiq rugió con la suficiente fuerza como para hacer vibrar la cabeza de Caleb.

—¡No! —gritó Caleb, con lágrimas cayendo por su cara.

Rafiq flexionó su cuerpo, hundió su hombro en el estómago de Caleb y se lo echó al hombro. Ignorando los puños que aporreaban su espalda, entró con determinación en el baño y prácticamente lanzó al chico dentro. Ignoró los gritos furiosos y los insultos e improperios que venían de la perversa boca de Caleb y se volvió hacia el grifo para dejar caer agua fría en la bañera.

El cuerpo de Caleb se sacudió al sentir el agua helada empapando sus ropas y tocando su piel. Incapaz de resistirlo y lleno de ira, se las arregló para darle un puñetazo en la cara a Rafiq y escabullirse a medias de la bañera. Tan sólo había encendido más la furia de Rafiq. Sintió la mano de la Rafiq agarrando su pelo, luego el dolor en su cuero cabelludo y en su cuello mientras tiraba de él hacia atrás. El agua de la bañera le cubrió mientras Rafiq le empujaba hacia el fondo. El miedo y el pavor le atenazaron.

—¡Me obedecerás, muchacho! ¡Lo harás! O te ahogaré, aquí y ahora. Me perteneces. ¿Entendido?

La boca y la nariz de Caleb estaban llenas de agua. No podía entender las palabras con claridad y sólo oía los gritos furiosos del hombre que lo mantenía apresado en el agua. La sensación de muerte inminente lo mantuvo paralizado de terror. Cualquier cosa. Habría dado cualquier cosa para no volver a sentir ese tipo de terror nunca más.

¡Aire!

Caleb boqueó y dio arcadas mientras le levantaba, sus brazos luchando por encontrar y agarrar los hombros de Rafiq. Tiró de sí mismo hacia la calidez y seguridad del cuerpo de Rafiq. Él luchó contra los brazos, tratando de quitárselo de encima. Caleb no pensaba en sus gritos de pánico, sólo quería salir de la bañera. Sólo quería respirar y entrar en calor.

Unos brazos fuertes agarraron sus hombros y le sacudieron.

—Cálmate, Caleb. Cálmate. Respira —decía Rafiq. Su tono era tranquilizador a pesar de su intensidad—. Tranquilízate, Caleb. No te volveré a meter en el agua de nuevo si estás listo para escuchar. ¡Quieto!

Caleb se esforzó por hacer lo que le pedía Rafiq. Se agarró con firmeza a los hombros de Rafiq, diciéndose a sí mismo una y otra vez que no sería arrojado al agua mientras se mantuviera sujeto. Caleb enmudeció y se estremeció, tomando su primera inspiración calmada. Tomó otra y otra, hasta que al final, sólo quedaba su enfado. Despacio, soltó los hombros de Rafiq y se desplomó en la bañera. Tiritaba por el frío, le temblaba el labio, pero no le pediría agua caliente a Rafiq.

—Te odio —escupió Caleb, con sus dientes castañeteando.

Los ojos de Rafiq estaban tranquilos y serenos. Con una sonrisa de satisfacción, se puso de pie y abandonó el cuarto.

Los ojos de Caleb escocían con lágrimas de enfado y, como estaba solo, las dejó caer. Seguro de que Rafiq no volvería, giró el grifo hacia el agua caliente y se acurrucó cerca de él, esperando que le calentara lo más rápido posible. Se sacó sus ropas empapadas por la cabeza y las arrojó formando un montón en el suelo del baño con una sensación de satisfacción por el desorden que estaba haciendo.

Una ira pura y sin restricciones invadió su cuerpo como si fuera algo físico. Tirando de sus rodillas hacia su barbilla, mordió la carne de sus rodillas, raspándola con sus dientes. ¡Las lágrimas no cesarían! Seguían goteando desde sus ojos. Se sentía débil y patético. No podría detener a Rafiq para que dejara de hacerle esto. Mordió más fuerte, esperando que el dolor físico le liberara de su sufrimiento.

Quería gritar.

Quería golpear cosas.

Quería matar de nuevo.

Arañó con sus uñas a lo largo de la carne de su brazos, sintiendo simultáneamente dolor y alivio mientras se le abría la piel y pequeñas gotas de sangre aparecían en su carne. Repitió el proceso: más dolor, más alivio. En el agua, la sangre de Narweh se arremolinaba con la suya. No sabía que sentir ante esta visión. El adormecimiento le asaltó. Miró fijamente, paralizado mientras la sangre del hombre que le había torturado durante tanto tiempo se disipaba en el agua a su alrededor.

¿Quién era él ahora?

Ya no era Kéleb, ya no era el Perro de Narweh. Era el único nombre que había conocido jamás, la única cosa que había sido.

Él está muerto. Está muerto de verdad.

Sus pensamientos volvieron a Teherán, volvieron a la noche que mató a su dueño, su torturador y su guardián. Kéleb había levantado el arma y la cara de Narweh había mostrado sorpresa, luego miedo, sólo por un instante. Después, le había dedicado a Kéleb la mirada, la que le recordaba que era menos que un humano a los ojos de Narweh, y luego Kéleb apretó el gatillo. La fuerza de la potente arma le tiró al suelo.

Lo añoraba.

Añoraba el momento de la muerte de Narweh. Gateó hacia el cuerpo.

Pizcas de sangre salpicaron su pelo, cara y pecho, pero no las detectó. Ni balbuceos, ni gemidos... sólo un cuerpo. Y sintió... tristeza. Narweh nunca había suplicado. Nunca se había arrodillado a los pies de Kéleb y suplicado su clemencia y su perdón.

No, Narweh no había suplicado, pero estaba muerto. Y bajo la tristeza, había un bendito alivio.

Pero ahora tienes un nuevo dueño, ¿no, Caleb?

Apretó sus ojos cerrados por un momento y respiró hondo. Después hizo lo que Rafiq le había pedido y limpió su antigua vida de su piel.

* * * *

Caleb se despertó, sobresaltado y ansioso. Intentó alcanzar el sueño mientras este corría para abandonar su mente consciente. Había algo... algo importante. Se fue.

Frustrado, le llevó un rato darse cuenta de que los ojos de Gatita le estaban analizando. Estaba hecha una mierda. Los rasguños de su cara estaban más pronunciados de lo que habían estado la noche anterior. Sus ojos estaban hundidos y púrpuras contra su colorada piel. Su nariz, libre de esparadrapo, también parecía inflamada. Por debajo del daño, todavía podía ver a Gatita, sobreviviendo pese a todo.

Otra vez su corazón parecía pellizcarle en el pecho. Consiguió que no se le notara en la cara. Tenía dificultades con las palabras. Después de su encuentro de la última noche, y todavía conmocionado por el mensaje de Rafiq, ¿qué podría decir? Todo lo que tenía para ofrecer eran más malas noticias.

Se decidió por exponer lo obvio:

—Es de día.

Gatita frunció las cejas e hizo una mueca de dolor por el esfuerzo.

—Lo sé, llevo despierta un rato —dijo malhumorada.

Caleb apartó la vista, fingiendo interés por lo que le rodeaba. Casi lo había jodido todo, casi la había jodido a ella. Eso nunca pasaría. Le llenó una sensación de urgencia. Tenían que abandonar este lugar, lo antes posible, pero no pudo obligarse a decir las palabras. La noche había sido intensa.

—¿Tienes... dolor? ¿Puedes sentarte? —susurró Caleb.

—No lo sé. Tengo demasiado dolor para intentarlo —susurró Gatita, igual de bajito.

Se miraron fijamente el uno al otro, un segundo demasiado largo, las miradas acariciándose con demasiada cercanía antes de que ambos, desesperadamente, apartaran rápidamente sus ojos, eligiendo mirar a cualquier parte excepto al otro.

—O quizás estoy demasiado aterrorizada como para pensar en lo que va a pasar hoy. O mañana. Quizás sólo quiero volver a dormir y despertarme de mi vida. — Había dolor en su voz y él sabía que no era físico. Caleb miró en su dirección y se fijó en que no estaba llorando. Estaba simplemente mirando al aire, demasiado bloqueada como para llorar, supuso Caleb. Conocía bien ese sentimiento.

Y ahora esto. Limbo. Un estado de existencia que nunca había experimentado. Se sentía inmovilizado por lo que había pasado, por encima de todo, porque aún t an jodidas como habían estado las cosas antes, él había llevado el control y se había mantenido distante. Ahora su situación era insostenible. Continuar con sus v

idas girando la una alrededor de la otra sólo causaría más dolor y agonía. Caleb se rascó la cara, escarbando con sus dedos en su barba incipiente, como sí, por distracción, nunca tuviera que mirar hacia Gatita de nuevo, nunca tuviera que decirle que tenían que irse, y, que a pesar de la última noche... seguía siendo su prisionera. Y él seguía siendo su amo.

—¡Mierda —resopló ella, con voz fuerte, como despertando del vacío entumecimiento y volviéndose enérgica y obstinada otra vez—, acabemos con esto, Caleb. ¿Qué diablos va a pasar ahora?

Caleb. Simplemente la miró. Ahí estaba otra vez, el uso de su nombre. Sabía que debía corregirla, obligarla a dirigirse a él como Amo, y restaurar la línea, las barreras entre ellos, pero simplemente no podía hacerlo, joder. ¡Estaba agotado! Tan jodidamente agotado.

—El desayuno, supongo. Después, tenemos que irnos. Más allá de eso, no me molesto en discutirlo, —dijo. Trató de forzar un semblante de frivolidad, pero fracasó y Gatita lo notó.

—¿Y ayer? —Intentó mantener su tono neutral, pero Caleb ahora la conocía demasiado bien y no tenía que adivinar lo que estaba preguntando en realidad. Quería saber si ella significaba algo para él, si el hecho de que casi hubieran... follado, le había hecho cambiar de idea acerca de venderla como esclava. La respuesta era sí... y no. Vladek todavía tenía que pagar, y Gatita, todavía tenía que representar su papel. Habían pasado el punto de no retorno.

—Te conté todo lo que querías saber. —Hizo una pausa, moderando su tono—. No voy a decir nada más. Así que deja de preguntar.

Se levantó corriendo de la cama y se apresuró hacia el cuarto de baño. Dentro, evitó su reflejo y buscó un cepillo de dientes. Los gérmenes eran la menor de sus preocupaciones. Aunque se había duchado sólo unas pocas horas antes, abrió el agua caliente, sólo el agua caliente, y se dispuso a quitarse sus ropas prestadas.

El agua le escaldó y su propio cuerpo luchó por apartarse de la castigadora temperatura del agua, pero Caleb no lo permitiría. Se obligó a sentir el dolor punzante. Apretó los dientes e ignoró el hecho de que su piel probablemente sufriría ampollas en algunos lugares. Colocando sus manos contra la pared de la ducha, dejó que la tórrida agua y los múltiples chorros de la ducha eliminaran su confusión. Sentía su espalda tensa, ya sensible. Las cicatrices que presentaba hormigueaban y volvían a la vida.

Era la sensación que estaba buscando. Las cicatrices le recordaban quién era, de dónde había venido y por qué tenía que seguir adelante con su misión. El agua escocía contra su culo y sus genitales, y sintió el bulto en su garganta creciendo y emergiendo hacia su boca. Nunca lo dejaría salir. Se lo tragaría y lo mantendría prisionero en su pecho. Permitted que sus manos bajaran y cubrieran su polla y s

us huevos del estricto calor del agua. Sonó un golpe en la puerta y la cabeza de Caleb se giró rápidamente hacia allí. Gatita había entrado, anunciándose con un golpe de puño, pero sin esperar por su respuesta. La conmoción le asaltó. No podía mantenerlo oculto en su cara y sin pensárselo se movió rápidamente para abrir el agua fría. ¡Esto era privado!

Bien, al menos ella no huyó. Pero, ¿a dónde podría haber ido de todas formas?

Gatita le miraba a él... por todas partes. Incluso a través de la intensa cantidad de vaho, podría ver su violento sonrojo. Fuera un sonrojo virginal o no, sus ojos no se desviaron de su persona.

Sus ojos finalmente se encontraron.

—Yo... —Gatita aclaró su garganta y empezó de nuevo, pero nada salió. No estaba sonrojada, ya no.

—¿Necesitas algo? —espetó Caleb. Había estado intentando rehacer su compostura pero su interrupción le dejó sintiéndose expuesto de alguna manera, incluso vulnerable, y no le gustaba. Sin embargo, ella también estaba desnuda, no se había vuelto a vestir desde la noche anterior y eso también era confuso. Sus ojos tomaron consciencia de ella, centímetro a centímetro, y todo el sentido común se evaporó. Entre sus manos, su polla se despertó. Quería estremecerse por la punzante sensación de su carne castigada estirándose y expandiéndose, pero no le dolió tanto como debería, porque el dolor y el placer eran de pronto casi lo mismo.

Gatita enderezó su columna, con actitud segura.

—Sí. Necesito algo. Montones de algo. ¿Por dónde quieres que empiece?

La miró fijamente, paralizado. ¿De verdad había dicho eso? ¿A él? Sabía que debería estar enfadado, pero en lugar de eso, volvió la cabeza para esconder una sonrisa. Esta conversación era familiar, y de un modo peculiar, reprimió cualquiera de las emociones molestas que le habían estado atormentando hacía unos momentos. Conocía su parte del juego, era su juego, no importara en qué medida participara Gatita. Habló hacia la pared de la ducha e intentó mantener la diversión lejos de su voz.

—Bien, ¿puede esperar al menos hasta que salga de la ducha? —Y, porque no pudo evitarlo, añadió—: A menos que quieras subir aquí y devolverme el favor de anoche. —Se arriesgó a mirar en su dirección.

Se ruborizó con ardor, pero se mantuvo la cabeza alta.

—¿En realidad? En parte. Quiero decir... no, pero... —resopló—, me gustaría dar me una ducha y ya que prácticamente estoy lisiada, podría usar tu puñetera ayuda. Pero no si vas a comportarte como un imbécil por ello. —Asintió con la cabeza.

a, como diciendo: *Ahí está, lo dije*. Caleb no pudo evitar reírse, con su humor mejorado, y decidió dejar que sus payasadas le distrajeran. Era mucho más seguro y menos complicado. Sabía que su reacción iba en contra de la que habría tenido normalmente otro día, en otra situación con otra chica. Pero ahora mismo, estaba tremendamente aliviado de sentir algo similar a la diversión, en lugar de lo otro con lo que se había despertado. Se agarró a ello y aguantó firmemente.

Abrió la puerta de la ducha y le dedicó su mejor y más lasciva sonrisa.

—Bien, pasa para adentro entonces. Me esforzaré por no ser un imbécil.

Ella no le devolvió la sonrisa, optando en su lugar por mantener su enfado. Era una especie de desafío y él lo aceptó porque algún día, su odio hacia él la mantendría viva. Le necesitaba y estaba determinado a hacer lo que pudiera por ella. Le debía al menos todo eso.

Dio un paso hacia atrás en la ducha mientras ella se aproximaba. Su cabeza estaba baja y sus mejillas teñidas de rosa, pero también con tonos de púrpura, verde, amarillo y azul, mientras con cuidado se movía hacia él. De pronto, imágenes de su cuerpo golpeado y sangrando, y de su propio pasado, emergieron como una única visión, como una persona reviviendo un recuerdo horrible. Una emoción poderosa le atravesó y se alegró de que el vapor de la ducha y el sonido del agua golpeando contra las paredes, lo ocultara del todo.

Caleb parpadeó, luchando contra los pensamientos y las voces fluyendo por su cerebro. Cuando Gatita estiró el brazo hacia él, usando su brazo y su hombro como apoyo, sólo la vio y pensó en ella.

—Jesús, esto es como una sauna, —dijo Gatita. Miró hacia arriba, con expresión fatigada—. ¿Puedes hacer que no haga tanto calor?

—No lo sé. ¿Puedes decir por favor? —El tono de Caleb todavía contenía humor, pero la ansiedad estaba abriéndose paso. La sensación de contraste entre ellos pendía pesada y densa en el aire.

Gatita finalmente le dedicó la más pequeña de las sonrisas, solo una ligera curva de sus gruesos labios pero sus ojos eran directos.

—¿Porfi, Caleb? —Y, en un instante, era la chica de la noche anterior: seductora, depredadora... Livvie.

Despacio, Caleb tomó aire y se volvió para ajustar el agua. No se dio cuenta de su error hasta que oyó su gemido de sorpresa y sintió sus manos en su espalda.

—No la toques —rugió y se giró para encararla. Sus ojos estaban abiertos de par en par, llenos de terror y de horror, y su mano cubría su boca. Caleb apretó sus puños y ella volvió la cara apartándola de él. Dolía. La idea de que pensara que la golpearía con su puño cerrado. Se esforzó por desdoblarse sus dedos de su palma,

pero fue volviéndose más fácil cuando la vio relajarse con su progreso.

Cuando finalmente se quedó de pie frente a ella, con las manos abiertas a los lados y su cara con una calma deliberada, ella bajó la mano de su boca y suavizó el miedo y el horror de sus ojos. Le estudió con recelo, buscando una forma de aproximarse a él sin enfadarle. Con cautela, intentó alcanzar su mano. Sus dedos rozaron los de él, silenciosamente pidiendo permiso.

Retiró su brazo hacia atrás lentamente, unos pocos centímetros, mostrando su rechazo a la intimidad entre ellos. Observó como ella miraba fijamente hacia abajo, hacia sus pies, pero avanzando poco a poco y dejando un rastro con su dedo índice a lo largo de la muñeca de Caleb.

—Vamos, Caleb —susurró suavemente. Su cabeza permanecía baja, permitiéndole la privacidad de su reacción.

Se le erizó la piel. Si no estuviera tan lastimada, la habría empujado apartándola. En lugar de eso, le permitió seguir acercándose. Dos dedos le tocaban ahora; trazaban un camino lentamente desde su muñeca hacia su mano. Lo permitió. Con una inspiración profunda, dejó que sus dedos encontraran los suyos y se entrelazaran. Caleb mantenía la mirada fija por encima de su cabeza.

Su mano era levantada. Sintió sus dedos rozando contra las costillas de Livvie. Y luego por su hombro. Y por último, su mejilla.

Aquí.

Me hicieron daño, aquí.

El cuerpo de Caleb se balanceó un poco.

—Bésame —susurró ella. Era una oferta de distracción.

La aceptó.

El pecho de Caleb se agitó con la fuerza de sus suspiros y sus labios se dejaron llevar para encontrarse con el rostro girado de Livvie. Gimieron cada uno en la boca del otro. ¡Joder! ¡Sí! No quería nada más que levantar a Livvie con sus brazos, empujarla contra la pared de la ducha y follarla hasta olvidar toda su frustración, ira, lujuria y remordimientos.

Desenlazando sus dedos, Caleb buscó los pechos de Livvie con ambas manos y los apretó. Su caricia era ruda, ansiosa, pero ella respondió con igual intensidad. Sus pulgares trazaron sus aureolas. Su carne se plegó bajo su habilidosa caricia. Las puntas duras de sus pezones rozaron las yemas de sus pulgares y ella mostró su entusiasmo en voz baja en la boca hambrienta de Caleb. Las temblorosas manos de Livvie encontraron su cintura. Sus dedos agarraron sus caderas y sus uñas

se se clavaron en la piel sensible. Fue el turno de Caleb para gemir. Su carne estaba delicada por culpa del agua caliente, pero le dio la bienvenida al dolor, especialmente cuando se mezclaba con el placer. Quería más. Lo quería todo.

Caleb dio un paso adelante. Livvie retrocedió sin romper su beso febril. Era una danza que sus cuerpos ya conocían. Mordió la lengua de Caleb, sus labios dejándole asombrado unos pocos segundos antes de que ella deslizara su lengua por la suya. Con la espalda de ella contra la pared, Caleb aprovechó la oportunidad de acercarse más, de besarla con más dureza. Su polla rozaba el vientre de ella y empujó contra la suave y resbaladiza carne.

—¡Ay! —gritó Livvie. Rompió el beso y se agarró al cuerpo con los brazos, inclinándose ligeramente mientras procesaba el dolor.

Caleb se apartó instantáneamente.

—Mierda. No lo pensé —resolló, tensando sus manos y con los brazos a los lados—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo ella, pero no sonaba como si lo estuviera—. Estoy bien, sólo dame un segundo.

Caleb se sintió tonto, merodeando sobre ella con su enorme erección entre ellos. ¿Pero en qué coño estaba pensando?!? No debería estar haciendo esto. Vaciló entre lo que debería estar haciendo y lo que quería hacer. Debería parar.

—Tenemos que parar.

Una de las manos de Livvie se estiró hacia arriba y Caleb le ofreció su brazo para usarlo como apoyo. No se lo esperaba cuando su otra mano envolvió su polla y la apretó. Caleb gimió en voz alta.

—No —dijo ella. Su tono no toleraba ninguna discusión—. No quiero parar. No quiero pensar. Quiero estar aquí y pretender que no hay nada esperándonos cuando salgamos. —Las palabras de Livvie parecieron acariciar algo muy dentro de él, algo que no podía acariciar por sí mismo. Por supuesto, también estaba la caricia muy física de su mano contra su polla.

Él siseó a través de sus dientes apretados. Su mano le rodeaba con fuerza; sus dedos no eran lo suficientemente largos para acariciar. Apretó otra vez. Más placer. Más dolor.

—No podemos. Te lastimaré —dijo Caleb.

La mano de Livvie apenas le liberó y la sensación de la sangre fluyendo hacia la cabeza de su polla fue casi suficiente para hacerle empujar contra su mano. Gimió mientras las puntas de sus dedos rozaban su carne dura.



—Bien, puedo verlo, Caleb. ¿Son todos... así? Quiero decir... ¿Todos los hombres la tienen así de grande?

Caleb puso su mano sobre las suyas y las sostuvo quietas.

—No hables de otros hombres justo ahora, Livvie. No cuando tienes mi polla en tus manos. —No estaba celoso. No era del tipo de los que se preocupaban lo bastante como para serlo. Pero su pregunta le recordó lo mucho que conocía acerca de otros hombres, y no le gustaba una mierda.

—Lo siento —susurró y se sonrojó—. Supongo que a ninguno le gustaría eso, ¿verdad? —Livvie sonrió a Caleb, con cautela, preciosa a pesar de los moratones.

Mi chica dura.

Los ojos castaños de Livvie todavía atraían su interés, más que nunca antes. Mientras se permitió a sí mismo llenarse con todo lo que le rodeaba, los ojos de ella parecían hacer lo mismo. Sus dedos se movieron nerviosamente a través de su mano y contra su polla. Él gimió y observó las pupilas de ella dilatarse, profundizando su mirada; se preguntó si los suyos hacían lo mismo.

Caleb vio cómo su lengua de gatita se deslizaba lentamente por su labio inferior. Lentamente, la flexible carne desapareció dentro su boca y observó cómo lo mordía. Tragó saliva.

—No —dijo, su voz ronca—, especialmente en este tipo de situación. —Le sonrió—. Aun así, te lo aseguro, mi polla es muy especial.

Livvie sonrió.

—No puedo creerlo... tuviste esto dentro de mí.

Las caderas de Caleb se balancearon hacia ella al oír sus palabras. Su polla recordaba follársela por el culo, evocaba la estrechez y la calidez que esperaban dentro de ella. Recordaba sus quejidos y suspiros, la forma en que se curvaba contra su pecho cuando se corría debajo de él. Lo deseaba mucho y estaba haciendo un pésimo trabajo para ocultarlo.

Livvie se acercó a él, hasta que su cabeza tocó su pecho. Los brazos de Caleb la rodearon, como por instinto.

—Quiero hacer que te corras, —susurró contra su pecho. Tímidamente. Seductoramente. Su mano todavía le agarraba y deslizó la mano arriba y abajo por toda su longitud. Caleb se levantó en las puntas de sus pies y jadeó, incapaz de resistir la deliciosa fricción de su mano, pero luchando contra la urgencia de empujar contra la suavidad de sus pechos mientras estos se encontraban con la punta de su polla.



—Sigue haciendo eso —dijo con voz ronca. Colocó una mano contra la pared detrás de Livvie, su brazo extendido como recordatorio de no magullarla. Su otro brazo la sostenía holgadamente contra él. Notó que su hombro lesionado estaba apoyado contra él, con su mano en su sensible y escaldada cadera.

Ella le acarició. Él abrió su boca y silenciosamente tomó aliento para no gemir, su estómago tensándose bruscamente. Sus caricias se sentían poco experimentadas, inconexas, como celestiales en un instante y como un ataque en el siguiente, pero lo estaba disfrutando. Le estaba acariciando porque ella quería, no por otra razón. *¿Qué coño me estás haciendo, Livvie?*

Durante el siguiente minuto, su mente se quedó en blanco. Incapaz de resistir, se movió dentro de su mano, sus caderas moviéndose bruscamente hacia delante para tocar con su polla contra las jodidamente increíbles tetas de Livvie.

Estás arruinando mi vida...

Tan suave. Era tan jodidamente suave.

—Oh... Dios —salió de su boca, pero a Caleb no le importaba una mierda. Contra su pecho, Livvie jadeaba con agitación y esfuerzo. Los dedos contra la cadera de Caleb apretaron y tiraron de sus caderas más cerca y luego las empujaron de vuelta.

Más. ¡Oh, joder! Por favor, más.

—Más fuerte, Livvie, apriétame más fuerte —jadeó. Livvie obedeció, enviando a Caleb a un estado de nirvana. Él sintió como si fuera a arder desde el interior hacia afuera—. No pares. Sigue así.

—Oh, Dios, Caleb. Estás tan duro —la voz de Livvie era pura lujuria—. Quiero que te corras. Quiero ver cómo te corres. —Intentó retirarse, pero Caleb la sostuvo más cerca.

Él negó con la cabeza.

—No me mires a mí, mira a mi polla. Mírala correrse toda por encima de ti. —La mano de Livvie apretó más y aceleró el ritmo.

Caleb no pudo resistirlo por más tiempo. Con un grito, se puso de puntillas y se corrió encima de las generosas tetas de Livvie. Mientras jadeaba y trataba de no desmayarse, Caleb escuchó a Livvie chillar sorprendida.

—¡Oh. Dios. Mío! —susurró y se rio. Miró hacia abajo a su cuerpo, su expresión divertidísima—. Está por todas partes. Aghh. Caleb, es... pegajoso.

Caleb se rio y la observó mientras daba toquecitos a su semen e intentaba limpiárselo.

Se rio disimuladamente.

—Es más pegajoso cuando está mojado —le advirtió. Se giró y alcanzó el jabón. Se quedó quieto ante la caricia de su mano contra su espalda. Suspiró profundamente. En la euforia de su orgasmo, no tenía la energía para discutir o pelear.

Se tensó cuando ella se acercó más. Cerró los ojos mientras ella trazaba las penetrantes líneas blancas que cruzaban su espalda. Su piel estaba roja por el calor del agua y sabía que las cicatrices estarían más pronunciadas a causa de eso. No era la primera vez que alguien había visto sus cicatrices. No estaba necesariamente avergonzado de ellas y no era como si escondiera su cuerpo a sus amantes. Pero nunca hablaba sobre ello, jamás.

—¿Qué pasó? —El susurro era tan bajo, que Caleb lo habría pasado por alto si no supiera que iba a venir.

—Una infancia de mierda —dijo monótonamente.

El aliento de Livvie rozó por toda su piel. Ella besaba sus cicatrices.

Capítulo 3

Livvie entró en el coche y cerró la puerta con un golpe. Intentó ocultarlo, pero Caleb vio el modo en que se estremeció de dolor y se frotó la clavícula.

—¿Feliz? ¿Le hemos dado una lección a la puerta? —se burló Caleb con una sonrisa dulce.

Los ojos de ella se entrecerraron mirando en su dirección, su furia era inconfundible.

—No puedo creer lo que le hiciste a esa gente, Caleb. Eres tan... no importa. ¿Podemos simplemente irnos, por favor?

La ira de Caleb, dormida a causa de su inesperado orgasmo previo, ahora aflora a la superficie.

—¿Qué parte no te puedes creer? —dijo bruscamente, metiendo a la fuerza la llave en el contacto del coche robado y girándola—. ¿La parte en la que te rescaté de un grupo de violadores potenciales que te golpearon hasta dejarte medio muerta? ¿O quizás la parte donde, con gran riesgo para mí mismo, secuestre a un doctor para que me ayudara a salvarte? ¿Qué parte es, porque me gustaría saber cuál de esas cosas no debería volver a hacer por ti jamás? —Le puso una marcha al vehículo y arrancó. Por un momento, no le importó que Livvie hubiera sido zarandeada en su asiento.

Silencio.

Caleb se acomodó en el asiento, satisfecho. No era como si les hubiese asesinado. El doctor y su mujer eran libres para vivir sus vidas, no era peor de llevar. Livvie había estado mortificada de encontrarse a la pareja exactamente como él les había dejado la noche anterior: atados con cinta adhesiva a las sillas de su comedor. Haciendo una concesión, el hecho de que se hubieran orinado encima durante el curso de la noche era desagradable, pero por otro lado estaban ilesos. En una situación diferente, no les habría dejado ir tan fácilmente. Se preguntó cómo habría reaccionado Livvie a tal cosa.

—Gracias —masculló Livvie desde el asiento del pasajero.

—¿Por qué? —Caleb todavía estaba irritado.

—Por salvarme la vida. Incluso aunque estés a punto de ponerla en peligro otra vez —susurró.

Caleb no respondió. Era exactamente lo que iba a hacer. Conducirla a Tuxtepec, entregársela a Rafiq, entrenarla, venderla... perderla para siempre. Y matar a Vladek. No nos olvidemos de esa parte.

El pensamiento no mitigó la culpa que se resistía en su interior. Su corazón estaba pesado, sus pensamientos se mezclaban. Aun así, no podía permitirse mostrar debilidad. Toda la agitación de su interior debía ser ocultada, a todos.

—No hay de qué, Gatita, —se burló. Por el rabillo del ojo, vio a Gatita frotarse el ojo y, con un rápido movimiento de muñeca, lanzar sus lágrimas hacia el suelo del coche. *¡Arruinando mi vida!*

Las cosas habían sido mucho más fáciles en la ducha, fáciles cuando eran simplemente ellos dos y el mundo exterior parecía irrelevante y más allá del alcance de sus pensamientos. El mundo ahora estaba en el coche con ellos y era Gatita la que parecía más allá del alcance.

Después de que ella le hubiera hecho sentir más placer del que nunca había tenido, con una paja, ni más ni menos, él había disfrutado enjabonando su piel, observando atentamente mientras el agua resbalaba sobre los firmes picos de sus pezones, bajando por la pendiente de su vientre bronceado y sus caderas, y descendiendo más allá del triángulo negro azabache entre sus muslos. La había tocado ahí también, escudriñando con sus dedos a través de su escaso vello hasta que sintió su carne resbaladiza separarse bajo sus dedos. Era como abrir una flor, sus pétalos rosas y vibrantes, brillando por la condensación y la lujuria.

Se había arrodillado delante de ella, venerándola. Se había abierto para él, hambrienta, llena de deseo. Cada uno de sus sentidos había estado ligado y enfocado en ella. Podía oler su excitación, podía ver la forma en que su carne se oscurecía y, contra sus dedos, la había sentido temblar, había oído sus suaves gemidos. Ella le había rogado que la saboreara. Despacio, había lamido su diminuto brote.

¡Oh! Cómo le había deseado.

Ella se había abierto más y había colocado sus dedos en su pelo para tirar de él más cerca.

—Suplícame —había susurrado las palabras contra ella.

—Por favor, Caleb. Por favor, lámeme.

Él había obedecido. Un largo y húmedo lametón cruzando sus pétalos abiertos.

Ella sollozó:

—Otra vez. Por favor. Otra vez.

—Di que quieres que te lama el coño.

Ella tiró de su pelo más fuerte.

—¡Caleb! —chilló.

—Dilo. Quiero oír más guarradas de tu boca.

Ella dudó. Sus caderas se movieron hacia su boca, pero él no hacía más que besarla con sus labios.

—Por favor, Caleb. La-lámeme el... coño.

Nada le había puesto tan cachondo jamás. Le había separado más las piernas, acunando sus muslos con sus hombros y presionando su cara contra su coño. ¿Lamerla? Joder, la devoró.

El dolor ya no parecía ser un problema para ella ya que se curvaba y mecía sus caderas contra su boca voraz. Sus manos le sostenían la cabeza, empujándole más adentro, demandando más, incluso cuando él se lo daba y daba.

Cuando ella se corrió, su coño apretó su lengua. Humedad, palpitación, carne y agitación contra humedad, palpitación y carne. Sus jugos empaparon su boca, una descarga de miel que no sólo se tragó, sino que sorbió de su carne durante rato después de que ella le hubiera suplicado que parara.

Pero eso había sido antes. Esto era ahora.

Caleb suspiró con pesadez, frustrado por el giro de los acontecimientos. Más molesto que el comportamiento de Gatita era la perspectiva de la inminente visita de Rafiq. Había intentado llamar a Rafiq antes, mientras Gatita se vestía y peinaba su cabello, pero no había habido respuesta. Caleb sólo podía asumir que Rafiq estaba, o bien de camino, o bien ignorándole. Esperaba que fuera esto último. La última cosa que necesitaba después de lo que seguramente sería un viaje muy largo y agotador, era una confrontación con Rafiq.

Su relación era más que complicada. Rafiq era muchas cosas para Caleb. Durante un tiempo, su guardián. Luego, un amigo. ¿Ahora? Rafiq le llamaba hermano. Pero Rafiq era también mucho más. Rafiq mantenía un poder y una influencia sobre Caleb con la que nunca se había sentido cómodo. Caleb había sido un adolescente difícil. Después de Narweh, se había quedado con un montón de miedo que se había convertido en ira. Había habido veces en las que habían discutido y Caleb había visto cosas en Rafiq que deseó no volver a ver nunca.

Rafiq no se detendría ante nada para llevar a cabo sus planes. Todo el mundo era prescindible; todos eran daños colaterales. Si alguna vez se llegaba a eso, Rafiq podría matarle, y, por tanto, Caleb tenía que estar preparado para golpear primero. La tregua radicaba en el hecho de que ninguno de ellos disfrutaría con la tar

ea. Mientras Caleb seguía su camino a través de carreteras angostas, se permitió pensar en lo que haría si Rafiq estuviera esperándoles en Tuxtepec. Agarró el volante más fuerte. Lo sabía. Ese era el problema. Sabía exactamente lo que pasaría.

Prepárala.

—Nos va a llevar todo el día y parte de mañana llegar a nuestro destino. —Relajó su agarre en el volante y se apoyó contra el respaldo de su asiento. Tenía que dejar de ser suave con ella. Tenía que hacerla fuerte, hacerla dura, y conocía mejor que la mayoría cómo la frialdad de la realidad podía ensombrecer cualquier esperanza inocente. El primer paso había sido contarle la verdad sobre su futuro, pero tenía que empujarla más lejos. Tenía que hacerle entender.

No había futuro para ellos.

—Te sugiero que te tomes tu tiempo y asumas la seriedad de la situación. Te perdono por huir, pero sólo porque el destino ha hecho un mejor trabajo castigándote del que podría hacer yo. —Caleb mantuvo sus ojos hacia el frente, negándose a aceptar a la chica con el corazón roto que estaba a su lado. No tenía que mirarla para saber cuándo le herían sus palabras. Un eco de su dolor parecía reverberar a través de él. Al menos, eso era lo que él quería creer que era: un eco.

Recordó la presión de sus labios contra sus cicatrices. *Ella besó mis cicatrices y yo cree otras nuevas para ella.*

—¿Vas a seguir adelante con ello? —El tono de Gatita era angustioso, pero también enfadado y decidido.

Se dijo a sí mismo una y otra vez: *Ya está trazando su venganza. Nunca te apreciará.* Si se lo recordaba a sí mismo lo suficiente, quizás podría hacer entender a su mente la verdad. Así que se repitió las palabras como un mantra. *Está jugando contigo. Está haciendo tiempo hasta que pueda deshacerse de ti.*

—Nunca dije otra cosa, Gatita. No he roto ninguna promesa hacia ti —replicó Caleb, su tono severo e inflexible. Tenía que cerrar de golpe la puerta a todo lo que había entre ellos. Era la única manera de seguir adelante y asegurarse de que ella sobreviviera. *También es tu supervivencia.*

Caleb esperaba sus lloriqueos en cualquier momento. Era su baile: ella luchaba contra él, él le hacía daño, ella lloraba... él se sentía como una mierda.

Repetimos. Se sorprendió al oír el acero en su voz cuando ella le espetó:

—Me prometiste que si hacía lo que me pedías, siempre saldría mejor parada. ¿T odavía lo crees, Caleb? ¿Realmente crees que venderme como esclava sexual ser á lo mejor para mí?

—Ya está hecho —dijo él.

—Que te jodan —escupió ella.

La ira surgió y se intensificó siguiendo a su culpabilidad. Se lo había prometido, pero no de la forma que ella proponía.

—Pretendía enseñarte a sobrevivir a esto. Siempre he tenido la intención de armarte con lo que necesitarás. En ese sentido, sí —siseó—. Mantendré mi promesa. Pero a su vez he hecho otras promesas, a alguien que se ha ganado mi lealtad.

—¿Se supone que debo ganarme tu lealtad, Caleb? —le miró con desprecio—. ¿Por qué? ¿Qué hay de mi lealtad? ¿Qué has hecho para ganártela? —Caleb tensó su mandíbula—. Eres peor que esos moteros —escupió, su cuerpo tenso y enroscado, listo para atacar—. Al menos ellos sabían que eran monstruos. ¡Eres patético! Eres un monstruo que se cree que es algo más.

El calor subió por la columna de Caleb e irradió bajando hacia sus dedos. Sujetaba el volante apretándolo con los nudillos blancos. Su primer instinto fue golpearla, soltar el volante y abofetearla cruzándole la cara, pero, ¿qué probaría con eso? Sólo que tenía razón, lo que, por supuesto, era así. Sólo un monstruo podría hacer las cosas que él había hecho. Sólo un monstruo podría tener los instintos que él tenía, y sólo un monstruo podría sentirse indiferente a su naturaleza o tratar de racionalizarla.

—Yo sé lo que soy —dijo con calma—. Siempre lo he sabido.

Le lanzó una rápida ojeada de arriba a abajo. Ella se encorvó de nuevo en su asiento, como si su mirada fuera veneno.

—Eres tú la que piensa otra cosa —dijo Caleb. Vio a Gatita encogerse. Sus palabras aparentemente herían sus sentimientos, pero eran la verdad. La verdad les lastimaba a los dos. Ella le había visto como algo más, algo que juzgaba mejor. Por un pequeño instante, él había compartido su imaginación. No se había dado cuenta de lo mucho que significaba para él, hasta que dejó de ser verdad.

Nadie le había visto jamás como alguien capaz de ser más y él acababa de herir a la única persona que lo había hecho. Mejor así. Quería volver a la época antes de que hubiera sabido que ella existía, la época en la que su vida era en blanco y negro, y el gris no importaba. Sentía nostalgia de la simplicidad de su vida, libre de dilemas morales, culpa, vergüenza, lujuria dominante, y, el peor pecado de todos: anhelo. Quería irse a la cama por la noche y saber exactamente qué esperar cuando se despertase. Quería a Gatita fuera de su vida y fuera de su cabeza.

El espacio dentro del vehículo era silencioso, pero alto y claro. Caleb estaba contento de mirar fijamente a través del parabrisas mientras los tramos de carretera desaparecían debajo de ellos, llevándoles a miles de kilómetros de aquella ducha, sus confesiones, y de todas las posibilidades de lo que habría podido haber entre ellos.

Después de un rato, finalmente se aventuraron por carreteras urbanas pavimentadas. La civilización les rodeó. A Caleb no se le pasó la forma en que Gatita se sentó derecha en su asiento, su cabeza girada para ver todo lo que pasaba por su ventanilla. Levantó el brazo que no estaba herido y presionó la palma contra la ventana.

Caleb tragó saliva y la ignoró, con los ojos al frente.

El sol estaba brillando resplandeciente, calentando lo que quedaba del frío de la mañana. Caleb se estiró para alcanzar el aire acondicionado y bajarlo. Bajaría las ventanillas cuando no hubiera tanta gente alrededor que escuchara las apasionadas súplicas de auxilio de Gatita. También tenía que deshacerse del vehículo, sólo por si acaso el doctor no había mantenido su palabra y los Federales ya estaban buscándolos. Tenía unos pocos cientos de dólares americanos y unos pocos cientos de pesos, cortesía del doctor. No era suficiente para sobornar a un policía, pero bastante para los habituales que pudieran causar problemas. En cualquier caso, cuanto antes llegaran a Tuxtepec, mejor. Caleb se metió en una rotonda y tomó la salida que llevaba hacia Chihuahua. Tendría que parar y conseguir todo lo que necesitaba cerca de la ciudad.

—No puedo cambiar de parecer, ¿verdad? —Las suaves palabras trajeron a Caleb de vuelta al coche. No quería hacer esto más. No quería hablar—. Esto está ocurriendo de verdad. ¿No? Y tú vas a dejar que ocurra... ¿lo harás?

—Intenta dormir, Gatita. —Su voz era distante y rígida—. Tenemos un largo camino por delante.

Ella no cedería, aunque sus modales eran relajados y displicentes, como si sólo estuviera hablando en voz alta, sin esperar una respuesta. —Admito que... al principio pensé... —se encogió de hombros—. Pensé que realmente eras mi “caballero de la brillante armadura”. Una estupidez, lo sé.

Su tristeza irónica, mientras repetía las palabras de Caleb, trataba de hacerle sentir culpable. En lugar de ello, consiguió ignorarla. No le iba a dar la satisfacción de importunarle con una discusión.

—Estaba tan impactada cuando te vi otra vez. Impactada de descubrir... entonces pensé que eras un monstruo. Me aterrorizabas. Pero, ¿ahora? Ahora no sé cómo sentirme acerca de ti, —susurró ella.

Caleb agarró el volante más fuerte con una mano y giró el control de la radio, llenando el vehículo con música mariachi a todo volumen.

Gatita se volvió para encararlo, la antes distante mirada se había ido de su cara y la reemplazaban unos ojos entrecerrados y una boca convertida en una línea severa. Alcanzó el botón y apagó la radio.

—¿Así que esta es tu respuesta?

Caleb tomó una honda respiración y trató de controlar su enfado.

—Te crees que eres jodidamente lista, ¿verdad? —le dedicó una carcajada triste y condescendiente—. ¿Honestamente crees por un segundo que no me doy cuenta de que lo estás haciendo? Estás intentando hacerme sentir culpable, intentando hacerme creer que tienes sentimientos hacia mí. —Ella hizo una mueca y su mandíbula se tensó—. Sabes que estás atrapada y estás intentando encontrar una forma de escapar. Intentar seducirme con tu espectáculo de cariño y confidencias no funcionará conmigo —se burló cuando vio la forma en la que Gatita fingió sorpresa y dolor—. Puedes dejar de actuar. No estoy impresionado. Tus intentos son ridículamente transparentes.

Se anticipó a su furia, mentalizándose para ella, pero no le había otorgado suficiente reconocimiento. En lugar de soltar improperios, Gatita le atacó con un razonamiento frío y resuelto.

—Tienes razón, Caleb. Estoy tratando de seducirte. Estoy tratando de encontrar una forma de escapar de este lío de mierda en el que me has metido. ¿Qué más puedo hacer? ¿Qué harías tú en mi lugar? —No había lágrimas en sus ojos, tampoco había enfado. Sólo había verdad, y la verdad era siempre poderosa. Y también dolorosa.

Caleb sabía exactamente lo que habría hecho en su lugar, porque lo había hecho. Había habido ocasiones en las que había intentado conseguir que los hombres le ayudaran, le liberaran, y le pusieran a salvo de la traición de Narweh. Había oído a los hombres que compraban su cuerpo jurar que le amaban. Se había permitido a sí mismo darle validez a las palabras de cariño que le susurraban al oído. Pero cuando se acababa, cuando habían tomado todo lo que habían podido de él, habían traicionado su confianza por Narweh. Recordaba la forma en que su corazón se había roto cuando Narweh había usado sus propias palabras para mofarse de él mientras le golpeaba.

—Lo siento si soy tan mala en eso. Lo siento si encuentras mis intentos ridículos, pero no sé cómo hacerlo mejor. Eres todo lo que conozco. Por si sirve de algo, no estoy intentando hacerte creer nada. Nunca te he mentado. Cuando te pedí que me hicieras el amor, no era una estrategia, y duele de la hostia oír que piensas lo contrario, porque... —Su voz finalmente se rompió, las lágrimas haciendo estallar su fachada.

Caleb sintió pánico. No tenía ni idea de qué hacer. Sus palabras, su presencia y su dolor, le afectaban. Lo odiaba. Sus recuerdos, los que había trabajado tanto por empujar dentro de los olvidados recovecos de su mente, llamaban a la puerta de su consciencia. Conectaban con Livvie, contactaban con su sufrimiento, y juntos, amenazaban con destruirle.

Un aliento de estremecimiento y Gatita parecía tener mejor control de sí misma. Se limpió los ojos, respiró hondo otra vez y se retiró a su lado del vehículo, sus ojos de nuevo enfocados en el mundo que pasaba por su lado. De vez en cuando su barbilla temblaba y tomaba otro aliento para mantener alejadas sus lágrimas.

Tenía más dignidad de la que incluso ella misma era consciente y Caleb decidió que nunca más le diría lo contrario. Deseó no habérselo dicho nunca en primer lugar. Su corazón latía acelerado, golpeando duramente en su pecho y creando un ruido sordo en sus sienes que hacía que le doliera la cabeza. Su estómago también estaba afectado, una extraña clase de dolor hormigueante revolviéndole las entrañas.

Tuvo el impulso de ofrecerle a Gatita consuelo, decirle la verdad: sus intentos eran de todo menos ridículos. Sin embargo, sabía que contárselo sería ponerse a sí mismo en una increíble desventaja. Tan sólo el hecho de reconocer cuánto quería a consolarla era desconcertante. Aun así, el pensamiento de hacerle más daño del que ya le había hecho, era demasiado, demasiado con creces.

—Gatita, yo...

Ella se inclinó hacia delante y giró el botón de la radio y la irritante voz del locutor interrumpió a Caleb. Evitó sus ojos y volvió a concentrarse en la ventanilla.

Caleb suspiró de alivio. No tenía ni idea de qué coño había estado a punto de decir. Lo importante, en lo que tenía que centrarse, era en que no habría más conversación por el momento. Deseaba poder decir lo mismo para las próximas veinticuatro horas que pasarían juntos en la carretera.

* * * *

Había sido un día agotador. Lo que debería haber sido conducir durante nueve horas se había convertido en veinte porque Caleb tenía que parar por Gatita muy a menudo. Con sus costillas y cuello lastimados, necesitaba estirarse frecuentemente, así que paró a lo largo de calzadas aisladas. Para cuando llegaron a la ciudad de Zacatecas, Caleb había soltado un suspiro de agotamiento y decidió que podrían parar finalmente para pasar la noche y disfrutar de un sueño muy necesitado.

Gatita había hablado muy poco durante el viaje, lo que demostró ser un gran alivio para Caleb. Había cambiado el sedán de lujo del doctor por una robusta

pero abollada camioneta de granja, y algunas provisiones. Supondría bastante beneficio para el granjero, así que respondió tan pocas preguntas como le fue posible, llegando al punto de ignorar explícitamente a Gatita y sus heridas.

Durmió la mayoría del camino. Las drogas en su organismo parecían bloquear su dolor, aunque la dejaban mareada. Caleb se aseguró de mantener una botella de agua cerca de ella y también de que bebiera de ella cada vez que estuviera despierta.

Zacatecas era una ciudad descomunal, llena de cientos de miles de personas, muchos de ellos turistas. Caleb tomó mucho cuidado de encontrar un motel para pasar la noche. Gatita había dicho que no volvería a escapar de su lado otra vez, pero la mirada en sus ojos cada vez que se cruzaban con turistas americanos con familias, decía otra cosa diferente. Escaparía otra vez, si se le diera la oportunidad. No es que pudiera culparla. —Tengo que darme una ducha, —dijo Caleb en el silencio de la habitación—. Puedes sentarte en el baño conmigo, o bien puedo atarte. La elección es tuya.

Gatita lo miró firme y fijamente.

—¿No confías en mí? —se burló.

—No, cuando me miras así, no.

Ella se sentó con rigidez en el borde de la cama, su indignación emanando de ella como una niebla tóxica intentando estrangularlo.

—Te dije que no me escaparía. Vete a darte tu puñetera ducha y déjame sola.

Caleb cerró los ojos y respiró hondo para calmarse. Estaban otra vez con esto. Bien, pensó, este era un momento tan bueno como cualquier otro para restablecer las reglas entre ellos. Cuando abrió los ojos, un cálido hormigueo descendió por su columna y finalmente se sintió como él mismo otra vez. Su mirada cayó sobre la chica y sonrió cuando ella se encogió.

—Levántate —dijo calmadamente, la amenaza en su voz era silenciosa, pero seguía estando presente. La chica miró hacia él por un momento y tragó con fuerza. Era obvio que su enfado se había convertido rápidamente en miedo.

—¿Caleb? —su voz era baja, sumisa.

—Levántate. Ahora.

Despacio, Gatita bajó sus ojos hacia el suelo y se levantó sobre sus piernas temblorosas. De hecho, su cuerpo entero estaba temblando. Caleb, al final, no sintió remordimientos, ninguna lástima por la chica que tenía enfrente. Era suya, para hacer con ella lo que quisiera. El pensamiento era un afrodisíaco en sí mismo.

—Desnúdate —fue su orden, y la chica se encogió aunque sus palabras habían sido dichas en voz baja. Un lloriqueo escapó de sus labios, pero no dudó en seguir su orden. Despacio, alcanzó la cintura de la falda con vuelo que Caleb había seleccionado para que ella la vistiera y la empujó hacia abajo por encima de sus caderas, hasta que formó un montón a sus pies.

Ignoró las bragas y deslizó sus dedos temblorosos hacia el botón superior de su blusa, hubo más lloriqueos, pero Caleb los ignoró. Él observaba, dolorosamente excitado por la adrenalina que lo recorría mientras ella cautelosamente deslizaba cada botón a través de su ojal hasta que alcanzó el final. La tela se abrió, exponiendo una tentadora franja de carne entre sus pechos desnudos. Levantó la mirada hacia él brevemente, sus ojos suplicando.

—Fuera con ella.

—Caleb...

—¡Así —rugió amenazante—, no es como te diriges a mí! Hazlo otra vez y no te perdonaré.

Gatita empezó a llorar, pero permaneció de pie.

—Sí... por favor... no...

—Te ofrecí una elección. Si no puedes tomarla, entonces yo tomaré las elecciones por ti. ¿Entendido?

Ella se sorbió la nariz.

—Sí, Amo. —Las palabras parecían dolorosas de decir para ella, pero a Caleb no le importaba nada su dolor en ese momento. Le había desafiado por última vez. La miró desapasionadamente mientras se deslizaba la camisa por los hombros y las bragas por sus piernas. Se quedó de pie, temblando y llorando, pero finalmente obediente.

—¡Arrodíllate! —ladró por el placer de verla gateando para obedecer. Sonrió mientras las rodillas de ella golpeaban la alfombra andrajosa y sus manos iban a cubrir sus pechos para ocultarlos de su vista. Su corazón se aceleró y casi gruñó con la caricia de su palma contra su erección, atrapada entre sus pantalones.

Caminó despacio y deliberadamente hacia ella, observando con sádico placer mientras ella cerraba los ojos y sus labios se movían; no hacía ningún sonido. Tiró del cordón que sujetaba su pelo detrás, dejando que su larga y oscura melena cayera en cascada por su cuerpo desnudo, pero sin ocultar nada.

—¿Recuerdas lo que pasó la noche que decidiste gritar mi nombre? —preguntó casualmente. La chica lloriqueó mientras asentía. Él levantó un mechón de su pelo y lo envolvió alrededor de su mano, cada vuelta acercando más su mano a

su cuero cabelludo y estirándolo suavemente, pero sin una implicación siniestra—. Si quisiera que asintieras, te movería tu jodida cabeza yo mismo. Contesta... por favor.

El pecho de Gatita subía y bajaba con la fuerza de su llanto, pero la respuesta llegó:

—Sí, Amo —Caleb desabrochó el botón superior de sus pantalones vaqueros, robados al buen doctor—. Oh. No. Por favor, Amo. Por favor, no.

—¡No hables a menos que sea para responder a una pregunta que se te haya hecho! —Gatita se quedó callada, los labios apretados—. Respira por la boca; lo último que quiero es que te desmayes sin mi permiso. —Ella jadeó pero no habló—. ¿Cómo te castigué?

Las palabras parecían afectarla como un golpe físico y se apartó de su mano, con pánico, pero no tenía a dónde ir. Caleb tiró de su pelo lo suficientemente fuerte como para devolverla a su posición, pero no con fuerza bastante como para lastimarla.

—Contéstame.

—Tú... tú... ¡No puedo! —Lloró.

—¡Contesta a la pregunta!

—¡Me follaste!

Caleb se bajó la cremallera lentamente, prolongando el momento para beneficio de los dos.

—Sí, te follé. Justo en tu sexy culito. —Ella jadeó al oír sus palabras, su cara era un desorden hinchado con su boca abierta mientras lloraba—. ¿Te gustó?

Negó con la cabeza:

—No, Amo. No.

Caleb chasqueó la lengua y atrajo su cabeza contra su erección, todavía resguardada en su ropa interior, pero indudablemente caliente contra su piel a pesar de todo.

—Mentirosa. Te corriste más veces de las que tenías derecho a hacer. Lo sé porque te sentí, caliente y aferrando mi polla, suplicándome que me corriera dentro de ti. ¿No es cierto?

La chica meneó la cabeza, no, pero susurró:

—Sí, Amo.

Los recuerdos se reprodujeron en la mente de Caleb como una serie de flashes eróticos. Recordaba lo bien que se sentía estando enterrado dentro de ella y sentirla empujar contra él. Sería tan fácil tenerla otra vez, tenerla de la forma que quería y llevarla a las cumbres de un éxtasis insoportable hasta que no pudiera saber en qué se diferencian el dolor o el placer. Sin embargo, tenía algo más importante que hacer.

—¿Cuál es tu nombre?

—¡Gatita! —gritó sin dudar.

—¿A quién perteneces?

—A ti —lloriqueó.

—Sí. A mí. Ahora, dime, ¿qué podría hacer contigo? —Su tono era urgente.

—¡No lo sé!

—¡Lo sabes! Dímelo.

—Cal...

—¡No te atrevas! No soy tu amante. ¡No soy tu amigo! ¿Quién soy?

—¡Amo! Tú eres mí... Quiero parar. Por favor, hazlo parar.

—Responde a mi pregunta, ¿Que podría hacer contigo?

—¡Cualquier cosa! ¡Cualquier jodida cosa! —Sollozó húmedamente.

—Sí, podría hacerte cualquier cosa. Podría agachar tu cabeza y follarte hasta que no te pudieras mantener en pie y no habría nada que pudieras hacer al respecto. Estás golpeada, lastimada y bastante cerca de estar destrozada. Podría matarte. Esos moteros podían haberte matado, ¡pero tú continúas provocando!

—¡No! No, Amo.

—¿Eres orgullosa?

—No, Amo.

—¿No?

—¡Sí! Sí, Amo. Soy orgullosa. ¡Lo siento!

—¿Vale la pena la situación en la que estás por culpa de tu orgullo?

Caleb la soltó y observó cómo colocaba las manos en el suelo y lloraba con la cabeza agachada.

—No, Amo.

Había hecho lo que se había propuesto hacer.

—Exacto, Gatita. Tu orgullo no vale la pena. No vale la pena el dolor. No vale la pena la tortura que yo, o cualquier otro, podría infligirte. Y también es seguro que no vale la pena tu vida. ¡Sé lista! Pelea las batallas que puedas ganar y acepta las que no puedas. Así es como se sobrevive. —*Así es como evitas estar atado a un jodido colchón y empapado con tu propia sangre.*

—¡Lo siento! Por favor... para. No seas así más. ¡No puedo soportarlo! ¡No puedo soportar estar contigo y no saber quién eres de un momento a otro! —gritó Gatita.

Caleb se abotonó los pantalones y se agachó con una rodilla en el suelo y tiró de Gatita hacia sus brazos. Ella no ofreció resistencia, sus brazos envolvieron su cuello como si hubiera estado desesperada porque estuvieran allí todo el tiempo y sollozó contra su cuello.

—Me gustas mucho más cuando eres así —susurró mientras presionaba sus labios contra su cuello suavemente, una y otra vez como si buscara calmarle, cuando era ella la que estaba necesitada de calma.

—Lo que te guste o no es irrelevante, Gatita —respondió él con amabilidad. Ella se quedó quieta, no tensa, sólo laxa—. Es lo que tienes que empezar a esperar.

Sin más palabra, Caleb la levantó con sus brazos y la cargó hasta el baño. Ambos necesitaban que el agua se llevase con ella ese día.

Empezarían frescos por la mañana.

Capítulo 4

Día 6:

Miro a mi alrededor y me siento desilusionada por la falta de oscuridad y aridez de esta habitación. Tenía otra idea de lo que era una sala de interrogatorios: un espejo de dos caras, una mesa rayada de metal y una lámpara de alto voltaje iluminándome la cara y haciéndome sudar. En su lugar, la habitación parecía una clase de preescolar con proyectos de arte y refranes motivacionales escritos en cartulina brillante y pegados a la pared. Estoy sentada en una silla de plástico mirando a Reed a través de una mesa redonda, imitación de madera, que está frente a mí.

—Está bien —dice Reed soltando un suspiro— sólo para tener la cronología correcta: después que fuera secuestrada estuvo, aproximadamente, tres semanas encerrada en una habitación oscura, en una ciudad que no puede recordar. Escapó del hombre conocido como “Caleb” y casi de inmediato, fue secuestrada de nuevo por un hombre llamado “Tiny” y su pandilla de motoristas para pedir un rescate. Se comunicó con su amiga Nicole Freedman y le pidió que consiguiera los cien mil dólares del rescate y los llevara a Chihuahua, México para intercambiar su libertad por el dinero. Nunca llegó a la entrega, ya que fue rescatada por “Caleb”. A la mañana siguiente, descubrió que él había secuestrado a dos personas más y las mantenía como rehenes en su casa. Las dejó con vida pero les robó el coche y ambos se dirigieron a Zacatecas, México. Estuvieron allí aproximadamente tres meses.

Hizo una larga pausa como si estuviera esperando que yo agregara otra cosa que lo sorprendiera aún más.

Se llevaría una enormemente decepción. Tendría que acostumbrarse a la desilusión.

—¿Todo esto es correcto? —pregunta Reed.

—Parece que quiere usted escupir cada vez que dice su nombre —le digo sin inflexión.

—Mis sentimientos son irrelevantes —me contesta.

—Son importantes para mí.

Reed sacude la cabeza y parece que no puede evitar poner su granito de arena.

—Es un traficante de personas, señorita Ruiz, un asesino y un violador. No la rescató. La capturó. Hay una amplia diferencia entre las dos cosas. ¿Ha considerado usted que podría tener el síndrome de Estocolmo? De lo contrario, no veo cómo puede defenderlo, en ningún nivel razonable.

Mi vista está borrosa.

—Era un montón de cosas, eso es verdad —le digo. Mi voz está ronca y mis labios tiemblan por el profundo dolor—, pero era más de lo que ha escrito en sus malditos informes. —Parpadeo, mirando con furia al agente Reed—. Fueron los motociclistas los que trataron de violarme. ¡Fueron ellos los que casi me matan a golpes! Si Caleb no los hubiera detenido, probablemente estaría muerta.

—¿Él los mató? —insiste de nuevo Reed.

Respiro profundamente y me inclino hacia atrás en la silla secándome las lágrimas—. ¿Cómo voy a saberlo? —contesto encogiéndome de hombros— Estaba inconsciente.

—No estoy desestimando lo que esos hombres le hicieron. Sobre todo si sucedió como usted dice.

—¿Está insinuando que no sucedió de esa manera?

Reed dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Yo no he dicho eso. Me interesa la verdad y nada más.

Hubo una larga pausa, los dos recuperando fuerza tras el debate.

—La subasta. ¿Cuándo se supone que sucederá?

—Caleb dijo que alrededor de una semana a partir de ahora.

—¿Dónde?

—No lo sé. En Pakistán, en alguna parte.

Reed me dispara las preguntas rápidamente. No tengo más remedio que responder con la misma rapidez. No quiero que confunda mis pausas con respuestas. Peor aún, no quiero que piense que estoy haciendo tiempo porque estoy mintiendo (aunque lo esté haciendo).

—Así que, de acuerdo con Caleb y Muhammad Rafiq, ¿se supone que Demitri Balk, que también responde al nombre de Vladek Rostrovich, estará allí?

—Supongo —respondí mecánicamente.

—¿Estará Rafiq allí?

—¿Cómo diablos voy a saberlo?

—¿Estará Caleb allí?

—Caleb está muerto —dejo caer la mano con fuerza sobre la mesa—. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

Reed se echa hacia atrás, poco convencido.

—¿Cómo murió?

—¡Ya se lo dije!

—Dígamelo otra vez.

—¡Váyase a la mierda!

—¿De quién era la sangre que tenía en su ropa cuando la trajeron?

—Suya.

—¿Cómo llegó hasta allí? —Se inclinó hacia mí.

—¡Ya se lo dije! Murió en mis putos brazos.

—Y todo muy romántico. ¿Quién lo mató?

Salté de la silla tirándola hacia atrás, lo que hizo que golpeará otra mesa y volcara el cesto de papeles lleno de material de arte.

—¡Deje de preguntarme! Ya he respondido.

Reed se levantó rodeando rápidamente la mesa. Antes de que pudiera correr, antes de que pudiera siquiera reaccionar ante el temor que me ahogaba, me puso boca abajo sobre la mesa con los brazos detrás de la espalda. Sentí el frío de sus puños y luego escuché un clic, como si me hubiera puesto unas esposas alrededor de las muñecas. Pienso que nunca debería haber pedido estar a solas con él. No hay nadie que lo vea. Solo es mi palabra contra la suya. Lucho, pero me inmoviliza fácilmente. Obviamente ha hecho esto anteriormente. Caleb estaría impresionado.

—¡Váyase a la mierda y aléjese de mí, idiota!

Su voz es tranquila pero llena de autoridad.

—Voy a dejarla ir tan pronto como se calmes. No me gusta que me amenacen, señorita Ruiz.

—No lo hice... —empiezo a decir pero me interrumpe.

—No está permitido tirar los muebles. Lo tomo como una amenaza.

¡Estoy furiosa! Su tono es tranquilo y sereno. Sé que si no me calmo, me va a mantener así para siempre. Es casi tentador, pero me obligo a dejar que mi cuerpo se relaje. Ésta es una batalla que no puedo ganar.

Reed libera poco a poco su agarre al ver lo calmada que estoy. Pronto estoy libre y enderezándome. Es mucho más alto que yo, ni siquiera le llego al hombro, así que tengo que levantar la cabeza y lo miro de mala manera.

—Si me escupe, no le gustará lo que haré después —dice muy en serio, pero pude ver la sombra de una mínima sonrisa. Caleb.

—¿Qué pasa con lo que le pedí? —digo en un susurro tomando ventaja de nuestra cercanía. No estoy ni remotamente magullada como de costumbre y sé lo que quieren los hombres poderosos como él, quieren mujeres hermosas como yo. Balanceo mi cuerpo hacia él tratando de parecer casual.

Frunce el ceño y me mira de forma extraña. Lentamente sus manos suben hasta quedarse sobre mis hombros. Están calientes. Me pregunto si su boca también lo está. Lamo mi labio inferior y sus ojos siguen mi lengua.

Él me lo recuerda. Me recuerda tanto a él. Ya han pasado días desde que alguien me ha tocado de la manera que me gusta.

Me empuja hacia atrás suavemente. Este hombre es muy eficiente.

—La entrada al programa de Protección de Testigos no está garantizada —dice. Agarra la silla que tiré y hace un gesto para que me siente—. Esto rebasa las líneas internacionales, no sólo las federales. El Departamento de Justicia está revisando el caso y es complicado porque depende de otros factores. —Se sienta dónde quiere y me mira—. Siéntese.

Miro la silla y levanto los brazos por detrás de la espalda moviendo los dedos.

—Voy a dejarle eso puesto. Perdóneme si no confío en usted.

Fuerzo una sonrisa solo para molestarlo.

—No voy a firmar nada hasta que lo consiga. Voy a decir que mentí acerca de todo.

Se inclinó hacia mí.

—¿Ha estado mintiendo, señorita Ruiz? —pregunta con una mirada caliente que echa humo, intimidante como el infierno. Si no fuera por el hecho de que he estado con Caleb durante tanto tiempo, probablemente me mearía como un cachorro, pero después de Caleb, las amenazas de Reed son como una caricia—. Siéntese.

La orden era menos amable.

Me siento lentamente, dirigiéndole la mirada más sensual que puedo lograr. Tiene los ojos fijos en los míos todo el tiempo, tratando de mantener la autoridad, el control.

Poco a poco me inclino y le escupo un zapato. Levanto la vista para mirarlo con los labios húmedos y una sonrisa.

Me agarra por el antebrazo con tanta fuerza que me provoca una mueca de dolor y me pone de pie.

—Hemos terminado por hoy. Puede volver a su habitación. —Me empuja hacia la puerta y me voy sin discutir.

Quiero volver a mi habitación. Estoy demasiado cerca de caerme a pedazos y no quiero que Reed lo sepa.

No quiero que nadie me vea caer a pedazos.

* * * *

Día 7:

El dolor siempre está presente en mi pecho. Sueño con Caleb cuando cierro los ojos. En mis sueños puedo tocarlo, puedo deslizar las manos a lo largo de la suave y bronceada piel. Él siempre es cálido, tiene mucho calor en su interior.

Presiono mi nariz contra su pecho e inhalo profundamente. Hay algo familiar en la excitación, en dejarse llevar mientras mis pezones se endurecen y mi vulva se hincha. Parada de puntillas, extendiendo mis labios a los suyos. No abre la boca para mí. Él quiere que se lo pida. A mi Caleb le encanta cuando le suplico. Con él, siempre tengo una razón para hacerlo. Me oigo gemir suavemente y luego restriego mi nariz contra la suya. Puedo sentirlo sonreír, contra mis labios. Abre su boca y me deja arrastrar mi lengua dentro. Mmmm. Podría pasar toda una vida tratando de describir la decadencia de su boca. Él sabe todo lo que he querido comer. A diferencia de morder un tierno, caliente y jugoso trozo de carne, su sabor nunca se desvanece. Se incrementa. Quiero más del baile de su lengua contra la mía. Gimo más fuerte. Suplico más duro. *Más. Por favor dame más.*

Puedo oírle. Él gime contra mis labios. Suavemente, inhala y exhala mientras nos besamos. Nunca deja de besarme, simplemente continúa robándome el aliento y devolviéndomelo cuando está impregnado con su esencia. Lujuria pura vive en su interior. Cada respiración que tomo debe provenir de sus pulmones. Esto es lo que significa soñar con él.

Esto es lo que pierdo cuando me despierto.

* * * *

La situación es incómoda. Y me quedo corta. De hecho, está muy cerca de ser insufrible. El agente Reed no está aquí. Su invitación ha sido revocada por la Dra. Sloan. No voy a decir que soy infeliz por eso. Pero significa que estoy a solas con la Dra. Sloan y eso sí que me hace infeliz.

Ayer me encontró llorando. Aferrando la imagen de Caleb contra mi pecho y meciéndome.

Me gusta mucho mecirme. Lo estoy haciendo ahora.

Por supuesto ella preguntó por la foto, preguntó lo que había pasado entre el agente Reed y yo. Me negué a responder sus preguntas (no tenía nada que ofrecerme) no hay fotos que agitar frente a mí. No he dicho ni una palabra desde que fui traída de vuelta a mi habitación ayer.

El agente Reed regresó esta mañana, listo para otra ronda de lo que él llama una entrevista y yo un interrogatorio. La Dra. Sloan estuvo aquí durante una hora antes de que él llegara. Observé, indiferente, mientras le pedía al agente Reed que saliera afuera con ella un momento. Me miró con desdén cuando se volvió para irse. Supongo que piensa que soy una rata. Realmente no me importa, porque significa que puedo callar un poco más. Cuando la Dra. Sloan regresó, estaba notoriamente tensa. Lo que se dijeron la dejó con una rabieta. Si no estuviera tan desconsolada me habría sonreído.

Ella está mucho más tranquila ahora. Ha cerrado la puerta de mi habitación, encerrándonos, pero no me ha preguntado nada... todavía. Estoy meciéndome hacia atrás y hacia adelante, sentada en mi cama y sosteniendo la foto de Caleb en las manos. Es tan hermoso. Lo amo.

La Dra. Sloan está sentada en una silla cerca de la esquina tejiendo un suéter que no tiene ni pies ni cabeza. Es un diseño extraño (a menos que tenga un pulpo de mascota y le guste vestirlo). Un par de veces, he tenido la tentación de preguntarle de qué diablos se trata. Ella me sorprende mirándola.

—Me mantiene ocupadas las manos —dice con una sonrisa triste—. La mayoría de las veces yo soy la última persona con la que la gente quiere hablar. Así que simplemente me siento y tejo. Entiendo la mecánica pero no he aprendido a hacer nada. Supongo que podría llamarse “estilo de tejido libre”—dice y se ríe de su propia broma.

Esta mujer es ridícula.

Por un momento hay una pausa y creo que hemos llegado al final de nuestra conversación unilateral, pero entonces suspira y se mantiene firme en su intención de conversar.

—Nunca he tenido a nadie que realmente me enseñara a tejer. Creo que la mayoría de la gente aprende de su madre o su abuela, pero yo crecí en una casa de adopción, así que tuve que aprender por mi cuenta. Lo adquirí hace unos años cuando un amigo mío me sugirió que tuviera un hobby. Una afición sin sentido. Soy una persona que piensa todo el tiempo. Si no encuentro una manera de distraer mi mente, no dejo de pensar y pensar y pensar. Mayormente en el trabajo. Mi trabajo puede ser bastante ingrato a veces — me mira y sonrío nuevamente.

Pongo los ojos en blanco. Ella, obviamente, está tratando de molestarme hasta la muerte.

—¿Ves? Te lo dije. Desagradable.

Por el amor de Cristo icállese! Deje a una zorra disfrutar de su colapso mental en paz.

—Me gustó tanto que, te diré, me aficioné a otros pasatiempos.

Oh Dios. Por favor, no lo hagas.

—Yo hago mis propias Beanie Babies¹. Bueno, no realmente, porque ya sabes que no sé tejer o coser nada, pero me gusta comprarlos, separarlos y luego armarlos de nuevo de formas muy interesantes. Me gusta llamarlo “taxidermia interpretativa”.

Mátame. Solo mátame de una puta vez.— Es un poco redundante supongo, ya que mayormente la taxidermia consiste en colocar las cosas de una forma interpretativa. Sin embargo, yo soy la única que lo llama así. Es mi pequeño giro propio. ¿Tienes algún pasatiempo Olivia? —me mira.

No puedo evitar que mis ojos se entrecierren.

—Me gustaría que dejara de llamarme así.

—No te gusta, ¿verdad?, cuando utilizo tu nombre.

Doy una sacudida infinitesimal de cabeza que no es realmente voluntaria. Me pesco a mí misma al momento de hacerlo, frunzo el ceño y miro hacia abajo a mi regazo, a mi guapo Caleb. Caleb.

No. No pienses en él.

¹ **Beanie Babies:** Muñecos de peluche con forma de animales fabricados por la compañía Ty Warner Inc.

Una vez más, soy una persona fragmentada. Estoy dividida entre la suave sentimental que ama a Caleb a toda costa y la dura, lógica versión de mí misma decidida a sobrevivir (incluso a costa de sacar a Caleb de mi corazón).

—¿Preferirías Livvie? Tu madre dice que todo el mundo te llama Livvie.

Las lágrimas me pican al mirar hacia arriba a la Dra. Sloan. Está evitando cuidadosamente el contacto visual, concentrándose en un nuevo "brazo" del extraño tejido.

Me pregunto, en contra de mi voluntad, si mi madre está aquí. No quiero volver a verla, pero... ¿por qué no ha venido a verme? Todos los que amo me traicionan.

Oh, Dios. Caleb.

Sí, él también. No pienses en él.

—Hablé mucho con ella ayer, quería verte —dice la Dra. Sloan casualmente. Mi corazón está saltando, un latido detrás del otro. El pánico está aumentando, respiro profundamente para ahuyentarlo, apenas—, pero me quedé pensando si es algo que tú quisieras.... —frunce el ceño y sacude la cabeza con enojo. Sé que está pensando en Reed—. Pensé que era mejor esperar a que me dijeras lo que quieres hacer.

Asiento levemente con la cabeza y me siento manipulada cuando la veo asentir también. Se está metiendo en mi puta cabeza y ni siquiera he dicho nada. Caleb dice que todas las emociones están en tu rostro para que todos las vean.

Cállate y dejar de pensar en él. Sé inteligente por una vez. Escúchame.

Suspiro. Pensar en Caleb duele, pero tratar de ir más allá de mi amor por él, duele más. No hay manera de superar el dolor. Simplemente es un tipo diferente de dolor para mi ansioso consumo.

—¿Quieres ver a tu madre?

No sé si la pregunta es real o una amenaza. Con mucho cuidado me abstengo de enseñar mis emociones a través de mi lenguaje corporal o expresiones faciales. Supongo que funciona porque la Dra. Sloan reanuda su ridículo monólogo sobre sus aficiones.

—Sé lo que debes estar pensando.

No tienes ni puta idea.

—Que soy una mujer tonta con manías ridículas.

O quizás sí.

—Sin embargo, te sorprendería descubrir que no soy todo tejido libre y taxidermia interpretativa. Tengo un lado oscuro.

Hmm... dudoso.

—Cuando estoy realmente frustrada con las cosas —dice riendo— me gusta entrar en internet y cambiar las cosas en Wikipedia!

Eso, mierda... es raro.

—Una vez hice toda una entrada basada en alguien llamado la Ameba de Navidad. Verás, no tengo mucho de panadera e hice unas galletas festivas para la gente de la oficina. Salieron horriblemente deformes. Sabían muy bien, eso sí, pero estaban deformes. Ni una sola galleta redonda en todo el montón.

Miro su suéter de pulpo. Estoy bastante segura de que nada de lo que esta mujer hace con las manos es para que la gente lo vea y mucho menos lo consuma.

—Entonces dejé una nota al lado de las galletitas. Una historia que explicaba cómo un pequeño pueblo cerca del K2.... conoces esa gran montaña, ¿verdad?

Ella me mira para asegurarse de que la estoy siguiendo.

Me acuesto en mi cama y resoplo mirando al techo. *¿Dónde diablos está la enfermera con mis drogas?*

—De todos modos, se hizo una película sobre ello. No sobre mis galletas... —caca rea, tan jodidamente divertida con ella misma—, sobre la montaña. ¿Te imaginas si hicieran una película sobre mis galletas? Por lo tanto, me inventé la historia que trata de como este pueblo cerca de K2 celebra a alguien llamado Ameba de Navidad en lugar de a Santa Claus. Se cuela sin ser detectado (las amebas son microscópicas, por lo que es lógico que alguien que es una ameba sea muy sigiloso) el día de Nochebuena y deja regalos para todos. A cambio, los habitantes de la aldea dejan una variedad de galletas en forma extraña para que la ameba coma. Las amebas vienen en una variedad de formas, así que tiene sentido.

Ella no puede ver mi cara, así que no me siento como una traidora por sonreír ante lo absurdo de la historia de esta mujer.

—Bueno, la gente de mi oficina es rigurosa con la verdad. Ya sabes, todo debe ser verificado, bla, bla, bla. Así que, efectivamente, hacen una búsqueda en Google y, ¡BOOM!, aparece mi entrada en Wikipedia sobre la Ameba de Navidad.

Se deshace en carcajadas.

Oh, Dios mío, realmente está loca. Me muerdo el interior de las mejillas para no reírme. Se ríe muy fuerte y es contagiosa, pero me resisto. Mis hombros están temblando de risa contenida. Cierro los ojos para ayudarme en el esfuerzo.

Caleb está allí en el momento en que cierro los ojos.

La dicha se convierte en dolor y antes de que las pueda controlar, mis emociones se desbordan. Abro los ojos y escapo de un salto de mi cama. Me río por un segundo antes de estallar en lágrimas.

Puedo escuchar a la Dra. Sloan en movimiento. Sus pasos están llegando hasta mí, con cautela. No me importa. Estoy demasiado cansada para preocuparme. Después de tantos meses de ser cuidadosa y ocultar todas las emociones lo mejor que puedo, temiendo al futuro, no sabiendo lo que va a pasar después, pensando que podía morir, luchando por mi vida y odiando a Caleb y amándolo...

Y una puta mierda: ¡Vi morir a un hombre! Cuando la Dra. Sloan me abraza en silencio, la aprieto contra mi cuerpo. Me aferro a ella con todas las fuerzas que me quedan. Suelto todo sobre esta maldita, ridícula mujer.

Ella no dice una palabra y se lo agradezco. *Por favor, solo abrázame. Por favor, sólo sostenme así.*

Estoy tan cansada de aguantar todo por propia cuenta.

Ella me mece.

Más bien como un balanceo.

Nos balanceamos de ida y vuelta por interminables minutos mientras lloro y sollozo empapando el traje de la Dra. Sloan. Ella huele bien. Su aroma es ligero y casi afrutado. Es claramente femenino y muy alejado del de Caleb.

Con este aroma femenino saturando mi nariz, mi cerebro no puede conectarse a los recuerdos de Caleb ni a su olor cuando me abrazaba. Se siente bien estar libre del dolor de perderle.

A regañadientes me alejo de ella. Todavía estoy gimiendo de vergüenza.

No sé qué me pasa. Arrugo la frente por la confusión y niego con la cabeza. El rostro ceñudo de Caleb está mirándome desde la foto que quedó en mi mano. Siento una punzada de nostalgia. La Dra. Sloan empuja el pelo de mi cara y no puedo dejar de pensar en ello de una manera sexual. En otro momento, no habría pensado nada de eso, pero ahora todas mis interacciones parecen manchadas por mi recién descubierta lujuria.

Caleb me entrenó bien.

—Quiero ayudarte, Livvie. Habla conmigo —dice en voz baja. Sé que ella no quiere asustarme, pero ya siento la tensión arrastrándose de nuevo sobre los hombros. Está parada demasiado cerca y hablándome, eso me hace sentir acorralada.

Debe ser capaz de hablar porque retrocede. Me relajo, sólo un poco.

—Me gustaría que se retiraran los cargos en tu contra, pero tienes que hablar con alguien. El agente Reed es... —busca la palabra— muy bueno en su trabajo y a pesar de su comportamiento de ayer, es un gran tipo. Sin embargo, su prioridad es resolver el caso. Mi prioridad eres tú. No debería haberte empujado en la forma en que lo hizo.

Levanté la vista hacia ella, por debajo de mis pestañas. Quería que me abrazara de nuevo.—Me gustaría tener un abogado —susurro.

—Por supuesto. Si estás lista para hablar, te encontraré uno. Pero Livvie, las cosas que necesitamos hablar van más allá de los cargos legales. Estoy aquí para ayudarte con eso.

Asiento con la cabeza, pero no digo nada más.

La Dra. Sloan regresa a su silla y se sienta. Me mira expectante, con sus ojos verdes. Es bonita, en una forma muy discreta. Con su pelo rojo, ese traje marrón no le favorece. Sin embargo, hay algo en ella, algo cálido y agradable.

Cuando se hace evidente que no hablaré más, alcanza su tejido y reanuda su tarea sin sentido.

Aprieta los labios juntos, buscando las palabras.

—¿Quieres ver a tu madre?

No vacilo.

—No.

Ella deja de tejer.

—Livvie, la gente que te quiere, te acepta por lo que eres en realidad. No importa lo que te ha sucedido.

—Bueno, ahí lo tiene. Mi madre no me quiere, Dra. Sloan. Creo que quiere amarme, pero... no puede.

Asiente con la cabeza pero estoy segura de que no me cree. ¿Qué puede saber ella?

—Creo que tu madre te quiere mucho.

Miro hacia abajo a la foto de Caleb. Pensé que me amaba. ¿Podría ser que la única persona que descarté, me ame más que aquella en quien yo confiaba por completo? Me duele el corazón. Es una pregunta que no estoy dispuesta a contestar.

Poco a poco me arrastro bajo las mantas. Quiero volver a dormir. Quiero estar con Caleb de nuevo. En mis sueños, nunca hay una razón para dudar de mi corazón. En mis sueños, él es todo lo que yo quiero que sea. Él es mío. Como si fuera una señal, la Dra. Sloan deja de hacerme preguntas cargadas de emoción y una vez más, me entretiene con sus cuentos de tejido libre y taxidermia interpretativa.

Capítulo 5

Día 8:

Me siento un poco mejor hoy. Todavía extraño a Caleb y no creo que el sentimiento vaya a desaparecer, pero puedo pasar varios minutos sin romperme y llorar, es un progreso. La Dra. Sloan dice que un día lo haré hasta una hora... o un día, pero esa es toda la esperanza que me doy a mí misma. La idea de no pensar en él todo un día es demasiado para mí. Se siente como una traición, incluso desearlo.

Una vez más, estoy sentada en la espantosamente alegre sala que utilizan para interrogar. Esta vez no tengo que hablar mucho. Tengo un abogado que lo hace por mí. Él y el Agente Reed han estado discutiendo durante la última hora. David, mi abogado, tiene un físico nada sobresaliente, pero es muy inteligente e increíblemente agresivo. Hay algo súper caliente acerca de observarlos discutir... o tal vez simplemente me gusta cuando Reed está agitado.

Su cabello está un poco desaliñado ahí donde ha pasado los dedos varias veces para no golpearle la cara a David. De vez en cuando sus ojos se deslizan hacia mí y siento una emoción oscura pensando en lo que le gustaría hacerme si pudiera. Si fuera Caleb, asumiría que un azote sería ciertamente lo justo!

—¿Cuándo fue exactamente qué te imaginaste como... mi amante? —Mi ritmo cardíaco vibraba hasta el cráneo—. ¿Fue la primera vez que te corriste con mi boca? ¿O una de las muchas veces, desde entonces, que te he puesto sobre mi rodilla? Parece que te gusta.

Y ahí está él, Caleb, en mis pensamientos, en mi sangre. Puedo sentir la cara caliente, el estómago contraído cada vez más y ya sube la palpitante excitación entre mis piernas. Las aprieto y estoy tan perdida en mis pensamientos que me toma un segundo darme cuenta de que Reed sigue mirándome. Cuando nuestros ojos finalmente se encuentran, me sonrojo con fuerza. Sonrío cuando también él se sonroja.

El Agente Reed se aclara la garganta y toma un trago de agua. Es suficiente para recuperar su control. Suspiro con decepción.

—Agente Reed —dice David, reclamando la atención de Reed—, mi clienta está detenida por ridículas acusaciones que nunca funcionarían en un tribunal. Ella vivía con su madre y asistía al instituto en el momento de su secuestro. A pesar de que tiene dieciocho años, el Fiscal tendría dificultades para juzgarla como un



adulto. Si es considerada como menor de edad e involucrada en un caso de tráfico de personas, está protegida de las tácticas de investigación del FBI bajo la Sección 107 de la Ley de Protección de Víctimas del 2000. Incluso no tiene sentido para nosotros estar sentados aquí. Debería estar hablando con el Fiscal, no con usted.

Reed no parece feliz pero tampoco se ve derrotado.

—Su clienta tiene doscientos cincuenta mil dólares en una cuenta bancaria extranjera. ¿Cómo llegó ese dinero ahí? No lo dirá. Además, ha estado viviendo con presuntos terroristas. Lo admitió. ¡Luego, está el pequeño asunto de su conocimiento sobre una reunión entre los enemigos de Estados Unidos que tiene lugar en menos de una semana! Necesitamos información y su negativa a darla se califica como una obstrucción a la justicia...

—¿Cuáles terroristas?! —grito a Reed y me pongo de pie, pero David me empuja suavemente para que me siente de nuevo.

—Muhammad Rafiq, Baloch Jair, Felipe Villanueva y por supuesto, Caleb. ¿Tiene o no información también sobre Demitri Balk?

—¡Nunca dije que lo conociera!

—Dijo que sabía dónde estaría —dice Reed con una ceja levantada.

—Srta. Ruiz, por favor deje de hablar y permítame solucionar esto —dice David en un tono irritado—. Por cierto —comienza de nuevo Reed, haciendo caso omiso de mi abogado y centrándose en mí—, Balk es sospechoso de tener vínculos con el tráfico de armas y estupefacientes. Y hasta que no sepa cómo usted —señala con el dedo en mi dirección— está involucrada, es una sospechosa. Puede tratar conmigo o puedo traer a la DEA y la Seguridad Nacional aquí y cuando utilicen la Ley Patriota contra usted, no diga que no se lo advertí.

—Es suficiente —dijo David con firmeza, mirándonos a los dos.

—Caleb no es un terrorista. No sé sobre el resto de ellos, ¡pero él no es un terrorista! ¡Y tampoco lo soy yo! Y... —Una ola de frío se estrelló contra mí. Felipe. Nunca he dicho nada sobre Felipe. Reed sabe cosas que no dice.

¡Caleb! ¡Mierda!

No puedo respirar, de repente todo el oxígeno es extraído de la sala, ¡y de mis malditos pulmones! Intento respirar hondo, profundo, muchas veces, pero no puedo conseguir nada de aire.

Mi corazón se acelera.

¡No puedo respirar!

—¿Olivia? —dice Reed y puedo oírlo moviéndose a mi alrededor.

—Hemos terminado aquí, agente Reed. Voy a hablar con sus superiores. —David me alcanza e intenta ponerme de pie. No me gustan sus manos sobre mí. ¡No puedo respirar! Me está asfixiando. Tengo que pensar. Tengo que respirar.

—¡Silencio! ¡Solo cierren la boca! —Reed y David se quedan en silencio y los ignoro mientras pongo las manos sobre la mesa que está frente a mí y trato de recuperar el aliento.

Estás jodida, chica. No lo empeores.

Aprieto los ojos cerrándolos y me obligo a respirar más lento, más profundo, más tranquilo. Mi corazón empieza a desacelerarse hasta que por fin siento solo una pequeña traza de pánico. Sin levantar la vista, pienso en lo que tengo que hacer.

¿Cómo sabe Reed sobre Felipe? ¿Sabe más sobre Caleb? ¿Realmente está acusándome de asesinato? ¡Fue en defensa propia!

Tengo el presentimiento de que Reed sería mucho más dócil si mi abogado no es tuviera aquí. Todavía un cabrón, pero probablemente no presionaría tan duro. La Dra. Sloan dijo que era un buen tipo y que haría lo correcto por mí.

Últimamente ya no tengo mucha fe en ninguna de las cosas que me dicen, pero un rayo de esperanza es mejor que nada. Tomo un sorbo de agua cuando Reed deslizó el vaso de papel bajo mi cara. Espero que se sienta culpable el hijo de puta. David pone su mano en mi hombro y me encojo de hombros.

—No me toque.

—Creo que debería llevarla de vuelta a su habitación, señorita Ruiz —dice.

—Quiero que se vaya —le susurro con los ojos fijos en la mesa.

—¿Perdón? —dice indignado— no creo que sea una buena idea, señorita Ruiz. Le aconsejo que guarde silencio y me deje hacer mi trabajo.

—Quiere que se vaya —dice Reed. Sabe que ha ganado esta ronda. Me arrinconó en una esquina y me dejó. Debería haber sabido que sabía más de lo que decía, no solo sobre mí, también de otras cosas. Me siento estúpida, enfadada y asustada. Pero en este momento, necesito tiempo para pensar y Reed es lo malo conocido.

Discuten otro rato, hinchando el pecho uno frente al otro como en una exhibición de gallos del National Geographic. Al final, David recoge sus cosas y se va. Reed y yo estamos solos otra vez. Tengo la sensación de que es lo que quería, desde el principio.

Se sienta en silencio, relajado y paciente, dispuesto a no romper el silencio. No quiere perder terreno. Quiere que vaya a él y sé cuál es su juego, sé exactamente la manera en que se juega. Lo necesito de mi lado. Justo como una vez necesité a Caleb.

Mi voz es suave a propósito. Necesito que me vea de nuevo muy frágil. Necesito que saque al macho alfa. Necesito que crea que soy suya para protegerme, incluso si ya pertenezco a otra persona. Caleb se sentiría orgulloso. Me recuerdo que ahora soy mi propia dueña.

—Realmente no dejará que me lleven a la cárcel ¿verdad? —le hablo dejando la amenaza de lágrimas bajo la superficie de mis palabras.

Reed exhala profundamente por la nariz y oigo su dedo golpeando suavemente contra la mesa. Remarcando las palabras.

—Nunca pondría a una persona inocente en la cárcel Srta. Ruiz, pero todavía tengo que convencerme de que no es culpable.

—Pensé que era inocente hasta que se probara lo contrario y no al revés.

Se ríe un poco, pero no le llega a los ojos. Es realmente impresionante.

—Creo que en estos días la mayoría de las personas tienen la filosofía de que es mejor prevenir que curar —se inclina hacia adelante, conciliador—, la verdad es que creo que no es más que una chica que quedó atrapada en un horrible montón de mierda. Creo que hizo lo que tenía que hacer para volver a casa y creo que eso la hace increíblemente inteligente y valiente. Ya no tiene que ser valiente, señorita Ruiz. Usted no tiene que proteger a nadie. Podría salvarse y de paso a mí, de un millón de problemas. Dígame la verdad para poder asegurarme de que lo que le pasó no le suceda a ninguna otra persona.

Sería tan fácil creerle. Estoy más tentada que nunca de derramar las tripas sobre Reed y dejarlo decidir qué hacer. No es de extrañar que sea tan bueno en su trabajo.

—Me gustaría poder confiar en usted, Reed, pero sé que no puedo.

Arrugas de confusión surcaron su frente pero hay una mueca irónica en los labios.

—¿Por qué?

Se me escapa una pequeña sonrisa.

—¿Cree que es diferente a los hombres como Caleb? Lo mira todo en blanco y negro, no le importa toda la historia, no le importa si el color es gris. Algunas historias no son en blanco y negro, Agente Reed.

Niega un poco con la cabeza obviamente divertido, pero todavía profesional.

—En mi experiencia... cuando una mujer te dice “toda la historia” es cuando quiere que tomes una decisión basada en la emoción y no en la lógica.

Mis ojos se estrechan y me quedo mirando la superficie de la mesa, las marcas que no eran visibles a primera vista se vuelven más claras a medida que fijo la vista sin pestañear.

—Tal vez —mi voz hueca, muy lejana— pero si no fuera por las emociones que anulan la lógica, yo no estaría aquí.

La sonrisa de Reed se ha borrado, ahora su mirada es intensa.

—¿Eso qué quiere decir?

—Caleb. No fue lógico... lo que hizo por mí. —Las palabras son una revelación. No esperaba decir las, pero sé que son verdad. Caleb podría no amarme, pero le importaba. Él mantuvo su promesa de mantenerme a salvo, incluso si eso significaba que no podíamos estar juntos.

Esto hace que el dolor sea mucho peor.

—He estado haciendo esto desde hace mucho tiempo, manipular a la gente para que hagan lo que quiero. Es por eso que crees que me amas. Porque te he roto y vuelto a reconstruir. No fue un accidente. Una vez que dejes esto atrás... lo verás.

—Por favor. Por favor, Caleb. No me hagas esto, no me obligues a tratar de ser alguien que no sé cómo volver a ser nunca más.

—Es hora de que te vayas, Gatita...

La voz de Reed me sacudió de vuelta a la realidad.

—¿Qué ha hecho por ti?

Me limpio los ojos, barriendo las lágrimas que se habían acumulado.

—Todo —digo con una sonrisa dolida—, pero no tiene nada que ver con la lógica y todo que ver con la emoción, la venganza, el honor, la traición, la lujuria, incluso el amor... todas estas cosas surgen de nuestras emociones —hice una pausa—, estoy segura de que usted no está haciendo lo que hace sin algún tipo de emoción, agente Reed.

—Tiene su punto —dice Reed en voz baja y se inclina hacia mí—, pero he vivido y he visto mucha mierda.

—¿Por qué debería importarme? ¿Se supone que me hace confiar en usted?

—¿Qué otra opción tiene? —dice encogiéndose de hombros.

—¿Cómo sabe de Felipe?

Sonríe.

—Pensé que podría llamar su atención —dice sonriendo—, soy bueno en mi trabajo, Srta. Ruiz, y he estado escarbando para encontrar lo que he podido de Muhammad Rafiq. Lo que he encontrado hasta ahora es muy preocupante. Buscando a través de sus conocidos y referencias en México, no me tomó mucho tiempo encontrar a Felipe. Por lo que puedo decir, el hombre es bastante excéntrico...

Excéntrico no era la palabra que yo hubiera utilizado.

—Espere... si sabe dónde está, ¿por qué no...?

—México no es los EE.UU., Srta. Ruiz, no podemos seguir deteniendo a todos los criminales de otro país en base a sospechas que no podemos comprobar. Por otro lado, ha abandonado el país y se ha ido a no sé dónde. ¿Quizás a Pakistán?

Alzo la vista y sacudo con la cabeza—. Es difícil decirlo. —Me pregunto si todos están muertos: Felipe, Celia, Kid y Nancy. Quiero pensar que Caleb no le haría daño a Celia, pero entonces recuerdo la sangre y me pregunto si...

No, no lo puedo soportar.

—Srta. Ruiz ¿dónde es la subasta? —Las palabras de Reed son agudas y serias. Este es el fin del juego. Realmente tendría que tomar una decisión.

—No lo sé, Reed. No lo sé. No específicamente, pero probablemente podría darle una idea. Tal vez si escuchara toda la historia podría averiguarlo por usted mismo. Probablemente sabrá más que yo.

—Está bien. Dígame.

Ahora es mi turno de sonreír y sacudir la cabeza.

—No, no sin algunas concesiones.

—WITSEC². Se lo dije —dice exasperado—, no lo puedo garantizar. Más que eso, no creo que sea la decisión correcta para usted. Lo último que necesita es estar separada de todos y de todo lo que conoce. Eso es salirse por la tangente.

² **WITSEC**: Witness Protection Program o Programa de Protección de Testigos, administrado por el Departamento de Justicia de los EE.UU. para proteger a testigos de crímenes amenazados, durante y después de un juicio.

—No me importa lo que piense que es. Quiero desaparecer. Quiero dejar atrás todo este lío y si yo lo decido y cuando yo lo decida, ocuparme de él. Son mis asuntos. No los suyos.

Reed y yo seguimos dando vueltas por unos minutos mientras expongo todo lo que quiero a cambio de mi historia. No es agradable. Reed es un bastardo que da miedo cuando quiere y estaría mintiendo si dijera que no me intimida, pero estoy dispuesta a tratar con él. Hay cosas en las que no daré marcha atrás. Hay batallas que estoy decidida a ganar.

—Sé lo que quiero, Reed y si no me lo concede... está jodido. Después de lo que he pasado, no me importa lo que cree que puede hacerme.

La mandíbula de Reed se aprieta y puedo escuchar el estallido sutil cuando rechina los dientes. Se queda mirándome con dureza por lo que parecen siglos y aunque me gustaría, no me encojo bajo su mirada.

—Empiece a hablar.

—¿Me ayudará? —susurro, pero mantengo la cabeza alta, mis ojos al nivel de los suyos.

Exhala lentamente y afloja la mandíbula.

—Voy a hacer mi mejor esfuerzo. Si nos pone allí, si nos lleva a la subasta, la ayudaré.

Siento el corazón en la garganta. Quiero saltar por encima de la mesa y abrazarlo como el infierno. Él me ha dado esperanza. La esperanza de las cosas que más quiero en el mundo. Con mucho cuidado, lamo mis labios y me preparo para decirle a Reed lo que quiere saber.

* * * *

¿Por dónde empezar?

Hay tantas diferencias entre Caleb y yo.

La misma cantidad que hay de similitudes.

Todavía era el tipo que había sido contratado a hombres despiadados para raptarme. Era la persona cruel que me había encerrado en la oscuridad durante semanas, forzándome a depender de él, a implorarlo, a necesitarlo tanto que incluso mis propios instintos no tenían ninguna posibilidad. Era el hombre que

me había salvado la vida y el que la había puesto en peligro. Finalmente, era el hombre que planeaba venderme como una esclava sexual. Una puta.

Había tenido sus propias razones para quererme de vuelta y no habían tenido nada que ver con mi bienestar y todo que ver con la venganza. ¿Por qué quería venganza? No lo sabía. La confianza no funcionaba en ambos sentidos entre nosotros. Había ciertas cosas en las que no me quedaba más remedio que confiar en él: mantenerme viva, alimentada, segura y, excepto por él, intacta. No dejaba mucho margen, pero me negaba a confiarle lo más importante de todo, mi futuro.

Supongo que las cosas entre nosotros eran iguales y las diferencias no importaban. Lo que importaba era que yo ya no era la de antes. La chica ingenua que había en mí había sido abofeteada en su feminidad. Había sido arrasada por el dolor, la aflicción, la pérdida y el sufrimiento. Perfeccionada por la lujuria, la ira y una aguda conciencia de la necesidad de sobrevivir.

Entendí cosas que antes no podía entender. Entendí la necesidad de venganza: porque la semilla había sido plantada en mí. Reconocí cómo, muchas veces, volvió a mi cuerpo contra mí: porque el deseo por él siempre había estado allí. Por encima de todo, había aprendido la única cosa que cada persona tiene que aprender través de la vida: la única persona en la que realmente puedes confiar es en ti mismo.

Aún estaba conmocionada por el despliegue dominante de Caleb cuando por fin me acostó para dormir. Debería haber estado enojada con él y en cierta forma lo estaba, pero la manera en que me había avasallado me hizo comprender lo atento y amable que había sido antes. Tratar con Caleb era todo acerca de la perspectiva. No podías apreciar su bondad hasta que habías sentido su crueldad. La había sentido, pero hasta yo era lo suficientemente inteligente como para saber que, a pesar de todo, lo había tomado con calma.

Él no tenía que darme explicaciones, lo había dejado muy claro. Sin embargo, sabía que quería que entendiera el peligro en el que estaba. Quería que pensara antes de actuar. Quería que eligiera mis batallas, aunque esas batallas fueran con él. Quería que sobreviviera. Me había dicho muchas cosas en el coche, pero luego me las había demostrado. Para Caleb eso fue amable. Me mostró la crueldad y me dejó a la deriva, con los pensamientos acumulándose en la mente sin ningún consuelo. Luego estaba allí, su cuerpo largo y cálido era como una oración a la que me aferraba mientras trataba de mantenerme consciente sin tener éxito.

Ese día me desperté llorando. Podía oír el ruido de la ducha y era enfermizo cómo me llenaba de alivio al saber que estaba cerca. Me obligué a tumbarme hacia abajo, para encontrar una posición menos dolorosa para mi hombro lesionado y mis costillas rotas.

No me sentía cómoda sin su brazo a mí alrededor. No podía dormir sin saber que estaba cerca. Me había vuelto esto. Me había vuelto temerosa. Me había hecho necesitarlo. Y si pensaba que de repente iba a abandonarme y borrar lo que me daba de su torcida conciencia, estaba tristemente equivocado. Un ruido extraño llamó mi atención y me distrajo de mis pensamientos. A pesar del renovado miedo, era una distracción bienvenida. Me pregunté por un momento si Caleb se había hecho daño cayendo en la ducha o algo así, pero no hubo estrépito, sólo un sonido ahogado. Escuché con atención, esperando que el ruido se repitiera y que no se apagara con el aparatoso volumen de mi respiración.

—¡Uh! —ese era el ruido. Como un gruñido mezclado con un gemido— ¡uh! —algo se apretó dentro de mi vientre, una memoria muscular. Debería haberlo ignorado, pero no pude. A pesar de todo lo que me había sucedido y a todo lo que Caleb me había sometido, todavía pensaba que él era la cosa más hermosa que jamás había visto.

—¡Min fadlik³! —suspiró ruidosamente, pero no sabía lo que significaba. Sea lo que fuera sin embargo, sonaba... necesitado.

¿Qué necesitaba Caleb? ¿Y por qué encontraba la idea de su necesidad tan intrigante?

Lo necesitaba para que me tocara, no lo quería, porque no quería que lo hiciera, necesitaba que lo hiciera. Solo sus brazos alrededor de mí podían disipar la pesadilla, sólo su olor me hacía olvidar el fétido aliento de los hombres que me atacaron. Sólo él. Siempre estuve agradecida por su presencia y a la vez resentida.

Más sonidos vinieron del cuarto de baño y no pude resistirme. No podía detener el torrente de adrenalina corriendo por mis venas instándome a la acción, cualquier cosa que me revelara lo que estaba sucediendo detrás de la puerta cerrada. ¿Qué si estaba jodiendo a alguien ahí dentro? El pensamiento me detuvo en frío, una ola de algo parecido a la náusea obstruyó mi garganta y apretó mi estómago.

—No lo haría —susurré para mí misma en la oscuridad de la habitación. Por alguna razón no cabía esa posibilidad en mi mente. *Ya lo ha hecho antes ¿recuerdas? ¿Recuerdas que jodió a una mujer mientras estabas atada en la otra habitación?* La voz en mi cabeza era cruel. ¡Tenía que saberlo! Tenía que saber si iba a hacerme algo como eso otra vez. ¡Bastardo!

Forcé mis pasos hacia la puerta del baño, mi cuerpo temblaba y mis palmas estaban húmedas de sudor, pero no podía dejar de saberlo.

—Joder —la obscenidad era poco más que un susurro detrás de la puerta mientras

³ **Min fadlik:** “Por favor”, en árabe.

as presionaba mi oreja contra ella—. Ah... sí nena —y luego algo en otro idioma y luego— abre tu coño...

Casi me caigo contra la puerta cuando las rodillas se me doblaron. Entre mis piernas sentí un latido suave al mismo ritmo que el del corazón. *Por favor, por favor que no esté follando con alguien más.*

Oí el ventilador encendido, podría haber sido el porqué de que se sintiera seguro para hacer ruidos. Si no hubiera estado despierta, no lo habría escuchado. Forcé una valentía que no sentía y presioné el pestillo para abrir la puerta. Agarré el picaporte con el puño hasta que el sudor parecía deslizarse entre mis dedos. La ducha estaba a la izquierda de la puerta y me preocupaba que no fuera capaz de ver sin abrirla completamente y anunciar mi presencia, pero había un espejo a la derecha donde podría ser capaz de ver su reflejo. Solo podía rezar para que no estuviera directamente frente a la puerta o el espejo.

La puerta se abrió apenas una rendija, apenas lo suficiente para poner un dedo a través de ella, pero tenía el corazón atorado en la garganta y sin aliento. Me quedé quieta, tenía la esperanza de no oírlo gritarme o sobresaltarse. Escuché su respiración pesada y esos mismos gemidos de antes, acompañados por un mojado ritmo entrecortado. Me arrodillé en el suelo, sin confiar en mis piernas para apoyarme mientras presionaba la mejilla contra la puerta y me asomé dentro. La habitación estaba llena de vapor y eso ponía las cosas al extremo. Esperé a que se aclarara un poco, pero lo único que podía ver era una figura en el espejo.

Me atreví a abrir la puerta un poco más, la adrenalina bombeando en proporción a la apertura que se ampliaba frente de mí. Más vapor salía fuera de la habitación y se me pegó en la cara y el cuello, lo tenía goteando en el pozo de mis pechos antes de ser absorbido por mi camisa. El espejo se fue aclarando y finalmente pude ver la imagen en la ducha.

Di un grito ahogado, pero Caleb no me oyó. Estaba segura de que no podía hacerlo. Estaba demasiado absorto en lo que hacía a solo unos metros de mis ojos curiosos. Me tendría que haber sentido avergonzada o culpable, pero no había manera de que pudiera sentir esas cosas. Todo lo que podía sentir era el palpar entre mis piernas y la aguda punzada de lujuria golpeándome en el vientre. Era jodidamente... perfecto. Tan jodidamente perfecto.

Estaba frente a la ducha, así que solo lo veía de perfil. Su piel era rosa y blanca por la intensidad del agua. Un brazo estaba apoyado contra la pared, con las piernas largas extendidas para hacer equilibrio mientras la cabeza le caía sobre el pecho y estaba jadeando. Su otro brazo estaba rígido, los músculos tensos mientras su mano sostenía una gran erección. Tragué con fuerza y lamí el vapor de mis labios. La cabeza gruesa, rosa oscura, se deslizaba a través de su puño. Su eje se engrosaba hacia la base, sus dedos tenían que agarrar fuerte para mantenerlo con

tenido. Recordé su peso en la mano.

No movía la mano arriba y abajo a lo largo de su pene. Mecía sus caderas, haciendo que el músculo de su culo se ahuecara a cada lado mientras empujaba hacia adelante, sus grandes y pesados testículos se mecían entre sus piernas abiertas en un ritmo fluido. El pene era la flecha y su puño, el carcaj.

No podía apartar los ojos, ni lo intenté. Me pregunté cuánta cantidad más tendría en su interior y si me había dado todo cuando se había corrido en mi mano y en mis pechos. Pensé en la única vez que había estado dentro de mí y podía recordar el sonido de los azotes contra la húmeda carne de mi coño mientras me sostenía inclinada y conducía su polla dentro de mí. El palpitar entre mis piernas era intenso. Mis propios pensamientos me estaban dejado jadeante y mojada. Mis pensamientos eran sucios y excitantes e inundaban mi cuerpo con todas las sensaciones imaginables.

—Haz que te ame —susurró mi Yo Despiadada—. Hazlo de modo que no pueda vivir sin ti.

—No puedo —susurré—, lo intenté. Dijo que mis intentos eran ridículos. A él no le importa.

—Le importará.

—Oh... mmm... vamos.

Los ojos de Caleb estaban cerrados, su hermosa boca entreabierta, haciendo los sonidos más sexys que había oído en mi vida. Me pregunté qué estaba pensando. Me pregunté si podría ser en mí. ¿Podría ser yo la que lo conducía hasta ese despliegue frenético de lujuria?

—Síiiii —Mi Yo Despiadada se estremeció.

Mis pezones estaban tensos y doloridos, raspando contra la tela repentinamente áspera de mi camisa. Quería sacármelos. Quería rozarlos contra algo fresco. Apreté mi cuerpo contra la puerta, frotándolos contra la madera dura mientras continuaba observando a Caleb en toda su masculina y, en cierto modo vulnerable, gloria.

Me eché hacia atrás y apreté la palma de la mano contra mi montículo frotando en círculos diminutos, temía que no me llevaran lo suficientemente rápido hasta donde quería ir. No quería perderme en el placer. Quería ver a Caleb. Quería verlo correrse. La idea me hizo presionar contra mi clitoris con más fuerza, los círculos más pequeños, más apretados, más rápido. Sentí un aleteo en mi vientre y luego un cosquilleo cálido se extendió desde mi espina dorsal a todos mis miembros, finalmente sentí mi coño apretando, soltando y apretando. Dejé escapar un pequeño grito antes de apretar los labios y morderlos un poco para mantener dentro cualquier sonido. Difícilmente me saciaba. Era un estornudo en comparaci



ón con la forma como Caleb hacía que me corriera, pero fue suficiente para centrar la atención en Caleb.

Sus caderas estaban empujando más rápido, las mejillas de su culo se flexionaban arriba y abajo mientras hacía un verdadero esfuerzo por alcanzar el clímax. Incluyó el cuerpo hacia adelante apoyando la frente contra el antebrazo mientras apretaba los dientes y se bombeaba esa cosa monstruosa que él llamaba polla adelante y atrás a través del puño mojado. Riachuelos de agua caían de todo su hermoso cuerpo y de repente estaba muy sedienta. Quería arrodillarme a sus pies y lamer el agua que caía de él, especialmente de su impresionante polla. Quería lamer el agua que caía sobre ella y succionarla.

Estaba pensando en todas las cosas que quería hacer cuando él dejó escapar un gruñido, seguido de un doloroso gemido mientras cuerdas de semen espeso estallaban fuera de su polla y cubrían su mano antes de gotear hacia abajo, hacia sus testículos y finalmente, al suelo de la ducha. Fue un montón y aun así sus pelotas no parecían más pequeñas.

Jadeaba con fuerza, con los hombros subiendo y bajando por el esfuerzo. Su hermoso rostro estaba rojo pero si era posible, le daba un aspecto aún más atractivo. Quería seguir admirándolo, pero hacerlo era como una traición a mí misma. Todavía, los hechos eran los hechos. En realidad no se preocupaba por mí. Me estaba utilizando.

Mi pasión fue enfriándose rápidamente y finalmente, poco a poco, cerré la puerta y me metí en la cama para cuidar mejor mis lesiones físicas.

Un rato después, oí la puerta del baño abrirse y el roce suave de los pies de Caleb contra la alfombra mientras se abría camino hacia la cama. Sentí la cama bajar mientras se ponía bajo las sábanas, sin tocarme en ningún momento.

—Me desperté y no estabas aquí —le dije en voz baja, con la espalda hacia él. Supe que se tensó, pero no podría explicar cómo lo supe, tal vez era el aire entre nosotros lo que se sentía tenso.

—¿Has estado despierta mucho rato?

—No, sólo unos pocos minutos.

—Sentí que se relajaba en el colchón.

—¿Otra pesadilla?

—Sí —mentí, pero me sentí completamente justificada cuando su cálido pecho cubierto de suave algodón, se acomodó en mi espalda y sus dedos, aquellos que solo unos minutos antes estaban cubiertos de semen, trazaban un camino a lo largo de mi brazo para calmarme. Una visión de su cuerpo poderoso, elegante,



esforzándose por alcanzar el orgasmo se abrió camino hasta mi mente. Sus dedos eran largos, magnéticos, todavía húmedos, mientras trazaba un camino a lo largo de mi cuerpo, provocándome hormigueos. Le toqué la piel.

—Estás mojado. —Suspiró profundamente.

—Lo siento, Gatita. Necesitaba otra ducha. —Su voz era baja, aturdida por la fatiga, pero no obstante sincera. La mención de la palabra ducha me secó la garganta, pensé en toda el agua resbalando por su cuerpo perfecto y ese órgano hermoso. Me pregunté qué sabor tendría.

—Está bien —susurré. Tenía la garganta ronca.

—¿Alguna cosa que pueda hacer para que te sientas mejor? —Toda clase de respuestas revolotearon en mi mente llena de lujuria. Era tentador recurrir a tácticas confiables y cosas ficticias que eran... perfectas. Pretender que solo era un chico y yo solo una chica y que nos deseábamos el uno al otro. Quería que él me sostuviera, que me diera un beso y que hiciera cualquier cosa para protegerme. Quería fingir que él sentía por mí una fracción de lo que yo era incapaz de dejar de sentir por él.

Mi corazón dolía. Por mucho que el hombro y las costillas gritaran de dolor, fueron eclipsados por el dolor de mi corazón. No podía fingir más. El tiempo para eso había pasado, solo existía la realidad de las cosas a tratar.

—Sí, Amo —traté de no llorar— hay muchas cosas que puedes hacer para que me sienta mejor. —Su cuerpo se apretó más contra mío y por un momento lo dejé estar—. Podrías no venderme... podría quedarme contigo... ¿estar contigo? —Caleb me sostuvo más fuerte, no porque quisiera hacerme daño sino porque le había dejado jodidamente sorprendido. Me había sorprendido yo misma, pero había pasado por mucho para no decir una mierda de cómo me sentía. Tragó sonoramente, sus dedos paseando mientras aflojaba el control.

—Gatita... —su frente se apoyó con fuerza contra mi cuello— me pides cosas imposibles. Quería preguntar qué partes eran imposibles, pero sabía la respuesta. No podía dejar de lado su venganza, pero podía dejarme de lado a mí.

Capítulo 6

Matthew se esforzó por concentrarse en la pantalla del ordenador que tenía delante, pero a medida que escribía, su mente no dejaba de vagar. Olivia Ruiz estaba sin duda sufriendo el Síndrome de Estocolmo, suspirando por su amor perdido, su secuestrador y abusador. A Matthew no le importaban los abusadores, bueno, un poco. Todos eran iguales. Su madre solía tratar de disculparse por golpearlo, llevándolo al parque. Los mejores abusadores podían hacerte creer que se sentían culpables por lo que habían hecho, justo hasta que te atravesabas de nuevo en su camino.

Aun así, estaría mintiendo si no admitiera, al menos ante sí mismo, que la capacidad de Olivia de narración eran bastante... convincente. Durante cuatro horas había escuchado su conversación sobre su relación con Caleb y vio que sus mejillas y su piel enrojecían con lo que, él lo sabía, era excitación. ¿Cómo no iba a estar afectado?

Sí, se le puso enorme y dura, fue incluso doloroso, pero no le gustaba. ¿Qué clase de persona tiene una erección mientras escucha la conversación de una víctima de abuso? Le hacía sentirse enfermo. Estaba enfermo.

Y no era un problema nuevo. Tenía una larga historia de extrañas inclinaciones sexuales. Era la razón por la que tenía treinta y un años y todavía estaba soltero y sin perspectivas en el horizonte. Tenía miedo de que alguien lo viera como era. Estar solo no quería decir que se sintiera solo, la verdad. Se mantenía muy ocupado con el trabajo en el F.B.I. Sin embargo, a menudo pensaba que sería bueno tener a alguien al llegar a casa, alguien con quien hablar, que no lo hiciera sentir como un bicho raro (aunque lo fuera) y que tuvieran gustos similares. Se sentía muy atraído por las mujeres dañadas y fracturadas y ellas parecían sentirse atraídas por él. Olivia Ruiz no parecía diferente. Su atracción por él tenía alguna razón, podía intuirlo muy claramente, pero sabía que era una atracción que solo tenía una salida. Él nunca pondría en peligro una investigación, nunca tomaría ventaja de un testigo y nunca trataría de salvar a alguien que estaba tan obviamente roto. Había aprendido la lección muy bien.

Haría su trabajo. Es por eso que el F.B.I. lo mantenía a bordo, porque al final del día, sabían que haría lo que debía hacer. Era el que cerraba los casos. Nada lo desviaría de ese camino. Nadie se interpondría en su camino.

Volvió su atención de nuevo a la pantalla, continuó escribiendo la declaración de Olivia sobre su tiempo en cautiverio. Trató de permanecer impassible mientras escribía, pero ciertas frases continuamente saltaban hacia él.

—Me hizo rogar por comida...

—Me pegó varias veces...

—...me obligó a correrme.

Su informe parecía más una novela erótica que un expediente. Su mente empezaba a divagar de nuevo, esta vez en dirección a su última novia, que no podía correrse a menos que él la llamara puta. Estaba empezando a ponerse duro otra vez. ¡Basta!

Guardó el archivo y decidió tomar un descanso muy necesario, de Olivia, de sus memorias relativamente inútiles. Abrió su navegador para buscar más información sobre Muhammad Rafiq. Él era el eje central de toda la investigación.

Según la testigo, Caleb había informado que su relación con Rafiq había comenzado porque necesitaba matar a Vladek Rostrovich, A.K.A. Demitri Balk.

—¿Por qué? —susurró Matthew para sí mismo y de pronto recordó el comentario sobre la madre y la hermana de Rafiq. ¿Estarían muertas?

No importa, pensó. Lo importante era la subasta, todo lo demás era intrascendente. Así que ¿por qué no podía quitárselo de la cabeza? ¿Por qué la historia parecía relevante? Era un motivo, claro, pero ¿cómo encontraría el lugar de la subasta en Pakistán?

Matthew dejó escapar un profundo suspiro y se levantó para servirse otra taza de café. Había oído la queja de la policía local sobre el café casi a diario, pero a diferencia de ellos, él realmente disfrutaba el café de la oficina. Probablemente nunca habían limpiado las máquinas de café, pero tal vez le habían agregado algo al grano. Sonrió. De vuelta al escritorio, cogió su libreta y empezó a escarbar a través de sus notas para encontrar un punto de partida para la investigación. La estúpida historia de Olivia no proporcionó ningún punto de partida, pero se arregló para aprender que *min fadlik* que significaba "por favor" en árabe. Caleb aparentemente hablaba árabe con tanta facilidad que lo usaba en privado. Se decía que la gente solía hablar su lengua materna mientras estaba sola y sin duda, también ejercitando esa actividad en particular. Dios sabía que nunca había gritado en mandarín mientras estaba en la agonía del éxtasis. Por supuesto, él no hablaba mandarín.

Pasó a través de más notas y encontró que Caleb también hablaba español; el inglés lo hablaba con acento extraño, descrito como "... una mezcla de inglés, árabe y persa... tal vez más persa." Matthew sacó un mapa de Pakistán y trató

de reducir un área con esa mezcla. Parecía muy poco probable. Aun así, el acento significaba que Caleb nació o estuvo inmerso por un largo espacio de tiempo en un lugar donde había oído esos idiomas cotidianamente. Afganistán, India e Irán, todos alrededor de Pakistán y todos y cada uno de ellos tenían, sin duda, similitudes en las características demográficas y las convenciones sociales. Los británicos, obviamente, tenía influencia en cada país mencionado, pero sabía que su influencia era más fuerte en la India. Era obvio que Caleb no era de la India pero si hubiera crecido allí, habría aprendido el dialecto.

Tenía que reducir la lista de posibles ubicaciones para la subasta y tenía muy poca información, solamente los archivos de antiguos casos e internet. Pakistán estaba dando grandes pasos hacia la reducción y eliminación del número de delitos cometidos contra las personas dentro de sus fronteras, pero estaba muy lejos de tener el éxito necesario para afectar a su sociedad y a su política. La esclavitud era muy popular y la mayor parte de la fuerza de trabajo contratada eran mujeres y niños.

La gente se compraba, se vendía y se alquilaba de forma usual en Pakistán y era hora de que el gobierno de Estados Unidos comenzara a tomar nota y a trabajar con la ONU para hacer algo al respecto. Matthew no era ingenuo, sabía que la razón por la que los Estados Unidos habían decidido cambiar su punto de vista sobre Oriente Medio tenía más que ver con los recursos en el extranjero. Sin embargo, si eso significaba menos mujeres y niños vendidos como esclavos sexuales, o menos mano de obra en condiciones de servidumbre, entonces significaba todo para él. Petróleo y libertad para todos.

Las provincias de Sindh y Punjab eran grandes focos de tráfico de personas, pero optó por excluirlos temporalmente, siendo la zona principalmente agrícola, la esclavitud era una labor conjunta. Ciertamente no era lugar para playboys elitistas o terroristas con miras a organizar una subasta lujosa de esclavos de placer. ¡Joder! Iba a ser una noche muy larga.

Matthew miró su reloj y decidió pedir la cena, antes de que cerraran su restaurante chino favorito. Prácticamente se le hacía la boca agua con la idea de los fideos de ajo y las empanadillas crujientes. Hubo un tiempo en que ordenaba para dos, pero hacía casi un año que no tenía un compañero con quien compartir el tiempo de investigación. En estos días, trabajaba solo.

Daba igual, ya que no era muy bueno tratando con la gente. Era demasiado honesto y la gente no apreciaba eso.

Era bueno en su trabajo y la gente lo respetaba, pero eso no quería decir que aprovecharan una oportunidad para trabajar juntos o quisieran salir con él para tomarse unas cervezas después del trabajo. Sin embargo hacían lo que les pedía, no se podía quejar. Si le pedía a uno de los analistas que se quedara para ayudar

un poco con la investigación, lo haría a regañadientes y guardaría sus comentarios despectivos para cuando se encontrara en mejor compañía.

Matthew había solicitado un Grupo de Trabajo Especial para asistirle en el caso. Había un tiempo de respuesta potencialmente corto y la posibilidad de un incidente internacional si llevaban a cabo una redada en Pakistán. Aun así, su jefe se negaba a reunir un grupo de trabajo decente a menos que Matthew tuviera pruebas concretas de que habría sospechosos de terrorismo y objetivos políticos en la subasta.

Si no lo supiera mejor, habría acusado a la Agencia de dejar caer en el olvido el caso a propósito. El rostro de Olivia Ruiz había salpicado todos los noticiarios, junto con videos borrosos de vigilancia y de cámaras de teléfonos de su enfrentamiento con la patrulla fronteriza. Algo como eso no desaparecería fácilmente.

Se desplazó por la información que tenía disponible sobre Muhammad Rafiq y sus cómplices. Era un oficial militar pakistání y de los de alto rango. Había luchado junto a las fuerzas estadounidenses como parte de la coalición durante la Tormenta del Desierto. Estaba altamente condecorado y se rumoreaba que era muy cercano al antiguo Mayor General que apoyó el golpe de estado que derrocó al presidente pakistání en 1999. En resumen, el hombre tenía a unos cuantas personas poderosas en su círculo.

Si quería a alguien muerto, no podía imaginar que fuera difícil para él llevarlo a cabo. Por supuesto, tendría que hacerlo sin avergonzarse a sí mismo o a sus superiores frente a la comunidad internacional. ¿Podría su implicación ser la razón de que el F.B.I. dudara en atacar este caso con toda su fuerza?

Matthew recogió su pluma y escribió una lista de cosas sobre las que necesitaba obtener información: bases militares en Pakistán cercanas a pistas de aterrizaje, o sobre ellas, aduanas y estaciones de reabastecimiento de combustible. Una cosa era cierta, Rafiq no iba a entrar o salir a través de medios comerciales, necesitaría un avión privado para no lidiar con los funcionarios de aduana. No era mucho, pero era un comienzo.

El timbre del portero lo sobresaltó. Su comida había llegado finalmente. Tomó el ascensor hasta el primer piso y se encontró con el repartidor, le dio una propina generosa y caminó de regreso arriba para disfrutar de sus grasientos y deliciosos manjares.

Varias horas más tarde, Matthew decidió dar por terminada la noche y regresar a su hotel. Planeaba levantarse temprano para visitar a Olivia en el hospital otra vez. Ella estaría esperando noticias sobre la solicitud que hizo para participar en el programa de protección de testigos y no tenía noticias nuevas que ofrecer, pero aún necesitaba el resto de su declaración.

Si la información obtenida resultaba lo que él había propuesto a sus superiores,

su petición probablemente se concediera, pero no por las razones correctas. Lo que la chica necesitaba era justicia. Ella necesitaba que los hombres responsables de su secuestro, su violación y tortura pagaran por sus crímenes en un ámbito público. Ella necesitaba que aquellos hombres fueran juzgados y hallados culpables por falta de la más básica decencia humana, sólo entonces podría recoger los pedazos de su vida y seguir adelante.

Sin embargo, si él tenía razón, la Oficina estaría más interesada en los elementos de seguridad nacional que en la justicia de una niña de dieciocho años. No habría ninguna detención oficial ni juicios públicos, ya que la información provocaría una operación encubierta para reunir pruebas de la implicación en el tráfico de personas a líderes militares ricos y poderosos, jefes de Estado y magnates millonarios. Esto sería un activo de valor incalculable en las manos del gobierno de los EE.UU.

Era algo así como un enigma moral en lo que a Matthew se refería. Olivia estaba huyendo. Ella no quería enfrentarse a su mundo anterior ni a sus habitantes y era un sentimiento que Matthew comprendía bien, pero no podía aprobarlo. A la vez, era la persona menos adecuada para aconsejar sobre cómo se deberían superar los traumas personales. Él fue dañado y todavía estaba mal de la cabeza, no importaba los muchos terapeutas con los que había hablado desde su adolescencia. Sus expedientes habían sido sellados y para todos los efectos, era apto para el servicio, pero conocía su propia mente. Conocía sus propias limitaciones y sesgos. Este conocimiento le servía y le daba una perspectiva cuando se trataba de su trabajo.

Entró en su habitación del hotel y dejó su maletín sobre la mesa de siempre. Vacío los bolsillos, cuidadosamente apiló según su valor todas las monedas y las colocó en una fila según su tamaño. Sus llaves, la cartera y el reloj también fueron colocados con cuidado. Se desabrochó la chaqueta y la colgó en el armario. A continuación, se sentó y se quitó los zapatos y los calcetines, después la camisa y la corbata. Por último, se quitó el cinturón, lo enrolló, y lo puso sobre la mesa con las otras cosas antes de quitarse la ropa interior. Alineó sus zapatos debajo de la cama y colocó los artículos para la limpieza en seco en la bolsa del hotel. Era su rutina nocturna, le daban consuelo las acciones repetidas. El orden era importante.

Desnudo, se puso en pie sintiendo el aire cálido y ligeramente húmedo de Texas e ignoró la sensación de hormigueo de su pene cada vez más erecto. Sabía por qué se estaba poniendo duro y deseó que no fuera así. Había sido incapaz de resistir la tentación de hojear sus notas de la entrevista, a pesar de la información prometedora que había obtenido con la investigando más a fondo de Rafiq. Esa parte de la historia de la chica estaba llena de una violencia lamentable, la violencia que resulta de una circunstancia cargada de sexo es despreciable, pero la forma en que relató la historia, con entusiasmo tortuoso,

manipulación y una excitación evidente fue suficiente para llevarlo al límite. Apretaba todos sus botones y de la mano de su disgusto vino la innegable aceleración de su pulso.

Sin embargo, no lo haría. No quería fantasear. No se masturbaría. No buscaría gratificación sexual. De lo contrario, sería un paso en la dirección equivocada, sabía que esto lo llevaría a la culpa debilitante que inexorablemente venía después.

En su lugar, bajó hasta el suelo y se puso a hacer tantas flexiones como le fue posible. Estaba cansado y sus músculos protestaban. Las dos de la mañana no era la hora adecuada para eso. Sus músculos gritaban, pero era mejor que la alternativa. Se esforzó hasta que el sudor le corrió por la espalda y el estómago se estremeció, hasta que sus brazos amenazaron con rendirse... hasta que no hubo una jodida oportunidad de que algo le inspirara lujuria. Luego se dio una ducha y se metió en la cama.

Durmió tranquilamente y sin sueños.

Capítulo 7

Caleb no podía dormir. Había hecho todo en lo que se le había ocurrido, se había dado una ducha caliente, se había masturbado, y se había sentado en la biblioteca de Rafiq y mirado sus libros. No sabía leer, pero algunos de los libros tenían fotos en ellas. Había andado alrededor de la casa y descubrió tentempiés en la cocina. Se había comido todo el gulab jamun⁴ e incluso ahora, los dedos y las comisuras de su boca estaban pegajosos. Todavía no podía dormir.

¿Dónde está Rafiq?, se preguntó. Su corazón empezó a correr pensando en el hombre mayor. ¿Y si no vuelve? ¿Y si algo le había pasado? El estómago de Caleb le dolió. Nunca había estado solo antes. Siempre había alguien cerca de él, si no los otros chicos, entonces Narweh, y si él no estaba, tal vez un patrón.

Caleb se levantó y empujó su almohada y la manta al suelo, la cama era demasiado blanda. Se tumbó en la alfombra gruesa y se envolvió a sí mismo con la manta que le habían proporcionado. Fuera, el viento aullaba. ¿Por qué lo dejaría Rafiq solo? Levantó sus rodillas hasta el pecho y se meció. Deseó que Reza estuviera con él. Reza era uno de los chicos británicos que a menudo compartía su cama. Si tuviera un amigo entre todos, era probablemente Reza.

Por primera vez en una semana, dejó de pensar en alguien que no fuera él mismo. Con Narweh muerto, ¿qué había pasado con los otros, con Reza? Es cierto que a menudo peleaban y se lanzaban a veces el uno al otro en el camino de un Narweh enfadado, pero eso no significaba que no hubiera afecto allí. Cada vez que uno de ellos era maltratado por un patrón o después de una salvaje paliza en particular, a menudo se consolaban mediante la aplicación de vendajes u ofrecían unos brazos que consolaban en lugar de dañar. Caleb era más pequeño, y probablemente más joven, pero era un luchador, mientras Reza era más dócil y fácilmente manipulable.

—¿Por qué te enfadas a cada rato, Kéleb? sabes lo que va a pasar —le había susurrado a menudo a Kéleb, aplicando la pomada oscura en su piel.

—Lo odio. Le dejaré matarme antes de que me convierta en su perro faldero. Un perro podría ser, pero no el suyo.

⁴ **Gulab jamun:** es un dulce de la cocina india y cocina pakistaní, elaborado con una masa, en la que sus principales ingredientes son la leche en polvo y harina, y que luego es frita en aceite.

—Tú no eres un perro, Kéleb. —Reza besó mi frente—. Eres un chico estúpido.

—Y tú eres un perro faldero —respondió Kéleb con una sonrisa a medias.

Reza también se rió y puso el tapón a la pomada. Se quedó en silencio y de puntillas hizo su propia cama en el suelo.

—Reza —susurró Kéleb.

—¿Qué?

—Un día voy a matarlo.

Después de una larga pausa—: Lo sé. Buenas noches, chico estúpido.

Caleb había hecho exactamente lo que prometió. Había matado con eficiencia y a sangre fría a Narweh. Pero no se había tomado la molestia de buscar a Reza, ni le había dicho a todos los demás que eran libres. Nunca les dijo que huyeran. Le gustaría decir que fue porque la idea no se le había ocurrido, pero eso no era cierto. Había tenido miedo. Había tenido miedo de que se volvieran contra él, porque sin Narweh, muchos de ellos tendrían que elegir entre la pobreza o un amo nuevo y desconocido, tal vez incluso la monotonía de la servidumbre de esclavitud. También había sido el miedo de que Rafiq decidiera que todos, incluso Caleb, eran demasiada carga, y habría tenido que enfrentar el destino de los otros. Así que simplemente dejó que Rafiq se lo llevara. Se había permitido a sí mismo estar conmocionado y traumatizado por lo que había hecho. Se había permitido ser la víctima. Se merecía ser abandonado a cambio.

Un ruido lo sobresaltó de sus pensamientos autocríticos.

Era como una piedra dentro de su calma, escuchó a cualquier sonido que indicara si estaba o no solo en la casa y, además, si una presencia significaba peligro. Oyó que la puerta se cerraba suavemente y poco después, los sonidos familiares de alguien arrastrando los pies para quitarse los zapatos y colocarlos cerca de la puerta. Ruidos casuales que eran una buena señal, supuso Caleb, si alguien venía con la probable intención de causarle daño no se preocuparía lo suficiente por quitarse los zapatos.

Caleb quería salir de su habitación, quería investigar, pero el miedo que aún sentía permanecía con fuerza. Rafiq era forastero, y su estado de ánimo podría ser errático. Recordaba con claridad la forma en que había sido arrojado a la bañera y sujetado por los brazos fuertes de Rafiq. Se estremeció.

Los pasos se acercaban a la puerta y Caleb se tensó aún más, sus músculos temblaban de tenerlos tan apretados. La puerta se abrió lentamente y cerró los ojos con fuerza. Si Rafiq trataba de violarlo, él lucharía de nuevo. En algún

lugar de su mente una voz le susurró que sólo debía hacer lo que se espera de él. Tenía que sobrevivir. Había querido morir, pero tendría que sobrevivir de nuevo.

—¿Caleb? —susurró la voz de Rafiq en la oscuridad.

Caleb contuvo el aliento y no contestó.

—¿Chico? ¿Estás durmiendo? —susurró Rafiq otra vez y parecía estar en control, no enojado o predispuesto a la violencia.

Caleb se negó a responder, sin embargo, mantuvo los ojos cerrados y trató de respirar lo más silencioso, superficial y uniformemente que pudiera hasta que finalmente, se cerró la puerta y Rafiq se había ido. Caleb al instante sintió alivio, pero también pérdida. Estaba solo de nuevo. Solo y asustado en un cuarto extraño y oscuro.

¿Qué sería de su vida ahora? Había matado a alguien. Había asesinado. No se sentía mal por haberlo hecho, lo haría de nuevo si tuviera la oportunidad, pero ¿qué iba a hacer con su vida?, ¿quién podría ser? ¿Quién era Caleb? Siempre se había dicho que un día sería libre, pero no se dio cuenta de que la libertad podía sentirse... tan vasta, demasiado expuesta e incierta. Ahora que era libre, se sentía carente de objetivos, y, sin un propósito, ¿de qué serviría su vida? Tenía una deuda con Rafiq y la honraría, pero una vez que su tarea estuviera completa, se encontraría en el mismo lugar.

Caleb se tragó el miedo y echó hacia atrás las mantas, decidido a buscar respuestas de la única persona en su vida que las podía tener: Rafiq. Despacio abrió la puerta y entró de puntillas hacia la habitación de Rafiq. Vaciló en la puerta, pero luego llamó tentativamente.

—No estoy ahí dentro —dijo Rafiq detrás de él.

Caleb se dio la vuelta y vio la intensa mirada de Rafiq.

—Yo... yo... lo... lo siento —tartamudeó—. Estaba despierto cuando entró, pero... —Se miró los pies descalzos—... no estaba seguro de lo que venía a buscar. —Caleb tragó.

Rafiq sonrió. —¿Y por qué te decidiste?

Caleb se encogió de hombros.

—No lo sé. Pensé... en acabar con esto de una vez y simplemente preguntarle.

El suspiro alto y claro de Rafiq causó que los hombros de Caleb se tensaran, pero no se movió para alejarse del hombre mayor.

—Eso es muy valiente de tu parte, muchacho, pero no tienes necesidad de tener miedo de mí, no tengo intención de dañarte.

—¿Qué quiere? —Caleb se erizó por haber sido llamado muchacho.

—Esperaba haberme ganado tu lealtad a estas alturas. Sólo quería ver si estabas bien. He estado fuera desde muy temprano y temía que mi ausencia fuera... estresante para ti.

Caleb se encogió de hombros con poco entusiasmo, pero en realidad, quería llorar de gratitud. Nadie en una posición de poder alguna vez se había preocupado por su bienestar. Nadie había venido nunca a ver cómo estaba. Respiró hondo y apretó sus emociones hacia abajo en su estómago. No quería parecer débil frente al hombre que le ofrecía hacerle fuerte.

—Fue extraño estar solo. Antes, con Narweh, siempre había alguien, pero... fue... no sé qué decir. Me comí todo el gulab jamun —confesó tímidamente—. También estuve en la biblioteca. ¡Nunca había visto tantos libros! Usted debe saber un montón de cosas. ¡Pero no se preocupe! —Me puse repentinamente nervioso—. No puedo leer. No estaba tratando de invadir su privacidad. Sólo miraba las fotos. Lo siento.

Rafiq rió y el sonido hizo que Caleb se sintiera un poco aliviado. Se relajó aún más cuando la mano de Rafiq aterrizó en su cabeza y le revolvió el pelo largo y rubio.

—Está bien, Caleb. Esta es tu casa ahora. La comida fue dejada para ti y eres bienvenido a ver los libros. Te enseñaré cómo leerlos.

Caleb cerró los ojos con fuerza para impedir que sus lágrimas emergieran. Sin previo aviso, se abalanzó hacia Rafiq y envolvió sus delgados brazos alrededor de él. Quería expresar su gratitud. Quería que Rafiq supiera cuánto Caleb se sentía en deuda con él.

Poco a poco y con las manos temblorosas, Caleb acercó la cabeza del anciano hacia él y apretó sus labios contra Rafiq. El hombre mayor se quedó quieto, pero no lo detuvo cuando su lengua se deslizó por la abertura de la boca de Rafiq. Caleb había hecho esto muchas veces, con hombres que odiaba; seguramente podría hacerlo una vez más con alguien a quien respetaba.

El joven cuerpo de Caleb respondió al beso y siguió adelante, persiguiendo la boca de Rafiq, su sabor. Rafiq se apartó. Caleb entró en pánico. Si Rafiq lo rechazaba, moriría. Moriría de vergüenza porque era un puto y no conocía otra manera.

—Caleb, no.

—No voy a pelear contigo. Haré lo que me pidas —susurró Caleb. Sus palabras eran inestables y llenas de miedo.

—Haz lo que te digo, ahora, y detén esto. —El tono de Rafiq, no contenía el más mínimo desprecio.

Caleb se apartó y trató de correr de Rafiq, pero su camino estaba bloqueado y el pronto apretón a su brazo de Rafiq lo mantuvo firme.

—¡Lo siento! No fue mi intención. No lo volveré a hacer. —Esta vez las lágrimas estuvieron presentes en su voz. No podía ocultar su vergüenza. Rafiq lo atrajo hacia su pecho y lo mantuvo apretado.

—Ya no eres Kéleb. No eres un perro, ni la puta de nadie. No me debes esto. No se lo debes a nadie.

Caleb lloró y sostuvo con más fuerza a Rafiq. No podía hablar.

—¿Alguna vez has estado con una mujer, Caleb? —susurró Rafiq por encima de él.

Caleb negó con la cabeza. Las había visto, por supuesto, había prostitutas femeninas que Narweh guardaba, pero estaban separadas de los niños y nunca se compartían nada con ellos. Había entrevisto sus cuerpos y se preguntó cómo sería tocarlos, pero fue un placer que nunca había experimentado.

Rafiq condujo a Caleb hacia su habitación y abrió la puerta. Poco a poco, soltó a Caleb y lo urgió a entrar. De mala gana, Caleb soltó sus brazos y caminó mansamente hacia la cama que había hecho él mismo en el suelo.

—Hasta mañana, entonces —dijo Rafiq casualmente—. Mañana te voy a empezar a enseñar cómo tomar tu lugar a mi lado. Tendrás elección en esto. —Sonrió cuando Caleb lo miró con sorpresa y luego cerró la puerta.

Caleb seguía sin poder dormir, pero ahora las razones eran diferentes. Por primera vez desde que podía recordar, Caleb estaba emocionado por lo que el mañana traería.

* * * *

Los ojos de Caleb se abrieron en la oscuridad. El sueño, y los recuerdos, se detuvieron. De pronto se sintió como un niño otra vez, con miedo a la oscuridad, miedo a lo desconocido, y solo. Es extraño cómo un sueño puede hacerse realidad. Como puede tomar el control de la mente e invocar los sentimientos, tanto así, que afectaba al cuerpo. Caleb sintió un nudo en la garganta, que no debería estar allí, estaba muy lejos del muchacho asustado que había sido y aun así, así se sentía. Su corazón latía con fuerza en el pecho y las palmas de las manos le sudaban.



Se dijo una y otra vez que había sido sólo un sueño, pero las emociones se aferraron a él como la melaza espesa. No importaba la forma en que trataba de borrarlos de sus pensamientos, se mantenían, pasando de un lado al otro de su psique, vacilando entre la alegría que había sentido con la experiencia de su primer momento de aceptación y el dolor de saber sobre el futuro.

ReZA había muerto. Rafiq había quemado el cuerpo de Narweh donde Caleb lo había dejado, en el interior de la casa. No había visto a ningún sobreviviente, ni advirtió a nadie en la casa. Rafiq le había dado la información a Caleb una mañana después en el desayuno, cuando por fin había encontrado el coraje de preguntar acerca de lo que había sucedido.

Había llorado por ReZA y por los otros muchachos en privado después de quemarse a sí mismo con una cuchara caliente que había estado usando para mover los frijoles. A medida que su carne se quemaba, trató de imaginar lo que ReZA había sentido en los terribles últimos momentos de su vida. Caleb había matado a su único amigo y en el fondo quería que esta única cicatriz demostrara que él todavía estaba en su interior después de que su piel quemada sanara y nueva piel tomara su lugar.

Caleb quería otra ducha, una tan caliente que no era capaz de pensar en otra cosa, pero sabía que su comportamiento era estúpido y que probablemente se causaría más daño y no se podría curar a tiempo para continuar con su misión. Había pasado algún tiempo desde que Caleb tuviera muchos de episodios compulsivos. Sí, a veces es necesario el dolor, pero esas necesidades se extendían por lo general durante largos períodos de tiempo. En las últimas semanas, había luchado para no ceder a sus impulsos muchas veces. No podía continuar.

Rafiq había hecho lo que tenía que hacer. Caleb quería convertirse en el hombre que Rafiq necesitaba para él, y para convertirse en el hombre que quería ser, no podría haber testigos que lo conocieran como el perro de Narweh. Era una verdad muy dura y debilitante en su momento, pero Caleb lo entendía como hombre, de una manera que nunca podría como un niño. ReZA habría hecho lo mismo.

Caleb se dio la vuelta en el suelo y se sentó a contemplar la forma del cuerpo de Gatita que dormía encima de su cama. Ella se movía mucho, sus piernas sobresalían debajo de las mantas de vez en cuando. A Caleb le parecía que quería rodar sobre su costado o boca abajo, pero incluso en sueños, el dolor la mantenía en una posición ligeramente erguida.

Sus palabras de antes volvieron a él:

— *Podrías no venderme... podría quedarme contigo... ¿estar contigo?*



Suspiró, deseando que las cosas fueran tan sencillas. ¿Qué diría Rafiq de tal petición? ¿Tendría incluso que ser una solicitud? Caleb era un hombre después de todo, y uno muy peligroso por eso. Quizá Caleb sólo necesitaba informarle a Rafiq la forma en que iba a ser y seguir desde allí. La chica fue golpeada y amoratada, su virginidad estaba en entredicho, en cuanto a Rafiq podría concernir. ¿Qué tan difícil sería llamar a Gatita simplemente una causa perdida? Pero, sinceramente, eso no arreglaba nada. Él siempre iba a ser su captor y ella siempre iba a ser su prisionera. Tenía que dejar de ir y venir. Había tomado una decisión, se mantendría firme en ella. Fin de la historia.

Gatita se movió un poco más en la cama y sollozó durante unos segundos antes de que sus ojos finalmente se abrieran. Sus pulmones se elevaron y cayeron profundamente, con dureza. Al parecer, Caleb no era el único que sufría de pesadillas. Para su crédito, ella no había gritado ni preguntado por él. Miró alrededor de la habitación y lo vio, y luego desvió la mirada y se incorporó lentamente.

—Buenos días —dijo con ironía.

Ella asintió con la cabeza, pero por lo demás no respondió. Apartó la manta de sus piernas en un movimiento lento y fatigoso y se puso en pie con rigidez antes de caminar hacia el baño y cerrar la puerta. En cuestión de segundos, se oía el agua de la pileta en funcionamiento. Caleb se preguntó cómo tenía previsto utilizar las instalaciones porque el servicio estaba en el suelo y requería al usuario ponerse en cuclillas encima de él para hacer sus necesidades. Sería difícil para ella mantener el equilibrio dado sus heridas, pero decidió que su necesidad de privacidad era quizás mayor que su necesidad de ayuda en este momento.

Caleb se puso a arreglar la habitación, recogiendo las cosas que necesitaría para estar listo para el día siguiente. Ninguno de ellos tenía mucho para vestir, pero sólo tenían un día más de viaje, así que ese punto era irrelevante. Miró por encima los comestibles que había comprado y encontró los plátanos, así como algunos pasteles de frambuesa. Eso estaría muy bien para el desayuno. Había un montón de botellas de agua que quedaban también. Miró su reloj y observó que era sólo las cinco y media de la mañana. Cuanto antes estuvieran fuera y en camino, mejor. Podrían llegar a Tuxtepec a la hora de la cena, aunque llevaría otras doce horas llegar allí. Tendrían que hacer una parada en la ciudad antes de salir.

Caleb tomó su teléfono y marcó el número de Rafiq.

—Salaam⁵.

—¿Por qué no me has estado contestando el teléfono?

⁵ **Salaam:** Forma de saludo habitual en árabe, que literalmente significa “paz”

—¿Tengo que responder ante ti, entonces?

—¿Y por qué coño no? Somos socios, ¿o Jair ha usurpado mi posición en los últimos dos días?

Rafiq rió. Era el tipo de risa que Caleb había sufrido a través de los años, una risa desdeñosa, burlona, destinada a poner en su lugar a Caleb, por debajo de su amo.

—No seas infantil, Caleb. Tú eres el que hizo que nuestra última conversación fuera tan hostil. Jair está apenas en condiciones de incitar tus celos.

—No estoy celoso, estoy irritado y sólo estás empeorando las cosas. ¿Dónde estás?

—¿Dónde estás, Caleb? ¿Dónde está la chica?

Caleb respiró hondo y exhaló lejos del teléfono. Era el momento de la verdad.

—Estamos en Zacatecas. Deberíamos estar en Tuxtepec por la mañana a más tardar.

—¿Por la mañana? —reprendió Rafiq—. Estás a menos de un día de Jair y vuestros rehenes, ¿por qué no te has ido ya?

—Es la chica, sus heridas nos retrasan. Sigo teniendo que parar por ella.

—Vas a despertar sospechas por conducir por ahí con ella de esa manera. —Rafiq hizo una pausa, su respiración tan lenta como su voz. Caleb se preparó para ello—. Ella es la parte final de esto, Caleb. Debe estar lista. Debe ser perfecta. Si no puedes hacer esto, yo estaría más que dispuesto a tomar el relevo.

Caleb apretó la mandíbula con tanta fuerza que podía oírla crujir.

—Va a salir bien, Rafiq. Puedo hacerlo —dijo entre dientes—. Deja de cuestionarme. Sé lo que tengo que hacer. Eso es todo lo que pienso sobre ello.

—¿Qué pasa con los rehenes que has tomado? ¿Cuáles son tus planes para ellos?

—Venganza. Naturalmente.

Rafiq rió. —Ahí estás, Khoya⁶. Había empezado a preocuparme. Trata de mantener la cabeza esta vez, por lo que sé, ese par podría resultar útil para nosotros.

Una extraña sensación floreció en el pecho de Caleb.

— ¿Dónde estás?

⁶ **Khoya:** en árabe significa algo similar a “hermano” cuando se refiere a alguien sin relación de parentesco pero a quien se considera como tal.

—Cerca.

—Está bien. Supongo que te veré pronto. —Colgó, molesto.

Gatita salió del cuarto de baño pareciendo un poco perdida. La noche anterior les habían puesto en una posición diferente y ahora le correspondía a Caleb mantener el status quo⁷ que se había creado entre ellos. Dejó el teléfono sobre la mesa y se dirigió hacia su cautiva. Ella se quedó quieta cuando se acercó, con los ojos puestos en el suelo y con las manos cruzadas delante de ella. Su nerviosismo era evidente, pero atractivo, no obstante.

Caleb le pasó la mano por la cara, con cuidado de no presionar sobre sus moretones y colocó su pelo hacia atrás por encima del hombro.

—Cada vez que entres en una habitación y el propósito no sea claro, siempre arrodíllate al lado de tu amo. —Gatita no dudó en cumplir, aunque sus movimientos eran lentos mientras se esforzaba hacia el suelo.

—Bien —susurró Caleb—. Ahora separa las rodillas y siéntate en los tobillos, con las manos sobre los muslos y la cabeza gacha. Tu amo debe ser capaz de ver cada parte de ti y saber que no te moverás hasta que te lo diga. ¿Entiendes?

—Sí —susurró Gatita con cierta vacilación—. Amo. —Lentamente, movió sus extremidades a la posición. Llevaba un camisón y su cuerpo no era visible a Caleb, pero él sabía de su cuerpo lo suficiente para saber lo que estaba oculto y su cuerpo respondió sin darse cuenta.

—La demanda *Leet sawm k'leet sue* está en ruso. Cuando escuches la orden, te acuestas boca arriba con las rodillas separadas y las levantas hacia tu pecho. Sostén las piernas detrás de las rodillas. —Gatita tomó la posición y lo miró con una expresión suplicante.

El aliento de Caleb vaciló en sus pulmones de la emoción. Por fin, ella era obediente, estaba a sus órdenes. La sensación era embriagadora, pero le dejó un hueco porque le estaba enseñando las órdenes en ruso.

—*Leet sawm k'leet sue* —repitió. Su expresión era dura, sus ojos serios.

La boca de la Gatita se inclinó hacia abajo en las esquinas en una mueca leve, con la barbilla temblando por el esfuerzo para no llorar, pero asintió. Dolorosamente redujo su marcha lentamente, y se puso en el suelo. Levantó la vista hacia el techo y las lágrimas que había estado conteniendo cayeron por los lados de su cara a su pelo.

Esto era difícil para ella, Caleb sabía lo que iba a ser, pero era lo más fácil de hacer para ella con respecto al viaje que tenía por delante. Había culpa por su

⁷ **Status quo:** es una locución latina, que se traduce como «estado del momento actual», que hace referencia al estado global de un asunto en un momento dado.

parte, pero también deseo, un deseo intenso que vibraba en sus venas. La culpa no era nada cuando se enfrentaba a su deseo de tener a Gatita a su merced. Si esto le hacía un enfermo o un depravado, lo había aceptado hace mucho tiempo.

—Tus piernas, Gatita. Vamos a hacerlo.

Vio cómo sus rodillas comenzaron a doblarse y casi se dobló de deseo mientras sus manos tiraban del camisón, elevándolo por encima de sus rodillas y sus muslos. No había esperado que ella se desnudara para él, pero así era ella. Su polla empezó a moverse al ritmo de su corazón acelerado, llenándolo, alargándose y mendigando por mostrarse. Gatita levantó sus rodillas hacia su pecho, sus manos apretaban en puño el camisón por la cintura. Su coño era claramente visible, los labios de color rosa se dilataron y sonrojaron, su clítoris diminuto asomaba desde debajo de su cubierta. Caleb respiró fuerte y tragó saliva.

Podía quedarse mirándola para siempre, pero su deseo no era el propósito de este ejercicio. Era la manera más concisa de restablecer sus roles. No habría ningún arrebató hoy, ni discusiones durante el viaje, no habría ninguna confusión acerca de si podría o no prescindir de ella.

—Realmente eres hermosa, Gatita.

Ella gimió.

—¿Perdón? —espetó.

—Gracias, Amo —corrigió ella.

—Muy bien, Gatita. Puedes bajar tus piernas ahora. —Sus movimientos fueron más rápidos de lo que creía posible con sus heridas, pero se negó a hacer comentarios. También ignoró sus lloriqueos—. *Lye zhaash chee*, significa boca abajo. ¿Entiendes la palabra?

Gatita sollozó mientras asentía. —Sí, Amo.

—Sobre tu estómago entonces.

—Va a doler —dijo.

—Inténtalo al menos. Siempre trata de obedecer. Deja que yo me preocupe por lo que puedes o no puedes soportar, vuelve a la posición de reposo, de espaldas a mí —dijo Caleb. Sus palabras se cortaron y no admitían discusión—. *Lye zhaash chee*.

Un sonido como un maullido salió de los labios de Gatita, pero rápidamente apretó sus labios y contuvo el aliento mientras luchaba, como una tortuga girada sobre su caparazón, para darse la vuelta. Caleb dudó acerca de ayudarla y

recordó la primera vez que ella le había desobedecido y le había abofeteado sus pechos de color rosa hasta que obedeció. Parecía que habían pasado siglos.

Le tomó un par de minutos, pero al final ella estaba en la posición de reposo. Caleb admiraba la forma en que su culo se apoyaba en sus pies descalzos.

—Ahora, inclina tu cuerpo hacia adelante con el culo hacia arriba. Normalmente, ten tus brazos extendidos al frente de ti, pero por ahora, guárdalas por donde quiera que estés más cómoda.

Gatita fue estoica cuando hizo lo que le dijo. Optó por mantener los brazos cruzados sobre su pecho, dejando el lado de su cara contra el resto del suelo. El camión obstruía la vista de Caleb. Dio un paso adelante y retiró el tejido a lo largo de las suaves mejillas de su culo.

—Oh, Gatita. Me gustas así. Mucho. —Sus palabras no tenían nada más que la verdad. No pudo resistirse a palmeo ligeramente sus mejillas y abrirlas lentamente. Gatita tembló, pero aun así se mantuvo quieta bajo sus dedos inquisitivos.

—¿Puedo tocarte? —preguntó él, con un toque de desafío.

Hubo silencio por unos segundos y luego ella respondió:

—Sí, Amo. —Caleb sonrió, era exactamente la respuesta que quería y exactamente la que ella debía dar. Estaba aprendiendo.

—Eso está bien, Gatita. Estoy orgulloso de ti —dijo. Le acarició la suave piel de sus muslos internos. Gatita soltó una ráfaga de aire, Caleb lo interpretó como desesperación. Esto era mucho para que ella lo asimilara tan pronto después del trauma de los últimos días. Lo había hecho bien, y realmente se sentía orgulloso de ella. Era suficiente.

Tiró de la camisa de dormir de nuevo en su lugar y la instó a volver a su posición de reposo. Las lágrimas caían por sus mejillas y su cara estaba sin duda definitivamente maltratada, pero Caleb le besó las mejillas húmedas de todas formas, la ayudó a recuperar la calma.

Después de que le diera más medicina para el dolor, con calma le dio de comer el desayuno mientras ella se sentaba tranquilamente entre sus rodillas, aceptando todo lo que tenía para darle.

Capítulo 8

Día 9

La Dra. Sloan no me pregunta por qué estoy llorando y supongo que es porque se imagina que lo sabe.

Preferiría que me preguntase.

—Sé lo que estás pensando —digo, pero suena como una acusación.

La Dra. Sloan se aclara la garganta.

—¿Qué estoy pensando?

—Que Caleb es horrible, que es cruel y que soy una estúpida por amarlo.

Niega con la cabeza, un tanto irónicamente y responde de un modo que percibo como clínico.

—No creo que seas estúpida en absoluto. En todo caso, creo que eres extraordinariamente valiente.

Me burlo.

—Cierto. Soy muy valiente. Reed dijo lo mismo.

Oigo el rasgueo de la pluma cuando toma más notas.

—Bueno, entonces ahora tienes una segunda opinión. ¿No crees que tus acciones fueron valientes?

—No especialmente. Creo que sólo hice lo que tenía que hacer. Caleb siempre está diciendo que una persona tiene que hacer lo que debe para poder sobrevivir. La supervivencia es lo único que importa.

—¿No crees que la supervivencia es valiente?

—No lo sé. ¿Cree usted que ese hombre que se cortó el brazo porque estaba atrapado en una roca fue valiente? Es sólo instinto.

—Se llama lucha o huida y uno es ciertamente es más valiente que el otro, dependiendo de las circunstancias. En virtud de tus circunstancias, lo que hiciste fue muy valiente. Olivia, estás aquí. Has sobrevivido.

—Me gustaría que no me llame así. No me gusta.

—¿Preferirías, señorita Ruiz? El Agente Reed dice que eso no te importa tanto.

—¿Sí? ¿Qué más le dijo de mí?

Sonríe tímidamente y, de repente, me encuentro sospechando de su relación. No me gusta el hecho de que hablen de mí.

—Estamos obligados a discutir el caso, señorita Ruiz. Intercambiamos todas las notas e informaciones, así como cualquier idea que podamos tener. Ya te conté todo eso.

—Lo sé. ¿Qué dijo de mí? —Tengo una extraña curiosidad acerca de Reed que no ha disminuido. No sé lo que hay en él, pero definitivamente hay algo.

—Me dijo que eres una malcriada —dice, pero sus ojos sonríen. Sonríe un poco también. Reed no diría nada de eso—. De vuelta al tema. ¿Por qué no crees que seas valiente?

Suspiro. —No lo sé. Creo que... estoy aquí y eso es lo que Caleb quiere.

Un incómodo silencio se instala entre nosotras. Estoy perdida en mis pensamientos. *Lo que Caleb quiere*. Pensé que hice todo lo que él quería, hice mi mejor esfuerzo por hacerlo feliz, pero al final... supongo que ya no importa.

—Sigues refiriéndote a él en tiempo presente, ¿por qué?

Puedo ver su cara en mi mente, tan hermosa, tan triste. Hay sangre manchando su mejilla, pero no me importa. Ya no soy aprensiva. Es la cara del hombre que amo, el único que he amado y es difícil imaginar que alguna vez habrá otro. Me seco las lágrimas. Ese bastardo.

—Es más fácil —respondo finalmente—. No me gusta la idea de que se haya ido.

Sloan asiente.

—Adelante, cuéntame lo que pasó después.

—No mucho realmente, después del desayuno me ayudó a vestirme. Luego me ató a la cama, me amordazó, y me dejó por unas horas. —Ahora sé a dónde fue. Fue al banco, pero no sé si debo decírselo a Sloan o no. Por otra parte, Reed ya sabe lo del dinero—. Fue al banco —agrego. Sloan hojea sus papeles y escribe algo—. ¿Por qué no está Reed aquí? ¿Por qué estoy con vosotros dos en diferentes momentos?

—El agente Reed y yo tenemos diferentes descripciones de trabajo. Él está interesado en el caso, yo estoy interesada en tu bienestar, así como en el caso.

—Así que a él le importa un mierda lo que me pase, es lo que estás diciendo. No estoy sorprendida por la información, la verdad es algo que ya sabía, pero aun así, duele oírlo de otra persona.

—Yo no he dicho eso. Por favor, no pongas palabras en mi boca —dice Sloan. Creo que la he hecho sentir incómoda, pero no puedo decir por qué razón—. El agente Reed dice que le besaste.

Mis ojos están bien abiertos y mi boca ligeramente abierta. ¡No puedo creer que se lo haya dicho! ¿Por qué iba a hacer eso?

—¿¡Y qué!? —Mi cara se está calentando, y estoy segura de que se debe en partes iguales a la ira y a la vergüenza.

Este es un lado de Sloan que no he visto todavía, su ceja está arqueada y su boca está un poco apretada en las esquinas.

—No soy tu enemiga. Por favor, deja de actuar como si lo fuera. Me dijo que estaba preocupado por ti y la única razón por lo que lo he mencionado es porque me acabas de decir que a él no le importas.

—¡Muy bien! Le besé. —Estoy lejos de Sloan, hacia las ventanas. Sólo Reed utilizaría el salón de niños como sala de interrogatorios para hablar conmigo. Probablemente lo pongo nervioso. Bien.

—¿Por qué?

—Porque él tenía algo que yo quería. —Las palabras salieron directas de mi boca y aunque sé la imagen que describen de mí, no puedo decir que me importe. Estoy concentrada en la paloma caminando de un lado a otro fuera de mi ventana. Siento envidia de la paloma. No tiene una sola preocupación en el mundo más allá de comer, dormir y defecar en las estatuas del parque. Eso es vida.

—¿Esa es la única razón? —Ella estaba tratando de mantener sus palabras inocentes, pero sé que nada de lo que dice es inocente, ni siquiera sus historias sobre taxidermia interpretativa. Sería fácil olvidar que Sloan es un miembro del FBI y está capacitada para manejar casos como el mío. Sabe cómo ser empática, e incluso verse un poco vulnerable, pero no estaría donde está hoy, si no fuera un lobo bajo ese traje de lana.

Giro mi cabeza hacia ella y me aparto de la ventana. Le sonrío descaradamente.

—¿Estás celosa, Janice?

Ella contestó sin vacilar.

—¿De qué, Olivia? —Sonríe de nuevo y esta vez no hay una sonrisa de respuesta en su rostro. Sí, Sloan tiene dientes. Me gustan los dientes.

Vamos hacia adelante y hacia atrás durante varios minutos. Me hace una pregunta y logro darle la vuelta a la misma pregunta para ella y la vuelve de nuevo hacia mí otra vez. Podría parecer una conversación inútil, pero creo que

ambas estamos aprendiendo cosas poco a poco una de la otra con cada intercambio.

Aun así, prefiero estar hablando con Reed. A Sloan le digo lo mismo.

—Esto no es inusual, ya sabes. Algunas víctimas de abuso tienden a gravitar hacia los hombres fuertes y autoritarios... como el agente Reed. También tienden a imitar el comportamiento que se espera de ellos por sus abusadores, especialmente cuando este comportamiento es de naturaleza sexual.

Me siento como si me estuvieran rociando con aceite caliente.

—No lo hagas. No hagas esa porquería de psicoterapia de mierda conmigo. Fue un beso, joder, no es un signo de mi devoción eterna. Y para que conste, no soy una víctima de violación rota que tienes que recomponer de nuevo. Estoy bien.

—Estoy llorando de nuevo y me odio por ello. ¡Por qué mi cara no deja de delatarme!

—Lo siento, Livvie. No era mi intención molestarte —dice Sloan. Suena sincera y casi me jode más que su sugerencia de que soy un caso perdido.

¿No lo eres? Ya no sabes quién eres. No tienes a donde ir.

—Creo que estamos bien por hoy. ¿Quieres parar? Podemos ir a comer algo a la cafetería. Tal vez jugar a las cartas en la sala de juegos, ¿o tal vez a las damas? Me encantan las damas.

—¿Sloan?

—¿Sí?

—Lo estás haciendo otra vez. —Me seco las lágrimas de mi cara y me sueno la nariz con unos pañuelos de papel. Es gracioso que siempre estén listos y esperando junto a mi cama.

Sloan deja escapar un profundo suspiro y se inclina hacia atrás en su silla. Su expresión es hermética, como si no supiera lo que siente, piensa, o quiere decir. Finalmente, sin embargo, asiente ligeramente y abre la boca.

—No creo que estés rota. No pienso "psicoanalizarte", bueno... —Ríe sin humor, al menos, no en voz alta—, al menos no en voz alta, pero creo que hay algunas grietas que necesitan ser rellenadas. Has pasado por muchas cosas en los últimos meses, y estoy muy impresionada ya que todo lo que tienes son grietas. Deberías estar rota, pero no es así. Las grietas pueden ser reparadas y lo creas o no, tienes un montón de gente que quiere ayudarte a arreglarlas.

Trago saliva muy fuerte. No quiero llorar más. No sé lo que quiero, a excepción de a Caleb. Creo que me encantaría volver a la mansión, si eso significara que podría estar con Caleb de nuevo. Viviría eso, de nuevo. Sé que no es saludable y

me preocupa que tal vez, sólo tal vez, Sloan y Reed tengan razón. Estoy jodida en la cabeza y nada de lo que siento es real.

No sabes lo que quieres, Livvie, y lo que crees que quieres, se te ha lavado el cerebro para que lo desees.

Incluso Caleb dijo que mi amor no era real, pero... lo siento. Siento que mi amor por él es más fuerte y profundo que cualquier cosa que he sentido en mi vida. Creo que si resulta que tiene razón y estoy equivocada... me romperé en pedazos. La supervivencia... es lo más importante.

* * * *

Ha sido una buena mañana, supongo. No me importó hablar con Sloan, pero jugar a las damas con ella es algo divertido. Me di cuenta de que me seguía analizando cuando jugábamos, hacía preguntas cargadas con el pretexto de la conversación, pero en su mayor parte acabamos de hablar sobre la vida fuera de los muros del hospital. Me perdí un montón de cosas durante el verano.

Para empezar, me perdí la graduación. No estoy segura de cómo me siento sobre eso. Supongo que realmente no me importa, pero es extraño que no lo haga. Me había parecido muy importante hace cuatro meses. Supongo que todavía soy una graduada. Mis calificaciones eran ejemplares antes de irme.

De irme, es gracioso.

Nicole comenzó la universidad. Llamó al hospital un par de veces y hemos charlado un poco, no sobre nada importante. Evito eso. Se ofreció a salir de la universidad durante algunas semanas para visitarme, pero le pedí que no se molestara. Estoy bien y tengo un montón de cosas que hacer de todos modos. Fue sorprendentemente fácil conseguir que estuviera de acuerdo en no venir.

La vida sigue. Incluso si la tuya se ha acabado.

Sloan ha dejado el edificio, pero dice que va a estar de vuelta más tarde hoy. Como si se lo hubiera pedido, ni siquiera la quiero aquí, esta mujer es boba. Lo capto: Respuestas a preguntas que nadie ha pedido por \$100, Alex⁸. Aun así, me gustaría tener algo que hacer además de acostarme en la cama y ver la televisión. Asalté la biblioteca, pero todo es poco impresionante.

Se supone que Reed viene a hacerme una entrevista (o más bien a interrogarme) pronto, y no puedo evitar sentirme un poco emocionada por verlo y hablar con él. Cuando se enoja conmigo casi puedo ver a Caleb en sus ojos marrones. Es una tontería, pero casi vivo para esos pequeños destellos.

Ya no estoy dolorida, no lo he estado por días. Mis heridas se han ido y mis arañazos ya formaron costras. Cuando se curen, será como si todas las pruebas

⁸ Referencia a un programa de TV de preguntas y respuestas.

de mi tiempo con Caleb se hubiesen borrado. Me rodeo con mis brazos alrededor de mi estómago y aprieto hasta que el pensamiento pasa. Si me hubierais dicho eso hace un mes, que estaría triste por tener una piel sin marcas, os habría llamado estúpidos y golpeado por si acaso. Pero aquí estoy: una chica sin marcas, y sin una razón para seguir adelante.

—*Eso no es cierto, mascota. Tienes muchas razones* —susurra el fantasma de Caleb en mi oído. No sé si el oír su voz en mi cabeza me convierte en una loca, pero no me importa de cualquier manera. Es lo que me queda después de curarse los rasguños. No puedo renunciar a él. Además, sé que la voz no es real, no importa lo mucho que me gustaría que lo fuese.

Me gusta jugar con la voz en mi cabeza por la noche, cuando el hospital está más tranquilo y puedo concentrarme en que sea tan real como pueda. Abro mis piernas y me masturbo con el recuerdo de su boca chupando mis pechos y sus dedos moviéndose rápidamente de un lado al otro sobre mi clítoris. Si me esfuerzo mucho, mucho, puedo escucharlo, sentirlo, incluso fabricar su olor, pero no puedo conseguir que me bese. Suelo llorar después de correrme. Ese es exactamente el tipo de cosa que no le digo a Sloan. Estoy bastante segura de que se regodearía con esa información.

Hago uso de mi tiempo en espera de Reed; me doy una ducha y me pongo el oh-tan-sexy atuendo de lunática del hospital que me dan para llevar: un pantalón gris y una camisa. Se podría pensar que tendrían algo más alegre dado el escenario, pero luego pienso en la sala de arte y decido que es lo mejor. No me queda bien el amarillo con mi tono de piel. Mi almuerzo llega y escojo a través de las zanahorias pastosas, me como la carne, cubierta por una salsa espesa y aun así insípida, y bebo mi leche. También como la gelatina verde. Caleb me alimentó con mejor comida durante mi secuestro que estas personas. Me río de mi propia broma.

—¿Algo gracioso, señorita Ruiz? —Alzo la mirada de mi bandeja y veo a Reed.

—Sí —digo—, hay algo que es muy divertido, Reed. —Sonríe, sin dientes, pero aun así es bastante agradable de todos modos. Me pregunto si Reed tiene novia. No lleva anillo de bodas. ¿Cómo sería la novia de Reed?

—¿Le importa compartirlo, o va a extorsionarme por conseguir más concesiones primero? —dice, y casualmente entra en mi habitación y se para a los pies de mi cama.

—Es usted gracioso, Reed. Yo extorsionarle a usted, qué divertido. —Sonríe de nuevo y se encoge de hombros. Yo le imito—. Me estaba riendo porque la comida aquí es horrible y Caleb me alimentó con mejores cosas. Parece que este lugar es un cautiverio real.

—Diga la palabra y la transferiré al Pentágono, oí que sirven unos espaguetis increíbles todos los jueves. —Pone su maletín en el asiento y se apoya contra la pared.

—Vaya, gracias. Pero creo que voy a quedarme con la comida horrible. Si me voy alguna parte desde este lugar, será a mi nuevo alojamiento en cualquier pueblo del medio oeste en el que haya decidido esconderme. —Le doy mi más dulce, y condescendiente sonrisa—. ¿Cómo va eso a propósito?

Reed niega con la cabeza, como si nada. No es la reacción que realmente esperaba obtener de su parte, este tipo no pierde la calma... a menos que hagas algo con él. Sonríe de nuevo, más ampliamente, con todos los dientes, y mi sonrisa no es ni remotamente dulce. La idea es prometedora, ya que parece ser la única cosa que tenemos en común.

—Vamos a llegar al fondo de esto, señorita Ruiz. He estado investigando un poco más sobre su novio y sus amigos terroristas y tengo un par de preguntas para usted, comenzando con: ¿Cuándo conoció a Muhammad Rafiq?

Deja en manos de Reed el arruinar cualquier apariencia de un momento agradable. El hombre es un autómatas y su programación sólo establece un objetivo: llegar a los chicos malos por cualquier medio necesario. Lo respetaría si no estuviera tratando de arruinar mi vida entera. Otra manera en que me recuerda a Caleb.

—Eso no es en donde lo dejamos, Reed. Dijo que le podía contar toda la historia.

Él suspira.

—La Dra. Sloan me llamó después de haber salido del hospital. Voy a conseguir todas sus notas más tarde, pero por ahora, dijo que lo único que sacó de su tiempo con ella hoy fue el reconocimiento de que Caleb le dejó el dinero en Zacatecas. Doscientos cincuenta mil dólares es mucho dinero para transferir y depositar a una chica que pensaba vender. Definitivamente quiero hablar de eso, pero por ahora lo importante es averiguar más acerca de Rafiq. ¿Cuándo lo conoció?

Reed ha estado aquí por lo menos diez minutos y ya ha logrado magníficamente cabrearme.

—No sabía qué era lo que estaba haciendo. No supe sino hasta más tarde que me había dejado el dinero. —Me lleva un segundo, pero luego el resto de sus palabras penetran en mí y entonces estoy enojada con Sloan, así que, ¿la única cosa que salió de nuestras tres horas de conversación fue que Caleb fue al banco? Eso es bastante frío. Todo el mundo a mí alrededor está lleno de sorpresas últimamente.

—Rafiq, señorita Ruiz. ¿Cuándo lo conoció? —Reed aparentemente ha decidido renunciar a la imposición del medio ambiente de la sala de arte e interrogarme en mi habitación. Por mí está bien.

—Él estaba allí cuando llegamos a Tuxtepec —susurro. Esta no es una parte de la historia que quisiera contar, pero sé que lo que tengo que hacer. La verdad es... Que quiero que Reed llegue a esa subasta. Quiero que acorrále a esos hijos de puta y libere a los esclavos. Se lo debo a ellos. Me lo debo a mí misma. Se lo debo a Caleb—. Había estado esperando por nosotros.

Reed y yo estamos en silencio por un momento. Saca una grabadora del bolsillo de la chaqueta, presiona el botón de grabación y la pone en la cama.

—Me ayudará a repasar su declaración más tarde. Sé que esto es duro, señorita Ruiz. También sé que cree que quiero que sea así, pero no. Sólo quiero hacer mi trabajo y hacer que estas personas paguen por lo que le han hecho, a usted, y a muchas otras mujeres y niños. Hay niños allí también... ¿lo sabía? —Niego con la cabeza. Lo odio por poner esta idea en mi cabeza. No puedo soportar la idea del sufrimiento infantil. No más chistes o bromas. Reed silenciosamente levanta su maletín y lo deja en el suelo antes de sentarse.

Me aclaro la garganta y lamo mis labios. Aquí es donde comienza la verdadera historia.

* * * *

No sé exactamente qué hora era cuando llegamos, pero el sol se había puesto no mucho tiempo antes. Caleb y yo no habíamos hecho mucho por hablar en el camino. Realmente no tenía nada que decirle que no diera lugar a que me castigara.

Mi corazón latía con fuerza como un tatuaje en mi pecho mientras nos dirigíamos por un camino interminable. La persona que era dueño de la casa sin duda tenía un montón de dinero y exigía un montón de privacidad. Los árboles grandes escondían nuestro destino, pero pude ver el resplandor de las luces en la distancia. Pronto. Muy pronto, perdería todo lo que alguna vez fue importante para mí.

Me regañé por no hacer más intentos de fuga, aunque apenas podía caminar, y mucho menos correr. Sin embargo, incluso si moría en el proceso, me sentiría mejor si lo hubiera intentado de nuevo. La muerte tenía que ser mejor que lo que me esperaba. Sabía que una vez que entrara en el interior de esa casa sería una esclava sexual por el resto de mi vida. Sé que Caleb dijo que sólo dos años, pero no tenía ninguna fe en eso. ¿Cómo podría?

—No llores, Gatita. No dejaré que nadie te haga daño. Obedece y te irá bien.

Las palabras de Caleb se suponía que debían calmarme, pero su tono era algo inexpresivo. Parecía que ni siquiera él, creía lo que decía.

Puse mis brazos alrededor de mí apretándome y cerré los ojos para tratar de encontrar fuerza. Podría hacer esto, me decía a mí misma. Podría sobrevivir. Podría aguantar lo suficiente como para escapar. No debía perder la esperanza. Alguien vendría a por mí.

De repente, la camioneta se detuvo y un hombre vestido con un esmoquin preguntó a Caleb por su invitación. Tuve la tentación de gritar pidiendo ayuda, pero algo me dijo que el hombre sabía exactamente para qué me traían aquí y lo último que necesitaba era demostrar a Caleb que había tenido razón acerca de mí. Intentaría escapar a la primera oportunidad. Era cierto, pero él no necesitaba tener esa clase de certeza.

—No tengo una invitación, pero fui invitado: Caleb.

Su nombre, eso es todo lo que dijo. El hombre nos instó a continuar con la mano y un poco más adelante en el camino Caleb detuvo el vehículo, caminó hasta mi puerta y agarrándome del brazo, tiró de mí lentamente por el sendero mientras que otra persona se llevaba la camioneta.

—¡Puedo caminar! —Con un movimiento de hombros me sacudí de encima el agarre de Caleb, ignorando el dolor en mi hombro. Estaba llorando, completamente incapaz de detenerme. No podía creer lo que sucedía.

Vas a morir ahí. ¡Deja de caminar hacia tu puto destino!

Dejé de caminar.

—Caleb. Por favor, no me hagas entrar ahí. Por favor. ¡Por favor! —Me volví para correr, pero los brazos de Caleb me rodearon antes de lograr hacer mi primer paso. Luché y el dolor irradió por cada parte de mi cuerpo, pero sobre todo en mi hombro.

La mano de Caleb me tapó la boca mientras apretaba su cuerpo contra mi espalda y me mantuvo inmóvil.

—Gatita, ino te atrevas! —Medio susurró, medio gruñó a mi oído—. Te advertí que no utilizaras mi nombre. Te advertí que no huyeras de mí. Vas a entrar en el interior de una manera o de otra y no hay nada que puedas hacer al respecto. Acéptalo. Respira y acéptalo.

Gemí y lloré detrás de su mano, pero tenía que admitir que ser sostenida por él fue poco a poco haciendo que me centrara. Mi pánico era palpable, literalmente zumbando y latiendo en mis venas, pero los brazos de Caleb eran fuertes. Caleb era sólido. Mis músculos estaban tensos, el dolor se acercaba a ser casi

insoportable. Me tranquilicé a mí misma para relajar mi cuerpo un poco y me di cuenta que los dedos de Caleb también se relajaron.

Lentamente retiró su mano de mi boca. Me faltaba el aliento y sollocé.

—Shh. —Me acarició mi pelo mientras seguía sosteniéndome—. Sé que esto es aterrador. Sé que estás asustada. Estoy tratando de hacer esto lo mejor que puedo, pero no puedes desobedecerme. Si alguien cree que yo no soy tu Amo... será malo, Gatita. ¿Lo entiendes?

Agarré el brazo de Caleb, y lo envolví alrededor de mi cintura. *No me dejes*, le grite en silencio. *No me dejes*. Asentí con la cabeza lentamente y dejé que la caricia de Caleb me tranquilizara y consolara, no iba a dejar que nadie me hiciera daño. Mientras yo obedeciera a Caleb, era suya y nadie podía hacerme daño. Nadie, excepto Caleb.

Caminamos el resto del camino en silencio, pero Caleb me dejó tomarle la mano. Sabía que con el tiempo me castigaría por mi arrebató, pero eso sería después. Por el momento, su ira se había atenuado y su mano era cálida y fuerte contra la mía. Caleb terminó de reconfortarme en el momento de llegar a la gran puerta de madera de la enorme finca. Todo mi cuerpo temblaba, pero mantuve mi cabeza hacia abajo y traté de respirar. Mi seguridad estaba garantizada, siempre que fuera obediente. Podría ser una mentira, pero la duda era algo que mi frágil mente no podía permitirse.

Caleb tocó el timbre y después de unos segundos, se produjo un ruido metálico y la puerta se abrió.

—Buenas tardes, señor...⁹

Desconecté mientras Caleb y el hombre que abrió la puerta hablaban. En lugar de la conversación, oí un chillido agudo. Me sentía mareada también, pero en algún lugar de mi cabeza, sabía que era sólo mi pánico y la adrenalina lo que hacían esto. Forcé el aire a entrar y salir de mis pulmones a un ritmo constante, obligándome a no hiperventilar.

La mano de Caleb en la parte baja de mi espalda me obligó a avanzar y de alguna manera lo hice: di ese primer paso hacia mi propia aniquilación. Luego tomé otro y otro, mis ojos miraban mis pies mientras seguía llevándome.

Una música sonaba de fondo mientras caminábamos y pronto no pude dejar de notar que el lugar parecía como un hotel de lujo. Los suelos eran de mármol, y el uso de ricas alfombras de color vino, también era frecuente. Me quedé cerca de Caleb, sobre todo porque él no me desanimó. De repente, escuché un golpe fuerte, seguido de un gemido de angustia de una mujer desde la izquierda. Mis

⁹ En español en el original.

ojos siguieron el sonido más allá del hombre delante de nosotros y aterrizó en la escena en la habitación contigua.

Una multitud de hombres bien vestidos, e incluso algunas mujeres, se reunían libremente para ver como otro hombre con esmoquin blanco sostenía a una mujer desnuda sobre su regazo. Su cabello negro caía por un lado, su rostro lleno de dolor era claramente visible. Su cuerpo parecía elegante, incluso en la posición degradante. La brillante impresión de una mano roja destacaba prominentemente contra su piel blanca y pálida. El hombre le acarició la espalda y ella se ondulaba, levantando el trasero más alto en el aire como pidiendo al hombre que la golpeará de nuevo. Aparté la vista cuando lo hizo, y la mujer gimió de nuevo, pero no gritó.

¿Es este el tipo de cosas que Caleb esperaba de mí? Sabía la respuesta. También sabía que iba a fracasar en la tarea miserablemente. No importaba cuántas veces Caleb me hubiera golpeado, siempre gritaba y suplicaba que se detuviera, incluso cuando me rendía a los orgasmos que me daba.

—Hay alguien que quiere verte. Te llevare junto a él ahora —dijo nuestro acompañante.

Los dedos de Caleb se crisparon contra mi espalda y sentí el correspondiente ataque de puro pánico.

—¿Es el dueño de la casa? He estado ansioso de reunirme con él.

El acompañante siguió caminando mientras respondió:

—No, señor. El dueño de la casa es Felipe Villanueva. Hemos pasado junto a él en el estudio con su esclava, Celia. El señor a menudo tiene invitados, disfruta de la atención.

Otra esclava. Otra mujer que estaba siendo retenida contra su voluntad en esta misma casa. Me ponía enferma. Esa pobre mujer, estaba siendo humillada frente a todos esos extraños, sabiendo que ninguno de ellos le ayudará.

Caleb se detuvo y salté cuando su mano me empujó hacia adelante. Nuestros ojos se encontraron. Sus ojos azules eran fríos y escondían algo muy oscuro. No quería saber lo que pensaba. Me obligué a seguir adelante.

La música y el sonido de los otros huéspedes se alejaban lentamente con cada giro y vuelta que hicimos en el laberinto. Por desgracia, fueron ahogados por el sonido de los gritos de una mujer. No podía evitar llorar entonces. Encontré el brazo de Caleb y lo agarré con ambos brazos, envolviendo mi cuerpo a su alrededor. Miré hacia arriba para ver al acompañante deslizar dos puertas abriéndolas, los gritos se hicieron más fuertes. El hombre y Caleb intercambiaron un gesto breve y luego el hombre se marchó. Caleb me arrastró dentro mientras caminaba.

Caleb se detuvo a pocos pasos y pude sentir la forma en que su cuerpo se tensó. Algo le había sorprendido. La mujer seguía gritando.

Levanté la vista y lo que había frente a mis ojos finalmente me obligó a desmayarme. Nancy, la chica que había estado presente en mi intento de violación, la que había mirado mientras los hombres me sujetaban y trataban de ir hacia mí desde ambos extremos. ¡La que se había mantenido al margen mientras yo recibía puñetazos, bofetadas, y patadas! Ella era la que hacía todo el griterío. Estaba desnuda y atada boca abajo en una especie de caballo de madera, mientras que un hombre de aspecto árabe arremetía contra ella una y otra vez.

Cuando recobré el conocimiento, me di cuenta que ya Nancy no estaba gritando más. Estaba tendida en un sofá de cuero color vino y el rostro enojado de Caleb estaba mirándome. No dijo nada mientras levantaba un vaso de agua a mis labios. Ni siquiera pensé en hablar. Había visto lo que podría suceder si Caleb se iba de mi lado y estaba decidida a ganarme su cariño.

De repente, la voz de un hombre rompió el silencio. Hablaba un idioma que no entendía. Era el mismo discurso rápido, y entrecortado que reconocí como similar al de Jair. El intercambio entre él y Caleb se calentó. El otro hombre se rio de Caleb. No me atreví a mirar en dirección de la voz.

Caleb frunció el ceño, y sus ojos se centraron por encima y detrás de mí.

—Está asustada. No veo como aterrorizarla más pueda resultar útil a los fines de nadie.

El hombre soltó una carcajada espeluznante.

—¿Inglés, Khoya? ¿Quieres que entienda nuestra conversación? —Sus palabras fueron acentuadas con una voz espesa, pero comprensible—. Debe tener miedo. Después de la persecución a la que te indujo y los problemas que ha causado, es evidente que no estaba aterrorizada al principio. Jair mencionó que has sido suave con ella —dijo el hombre.

Me di cuenta de que el hombre tenía que ser alguien con mucho poder. No me podía imaginar cómo Caleb dejaría que nadie hablara con él de esa manera.

La voz de Caleb se elevó y recitó un montón de palabras en otro idioma que no entendía; *árabe*, pensé. Si tuviera que adivinar, diría que le estaba diciendo al otro todo lo que pensaba. Me hundí en el sofá y traté de hacerme invisible mientras que los dos iban y venían.

Por último, Caleb dijo:

—¡Basta! Gatita, abajo en el suelo en tu posición de reposo.

Aunque aterrorizada, no me lo pensé dos veces acerca de obedecer y fácilmente me encontré en el suelo a los pies de Caleb con las piernas abiertas las manos en los muslos, y la cabeza gacha, justo como pidió.

—Quiero mirarla. Ven aquí... —se rió de nuevo—. Gatita.

Gemí y temblé, pero no pude moverme. Me incliné hacia la pierna de Caleb, encogida y suplicando tanto como pude sin hablar, rompiendo mi posición. Él había prometido protegerme. Tenía la esperanza de que lo hiciera, ahora.

El hombre chasqueó la lengua, y casi podía sentir la ira que Caleb irradiando de él, pero no sabía a quién se dirigía el enojo. No pasó mucho tiempo para que lo averiguara. La mano de Caleb empujó mi cabeza y se puso a mi lado.

—Mírame —dijo Caleb.

Se puso de pie al lado del hombre de aspecto árabe. El hombre se había puesto su ropa de nuevo y estaba un poco sorprendida de verlo en un traje oscuro, finamente cortado. Su camisa estaba desabrochada una parte, dejando al descubierto parte de su piel profundamente marrón y ligeramente sudorosa. Era unos centímetros más bajo que Caleb, pero todavía alto para mi nivel. Era mayor que Caleb también, tal vez de unos cuarenta años. Sus ojos estaban muertos y oscuros. Parecían estar bordeados en kohl pero me di cuenta que no era así. Era un atributo asociado con hombres de Oriente Medio, tener largas y gruesas pestañas oscuras. Sin embargo, no me sentía atraída por él en lo más mínimo. Era un monstruo.

—Ven aquí —dijo Caleb y yo sabía exactamente lo que quería. Tomó un poco de esfuerzo por mi parte, pero de alguna manera me las arreglé para arrastrarme hacia él sin necesidad de utilizar mi hombro lesionado. En el proceso vi que Nancy estaba inconsciente en la esquina, todavía atada, pero con una mordaza en la boca. Me estremecí. Yo obviamente, no daría ni dos carajos sobre Nancy, pero nadie se merecía esto.

Más palabras se intercambiaron en árabe antes de que el extraño hombre al frente mío se dirigiera a mí:

—*Leet sawm k'leet sue* —dijo.

Miré hacia Caleb, quien repitió la orden con cierta exasperación. Las lágrimas inundaron mis ojos, me tumbé de nuevo, abrí mis piernas hacia ellos dos, aliviada por llevar ropa. Eso fue, hasta que el hombre se agachó y levanto mi falda por encima de mis rodillas. Perdiendo toda mi compostura, me bajé la falda hacia abajo y luché por alejarme.

—¡Quédate dónde estás! —gritó Caleb y no pude hacer nada más que aceptar la orden. Se acercó a mí rápidamente y me empujó al suelo. En cuestión de segundos, estuve en la posición adecuada con mis partes más íntimas

mostrándose para este extraño. La traición quemó con vehemencia en mi pecho, pero una voz en mi cabeza me dijo que fuera inteligente y evitara la confrontación. Nadie me había hecho daño, aún no, y hasta entonces, Caleb todavía mantenía su promesa.

—Esta apenas sometida. ¡He tenido a perros más obedientes!

Los ojos de Caleb se entrecerraron en mi dirección. Se sintió avergonzado delante de este hombre por mi culpa. Lo sabía ahora. Sabía quién debía ser el hombre. Rafiq, mi mente se abrió. Este era el hombre al que Caleb se debía y era la razón por la que Caleb planeaba venderme.

—*iLye zhaash chee!* —ordenó Caleb y una vez más hice lo que me pidió. Me di la vuelta y levanté el culo en el aire, sollozando en la alfombra mientras luchaba por degradarme lo más rápido posible.

Caleb y Rafiq hablaron más en árabe mientras ignoraban mi llanto y me examinaban. La mano de Caleb viajó por mi cuerpo, dejando al descubierto partes de mí en el camino. Una de sus manos jugaba a lo largo de mi columna vertebral, tratando de calmarme mientras la otra se perdía hacia la parte posterior de mis muslos y palmeó cada una de las mejillas de mi culo. Era casi como si Caleb estuviera tratando de convencer a Rafiq de algo. Tenía la esperanza de que se pusiera por fin a mi favor, pero tenía mis dudas.

Por último, Rafiq dejó escapar un suspiro de resignación.

—Bien, Khoya. Tal vez cuando ella sane y esté adecuadamente entrenada, la vea como tú. Por el momento, no estoy muy impresionado.

Caleb me instó a volver a mi posición de reposo y puse mi ropa en su lugar con movimientos tan espasmódicos y entrecortados que me dieron ganas de temblar. A pesar de mi alivio, sabía que iba a pagar por la vergüenza de Caleb de una manera u otra, y pronto.

Un gemido en la esquina atrajo nuestra atención colectiva de nuevo a Nancy.

Rafiq rió.

—Ahora ésta, Khoya. Ésta es una puta. Ha sido tomada por casi todo el mundo, pero continúa viniéndose por muy brutal que sea tomada, o cuántas veces. Sería una pena matarla, pero, por supuesto, la elección es tuya. Nunca te privaría de tu bendita venganza. —Se acercó a Nancy y cortó sus ligaduras.

Ella gritó cuando él la levantó y me encogí cuando vi la sangre y el semen corriendo por sus dos piernas cuando él la obligó a caminar hacia nosotros, mientras la conducía por el pelo. Era mi culpa que ella estuviera aquí.

Irónicamente, me alegré de que ella hubiera sido tan cruel conmigo y hubiera participado en mi tortura. De lo contrario, estaría fuera de mí por lo que le



habían hecho. Era difícil de digerir como estaba. No me podía imaginar si esta hubiera sido su penitencia por tratar de ayudarme.

Nancy se vino abajo cuando Rafiq la arrojó delante de mí. Lloraba y gemía, pero lo que más me aterraba era la forma en que sus manos se extendieron hacia mí.

—Ayúdame —sollozaba—, por favor, ayúdame.

Estuve congelada durante unos segundos, pero luego agarré sus manos y doblé hasta sus dedos hasta que me soltó. No quería ser parte de esto. Me deslicé hacia atrás y me atreví a mirar a Caleb.

—Es tu decisión, Gatita. No sé lo que pasó entre vosotras. No sé cuál es el papel que jugó, pero si quieres que sea castigada, si quieres verla muerta, di las palabras y me encargaré de eso —dijo Caleb. Estaba muy serio. Podía verlo en sus ojos y sabía lo que quería decir. Él quería que yo ordenara su muerte.

Sollozos brotaron de Nancy y sorprendentemente... de mí.

—¡No puedo! —Me lamenté más que Nancy—. ¡No puedo hacer eso! Ella es horrible. Los ayudó. Ella me sujetó —sollocé—. Pero no puedo matarla. ¡No soy una jodida asesina!

La cara de Caleb fue severa mientras yo gritaba la palabra asesina. Se lanzó hacia adelante y me estremecí, pero Nancy era su objetivo. Le levantó la cabeza bruscamente, estirándola en mi dirección. Con los ojos fijos en mí, susurró al oído de Nancy.

—¡Sí! —gritó ella—. Cualquier cosa... simplemente no me mates —sollozó.

Caleb soltó la cabeza de Nancy como si acabara de tocar un pedazo de mierda con la mano desnuda.

—¿Has oído eso? —Señaló con el dedo hacia mí—. Dijo que te mataría a ti si la dejamos vivir en tu lugar. ¿Es esta la clase de persona que quieres que perdone?

Mi cabeza literalmente vibraba con la fuerza en su voz.

—¡No! —sollocé—. No puedo, Caleb. No lo haré. Por favor, no hagas esto. No por mí.

—¿Caleb? —dijo Rafiq suavemente, su rostro se retorció y le siguió otro torrente de árabe entrecortado.

Horrorizada, me di cuenta de lo que había hecho.

—Amo, no era mi intención —rogué—. Sé que eres mi Amo. Por favor, perdóname. Perdóname, Perdóname. —Repetía las palabras a medida que me balanceaba hacia atrás y hacia adelante.

Sin previo aviso, Caleb me levantó poniéndome de pie, completamente indiferente del dolor que me causaba. Más árabe se habló y luego me condujo fuera de la habitación, lejos de Nancy y sus gritos beligerantes.

Capítulo 9

A petición de Rafiq, Caleb llevó a Gatita de vuelta a la fiesta. No era algo que él quisiera hacer, pero en el desconocido lugar de la grandiosa casa del “amigo” de Rafiq, no tenía otra opción que seguir al mayordomo en la dirección de los otros invitados. La ira hacia Rafiq corría de lleno en sus pensamientos y necesitaba tiempo para procesar todo lo que estaba sintiendo ¿Por qué Rafiq estaba en la mansión y porque emboscaría a Caleb deliberantemente? No tenía sentido, excepto cuando Caleb consideró la forma en que Rafiq y Jair habían estado conspirando a sus espaldas. Estaba tentado de contar el incidente como una traición, pero la palabra era quizás demasiado fuerte, dado todo lo que Rafiq había hecho por él en el pasado.

Gatita también lo había decepcionado. Le había advertido sobre ser obediente, sobre lo que podría significar si era encontrada con una falta frente a Rafiq y los otros, y aun así, lo había humillado. Incluso ahora, su mano seguía buscando la de él, en busca de consuelo en la forma más prosaica. Se negó a dejar de llorar desde que había visto a la mujer rubia.

Por dentro, Caleb se estremeció, pero no estaba seguro por qué. La rubia se había merecido todo lo que le pasó. Estaba seguro de que había jugado un papel importante en lo que le pasó a Gatita. No se merecía menos que el destino que ella había deseado imponer.

La mujer había sido golpeada severamente. Su cuerpo estaba lleno de latigazos y mordeduras, su garganta estaba amoratada y sus ojos, inyectados de sangre por el oxígeno del que había sido obviamente privada. Rafiq mencionó que había sido violada, duramente, y en varias ocasiones. Torturada. Sin embargo, a pesar de que ella se lo había visto venir, Caleb se oponía a la violación violenta. No podía conseguir que la imagen de sangre y semen corriendo por sus muslos, saliera de su mente lo suficientemente rápido como para adaptarse. Por último, que su mentor hubiera participado era difícil de aceptar.

Había querido darle a Gatita un regalo, uno que lo significaba todo para Caleb: venganza. Caleb habría hecho cualquier cosa para volver en el tiempo y ver el final de Narweh de la manera más lenta, dolorosa y degradante posible, pero el tiempo había pasado. Narweh estaba muerto y Caleb tenía que vivir con el conocimiento que incluso en el final, Narweh nunca había rogado por su vida u recibido castigo por lo que le había hecho a Caleb. Era una bofetada en la cara que Gatita no sólo renunciara a la oportunidad de vengarse de su torturadora,

sino también que mirara a Caleb como algún tipo de monstruo por sugerirlo ¡No era como si esperara que ella lo viera!

Pero aquí, ahora, especialmente tan cerca de su objetivo, no podía permitirse mostrar debilidad, especialmente en lo que concernía a Gatita. Este momento era muy crítico, y Rafiq estaría vigilándole en cada movimiento, como esperaba. Habían sido compañeros durante doce años, trabajando hacia el único objetivo de arruinar la vida de Vladék Rostrovich de todas las formas inimaginables. Era un objetivo que les había costado a los dos sus almas. Hombres y mujeres habían muerto. Y Caleb había matado. Y todo para asegurarse que sus venganzas se llevarían a cabo algún día. Finalmente, sus vistas estaban fijadas en sus objetivos y Caleb parecía estar sufriendo de alguna crisis de conciencia absurda. Una chica tonta trataba de hacerle cuestionarse todo lo que Rafiq y él habían trabajado tan duro para lograr. Fue absolutamente estúpido cuando Caleb lo puso en perspectiva. Gatita podría no estar hecha para la venganza, pero Caleb con toda seguridad sí.

Caleb mantuvo un ojo sobre la espalda del mayordomo mientras tomaban los aparentemente eternos giros y vueltas que los llevarían hasta los otros. No tenía idea de lo que le depararía la noche, pero ya tenía los pelos de punta y no tendría piedad por la siguiente persona que decidiera jugar con él, ni siquiera la chica que lloriqueaba a su lado. Caleb apenas pudo reprimir un resoplido de burla cuando recordó la manera en que Gatita había soltado la palabra *asesina* en su dirección. Sí, era un asesino. Se recordó a sí mismo que ya no podía permitirse ser blando con ella. No más misericordia o favores. Tendría que aprender, ahora mismo, que la compasión terminaba con él.

El murmullo de voces finalmente llegó a los oídos de Caleb y estuvo aliviado de saber que no tendría que escuchar los sollozos de Gatita haciendo eco alrededor de él mucho tiempo más. Por último, llegaron los otros invitados y el mayordomo le pidió a Caleb que esperara mientras le hacía saber al dueño de la casa que estaban uniéndose a la fiesta.

Caleb no sabía mucho sobre Felipe Villanueva más que el hecho de que Rafiq claramente confiaba en él. Rafiq le había dicho que se habían llegado a conocer en los años después del golpe de Estado en Pakistán cuando el general de Rafiq había tomado el poder. Ellos no eran, según admitió Rafiq, muy cercanos, pero su mentor era meticuloso cuando se trataba sobre quien confiar. Caleb no necesitaba ninguna otra recomendación. Además, tampoco tenía otra opción.

Gatita, una vez más perdiendo su compostura, se apretó a la espalda de Caleb y envolvió sus brazos alrededor de él por detrás. Irritado, presionó con sus dedos el interior de sus muñecas hasta que lo soltó.

—No me avergüences frente a esa gente de nuevo o me veré obligado a hacer un ejemplo de ti ¿Qué te pedí que hicieras cuando no estuvieras segura de lo que se esperaba de ti?

Gatita sollozó, frotándose sus muñecas, pero tuvo suficiente sentido común como para ponerse en posición de descanso. Caleb estuvo momentáneamente satisfecho cuando ella fue capaz de tomar respiraciones lentas sin llamar la atención.

Le acarició la parte superior de su cabeza y habló en un susurro que únicamente ellos dos sería capaz de escuchar:

—Buena chica, Gatita. Obedéceme y seguiré ocupándome de tu seguridad. —Él la sintió asentir bajo su mano. No podía esperar para acabar con este día, incluso aunque temía lo que traería el próximo día.

Un hombre mejicano en sus cuarentas largos, con cabello oscuro, ojos verdes, y una impresionante barba, hizo su camino hacia Caleb y Gatita. Vestía un extravagante traje blanco y su comportamiento era muy diferente de los que estaban a su alrededor. Por la descripción general que Rafiq le había dado, Caleb supo que debía ser Felipe. Solamente el dueño de una finca como la que estaban ocupando actualmente se atrevería a usar tal traje ostentoso en una fiesta extravagante. Caleb, con unos jeans que no le quedaban bien y una camiseta, estaba muy mal vestido y se sintió un poco cohibido por su apariencia desaliñada. Le hubiera gustado conocerlo en igualdad de condiciones.

—¡Bueno! Usted debe ser el señor C —dijo el hombre, su tono era formal pero ligero—. El señor R me ha contado cosas muy buenas sobre usted. Soy Felipe. Bienvenido a mi casa.

El acento de Felipe era fuerte, pero sus palabras seguían siendo lo suficientemente claras para entenderlas. Caleb extendió su mano derecha sólo después de que Felipe hubiera ofrecido la suya primero. Sacudieron firmemente sus manos. Rafiq hacía mucho tiempo le había enseñado a Caleb la importancia de nunca ofrecer la mano primero, o ser el primer hombre que entre a la sala. Establecía una sutil, pero importante dinámica de poder entre dos personas que se encontraban por primera vez.

—*Buenas noches*¹⁰ —ofreció Caleb como saludo. Alejó su mano lentamente.

—*Buenas noches* —contestó Felipe. Su rostro era extrañamente alegre y amable. Algo que Caleb no esperaría de un amigo de Rafiq. Sin embargo, las apariencias podían ser engañosas como Caleb sabía muy bien y no tenía prisa por juzgarlo. Los ojos de Felipe viajaron hasta Gatita y su sonrisa se volvió lujuriosa—. Por favor, use el inglés. Me gusta practicar siempre que sea posible. A usted debe de gustarle practicar también. ¿De dónde es su acento, que no lo puedo ubicar?

¹⁰ En español en el original.

Caleb se tensó.

—No tengo ni idea de lo que está hablando.

Felipe rió y continuó:

—¿Es ella? ¿La chica que ha estado persiguiendo por todo Méjico? —Rio—. No parece ser muy problemática. Por otra parte, tampoco mi pequeña Celia, y esa sí que es una niña difícil. —Volvió a reír, pero había un cierto brillo en sus ojos.

Caleb supo que Felipe estaba muy contento con su *pequeña Celia*. Caleb sólo podía esperar que *pequeña*, no se tradujera en *joven*. Incluso él tenía sus límites y Rafiq lo sabía malditamente bien. Por otra parte, acababa de ver a Rafiq cometer una violación.

Caleb se obligó a sonreír.

—Sí, esta es Gatita. Me disculpo por la manera en que estamos vestidos. No fue por elección.

La expresión de Felipe era curiosa, pero Caleb no le ofreció más información. Después de unos pocos segundos, Felipe continuó la conversación.

—Su rostro... ¿Usted lo hizo?

Caleb se estaba dando cuenta que el sentido de la etiqueta de Felipe era menos que conservador, incluso familiar, algo que él no aprobaba en absoluto. Fue más que insultado por la insinuación del hombre, pero también por la audacia de este extraño de hacerle tal pregunta. Incluso si la casa le pertenecía a Felipe, como invitados, Caleb esperaba un poco más.

—No —respondió con frialdad—. Pero me encargué de ellos.

Felipe sonrió disimuladamente y asintió con la cabeza en aprobación.

—Las otras esclavas están apropiadamente desvestidas de acuerdo con los deseos de sus propietarios. —Caleb sonrió rígidamente, encontrando la desenfrenada alegría de Felipe, y esta conversación, algo chirriante—. ¡Una de ellas lleva una cola! La pobre chica ha estado pidiendo que se la quiten, pero el Sr. B piensa que es demasiado divertido. Tengo que estar de acuerdo. —Volvió a reír—. No es cosa mía, aunque soy el anfitrión, decirle como debe estar vestida su Gatita, pero quizás les ayudaría a ambos a instalarse si ella estuviera fuera de esas ropas. —Sus ojos viajaron de nuevo hacia Gatita, sorprendentemente sumisa.

La ira de Caleb estaba por las nubes, pero trató de mantenerse respetuoso en su opinión contraria.



—Estamos cansados. Además, la chica ha sido golpeada muy gravemente, como puede ver. Aún no está lista, quizás en otro momento.

La decepción de Felipe era evidente.

—Como usted diga. Por favor únase a nosotros y tome algunos aperitivos con vino. No estoy seguro si el Sr. R lo mencionó, pero he estado haciendo uso del chico que fue traído aquí. Espero que no le importe, pero parecía más... sensible que la mujer que trajo con él. No le importa ¿no?

Caleb sintió el calor corriendo por su columna. Por supuesto, que le importaba, joder. Se suponía que iban a ser sus rehenes, no un maldito regalo de fiesta de Rafiq, de Felipe, o de cualquier otro que quiera tener un uso de ellos. Sin embargo, Gatita parecía carecer de sed de venganza y él había derramado suficiente sangre para que le dure por un tiempo, así que, ¿por qué diablos le importaba?

—Considérelo un regalo. Lo único que espero es que sea digno de ser mantenido en tales lujos. —Caleb intentó mantener el sarcasmo de su voz y tuvo sólo un ligero éxito.

Felipe sonrió con suficiencia. El hombre no era ningún tonto.

—Es muy amable, Sr. C., Por favor, considéreme su amigo.

Caleb asintió una vez mientras seguía a Felipe pasando a sus invitados curiosos y hacia un juego de sillas de terciopelo rojas en la esquina.

—Así puede ver y mantener su privacidad. —Felipe hizo un gesto hacia las sillas.

—Gracias —ofreció Caleb tan humildemente posible—, soy Caleb. Gatita está fastidiosamente al tanto de mi nombre, así que la formalidad no es necesaria por mi parte. —Caleb no tenía el deseo de ser llamado “señor” toda la noche.

Felipe miró a Gatita y sonrió.

—Como desee, Sr. Caleb —dijo y luego se alejó para atender a sus otros invitados.

Caleb tomó asiento en una de las sillas de terciopelo y acarició el cabello de Gatita cuando ella tomó su lugar silenciosamente junto a él en el piso. Ella lo había seguido a través de la multitud en sus manos y rodillas, protegiendo cuidadosamente su hombro. Caleb suspiró profundamente mientras le acariciaba el cabello, calmándolos a los dos. No quería que las cosas fueran tan complicadas, pero el tiempo de querer cosas había pasado.

De golpe, Caleb oyó el tintineo de una campana y una menuda chica asiática con cabello negro y ojos almendrados demandó su atención. Gateó lentamente sobre sus manos y rodillas, pero un rápido chequeo reveló la necesidad de sus

movimientos vacilantes. El tintineo venía de una pequeña campana unida al collar de cuero que usaba. Además del collar, llevaba una bandeja de plata en su espalda, atada a su vientre, pero permitiendo el acceso a otras partes de su cuerpo desnudo. En la bandeja, había copas altas y delgadas a medio llenar de vino blanco.

Caleb conocía el juego. Si ella derramaba la bandeja de bebidas, llamaría la atención colectiva de los invitados y su Amo la castigaría para su diversión. Era cruel, pero relativamente benigno en cuanto a juegos se trataba. El Amo de la joven mujer no parecía estar predispuesto a la violencia. La piel morena de la chica era prístina.

Caleb miró a Gatita que parecía paralizada ante la visión de la mujer. Sus delgadas manos estaban hechas puños apretados y su rostro parecía enrojecido.

—¿Qué estás pensando, Mascota? —preguntó Caleb. Era el primer momento que tenían para ellos y estaba algo sorprendido de lo mucho que disfrutaba estar en la compañía de Gatita. Sonrió amablemente cuando sus tímidos ojos grandes e hinchados encontraron los de él.

Sus labios temblaban por su esfuerzo de evitar que nuevos sollozos se escapasen. Caleb suspiró. *Tanto por un momento de paz.* Alejó sus dedos de Gatita y se puso de pie para buscar una copa de vino de la bandeja.

La chica estaba mortalmente quieta mientras alcanzaba la copa. Sus labios se abrieron ligeramente, permitiendo respiraciones lentas y superficiales. Caleb le hizo un favor a la chica y seleccionó cuidadosamente una copa que no afectara su equilibrio y regresó hacia Gatita que inmediatamente frotó su cabeza en súplica contra su rodilla.

—¿Temerosa de que te abandone? —se burló.

Gatita asintió contra su rodilla.

Aún estaba enojado de su anterior encuentro con Rafiq, pero estaba dirigido mayormente hacia dentro. No dejaría a Gatita llegar a él.

—No sería menos de lo que mereces.

Gimió y se apretó incluso más cerca.

Caleb sabía que debía corregir su comportamiento, pero optó por recompensar el hecho de que no estaba llorando. También estaba curiosamente contento de que, aunque no respondió a Rafiq, o a sus órdenes, había intentado seguir las de Caleb. Por los diversos grados de éxito, reflexionó. Buscó en su bolsillo y sacó

dos comprimidos de Vicodin¹¹ del frasquito que guardaba allí. Se había quedado sin morfina y Gatita aún tenía un mucho dolor.

—Abre la boca —dijo. Le ofreció una sonrisa cuando cumplió inmediatamente. Sabía que estaba asustada. No tenía ninguna duda de que esa era la única razón por la cual lo obedecía, pero tener su rendición era increíblemente excitante. Puso las pastillas en su boca y levantó la copa de vino para que bebiera. Observó la pendiente de su agraciada garganta cuando levantó su cabeza para tragar con avidez hasta que la copa estuvo vacía. Su polla se agitó.

Los ojos de color chocolate de Gatita lo miraron con gratitud y súplica. Podía decir tantas cosas con sus ojos. Todas sus emociones estaban allí para que él las viera. Si era una actriz, era una muy buena.

O quizás ves únicamente lo que te gustaría ver. Caleb frunció el ceño ligeramente y notó que Gatita volvía su mirada a sus muslos. Quizás también Caleb decía cosas con los ojos. Tenía que detener eso. Levantó su mirada justo cuando Rafiq hacía su camino y tomaba asiento junto a él.

—Hice callar a la puta —dijo Rafiq en árabe.

—¿Aquí? —Caleb fue cuidadoso de no telegrafiar su ligera sorpresa.

—Caleb, por favor. Tenemos invitados aquí. La puse abajo en el sótano... a dormir. —El tono de Rafiq tenía la intención de burlarse de Caleb.

Caleb no vio el humor. Asintió y cambió de tema.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? Quiero sacarme esta ropa ridícula. A propósito, no me dijiste que estarías aquí. Además, no mencionaste que habría tanta gente que atestigüe nuestros crímenes. Sin embargo, *soy yo* el descuidado.

Rafiq rio y golpeó a Caleb en la parte de atrás de su hombro.

—Ah, *Khoya*. Siempre hay una revelación contigo. Incluso de niño, tenías que hacer las cosas en tus propios términos ¿Recuerdas la primera vez que te llevé a un prostíbulo? Nunca habías estado con una mujer, pero no te conformarías con sólo una mujer. ¡Tenía que ser la mujer “perfecta”! ¿Luego que pasó, *Khoya*? Te lo diré: ¡Perdiste el control y acabaste en menos de un minuto! —Rafiq rio tan fuerte, que sacudió el hombro de Caleb mientras reía.

Él *aborrecía* esa historia y la manera en que Rafiq disfrutaba de su relato. No le gustaba que se burlaran de él, incluso aunque fuera alguien que consideraba un amigo, un hermano, y lo más importante, un aliado. Caleb sintió que su rostro se calentaba en partes iguales de ira y vergüenza.

¹¹ **Vicodin:** nombre comercial de un analgésico para tratar el dolor, hecho a base de hidrocodona, un derivado de la codeína.

—¡Maldición, Rafiq! Si lo quieres recordar con alguien, ¿por qué no encuentras a tu amigo, Jair? Estoy seguro de que disfrutara de tu compañía mucho más. —Caleb se quitó de encima la mano de Rafiq.

Rafiq se secó las lágrimas de las comisuras de sus ojos mientras cambiaba su risa lentamente hasta ponerle fin.

—Eres como un niño, Caleb. Jair es una fuente de información cuando tú eres menos comunicativo. Te conozco bien, *Khoya*, sería un tonto si pensara que me lo cuentas todo. Además, quería ver a esta chica que elegiste para Vladek. Quiero estar seguro de que es *perfecta* para la tarea. Francamente, en este momento, estoy poco convencido.

Caleb llevó su ira hacia su interior; distraídamente estiró su brazo para acariciar el cabello de Gatita.

—Lo tomo como una ofensa, Rafiq. Elegí a Gatita yo mismo y al igual que tu historia: estoy contento con mi elección ¿Siquiera se te ocurrió que un minuto en los brazos de esa puta era todo lo que necesitaba? —Caleb finalmente se rindió y sonrió—. Ella dijo que fue perfecto.

Rafiq soltó una risita y Caleb no pudo evitar reírse con él. Se habían conocido por un muy largo tiempo. Rafiq era la única persona que conocía realmente a Caleb, y a pesar de su rara y frecuentemente tensa relación, Caleb tenía que admitir que era bueno volver a reír con él. Había pasado mucho tiempo desde que se habían visto el uno al otro y sus llamadas telefónicas habían sido principalmente de negocios.

Caleb se relajó.

—Estoy seguro que fue el mejor minuto de su vida, *Khoya*.

—Estoy de acuerdo. —Caleb sonrió con suficiencia. Estaba seguro de que Rafiq estaba a punto de ofrecer otro relato gracioso cuando el anfitrión de la noche llamó a la sala por atención.

—Damas y caballeros. Esta noche, tengo un regalo especial para todos ustedes. Gracias a algunos queridos amigos, tengo recientemente la posesión de un glorioso nuevo esclavo. Está tierno e intacto, pero estoy seguro de que podrán apreciar la novedad de ver a alguien tan inexperto. —Rio entre dientes—. Además, he tenido el placer de dominarlo junto con mi esclava de hace mucho tiempo: Celia.

Un murmullo de aprobación y aplausos se propagó por la habitación. Caleb le echó una mirada a Rafiq que parecía entretenido con las payasadas de Felipe. Por su parte, estaba un poco desconfiado, después de la reacción de Gatita al ver a la chica rubia. Se preparó para lo que podría venir después.

—Mi Celia es de España, y su inglés es muy pobre. Traduciré en su nombre y ayudaré. Espero que disfruten. —Felipe movió su mano y la puerta se abrió, revelando a Celia, vestida con un ajustado corsé de cuero blanco, con medias a juego y zapatos.

Los pantalones de Caleb parecían más apretados. Celia era el prototipo de la belleza española. Su cabello era de un negro azabache y sus ojos tan oscuros, que sería fácil para alguien perderse en ellos. Su boca había sido pintada de un rojo fuerte para hacer juego con la flor en su cabello.

Su piel era una extensión cremosa que seguramente mostraría todas las marcas que cayeran sobre ella. Los pechos de Celia estaban desnudos en el corsé y sus pequeños pechos eran pálidos contra el color frambuesa profundo de sus pezones. Debajo del corsé no usaba bragas, dejando al descubierto su carne rosada al escrutinio de los ojos curiosos. Había sido azotada antes y los redondeados globos de su trasero lo demostraban. Sus medias eran de red blancas y creaban un modelo seductor mientras se abrazaban a sus muslos y piernas. Sus botas de cuero cortas eran pequeñas y delicadas con un poco de encaje en la parte de arriba. Caleb tenía que dar crédito a lo que debía, la esclava de Felipe era gloriosa. De repente se moría por ver lo que podía hacer con el látigo que tenía en su mano.

Junto a su silla, Caleb notó a Gatita paralizada también por Celia. Le acarició el cabello, silenciosamente contenido cuando se inclinó hacia él y descansó su cabeza contra su rodilla. No le pasó desapercibido que mantuviera sus manos sumisamente en su regazo.

Hubo una leve conmoción mientras dos hombres escoltaban al chico que Caleb conocía como *Kid*, a través de la puerta unos pocos segundos después. *Kid* era obviamente un hombre, no más joven que dieciocho, no más mayor que veintitrés, pero su rostro mostraba un cierto tono infantil que le había dado obviamente el apodo. Caleb estuvo de acuerdo en que había sido bien elegido.

Kid entró a la sala con los ojos vendados, atado y amordazado, pero de otra manera desnudo. Una rápida evaluación mostró que había sido golpeado, pero no tan mal como Caleb había creído. Casi como si alguien hubiera intervenido en su favor antes de que terminara como su amiga. Caleb se movió incómodamente en su asiento. Algo acerca del chico era desagradable para Caleb.

—Se parece un poco a ti —dijo Rafiq.

—Que te jodan —dijo Caleb en inglés. La cabeza de Gatita se levantó, pero volvió a caer a la rodilla de Caleb cuando la presionó suavemente.

Rafiq rió, pero no ofreció más comentarios.

Celia dijo sus palabras con autoridad:

—Pónganlo de rodillas y átenle las muñecas a sus tobillos. —Mientras que el hombre hacía lo que ella pedía, Felipe traducía y la multitud aplaudía suavemente.

Kid tembló notablemente, pero sorprendentemente, no luchó contra los dos hombres, Caleb se preguntó si era naturalmente sumiso, o si había sido brutalmente castigado por desobediencia. Esperaba que fuera la primera. Si el chico tenía algo que ver con la condición de Gatita, Caleb se encargaría de que sufriera: sumiso o no.

—Sáquenle la mordaza de su boca —ordenó Celia. Se paseó hacia Kid y recorrió sus dedos a través del cabello hasta los hombros del chico, dándole una falsa sensación de seguridad antes de golpearlo con las hebras de oro y tirarle la cabeza hacia atrás.

—¡Joder! —gritó el chico. Intentó soltarse del agarre de Celia, pero lo detuvo fácilmente con su pequeño puño apretado. Caleb estaba impresionado.

—¿Duele, Esclavo? —canturreó.

La risa se podía oír en la sala.

El chico se quedó en silencio. Detrás de su espalda sus puños estaban apretados y sus brazos tensos contra las restricciones que usaba. Celia tiró más fuerte, torciendo su cabeza de tal manera que su garganta estaba totalmente expuesta.

—Sí... Celia —susurró finalmente.

Lentamente, la música suave que se había estado escuchando empezó a desvanecerse hasta que la sala estuvo completamente en silencio. Aprovechó el momento para agudizar su enfoque, cada sonido iba acompañado por una acción. La sala por sí misma parecía convertirse en algo viviente, que respiraba, vibraba, y tenía hambre. Ni siquiera Caleb era inmune al encanto de la menuda chica dominando a alguien del doble de su tamaño.

—Muy bien, Esclavo. —La voz de Felipe era apenas un susurro cuando traducía las palabras de Celia. Caleb no requería de la traducción, pero apreciaba la voz de Felipe, baja, pero llena de autoridad, atrayendo a los otros mientras se esforzaban para escuchar cada palabra.

Celia soltó el cabello de Kid y él suspiró de alivio audiblemente. Acarició las hebras de oro por un segundo. Su público suspiró en aprobación mientras escuchaban las respiraciones desiguales de Kid.

Caleb siempre se había maravillado de ver la manera en que la inutilidad de una persona disminuía sus inhibiciones considerablemente. Seguramente, Kid estaría humillado de saber que los sonidos que hacía eran oídos e interpretados

por una sala repleta de personas que vivían para tales cosas. Caleb estaba casi avergonzado por él, o quizás sólo estaba incómodo observando.

Poco a poco, de manera seductora, Celia acarició el rostro del chico, su cuello y sus hombros. Se tomó su tiempo para persuadirlo a desearla. Kid probablemente podía oler su perfume; casi sintió su pezón hacer contacto con su rostro mientras estaba de pie frente a él, tocándolo como una amante en una habitación repleta de extraños. Cuando Celia se alejó, casi cayó en su rostro persiguiendo su aroma.

—Es muy buena —susurró de repente Rafiq en un tono silencioso. Caleb asintió de acuerdo.

Celia dio la vuelta tranquilamente por la sala, llegando finalmente a un hombre robusto, rechoncho, que llevaba un sombrero de vaquero y una corbata torera. Incluyó su cuerpo hacia él, frotando sus pezones erguidos contra su pecho sinuosamente. El hombre rió y se inclinó para intentar besar a Celia, pero en el último segundo, ella alcanzó el azotador de la mano del hombre y giró bruscamente en sus tacones, golpeando el rostro del hombre con su cabello.

La sala estalló en risas.

—Maldición, Felipe —dijo el hombre con un fuerte acento texano—. Eres un bastardo con suerte. Ve cariño, enséñale a ese chico una lección.

Celia sonrió entre la multitud y agitó descaradamente su azotador.

—Pon tu rostro en el suelo y levanta tu trasero al aire —dijo.

Kid se encogió y no se movió para obedecer, incluso después de que Felipe tradujo. La multitud chifló en desaprobación.

—¿No? —dijo Celia.

—Por favor —dijo Kid, con un lloriqueo. Y fue sin duda, un lloriqueo—. He tenido suficiente. No más.

Caleb se removió en su asiento. Acarició otra vez el cabello de Gatita y ella se movió abruptamente para sentarse entre las rodillas de Caleb, su cabeza cayó en su muslo y presionó las manos de él en sus orejas.

—Es muy atrevida, Caleb. Me sorprende que la dejes salirse con la suya con este tipo de cosas —lo regañó Rafiq en voz baja.

—Te lo dije Rafiq, no es ella misma. Deja de actuar como si nunca hubieras sido tolerante. Incluso tú, tienes tus momentos. —Con eso, el asunto estaba momentáneamente olvidado.

—¿Suficiente? Apenas he empezado. —Celia sonrió con afectación—. Y por supuesto... —dijo mientras levantaba el azotador. Esperó un momento, dejando a su público participar en la anticipación de Kid, antes de llevar el azotador a su pecho—. Olvidaste decir, “por favor, *Celia*”.

Kid gimió, mordiendo fuerte su labio mientras intentaba frotar su pecho contra sus rodillas por el dolor.

Celia agitó el azotador en el aire y lo llevó hacia abajo en la espalda de Kid y esta vez su gemido fue ruidoso y con la boca abierta.

—¿Me vas a obedecer?

—Sí, Celia —dijo el chico con los dientes apretados. La multitud aplaudió.

Caleb rió para sí mismo. Sí, era bueno estar rodeado de sus colegas. La culpa debilitante que había estado sintiendo últimamente era prácticamente inexistente. Se había evaporado y fue reemplazada por un sentimiento más familiar: la lujuria.

La cabeza de Gatita, descansaba en su muslo tan cerca de su polla que casi podía sentir su aliento en ella. Sentía la tentación de sacarla y hacer que ella lo chupara. Aún tenía que exigir ese acto particular de ella, pero sabía que no sería capaz de resistir por siempre, había follado su trasero, ¿por qué no su boca?

—Pruébalo, Esclavo, y levanta ese sexy culo al aire —ronroneó Celia.

Caleb oyó la contracción de la garganta del chico mientras se esforzaba por bajar la cabeza al suelo. Se balanceó en sus rodillas antes de lograr finalmente la posición cabeza-abajo-trasero-arriba. Lo que Celia exigió. La multitud murmuró, con emoción palpable.

Celia arrastró las largas hebras de cuero a través de la extensión desnuda de la carne de Kid. Desnudo y atado fuertemente, Kid no tenía control sobre lo que estaba a punto de sucederle. Su respiración era rápida y entrecortada y en cada una, su cuerpo se movía. Celia golpeó suavemente las puntas del azotador contra las bolas de Kid que podían ser vistas por todas esas personas sentadas o de pie detrás de él. Siseó, retorciéndose en la alfombra lo más que pudo.

—¿Te gustó eso, Esclavo?

—No, Celia.

Otro golpe.

—Eso no está bien, ¿quieres que te golpee más fuerte? ¿Cómo un hombre? —La audiencia se atolondró positivamente con la idea.

—¡No! No, Celia. Lo siento. Lo siento —suplicó Kid.

Celia levantó el azotador y azotó más fuerte al chico, hasta que perdió todo el control y sollozó en la alfombra.

—¿Cómo estuvo eso, Esclavo? ¿Lo suficientemente fuerte?

Kid apenas podía respirar, mucho menos hablar, pero luchó por conseguir sacar algunas palabras de todas maneras.

—Sí... Celia.

Caleb no creía que fuera gay, o incluso bisexual. Era un tema que pasó tiempo explorando después de dejar su vida como un prostituto tiempo atrás, pero tenía que admitir que el sometimiento de Kid era convincente. Celia también, estaba sorprendente en su enfoque.

—Lo estás haciendo tan bien, Esclavo. Sólo un poco más y te recompensaré — canturreó Celia.

Caleb oía, al igual que todos los demás en la sala, los sollozos de Kid atorarse en su pecho. Lo que Caleb no esperaba, fue la respuesta en sollozo de Gatita viniendo de su regazo.

—¿Qué pasa, Mascota? —susurró. Trazó el delicado contorno de la oreja de Gatita con su dedo, ella se estremeció.

—Todas estas personas... —se detuvo.

El sonido del azotador golpeando contra la carne desnuda hizo eco a través de la sala y estaba marcada por el gruñido de dolor de Kid. Una y otra vez, el azotador cayó contra la cada vez más enrojecida piel de Kid. Con cada golpe, él perdía más y más su porte, hasta que al final sus músculos dejaron de luchar y cesó de suavizar los sonidos que salían de él.

Caleb podía detestar el espectáculo. En algún lugar de su mente, sabía que ver a alguien conseguir esencialmente azotes debería disgustarle, pero nada podía estar más lejos de la verdad. Los azotes lo excitaban de una manera que pocas más cosas podían hacer. Su mente recordó la noche en que había azotado a Gatita. Ella había luchado, maldecido, arremetió contra él físicamente, pero al final, la tuvo en sus manos. No se había preocupado por sus sentimientos entonces y sintió que no se debería preocuparse por ellos ahora.

Se inclinó y le habló:

—Me avergonzaste antes, ¿debería desvestirte y devolverte el favor frente a toda esta gente?

Gatita soltó un grito ahogado presionando su boca contra su pierna. Negó con la cabeza fervientemente.

—No, Amo —se las arregló para decir.

—Definitivamente me gustaría ver eso —intervino Rafiq—. Por lo menos, demostraría que no te has vuelto completamente blando. —Caleb echó un vistazo a su mentor y arqueó una ceja—. Por lo menos se está dirigiendo a ti adecuadamente.

Caleb rió, ignorando la forma en que algunos de los otros invitados lo miraban. No estaba interrumpiendo a Celia. Ella tenía mucho en que enfocarse antes que mirarlo a él, o a cualquier otro que no fuera el esclavo a sus pies en ese caso.

—Lo haría, pero sé que no está preparada. Sólo me causaría más vergüenza.

—Bueno entonces, quizás deberías permitírmelo a mí —dijo en inglés.

De repente, un alboroto se extendió por la sala y ambos, Caleb y Rafiq, estiraron sus cuellos para ver más allá de los otros invitados bloqueando la vista. Caleb jadeó y sin darse cuenta, la extensión de su polla rozaba la mejilla de Gatita.

Celia, la pequeña zorra exótica, se había puesto un arnés, y sobresaliendo de su coño desnudo, estaba uno de los más grandes consoladores que Caleb nunca había visto. Ella dejó que el público lo admirara, esperando a que el sonido se extinguiera antes de ir más lejos.

Kid, aún con los ojos vendados, estaba rígido con aprensión. Trataba, sin éxito, de hacerse una bola; como si pudiera meterse en su interior profundamente y hacerse desaparecer. Todo lo que consiguió fue aumentar la lujuria colectiva de su público voyerista.

—Empújenlo hacia atrás. Quiero verlo sentado sobre sus talones —dijo Celia y los hombres acomodaron al chico.

El rostro de Kid lucía rojo brillante y bañado en lágrimas. Su pecho, a diferencia de su espalda, mostraba una franja roja en relieve del azotador.

—Abre tus piernas, Esclavo —dijo Celia.

Kid sollozó severamente, su pecho temblaba por el esfuerzo, pero cumplió.

—Has sido un muy buen chico, Esclavo. Creo que te has ganado un regalo. — Celia arrastró lentamente el azotador a través de la polla y las bolas de Kid.

La respiración de Kid se detuvo de una, y no volvió hasta después que Celia había hecho unos pases con el cuero suave.

Lentamente, su polla empezó a agitarse, creciendo a pesar de la vergüenza y la humillación. A pesar del hecho que su público observaba con gran expectación el momento, Celia usaría el consolador en él. Pese al hecho de que él posiblemente no sabía que iba a suceder a continuación.

Celia siguió persuadiendo a la erección de Kid, yendo tan lejos como para bajarse en sus rodillas y golpearlo con su mano. Kid gimió cuando su carne sensible fue expertamente acariciada. Aparentemente había olvidado el azotador, no sabía nada acerca de la polla de Celia, y su cuerpo se balanceó hacia ella lentamente. Hacia delante y hacia atrás, siguiendo sus dedos y lloriqueando cuando no iba lo suficientemente rápido para adaptarse a él.

—Goloso, Esclavo —dijo Celia—. Yo también, y no creo que te hayas ganado tu regalo todavía. —Se puso de pie y Kid contuvo su respiración de nuevo. Lentamente, Celia puso su pezón regordete en los labios de Kid. Era valiente, considerando que el chico la podía morder, pero Celia parecía despreocupada con tales cosas—. Chupa.

Kid abrió su boca y aceptó el pezón de Celia. Gimió, fuerte y descaradamente. Su polla se sacudió en el aire. El dolor parecía ser un recuerdo para él mientras se aferraba y chupaba en largos y hambrientos tirones que la hacían jadear y juntar su boca.

—¡Sí! —gritó Celia, y no requirió de la traducción por parte de Felipe—. Chupa más fuerte.

Kid, obligado, solamente alejó su boca para respirar y de vez en cuando para cambiar de pecho, lo que Celia aceptó con placer.

Finalmente, el momento había llegado y obligó a la cabeza de Kid alejarse con un fuerte chasquido. Sus pezones estaban rojos brillantes y grandes por haber sido chupados tan fuerte, pero ella no pareció darse cuenta o importarle. Agarró su polla de goma y la llevó a la boca de Kid.

—Ahora, chupa esto.

Kid, claramente sintiendo algo extraño, se echó hacia atrás y giró su cabeza.

—No, Celia. Por favor, no.

Celia no se molestó en responder, levantó el azotador y lo golpeó en su pecho con tanta fuerza que hubo dolor colectivo en la habitación. Kid trató de doblarse, pero los hombres lo sostuvieron.

Caleb se preguntó cómo sería si dejara a una mujer azotarlo. A parte de Rafiq, nadie se había atrevido a golpearlo y había salido con vida después de Teherán. Sí, Rafiq lo había castigado los primeros años, cuando necesitaba todavía recordar que había sobrevivido. Había pasado más de una década, desde que Caleb había estado en el otro lado de la sumisión de cada encuentro.

—¡Chúpalo! —repitió Celia. Esta vez, Kid abrió la boca y dejó que Celia lo follara con el enorme falo.

La sala se llenó de una risa ocasional cuando Kid se atragantaba, pero aun así, era evidente que estaban lujuriosos. Una mirada alrededor de la sala revelaría a algunos de los Amos que habían decidido hacer uso de las bocas de sus esclavas, imitando los movimientos de Celia y empujando sus muy reales pollas dentro de las bocas voraces de las esclavas a sus pies.

Caleb miró a Gatita. Ella había abandonado su búsqueda de no mirar u oír lo que sucedía a su alrededor y estaba observando abiertamente a los otros fornicar. Caleb alcanzó su mano y la presionó suavemente contra su erección. Su polla brincó cuando sus grandes ojos se clavaron en los suyos. Él esperaba que ella tratara apartar su mano, pero sintió sus dedos apretados alrededor de él a través de la tela de sus pantalones.

—Parece que a ella le gustas. Debo ser yo el que no le importa —dijo Rafiq irónicamente.

—A diferencia de algunos, ella tiene gusto —respondió Caleb. Lentamente levantó sus caderas y se presionó más en la mano de Gatita. Recordó la ducha, la manera en que ella había deseado ansiosamente complacerlo. Quería eso otra vez. Quería a Livvie. El pensamiento lo llevó de vuelta al momento y se quedó quieto con la mano de Gatita en su erección. Ella lo miró.

¿Hice algo mal? Preguntaban sus ojos. Caleb negó con la cabeza, pero sacó su mano.

—¿Tímido, Caleb? ¿De verdad? Tú de entre toda la gente —dijo Rafiq, burlándose.

—Vete a la mierda —dijo Caleb, en un tono agradable.

—Suéltenlo —dijo Celia y una vez más, atrayéndolos a él y a Rafiq de vuelta a la escena delante de ellos. Mientras los hombres trabajaban para desatar a Kid, Celia se contoneó fuera de su consolador con correa y parecía que se preparaba.

La sala estaba tensa mientras Kid ansiosamente intentaba soltarse cada vez más rápido. Sin embargo, una vez que estaba libre de las cerraduras, permaneció en sus rodillas y con los ojos vendados frente a Celia. Su polla aún estaba dura, lo que era impresionante dadas las circunstancias.

—¿Crees que fuiste bueno, Esclavo? —La voz de Celia había bajado a un susurro que Felipe imitó tan bien como pudo.

—¿Sí, Celia? —contestó Kid.

—Estoy de acuerdo. Fuiste muy bueno, por primera vez. ¿Te gustaría follarme?
—Kid se sacudió cuando Felipe repitió las palabras para que entendiera y aunque él no parecía no ser capaz de decir una respuesta verbal, la multitud fue testigo de su polla subiendo y bajando mientras se llenaba completamente. El

líquido pre-seminal brotó en abundancia de la punta—. Bueno, Esclavo, ¿quieres follarme o no?

Kid asintió con la cabeza y balbuceó su respuesta.

—S-S-Si, Celia.

Celia se puso frente a Kid y levantó sus brazos para ponerlos alrededor de ella. Kid dejó salir un sonido de necesidad y machacó ávidamente la carne que se le ofrecía.

—Entonces, fóllame —dijo Celia.

Sin más, Kid saltó encima de Celia, arrojándola al suelo con una fuerza brutal. Celia gritó en abandono, pero no hizo ningún intento para detener a Kid de hacer lo que él quería. Sus caderas fueron hacia atrás por un momento y luego hacia delante, salvajemente, dentro del coño de Celia. Ella gimió mientras golpeaba contra ella.

Celia gimió, arqueando su espalda y abriendo sus piernas lo más que podía, entregándose al hombre que la machacaba *¡Sí, mi amor! Es todo para ti...*¹²

Sí, mi amor. Es todo para ti.

Kid buscó ciegamente el pezón de Celia y finalmente se metió uno en su boca. Lo chupó, en brutos y violentos tirones. Sus caderas se movían como un pistón. De hecho, el chico parecía violento en su necesidad de correrse y por la manera en que se agarraba a Celia, estaba claro que iba a luchar contra cualquiera que intentara detenerlo.

Finalmente, Kid dejó salir un sonido mejor reservado para un animal moribundo y empujó dentro de Celia una última vez. Mientras la multitud aplaudía y aclamaba, el chico se estremeció y colapsó encima de Celia.

Caleb rápidamente se excusó, ayudó a Gatita a ponerse de pie y salió de la sala buscando desesperadamente al mayordomo y su habitación.

¹² En español en el original.

Capítulo 10

Matthew tragó saliva en su seca garganta. Si no la conociera mejor, pensaría que Olivia tenía algún tipo de habilidad telepática. Se quedó quieto en la incómoda silla y trató de no llamar la atención sobre la furiosa erección que tenía.

Los ojos de Olivia estaban fijos en los de él, pero su mirada parecía moverse a través de él y más allá, a un lugar que no podía ver. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero cualquiera que fuera la razón, Matthew dudaba que tuviera mucho que ver con la historia. De hecho, ella lo había contado con algo de cariño, lo que él encontraba perturbador dada la situación.

Inesperadamente, la imagen de una joven mujer, vestida con cuero blanco y con un enorme consolador apareció en su mente pisándole los talones, se preguntó cómo sería verse obligado a chuparlo frente a una sala repleta de extraños. La erección de Matthew latía furiosamente, y no era la primera vez, estaba avergonzado. Suspiró, decepcionado consigo mismo, y cruzó su tobillo sobre su rodilla para esconderlo mejor.

Hizo click con su bolígrafo un par de veces porque sus dedos estaban ansiosos por hacer algo y luego escribió nombres: *'Kid', Nancy y Celia (Se desconocen apellidos)*.

—Entonces, esa fue la noche en que conociste a Rafiq y Felipe. ¿Sabes qué sucedió con Kid o Nancy? ¿Cómo terminaron en la casa? ¿Caleb los secuestró, también?

Olivia frunció el ceño, pero parecía incapaz de dejar de mirar al espacio el tiempo suficiente como para mirarlo a él. No podía darle sentido a sus sentimientos hacia su captor, pese a saber lo común que era. Simplemente no parecía haber nada allí que valiera la pena preocuparse en lo que a Matthew se refería. Sin embargo, admitía que había mucho sobre Olivia digno de admirar. Ella había pasado los últimos cuatro meses en compañía de secuestradores, violadores, asesinos, traficantes de drogas, y tratantes de personas, pero de alguna manera había mantenido una cierta ingenuidad y fuerza triunfal, que aparentemente, no podían ser despojadas de ella.

—No sé qué sucedió con ellos. La última vez que los vi, estaban vivos. Kid probablemente está bien, a Felipe realmente le gustaba. Nancy...no lo sé. Tal vez todavía esté con Rafiq —susurró sin pestañear.

—¿Está bien, señorita Ruiz? —preguntó Matthew. Finalmente su erección estaba empezando a decaer y podía enfocarse en sus preguntas.

La chica parpadeó al fin y como resultado cayeron grandes lágrimas por sus mejillas.

—Estoy bien, Reed. Es sólo... no importa. —Lo miró y trató de sonreír, pero fue un esfuerzo débil y los dos lo sabían.

—Cuénteme. Sé que no soy Sloan, pero he visto mucho, señorita Ruiz. —Matthew sonrió cuando ella finalmente dejó que su sonrisa llegara a sus ojos.

—Sloan. No sé cuál es su acuerdo. Siempre es buena conmigo, pero me molesta por alguna razón. No creo que sea falsa, pero sólo que hay más de ella de lo que muestra. Quiero decir, trabaja para el FBI, como usted. Sólo que ella no es como usted, en absoluto.

—¿Y cómo soy yo? —preguntó Matthew.

Ella giró sus ojos. —Es usted un imbécil, Agente Reed.

—También usted es una clase de imbécil, señorita Ruiz, —dijo Matthew secamente.

Ella rio.

—Ohh, eso es tan dulce —dijo Olivia, burlándose un poco, pero volvió a reír sin restricciones, casi como una niña sin ningún problema.

—Entonces, no le gusta Sloan, —reformuló—. ¿Por qué?

—No dije que no me gustara. Usted siempre está poniendo palabras en mi boca —reprendió—. No crea que no me di cuenta de que implicó a Caleb por el secuestro de Kid y Nancy. Él no pudo haberlo hecho, estaba conmigo ¿recuerda?

Matthew sonrió con ironía y negó con la cabeza. —No lo impliqué, señorita Ruiz. Hice la pregunta. Ese es mi trabajo. Además, los dos sabemos lo que hizo. Tal vez no lo hizo por sí solo, pero estuvo allí y lo ordenó. De todas formas, añadir más secuestros a la lista de cargos contra él difícilmente hará una diferencia.

Olivia se quedó callada por un largo tiempo pensando después de eso, Matthew asumió.

—Habla sobre él como si estuviera vivo, Reed y le dije que no lo está. —Sus ojos se volvieron a llenar de lágrimas no derramadas, y era difícil para Matthew no verse afectado. Sin importar lo que pensara de Caleb, Olivia claramente se sentía muy involucrada con él.

—¿Por qué le importa tanto, señorita Ruiz? —demandó. No lo entendía y le molestaba más de lo que debía—. Él fue terrible con usted. Las cosas que le hizo. No me diga que quería esas cosas. No puedo creer que las quisiera.

Olivia volvió a mirar hacia la nada, pero habló a través de sus lágrimas.

—Un montón de cosas malas le pasaron a él también, Reed. Su espalda estaba cubierta de marcas de latigazos y me contó que era muy joven cuando alguien le hizo eso.

Matthew no pudo contener la burla, Olivia parpadeó y le frunció el ceño.

—No soy estúpida, Reed. Sé que la mierda que hizo conmigo fue horrible, la viví, joder. Pero le estoy diciendo que los monstruos no nacen, se hacen, y alguien hizo a Caleb. Alguien lo golpeó, alguien le hizo terribles cosas, y la única persona que lo ayudó, Rafiq, lo hizo un asesino. Él no tuvo a alguien como usted, o Sloan, o a al maldito FBI para ayudarlo. Tuvo que sobrevivir a todo por sí mismo y aun así, aunque no puedo perdonarlo, lo entiendo.

—¿Está tratando de decirme que era un monstruo con un corazón de oro? —dijo incrédulo—. Vamos, señorita Ruiz, ¿de verdad?

La ira brilló en su rostro.

—No hay una marca permanente en mí, Reed, ni una sola. Y no sabes cuántas veces él estuvo allí para sostenerme cuando iba a desmoronarme. Es un monstruo —sollozó—, sé que lo es. Lo sé, y... ya no me importa.

Las mujeres llorando lo privaban de acción. Le recordaban demasiado a su madre biológica acostada en el sofá, temblando y suplicándole una manera de conseguir más droga para ella. Tenía pánico en momentos como ese, sabiendo que si llegaba Greg a casa y la encontraba, la golpearía y luego volvería su ira hacia él. Sólo tenía siete años, y ya sabía cómo perderse por un tiempo. Agarraba su abrigo, besaba a su madre, prometiéndole que regresaría con la medicina y luego se iba. Había una mujer mayor, la Sra. Kavanaugh, que vivía a unas manzanas de distancia. Cuando las cosas se ponían mal, se quedaba en su casa, comiendo galletas y mirando programas de juegos hasta que su madre o Greg iban a buscarlo.

Su madre había sido una mujer débil, una drogadicta que le importaba más ser amada por un hombre abusivo que hacerlo por su propio hijo. Matthew había tratado por años de ayudar a su madre a rehabilitarse, pero al final no podía parar de usarlas. Una noche, ella estaba demasiado volada para defenderse, y Greg la golpeó hasta la muerte. Matthew no había estado en casa, había salido con sus amigos, y cuando llegó la encontró, fría y quieta.

Matthew tenía trece años y se fue a vivir con la hija de la Sra. Kavanaugh, Margaret, y su marido, Richard Reed. Greg se suicidó en lugar de ir a prisión

por asesinato, y Matthew nunca había superado la injusticia de eso, a pesar del hecho que su vida había mejorado drásticamente después. Margaret y Richard fueron sus verdaderos padres en lo que a él le concernía. Trataba de no pensar en esas otras personas.

—Cosas horribles le suceden a un montón de personas, señorita Ruiz. No todos se convierten en monstruos —dijo.

—No, pero el mundo está repleto de personas que lo hacen. Es como esos niños en África que se les enseña cómo usar ametralladoras y a matar. Algunos de ellos apenas pueden levantar las armas, pero son asesinos. ¿Qué pasa con ellos, Reed? ¿Lo hace responsables? ¿Los encerraría bajo llave o los sacrificaría? —se secó los ojos.

—Eso es diferente, y lo sabe. El continente entero está lleno de disturbios civiles y son gente como Muhammad Rafiq, Felipe Villanueva, y sí, incluso Caleb, los que reciben a esos niños y los hacen adictos a la cocaína y luego les enseñan a matar. Tomo a esa gente como responsable.

—¿Qué pasa cuando uno crece? ¿Qué sucede cuando uno sobrevive el tiempo suficiente para volverse adulto? ¿Los puede culpar por hacer la única cosa que saben? —hizo una pausa y respiró, su ira le hacía temblar. Él lo podía ver en su rostro. Quería pegarle—. ¿Cree que dentro de diez o veinte años, me voy a sentir normal o voy a ser normal o voy a tener una vida normal, como usted?

Matthew dejó salir un suspiro exasperado.

—No lo sé, señorita Ruiz. No tengo ese tipo de respuestas. Está mal, lo que le pasó a esos chicos, pero eso no les da el pase libre cuando sean adultos a violar o asesinar sólo porque han estado haciendo eso desde jóvenes. Tampoco justifica sus acciones el que hayan tenido una infancia jodida.

—¿Entonces... qué? ¿Que se jodan? —Desafió, con ojos salvajes—. ¿Es lo mejor que puede hacer?

Matthew se encogió de hombros.

—No veo la comparación, señorita Ruiz. Incluso si lo hiciera, me está diciendo que si uno de esos niños le apunta con un arma, si uno de ellos la viola ¿Estaría dispuesta a perdonarlo? Porque no creo que yo tenga tanta compasión. Cualquiera que me apunte con un arma va a ser derribado. No me importa si es una jodida niña exploradora.

Olivia rió sin humor. —Está usted jodidamente mal, Reed. Eso es exactamente lo que Caleb diría. —Ella lo consideró por un momento—. Es diferente de Sloan; ella nunca diría algo así.

Matthew se encogió de hombros, tratando de encontrar su calma. La conversación se había salido de control, y realmente, no era necesario. —Digo las cosas como son y créame, no es la primera persona que lo encuentra molesto.

—Hablando de... ¿Por qué le dijo a Sloan que le besé?

—Porque lo hizo. La Dra. Sloan habría preguntado y es irrelevante para mí, pero importante para ella.

Ella puso los ojos en blanco otra vez. —Solo quería distraerle. No me habría dado la maldita foto de Caleb, y la quería. Ahora Sloan piensa que soy una especie de perversa sexual que intenta seducir a imbéciles agentes del FBI que quieren disparar a niñas exploradoras.

Matthew sonrió a pesar de sí mismo:

—Bueno, ¿y no lo es?

—Dígame que está bromeando. —Lo miró sorprendida, incluso con una expresión cómica en su rostro—. Nadie es tan egocéntrico.

—Estoy bromeando. Y sí soy tan egocéntrico.

Ambos se rieron amigablemente, pero la conversación estaba lejos de terminar y le correspondía a Matthew volver a sacarla a colación, pero quería darle a Livvie el tiempo para llegar allí.

—Todavía no ha contestado a la pregunta, ¿por qué le importa tanto Caleb?

Ella suspiró por eso, su mirada parecía estar lejos. Cuando habló, su tono era suave y algo melancólico.

—Solía hablar conmigo por la noche. Era como si la oscuridad nos permitiera ser nosotros mismos, para dejar de lado el hecho de que era mi secuestrador, y el hombre responsable de todas las cosas que me sucedían durante el día. Pero tiene usted que entender, por todas las cosas malas que Caleb hizo, también me protegió a su manera. Hubiera sido mucho peor sin Caleb.

—Esa noche, después que Celia hubiera azotado a Kid frente a todos, Rafiq trató de separarnos. Quiso que me quedara en su habitación y yo estaba aterrorizada de que Caleb dejara que ocurriera. Había visto lo que Rafiq le había hecho a Nancy. Todavía podía oír sus gritos en mis oídos y sentir sus manos agarrarme. No quería terminar como ella. Caleb se negó. Dijo que yo gritaría durante horas si estuviera separada de él. Dijo que era un peligro para mí misma y que Rafiq no me conocía lo suficientemente bien como para saber lo que necesitaba. Le había dicho todo eso en inglés, y en el momento en que Rafiq estiró el brazo hacia mí, empecé a gritarle “*sangriento asesino*” hasta que Caleb me levantó en sus brazos. Incluso lancé algunas palabras febrilmente incoherentes,

aferrándome a él y rogándole que no me dejara ir. No tenía que hacer mucho esfuerzo para ser presa del pánico. Tenía pánico.

—Caleb acarició mi cabello y lentamente me relajé en sus brazos hasta llegar tan lejos como para ‘desmayarme’. Tal vez fue un poco exagerado, pero funcionó. Felipe le había pedido perdón a Caleb, por no haberle ofrecido mostrarle su habitación antes y llamó al mayordomo para que nos llevara a la habitación de Caleb. —Livvie rio suavemente mientras le contaba la historia y Matthew se tuvo que preguntar si su sentido del humor había sido siempre tan oscuro o si era un efecto secundario de su tiempo en compañía despiadada.

—¡Oh! —exclamó Olivia de repente—, recuerdo algo. Felipe le contó a Rafiq que el barco llegaría en cuatro días y le preguntó si estaría yendo a su encuentro, o si tenía planeado quedarse y mandar a alguien más para que se encargara.

Matthew se inclinó hacia delante, su bolígrafo yacía sobre su bloc de notas, —¿Dijo esto en frente de usted?

—Pensó que yo estaba inconsciente. No sé si es importante. Fue hace un mes, así que el barco obviamente ya ha llegado y se ha ido, pero lo recuerdo porque me preguntaba si estábamos cerca del agua y si iba a estar en un jodido barco.

—Claramente, eso no sucedió —dijo Matthew, afirmando lo obvio.

—No, pero usted no me preguntó si ocurrió. Me dijo que le dijera todo lo que recuerdo —dijo ella.

—Entonces ¿qué pasó?

—No lo sé, pero Rafiq se fue unos días después, así que supongo que fue a encontrarse en el barco con quien quiera o lo que sea que fuera.

Probablemente drogas, pensó Matthew, y tomó nota de mirar en otras ciudades cerca del agua y de sus referencias cruzadas con su lista de instalaciones militares en Pakistán. También tendría que llamar a la Agencia Federal de Investigación de Pakistán. LA FIA¹³ probablemente sabía algo; se lo estaban guardando para no admitirlo y contárselo.

—¿Cualquier otra cosa que pudiera ser útil? —preguntó.

—No que pueda pensar ahora mismo. Además, le estaba contando sobre mí y Caleb.

¹³ **FIA:** *Federal Investigation Agency* o *Agencia Federal de Investigación*, es una agencia de Pakistán, dependiente del Ministerio de Interior, que sirve como cuerpo de investigación criminal federal. Combate el terrorismo, fascismo, corrupción, tráfico ilegal de personas, infracciones de copyright, de forma similar al FBI en los EE.UU.

Matthew puso los ojos en blanco. —Bien. Parece estar ayudándola a recordar cosas, pero por favor, trate de mantener las cosas sexuales a un mínimo. Realmente no necesito oír golpe-tras-golpe.

Olivia sonrió.

—¿Eso fue un juego de palabras, Reed?

—Difícilmente, sólo una pobre elección de palabras, —reconoció. La imagen que se le había hecho de Celia empujando ese consolador en la boca de Kid, lo atacó una vez más. Sacudió su cabeza y desapareció. Deseó nunca haber oído esa historia. No era el acto lo que él encontraba culpablemente intrigante, sino la autoridad detrás de él. A Matthew no le importaban las mujeres sumisas, pero sin duda, tenía algo por las dominantes. Y en los lugares más escondidos de su mente, sabía por qué.

—¿Va a escuchar de verdad? ¿Tratará de ver las cosas como yo las veo? —pidió seriamente.

El estómago de Matthew dio un extraño vuelco con el tono de voz suplicante. Ésta era la parte de su trabajo que odiaba. Le gustaba resolver el rompecabezas, reconstruir el caso y encontrar a los criminales, pero esta parte, tratar con las víctimas y sus múltiples personalidades y experiencias, la mayoría de ellas trágicas, no lo podía soportar. Podía tolerar a Olivia más que algunas otras personas que había interrogado. Ahora ella no era más un caso perdido, parecía hecha de un material más fuerte, pero aún estaba en el limbo extraño entre víctima y sospechosa. Aún.

—No sé si esa es una promesa que pueda hacer, señorita Ruiz. Puedo prometer que voy a escuchar. Puedo prometer que haré mi trabajo. Incluso puedo prometer ayudarla tanto como sea capaz. Pero no puedo prometerle que veré las cosas de la manera en que usted lo hace.

Los hombros de Olivia se desplomaron, pero asintió con la cabeza por mucho tiempo más del que necesitaba, perdida de nuevo en el espacio. Cuando habló, parecía estar hablándole a la habitación con Matthew como un mueble. Sus palabras no eran para él y ambos lo sabían.

—Me imaginé que diría eso. Tiene sentido supongo. Es sólo... que no creo que alguien lo vaya a ver de la manera en que yo lo hago, Reed. Nunca nadie lo va a entender. Si esto nunca termina, todos van a pensar que estoy loca. Que soy joven y no sé de lo que estoy hablando. Que soy una víctima y que mis sentimientos son el resultado de mi trauma. Creo que eso duele más. Viví todo eso. Vi, sentí y experimenté más de lo que la mayoría de la gente experimenta en un verano, ¿pero al final? Sólo soy una chica que nadie va a entender nunca. Hay tantas cosas de mí que no volverán a ser lo mismo.

—No quiere oír sobre cosas sexuales. Lo sé. Sé lo inapropiado que es sentarse aquí y contarle a un completo extraño sobre gente atada y azotada, incluso follando frente a mí. Pero... tengo que decírselo a alguien. A alguien que no me haga sentir como un bicho raro. A alguien que no me analice como Sloan lo hace.

—Ella no quiere hacerme sentir como un bicho raro, no a propósito. Es cuando dice que me siento atraída por usted, porque es un hombre fuerte, como Caleb. Cuando dice que le besé porque el sexo es la manera en que he estado condicionada para salirme con la mía, que todo es psicológico, y es porque Caleb me jodió la cabeza. No puedo soportarlo. No puedo tener todo lo que siento, reducido en una descripción de libro que se ajusta a mí, y otros millones de idiotas destrozados. Más que eso, no puedo soportar pensar que tal vez... ella tiene razón.

—Tal vez no amo realmente a Caleb, tal vez mi cabeza lo inventó todo para que así no me mate o me sienta tan asustada o sola. Tal vez, acepte eso algún día y no sea capaz de dejar de tener pesadillas. Tal vez nunca confíe en otra emoción que tenga alguna vez de nuevo. ¿Quién va a amar a una chica así, Reed? ¿Quién alguna vez va a amar a un bicho raro como yo? —se desplomó en la cama y se hizo un ovillo, llorando y meciéndose.

El corazón de Matthew golpeaba agitadamente como un tatuaje en su pecho. No sabía qué hacer para que parase de llorar. No la quería tocar, parecía algo incorrecto. ¿Un abrazo? No, tampoco. Deseaba que Sloan estuviera aquí. Ella era la trabajadora social. Era su trabajo tratar con toda la mierda sensible. Recordó que a Olivia no le importaba eso.

—Alguien la amará, señorita Ruiz. Incluso si es usted una imbécil.

—Váyase a la mierda, Reed —sollozó.

Él rió, —también es encantadora.

—Es un cabrón, ¿lo sabía?

—Sí, —dijo naturalmente.

—¡Dios! ¿Por qué estás tan mal de la cabeza? —se sentó y lo miró.

—Todos estamos hechos una mierda y todos somos bichos raros a nuestra manera.

—¿Cómo lo sabe? —respondió sollozando y mirándolo—. Probablemente tenía una vida de ensueño en los suburbios. Sin problemas. Sin preocupaciones. Una vida perfecta.

Le lanzó una mirada inexpresiva. —Abusaron de mí de niño. Militantes africanos me obligaron a inhalar pólvora y cocaína y arar pueblos con mi Uzi¹⁴. Sienta lástima por mí y deje de llorar porque nadie la amará —sugirió con calma. Su expresión de asombro no tenía precio. Le lanzó una mirada de nivelación y suavizó su voz. —Es usted joven, fuerte y para colmo es una cabrona. Con su inteligencia, va a estar bien. No deje que nadie le diga lo contrario. Ni siquiera usted.

La expresión de Oliva se suavizó y después de un rato, le mostró una pequeña sonrisa. —Supongo que tiene razón Reed. Nadie nunca le va a amar, pero está usted bien.

Le dio una sonrisa irónica:

—Gracias, señorita Ruiz. Recordaré eso cuando me suplique empatía.

Ella suspiró.

—¿Podemos terminar por hoy? Estoy verdaderamente cansada. Hablar con usted me saca un año de mi vida.

—¿Quiere que apague las luces? ¿La oscuridad la ayudará a confesar? —dijo, y sólo estaba medio bromeando.

—Chistoso.

—Lo intento —dijo—. Volveré mañana. —Hizo una pausa, y se puso a su nivel—. Mire, estamos cortos de tiempo, señorita Ruiz. Tenemos que llegar a la subasta y usted es nuestra mejor esperanza para rescatar a las otras, como usted, Nancy, Kid, Celia. Todas ellas. No quiero que pierda eso de vista. La escucharé, incluso intentaré ver las cosas desde su perspectiva, pero al final del día... está a salvo. Otros no tienen la misma suerte.

Ella asintió con la cabeza, solemnemente.

—Lo sé, Reed. Créame, lo sé. Yo tampoco quiero que esos malditos bastardos se salgan con la suya. Realmente no lo quiero.

—Eso espero, señorita Ruiz. Duerma un poco.

Matthew se levantó y recogió sus cosas, recordando apagar la grabadora y meterla dentro de su chaqueta donde no se podía perder.

Salió del hospital y decidió regresar a la oficina por un par de horas. Aún era relativamente temprano y las oficinas de Pakistán estarían abiertas. Tenía que hacer algunas llamadas.

¹⁴ **Uzi:** Es un subfusil de origen israelí.

De vuelta en la oficina, se puso en contacto con la FIA y preguntó si tenían alguna información sobre una subasta de esclavos que tuviera lugar en los próximos días. Como predijo, los agentes de la FIA no estaban contentos de recibir una llamada del FBI, pero después de entretener las palabras claves comunes de amenaza-persuasión en su tono de voz más cortés, a regañadientes le dijeron que iban a investigar y a pasar cualquier información.

—Por favor mantengan un ojo en los aeropuertos privados de las personas de alto perfil que entren al país: multimillonarios, jeques, cualquier persona con un montón de dinero y poder. Especialmente, si tienen cualquier vínculo con el crimen organizado, incluyendo armas, drogas y trabajo humano.

—No nos tiene que decir cómo hacer nuestro trabajo, agente Reed —dijo el agente en la otra línea. Su acento era sudafricano—. Somos muy capaces de reunir información sin el gobierno estadounidense.

—Entonces esperaré una llamada de sus hombres, ¿en un par de días? —provocó Matthew.

—Un placer, agente Reed. Mantendremos un ojo en Demitri Balk o cualquiera que viaje bajo el nombre de Vladek Rostrovich —la línea se cortó.

—Capullo —gruñó Matthew. Presionó el teléfono para hacer otra llamada. Bajó la vista a una lista de agencias del gobierno en Pakistán y además llamó a la oficina a cargo de PACHTO. La norma para la Prevención y Control de la Trata de Personas llevaba en vigor sólo desde el 2002, pero había ganado terreno. Era difícil conseguir a alguien que hablara inglés, pero después de unas pocas llamadas finalmente se puso en contacto con un lingüista que trabajaba allí.

Fue un poco después de las ocho cuando Matthew decidió que había hecho todo lo posible por esa noche. Juntó sus pertenencias, incluyendo su grabadora, y se dirigió al hotel. No podía dejar de pensar sobre la historia de Olivia. No podía dejar de pensar en Celia.

En el momento que había llegado a su habitación, puso su maletín sobre la mesa, vació sus bolsillos, apiló cuidadosamente la calderilla en monedas según su valor y las colocó en una fila por tamaño. Puso sus llaves, billetera y reloj sobre la mesa, y colgó su abrigo, se le había metido en la cabeza escuchar la maldita grabación de la que no podía dejar de pensar. Ya estaba tan duro que apenas podía sentarse para quitarse los zapatos y calcetines. Se apresuró en su proceso, impaciente de quitarse la ropa y tocarse a sí mismo.

Finalmente, terminó de colgar su ropa y todo lo que quedaba era su ropa interior, formando una tienda de campaña con su vergonzosa erección. Por lo general, no tenía ningún problema en hacerse una paja. Sin embargo, eran las circunstancias que lo rodeaban las que lo hacían sentirse culpable.

—Eres un enfermo hijo de puta — susurró Matthew, pero cedió y se sacó su ropa interior por sus piernas y la puso en la cesta para lavar. No se molestó en ducharse, estaba demasiado necesitado. En su lugar, tiro del cubrecamas y se arrojó sobre las sábanas frescas de la cama. Alcanzó la grabadora sobre la mesa de luz y rebobinó hasta la entrada de Celia. Su polla saltó. Cerró los ojos y puso su mano sobre su carne caliente mientras la voz de Livvie llenaba la habitación.

Matthew no fue amable consigo mismo. No le gustaba suave. Agarró su polla como si fuera una especie de enemiga y se la apretó hasta hacerse daño. Margaret y Richard fueron buenos padres: amables, amorosos y cálidos. Tomaron a un niño dañado cuya madre había sido asesinada y le dieron una gran vida, pero no podían borrar su memoria. No podían despojarlo de la oscuridad. No podían hacer que dejara de gustarle eso.

Matthew recorrió con sus uñas su pecho, a la altura de su tetilla, lo suficientemente fuerte como para hacer una mueca de dolor, y movió sus caderas hacia su puño.

Levantó el azotador sobre su cabeza y lo llevó fuerte contra el pecho de Kid. Él gritó, doblándose, y cuando esos hombres lo levantaron, había una rabiosa franja roja en su pecho. Kid sollozó...

Matthew se imaginó a él mismo en el lugar de Kid, avergonzado de que la imagen fuera tan excitante, tan terriblemente correcta, pero Matthew tenía lágrimas en sus ojos porque sabía que estaba mal. Estaba mal oír la voz de Olivia. Estaba mal oír la miseria de Kid. Estaba mal. Mal. ¡Mal!

Matthew se corrió. Fuerte. Su corrida roció su pecho, haciéndole arder su piel marcada, y aun así, fue glorioso. Jadeó en voz alta, a solas en la oscuridad, escuchando la voz de Olivia. Su otra mano, la que no estaba cubierta con la corrida, agarró la grabadora y la apagó.

Al final eso ya ni siquiera importaba. Se estaba poniendo duro de nuevo. Había pasado un rato cuando se permitió correrse y su polla no iba estar feliz con una sesión de paja rápida. Se negó a escuchar la grabación de nuevo. Se negó.

Salió de la cama y se metió en la ducha para enjuagarse. Había un club. Siempre había un club. Y no importaba cuanto intentaba Matthew no buscarlos, siempre lo hacía. Era constantemente consciente de dónde podría ir para encontrar lo que le exigía su subconsciente.

Fuera de la ducha, se puso rápidamente un par de jeans y una camisa abotonada. Nada negro, nada que sugiriese que era dominante. Odiaba cuando las sumisas ansiosas se sentaban a su lado, pensando que nada le gustaría más que ponerlas sobre sus rodillas. Siempre las despedía y se iban con lágrimas, avergonzado de que no les pudiera dar lo que querían. Lo había intentado. Había intentado ser ese tipo. Siempre terminaba mal.

Capítulo 11

Día 10:

Matthew se despertó dolorido. Le dolía todo. Lentamente flexionó su cabeza hacia delante y gruñó cuando el dolor le abatió en la parte trasera del cuello y se asentó entre sus hombros. Renqueó y se cayó de nuevo sobre el colchón. Iba a ser más difícil de lo que creía.

Con cada segundo que pasaba, más recobraba su conciencia y pronto su corazón alcanzó un ritmo frenético. Había salido la noche anterior.

—¿Matthew? ¿Eres tú?

Matthew gruñó. No. No, no, no, nooooo. Apretó fuerte su cara contra la cama que tenía debajo. Se dio cuenta de que su polla estaba dura. No era una erección matutina. Estaba recordando.

Estaba sorprendido de oír una voz familiar. La voz de ella.

—¡Joder! —refunfuñó por lo bajo. ¿Cómo iba a manejar esto? ¿Cómo podría explicarlo?

¡Cualquiera! Cualquiera otra persona habría estado bien. No, tenía que ser ella la que se sentaba a su lado cuando finalmente reunió el coraje de girarse en su taburete.

Llevaba su pelo rojo suelto; suaves ondas caían en cascada por su espalda. Vestía una camisa blanca que la envolvía alrededor de la cintura y se ataba a la espalda. Su escote se asomaba un poco, lo suficiente para hacer que un hombre tuviera curiosidad, pero no lo bastante como para exponer lo que ocultaba bajo su camisa ajustada. Una falda de cuero negro a medio muslo y tacones con tachuelas de metal completaban el atuendo.

La cara de Matthew estaba ardiendo, sus mejillas coloreadas por la vergüenza. Especialmente cuando recordó la forma en que había intentado explicar su presencia.

—Necesitaba una copa.

—Oh, lo entiendo, créeme. Yo no bebo cuando juego, de todas formas, —dijo ella con indiferencia.

Matthew se había preguntado cómo coño podía ser tan indiferente. De hecho se lo había preguntado toda la noche. Conocía a mucha gente de la que él pensaba

que eran frías, eficientes y distantes, pero nada que ver con ella. Ella había desbaratado todo su control cuidadosamente elaborado, y lo había hecho sin perder nada de su calma.

—No estoy aquí para jugar. Sólo necesitaba una copa —dijo. Sus orejas se sentían arder y sabía que se extendería a su cara y cuello en cualquier momento. Quería irse, pero ella le bloqueaba la salida y permanecía allí, observándole con suspicacia.

—¿Y terminaste aquí? Perdóname, Matthew, pero eso es dudoso. —Arqueó una ceja roja.

—Yo estoy... estoy..., —empezó a decir.

—No hay necesidad de ser tímido, Matthew. Quiero decir, yo también estoy aquí, ¿verdad? La verdadera y única pregunta es: ¿A quién estás buscando?

Las caderas de Matthew se mecieron y sintió el ardor de sus músculos protestando contra esa acción. Le sorprendería poder sentarse hoy.

—No estoy buscando a nadie. Yo sólo...

—¿Mintiendo? ¿De verdad? De todas las cosas que pensé que podrías ser, un mentiroso no se me había pasado realmente por la cabeza, —dijo ella.

—Me importa una mierda lo que pienses, —contestó y golpeó su whisky solo. Se puso de pie para irse, pero Sloan bloqueó su camino, atrapándole entre su cuerpo y la barra. Olía dulce, como a manzanas verdes. Definitivamente no era el tipo de cosa que uno esperaría. No en un club para fetichistas.

Sabiendo que dolería, se aguantó a sí mismo y alcanzó a tocarse el culo con sus dedos. Sí, había verdugones en relieve por todo su trasero. Los trazó con la punta de los dedos, maravillándose con el hecho de que había una impresión de mano perfecta donde sus dedos delgados como látigos habían aterrizado. Siempre se había preguntado si la brillante Dra. Janice Sloan podría psicoanalizar durante el sexo. Ahora sabía la respuesta.

—Eso es una grosería, Matthew. Estás intentando herir mis sentimientos. Pero te perdono porque sé que estás avergonzado. —Dio un paso acercándose, una mano en su pecho urgiéndole a sentarse de nuevo. Su mano se sentía caliente, muy caliente, como si quemara un agujero en su pecho. Matthew cedió y se permitió a sí mismo ser empujado de vuelta a la barra.

Sloan se puso de puntillas y se inclinó sobre Matthew para susurrar en su oído.

—Tus mejillas están rojas y tu corazón late realmente rápido.

Matthew gimió y se frotó otra vez las cachas del culo. Sí, había estado avergonzado. Nunca había esperado ver a Sloan, vestida como un cruce entre

Madonna y una puta, oliendo a manzanas y al mismo tiempo restregando sus tetas contra su pecho. Ella había sabido lo que estaba haciendo, todo eso era incluso más obvio ahora.

—Mira, Sloan...

—Deja a Sloan para la oficina, Matthew, —dijo con una sonrisa.

—Bien. ¿Qué diablos quieres, Janice? ¿Quieres contarle a todo el mundo que me has visto aquí? ¿Qué soy un bicho raro? Adelante. No me importa una mierda, —dijo. Susurró las palabras, mitad enfadado, mitad nervioso. No sabía qué haría si ella decidiera hablarle a la gente de él.

Todavía estaba preocupado por eso. ¡Las cosas que le había permitido hacer! La forma en que le había suplicado que no parara. Sacudió la cabeza, intentando aclarar sus recuerdos, pero no estaba funcionando, no cuando todavía estaba tan dolorido y su olor todavía permanecía en las sábanas.

—No eres un Dominador, —Janice sacudió la cabeza—. No lo creo. Quiero decir, podrías serlo, eres tan fuerte, tan masculino y tan controlador. Pero ese es el problema. ¿Verdad, Matthew? Es mucho trabajo tener todo bajo control todo el tiempo. —Levantó su delicada mano y retorció con sus dedos el pelo de la nuca de Matthew. Era un acto íntimo, lleno de implicaciones.

Oh, sí. La jodida jerga psicológica. Olivia había tenido razón, Sloan no podía evitarlo. Miraba a través de la gente y empezaba a desgarrarla. No le importaba que doliera. No le importaba que no se le invitara a hacerlo. Toda la noche, ella se lo había hecho, empujando, empujando y empujando hasta que él se había rendido.

La otra mano de Janice agarró el muslo de Matthew y lo había pellizcado suavemente. Matthew tragó dubitativo, pero luego permitió acercarse a Janice y ella dio un paso entre sus muslos separados como si ese fuera su lugar.

—No le contaría a nadie tus secretos, Matthew. Guardo un montón de secretos, es mi trabajo. Si me dices que te deje solo, lo haré. Es sólo que... te deseo.

—¿Por qué? —graznó Matthew.

Janice sonrió contra su oreja y se rió suavemente. —Porque no puedo pensar en nada que disfrutara más, que tener tu culo tan sexy sobre mi rodilla.

Fue definitivamente sexy. Matthew nunca se había corrido tan fuerte, nunca había suplicado tanto. Había intentado ser desafiante, sin importarle las preguntas invasivas de Sloan. Pero al final, quiso tanto correrse, que había hecho cualquier cosa, dicho cualquier cosa. Sloan se aseguró de aprovecharse. Le había sonsacado confesiones que le habían hecho avergonzarse tanto que apenas podía respirar. Había sido despiadada.

Su mano siguió el camino de su muslo y volvió hacia atrás para ahuecar sus pelotas. Matthew saltó, sorprendido, pero sus manos permanecieron agarradas a la barra del bar. Las uñas de Janice le arañaron a través de los vaqueros y no pudo reprimir el sonido desamparado que salió de él.

No podría encararla, no hoy, nunca. Ahora lo conocía demasiado bien. Le había contado cosas que no le había contado nunca a nadie.

—Vale —susurró él.

—¿Vale? —ronroneó ella contra su oído, sus dedos alternativamente acariciando y arañando. Había sido tan reconfortante, acariciando su pelo y diciéndole que todo iba a estar bien, que no había nada malo en él.

Matthew asintió con los ojos cerrados. Ya en ese momento había sido difícil no correrse en sus vaqueros, como un chico de instituto cuya polla era acariciada por la jefa de animadoras.

—¿No lo contarás? —suplicó él suavemente.

Janice agarró el pelo de su nuca con suficiente fuerza como para hacer que le picaran los ojos.

—No, Matthew. No se lo contaré a nadie. Ahora, bájate de una puñetera vez de ese taburete y salgamos de aquí.

La pasada noche había sido gloriosa y liberadora. Había sido una luz en la oscuridad de su alma, pero hoy... hoy era todo lo que podía hacer para no llamar diciendo que estaba enfermo, quedarse en cama y esconderse.

Matthew finalmente se dio la vuelta y dejó que el dolor se apoderara de él. Cerró los ojos y movió su cuerpo entre las sábanas, comprobando todos sus músculos. Le dolían un poco los hombros y su cuello estaba rígido, pero la mayoría estaba en su culo. Su culo se sentía magullado por todas partes hasta el hueso y sabía que incluso tras una ducha caliente, el dolor permanecería. Pensaría en Sloan todo el día, toda la noche, y cada vez que se sentara hasta que el dolor desapareciera. Y de pronto, era su orgullo lo que más le dolía.

Abrió los ojos lentamente. Se suponía que tenía que volver al hospital a primera hora de la mañana y conseguir el resto de la declaración de Olivia. Se preguntaba si Sloan estaría allí y le dolió el estómago. No. No podía ver a Sloan. Jamás. No podía soportar la idea de encararla y encontrarse con su petulante rostro. Y en realidad, ¿quién no sería petulante?

Matthew era famoso por ser un cabrón. Conocía a bastante gente que pagaría por oír que había caído tan bajo. Bien, no le daría a Sloan la satisfacción de llegar a él otra vez. Todo lo que tenía que hacer era evitarla. Era la salida de un

cobarde, pero Matthew se imaginó que podría ser un cobarde de vez en cuando. No dejaría que afectara a su caso.

Con un ruidoso suspiro de resignación, Matthew rodó saliendo de la cama sobre sus piernas inestables y caminó a trompicones hacia la mesa para equilibrarse y agarrar su teléfono. Había una nota:

Querido Matthew:

Gracias. Fuiste mejor de lo que soñé. Fue difícil dejarte, pero sé que necesitas tu espacio. Estaré en el hospital por la mañana, pásate por allí si quieres, en caso contrario, me aseguraré de darte tiempo por la tarde para hacer tu trabajo. Por supuesto, espero verte.

El acuerdo se mantiene, mis labios están sellados.

Jani

—Joder, —suspiró Matthew. Incluso en una nota, podía sentir lo obviamente petulante que era sobre la noche anterior. Si no aparecía, entonces era un cobarde. Y si lo hacía, entonces estaba intentando probar algo. Era un círculo vicioso. Enfadado, alcanzó su teléfono y envió un mensaje de texto:

Reed: Reunión en oficina. Ocupado hasta almuerzo. X fvor graba entrevista.

140

Se imaginó que el mensaje era vago y lo suficientemente breve. Esperó que ella captara la indirecta y no discutiera sobre la noche anterior. El caso se cerraría pronto y ambos serían reasignados. Con suerte, no tendría motivos para verla otra vez. Todo lo que tenía que hacer era superar los pocos días siguientes. Menos, si conseguía que Livvie hablara. Era toda la motivación que necesitaba.

Matthew se dio una ducha larga y caliente. Ayudaba a relajar sus músculos doloridos. El daño era bastante nimio, sólo unos pocos moratones y verdugones en su culo. Era un alivio saber que no tenía marcas que pudieran ser visibles cuando estuviera vestido.

Paró por un café de camino al trabajo. No quería dar vueltas por la oficina. Los agentes a veces intentaban entablar conversación con él y Matthew no estaba de humor. Caminó tranquilamente, saludando con la cabeza al oficial del mostrador de recepción y tomando el ascensor en silencio para disgusto del conserje del edificio que montaba con él.

—Agente Reed —Matthew dejó su maletín junto a su escritorio y su café junto al teclado, antes de girarse para advertir la presencia del agente.

—¿Sí?

—Este mensaje llegó para usted anoche. El oficial de recepción lo subió esta mañana. —El joven le entregó el mensaje a Matthew y se alejó caminando.

—Gracias, —murmuró Matthew hacia la espalda del hombre y bajó la mirada hacia el mensaje. El agente de la FIA había llamado. Matthew miró su reloj y esperó que sus oficinas todavía estuvieran abiertas. Estaba justo de tiempo.

Giró su silla y levantó el teléfono para marcar el largo número.

—¿Hola? ¿Sargento Segundo Patel, por favor? —Esperó unos pocos minutos mientras localizaban al hombre, aliviado de haber llamado a tiempo.

—Sargento Segundo Patel al habla.

—Matthew Reed, del FBI, —dijo rápidamente—. Dejó un mensaje para mí. ¿Qué ha encontrado?

Hubo un suspiro profundo al otro lado del teléfono.

—Buscamos en aviones privados con llegadas programadas para los próximos tres días, —dudó—. Usted tenía razón. Parece que va a haber mucha más actividad de lo normal. Todavía no hay información sobre Demitri Balk o Vladek Rostrovich, pero aún no tenemos todas las listas de embarque.

—¿Puede enviarme una lista con toda la información de la que disponga? Me gustaría echarle un vistazo si no les importa.

—Sí que nos importa, Agente Reed. Si hay algo en marcha, entonces recae en nuestro ámbito y nuestra oficina puede manejarlo. ¿Hay alguna otra información que quiera compartir con nosotros?

Matthew rechinó los dientes con la fuerza suficiente para hacer que le doliera la cabeza. No estaba de humor para juegos burocráticos.

—Estoy dispuesto a compartir información siempre y cuando estemos coordinados. Para lo que es el caso, la información tiene que fluir en las dos direcciones. El tiempo es limitado, Sargento Segundo. Ninguno de nosotros tiene tiempo para un concurso de meadas.

—Ustedes los americanos y su jerga tan original, —dijo Patel—. Nadie se está meando en nada, Agente Reed, pero estoy seguro de que puede ver las implicaciones políticas de esto. Los ojos del mundo están en Pakistán ahora mismo y necesitamos saber que la situación puede ser manejada discretamente y sin avergonzar a ninguno de los dos países.

—Si no comparten la información, tendré que contactar con mis superiores y hacer que lleguen a su gobierno. Llevaría días y para entonces, la subasta de esclavos podría haber terminado, —dijo Matthew.

—Entiendo que tenga un trabajo que hacer, Agente Reed. Yo también lo tengo. Continuaré reuniendo información de los vuelos privados, listas de pasajeros, tiempos de llegada y salidas programadas, etcétera. Mientras tanto, le sugiero

que se ponga en contacto con sus superiores y yo haré lo mismo y quizás podamos llegar a un acuerdo de beneficio mutuo.

—Bien, —gruñó Matthew al auricular.

—Hasta mañana, —replicó el Sargento Segundo Patel fríamente.

—Puede apostar, —repitió Matthew y esperó hasta que la línea se cerró antes de colocar el auricular de vuelta a su soporte. Fue cuidadoso de no golpearlo. No necesitaba llamar la atención.

Tenía unas pocas horas antes de que Sloan terminara con Olivia, así que decidió ponerse al día en su investigación sobre Demitri Balk. Si Rafiq y Caleb estaban determinados a llegar hasta el evasivo billonario, entonces Matthew haría lo mismo. Dudaba que pudiera llegar demasiado cerca del hombre a través de los canales tradicionales. No quería espantarlo. Podría decidir mantenerse lejos de la subasta y entonces Matthew no sería capaz de usarlo como cebo.

Demitri Balk no tenía identidad hasta mediados de los 90. Diamantes Balk había aparecido prácticamente de la noche a la mañana con una lista de inversores importantes que catapultaron el precio del stock en cuestión de minutos tras hacerse público. Demitri Balk había sido el principal accionista y estaba catalogado como el Director General de la compañía.

El gran conglomerado estaba principalmente catalogado como una compañía de joyería, pero también se apoyaba en un sinfín de otros negocios. La compañía tenía su porción de controversia rodeándola. Haciendo una búsqueda superficial, se podía encontrar más de una historia proclamando que Diamantes Balk estaba excavando en África, pero últimamente no había ninguna investigación formal dirigida por ningún gobierno.

Los diamantes de sangre eran altamente polémicos, pero nadie había sido capaz de vincular directamente a Diamantes Balk en ninguna de las minas de África, posiblemente debido a la red de compañías y subsidiarias asociadas a ellas. Una de las subsidiarias captó la atención de Matthew. AKRAAN estaba establecida en Rusia y trataba con fabricación y venta de armas. Más investigaciones revelaban que AKRAAN había sido parte de Diamantes Balk cuando se hizo pública inicialmente, lo que significaba que el Director General tenía que tener conocimiento directo de ello.

A Matthew no le sorprendía ver a una compañía de diamantes involucrada con armas. Sin embargo, lo que era una sorpresa era que la compañía de armas existiera en primer lugar, tan temprano como los años 60. El fabricante, operado por el gobierno, vendía armas a varios países, mayoritariamente a Iraq y Pakistán.

¿Cómo había llegado Demitri Balk a dirigir ambas compañías? ¿Y nada menos que como Director General?

Demitri era descrito por la revista Forbes como un “billonario de orígenes humildes que se había hecho a sí mismo en la Rusia soviética”.

Matthew se burló:

—Humilde, mi trasero —se estremeció con sus propias palabras, recordando el modo muy real en el que su culo se había humillado la noche anterior. Sentarse era definitivamente una faena. Intentó no moverse nerviosamente.

Finalmente le llegó la inspiración y Matthew hizo una llamada a su oficina central. Después de una breve conversación con su jefe, el hombre al final había cedido y estaba de acuerdo con dar a Matthew todos los recursos que pudiera necesitar para hacer encajar el caso. También había estado de acuerdo con empezar a cortar los trámites burocráticos entre Matthew y la FIA.

Durante una hora, dos técnicos estuvieron pasando cada fotografía y artículo relacionado con Diamantes Balk, AKRAAN, Demitri Balk, Vladek Rostrovich y Muhammad Rafiq a través del software de reconocimiento facial y de la Base de Datos de Seguridad Nacional. Matthew predijo que algo aparecería más temprano que tarde.

Miró su reloj. Probablemente debía ir al hospital. Llamó al mostrador de enfermería de la planta de Olivia para asegurarse de que Sloan se había ido para lo que quedaba de día y luego reunió sus pertenencias y se dirigió a la puerta.

* * * *

Olivia estaba escribiendo frenéticamente cuando Matthew entró. Parecía estar de mejor humor que la noche anterior. Matthew le reconoció el mérito a Sloan.

—¿Qué está escribiendo? —preguntó Matthew. Bajó su maletín y tomó asiento. La silla era mucho más cómoda que la de la sala de juegos. Además, sentarse en una habitación de hospital tenía el beneficio añadido de hacerla más habladora.

—La Dra. Sloan me dio un diario. Qué tierno, ¿eh? Ha pasado mucho tiempo desde que he escrito algo, que casi olvidé lo mucho que me encantaba, —dijo Olivia. Sonreía.

—Eso no es lo que pregunté, señorita Ruíz, —replicó Matthew, pero no había veneno en sus palabras.

Ella suspiró.

—Yo estoy... ya sabe. Sólo quiero preservar mis recuerdos antes de que deje de confiar en ellos.

Matthew realmente no sabía que decir, excepto:

—Eso podría suponerle una citación, ¿lo sabe?

Ella lo miró afligida, dejando caer su bolígrafo con un tintineo.

—¿En serio? ¿Por qué habría de hacer eso?

—No importa, —dijo él con facilidad—, olvídense de que le dije nada.

Ella lo miró, luego bajó la vista a su libreta y la subió de nuevo hacia él antes de levantar una ceja con suspicacia y cerrar de golpe el diario.

—No olvido nada de lo que dice, Reed. Sólo un idiota lo haría.

Matthew inclinó su cabeza e hizo una mueca de dolor. —Gracias por el cumplido.

—¿Qué le pasa en el cuello?

Matthew se concentró en no dejar que su vergüenza se mostrara y, a su parecer, hizo un trabajo bastante bueno en ello.

—La cama del hotel. Me hace daño en el cuello.

—Ohhh, pobre Agente Reed, —se burló ella ligeramente.

—Chica graciosa, pero terminemos con esto y así podré irme a casa y dormir en mi propia cama, —dijo Matthew.

Ella suspiró.

—Con usted todo es cuestión de negocios. ¿Es por eso por lo que Sloan está enfadada con usted?

—¿Qué? —dijo Matthew bruscamente—. ¿Ella habló de mí?

Olivia le mostró una mirada confusa.

—Preguntó si estaba aquí esta mañana y cuando le dije que no, parecía un poco molesta, eso es todo. Parece que usted saca a relucir eso en la gente, o sólo en las mujeres. Ella no habló sobre ello. ¿Qué está pasando con ustedes dos? —Volviéndose incluso más curiosa, Olivia levantó las cejas—. ¿Ha ocurrido algo entre ustedes? ¿Hubo un enfrentamiento en el FBI?

Matthew dejó salir el aliento que no se había dado cuenta de que aguantaba. Estaba aliviado, y se sentía estúpido por exagerar.

—¿Un enfrentamiento? No. ¿Alguien le ha dicho alguna vez que es usted una exagerada? —despachó fríamente. —La Dra. Sloan normalmente suele ser más profesional manteniéndose enfocada en el caso, no en distracciones externas, cualesquiera que éstas puedan ser.

—Por Dios, Reed. ¿Qué demonios le ha golpeado en el culo esta mañana?

Las mejillas de Matthew se sentían calientes, pero se obligó a sí mismo a calmarse antes de que se pudiera mostrar. Las cosas que podían hacerle sonrojar eran limitadas, pero, maldita fuera si los últimos días no habían sido diseñados para exponer su debilidad al mundo.

—Continuemos con su historia. Por favor, estoy agotado, me duele el cuello y siento un dolor de cabeza comenzando, así que, ¿podemos ponernos con ello?

El rostro de Olivia quedó de pronto desprovisto de su luz y de su humor. —Bien, Reed. Haga sus jodidas preguntas.

Él tomó una inspiración profunda. —¿De qué hablaron usted y Sloan? Conseguiré sus notas más tarde, pero, ¿podría ponerme al tanto?

—Hablamos sobre Caleb. Nada que le pudiera interesar, estoy segura.

—Cuéntemelo de todos modos, —insistió Matthew. Intentó elaborar una sonrisa para restablecer por otro lado su buen entendimiento, pero por la mirada en el rostro de Olivia, eso le costaría más que una sonrisa.

—Tuve un montón de pesadillas al principio, cuando llegué a la mansión. A veces sobre Rafiq violando a Nancy. A veces soñaba con Caleb vendiéndome. Aunque generalmente tenía pesadillas sobre la noche en que los moteros casi me violan. Soñaba con ellos golpeándome, pateándome el estómago y abofeteándome la cara. —Tragó saliva.

—Podía sentir la sangre manando de mi boca. Podía despertarme jadeando. Cuando Caleb estaba allí... —Livvie suspiró—. Él simplemente me abrazaba. A Caleb le gustaba dormir a mi lado, creo.

—Las mañanas eran nuestro problema. Podía quedarme tumbada en cama junto a Caleb, observándole dormir y pensando que parecía un niño cuando no estaba tan obsesionado con entrenarme, o probando cuánto control tenía sobre mí...

Matthew interrumpió.

—¿Rafiq todavía estaba allí?

—No. Se fue unos pocos días después de que lo conociera. Él y Caleb desayunaban en la terraza. Rafiq usaba a Nancy como mesa y no sé cuántas veces tuve que cerrar los ojos porque pensé que el cuchillo de Rafiq iba a atravesar su filete e introducirse directo en Nancy. Aunque nunca sucedió.

—¿Qué le ocurrió a Nancy? —preguntó Matthew.

—No lo supe hasta después, pero Rafiq se la llevó con él cuando se fue. Y antes de que lo pregunte: No, no sé a dónde fue.

—A encontrarse con el barco. ¿Recuerda?

—Correcto, a encontrarse con el barco, —dijo.

—¿Y usted dónde comía?

—En el suelo, junto a Caleb. Cortaba las cosas para mí y me alimentaba mientras él comía. Es lo que le estoy contando, Reed: era bueno conmigo. No lo aprecié hasta que vi la forma en que Nancy era tratada. Incluso Kid. Aunque Celia era tratada mejor que nadie. Hacia el final incluso llegué a esperar... —ella estaba empezando a distraerse.

—Esperar, ¿qué? —dijo Matthew en un intento de mantenerla enfocada.

—Que Caleb y yo podríamos tener lo que ellos tenían. Felipe no es un gran tipo. No estaría involucrado con Rafiq si lo fuera, pero... no sé, Celia le amaba y Felipe parecía sentir lo mismo. Era bastante protector.

—¿Quiere que llame a Sloan? —preguntó Matthew pacientemente.

Sus ojos se desviaron hacia él, estrechándose con sospecha. —¿Por qué?

—Porque va a necesitar un montón de terapia, señorita Ruíz. Un montón.

Sacudió la cabeza hacia él, claramente divertida por su brusquedad. —Que le jodan, Reed —dijo a través de una sonrisa.

—Por favor. Continúe su historia...

Capítulo 12

Cuando abrí los ojos y me di cuenta de que era por la mañana, me llevó unos pocos minutos orientarme. La agitación que sentí durante la noche había aminorado hasta desvanecerse. No recordaba quedarme dormida, sólo tumbarme en la cama durante horas intentando pensar en una forma de salir de mi situación que no implicara que Caleb tuviera que rescatarme más tarde.

La habitación en la que dormía era bonita e inmaculada. Cada mañana el sol aparecía derramándose sobre la habitación cuando Celia venía a descorrer las pesadas cortinas. Le había dicho que yo era más que capaz de descorrer las cortinas por mí misma, pero ella simplemente me ignoraba mientras seguía a lo suyo preparando la habitación para el día.

—No tiene permitido hablarte —dijo Caleb mientras se sentaba en el borde de la cama. Era sólo nuestra segunda semana en la mansión y parecía muy cansado, como si no fuera capaz de descansar del todo. Se quejaba de que no podría irse a dormir con toda su ropa para siempre. Aun así, cada día, lo hacía.

Caleb era más errático de lo habitual durante estas pocas primeras semanas. Sí, era cruel. Me ponía a prueba, enseñándome ciertas frases en ruso y cómo actuar cuando las oyera. Insistía en que gateara, en que le llamara Amo y en que pasara por una serie de humillaciones que significaban hacerme superar mi timidez.

A pesar de todo, en realidad no me tocaba. Me mantenía vestida. Me protegía, no dejando que otros se acercaran a mí. Sabía que se quedaba conmigo de noche porque yo tenía pesadillas cuando no lo hacía. Dormía con su camiseta y sus pantalones cortos, aparentemente satisfecho con sólo dormir junto a mí y no tocarme, a menos que me despertara de alguna horrible pesadilla y me acurrucara junto a él. Él me confortaba.

—¿Por qué no se le permite hablarme? —pregunté, en tono sarcástico.

Caleb me miró durante unos instantes antes de contestar.

—Gatita, deberías vigilar en serio la forma en la que me hablas. Sólo porque estés herida, no significa que no esté llevando la cuenta. —Miró fijamente hacia mí, directamente a los ojos, hasta que finalmente bajé la vista.

—Lo siento, Amo. —Me miró de forma extraña—. ¿Podría *por favor* saber por qué no se le permite hablarme?

—Celia no sólo es la amante de su amo, también es su sirvienta. Supongo que no es algo tan inusual. Nunca he estado involucrado con alguien el tiempo suficiente para conocer la idiosincrasia que conlleva estar en una relación, pero sé lo suficiente para decir que tiene sentido. No es como si él pudiera usarla para el sexo todo el tiempo. —Mi cara debía haber mostrado mi conmoción indignada, porque Caleb presionó sus dedos contra mi boca para impedirme hablar.

Incluso aunque no debiera y pudiera molestar a Caleb, hablé de todas formas:

—¿No crees que es una regla estúpida? A mí me suena bastante mezquino.

—Bien, créeme; a veces hablar *contigo* es lo mezquino —comentó, pero sonriendo.

Le devolví la sonrisa. *Cabrón*. Perversamente, pensé en cuánto le echaría de menos después de que me vendiera, y me pregunté si él me echaría de menos también, quizás incluso lo suficiente como para venir a por mí. *Tú no eres una princesa y él no es el atractivo príncipe que viene a salvarte. ¿O es que no lo recuerdas?* Suspiré al oír mi propia voz interna. Estaba hablándome a mí misma más y más. No sólo me estaba volviendo loca, sino que era una compañía irritante.

Algunos días casi podía olvidar que estaba siendo retenida contra mi voluntad. Nunca lo hice, pero flirteé con la idea de vez en cuando. Caleb solía hacer que Celia nos trajera el desayuno y solíamos comer fuera, sólo nosotros dos. Fuera, al sol, comiendo pasteles recién hechos de la mano de Caleb y tomando sorbos de un zumo de naranja exprimido a mano, pensé: *Esto no es tan malo*.

Por supuesto, algunos días era casi imposible olvidar que era la prisionera de Caleb. Estaba quieta, moviéndome lentamente a causa de mis lesiones. Los moratones casi habían desaparecido, pero el dolor en mis costillas y mi hombro estaba siempre ahí para recordarme un montón de cosas. Era un freno en contra de huir de nuevo. También era un recordatorio de que me había corrido fácilmente con Caleb. Aun así, sólo Caleb podía pensar en una manera de usar el dolor hacia sus propios fines.

Una mañana en particular, me dejó sola en la habitación con Celia y en contra mi buen juicio, decidí hablar con ella.

Los ojos de Celia evitaban los míos mientras vagaba por mi habitación enderezando cosas que no necesitaban ser enderezadas y limpiaba el polvo. Realmente me apiadaba de ella. Era bonita y su conducta daba pistas de su inmensa fuerza interior y aun así... era una esclava. Me preguntaba si yo podría

ser la mitad de elegante que ella cuando me llegara el momento. Me di cuenta, con algo de esperanza, de que no parecía estar maltratada. No había moratones en ella, ningún signo externo que sugiriera que estaba sufriendo. Sí. Definitivamente había esperanza en eso.

—¿Celia? —pronuncié su nombre con voz entrecortada, aterrada de que me contestara y aterrada de que no lo hiciera. Su mirada calló sobre mí bondadosamente, con la única particularidad de una ceja interrogante. No era realmente una respuesta, pero era más de lo que había obtenido de ella antes. Me figuraba que ya que Caleb no estaba presente, ella podría hablarme—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Me miró fijamente durante un largo rato, hasta que me sentí incómoda y me retorcí. No pensé que fuera una pregunta complicada, aunque en cierto momento quise preguntarle eso también. Finalmente, su boca se curvó hacia un lado y asintió brevemente; nada de eso fue en mi beneficio. Me miró con una sonrisa en los ojos y levantó seis dedos.

Quería chillarle por no usar palabras, pero estaba segura de que no conseguiría nada bueno.

—Seeeeis... ¿meses?

Negó con la cabeza.

Tomé un profundo y fortificante aliento para mi siguiente pregunta.

—¿Años?

Asintió y sonrió.

Joder. ¿Años? Había sido la esclava de Felipe durante seis años. No podía imaginarlo.

—¿Nunca intentaste escapar?! —Mi voz era aparentemente demasiado elevada. Sus ojos fueron de pronto frenéticos y miró a la puerta como si fuera a abrirse de golpe y algo horrible fuera a suceder. Se apresuró hacia mí y sostuvo sus dedos sobre mis labios.

Yo estaba estupefacta y callada, esperando que el instante se calmara. Sus ojos me regañaron y siguieron regañándome hasta que se alejó de mí sacudiendo la cabeza.

Abandonó la habitación antes de que pudiera disculparme o hacer otra pregunta.

¡Qué bien!

—Que te jodan —susurré a nadie en absoluto.

Había esperado enfrentarme a la ira de Caleb al cabo de unos minutos de la salida de Celia, pero nadie vino. No tenía permitido abandonar mi nueva habitación, Caleb había dejado eso claro. Así que esperé... y esperé... y esperé. Horas más tarde, estaba hambrienta y el dolor de mis costillas y mi hombro se estaban volviendo menos soportables con cada minuto que pasaba. Finalmente, me arriesgué a tantear la puerta, pero estaba cerrada.

Finalmente, recurrí a gritar y suplicar a Caleb a través de la puerta que me perdonara y me diera mis medicinas. Me preguntaba si podría ser una adicta, pero dado el nivel de dolor en el que me encontraba, lo dudaba. Necesitaba esas jodidas pastillas. ¡Y también necesitaba comer! Por supuesto, Caleb también lo sabía, y su castigo, libre de violencia, seguía siendo cruel.

Gradualmente, se hizo oscuro en el exterior. Mientras yacía llorando en mi cama, oí el sonido de alguien abriendo mi puerta. Grité de puro alivio cuando Caleb entró en la habitación.

—¿Estás lista?

Gimoteé y asentí.

—Sí, Amo. Lo siento. No lo volveré a hacer.

—Siempre dices eso, Gatita, pero luego te niegas a seguir las reglas y tengo que castigarte por ello otra vez. ¿No te dije que a Celia no se le permite hablar contigo? —me reprendió.

—Sí, Amo. Sé que lo hiciste. Estoy arrepentida.

—Bien, si no lo estabas antes, al menos sé que lo estás ahora. —Se sentó en la cama y agarró un vaso de agua y algunas pastillas—. Incorporate y tómate esto.

Me senté incorporándome despacio, sollozando. Parte era por el dolor, pero también conllevaba una sensación de remordimientos. Caleb estaba decepcionado conmigo. Me había dicho las reglas, las había explicado. Yo no había escuchado.

—No puedo creer que me abandonaras todo este tiempo. Duele mucho —lloré.

—No elegí abandonarte, Gatita. Tú hiciste esa elección por ti misma —dijo Caleb. Me resultó una sorpresa que no me estuviera chillando, o prometiéndome más dolor. Estaba muy desapasionado sobre todo el tema. Me pregunté si era sólo otra manera de trastornar mi cabeza.

—¿Dónde estabas? —pregunté antes de poder detenerme.

—¿Justo ahora? En cama. Antes, salí. Felipe tiene caballos y nunca había montado uno. —Sonrió.

—Yo tampoco —susurré. Ahora que Caleb estaba cerca, me sentí más calmada. Estaba enfadada con él, por supuesto, pero volvería a la vida por esos momentos con Caleb. Me sentía protegida. Me sentía retenida. Sin él, mi vida era un signo de interrogación gigante.

Él sonrió un poco y retiró un mechón de cabello errante por detrás de mi oreja.

—Quizás cuando estés mejor, pueda llevarte.

Mi corazón parecía crecer en mi pecho.

—¿Estaré aquí el tiempo suficiente? ¿Contigo? —Me encontré con los ojos azul claro de Caleb y parecían anhelantes. Habría dado cualquier cosa por saber lo que estaba pensando, pero sabía que era mejor no preguntar.

—Quizás, Gatita. En algún momento... —hizo una pausa.

—¿En algún momento...? —intenté urgirle a seguir.

—En algún momento. —Sonrió y acarició mi pelo con tanto afecto silencioso que sentí como si fuera a llorar otra vez—. ¿Tienes hambre, Gatita? —susurró.

Incliné mi rostro en su mano y cerré los ojos, intentando aferrarme a él y sabiendo que no había forma posible de que pudiera.

— Sí, Amo.

Luego comimos, Caleb alimentándome con bocados de su plato. Era extrañamente... comfortable. Más tarde, frotó mi cuerpo dolorido hasta que me quedé dormida.

* * * *

Dormí, pero estaba teniendo ese horrible sueño otra vez. Sentía en mi estómago una especie de nudo de presión caliente y tirante aplastándome desde el interior. Daba vueltas y vueltas, pero el nudo sólo se hacía más tirante, más caliente y más pesado.

Me sujetaban, y el olor de cerveza y cigarrillos salía de ellos en oleadas. Sus manos ásperas se abrían camino a lo largo de mi piel mientras tiraban de mis ropas, y el sonido de mis protestas caía en oídos sordos. El horror transcurría a cámara lenta, llegando en flashes aleatorios de lo que recordaba, y de lo que sentía. Entonces la pesadilla tomó perspectiva de sí misma, ya no más atada por los hechos.

No podía luchar contra ellos. Mis puños se movían a cámara lenta, incapaces de aterrizar firmemente. Mi voz no podía elevarse por encima de un susurro. Uno de ellos me sujetaba mientras el otro me besaba. Grité llamando a alguien, pero no estaba segura de a quién, todo lo que sabía era que esa

persona sólo podría ayudarme si yo emitía un sonido lo suficientemente alto. Luché con cada ápice de mi fuerza. Mis muñecas estaban débiles y mi voz era baja, pero yo luchaba. Empecé a llorar.

Lo peor aún estaba por venir cuando el sueño cambió de nuevo inesperadamente. Era más rápido ahora, incluso más rápido que en tiempo real. Caleb abrió la puerta y preguntó qué diablos estaba pasando y los brazos que me sujetaban me soltaron. Recularon hacia una esquina tras de mí. Libre, me puse de pie y corrí a sus brazos. Le rodeé con mis brazos y le conté lo que habían pretendido hacer.

Intentaron negarlo. Caleb les dijo que cerraran sus bocas. Me elevó en sus brazos, diciéndoles que se quedaran ahí y me llevó a través de la destartada habitación llena de colchones de aire y ropas, hacia una habitación que reconocí como la suya.

Me bajó junto a la puerta mientras me echaba una ojeada—. ¿Estás bien? —preguntó. Asentí, sólo ligeramente consciente de que pasaba sus manos por mi desnudez mientras buscaba lesiones. Pareció satisfecho de que no estuviera lastimada y me abrazó de nuevo.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó. El momento se ralentizó y le miré a los ojos.

—Hazles daño por mí —susurré.

—Les haré pagar —dijo.

Sus manos continuaron moviéndose sobre mí, y mis manos sujetaron su camisa firmemente. La tensión en mi vientre se transformó de sólida a líquida y bajó hacia mis muslos. El nudo se deshizo y ahora se sentía como una cuerda tirante estirada desde mis pezones hasta mi sexo. Cuando me tocó, la cuerda se tensó, y el sentimiento era arrollador, brutal y extrañamente bienvenido.

Aparté mis manos de su pecho y con un movimiento de hombros me deshice del top abierto que vestía.

—Podría haber estado seriamente lastimada si no me hubieras ayudado —dije.

Sus ojos se clavaron en mí, mezcla de conmoción y lujuria. Me pegó contra la pared con su cuerpo, y el calor de su aliento calentaba y humedecía mi cuello. Quería decir algo, pero su mano derecha se ahuecó sobre mí, abajo, y mi cuerpo se sintió paralizado. La cuerda invisible dentro de mí tiraba tensa. Un aullido lascivo escapó de mi garganta.

Acercó sus labios a mi oído—. No me jodas —gruñó.

—Fóllame. —Fue mi única respuesta.

Alcanzó con sus brazos entre mis muslos y me levantó contra el muro. Luchó torpemente con sus pantalones durante un instante, antes de abrirse camino dentro de mí. Tanteé en busca de su boca para distraerme de su magnitud, y cuando nuestras lenguas conectaron, un torrente de calor fluyó saliendo de mí.

* * * *

Un gruñido en voz alta escapó de mis labios mientras me despertaba de golpe, jadeando, mi corazón retumbando, y la, ahora familiar, sensación de mi cuerpo entero contrayéndose y expandiéndose durante varios segundos. Definitivamente me estaba corriendo. A mi lado, Caleb se incorporó rápidamente y encendió la luz de la mesilla de noche.

—¿Qué pasa? —dijo.

Yo estaba sudando y todavía tomando profundas bocanadas de aire.

—¿Estás bien? —Su voz sonaba más molesta y tirante que cualquier otra cosa.

Asentí.

—Un mal... mal sueño —tartamudeé. Me miró unos segundos, y sólo ver sus ojos no me permitía quitarme de la cabeza el sueño. Bajé la vista, y mi respiración finalmente empezó a volver a la normalidad.

—Te estás sonrojando. ¿Por qué? —preguntó suavemente y alisándome el pelo hacia atrás.

—Estoy bien... Yo... tan sólo estaba teniendo ese sueño otra vez. —Mi respiración se reguló y el inesperado palpito entre mis piernas se sosegó. Finalmente capaz de hacerlo, miré en dirección a Caleb. Me estaba mirando fijamente.

—¿Por qué me estás mirando así? —pregunté. Sus cejas se juntaron y una sonrisa se reprodujo en sus labios.

—Por qué me estás mirando así... Amo —replicó.

Me mordí el labio y aparté la vista.

—Oh, Gatita —susurró, su mano todavía apartándome el pelo de mi frente sudorosa—. Si tan sólo estuvieras lo suficientemente bien para jugar, las cosas que podría hacerte. Pero si debes saberlo... —Se inclinó hacia mí y me besó en el hombro—. Estoy mirándote porque creo que eres sexy. —Me besó más arriba, hacia el cuello—. Tu cara está toda sonrojada y tu cabello es un desastre. —Me besó más arriba y cerré los ojos conteniendo el aliento.

—¿Por qué me estás tocando? No has... —dije a la carrera.

—No estoy tocando, estoy besando. Hay una diferencia.

—No para mí —suspiré, mi voz un poco demasiado ligera para adaptarse a mí; habría preferido sonar firme y resuelta.

—Así que... si hago esto —dijo, contra mi nuca y abarcando mi pecho derecho, frotándolo ligeramente a través de mi ropa de dormir—, ¿es lo mismo que esto? —Besó mi cuello. Apenas podía moverme o respirar. Él absorbió todo el oxígeno a mi alrededor.

—Para —dije, y esta vez lo hice sonar convincente. Enrolló mi pezón entre su pulgar y su índice con la presión justa para hacerme sentirlo en mi vientre—. Por favor, para... Amo —dije a través de mis dientes ligeramente apretados. Para mi sorpresa, él paró de verdad.

Se incorporó y me miró fijamente durante lo que pareció una eternidad, pero podrían no haber sido más que unos pocos segundos. El calor irradiaba de cada parte de mi cuerpo, y mi cara debía de estar en una profunda, profunda tonalidad de rojo. Restregó sus manos por toda su cara y gruñó. Estaba realmente nerviosa, y quería decir algo, pero no podía pensar qué era. Bruscamente, apartó su lado de la sábana hacia un lado y se puso de pie. Mis ojos fueron atraídos inmediatamente a la enorme erección contra la tela de sus bóxer.

—Vuélvete a dormir —dijo. Agarró sus pantalones y metió a empujones sus piernas dentro de ellos.

—¿A dónde vas? —pregunté, nerviosa.

—No es de tu maldita incumbencia —dijo, y salió por la puerta.

Conmocionada, lo vi marcharse y cerrar la puerta bruscamente tras de sí, pero la conmoción surgía de mi deseo de decir algo que pudiera hacerle parar. La ansiedad creció en el interior de mi estómago mientras me sentaba sola. Todo en lo que podía pensar era en mi sueño y en lo bien que se había sentido tenerle besándome. *¡Qué es lo que me pasa!*

No tuve demasiado tiempo para ponderar mis preguntas, o la respuesta de mi cuerpo a ellas. Mi puerta se abrió bruscamente y Caleb entró. Celia venía detrás de él vistiendo nada a excepción de un par de bragas de encaje negro.

Caleb cerró la puerta detrás de ella con cuidado, sin ninguna prisa por abordar la pregunta escrita en toda mi cara: *¿Qué coño está haciendo ella aquí?*

Obviamente Celia había estado durmiendo. Su cabello estaba suelto y ligeramente despeinado. Se quedó de pie en silencio, sus manos cubriendo sus pequeños pechos. No parecía afligida, sólo un poco tímida y curiosa. Era un duro contraste en comparación con la noche que la había visto dominando a Kid enfrente de una habitación llena de extraños. La miré a los ojos, y cuando los

suyos se encontraron con los míos pensé que me estaba dedicando el más ligero atisbo de una sonrisa traviesa.

—Baja los brazos —le dijo Caleb en español. No lo hablaba tan bien como el inglés, sin embargo, yo estaba de mala gana intrigada. Celia inmediatamente bajó sus brazos a sus costados. Sus pezones ya estaban duros.

Caleb volvió su atención hacia mí.

—Te acuerdas de Celia, ¿verdad, Gatita? —Cuando no dije nada, me espetó—: ¡Contéstame! —Celia y yo saltamos un poco por el intenso sonido de su voz.

—Sí, Amo —repliqué.

—Bien. —Sonrió—. Porque ella va a hacerte entender algo. No soy tuyo para que me tomes el pelo. No creas que no me he dado cuenta de la forma en que intentas manipularme. Yo inventé ese juego.

Mi boca estaba abierta. *¿De qué diablos está hablando?*

—¿Manipularte? Yo no...

—¡Lo haces! —gritó en voz baja—. Un instante te estás apretando contra mí, intentando... no sé qué. Al siguiente, me estás ordenando, *ordenándome* a mí que no te toque.

Quería decirle que estaba siendo ridículo. ¿Cómo era posible que fuera yo la que le estuviera manipulando cuando él era el Amo absoluto de mi destino?

—Caleb, yo...

—Para. Tan sólo observa —dijo.

Mi boca se secó completamente y la ansiedad me atravesó, quemándome dentro del estómago. Miré dentro de los ojos de Celia otra vez. Ella sonrió, sólo la más ligera inclinación de sus labios. Una sonrisa con un significado sólo para mí. Me conmovió.

Caleb estaba de pie detrás de Celia, y ella tembló cuando él le pasó el pelo por encima de su hombro izquierdo.

—No apartes la mirada, o te prometo que encontraré la forma de castigarte, lesionada o no —me dijo. Tragué saliva. Caleb volvió su atención a Celia, que parecía estar meciéndose ligeramente en anticipación a su caricia. Él la besó subiendo desde su hombro a su cuello, tal y como me había hecho a mí. Ella dejó escapar un profundo gruñido e inclinó su cabeza hacia atrás contra él. No podía creer que estuviera viendo esto.

—¿Te gusta eso? —susurró él en el silencio profundo de la habitación.

—Sí, señor¹⁵ —susurró Celia, en su jadeante voz con acento.

Mi estómago tenía un nudo, quería doblarme a la mitad, y aún no podía apartar los ojos mientras él la rodeaba con el brazo y abarcaba su pecho. Ella gritó mientras él lo masajeaba, tirando de su pezón entre sus dedos. Sus pezones eran de un color melocotón oscuro y parecían como frambuesas duras posadas en las suaves pendientes de sus senos. Mi rostro ardía, y algo vagamente familiar y no deseado se instaló en mi interior. Los gemidos de Celia se hicieron un poco más fuertes. Estrujaba entre sus puños la tela de los pantalones de Caleb y se apretaba hacia atrás contra él.

Yo aún no estaba lo bastante preparada cuando Caleb enterró su mano libre entre sus bragas y sus rodillas cedieron. Mi cuerpo se movió de golpe para detenerla en su caída y retrocedió por el dolor. Resultó que mis esfuerzos eran malgastados. Caleb la sostenía firmemente en su abrazo. Él me miró a los ojos, que estaban nublados ahora, y mantuvo su mano ocupada dentro de las bragas de Celia. Me sentí enfadada... y asustada... y lastimada físicamente... y... y... cachonda.

Quería maldecirle, pero por qué, no estaba enteramente segura. Su pecho subía y bajaba más rápido de lo habitual, y yo sabía que estaba agitado. De pronto, empujó a Celia adelante, hacia la cama y sus brazos se estiraron para agarrarse, aterrizando en mis rodillas. Oí sus bragas desgarrarse mientras Caleb tiraba del delicado material en un único y rápido movimiento brusco y se deshacía de él.

—Date la vuelta y abre las piernas —dijo, con voz ronca. Celia se movió rápidamente para obedecer y yo me senté con flagrante horror mientras ella descansaba su cabeza en mis rodillas.

Celia desabrochó sus pantalones y los deslizó hacia abajo, su gruesa polla se desplegó hacia arriba como si fuera algo que no debería estar ahí, y no pude evitar cerrar los ojos.

—No apartes la jodida vista —se burló. Abrí los ojos. Mis lágrimas caían.

Caleb agachó la cabeza entre las piernas de Celia y dijo algo acerca de que le encantaban los coños depilados antes de enterrar su cara entre sus muslos. Celia era otra cosa después de eso. Gemía y su cabeza iba de lado a lado. Sus manos se estiraban hacia mí, y apretaba los puños contra las caderas de mi camisón. Intenté separar sus manos de mí para apartarme, pero la zorra se agarraba fuerte.

—Por favor —dijo en un suspiro—. Por favor. Déjame correrme —repitió la palabra “por favor” como un mantra. Mi cabeza bullía.

¹⁵ En español en el original

Caleb emergió de entre los muslos de Celia y no me prestó atención en absoluto mientras succionaba y besaba todo el camino hasta su pezón. Se agachó y debió colocarse dentro de ella porque Celia de pronto estaba totalmente quieta. Su cara se puso de una ridícula tonalidad roja y un escandaloso gemido salió de ella. Caleb me miró, con fuego y hambre en sus ojos.

Susurró:

—Podría haber hecho que te corrieras así. Si fuera lo que realmente querías. Si no fueras tan mentirosa. —Antes de que pudiera asimilar las palabras que me había dicho, agarró la parte de atrás de mi cabeza y me besó. El sabor de Celia inundó mi boca, y algo en mí se rompió. Me escabullí del beso y abofeteé a Caleb cruzándole la cara con tanta fuerza que me escoció la mano.

Corrí a meterme en el baño antes de que se pudiera recobrar. Estaba sin aliento. Apreté la espalda contra la puerta, aterrorizada de que irrumpiera a través de ella y se reprodujera alguna escena horrible entre nosotros. Lloré lastimosamente, y me froté la boca con mi mano libre para sacarme el sabor de Celia de la boca. No era que el sabor de ella fuera totalmente desagradable, tenía más que ver con el hecho de que viniera de la boca de Caleb. De todas las emociones que corrían a través de mí, ¿por qué era la inquietante sensación de traición una de ellas? No podía negarlo, estaba dolida, y no podía explicar exactamente por qué.

Pasaron cerca de quince minutos y Caleb aún no había venido a enfrentarse a mí. Apreté mi oreja contra la puerta y pude oírles. Todavía estaban follando. Podía oírla gemir y el áspero timbre de la voz de él. Estaba diciendo cosas, pero no podía descifrarlas. Debería estar feliz de que no estuviera interesado en hacerme pagar por lo que había hecho, pero no lo estaba. Esa familiar e indeseada sensación que había tenido antes aún estaba presente, creciendo dentro de mi pecho, y manteniendo el flujo de lágrimas que salía de mis ojos: celos.

La idea de estar celosa me consumió durante horas mientras yacía en las baldosas. ¿Por qué estaba celosa? ¿De quién? No creía que estuviera celosa de lo que Caleb estaba haciendo. No tenía ninguna razón para que me importara. Ninguna razón excepto que durante más de un mes él había intentado seducirme, atraerme, y había intentado hacerme sentir algo que no sentía, ¿para qué? ¿Para que pudiera darse la vuelta y follarse a otra? ¡Y a ella! Que se paseaba por mi habitación como si fuera alguna clase de víctima. Realmente sentí lástima por ella, hasta que vi esa sonrisa suya, hasta que hizo que fuera obvio que ella era mejor que yo de alguna manera. Lágrimas de frustración rodaron por mis mejillas, y no importaba lo que pensara acerca de ello, todavía dolía.

Más tarde, después de que las lágrimas se disiparan, finalmente decidí abandonar mi autoimpuesta prisión y encarar cualquiera que fuese el castigo enfermizo que Caleb indudablemente había preparado para mí. Abrí la puerta del baño. La luz del baño se derramó por la oscura habitación, y hubo un profundo pellizco en el medio de mi pecho cuando vi que ambos estaban acurrucados juntos en lo que yo había llegado a pensar que era mi cama. Me acerqué. Estaban obviamente desnudos y la sábana sólo les cubría de cintura para abajo. El rostro de Celia aún estaba sonrojado, y sus labios parecían hinchados por los besos. Parecía satisfecha. Caleb la sostenía a su posesiva manera, como si no quisiera que se escapara, aunque dudaba que ella lo intentara. Me tragué el nudo de mi garganta y miré alrededor. *¿Dónde se suponía que iba a dormir yo?*

Deambulé por la habitación, sabiendo que posiblemente acabaría en el suelo, pero incapaz de aceptarlo. Caminé pasando por delante de la puerta de la habitación y mi corazón saltó con la idea de que la puerta podría estar abierta. Volví la mirada a la cama y vi el rostro de Caleb dentro del rayo de luz que salía del baño. Dormía pacíficamente. Puse mi mano en la manija y tiré hacia abajo, y contuve el aliento mientras tiraba hacia atrás con cuidado, y la puerta se abrió.

La luz tenue le daba al largo pasillo un espeluznante brillo y casi tuve la sensación de estar en un hotel, pero mi puerta parecía la única en este extremo del pasillo. Al final del vestíbulo, pude divisar una reja, y más allá de ella, una gran lámpara de araña colgaba del techo. Di un paso adelante hacia el suelo enmoquetado y de pronto me vi abrumada por la urgencia de mear. *¿Qué diablos estás haciendo?* Me moví lentamente más lejos hacia el vestíbulo, sin saber lo que pretendía hacer una vez que alcanzara el final. Cuando llegué a la mitad del pasillo, miré de vuelta a la puerta de la habitación y me vi de pronto abrumada por el recuerdo de los moteros. Inmediatamente supe que no podría escaparme. Más que cualquier otra cosa, quería mirar alrededor, pero no quería exponerme al mal genio de Caleb más de lo que ya lo había hecho. Di la vuelta. Cerré la puerta de la habitación tras de mí, con tanto cuidado como la había abierto.

—¿Encontraste lo que estabas buscando? —dijo una ronca voz masculina.

—No estaba buscando nada —repliqué, mi enfado le dio a mis palabras un tono más duro del que pretendía, en contra de mi miedo a ser atrapada. Caleb suspiró. Miré mientras se separaba de Celia y se giraba sobre su costado para encararme. Celia gimió, se abrazó a mi almohada y siguió durmiendo.

—Ven aquí —dijo él suavemente, pero sabía que no era una petición. Transmitiendo una confianza que no tenía, crucé la corta distancia entre nosotros y me quedé de pie junto a la cama.



Mientras estaba allí de pie, intentando que mis rodillas no chocaran entre sí, me miró de arriba abajo, y sólo con eso mi cuerpo entero se volvió incómodamente más caliente. Estiró una mano y pasó sus dedos desde mi codo a mi muñeca. Presionó sus labios contra el interior de mi muñeca.

—Me abofeteaste —dijo. Miró arriba hacia mis ojos y yo tragué saliva.

—Sí, Amo —susurré. Esperaba que dirigirme a él apropiadamente pudiera complacerle. Entrelazó sus dedos con los míos y apretó firmemente. Hice una mueca.

—Antes de ti, nunca había conocido a una mujer que se saliera con la suya así. — Las lágrimas caían de mis ojos. No pretendía ser valiente.

—Por favor, no me lastimes —balbuceé.

Me miró con calma, con una sonrisa reproduciéndose en sus labios.

—Bien, no haría falta mucho, ¿verdad? Ya estás destrozada. No sería ninguna diversión para mí. —Dejé salir un profundo aliento que no sabía que estaba conteniendo, y tomé otro—. Aun así, no puedo dejarlo pasar exactamente. —Sin pensarlo apreté su mano cuando habló—. ¿Para qué te estás preparando? — preguntó—. Ya te he dicho que no voy a lastimarte.

Inexplicablemente un llanto aprisionaba mi pecho, pero me las arreglé para responder.

—Ya me has lastimado, Caleb. ¿Por qué harías eso? ¿Por qué?

Se quedó callado por un largo instante antes de responder. —Esta cosa entre nosotros... tiene que parar. No me gusta. He intentado hacer esto fácil para ti, aunque suene ridículo. No puedo quedarme contigo, Livvie. Deja de intentar que lo haga.

Mi corazón se contrajo en mi pecho por el sonido de mi nombre. Lo recordaba. No me había imaginado esos momentos con él. Eran tan reales para él como habían sido para mí y era casi más de lo que podía soportar. Todo lo que decía era verdad. Había intentado manipularle desde la noche que me había contado la verdad. La noche que me di cuenta de que yo no era más que un objeto, una cosa que podía ser comprada y vendida.

No sentía culpa por ello, de todas formas. Caleb quería que sobreviviera y yo estaba dando lo mejor de mí. Había elegido mi camino y colocado con cuidado mis momentos. Caleb era mi vía de escape de todo esto y estaba dispuesta a hacer todo lo que pudiera para inclinarlo a mi favor. Lo que nunca había anticipado era la forma en que mis sentimientos se desarrollarían.

—No sé qué decir —repliqué finalmente.

Sonrió con tristeza. —No digas nada. Yo no debería haberlo hecho. Sólo métete en la cama.

Una mirada de sorpresa cruzó mi cara—. No me voy a meter ahí con los dos —dije francamente—. Además, estás desnudo.

Su risa fue un estruendo que me hizo sentir como una niña petulante, pero no me importó. Se incorporó, y la sábana hizo un mal trabajo cubriendo su pene engrosándose. Puso sus manos en mis caderas y amablemente me inclinó hacia delante. El calor se desplegó a través de mi vientre y miré por encima de su cabeza, mis ojos aterrizando en la figura durmiente de Celia.

Su aliento acarició mi vientre a través de la fina tela de mi camisón mientras hablaba.

—No te lo estoy pidiendo, Gatita. —Estaba a punto de decirle que no me sentía bien por tener que dormir junto a Celia cuando su boca caliente se cerró sobre mi pezón arrugado, y un insoportable tirón dentro de mí aceleró mi pulso e hizo que los labios de mi sexo se inflamaran.

Lo soltó rápido, pero el daño ya estaba hecho. La humedad residual dejada por su boca continuaba endureciendo mi pezón según lo acariciaba el aire. Mi respiración era aparentemente más dificultosa, pero Caleb parecía calmado y controlado.

—Ahora —dijo por encima del rugido en mis oídos—, ¿vas a meterte en esta cama y vas a dormirte, o estás intentando darme una razón para torturarte de mil maneras diferentes que no lastiman? —Un quejido escapó de mi garganta.

Me persuadió a acercarme a la cama, pero clavé mis talones y suavemente me negué a moverme. Caleb suspiró profundamente.

Sabía que estaba poniendo a prueba su paciencia, pero no podía ceder.

—Por favor, haz que se vaya —susurré.

—¿Eso no sería mezquino? —se burló de mí por la conversación anterior y sonreí a mi pesar. Me miró durante unos pocos instantes, luego puso los ojos en blanco alegremente y gritó—: ¡Celia! —Salté. Celia se despertó con un sobresalto y se frotó los ojos por el sueño.

—¿Sí, señor?¹⁶ —dijo, alarmada y atontada.

—Vuelve a tu habitación.

¹⁶ En español en el original.

Capítulo 13

Matthew se sentó en silencio durante unos minutos, tratando de sumergirse en la historia. ¿Qué podía decir él? No era necesariamente algún tipo de información relevante para ser recogida, pero estaba empezando a sentir curiosidad por Caleb y la clase de hombre que era.

Caleb parecía una persona muy conflictiva. En el pensamiento de Matthew, el conflicto no excusaba las acciones de Caleb, pero mientras estaba sentado en la habitación de Olivia en el hospital luchando para no notar el latido de excitación que experimentaba cada vez que se movía en su asiento y pensaba en Sloan, se preguntó si no compartía algo en común con el hombre. No era un pensamiento reconfortante de ningún modo, pero ahí estaba. Era curioso.

Mientras Olivia hablaba, recordó su conversación anterior sobre si los monstruos nacen o se hacen. Él creía que se creaban, al igual que Olivia, pero Matthew tuvo problemas con la noción de que esa crueldad, justificaba una crueldad adicional. O lujuria por ella.

En el caso de Matthew, sintió que debería ser capaz de subyugar su necesidad de ser humillado y dominado sexualmente. Sus deseos eran un remanente de una infancia pasada bajo el cuidado de una mujer débil y de ser verbal y físicamente abusado por un hombre aún más débil. Que ese Matthew se hubiera convertido en una persona de convicciones férreas y seguro de sí mismo era una bendición, pero su necesidad de ser objeto de abusos de vez en cuando era una maldición con la cual luchaba en cada relación romántica que tenía.

Matthew se preguntó si, en el caso de que la situación fuera al revés entre él y Caleb, hubiera hecho alguna diferencia en cómo ambos resultaron. ¿Sería Matthew un secuestrador? ¿Caleb sentiría la necesidad de someterse en lugar de dominar? ¿O ciertos aspectos de la personalidad de una persona arraigaban en ella desde el nacimiento?

Un fuerte sonido metálico proveniente de su laptop sacó a Matthew de sus pensamientos. Recibió un correo electrónico del Agente Williams. Probablemente era grosero abrirlo, pero estaba contento por la distracción y la información podría ser importante.

—Lo siento. Tengo que leer este correo electrónico —dijo Matthew.

—¿Me puede contar lo que dice? —preguntó Olivia. Parecía necesitar también una distracción.

El dedo de Matthew se desplazó a través del correo electrónico. Frunció el ceño mientras repasaba piezas de información, arqueando la boca con expresiones diferentes en función de lo que leía.

—Supongo. Puede ser útil si me puede decir algo nuevo.

—Puedo intentarlo —dijo ella, y Matthew se dio cuenta que le creía. Todavía creía firmemente que Olivia sufría de Síndrome de Estocolmo, pero eso no significaba que estuviera tratando de detenerlo de hacer su trabajo.

—Balk Demitri ha pasado por un montón de problemas para ocultar su pasado. De acuerdo con esto, antes de 1988 era conocido como Vladek Rostrovich. Al parecer, era un traficante de armas de poca monta fuera de Rusia —dijo Matthew—. Desapareció después de '88, y luego reapareció como Balk en el 98. En 2002, su compañía se hace pública y se convierte en un millonario de la noche a la mañana.

—¿Qué significa eso? —preguntó Olivia.

—No estoy seguro —dijo Matthew. Era evidente que no podía dar a Olivia todos los detalles. Ella no tenía necesidad de saberlos. Sin embargo, esperaba darle algo de información que pudiera guiarla hacia la divulgación de información que preservaba o no sabía que tenía.

Dada la información, Matthew conjeturó que Pakistán, al igual que muchos de sus vecinos, compró armas a traficantes de armas rusas en la década de 1980. Era la explicación más plausible acerca de un cruce de caminos entre Rafiq y Vladek. Por un momento, Matthew se preguntó si la mala sangre entre Rafiq y Vladek giraba en torno a la venta de armas a los enemigos de Pakistán, pero no parecería ser el tipo de cosa que podría justificar una venganza que abarcaba veinte años. Tenía que ser personal.

Al menos ahora, Matthew tenía un calendario de cuándo podría haber ocurrido. Además, dado el hecho de que Olivia había sido secuestrada con fines de trata de personas y no de drogas o armas de fuego, había una gran pieza perdida en el rompecabezas.

—¿Alguna vez Caleb mencionó por qué él y Rafiq querían a Balk muerto?

Olivia ladeó levemente la cabeza hacia un lado y levantó la vista hacia el techo como si la respuesta estuviera escrita allí. Matthew reconoció el comportamiento de alguien tratando de recordar algo. Encontraba interesante cómo la gente, con todas sus diferencias, permanecían esencialmente iguales.

Olivia finalmente respondió:

—Sí y no. La noche que Caleb me dijo que era... —De pronto se veía triste.

—¿Qué pasa? —preguntó Matthew.

—Creo que tiene razón, Reed —dijo ella, su voz sonaba áspera en los bordes—. Voy a necesitar mucha terapia.

—Lo siento —dijo, y realmente lo hacía.

—Yo también —susurró ella y respiró hondo—. De todos modos, la noche que dijo que planeaba venderme, me dijo algo acerca de Balk, que necesitaba pagar por lo que le hizo a la madre y hermana de Rafiq. Al parecer, él le hizo algo a Caleb, también. Lo recuerdo porque después me cuestioné si fue allí donde Caleb se hizo las cicatrices en su espalda.

—¿Lo fue? —preguntó Matthew.

Ella miró hacia otro lado, emocionándose de nuevo.

—No. Dijo que fue un tipo llamado Narweh. No me dijo mucho, sólo que él fue el que lo azotó cuando era más joven. Caleb dijo que su vida fue un infierno hasta que... Rafiq lo rescató. —Matthew escribió todo con la esperanza de que todas las piezas encajaran en su lugar pronto. Cada pieza era valiosa porque sabía que solas no significaban nada, pero juntas lo llevarían hacia la visión de todo el panorama.

Eso es lo que él quería. Era para todo lo que él vivía: resolver rompecabezas.

—¿Dijo algo más sobre esta persona, Narweh? ¿Tiene un período de tiempo de esto?

Olivia negó con la cabeza.

—Lo siento, no. Sé que Caleb era más joven que yo cuando sucedió.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo. Nosotros... nos volvimos muy íntimos cerca del final, Reed. La última vez que usted estuvo aquí y Sloan acababa de salir, tenía miedo de que tal vez me lo hubiera inventado. Tenía miedo de que lo que siento por Caleb fuera mi modo de sobrevivir. Entonces pienso en todas las cosas que me dijo. Pienso acerca del modo en el que todo el mundo le ponía a parir por ser suave conmigo, y yo... no creo que me lo inventara. Es real. Lo que siento por él es real —dijo Olivia.

—No podría decirle de un modo u otro —Matthew se encogió de hombros—. Mi trabajo es el caso, no determinar si sus sentimientos son reales. No digo que sus sentimientos sean irrelevantes, es sólo que nadie puede responder a esa pregunta, solo usted.

—Lo sé, Reed. Yo sólo...

—Lo sé, señorita Ruiz —dijo Matthew—. Cuando todo esto empezó, mi trabajo consistía en obtener su declaración y llevar a alguien ante la justicia. Se ha convertido en algo mucho más grande de lo que yo, o mis superiores habíamos anticipado. No quiero herir sus sentimientos, o dejarlos de lado, pero en conclusión: Alguien tiene que parar esa subasta. ¿Todo lo demás? No estoy seguro —dijo Matthew.

Él había hecho un montón hablando con Olivia en la última semana. Había aprendido algunas cosas, pero en cualquier caso si eso lo conduciría a la subasta todavía no estaba claro. Afortunadamente, tenía un equipo trabajando en ello ahora.

—¿Por qué no me cuenta el resto?

Olivia estaba mirando de nuevo, pero asintió.

—Sí, ¿por qué no?

* * * *

Mi apego a Caleb estaba evolucionando, pero no era sólo eso. Me encontré anticipando sus necesidades y aprendiendo el significado detrás de sus muchos silencios. Algunos días, era brutal y me apresuraba a obedecer todos sus caprichos tan impecablemente como era capaz. Otros días, parecía contento sólo teniéndome cerca mientras se ocupaba de las cosas cotidianas.

A Caleb le gustaba leer, pero cuando le pregunté, nunca me hizo saber qué era lo que estaba leyendo. Cuando mencioné lo mucho que me gustaba leer, me regaló un ejemplar de Shakespeare, *Hamlet*. Pensé que era irónico que me diera una historia sobre la obsesión de un hombre por la venganza y cómo literalmente estaba envenenando todo a su alrededor. Él no parecía encontrarlo divertido, pero me dejaba conservar el libro de todos modos. No estaba segura de qué pensar acerca del gesto.

He pensado mucho sobre la noche en que tuvo relaciones sexuales con Celia delante de mí. Era un recuerdo doloroso por muchas razones, pero lo peor parecía ser mi persistente sensación de celos. No importa la circunstancia, descubrí que tener a Caleb cerca era mejor que no tenerlo alrededor. No era sólo su presencia lo que llegué a desear, sino al hombre mismo.

Varias semanas después de la noche con Celia, estaba por fin libre de todas las cintas y vendajes. Mis costillas todavía dolían de vez en cuando, pero no era el horrible tipo de dolor que me robaba el aliento. Abrí los ojos y todavía estaba oscuro en la habitación, pero con luz suficiente para sugerir que era por la mañana. Celia no había abierto las cortinas todavía. Bostecé y me estiré. Tuve cuidado de no golpear a Caleb mientras dormía a mi lado.

No tuve las pesadillas frecuentes nunca más, pero cuando Caleb optaba por no dormir en mi habitación, me encontré a mí misma aterrorizada de la oscuridad y sin poder dormir. Tal había sido el caso la noche anterior que había terminado gritando su nombre en voz alta una y otra vez hasta que abrió la puerta enojado en calzoncillos y me preguntó por qué demonios estaba gritando.

Tan pronto como lo vi me relajé. Corrí hacia él y puse mis brazos a su alrededor. Con mi cara hundida contra su pecho inmediatamente respiré en la comodidad y la seguridad. Él parecía molesto, pero limpió mi cara y me dijo que me metiese en la cama, que se quedaría.

Sabía que la mañana traería consigo un cambio en él, la forma en que se comportaba hacia mí, y no estaba dispuesta a aceptar todavía. Era irónico, porque al principio, odiaba la oscuridad. Había pasado tanto tiempo en esas primeras semanas de mi cautiverio, anhelando el sol y la luz en mi cara. De repente, parecía todo lo contrario. En la oscuridad, mi Amo bajaba la guardia y era Caleb de nuevo. No me corregía. No me castigaba. No me alejaba emocionalmente. Caleb estaba allí para sostenerme hasta que las pesadillas pasaran. Estaba allí para decirme que era hermosa. Estaba allí para decirme que iba a estar bien. En la oscuridad, me seducía. Yo no quería que la seducción terminara.

Me volví hacia Caleb lentamente, mirando su espalda. Había visto sus cicatrices antes, las había besado, pero Caleb nunca me había dejado que las estudiara. Con sus ojos tan firmemente cerrados y respirando profunda y constantemente, me aproveché de la situación para satisfacer mi creciente curiosidad. Incluso en la penumbra, distinguí las líneas gruesas que atravesaban su piel bronceada. Casi parecían como ronchas, pero me di cuenta que habían sido curadas hacía un largo tiempo.

Incapaz de resistirme, acerqué mi dedo y lo deslicé desde sus hombros hacia alrededor de la mitad de su espalda. Él gimió y se movió un poco, y retiré mi mano. Esperé unos segundos impacientes para ver si se despertaba, y cuando no lo hizo, fui por el mismo lugar otra vez. La piel se elevaba levemente unos grados y me maravillé sobre cuántas eran. *¿Cómo te hiciste esto?* Mi curiosidad me hizo más audaz y apreté mi mano sobre su piel dejándola viajar a lo largo y ancho de su espalda. Había docenas de ronchas minúsculas. *¿Quién te hizo esto? ¿Es por eso que eres cómo eres?*

Sin pensarlo, me acerqué y apreté los labios en la carne maltratada. Caleb era suave, más suave de lo que esperaba que fuera dada su firmeza. El pequeño e invisible cabello rubio se encontró con mis labios y sonreí contra su piel. Nunca había estado tan cerca de un hombre como lo estaba de Caleb. Todo con él era un nuevo descubrimiento. Por supuesto, la mayoría de las cosas que descubrí acerca de Caleb eran horribles, pero a veces... a veces descubría que era suave.

Permanecí sobre su piel desnuda, arrastrándome más y disfrutando de él. Nunca más me pidió que lo tocara. Pensé en el momento en que me pidió que lo tocara. Había estado indecisa en ese momento. Lo odiaba. Me sorprendí al darme cuenta de que ya no le odiaba más. Sentía tantas cosas hacia él, y sí, el odio estaba tal vez entre ellas, pero había otras cosas también, mucho más complejas que el simple odio.

Caleb planeaba venderme. Lo odiaba por eso. ¿Todo lo demás? Me sorprendí al darme cuenta de que podría, quizás, perdonarle. Luché contra la idea todos los días, en cada oportunidad, diciéndome que sólo me dejaría en ruinas... pero mi corazón. Mi corazón, independiente de mi lógica, había reservado un lugar para mi verdugo y mi consuelo.

Estaba perdida en mis pensamientos, acariciando la espalda de Caleb cuando dejó escapar un suspiro brusco y dio un manotazo en el hombro que casi me golpea. Me estremecí y emití un sonido sobresaltado. De repente, se volvió y agarró la mano que había usado para tocarlo. Nos miramos el uno al otro por un momento, mis ojos bien abiertos y nerviosos, y él presumiblemente confuso y un poco enojado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con suspicacia. Sostuvo mi mano, como si acabara de sacarla de una caja de galletas por así decirlo, y ¿qué puedo decir?, actuaba como tal.

Descaradamente, saqué mi mano libre y le pregunté:

—¿Qué le pasó a tu espalda?

Me miró como si hubiera dicho algo desagradable, y luego se dejó caer hacia atrás contra la almohada mientras expulsaba un gran bostezo.

—Sabes, Gatita, cuando por primera vez decidí llamarte de esa forma, no me di cuenta de cuán acertadamente lo había elegido. —Leyó mi expresión de perplejidad y continuó—. La curiosidad mató al gato. —Sonrió, pero no pensé que fuera demasiado gracioso.

Bromas sobre matarme. Sí, no es gracioso.

—¿Dejarás de preguntarme, si te lo digo? —dijo. Se estiró. Traté de no distraerme con su cuerpo casi desnudo y el serio caso de erección matutina que tenía.

—¿Por qué seguiría preguntando si tuviera la respuesta? —dije sonriendo con valentía cuando él me miró.

—La mejor pregunta sería: ¿por qué tengo que aguantarte? —Sabía que pretendía ser bromista, pero lo único que había hecho era empujar nuestra

situación hacia un enfoque incómodo. Ambos sabíamos por qué me aguantaba, y la respuesta era una mierda.

Estaba a punto de mentir y decirle que no era realmente curiosa, pero Celia finalmente entró en la habitación con el desayuno. Celia. Las cosas sorprendentemente no eran tensas entre nosotras. Ella no había sido feliz de que Caleb la hubiera usado y que la mandara a paseo, pero a la mañana siguiente ella había entrado, como de costumbre.

Una vez, cuando Caleb no había pasado la noche y por lo tanto no había estado en mi habitación, a la mañana siguiente hablé con ella de nuevo. En realidad parecía un poco asustada cuando le tomé del brazo y le pregunté acerca del porqué de esa sonrisa que me había dado.

—Por favor no te molestes conmigo —me había dicho, y me sentí un poco arrogante y la dejé ir—. Él me trajo aquí por ti —continuó. Su expresión me sugirió que era estúpida por no saberlo, lo que por lo visto, sí que era.

—¿Qué quieres decir, por mí?

—Él se preocupa por ti. Se preocupa por ti de la forma en que desearía que mi Amo se preocupara por mí —dijo en un tono casi triste y pensativo—. En cierto modo, me alegré de que estuvieras celosa, lo podía ver en tu cara. Fue un cambio agradable después de sentir celos de ti.

Ella me había asombrado, nunca había considerado que estaba celosa. Nunca había considerado que mi posición fuese envidiable.

Después de que Celia concluyera su trabajo matutino, Caleb y yo todavía yacíamos en la cama, sólo nosotros dos. La sensación se hizo más y más confortable a medida que los días y semanas progresaban. Todavía no había sido capaz de convencerlo de que me dejase recorrer la mansión, como Caleb me informó que era, pero podía salir fuera a la terraza si él me acompañaba.

La vista era impresionante. Parecía ser el arquetipo de villa española, rodeada por exuberantes campos inferiores y cactus de flor en grandes vasijas de cerámica, emplazados en un balcón extravagante revestido de azulejos. Yo sólo había soñado con lugares de este tipo. Si bien, en mis sueños, nunca estaba viviendo allí como una prisionera. *Semánticas.*

—¿Desayuno en el balcón? —pregunté con más entusiasmo de lo necesario.

Él sonrió.

—¿Qué crees que es esto, unas vacaciones? —Sentía un pellizco firme en el centro de mi pecho cuando bromeaba conmigo. Pienso más bien que había llegado a gustarme. No la burla, sino el modo en que sonreía cuando lo hacía.

—Casi —dije, tímidamente.

Se tendió de nuevo, y se puso las manos detrás de la cabeza, luego me miró con incredulidad. Tenía una sonrisa jugando en sus labios.

—¿Tú... me *besaste* esta mañana? —Un calor inmediato subió a mi cara dándome por lo menos ocho diferentes tonos de rojo. Trabajé muy duro resistiendo contra la urgencia de enterrar mi cara en la almohada.

Mátame. ¡Mátame ahora!

Ni siquiera podía hablar, me limité a negar con la cabeza enfáticamente, pero la mirada en sus ojos me dijo que sabía que estaba mintiendo.

—Sí. Lo hiciste. —Esta vez sus burlas fueron un poco dolorosas. Estaba muy avergonzada y sabía que no lo dejaría pasar, las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos.

—¡No, no lo hice! —dije en una ráfaga de aire, y sentí el calor de mis lágrimas atravesar mi mejilla.

Rodó los ojos mientras se sentaba. Puso su dedo bajo mi barbilla e inclinó mi cabeza hacia arriba.

—¿En serio? ¿Lágrimas, Gatita? Me besaste. En contra de mi voluntad, debo añadir. ¿No debería ser yo el que llorase? —dijo. Se echó a reír a carcajadas mientras yo enterraba mi cara en la almohada nuevamente.

—¡Oh, vamos! —dijo en un tono molesto y puso su cara junto a la mía—. Lo dejaré estar.

Levantando la cabeza lentamente y enjugando mis lágrimas susurré:

—¿Lo prometes?

Él puso su mano alrededor de mi cintura, me acercó y me puso sobre mi espalda. Aturdida, simplemente lo miré.

—Absolutamente no —dijo. Cuidadosamente, traté de moverme, pero su peso me inmovilizó contra el colchón—. A estas alturas, debes saber que siempre consigo lo que quiero.

Mientras miraba fijamente sus enigmáticos ojos azules, era difícil ignorar la línea sensual de su mandíbula. Se evidenciaba la mínima huella de su incipiente barba por la mañana. Tenía el pelo rizado por el sueño y mientras pensaba que debería lucir ridículo, sólo estaba más apuesto. Caleb era una persona, con el cabello desordenado y desaliñado después de haber dormido y todo. Pero de todas las cosas difíciles de ignorar acerca del hombre que tenía encima de mí, había algo que sobresalía... literalmente. Estaba increíblemente duro entre mis muslos.

—¿Y qué es lo que quieres? —pregunté suavemente.

Nos miramos el uno al otro por lo que pareció una eternidad. Me miró de una manera que nunca había visto antes. No quería darle un nombre o clasificarlo. Estaba más que contenta sólo con que me mirase con esa expresión en el rostro.

Lentamente, llevé mis manos a su cara. No pude evitarlo. Sabiendo lo suave que podía ser, el impulso de tocarlo era algo que no quería combatir.

Parecía desconcertado por mi tacto y la sonrisa juguetona que tenía cayó de su rostro. Nuestros ojos se encontraron por un breve instante, y mis dedos sintieron la sacudida suave de su cabeza justo antes que de lo besara tan duro que ambos hicimos un sonido doloroso. Mi cerebro disparó impulsos nerviosos a cada parte de mi cuerpo, y el calor inundó mi piel y se fusionó entre mis muslos. Su lengua rogaba ser aceptada en mi boca y la abrí para él. Mis manos se entrelazaban a través de su pelo. Gimió en mi boca, y mi hambre por él explotó desde un lugar en el que había empezado a sospechar estaba allí desde hace bastante tiempo.

Empecé a tener un poco de miedo cuando se agachó y me levantó el camisón. *No creo que esté lista para esto.* Abrió mis piernas con su cuerpo, meciéndose a sí mismo entre mis muslos. Su pene estaba increíblemente duro. Quería decir algo, protestar de alguna manera, pero luego sentí el calor de él contra la humedad que había creado, y podría haber jurado que escuché como nuestros cuerpos encendidos despedían chispas. Retiró sus labios de los míos y con su boca caliente, se asió a mi cuello y comenzó a succionar. Tiré mi cabeza hacia atrás, sorprendida por la sensación de placer y dolor, una sensación que sólo se hizo más poderosa mientras el hijo de puta me mordía.

Jadeé con fuerza y mis manos instintivamente flexionadas en forma de puño agarraron su cabello y tiraron empujándole hacia atrás.

—¡Eso duele! —dije con los dientes apretados.

El tiró de mis manos liberándolas de su cabello y sosteniéndolas por encima de mi cabeza con su mano izquierda.

—¿Crees que no lo sé? —dijo.

El aspecto inconfundible de la lujuria se había apoderado de sus facciones y parecía casi salvaje en su intensidad. Estaba un poco asustada, pero mi deseo por él no dejaba que me afectase. Tiré de su boca hacia abajo, hacia la mía. Mi corazón se cerró alrededor de mi pecho mientras el fuego líquido en mis venas parecía quemarme de dentro hacia fuera.

Súbitamente, sus caricias se volvieron suaves y me besó tan gentilmente que quería llorar de nuevo.

—Estás tan mojada, mi polla está cubierta dentro de ti —susurró contra mi boca. Gemí en voz alta ante sus palabras, y sabía que mi decisión estaba tomada.

—Hazme el amor —contesté. Mi voz sonaba extraña a mis oídos. Su corazón latía con fuerza contra mí y su pene se retorció contra mi sexo. Respiró profundamente de manera irregular y colocó su frente contra mi hombro. En el silencio, mi hambre peleó con mi creciente vergüenza acerca de la idea de que diría algo cruel o haría alguna broma tonta. Me gustaría dar marcha atrás, deshacerlo.

Por fin empujó su cabeza hacia atrás y me miró. No podía descifrar el mensaje en sus ojos. Transmitió tantas cosas a la vez: necesidad, ira, confusión, y algo más.

—Joder —dijo.

Sus hombros se hundieron sutilmente y lo que me preocupaba era la parte donde él iba a decir algo que me haría desear arrastrarme dentro de mí misma y morir. Quería decir algo, tal vez ofrecer algún ataque preventivo, como: ‘Sólo estaba bromeando’, pero no pude decir nada.

Entonces, para mi alivio, soltó mis manos y deslizó los tirantes de mi camión bajo mis hombros, dejando al descubierto mis pechos.

—Tienes las tetas más bonitas. —El calor ascendía sobre mi carne, y mis pezones se endurecieron.

—¿Gracias? —dije, insegura.

—De nada —dijo con una sonrisa y puso su boca alrededor de mi pezón dolorido.

Traté de envolver mis brazos alrededor de él, pero estaban atrapados en los tirantes de mi camión. Invasión por un torrente de sensaciones, apreté los muslos con fuerza en un intento de cerrarlos y estrujar a Caleb cerca de mi cuerpo mientras me retorció bajo su toque lento. Él chupó y mordió un pezón y luego el otro, y no descuido ninguna parte en el medio. Cerré los ojos y nadamos en un mar de placer, dolor y añoranza.

Creo que te amo.

El pensamiento se arremolinaba en mi cerebro como un tornado furioso rogándome decir las palabras en voz alta, pero no pude, quizá no podría. Me sentí como si pudiera tener un orgasmo en ese momento, antes de que él estuviera incluso dentro de mí, con anterioridad de que me hubiese tocado allí. Estaba al borde, lo cual se sentía delicioso y molesto.

¡Dilo! Creo que te amo.

Él se agachó entre nuestros cuerpos y deslizó su ropa interior más allá de su erección.

¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios mío!

—Espera —dije, sin aliento. Caleb se detuvo.

—¿Qué? —preguntó. Sonaba auténtico en su preocupación.

—Sé amable, ¿vale? —susurré en voz baja y me resigné. La mirada en sus ojos se volvió devastadora. Era como si me quisiera desgarrar con los dientes, y yo probablemente se lo habría permitido.

—No te preocupes, Gatita. No voy a follarte —dijo a través de una sonrisa triste.

Antes de que pudiera preguntarle por qué diablos no, el pulso caliente de su grueso y duro pene dilatado se extendió sobre los labios de mi sexo. Frotó la carne dura, pero flexible de su sexo contra el brote hinchado de mi clítoris y yo estaba paralizada. Desesperados sonidos de maullidos salieron de mi garganta, y mis caderas instintivamente se balancearon hacia atrás y hacia adelante contra su calor. Iba a correrme e iba a ser increíble. Arriba y abajo movía su pene contra mi piel sensible, y lo único que podía hacer era languidecer mientras trataba de tener mis estúpidos brazos fuera de mi camión para poder tocarlo. Su boca viajó por mi cuerpo y se acurrucó en la parte de atrás de mi cuello. Me mordió de nuevo, pero esta vez me incliné hacia él.

—¿Se siente bien, Mascota? —preguntó en un tono de voz rezumando arrogancia. No me importaba. Asentí con fervor, y busqué su boca. Dejó sus labios bailar justo por encima de los míos, todo al mismo tiempo que mantenía su ritmo contra mi clítoris—. Quiero oírte decir. Dime que se siente bien. Dime cuánto quieres que haga que ese pequeño coño tuya se corra.

¡Oh Dios mío!

Cada músculo de mi cuerpo se tensó de repente. La apertura de mi coño se contrajo y se aferró a lo que no estaba allí. Mi corazón latía con fuerza y mis manos se agarraron a las sábanas mientras mis piernas presionaban contra Caleb tan fuerte como podía. El orgasmo estalló en mi cuerpo de manera indiscriminada, engullendo todo a su paso, y estaba tan abrumada, las lágrimas corrían por mi cara.

—¡Te amo! —grité. No pude evitarlo y seguí llorando, aún mientras el semen caliente de Caleb salpicaba contra mi sexo y vientre.

Él jadeó duro y agarró su pene, expulsando todo lo que tenía sobre mí. Luego agarró mi culo con fuerza y me apretó mientras su boca una vez más encontraba la mía. Me besó hasta que ambos nos apaciguamos algo, y luego suavemente se derrumbó contra mí.

Capítulo 14

Caleb sabía que su peso probablemente estaba aplastando a Livvie, pero no estaba preparado para hacer frente a esta nueva y provocativa situación. Suponía que era común para una persona, especialmente una persona de sexo femenino, decir las cosas más increíbles en la agonía de la pasión, pero de hecho, él no podía decir que le hubiera pasado antes. Ella había dicho que lo amaba. Lo había dicho durante un orgasmo muy intenso, pero lo había dicho de todos modos. Incluso ahora, sentía el calor y la humedad de sus lágrimas en su hombro. No estaba llorando, o lloriqueando. De hecho, la forma en que estaba acariciando su muslo con los dedos le sugirió que estaba muy contenta, si no saciada.

Queriendo poner un punto final a su malestar, derivado tanto de sus propios pensamientos, como también de la sensación de calor y pegajosidad, se movió para apartarse de Livvie. Ella hizo una serie de sonidos acomodándose mientras él iba quitándose de su lado, limpiándose el semen de la parte inferior de su abdomen con el borde del camisón. Ella arrugó la nariz, como si fuera la cosa más asquerosa que jamás había visto, él no reaccionó.

No le gustaban las sensaciones que corrían a través de él. Rememoraba el incidente en su mente, tratando de encontrar el momento exacto en el que había perdido el control y caído bajo el hechizo de la mujer que se suponía que era su prisionera. Ella ni siquiera podía moverse, pero era imposible ignorar el dominio que ejercía sobre él con sus grandes ojos inocentes y la boca sensual temblorosa.

Se subió los calzoncillos y se sentó en el borde de la cama, tratando de pensar en qué decir. Oyó su suspiro satisfecho justo antes de sentir la calidez de su mejilla presionada contra su espalda causando que un hormigueo se esparciera a través de él. Ella envolvió sus brazos holgadamente alrededor de su cintura.

—Por favor, no lo hagas —Livvie susurró suavemente contra su espalda.

—No hacer, ¿qué?

—Cada vez que sucede algo bueno entre nosotros... eres perverso después. — Livvie se apretó contra su espalda y lo abrazó con más fuerza.

La confusión de Caleb estaba volviéndose ira, pero sabía que ella tenía razón. Su instinto era arremeter en un esfuerzo por tener distancia entre él y Livvie. La había llamado cobarde, la amenazó con humillación y violencia, incluso se folló

a otra mujer delante de ella para tratar de detener lo que estaba pasando entre ellos. Nada de eso funcionó. Aquí estaban en otra situación emocionalmente comprometida. Era agotador.

¡Te amo! Las palabras de Livvie se hicieron eco a través de los pensamientos de Caleb. Bajó la mirada hacia los brazos de Livvie, la forma en que ella lo sujetaba allí. Se dio cuenta de que era una súplica silenciosa: "*Yo podría quedarme contigo... estar contigo.*" Caleb cerró los ojos y se permitió colocar su mano en el brazo de ella, conteniéndola allí a cambio.

—No puedo —le respondió, sabiendo que sus palabras eran extrañas. Livvie no había hecho una pregunta ni solicitaba una respuesta, pero sabía que iba a entender lo que estaba tratando de decirle.

—¿Por qué, Caleb? ¿Por qué no? —susurró. Caleb tragó saliva con fuerza. Ella lo comprendería. Sabía que lo haría, pero le afectaba, no obstante.

¡Porque nada de esto tiene un maldito sentido! Quería gritar las palabras, pero dijo:

—Me tengo que ir.

—No, no, Caleb. No tienes que irte. —Sus brazos se agarraron a él obstinadamente como atornillándose.

Caleb quería corregirla, una vez más, por usar su nombre, pero sentía ridículo hacerlo en este momento. Livvie era jodidamente obstinada. No importaba lo que él dijera o hiciera. En última instancia, no eran más que algunas órdenes que ella no obedecería. Si había alguna transigencia en el asunto, era que no lo hiciese delante de otros.

—Necesito tomar una ducha —dijo él, con la esperanza de que la lógica prevalecería.

—Necesito tomar una también —respondió ella—. ¿Podríamos tomarla juntos? Necesito tu ayuda.

Caleb se rió con tristeza:

—No necesitas mi ayuda. Odias mi ayuda.

Livvie frotó la mejilla contra la parte posterior de Caleb mientras se reía.

—Razón de más para que me ayudes. Te encanta hacer cosas cuando te pido que no lo hagas, es un poco lo tuyo.

—Lo es, ¿no es así? —acordó Caleb.

—Así es. También... —ella se movió incómoda—, hay algo que he estado pensando. —Caleb estaba para su disgusto intrigado por el tono dubitativo, pero excitado de su voz.

—¿Y qué, exactamente, podría ser eso? —preguntó Caleb.

Livvie movió su cuerpo hasta que estuvo de rodillas detrás de él y luego presionó sus pechos desnudos contra su espalda para susurrarle al oído. Los ojos de Caleb se abrieron levemente y su corazón se aceleró.

Durante los últimos meses, Caleb había tomado ventaja durante sus encuentros sexuales, y aunque ella siempre había estado muy húmeda cuando la tocaba y tuvo varios orgasmos, siempre había sospechado que su corazón no estaba en ello y a él no le importaba. De algún modo, las cosas eran diferentes ahora.

—Hazme el amor.

Él sólo pretendía jugar el juego que ellos siempre habían jugado, el que lo presentaba a él como el Gran Lobo Feroz y ella como la pequeña y asustada Caperucita Roja. No había estado preparado para el beso o....

—*¡Te amo!*

Después de que ella hubiera sido lastimada, la trataba como si fuera cristal delicado. Había tenido cuidado de no herirla algo más, o causarle un dolor innecesario. Desafortunadamente, eso le había permitido a ella abrirse paso hacia algo más que sus pensamientos. Por primera vez desde que su vida había descendido a este lugar oscuro, algo parecido al cuidado de otra persona encontró un lugar para prosperar dentro de él.

Parecía que había pasado una vida desde que Caleb la había hecho someterse a la voluntad de otro: Eso casi lo había matado la última vez. Sin embargo, el dominio de ella sobre él... era mucho más que físico.

—¿Gatita? —dijo.

—¿Sí? —dijo Livvie vacilante.

—Me corrí sobre ti —dijo Caleb a través de una sonrisa.

Livvie rió:

—Sí. —Besó el cuello de Caleb—. Yo también estoy bastante pegajosa.

—¿Ducha?

—Absolutamente —dijo Livvie.

Caleb entró en el baño y miró primero hacia la ducha y luego a la bañera. Cualquiera serviría a su propósito, pero cada uno tenía su propio atractivo. La

ducha tenía un banco, y el recinto de cristal atrapaba el vapor para mantenerlos cómodos cuando no estuviesen bajo el chorro directo de agua. Caleb tuvo una visión de Livvie aprisionada contra el vidrio. Lo dejó aturdido por un momento.

—¿La ducha o la bañera? —preguntó Livvie.

—Me estaba preguntando lo mismo. Supongo que depende de ti. Esta es tu fantasía después de todo —sonrió Caleb y se volvió para mirar a Livvie ruborizarse.

Ella juguetonamente le dio una palmada en el pecho.

—¡Sí, claro! Estoy segura de que tú vas a odiarlo. —Sonrió brillantemente, pero luego pareció dudar de sí misma.

—¿Qué sucede? —preguntó Caleb.

—Nada. Es sólo que... —se mordió el labio inferior y luego comenzó a tocarlo con las uñas.

Caleb retiró la mano de su boca.

—Es solo, ¿qué? ¿Cambiaste de opinión? —Estaba a la vez aliviado y molesto.

Ella negó con la cabeza ligeramente.

—No, es sólo que... nunca he hecho esto antes. —Miró hacia abajo a sus pies, luego a él de arriba hacia abajo.

Caleb quería ayudarla, realmente quería. Quería hacerle saber que no importaba. Cualquier cosa que se dignase a hacerle a él, o con él, sería perfecto. Pero, francamente, verla retorcerse era demasiado divertido para dejarlo pasar.

—¿Nunca has hecho qué? —preguntó y se dirigió a la ducha para abrirla. Esto podría tornarse alborotado. La ducha era perfecta para eso.

Livvie puso los ojos en blanco con exasperación—: Tú sabes qué.

—Gatita —dijo mientras el sonido del agua corriendo se hizo eco por toda la habitación—. Si no puedes decirlo, ¿cómo esperas hacerlo? —Livvie se sonrojó y Caleb sonrió.

—No te burles de mí, Caleb. No me gusta ser objeto de burla —dijo, y se cubrió los pechos. A Caleb no le gustó mucho eso.

Se acercó más, excitándose, con solo tomar a Livvie con la mirada. Era hermosa. Había sanado casi por completo y Caleb no podía dejar de sentirse... agradecido. No habría ninguna cicatriz para Livvie. Al menos, no en el exterior.

El pensamiento de las cicatrices mentales de Livvie le detuvo. Él había estado teniendo sueños últimamente, viejos recuerdos que lo bombardeaban en medio de la noche. Cuando había sido rescatado la primera vez, estas habían sido un hecho recurrente casi todas las noches, pero después de un año o dos con Rafiq se habían detenido. Cuanto más fuerte se había hecho, más seguro de sí mismo y de su destino, más pacíficamente dormía. Odiaba especular sobre por qué los sueños habían vuelto ahora y por qué muchos de ellos involucraban a Rafiq.

Caleb se paró frente a Livvie y tiró de su cabeza contra su pecho.

—No me estaba burlando, pero Gatita... no deberíamos hacer esto. —Caleb se sorprendió al tener a Livvie retorciéndose en sus brazos y empujándolo hacia atrás. Se tambaleó un paso atrás, pero rápidamente se puso derecho.

Livvie lo fulminó con la mirada.

—No. Vamos a hacerlo. Vas a sacarte esos pantalones cortos y entrar en la ducha —señaló ella—, y yo voy a... a....

Caleb se cruzó de brazos y observó divertido y petulante como Livvie luchaba para encontrar las palabras y se sonrojó algo furiosa en el proceso.

—Chuparme la polla.

—¡Sí! ¡Eso! —dijo Livvie seria.

Caleb se rio.

—No hasta que lo digas. De hecho, no hasta que me lo ruegues.

Los ojos de Livvie chispearon de indignación.

—¿Quieres, que te ruegue, que me permitas chupar tu polla? Eso es... eso es... eres un cerdo.

Caleb se enderezó.

—No, soy tu Amo. —Algo de color pareció desaparecer de la cara de Livvie—. ¿Lo olvidaste? ¿El que te haya permitido utilizar mi nombre cuando estamos solos lo ha hecho menos cierto?

—Por supuesto que no, Caleb. Lo siento.

Caleb no estaba enojado, un poco inquieto tal vez, pero no enojado. Razonó que quizás regresar a algún tipo de normalidad les haría superar la incomodidad.

—Puedes llamarme por mi nombre cuando estamos solos, he llegado a esperarlo, pero esto no significa que tengas derecho a olvidar quién y qué soy yo para ti. ¿Entiendes? —Empujó un rizo irregular de cabello azabache detrás de su oreja. Lo tenía mucho más largo. Hermoso.

—Sí, Caleb —susurró ella e inclinó la cabeza hacia su mano. Poco a poco, sus ojos se centraron en los suyos, sus pupilas cada vez más grandes—. Por favor, Caleb, déjame chuparte la polla.

Caleb estaba definitivamente mareado. El oírla decir cosas sucias lo llevó a un punto de dolor físico. Se aclaró la garganta. —Métete en la ducha, Gatita.

Su mano se estiró hacia él y audazmente la envolvió alrededor de su miembro. Caleb siseó y la empujó hacia la ducha, sujetándola contra el vidrio caliente.

—No lo voy a repetir —dijo Caleb. Livvie agarró el pene de Caleb aún más duro y él gimió sobre su cabeza, meciendo sus caderas contra su mano. Este era un lado de ella que Caleb no había visto, no sexualmente. Le gustaba.

—Estás tan duro —gimió y se movió retorciéndose contra él.

—Sácala —instó Caleb la urgencia y el anhelo en su voz fue un vehemente estupor. Pasó las manos por el cabello de Livvie, amando la sensación de su cálido aliento contra su muñeca. Miró en la piscina de líquido negro que eran sus ojos, era tan inocente, tan sorprendente. Se lamió los labios ávidamente preparando su asalto sobre su presa, inclinando la cabeza hacia abajo, contra su boca. Ella se apartó, sus ojos se encontraron en un momento delicado y sensual. Sus ojos continuaron mirándolo mientras ella se deslizaba hacia abajo sobre sus rodillas.

Caleb dejó escapar un gemido silencioso mientras sus dedos temblorosos se enrollaban a lo largo del interior del cinturón de sus pantalones cortos. Él inclinó la cabeza hacia atrás queriendo saborear cada momento de sus suaves dedos sobre su piel. Se balanceó hacia delante mientras sus pantalones cortos se deslizaban hacia abajo y, finalmente, sus dedos hicieron contacto con su carne rígida, liberándolo. Parecía que no existía nada más, nada, solo Livvie. Ella estiró y envolvió cuidadosamente su mano alrededor de su caliente longitud. Aunque lo apretó, sus dedos apenas lo tocaron.

Incapaz de resistirse, él se balanceó hacia delante tocándola en los labios.

—Eres una engreída. Te dije que te metieras en la duch... —No pudo decir el resto porque la lengua de Livvie se movió a través de la punta de su pene. Él miraba, estupefacto, como Livvie se alejaba y gotas de su líquido pre seminal dejaban un rastro resbaladizo en el labio inferior. Su lengua de Gatita salió disparada a recogerlo.

Livvie tragó.

—Sabes bien.

Caleb tomó una bocanada de aire que sacudió su pecho.

—Tú sabes mejor —dijo él y pasó el pulgar por el labio gordo, rosado. No podía esperar para volver a entrar en su boca y ver esos putos labios sensuales deslizándose de arriba a abajo por su polla. Gimió cuando ella abrió la boca y le chupó el pulgar.

—Gatita. Entra en la jodida ducha. Ahora.

Livvie le dio a su pulgar una última lamida amorosa.

—Sí, Caleb. —Se puso de pie lentamente y abrió la puerta de la ducha. El vapor se desvió hacia fuera, rociando su cuerpo con gotas de humedad.

Caleb se apresuró, deseoso de tocarla, de ser tocado por ella. Cerró la puerta de la ducha detrás de él y un momento después la agarró y la inmovilizó contra la pared con su cuerpo. El agua caliente de la ducha caía en cascada por encima de ellos mientras levantaba sus piernas alrededor de su cintura y la mantuvo en ese lugar mientras se besaban.

Livvie gimió en su boca, sus manos aferradas a los hombros y tirando de él aún más. Sus piernas apretándole, presionando su vagina sin experiencia contra el estómago de Caleb en una súplica desesperada por sus atenciones.

Las manos de Caleb recorrían su cuerpo resbaladizo, ahuecando su culo y hundiendo sus dedos en su carne firme y flexible. Reacio a seguir adelante, pero con ganas de disfrutar el resto de ella, deslizó su mano hacia arriba hasta su pecho izquierdo, el pulgar y el índice para encontrar su pezón pequeño y duro y moverlo en círculos mientras sus caderas giraban. Su miembro, duro y goteando, chocó contra su culo y Caleb curvó su cuerpo, buscando la cálida hendidura entre sus nalgas.

—Oh. Dios —gimió Livvie. Se unió al ritmo de Caleb, aflojando los brazos para que su culo se encontrara con la resbaladiza polla de él.

—¡Joder! —gritó Caleb, apretando a Livvie hasta que ella gimió.

—Caleb, mis costillas —dijo en voz baja y sin detener sus movimientos contra él.

—Lo siento —Caleb disminuyó ligeramente su agarre. Sólo lo suficiente como para dejar de hacerle daño.

—¿Qué está pasando? —se quejó Livvie y se balanceó contra él—. Pensé que iba a chuparte la polla.

El pene de Caleb palpitaba y saltó entre las nalgas de Livvie. Si esperaba más tiempo, le iba a exigir estar en su culo. El pensamiento fue suficiente para que más gemidos salieran de él, pero, maldita sea, quería una mamada. De repente, puso a Livvie de pie y le dio un momento para ganar equilibrio antes de ponerle la mano en el hombro e instarla a ponerse de rodillas delante de él.

—Hazlo. Ahora mismo —dijo él.

No hubo discusión, ni vacilación, y el pecho de Caleb parecía expandirse con orgullo mientras Livvie se lamía los labios y ponía su boca sobre él. Las rodillas de Caleb se doblaron ligeramente y no pudo resistirse a metérsela dentro de su boca, obligándola a recuperar el equilibrio. Gruñó bajo, como si no quisiera que ella lo oyera, empujando tanto como pudo sosteniendo su cabeza entre sus manos y haciendo su camino.

Su boca era cálida y suavemente tierna a pesar de su inexperiencia obvia. Lo tomó en sus manos, lamiendo la cabeza de su pene lentamente, y luego se lo puso en la boca. Caleb luchaba contra todo impulso de obligarla a ir más profundo. Quería que ella lo hiciera por su cuenta.

—Mmm —gimió ella.

Caleb se hizo eco de sus sonidos, amando la vibración de los labios contra su polla. Quería más. Más. Más. Más. Su tacto y su boca estaban por todo el lugar deliberadamente. El dolor y el placer se mezclaban cada vez que accidentalmente lo rozaba con los dientes, pero luego le acariciaba ese sitio con su lengua.

—Profundo, Livvie. Por favor, mételo más profundo —se encontró a sí mismo diciéndolo. No podía pensar con claridad y no se daba cuenta de lo que había dicho.

Livvie gimió cuando trató de llevarlo más profundo, su boca se extendía sobre el tallo fuerte y macizo de su pene. Los dientes le rasparon, pero a él no le importaba, sabía que sería imposible tener siquiera la mitad de él, en la boca de ella.

Caleb se negó a tomar el control. Estaba comprendiendo el hecho de que esta era su fantasía y no la suya. Se preguntó cuánto tiempo había querido mamarle la polla y lamentó la pérdida de tiempo. Livvie fue profundo y Caleb sintió su garganta contraerse alrededor de la cabeza de su polla antes de que se apartara para llenar de aire sus pulmones.

Caleb apretó sus manos en puños a los costados, decidido a dejarla respirar antes de demandarle que lo colocase de nuevo en su boca caliente y húmeda. Suspiró cuando ella apoyó una mano en su muslo para mantener el equilibrio y con la otra sostenía su polla en su lugar mientras lo tomaba nuevamente.

Ella aumentó su ritmo, permaneciendo con los ojos cerrados y concentrándose en ello. Era más de lo que Caleb podía soportar.

Incapaz de resistirse, se agachó hacia su polla y envolvió sus manos alrededor de las de ella, guiándola hacia arriba y hacia abajo con el ritmo de su boca.

Redujo la velocidad, y Caleb luchó para no empujar. Más duro. Más rápido. Más profundo. Caleb le tomó la mano con firmeza, moviéndola hacia arriba y abajo por toda su longitud. Con la otra mano le acariciaba el rostro, persuadiéndola juguetonamente para que continuase con su mamada enloquecedora, aliviado cuando comenzó de nuevo. Caleb quitó su mano, dejando a Livvie tenerlo a su modo una vez más. La mano de Caleb estaba cubierta de la saliva de Livvie, al igual que su polla.

Livvie maullaba y gemía alrededor de su polla, chupándolo profundamente mientras su lujuria crecía y su instinto se hacía cargo. Le bombeaba con su mano y movía sus labios con velocidad creciente y una presión firme sobre la punta de su polla.

Caleb se acercaba a su clímax, su cuerpo tenso como un arco. Respiró profundamente y acariciando con las manos los hombros de Livvie, alentándola. De repente, agarró con los puños su cabello y sacó la polla de su boca húmeda.

—Abre la boca —exigió.

Livvie estaba impotente mientras él mismo se empujó violentamente otra vez hacia su boca y bombeo sólo un par de veces antes de correrse abundante y fuerte en la boca de Livvie. Ella gimió, pero sus manos empujaron contra sus muslos.

Caleb no podía parar, no podía evitar el modo en que todavía la sujetaba, vaciándose a sí mismo. La sintió tratando de tragar el líquido salado que abrumaba su boca, pero había demasiado. Se escurría por la barbilla y el cuello. Caleb gruñó desde el fondo de su garganta y sus rodillas cedieron bajo él hasta que se sentó a horcajadas sobre ella. La besó una y otra vez, chupando sus labios y buscando su lengua. Su sabor en la boca se sentía como un reclamo, una marca.

—Dios —susurró a nadie en absoluto, besando su cuello.

Livvie jadeó con fuerza en el oído de Caleb, agarrándolo para acercarlo más y devolviéndole sus besos fervientes. Cogió la mano de Caleb y presionó sus dedos contra su clítoris, gimiendo por atención.

—Es justo —susurró Caleb. Rodeó su clítoris duro y rápido con la punta de los dedos, y en cuestión de segundos, sintió la ráfaga caliente de jugos de Livvie corriendo por fuera de su vagina, mientras ella se deshacía en sus brazos por segunda vez.

—Oh, oh, oh, —gimió ella contra su oído—: Te amo. Oh, Dios, Te amo.

Caleb estaba demasiado saciado para importarle que lo hubiese dicho otra vez.

Poco a poco, el mundo comenzó a tomar forma y Caleb se despegó de Livvie para ayudarla, ya que sus pies estaban temblorosos. Sus ojos se encontraron brevemente antes de que Livvie volviera la cara hacia el chorro de agua sobre su cabeza. Caleb sintió una punzada de rabia al ver que enjuagaba su boca, pero se dio cuenta de que tenía que hacerlo. Trató de no tomarlo como algo personal.

Ella le había dado tanto, abriéndose de manera plena y exponiendo una parte de ella que Caleb nunca había visto o tocado en otro ser humano. Sintió que debía ofrecer algo a cambio. Tenía ganas de ofrecer algo a cambio e incapaz de poder pensar en otra cosa, dijo:

—Fui golpeado casi hasta la muerte cuando era un adolescente. —Livvie se sobresaltó prestando atención, con la mirada fija en Caleb. Tomó el jabón y comenzó a hacer espuma en sus manos, antes de volver a Livvie contra la pared y comenzó a enjabonar su piel.

—Era más joven que tú. Es todo lo que sé. Un hombre llamado Narweh, usó un látigo conmigo. Había un montón de sangre. La paliza dejó cicatrices, pero me hubiera muerto si... si Rafiq no me hubiera salvado la vida. —Caleb se aclaró la garganta y se centró en el enjabonado.

Livvie trató de volverse hacia él, pero Caleb no lo permitiría. Simplemente movió su cuerpo en la dirección que él quería y continuó lavándola.

Su voz amortiguada rompió el silencio:

—¿Por qué haría alguien eso?

—Yo era.... —No podía decírselo. No podía hablarle de la persona que había sido, ni las cosas que había hecho. Ella era la única persona que merecía saberlo, pero se negó a decirlo—. Yo estaba demasiado débil como para defenderme por mí mismo. En cambio, volví más tarde y lo maté. —Se rió entre dientes, perdido en sus pensamientos—. Con el arma con el que me apuntaste, de hecho —Livvie estaba tensa bajo sus manos, sus hombros tensos.

—¿Esa es...? ¿Es esa la razón por la que sientes que le debes algo a Rafiq? ¿Porque él te salvó la vida?

Las manos de Caleb le apretaron sin querer y Livvie siseó de dolor. De inmediato la soltó y cogió más jabón.

—Lo siento, —murmuró.

Livvie no lo miraba. Simplemente se quedó mirando la pared.

—¿Y qué hay acerca de mí Caleb? ¿No piensas que me debes algo?

Caleb lamentó haber dicho algo en lo más mínimo. ¿Qué había estado pensando al decir algo tan personal? Y a Livvie de entre todas las personas a quien

planeaba subyugar para su propio beneficio, para pagar una deuda de doce años. Fue imprudente y estúpido más allá de cualquier cosa que hubiera hecho hasta ahora.

—No —dijo. Se sentía como una mentira. Era una mentira. Le debía bastante. Había sido ingenuo al pensar que alguna vez sería libre de su deuda. Siempre debería a alguien—. Pero si alguna vez quieres tu venganza contra mí, déjame saber.

Livvie no dijo nada durante varios minutos antes de que ella se volviera para mirar a Caleb.

—No quiero venganza, Caleb. No quiero terminar como tú, dejando que alguna puta vendetta dirija mi vida. Sólo quiero mi libertad. Quiero ser libre, Caleb. No la puta de alguien... ni siquiera la tuya.

Caleb sentía la garganta como si estuviera en llamas mientras reconocía la sinceridad en las palabras de Livvie. Este había sido su juego todo el tiempo. Él lo había sabido, se recordó a sí mismo en reiteradas ocasiones, incluso a regañadientes respetaba sus intentos, pero aun así había caído en ello. Se merecía cada pedacito de lo que estaba recibiendo. Lo sabía y no le importaba.

Dio un paso adelante, quitando a Gatita fuera del camino y enjuagó su cuerpo bajo el fresco chorro de agua. Podía sentir la mirada de Gatita en su cuerpo, pero se negó a reconocerla. Una vez que hubo terminado de enjuagarse, abrió la puerta de cristal de la ducha, cogió una toalla y se dirigió al dormitorio.

—Te estás yendo —exclamó Gatita, saliendo de prisa fuera de la ducha y agarrando su brazo.

Caleb le apartó con fuerza y siguió hasta el dormitorio.

—Tengo un montón de cosas que hacer hoy. Has tomado demasiado de mi tiempo últimamente, para como están las cosas —dijo fríamente. Por un momento, miró alrededor de la habitación buscando sus pantalones, luego se dio cuenta que no había venido usando ningunos porque había acudido a abordar sus gritos a medianoche algunos momentos después de que se hubiera ido a dormir.

La miró a la cara y vio el dolor en sus ojos, las lágrimas estaban a punto de salir. Ella tragó saliva para mantenerlas a raya mientras con sus manos se tapaba los pechos.

—¿Te vas a ir ahora, después de todo? Pensé... —su voz se fue apagando, titubeando en algún lugar entre la ira y el dolor. Algo se retorció dentro del estómago de Caleb ante la visión de ella. Quería besarla y decirle cosas que hicieran parar su llanto, pero entonces, justo cuando había considerado tal cosa, fortifico su ira y se decidió.

—¿Tú que pensaste? ¿Pensaste que ofrecerme tu pequeño coño iba a hacer algún tipo de diferencia? ¿Pensaste que chuparías mi polla y yo te daría cualquier puta cosa que quisieras?

Sus palabras le hirieron profundamente, como él pretendía. Quería asegurarse de que no hubiera absolutamente ninguna confusión. Caminó hacia ella y le levantó la barbilla y ella instintivamente retrocedió, tratando de alejarse de su mano. Él la agarró más fuerte, sosteniéndola en su lugar.

—Aunque me pareció muy lindo cuando dijiste que me amabas. —Él vio sus hombros caer de forma visible y luego como cerraba los ojos lentamente. Soltó su rostro y sin ponerse histérica, ella caminó hacia la cama y apoyó la cabeza sobre la almohada y se puso en posición fetal.

Por unos pocos momentos, esperó que tomase represalias, pero ella no dijo nada. Caminó tranquilamente hacia la puerta, la abrió, y salió sin dar un vistazo en su dirección. Cerró la puerta detrás de él con suavidad, y torpemente se preguntó por qué de repente se sentía vacío. Envuelto en nada más que una toalla, se dirigió hacia su habitación.

Una vez dentro de su habitación, Caleb se detuvo un momento, mirando a la nada mientras el agua goteaba de él. Livvie había dicho que lo amaba y él la había hecho sentirse estúpida. Algo se retorció en sus entrañas ante el pensamiento y el recuerdo de sus lágrimas. A menudo pensaba que se veía hermosa cuando lloraba, porque estaba nerviosa, temerosa, o avergonzada, pero esto no era lo mismo, realmente la había herido.

Ella también le había herido. Caleb no podía cambiar quién era.

No había pensado en Rafiq en un tiempo muy largo. Había estado demasiado ocupado jugando a las casitas con Livvie. Demasiado ocupado para pensar en la deuda que tenía y por qué estaba en deuda. Fue probablemente la razón por la cual Rafiq había estado en sus sueños últimamente. Era la manera en que su subconsciente le recordaba que no perdiera el eje. Lo había ignorado. No podía hacerlo más.

La noche anterior había tenido un sueño acerca de hablar con Rafiq sobre el asesinato de su madre y su hermana. Caleb había estado en el estudio de Rafiq, aprendiendo el alfabeto inglés y el sonido que hacía cada letra. Se había sentido orgulloso de descubrir que podía usar los sonidos de las letras para dar sentido a las palabras. Habían empezado a parecerse menos a una colección de líneas onduladas y poco a poco, pero sin pausa, podía leer algunas palabras sin que sonaran fuera de lugar.

Rafiq le había estado enseñando inglés y español al mismo tiempo, porque utilizan las mismas letras. Había sido confuso al principio, porque no hacían los mismos sonidos, pero Caleb estaba aprendiendo. El árabe y el urdu son mucho

más difíciles de leer, pero más fácil de hablarlos porque había crecido con ellos. Su ruso era un desastre en ambos aspectos, pero Rafiq insistió en que lo aprendiese.

Caleb sabía que tenía que aprender el ruso, porque era la lengua nativa de Vladek. Caleb se había vuelto ávido de información acerca de Vladek después de la muerte Narweh, pero Rafiq a menudo se rehusaba a dar demasiados detalles cuando se trataba de los asesinatos de su madre y su hermana.

En algún lugar de su mente, Caleb sabía que el incidente era doloroso para Rafiq, pero como Caleb no tenía madre o algún hermano, que él supiera, era difícil circunscribir su mente en torno de las emociones de Rafiq. Con la excepción de la sed de venganza de Rafiq, que Caleb entendía empíricamente, a menudo se preguntaba con qué se estaba manejando Rafiq emocionalmente.

Rafiq le había dado un largo discurso sobre la familia, la lealtad, el deber y el honor. Dijo que tenía responsabilidades hacia su padre y su país.

—Espero obediencia, Caleb. Espero tu lealtad. Todo el que me traiciona sólo lo hace una vez. ¿Entiendes? —Rafiq dijo ominosamente.

—Sí, Rafiq, lo entiendo —había respondido Caleb.

Caleb finalmente volvió de sus lejanos pensamientos y comenzó a secarse y vestirse. Iba a ser un día de mierda. Hasta ahí, era obvio. Un golpe en la puerta llamó su atención. Respondió y Celia inmediatamente bajó su mirada y realizó una profunda reverencia.

—¿Qué quieres? —preguntó con más dureza de lo que pretendía.

Celia se levantó despacio, mirándolo con confusión, pero luego explicó que su Amo, Felipe, había solicitado una audiencia con él.

Caleb accedió a regañadientes a bajar las escaleras después de que estuviera completamente vestido. También le recordó que por favor alimentase a Gatita. Él no iba a volver a su habitación durante el día y no quería que estuviera hambrienta. Celia asintió con la cabeza, le dio lo que él interpretó como una mirada crítica y se alejó. Caleb cerró la puerta detrás de ella.

Caleb se vistió rápidamente, pero no porque tuviese ninguna prisa en particular. Después, bajó las escaleras y se encontró con Celia en la parte inferior. Tomó nota de la expresión severa e instintivamente sabía que tenía que ver con el estado en el que había dejado a Gatita. Sin embargo, tenía mejores cosas que hacer que contemplar el desprecio del maldito juguete sexual de otra persona.

—Llévame a él —dijo.

Celia lo miró con abierto desdén, pero sin embargo bajó la cabeza en reconocimiento y guio el camino hacia la biblioteca de Felipe. Era la misma

habitación en la que por primera vez había encontrado a Rafiq, y por un momento, tuvo que preguntarse si de verdad era Felipe quien lo saludaba cuando entró. Cuadró los hombros y se preparó mentalmente para cualquier eventualidad.

Celia llamó a la puerta de la biblioteca y esperó la admisión de Felipe antes de mirar a Caleb por última vez y se marchó hecha una furia.

Que te jodan a ti también.

—Pase, señor Caleb. Vamos a tener una conversación —dijo Felipe jovialmente. Lo que fuera que estaba sucediendo con la lameculos de Celia, Felipe no parecía compartirlo.

—¿Puedo ofrecerle un whisky? —Entró en la biblioteca y Caleb tomó la bebida que Felipe le ofreció.

—*Gracias*¹⁷ —dijo Caleb y se sentó en una silla para lectura cerca de uno de los estantes con libros. Se negaba a sentarse frente al escritorio de Felipe.

—*De nada*¹⁸ —respondió Felipe y se unió a Caleb al lado de los libros.

Caleb se acomodó en su asiento y tomó un sorbo de su whisky. Quizás era demasiado temprano para beber, pero pensó que ya había sido un día largo. Estaba ansioso por tener esta conversación con Felipe terminada y encontrar diversiones más interesantes para el resto del día.

—Perdóname, Felipe, pero ¿por qué estoy aquí? —Caleb llegó al punto.

Felipe sonrió y tomó un sorbo de su vaso.

—Sólo quiero hablar. Tú y tu esclava habéis estado aquí desde hace bastante tiempo y hemos compartido muy pocas conversaciones.

Caleb suspiró, pero trató de mantenerse respetuoso:

—¿Qué quieres discutir?

Felipe se echó hacia atrás.

—Tan serio, amigo mío. ¿Cómo van las cosas con la chica? —preguntó Felipe.

Era demasiado informal para el gusto de Caleb.

—Bien.

—¿Sólo bien? —Felipe parecía incrédulo.

La cara de Caleb se calentó con una ira creciente.

¹⁷ En el español original.

¹⁸ En el español original.

—Felipe, me doy cuenta de que eres un amigo de Rafiq, pero no veo cómo la chica es de tu incumbencia. Como tú has dicho, hemos estado aquí por un tiempo, ¿por qué el repentino interés?

—Gatita —dijo Felipe a través de una sonrisa empalagosa—, el nombre de la chica es Gatita, ¿no?

—Sí —dijo Caleb con los dientes apretados.

—Bueno, Caleb —la expresión de Felipe de repente se volvió siniestra—, Gatita es tu negocio, pero Celia es el mío y ya que te has involucrado en mis asuntos, yo no veo mis preguntas como una intrusión en los tuyos.

Caleb había esperado esto mucho antes.

—¿Qué es lo que quieres, Felipe?

—Bueno, para ser honesto Caleb, te has pasado de la raya y has causado a mi casa una gran deshonra. Mi propósito aquí es dejarte hacer lo correcto.

El fuego se propagó a través del cuerpo de Caleb y la ira brilló en sus ojos.

—¿A qué deshonra te refieres?

—Tú sabes cuál —dijo Felipe. La malicia bordeaba su tono.

—No hice nada fuera de lo común, y no tenía ni idea de que estabas tan enamorado de tu propiedad. Tú obviamente no sientes tanto amor hacia tus caballos. Creo que monté uno de ellos una vez también. —Caleb fue deliberadamente presumido.

El cuerpo entero de Felipe se tensó con rabia, pero sin embargo sonrió.

—Debes tener cuidado, Caleb —dijo Felipe con calma—. Soy un hombre muy peligroso en algunos círculos y me he enterado de muchas cosas acerca de un gran número de personas. Tú incluido.

—Ten cuidado —dijo Caleb con los dientes apretados.

—He estado observando, Caleb. Te he estado observando. Y a Gatita —dijo Felipe. De repente, él era el presumido—. Me pregunto qué pensaría Rafiq si viera lo que has estado haciendo.

—¿De qué diablos estás hablando? —gruñó Caleb.

—Cámaras, Caleb. Un hombre como yo, en el negocio en el que estoy, no puedo confiar en nadie. Y por eso, observo a todo el mundo —dijo Felipe y sonrió.

El corazón de Caleb golpeó ferozmente en su pecho, pero hizo todo lo posible para mantener la calma. Pensó en todo lo que había pasado entre él y Gatita

desde que habían llegado. Pensó en todas las cosas que le había confesado, creyendo que estaban solos. Era suficiente para tenerlo hirviendo de rabia y zumbando de ansiedad.

—¿Qué es lo que quieres, Felipe?

Felipe negó con la cabeza.

—Realmente no quería ir por ese camino, Caleb. En verdad, no te deseo ningún mal. Yo sólo quería hablar. Tú eres el que hizo de esto algo desagradable.

Caleb trato con su mano fingir un gesto de remordimiento.

—Mis disculpas. He tenido una mala mañana.

Felipe sonrió.

—Sí, lo sé. Sin embargo, tengo la intención de mantener lo que conozco para mí mismo. Sólo deseo que me concedas un favor.

La mandíbula de Caleb le dolía de lo mucho que estaba rechinando los dientes.

—¿Qué favor?

—Habrá una fiesta mañana por la noche. Me encantaría que tú y Gatita asistierais —dijo Felipe cordialmente.

—¿Eso es todo? ¿Quieres que vayamos? —Caleb no se lo creyó.

Felipe arqueó una ceja.

—Bueno... ya que tú has hecho uso de mi Celia, yo esperaba poder pedir prestada la tuya para la noche.

—Ella no es mía y sabes que es virgen —dijo Caleb.

—Sí, pero también sé que ella tiene otros talentos que no requieren que ella quede... —pretendía luchar por encontrar una palabra—, comprometida.

Caleb no quería nada más que agarrar por el cuello a Felipe y asfixiarlo mientras la vida salía de él de manera lenta y de un modo satisfactorio, pero sabía que sólo empeoraría las cosas.

—Quiero lo que tienes y tu garantía de que Rafiq no oirá nada respecto a este asunto.

Felipe sonrió y asintió con la cabeza.

—Por supuesto, Caleb. Sé que te preocupas por la chica. A Rafiq no le va a gustar, pero lo entiendo. Ella es muy... interesante.

—Sí —dijo Caleb arrastrando las palabras.

—Ella te ama —dijo Felipe.

Caleb dejó de lado esas palabras.

—¿Estará Rafiq en la fiesta? Ha sido difícil ponerse en contacto con el últimamente —dijo en cambio.

—Hmm —dijo Felipe—, estas cosas son siempre tan desafortunadas, cuando suceden.

Caleb miró al otro hombre con mucho cuidado.

—¿Qué quieres decir, Felipe?

—Rafiq se ha estado alejando de ti. —Su expresión fue de asombro cuando Caleb no respondió—. ¿Estás tan involucrado con tu juguete que no te has dado cuenta?

Caleb bajó su copa. No lo creía. La sola repercusión o consecuencia de ello eran inadmisibles.

—La subasta será en un poco más de dos semanas, ha estado preocupado. Sé que estará aquí en cualquier momento. Te estoy preguntando si va a estar en la fiesta mañana por la noche.

—Sí —dijo Felipe ominosamente—. Creo que lo hará. ¿No crees que sería una oportunidad perfecta para mostrar todo el progreso que has hecho con la chica?

—Sí —susurró Caleb. Sus pensamientos estaban arriba con Gatita y su pecho se sentía al mismo tiempo vacío y lleno. Su tiempo estaba llegando a su fin. No, se había terminado. *Déjala ir, Caleb.*

Caleb se levantó y salió de la habitación. Ya había tenido suficientes enfrentamientos de mierda por un día.

Capítulo 15

Las dos de la mañana. Caleb se puso frente a la puerta de Gatita absorbiendo el conocimiento de que no tenía ninguna elección en lo que tenía que pasar a continuación. Después de su enfrentamiento con Felipe había pasado el día recorriendo su habitación. Había encontrado varias cámaras y todavía no podía tener la certeza de que las había encontrado todas. Felipe era un bastardo enfermo, un obvio mirón sin ningún sentido de la decencia o la vergüenza.

Caleb había esperado que alguien tratara de detenerle antes de romper todos los lentes que encontró, pero nadie lo hizo. De hecho, todo el mundo se había mantenido alejado de él. Caleb no estaba seguro de si eso era bueno. Le hubiera encantado pagar su frustración con alguien.

Después de que estuvo razonablemente seguro de que había acabado con las cámaras, pensó largo y tendido acerca de todo lo que Felipe podría saber. Las respuestas fueron nauseabundas. Había encontrado cámaras en la ducha, discretamente ocultas en la rejilla de ventilación. Lo que había asumido como un tornillo que sostenía las luces sobre el espejo del baño, había resultado ser una cámara. Felipe las tenía por todas partes. Había visto a Caleb masturbarse, mierda, e incluso castigarse.

Caleb decidió que mataría a Felipe cuando fuera el momento adecuado. Por ahora, Felipe tenía buenas cartas y Caleb no tenía ninguna para jugar. Rafiq iba a volver mañana por la noche. Querría ver a Gatita y asegurarse de que estaba lista. Querría que Caleb y Gatita volvieran a Pakistán y se prepararan para la subasta en Karachi.

Todo estaba llegando a su fin y no había nada que Caleb pudiera hacer para evitar lo inevitable. No había nada que pudiera hacer a menos que estuviera dispuesto a renunciar a todo lo que sabía, tal vez incluso su propia vida. Caleb había luchado demasiado tiempo y luchó muy duro para sobrevivir. El perder ahora era inaceptable.

Caleb abrió la puerta lentamente y entró en el cuarto de Gatita. Se dio cuenta de inmediato que no había encendido la luz de noche, que era característico de ella y hacía que la habitación estuviera inusualmente oscura. Se tomó un momento para adaptarse a la oscuridad, a pesar de que realmente no lo necesitaba. Había estado en su habitación el tiempo suficiente para haber memorizado la distribución. Se acercó a la cama y escuchó la respiración de Gatita. Por un

momento pensó en abandonar la habitación y dejarla dormir en paz, pero se estabilizó, tenía que ser ahora.

Abrió las cortinas y dejó que la luz de la luna se derramara por la habitación y en su figura dormida. La estudió atentamente y notó que sus ojos estaban rojos e hinchados. Su cuerpo estaba abrazando una almohada y su cabello yacía sobre otra, el edredón subido hasta la barbilla. Extendió la mano y tocó su pelo. Gatita suspiró nerviosamente y se enterró más profundamente en su manta.

"*Sé amable*", había dicho ella, cuando la había mirado a los ojos antes. Levantó una esquina de la colcha y se encontró con su hombro desnudo y un poco más abajo, la espalda y las costillas desnudas.

—Si tan sólo lo pudiera ser —susurró en la oscuridad, seguro de que ella no podía oírlo. Echó hacia atrás la manta y la lujuria tiró fuerte en su vientre.

Gatita despertó, sobresaltada y desnuda, antes de sentarse se cubrió con una almohada.

—¿Qué está pasando? —Ella se frotó los ojos.

—Ven conmigo —dijo con la valentía suficiente para hacerle saber que no estaba de humor para protestas. Ella vaciló por un momento, y luego tiró la almohada a un lado y se puso delante de él con una expresión interrogante. La miró a los ojos fijamente y vio como las preguntas desaparecían mientras bajaba la vista hacia sus pies.

—Vamos —dijo, y se dirigió a la puerta con ella siguiéndole de cerca. Caminaron por el pasillo en silencio, lo que era a la vez mejor y peor, pensaba Caleb. Miró hacia atrás, esperando ver sus ojos errantes, pero ella parecía más preocupada por su propio temblor.

—¿Tienes frío? —preguntó, bajando las escaleras.

—Un poco, Amo, —respondió con suavidad. Se detuvo por un momento, sorprendido por su forma de dirigirse a él, y luego continuó caminando.

—No será por mucho tiempo.

Caleb no le gustaba la idea de alejar a Gatita para siempre. No le daba ninguna satisfacción saber que pronto llegaría a odiarlo con tanto fervor como para aniquilar todos los cálidos sentimientos que pudiera o no albergar hacia él. No le gustaba saber que Felipe, y posiblemente Celia, la habían estado observando, observándolos, desde que llegaron. Sin excepción, odiaba la idea de que ella fuera vendida a Vladek Rostrovich. De todos modos, se había pasado todo el día tratando de hacer las paces con cada una de esas cosas.

Mientras descendía las escaleras, oyó golpear los desnudos pies de Gatita contra el mármol detrás de él. Miró hacia atrás y vio sus pechos rebotando mientras

tomaba cada paso. Si quedaba algo por lo que estar excitado, era el placer culpable de tener todavía tiempo para estar con Gatita. Incluso si el tiempo lo pasaba torturándola con el placer o el dolor... o tal vez a causa de ello.

Los gustos de Caleb, aunque se estrecharan hacia una persona específica, no habían cambiado. Todavía le gustaba el poder y el control. Todavía le gusta saborear las lágrimas de Gatita y forzarla a sufrir por el placer que ella primero había dicho que no quería. En resumen, seguía siendo el maldito enfermo que siempre había sido e iba a disfrutar cada minuto de lo que tenía esperando en la planta baja de la mazmorra. Se había asegurado de retirar las cámaras.

Al llegar al pie de la escalera, se volvió y esperó a Gatita.

—Deja de mirar a tu alrededor y date prisa — espoleó Caleb.

La mirada de Gatita se encontró con la suya por un momento fugaz antes de que cubrirse los pechos con las manos y dar a los últimos pasos un ritmo acelerado. Mientras estaba de pie delante de Caleb, pudo ver lo mucho que temblaba.

Caleb se volvió rápidamente y se dirigió hacia su destino con Gatita pisándole los talones de cerca. Finalmente, se acercó a la pesada puerta de madera que los llevaría hacia abajo, a lo que había sido anteriormente una bodega, pero ahora era una mazmorra diseñada para actividades mucho más interesantes. A regañadientes tuvo que reconocérselo a Felipe: el hombre tenía una imaginación impresionante.

—Dame tu mano —le dijo a Gatita. Se sentía fría y pegajosa al tacto, pero Caleb no lo mencionó cuando se adentró en la oscuridad de allí abajo. Colocó cuidadosamente cada paso y guió a Gatita. Unos pasos más y Caleb alcanzó el interruptor de la luz. La luz parpadeó mientras aparecía y bañaba las escaleras con un resplandor amarillo suave.

El temblor de Gatita se intensificó y se aferró a su mano. Aunque Caleb tiró suavemente, ella no se movió avanzando más por las escaleras. Tal era la naturaleza de su aprensión que parecía incapaz de moverse. Sin embargo, no estaba rogando, no estaba llorando. Su miedo era evidente, pero más evidente era su valor.

Sin decir una palabra, Caleb se volvió y colocó la mano de ella sobre su hombro. Gatita jadeó, pero no protestó. Se aferró a él con fuerza mientras bajaba las escaleras hacia atrás.

—Esta solía ser la bodega —dijo en voz baja contra la curva de su cadera. Su cuerpo se estremeció de nuevo, pero esta vez no tenía nada que ver con el frío. A su alrededor había ligaduras e instrumentos de infligir dolor. En el centro de la habitación había una mesa grande revestida en cuero con siniestras piezas de metal.

Caleb suspiró profundamente. Aunque no le gustaba la razón por la que estaba haciendo esto en este momento en particular, sabía que era algo que aun así, iba a disfrutar. Incluso ahora, se endureció mientras ella impulsaba su peso hacia arriba y conseguía agarrarse alrededor de él envolviéndolo con fuerza. Estaba seguro de que ella no se esperaba lo que estaba a punto de hacer. Le levantó las piernas y tuvo que envolverlas alrededor de la cintura mientras la soltaba bajándola de su hombro entre sus brazos. Se tomó un momento para deleitarse con el olor a limpio y húmedo de su pelo, el tacto de sus pechos calientes apretados contra su pecho, y su coño abrazado firmemente contra su vientre.

—Lo primero que debes saber —dijo en voz baja contra su cabello—, es la obediencia que se espera, y será forzada si es necesario. —Deslizó una de sus manos por su espalda y sobre la curva de su trasero, hasta que llegó a los ligeramente separados labios de su coño. Ella jadeó y se congeló en sus brazos.

—Y que a pesar de cómo te atormento, siempre encuentro una manera de hacer que te sientas bien. —Le frotó suavemente su clítoris tímido y listo para hincharse bajo sus dedos—. ¿No es así? —Ella asintió, pero le agarró con más fuerza—. ¿Confías en mí? —Ella negó con la cabeza.

Caleb suspiró. —Supongo que aprenderás a hacerlo.

Se acercó a la mesa y la acostó, su cuerpo aferrado firmemente al de ella que silenciosamente se negó a dejarlo ir. Sus ojos se empañaron de lágrimas y el miedo agazapado en su interior era inconfundible.

—Confía en mí, —dijo Caleb. Metió la mano detrás de su cuello y suavemente arrancó los brazos para sujetarlos con su mano derecha cerca de su pecho—. Sé que piensas que no te he dado una razón para confiar en mí, pero nunca te he hecho daño si piensas en ello.

—Caleb... por favor —susurró.

Caleb sabía que ella no había querido hablar. Vio como negaba con la cabeza y cerró los ojos. Tal vez estaba esperando su ira, Caleb sabía que ella tenía derecho a esperararlo, pero no estaba enojado. Estaba demasiado excitado para sentir ira. Demasiado sorprendido de lo bien que se sentía que lo llamara por su nombre. Incluso si en lo más básico del entendimiento, era el recordatorio de que eso no podía durar entre ellos. Su tiempo juntos era corto.

—Pon tus piernas en los estribos... y no uses mi nombre de nuevo —dijo Caleb. Ignoró el dolor en los ojos de Gatita. Ignoró el dolor en su pecho.

De pronto dio un paso atrás, mirándola con autoridad cuando ella se incorporó y cruzó los brazos sobre su desnudez. Miró a los accesorios de metal con curiosidad, y luego puso sus piernas en los estribos sin pestañear. Un rugiente silencio llenó la habitación mientras la veía, la estudiaba. Se sentó en el borde de la mesa con los muslos y las piernas abiertas en los estribos y los brazos

rígidamente fijados detrás de ella para apoyarse, Caleb sólo podía imaginar lo que estaba pensando.

—¿Todavía tienes frío? —preguntó.

—No, Amo —respondió ella con frialdad.

—Acuéstate —dijo, igual de frío. Poco a poco, obedeció. Se acercó y fijó sus muslos a los estribos atando la correa de cuero grande alrededor de cada uno de ellos y haciendo lo mismo con sus pantorrillas y los tobillos. Sería imposible que se movieran y Caleb podía ver que ella lo sabía también. Su pecho se movía arriba y abajo, rápido y profundo.

Lentamente, se apartó hacia la esquina donde tomó una silla plegable. Los ojos de ella seguían todos sus movimientos y el corazón de Caleb se aceleró mientras su entusiasmo y su inquietud crecieron. Colocó la silla abajo entre sus piernas abiertas, fuera de su vista y se sentó en ella.

La excitación de Caleb creció cuando los muslos de Gatita temblaron y trató de cerrar las piernas en vano. Su vagina estaba abierta a su vista, a su tacto, a cada capricho y voluntad. Intentó que no se le subiera a la cabeza.

—Tócate —le ordenó suavemente.

—¿Amo? —Gatita estaba inquieta. Dio un respingo cuando Caleb pasó un dedo a lo largo de la unión de su sexo.

—Aquí —dijo. Hizo círculos alrededor de su clítoris—. Tócate justo aquí. Quiero observar cómo te corres.

Las caderas de Gatita se inclinaron hacia adelante por el más elemental de los grados, la fuerza del deseo ya está haciendo que sus pezones se pusieran duros y su vagina se mojara. Ella vaciló, pero sólo por un momento. Tragó saliva y se mordió el labio, hizo lo que le pidió y puso su mano derecha sobre su sexo hinchado.

—¿Tú te tocas, Gatita? —preguntó. Deliberadamente dejó que el calor de su aliento acariciara su carne extendida.

Gatita se estremeció. —A-a-a veces.

—¿Te haces correr a ti misma? —Caleb cuidadosamente colocó su mano sobre la de ella y presionó sus dedos más profundamente en su propia carne. Gatita gimió, flexionando las caderas hacia arriba, hacia sus manos.

—¡A veces! —se quejó en voz alta.



Caleb sonrió, aunque sabía que ella no podía verlo. Sus ojos estaban fijos en el techo encima de la cabeza. Caleb se inclinó hacia delante y pasó su la mandíbula a lo largo del interior de su muslo.

—Muéstramelo —dijo.

El cuerpo de Gatita se tensó, podía sentirlo bajo su mejilla. La oyó tomar un hondo y tembloroso respiro y luego su mano se movió debajo de él. La besó en la parte interior de la rodilla mientras se echaba para atrás y ajustaba la dolorosa erección en sus pantalones. Cada momento con ella parecía a la vez doloroso y dulce. Vio cómo sus dedos pequeños y delicados encontraron el vértice de su placer y lo tocaron de forma experimental. Él sonrió de repente y se llevó la mano a la boca, dándose cuenta al instante del olor saturado de sus dedos, tuvo el repentino impulso de lamerlos, pero no lo hizo. Sabía que sólo conduciría a otras cosas.

Gatita arqueó su espalda. Se frotó el pequeño brote con una creciente presión y velocidad que su humedad hizo que la carne de su sexo estuviera cada vez más resbaladiza entre sus dedos. No pasó mucho tiempo antes de que un suave, pero insistente gemido empezara a romper sus labios.

Caleb podía sentir el latido de su corazón en su polla, mientras trabajaba para impulsar la sangre hacia su erección. Sabía que no debería estar tan excitado, no cuando él ya se había corrido dos veces, una en contra de su coño, y de nuevo en la boca. Sin embargo, el recuerdo y ver a Gatita mojada hizo poco para calmar su deseo y más que avivarlo.

Gatita sacudió sus caderas hacia atrás y hacia adelante, lentamente al principio y luego con creciente rapidez cuando su desesperación evidente creció. Sus dedos frotaron su clítoris un poco y se convirtió visiblemente más rojo, más hinchado, pero los sonidos de Gatita de hecho habían pasado de necesidad a la frustración.

—No puedo... No puedo cuando me estás mirando —dijo.

Caleb sonrió.

—La segunda cosa que debes saber es tomar el placer siempre que puedas. — Mientras pensaba en lo que estaba tratando de expresar, su sonrisa se desvaneció—. Conoce tu cuerpo, Gatita. Tienes que saber lo que te excita. La mayor parte del tiempo vas a ser responsable de tu propio placer. Habrá ocasiones en las que te parezca imposible, ocasiones en las que será imposible. De cualquier manera, tendrás que ser convincente. Convénceme a mí.

Los dedos de Gatita se detuvieron y el único sonido en la habitación era el sonido del aire entrando en sus pulmones. Ella sacó su mano de su cuerpo y trató de incorporarse.



Caleb se levantó y la miró a los ojos llorosos cuando puso sus manos detrás de ella para mantener el equilibrio.

—Caleb —su barbilla temblaba—, no. —Parecía estar buscando algo más que decir, más emociones que expresar.

Caleb no quería oír lo que tenía que decir. No podía soportar la idea de escuchar. Se acercó más y estiró el brazo detrás de ella en busca de su mano, apenas evitando su boca mientras ella se volvía para besarlo. No podría soportar eso tampoco.

—Amo —dijo—, no Caleb.

—Pero... tú dijiste...

—Sé lo que dije, Gatita. Fue un error —dijo. La estaba confundiendo, y por eso, lo lamentaba. Había sido egoísta de su parte permitir tal intimidad, cuando ella no le pertenecía .

Gatita sollozó una vez, dos veces, pero luego asintió.

Caleb le tomó la mano y se la condujo de vuelta a la mesa. Antes de que más lágrimas fueran derramadas o palabras fueran pronunciadas por parte de Gatita, le tomó los dedos mojados en su boca y saboreó su vagina en ellos. Cerró los ojos mientras el sabor de ella, dulce y agrio, explotaba sobre su lengua. Gimió en voz baja, chupando en su boca hasta que vio los ojos de Gatita ampliarse y oscurecerse, señalando su excitación.

Lentamente sacó sus dedos de la boca y los guio de nuevo al sexo de Gatita. Ella cerró los ojos por un breve instante y levantó sus caderas para encontrarse con ellos.

—Has estado tocando tu clítoris —susurró, haciendo pequeños círculos contra su clítoris con los propios dedos—. No te olvides que tienes este pequeño agujero delicioso. —Guió los dedos de ella hacia abajo y empujó la punta del esbelto dedo del medio en su vagina.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella. Su espalda se inclinó y congeló su cuerpo, pero Caleb se dio cuenta de que sólo estaba ajustándose a nuevas sensaciones y no corriéndose.

—¿Es bueno, Mascota? —Le preguntó.

Gatita sólo asintió con la cabeza y dejó que su cuerpo se dejara llevar de nuevo con cuidado antes de que sus caderas comenzaran a mecerse contra su mano. Caleb lentamente retiró la mano y volvió a sentarse en su silla para mirar. Gatita ahuecó su pecho distraídamente y presionó su endurecido pezón entre sus dedos, como Caleb había hecho tantas veces antes. Gimoteó, su anterior temor fugaz ante su creciente placer.

Observó los dedos de Gatita, el del medio profundizando un poco más con cada embestida vacilante. Caleb sintió que sólo podría soportarlo un poco, sobre todo con el sabor de ella todavía predominando en su boca. Una vez más, puso su mano sobre la de ella. Se maravilló de la forma en que su cuerpo parecía vibrar con la necesidad. Ella trató de seguir tocándose, pero su mano se lo impidió. Caleb respiró bruscamente, mareado de deseo. Se inclinó hacia delante, deslizando su lengua a través de sus dedos.

Gatita gritó. Se retorció contra su gentil boca, haciendo sonar los estribos y llenando la habitación con su desesperación. Era demasiado suave. Sabía que no había manera de que pudiera correrse con el suave lamer. Así que siguió lamiendo, a veces empujando la punta de la lengua en su sexo. Le encantaba la forma en que ella gimoteaba, lloriqueaba y gemía.

Después de un tiempo, sin embargo, supo que tenía que parar, de lo contrario no se detendría. Se puso de pie y miró al cuerpo tembloroso de Gatita. Ella volvió la cabeza y cerró los ojos mientras su pecho subía y bajaba con el esfuerzo de su respiración. Suspiró profundamente y saboreó el gusto y el olor de ella. Tenía que ser ahora. Tiró del pequeño cajón unido a la mesa.

—Eres hermosa, Gatita —dijo. Sacó dos juegos de esposas. Ella no abrió los ojos, pero se estremeció al oír el sonido de las esposas—. Has sido muy, muy, muy buena. Espero que lo sigas siendo. —Esposó la muñeca derecha de ella a la mesa con comodidad y sonrió cuando por fin abrió los ojos y lo miró con esos grandes e inquisitivos ojos marrones—. No te estás resistiendo —dijo con una sonrisa brillante—. Estoy impresionado.

Ella dudó cuando él alcanzó su muñeca izquierda, pero entonces su brazo se relajó y aceleró la respiración. Fijó sus esposas, extendió la mano y trazó su pezón con su dedo índice. Su polla tembló cuando el suspiro de ella llenó el silencio. A continuación, le vendó los ojos lo que se sumó a la embriagadora tensión en su cuerpo. A Caleb le sorprendió que no hubiera dicho una palabra o que no se hubiera resistido de manera sustancial. No podía decidir si realmente había querido que ella fuera tan maleable.

—¿Qué estás pensando? —preguntó. Lentamente alcanzó la máquina que daría como resultado la sorpresa que había planeado.

Gatita se lamió los labios.

—Estoy pensando... —ella ondulaba contra sus ataduras—, en cuánto quiero que termines lo que empezaste.

Caleb se rio entre dientes. —Confía en mí. Tengo la intención de hacerlo. —Giró el interruptor de la máquina. Se hizo un zumbido siniestro, no muy diferente de un generador.

Gatita trató de moverse al mismo tiempo, su esfuerzo resultaba en nada más que en el sonido metálico de las esposas contra la barandilla y nada más.

—¿Qué es eso? —gritó ella.

—¿Quieres que también te amordace? —preguntó Caleb. Gatita negó con la cabeza violentamente—. Está bien, entonces, déjame terminar.

Gatita se tensó contra sus ataduras cuando los dedos de él se agarraron a su clítoris sensible y le fijó una abrazadera acolchada. Ella movió su trasero tratando de sacudirse, pero no se movió.

—Quería que fueras buena y estuvieras lista para esto. Y lo estás; estás muy cerca —chupó con fuerza el pezón, a pesar de su creciente temor, ella arqueó su espalda tratando de empujar más de su teta en su boca. Era tentador, pero Caleb se apartó y sujetó firmemente el pezón y repitió su esfuerzo en el otro seno. Cuando terminó, dio un paso atrás y tomó una imagen gráfica de ella, con los ojos vendados, atada y sujeta con cables delgados corriendo entre sus piernas. —Creo que te voy a amordazar de todas formas, no quiero que despiertes a nadie.

Gatita parecía estar a punto de protestar, pero Caleb la detuvo rápidamente colocando un paño suave en su boca y lo fijó detrás de la cabeza. No era una mordaza realmente, pero ahogaría cualquier sonido que hiciera y haría sus palabras incoherentes.

—Shh —dijo Caleb en la cresta de su oreja—. Esta próxima lección es probablemente la más importante y más difícil de aprender. —Le acarició el pelo—. El placer viene a ti sólo cuando el Amo lo desea. Mientras tanto, estarás hambrienta de él, sentirás dolor por él, y sufrirás a través de él, al igual que lo haces ahora. Me voy a la cama. Si continuas siendo una buena chica, tal vez dejaré que te corras para el desayuno.

Gatita estaba en medio de una diatriba amortiguada cuando una oleada de electricidad pulsante golpeó simultáneamente a través de su clítoris y los pezones. Caleb miró como su cuerpo quedó paralizado por el pánico y el intenso placer. La corriente era lo suficientemente baja como para no herir, pero lo suficientemente fuerte como para hacer a su cuerpo contraerse. Ella se estiró y se presionó hacia la sensación. Arqueó su espalda, perdida en la sensación de las pinzas que suavemente tiraban de sus pezones y enviaban pequeños temblores a través de ellos. Sus caderas se bombearon suavemente en el aire en busca de la liberación cuando la sensación se detuvo abruptamente. Gritó con frustración, no había manera de aliviar su necesidad, ni intentando buscar la liberación, ni menguando para no sentir nada.

Caleb le dio una mirada más prolongada y luego se dirigió hacia las escaleras. Dijo hacia sus espaldas:

—Va a ser una noche larga. Buena suerte, Gatita.

Fuera de la bodega, Caleb apretó la espalda contra la puerta, y dejó escapar un suspiro para luchar contra el impulso de correr escaleras abajo y enterrar su hermosa polla hambrienta por una virgen.

—Joder —dijo en una corriente de aire y se dirigió a su habitación. Cansado, Caleb miró su reloj. Era tarde o temprano, dependiendo de cómo lo mirara. Se desnudó y apagó la luz. En la oscuridad de la habitación y su mente, ella vino a él. Mantuvo su polla erecta con firmeza y una imagen de Gatita vino a él.

La imaginó abajo, con las piernas abiertas y su sexo abierto y húmedo. Su polla palpitaba con vehemencia en su puño. Agarró apretando, exprimiendo el cálido líquido pre seminal. Lo dispersó por la punta. Fantaseaba.

Utilizó su pulgar para fisgar suavemente el labio interno de su resbalosa pequeña vagina y verla gemir. Luego deslizó su polla arriba y abajo en su abertura, cubriéndose en sus jugos, preparándolos a ambos. Se inclinó hacia delante y la calidez de sus pechos apretados contra su pecho desnudo.

Fuera de la fantasía él gimió audiblemente como su ritmo creciente.

—Hazme el amor, —susurró ella, de repente en su dormitorio. Se agachó, levantó el camisón, y empujó contra ella con su polla. Era amable, esperando pacientemente a que se relajara, y sus piernas cayeran abiertas antes de que volviera a presionar.

—Te amo —dijo ella, con lágrimas en los ojos. Lo besó y enredó los dedos en su pelo, instándolo más profundo dentro de ella. Siguió diciendo que lo amaba. Él se empujó totalmente en su interior.

Más rápido y más rápido se acarició a sí mismo. Sus bolas tiraban de sí mismas más cerca de su cuerpo, listo para liberar el orgasmo que había estado aguantando por demasiado tiempo.

Bombeó dentro y fuera de su estrechez caliente, y ella gimió y gritó su agradecimiento.

—Soy tuya, —jadeó ella—, sólo tuya.

Se sentía mal por fantasear acerca de tales cosas, pero a Caleb no le importaba. Fantasías era todo lo que podía tener y nadie se las podría arrebatar. Gruñó en voz alta mientras su orgasmo estalló en el aire, cubriéndolo de caliente semen pegajoso.

Capítulo 16

Día 10: Noche.

Tengo que mear —le digo a Reed. Él hace una mueca, pero no comenta—. ¿Qué? La gente tiene que mear a veces, Reed.

—Sí —dice burlonamente—: Soy consciente. Sólo no entiendo por qué siente la necesidad de darme los detalles. Habría sido suficiente un simple: Necesito un descanso.

Me río y bajo de la cama para caminar hacia el lavabo. Reed está un poco rígido mientras camino por delante de él. Está evitando deliberadamente mis ojos y mirando por la ventana. Puede ser un bicho raro, pero no puedo dejar de pensar en él. Me pregunto cómo es cuando no está tan envuelto en su personaje de FBI.

Ya sabes lo que dicen de los reservados.

He estado hablando durante horas. Mi boca se siente seca. Quito del envoltorio de plástico uno de los vasos y tomo un trago de agua del grifo. Sabe a mierda, pero me lo trago de todos modos.

En algún lugar lejano de mi mente, sé que debería sentirme emocionalmente agotada, o aún llorosa y triste. En general sólo siento... nada. No estoy segura de por qué. Supongo que es porque sé cómo termina la historia y con cada palabra que pronuncio sé que me estoy preparando para la eventualidad de lo que está por venir. Es como si estuviera contando una historia que le sucedió a alguien más.

Amo a Caleb. Lo amo. No me importa nada de la mierda horrible que me hizo pasar, lo más importante es el hecho de que mi amor por él existe. Ninguna cantidad de conversación o terapia cambiará lo que pasó. No cambiará lo que siento.

Se ha ido, Livvie.

Ahí está. Ahí está el dolor. Es una brasa ardiendo por siempre en mi corazón. Es un recordatorio de que Caleb vivirá para siempre.

He llorado mucho en los últimos diez días. He estado viviendo con gran agonía. Sé que cuando todo esté dicho y hecho, cuando Reed haya oído todo, cuando él y Sloan sigan adelante, yo voy a estar sola con mi dolor y mi amor. Pero hoy, hoy

estoy bien. Hoy estoy contando la historia como si le hubiera sucedido a otra persona.

Concluyo mis asuntos en el cuarto de baño, me lavo las manos y abro la puerta. Sloan está de pie en la habitación con Reed cuando salgo del baño. La atmósfera parece espesa, pero como qué no estoy segura. Sloan está sonriendo, pero Reed luce como si alguien se hubiera comido su comida del frigorífico.

Sloan tiene una gran bolsa marrón con manchas de grasa en la parte inferior.

—He traído la cena —me dice.

—¡Increíble! —digo, sorprendida por el gesto.

Sloan me sonrío cálidamente.

—Sé cuánto *te encanta* la comida del hospital, pero me imaginé que podrías apreciar un poco unas grasientas hamburguesas y patatas fritas en su lugar. — Mi estómago gruñe en respuesta y Sloan levanta una ceja con aire satisfecho—. Agente Reed, sé que trata de mantenerse alejado de la comida basura, por lo que le traje una ensalada de pollo a la parrilla. Espero que esté bien.

Tomo la bolsa de Sloan y la pongo en la bandeja de la cama con ruedas de modo que pueda llegar a mi maldita hamburguesa. De lo contrario, podría tratar de comer a través de la bolsa. Meto la mano dentro y agarro las patatas sueltas del fondo y las empujo dentro en mi boca.

—¡Caliente! ¡Caliente!¹⁹ —digo, pero no dejo de masticar las saladas delicias en mi boca. Al diablo con las quemaduras de primer grado, las patatas fritas son asombrosas! Estoy tan ocupada rellenando mi cara con patatas fritas que me toma un momento darme cuenta de que nadie más está hablando. Miro hacia arriba y veo que Reed y Sloan están teniendo algún tipo de concurso de miradas incómodas. Creo que Reed está perdiendo. *Interesante*.

Reed finalmente se aclara la garganta y mira hacia su maletín.

—En realidad, me tengo que ir. Tengo que contestar algunos mensajes de correo electrónico y hacer algunas llamadas. Um, gracias, sin embargo... por la comida.

Reed comienza a recoger sus cosas de manera apresurada. Nunca lo había visto tan... nervioso, supongo que es la palabra.

Interesante y más interesante.

¹⁹ **Hawt! Hawt!** (original): anteriormente era un acrónimo de “tener un tiempo maravilloso (have a wonderful time).” Actualmente es jerga en Internet para algo realmente caliente.

—Matthew —comienza Sloan y vacila cuando Reed deja de recoger sus cosas lo suficiente como para mirarla. Ella levanta las manos—. Agente Reed, no puedo pensar en algo tan urgente que no pueda esperar hasta después de haber cenado.

Reed suspira profundamente, pero no deja de reunir sus papeles.

—Gracias por la comida, Dra. Sloan. No quiero ser grosero o sonar ingrato, pero realmente tengo trabajo que hacer. Y sí, es algo urgente. Las oficinas en Pakistán abrirán en breve y tienen información que necesito.

Sloan vacila, frunciendo los labios brevemente.

—Oh. No me di cuenta. Lo siento.

Nadie se da cuenta de que estoy aquí en la habitación y me siento como una voyeur. *iFascinante!* Pienso en la afición de espiar de Felipe y Celia, y me ruborizo. Lo que está pasando entre Sloan y Reed realmente no es asunto mío.

—Aquí —digo en voz alta, para hacerles saber que están siendo observados. Levanto la ensalada de Reed triunfante, y como las patatas sueltas sobre la tapa—. Puede llevársela con usted.

Sloan me da una sonrisa de agradecimiento, como aliviada de que rompiera su incómodo intercambio. Recoge el recipiente y se lo lleva de mi mano.

—Sí, por favor tome la ensalada. Tiene que comer algo.

Reed mira la ensalada como si nunca hubiera comido una antes, luego a Sloan y a mí. Está enojado, y no tiene nada que ver con esto. Sólo está cabreado. Quiere estar enojado con Sloan, pero ella no le ha dado una razón, no ha dicho o hecho algo repulsivo. Aun así, está eligiendo estar enojado con ella. Por último, pone su maletín en su silla y toma el recipiente.

—Gracias —dice.

—De nada —dice Sloan, de esa manera suave que Caleb usaba conmigo cuando se sentía caprichoso. Sloan observa la cara de Reed, entonces su mirada se desliza lejos cuando él la mira y rápidamente aparta sus ojos.

Oooh... a ella le gusta. Me sorprende y a la vez no lo hace. Tiendo a ver a la Dra. Sloan y al Agente Reed como robots, como que no tienen vidas. Es interesante verlos de una manera nueva.

El rostro de Reed se ve un poco rojo. No puedo creer que esté sonrojándose. Se ve realmente adorable. No quiero que se vaya. Quiero sentarme en mi cama y verlos retorcerse bajo mi escrutinio. Me refiero a que realmente... sería lo justo.

—Vamos, Reed, quédese —palmeo el lugar a los pies de mi cama, sonriendo. Me mira en silencio. *Si las miradas mataran...*—. Dijo que escucharía el resto de mi historia ¿recuerda?

—De verdad no puedo, señorita Ruiz —dice—, pero estaré de vuelta más tarde. Mientras tanto —abre su maletín y saca su grabadora—, ¿grabará por mí?

Sloan toma la grabadora y asiente con la cabeza, con cuidado de no mirar nada.

—Por supuesto.

Reed asiente con fuerza y cierra el maletín de nuevo antes de salir prácticamente corriendo de la habitación. Realmente no puedo creer lo que acabo de ver.

—¿Qué diablos está pasando entre vosotros dos? —pregunto a Sloan con la boca llena de patatas fritas. Vuelve la cabeza lejos de la puerta y me mira, sorprendida. Muevo mis cejas y ella se ríe.

—Nada, Livvie. Nada en absoluto —dice ella, con la voz temblorosa—. Ahora deja de comer mis patatas fritas y dame eso. —Ella mete la mano en la bolsa y saca una hamburguesa y un recipiente de patatas fritas antes de sentarse en la anterior silla de Reed—. Mmm... —dice ella cuando hace estallar una patata en la boca.

—Mmm... —imito y hago lo mismo. Cuando he terminado de tragar, salto directamente al tema bueno—. Así que... ¿Realmente viniste a verme a mí o al Agente Reed?

Sloan sonrío y niega con la cabeza. Su boca está llena, pero trata de contestarme de todos modos.

—A ti, por supuesto.

—Mentirosa —bromeo.

Sloan se encoge de hombros.

—No estoy aquí para hablar de Reed.

—¿No te refieres... a *Matthew*?

—Livvie —dice ella en señal de advertencia.

—Janice —digo sarcásticamente—. Vamos, Sloan. He estado contándoos a ambos algo de mierda bastante intensa. Creo que tengo derecho a una distracción y un poco de cotilleo. Reed es sexy. Lo entiendo.

—No hay nada que decir —insiste, pero su cara se está poniendo rosa. No importa la edad, lo que siento es universal. No puedes luchar contra quien te atrae. A veces, el destino lo hace bien, y luego te hace pagar por ello.

—Lo que sea. Sé que algo está pasando. Caleb solía enfadarse cuando hacía uso de su nombre en frente de otras personas, pero, ¿en privado? Otra historia. Vi el rostro de Reed cuando lo llamaste Matthew. Estaba advirtiéndote.

Sloan se atraganta con su hamburguesa y ávidamente toma un sorbo de su bebida para despejarla.

—¡Livvie!

—Bien, bien —le digo y recojo mi hamburguesa, muy decepcionada. La hamburguesa es tan grasienta que ya puedo sentir la grasa correr por mis venas. Gimo cuando mastico—. No tienes que decírmelo, siempre y cuando me traigas otra de estas mañana.

—Trato hecho —dice Sloan y toma otro bocado.

Comemos en silencio durante varios minutos. Un gemido ocasional y ojos en blanco como nuestro único medio de comunicación.

Después, Sloan y yo hablamos de cómo me siento. *Bien*. Ella pregunta si puedo estar lista para hablar con mi madre. *No. Definitivamente, no.*

—¿Cuál podría ser el daño? —pregunta Sloan—. Ella te extraña mucho.

Miro hacia abajo en mi regazo. No estoy triste. Me da vergüenza mirar a Sloan a los ojos y admitir la verdad.

—Quiero que sufra.

Sloan está callada.

—Los últimos meses han sido terribles —continuo—, he sido golpeada, humillada y forzada a situaciones que ninguna persona debería tener que sufrir. —Hago una pausa, cavilando y enojándome con mi madre—. Aun así, me gustaría vivir todo de nuevo, si pudiera cambiar los últimos dieciocho años con mi madre. Pasé tanto tiempo, tratando de hacer que me ame, que me entienda. Pasé tanto tiempo dando una mierda por lo que pensaba. Ya he terminado, Sloan. Ha terminado de importar. Es para mí el momento de vivir mi propia vida, mi propio camino y no quiero que sea una parte de eso.

—¿Cuál es tu camino? —pregunta Sloan. No hay una cualidad emocional en su voz. Si me está juzgando, no lo sé. Si está de acuerdo conmigo, es también un misterio.

—No lo sé. No tengo ni idea de quién se supone que debo ser más. Sólo sé que no quiero ser ese otro alguien que cree que debería ser.

—Bien —dice Sloan.

Sloan y yo hablamos un rato más antes de decirle que estoy cansada y que quiero acostarme. La dejo abrazarme de despedida y tal vez... me aferro a ella por sólo un poco más de lo previsto. A Sloan no parece importarle.

Una vez que se ha ido, apago las luces y me meto en la cama con la grabadora de Reed. La enciendo y empiezo a hablar.

* * * *

Otra oleada de electricidad bombeó a través de mí. Estaba hambrienta de liberación. Grité detrás de mi mordaza y luché contra mis ataduras, pero lo único que hizo fue aumentar mi sufrimiento. Levanté mi culo, tratando de encontrar una manera de moverme y crear una fricción suficiente para enviarme al orgasmo, pero era abrumadoramente inútil. Gemí y dejé que fluyeran las lágrimas cuando el pulso se detuvo. Se abrió la puerta y un suspiro de alivio se extendió por mí. Caleb había llegado de nuevo para acabar con mi sufrimiento. Sabía que lo haría.

Se acercó a mí lentamente e hice suaves, suplicantes sonidos para rogarle que lo detuviera. Como si leyera mi mente, su cálida mano ahuecó mi cara y me inclinó hacia ella, presionando mi mejilla húmeda contra su muñeca y llorando lastimosamente. Si hubiera sido capaz de ver, tal vez hubiera estado más avergonzada y orgullosa. En su lugar, simplemente estaba perdida en mi miseria y con ganas de ser libre de ella.

Su mano viajó bajo mi cuello y mi pecho, cuando otro pulso me golpeó. Me arqueé. Quería correrme, no, *necesitaba* correrme. La mesa tembló cuando luché. La mano de Caleb acarició la suave piel bajo mi pecho lo cual sólo lo hizo más intenso. Sólo necesitaba un poco más, sólo un poco más. Se detuvo. Lloré más fuerte.

Le supliqué detrás de la mordaza, pero Caleb no dijo nada. En cambio, sus manos ahuecaron mis pechos y luego sacaron las pinzas de mis pezones lentamente. La sangre se apresuró a mis pezones y grité por detrás la mordaza. Dolía, pero eso también me hizo doler más. Masajeó mis pechos y casi arrullaba mientras trataba de presionarme más contra sus manos. Abruptamente, el calor de su boca besó alrededor de mi seno izquierdo y el cosquilleo suave de su cabello acarició mi pecho.

—Sí. —Suspiré.

La boca de Caleb era dolorosamente suave, su lengua se arremolinó alrededor de mi carne tensa, sin dientes, sin succión violenta, sólo suaves lamidas y besos

que me dieron ganas de tocarlo. A medida que repetía el proceso en el otro seno, otra sacudida de electricidad asaltó mi pobre clítoris.

—¡Por favor! —grité detrás de la mordaza—. ¡Por favor!

Se puso de pie de nuevo hasta que el pulso se detuvo y temí que saliera de nuevo. Le oí abrir la cremallera de sus pantalones y tuve que dejar de asentir con fervor. *Sí, quiero esto. Por favor, quiero esto.* Sus dedos bajaron la mordaza y de inmediato comencé a rogarle por un respiro.

—Amo, por favor, haz que se detenga, déjame entrar. Seré buena. Te lo juro. Seré buena. —Cuando él no dijo nada, lloriqueé—: Caleb, por favor. —El calor de él irradiaba cerca de mi cara, seguida por la suave presión de su polla contra mis labios. No lo dudé, abrí mi boca y lo llevé dentro.

Una sorprendente evidencia me golpeó, no era Caleb. Se sentía completamente equivocado en mi boca. Intenté retroceder, pero el desconocido inmovilizó la parte de atrás de mi cabeza firmemente en su lugar, y a pesar de mis instintos, en realidad no quería morderle.

Otro pulso me golpeó y me asaltó desde todos los ángulos imaginables. Gemí en torno al desconocido mientras simultáneamente trataba de tomar aire y alejarme de él. No estaba tan asustada como debería estar. Tal vez fue porque folló mi boca lentamente, sin violencia. Sí, el desconocido dejó claro que no me permitiría alejarme, pero estaba lejos de ser rudo. El pulso se detuvo y dejé mis caderas caer sobre la mesa. Luchaba por respirar continuamente con la polla del extraño en la boca. En el tranquilo silencio, escuché sus suaves gemidos guturales mientras se deslizaba dentro y fuera de mi boca.

Se retiró sin correrse e inmediatamente sentí la incomodidad y la vergüenza que debería haber sentido más temprano antes de bajar la guardia. Quería preguntarle quién demonios era. Quería gritar para pedir ayuda, llamar a Caleb, pero no dije nada.

—Hermosa —dijo con un suave acento español. Todo mi cuerpo se ruborizó entonces. Pude sentir el calor de ello.

—¿Felipe? —le pregunté tímidamente, al borde de las lágrimas frescas.

—Sí, mi dulce niña, pero no debes de hablar a menos que se te pregunte —dijo suavemente—. Sé que tu Amo ha tratado de enseñarte mejor. Aun así, no puedo culparlo por ser tan indulgente contigo. Yo dejo a Celia salirse con la suya demasiado —se rió entre dientes—. Aunque, no sé por qué te permite usar su nombre. Es tan íntimo. ¿Sois ambos tan íntimos? —No le respondí. Estaba demasiado conmocionada—. Responde —dijo en voz baja. Abrí la boca entonces, pero la única cosa que salió fue un largo y ronco gemido cuando la

electricidad, una vez más me asaltó. Él dio un paso atrás y hubo un sonido de un clic. El pulso se detuvo.

—¡Oh Dios! —gemí—. Gracias. —Mi corazón no tuvo la oportunidad de reducir velocidad.

Los dedos de Felipe acariciaron los labios interiores de mi coño casi de inmediato. Traté de desplazarme lejos, pero lo único que conseguí fue mover mis caderas hacia arriba y hacia abajo lo que sólo parecía fomentar sus esfuerzos. Un tartamudeo de negaciones fluyó de mí cuando sentí uno de sus dedos tratando de colar su camino en mi interior, pero rápidamente me silenció con un firme golpecito a un lado de mi cara y una demanda de silencio igualmente firme. No me dolió, pero fue efectivo.

—Sólo estoy mirando —dijo. Empujó contra algo doloroso dentro de mí. Empecé a llorar y, para mi alivio, el dedo se retiró.

Quería a Caleb. *¿Cómo podía dejarme aquí de esta manera?*

—Estás realmente húmeda para una virgen —dijo, y mi cuerpo se sonrojó de nuevo con el calor y el bochorno—. No hay nada malo en ello, sin embargo. —*¿Estaba sonriendo?* El miedo tocó a través de mis entrañas. Tenía la esperanza de que este hombre saliera pronto y Caleb volviera para dejarme ir. Siguió un largo silencio, interrumpido por mis sollozos bajos y la ingesta ocasional de aliento mientras trataba de mantener mi llanto silencioso.

Por último, habló:

—No te preocupes, dulce niña. Me iré pronto y no voy a hacerte daño. Sólo tenía curiosidad. Tal vez, cuando tu verdadero Amo lo permita, pueda explorar mejor mi curiosidad. —Traté de concentrarme en el hecho de que había dicho que no me haría daño y suspiré con alivio, obligándome a calmarme y dejé secar las lágrimas.

—Caleb está muy... *enamorado* de ti —dijo, y se rio por lo bajo. Parecía una broma privada de la que no estaba al tanto—. *¿Lo amas?* —preguntó casualmente.

No respondí. Estaba muy cansada, sorprendida y asustada para contestar.

—Siempre puedo volver a conectar la máquina —dijo.

—¡No! —grité antes de que pudiera detenerme.

—Pensé que dirías eso —dijo.

—No lo sé —susurré.

—Explícate.

—Nunca he estado enamorada antes. No lo sabría.

Felipe soltó una carcajada.

—Todos lo saben, querida. Tú ya lo sabes. ¿Lo amas o no?

No sabía qué decir. No conocía lo suficiente de Felipe para adivinar si pretendía o no hacerme a mí o a Caleb daño alguno. Aparte de Celia, nunca estuve a solas con nadie excepto Caleb.

—¿Amas a Celia? —pregunté en su lugar.

Felipe suspiró. —Muchacha inteligente. Respondes a una pregunta con otra pregunta y así nunca puedes decir algo equivocado. De todos modos, tengo mi respuesta. Es una lástima que él no lo sepa.

—Lo sabe —susurré.

Felipe se echó a reír en voz alta.

—¡No lo habría pensado! ¿Sabes cómo conocí a Celia?

Negué con la cabeza.

—Es la hija de mi antiguo rival. Hace muchos años, cuando decidí hacerme un nombre, me enfrenté a su padre y gané. Como trofeo... Tomé a Celia —su voz se volvió suave—. Me odió por muchos años y no siempre fui tan amable con ella. Ahora... no pasa un momento en el que no me gustaría poder recuperar el tiempo perdido. La eché a perder.

—¿Dejándola limpiar tu casa y ser tu esclava? —dije incrédula.

—Ya veo por qué Caleb está tan atraído por ti. Eres el tipo de mujer que pide ser refrenada y sin embargo se niega a ceder. Tales mujeres son el néctar de la vida —dijo—. Créeme, Celia es bastante feliz. Le doy todo lo que necesita y mucho más de lo que ella desea.

Mantuve la boca cerrada y dejé a Felipe seguir con lo suyo.

—¿Permitirás a Caleb venderte? —preguntó.

—No tengo elección —susurré.

—Vivir como un esclavo o morir en tus propios términos es siempre una opción, dulce niña —susurró—. Tal vez deberías recordar a tu actual Amo.

—¿Por qué dices mi *actual* Amo?

—¿Caleb no te lo dijo? Rafiq llega mañana. Sospecho que ambos nos dejareis muy pronto. Es una lástima, sin embargo, admito de mala gana que he

disfrutado de teneros a ambos alrededor. Caleb es un hombre interesante, un poco... drástico, pero interesante.

Sentí como si alguien me hubiera golpeado en el estómago y sacado el aire de mis pulmones. Rafiq venía a por mí y Caleb no iba a detenerlo. Se había acabado. Había perdido.

—Déjame ir —lloriqueé—. Por favor, ayúdame.

Felipe suspiró.

—Me temo que no es posible, dulce niña. Rafiq... bueno, permíteme decir, que no se toma amablemente la traición.

Mientras trataba de procesar lo que me estaba diciendo, escuché sus pasos y me encogí cuando estableció de vuelta la mojada mordaza en su lugar y la aseguró con firmeza. Me entró el pánico cuando la frialdad de los cables subió a lo largo de mi cuerpo. No quería las pinzas en mis pezones de nuevo. Luché con todas mis fuerzas. Mi torso estaba relativamente libre, así que me sujetó con su peso con un poco de dificultad para reemplazar las pinzas.

—¡No! —grité de frustración, pero sólo hubo su suave risa como respuesta.

—Lo siento, dulce niña, pero no puedo dejar que tu Amo te encuentre en una posición diferente. Es descortés.

Me quejé lastimosamente. Finalmente había descendido de mi elevada excitación, mi clítoris dolía y mis pezones también, pero me había alegrado de sentir algo normal. No estaba segura de poder manejar más tortura.

—Te haré un regalo antes de irme —dijo Felipe.

Sacudí la cabeza con pasión, pero no impidió poner su mano entre mis piernas y acariciarme. Mi cuerpo se calmó, y en contra de mis deseos, avivó la llama de mi deseo, en muy poco tiempo haciéndolo ardiente una vez más. Pronto, me apreté a él en busca de la liberación que necesitaba tan desesperadamente. Y, por último, me envió hacia el límite. Me frotó más duro y más rápido, y grité mientras mi orgasmo me desgarraba. Quise más. Tan hambrienta como estaba, el poderoso orgasmo hizo poco para bajar mi pasión. Con horror, me di cuenta de que estaba reemplazando la pinza tomada de mi clítoris. Le supliqué que no lo hiciera.

Unos momentos después de que saliera, mi tortura comenzó de nuevo.

* * * *

Pasó un largo tiempo antes de que la puerta se abriera de nuevo y esta vez, no iba simplemente a contentarme con liberación física. A menos, por supuesto, luego violarlo hasta el olvido.

Gruñí cuando oí pasos viniendo cerca de mí, rezando en secreto que fuera Caleb a quien dirigía mi ira y no a otro visitante no invitado. Una risa engreída después, supe que era él. No pude evitar sentir una profunda sensación de alivio.

—¿Cómo te sientes, Mascota? —me hubiera gustado escupir insultos contra él en ese momento, pero la máquina se apagó de nuevo y era lo único que podía hacer para aguantar mis gritos. En el transcurso de la noche, las cargas se habían vuelto menos frecuentes. Me preguntaba si había sido una misericordia que mi misterioso visitante había impartido. En cualquier caso, los pulsos eran poderosos y habían estado encendidos durante horas. Eran placenteros y dolorosos, con tendencias crecientes hacia el dolor. Cuando la carga finalmente cesó, no podía dejar de sollozar suavemente detrás de la mordaza empapada en mi boca.

—¿Tan mal, eh? —dijo, pero sabía que sus palabras no tenían absolutamente ninguna simpatía por lo que había hecho. Tomé aire profundamente cuando quitó las pinzas de mi cuerpo.

—¡Te odio! —grité. Aunque las palabras fueron amortiguadas detrás de la mordaza, yo sabía que podía distinguirlas. Él tomó mis pechos con ambas manos y suavemente me masajeó.

—Te odio, *Amo* —dijo con hambrienta lujuria radiando en su voz.

Pellizcó mis pezones juguetonamente. Hice una mueca y traté de retroceder ante su caricia.

—¿Sensible? —susurró suavemente en mi oído. Cuando no respondí, pellizcó un poco más fuerte y un grito partió de mis labios—. Responde —dijo fríamente.

—Sí, *Amo* —me quejé. Mi enojo con él había crecido a medida que las horas habían pasado. Me convencí a mí misma de que cuando viniera a buscarme de verdad le diría lo que pensaba. Por supuesto, es fácil ser valiente cuando el objeto de tu miedo no está manteniendo como rehenes tus pezones doloridos.

—Bien, *Gatita* —dijo. Colocó las palmas de sus cálidas manos en mis pequeños picos tiesos y presionó suavemente para masajearlos mientras también amasaba mis pechos.

Gemí en voz alta. Mi cabeza rodó hacia un lado mientras me tocó exactamente de la manera en que necesitaba ser tocada. Nunca quise que la sensación terminara.

Su muslo presionaba contra la mesa cerca de la parte superior de mi cabeza mientras trabajaba más bajo sus manos, de mis pechos a mis costillas, a mis caderas sorprendentemente doloridas. Frotó suavemente, y no podía dejar de gemir y perderme en la garantía de sus manos, y en el limpio, olor masculino

que emanaba de su cuerpo, cuando inevitablemente se inclinó hacia mí. Pensé en Felipe. Pensé en la forma que había presionado su polla contra mis labios, la forma en que lo acepté tan fácilmente cuando pensé que había sido Caleb.

Involuntariamente, me ondulaba bajo las manos de Caleb, mi cuerpo le decía lo que no podía decir en voz alta. Lo necesitaba para hacerme correr. Suspiró audiblemente y supe que me deseaba tanto como yo lo a él.

Luché contra el recuerdo de lo que me había dicho después de que le hubiera ofrecido no solamente mi cuerpo, sino mi corazón.

¿Pensaste qué? ¿Pensaste que si me ofrecías tu pequeño coño iba a hacer algún tipo de diferencia?

Retrocedí ante el recuerdo y las lágrimas picaron tras mis ojos. Estaba agradecida por la venda de los ojos. De repente, no estaba segura de querer que me tocara más, pero, ¿qué otra opción tenía? Las opciones de Felipe parecían demasiado extremas.

Se me ocurrió entonces, que la única decisión era mía, no iba a dejarle lastimarme más, no importaba dónde. Mi corazón se hundió pesadamente en mi pecho por razones que no quería reconocer... *Había* pensado que mi confesión haría algún tipo de diferencia.

Estaba perdida en mis pensamientos de autocompasión cuando él me trajo de nuevo a la realidad pasando su dedo a lo largo de la unión de mi inflamado sexo. Tiré de mis ataduras.

—¿Sensible aquí también? —dijo oscuramente, y comenzó su practicado asalto sobre mi clítoris. Gemí lamentablemente como respuesta y asintió—. Ahh, pobre Gatita. ¿Quieres que te deje correrte ahora? —Las lágrimas de mis ojos se filtraron y fueron absorbidos inmediatamente por la venda de los ojos. Asentí. Su voz había adquirido un borde siniestro, estaba disfrutando de esto, y yo estaba en una extraña clase de miseria. Cambió de posición, rodeando a mi derecha mientras me acariciaba con un ángulo más fácil.

—Te quiero oír suplicarme —dijo, y retiró la mordaza de mi boca. Giré mi mandíbula, tratando de llegar a sentirla normal otra vez y resultó difícil—. Suplícame —ordenó. Mi corazón se aceleró ante su constante contacto, el hormigueante calor del orgasmo inminente se extendió a través de mi cuerpo. Si se detenía esta vez, iba a morir. Estaba segura de ello.

—Yo... te lo suplico —susurré. Mi voz era extraña a mis oídos cuando no pude mantener mis emociones fuera de mi voz.

Pensé que fue realmente muy lindo cuando dijiste que me amabas.

El orgasmo me atravesó con una violencia que no creí que incluso Caleb estuviera esperando. Grité desde la parte superior de mis pulmones y mi cuerpo entero se arqueó tanto como podía con sus restricciones. Cada parte de mí se estremeció, latió y ardió de liberación. Mis muslos se estremecieron y mi corazón latió salvajemente en mi pecho, oídos y clítoris.

Se apoderó de mí en oleadas: mi antigua vida, conocer a Caleb, mi huida fallida, la amabilidad de Caleb aquella primera noche que me abrazó, su sonrisa, sus manos, su olor, su beso, los azotes, la tortura, mi declaración de amor, su reacción... su reacción... su cruel reacción de mierda. Cuando lo mejor y lo peor pasó, mis caderas golpearon la mesa con un golpe húmedo y me quedé allí llorando mientras cualquier número de emociones salvajes corrían en mi cuerpo, hasta que los efectos se asentaron.

—Wow —susurró.

Estaba tan cansada. No había dormido en toda la noche. Caleb estaba tranquilo y me alegré por ello. No tenía nada que decirle. Aunque, bien esperaba que hubiera terminado de torturarme por un tiempo y me permitiera finalmente llegar a dormir, sola.

Empecé a ir a la deriva mientras él desataba la correa de mis muslos y piernas. Es una cosa extraña que te sientas somnolienta y satisfecha, mientras que al mismo tiempo, te sientas nerviosa y con ansiedad al ser liberada. Sus cálidas manos tocaron mis costillas y desapareció mi somnolencia y mi ansiedad aumentó.

—¿Cómo están tus costillas? —preguntó él, con un grado de reflexión.

—Un poco doloridas —dije, en voz tan baja que casi dudaba si había oído.

—¿Están mal? —parecía preocupado.

Odiaba cuando era así. Preferiría que siempre fuera un bastardo de sangre fría. Por lo menos entonces, podía perdonarlo por las cosas que hizo. En cambio, me mostraba ráfagas de su humanidad. Era peor, a sabiendas de que conocía la diferencia entre la bondad y la crueldad y elegía el más vil de los dos. Negué con la cabeza.

Desabrochó las esposas de mis muñecas y en seguida traté de incorporarme. En realidad, no como una muestra de desafío. Sólo pareció ser la cosa más natural. Mis caderas estaban dolorosamente tías y doloridas. Tomé la incómoda ayuda de Caleb para levantar mis piernas de los estribos. Después de muchas horas de diferencia, casi no podía cerrarlas.

Me senté por un momento, mis piernas colgando de la mesa y las manos sobre mis pechos. Esperaba que no me quitara la venda de los ojos y tener que mirar a sus ojos. Se puso de pie delante de mí. Nuestros cuerpos no se tocaron, pero lo

sentí en todas partes. Entonces, sus cálidos dedos cepillaron suavemente mi mejilla, y algo en mi pecho comenzó a arder. Poco a poco, sacó la venda y me froté los ojos hinchados mientras me acostumbraba a la suave luz.

Lucía encantador, como de costumbre, aunque su sonrisa habitual no estaba presente, sólo una expresión de seriedad. Se me ocurrió que debía verme como una mierda, con el pelo desatado y la cara hinchada. Mientras tanto, Caleb parado frente a mí, sexy como el infierno.

No podía mirarlo a la cara. Nunca más podría. Me concentré en los ligeros botones superiores de su camisa, pantalones color caqui y zapatos casuales. Me enfoqué en sus grandes manos, mientras se acercaban y me frotaban mis muslos. Dejé escapar un sobresaltado grito ahogado que no reconoció.

—¿Tienes hambre? —preguntó amenazadoramente. Asentí con la cabeza, mirando hacia mi regazo. Dio una palmada en mi muslo con fuerza y tuve que luchar contra cada impulso de empujarlo. El calor se deslizó en mi cara, pero mantuve mi compostura.

—Sí, Amo —le dije con los dientes apretados—. Estoy hambrienta.

—Bueno —dijo sin humor en su voz—. Puedes ponerte de rodillas y comerme la polla.

Le miré con incredulidad por un momento, esperando a que dijera algo más, aunque qué esperaba que dijera, no lo sabía. Curiosamente, cuanto más lo miraba, más me di cuenta que lo estaba haciendo sin su permiso. También sentí, como hacía a menudo, que podía leer mi mente. Respiré hondo y aparté la mirada rápidamente, con la esperanza de que no hubiera leído demasiado. Por el rabillo del ojo vi sus manos yendo lentamente a su cinturón. Una sensación de perdición inminente me impulsó a la acción e instintivamente puse mi mano derecha sobre la suya.

—No vas a azotarme, ¿verdad? —no levanté la vista. Mis dedos temblaron. Si no lo estaba pensando, entonces probablemente planté la idea en su mente. *Estúpida, estúpida, estúpida.*

—¿Te gustaría que lo hiciera? —preguntó. Negué con la cabeza enfáticamente: No, no lo quería—. Entonces sácame las manos de encima. No te di permiso para tocarme. —Aparté mis manos y esperé a que hablara—. Bueno. Ahora ponte de rodillas y pon tus manos en tu regazo. No tienes permitido tocarme.

Tragué duro y me obligué a hacer lo que me dijo. Evitando su mirada, traté de bajarme de la mesa sobre mis temblorosas piernas. Mis piernas cedieron, pero Caleb se acercó a estabilizarme. Casi me aferré a él para evitar caerme, pero me las arreglé para evitar el acto reflejo y me colgó en sus brazos como una muñeca de trapo mientras me bajaba sobre mis rodillas.

—Gracias —susurré.

Se puso de pie.

—Sabes que, Gatita —dijo—. Creo que *voy* a azotarte. Pregúntame por qué.

Mis ojos se empañaron de lágrimas ya frescas cuando levanté la vista hacia él.

—¿Por qué?

Él sonrió y negó con la cabeza, justo antes de que me agarrara la parte posterior y tirara de mi pelo lo suficiente para hacerme saber que estaba en problemas.

—¿Qué tal por hablar cuando no se te pidió hablar, tocarme como si tuvieras el derecho, mirarme sin que te diga, y lo más importante, por constantemente dirigirte a mí incorrectamente? —Sujetó mi pelo tirante. Me quejé bruscamente detrás de mis labios cerrados y los ojos cerrados reflexivamente—. Ahora, dime Gatita, ¿mereces ser castigada?

No podría haber ninguna buena respuesta a su pregunta. Incluso el silencio podría considerarse como otra infracción. Mi mente corrió buscando una salida a la situación, pero sabía que el daño ya estaba hecho.

Lloré miserablemente, pero abrí mi boca y respondí.

—Si es lo que quieres, Amo, entonces sí. —Mantuve mis ojos cerrados, consciente de no mirarle sin permiso, y soltó mi cabello.

—Esa es una buena respuesta, Gatita. Más tarde, voy a mostrarte exactamente lo que quiero. Mientras tanto, demuéstrame lo mucho que quieres hacerme feliz.

Capítulo 17

Me hizo caminar, con los restos de su semen escurriendo por mi barbilla y cuello, desnuda, sollozando y con las piernas temblando, subiendo por la mazmorra hacia el civilizado entorno de la mansión de arriba. Dudé fuertemente en avanzar cuando escuché el rumor inconfundible de personas conversando. Caleb presionó su mano firmemente contra la curva de mi trasero y me instó a avanzar, pero solamente me incliné hacia atrás y traté de retroceder un paso. Levantó una mano, propinándome una poderosa cachetada, que atravesó la delicada piel de mi trasero y no puede evitar comenzar a llorar fuertemente y tambalearme a través de la puerta. Seis pares de ojos se giraron hacia mí a la vez. Se podía apreciar una mezcla de sorpresa y diversión.

El fuerte deseo de salir corriendo me atravesó, pero Caleb tiró de mi pelo cruelmente con su agarrón, obligándome a arrodillarme a sus pies, donde al instante me aferré a su pierna y me escondí.

—Bien, este día se acaba de convertir en más interesante —dijo una voz desconocida, con acento sureño. Su comentario fue recibido con una resonante carcajada.

—Pido disculpas —dijo Caleb—. Todavía no ha sido domada lo suficiente. — Estaba demasiado asustada para estar indignada. Por encima de mi cabeza, sentados en una mesa, había un grupo de hombres y mujeres. No parecían tener ningún problema con un hombre que arrastraba a una mujer desnuda y que estaba llorando. No podía imaginarme un escenario más horrible.

Cuando cesaron las risas, habló una voz familiar.

—¿Tomareis el desayuno con nosotros? —Era Felipe, era inconfundible con sus fuertes inflexiones de voz, y por supuesto, su acento español. Mi corazón dejó de latir ¿Qué pasaría si hablaba con Caleb sobre la noche anterior? ¿Haría hablar a Caleb sobre lo que sucedió anoche? ¿Y si era una prueba, y se suponía que yo tenía que decírselo?

—No, no esta mañana, pero quizá para cenar. Necesito tiempo para hacerla presentable. —Finalmente soltó mi pelo. No hice ningún intento de moverme, encogida contra sus piernas, me sentía extrañamente protegida.

—Por supuesto —dijo Felipe—. Celia te ayudará. —Caleb me hizo hacer el resto del camino apoyada en mis manos y rodillas, mientras los otros miraban y

señalaban lo obvio, que se notaba que yo era nueva, y lo divertido que sería tomar mi sexy trasero.

El calor atravesaba todo mi cuerpo, pero mantuve la cabeza hacia el suelo y solamente me centré en alejarme de esta emergente situación como fuera posible. En algún lugar de mi mente, yo también me preocupaba por lo que me pasaría a continuación. Me di cuenta de que mi más profunda esperanza era que Caleb me llevará arriba, me bañara, me alimentará, me sostuviera y que llenara mis oídos con palabras de consuelo.

Un poco más abajo, doblamos una esquina y mis rodillas finalmente dieron un respiro cuando entraron en contacto con una pequeña alfombra. Caleb se puso delante de mí y abrió la gran puerta de madera. Dudé un solo momento, sin saber por qué, pero después me arrastré a través del umbral. La habitación no era lo que me esperaba. Si alguna vez imaginé una habitación para que Caleb la llamara así, habría sido esa. Parecía inundada con su siniestro gusto.

La alfombra era de un profundo borgoña. Era tan oscura que casi lo confundí con el negro. La cama estaba alta, cubierta de los edredones más oscuros, retirados hacia atrás para revelar las almohadas y las sábanas de seda carmesí. El cabecero también era negro, una cosa grande, larga y cuadrada. Daba a la cama un toque evidentemente masculino, y adjuntados en su centro, había dos gruesos aros de metal. La puerta se cerró detrás de mí y la habitación quedó sumida en la oscuridad. Tragué fuerte.

Unos pequeños sonidos y la luz de una lámpara de noche iluminaron escasamente la habitación. No me atreví a hacer un ruido o movimiento, aunque el impulso de girarme a mirar a Caleb era intenso. Mis ojos miraron fijamente hacia delante, captando un banco revestido de lo que a simple vista parecía cuero. No había ninguna televisión, ningún equipo estéreo y ningún teléfono, pero había libros. Los descubrí en una librería en la esquina, sus lomos demostraban que habían sido completamente leídos y disfrutados. Me pregunté de repente qué leía, qué le hacía feliz. También había una extraña cantidad de muebles colocados delante de las austeras cortinas. Supe con un simple vistazo, que sería mejor quedarme sin conocer su propósito.

—Me has avergonzado allí abajo. —Mi cuerpo entero se tensó por el sonido enojado de su voz.

—Lo siento, Amo —susurré en voz baja. Luché desesperadamente para permanecer inmóvil. Le traté como a la especie de depredador que solo ataca a presas en movimiento. Escuché el distintivo sonido de la hebilla abriéndose y el silbante sonido de un cinturón siendo extraído de sus soportes. Empecé a temblar.

—Vas a aprender lo que se espera de ti, mascota. —Todo mi cuerpo me gritó para que echara a correr, pero en algún lugar dentro de mi cabeza una pequeña voz susurró que no había escapatoria, solo obediencia. Solo la obediencia le haría feliz. Asentí angustiada.

No dijo nada más. Simplemente presionó mi frente contra el suelo y azotó el cinturón en una rápida sucesión en mi parte trasera.

En el primero, apreté la mandíbula y obligué a mis manos a colocarse debajo de las rodillas para evitar llevarlas hasta el cinturón.

En el segundo y el tercero, me balanceé sobre la alfombra gimiendo.

En el cuarto intenté colocar mis manos en el camino de su cinturón para proteger mis nalgas. Mis dedos rozaron a través del relieve de las heridas.

En el quinto, el sexto y el séptimo, él mantuvo sujetas mis manos firmemente a la parte baja de mi espalda.

En el octavo y el noveno, comencé a gritar en voz alta y jadeante.

Se detuvo un momento, el tiempo suficiente para que pudiera decirle lo arrepentida que estaba, que le obedecería, que iba a estar bien, lo prometía. Unos pocos más y pareció finalmente satisfecho.

Soltó mis brazos, pero sabía que era mejor no seguir mis instintos para levantarme. Agarré mis muñecas y las mantuve en la parte baja de mi espalda, tal como él lo había hecho. Oí su suave risa sobre el sonido de mis esporádicos quejidos y sollozos, y por alguna razón, mi cuerpo se encontró un poco más relajado.

—Buena chica, Gatita —dijo. Suspiré profundamente con alivio. Se apoyó en una rodilla a mi lado y tiró de mí firmemente agarrándome del pelo. Seguí llorando y luchando contra la necesidad de frotar mi trasero que estaba dolorido por los azotes, que lo habían dejado sumamente caliente y enrojecido.

—¿Te duele? —preguntó.

—Sí, Amo —gimoteé lastimosamente.

—¿Lo recordarás?

Hice lo posible para responder a través de mis sollozos.

—Sí, Amo.

Él estaba de pie, tirando de mi pelo hacia arriba con esfuerzo. Arqueé mi espalda y sucumbí a mis impulsos, me froté el trasero fuertemente con las palmas de las

manos. Solo lo empeoré. Aferró mis muñecas y las clavó en la parte baja de mi espalda.

—¡Quédate quieta! —vociferó. Instintivamente, apreté mi frente en la parte delantera de su camisa. Intenté enderezar mis piernas. La sensación de su firme pecho contra mi cara me provocó cosas que había llegado a esperar. ¿Por qué siempre olía tan bien? Después de un momento, el dolor se volvió secundario con los pensamientos de mi cuerpo desnudo contra su ropa. Estaba todavía de pie, pero no pude contenerme de empujarme contra él. Soltó mis muñecas y yo inmediatamente las envolví alrededor de su cintura y me presioné contra él. Era duro, suave y fuerte, y olía a todo lo que yo quería envuelto a mí alrededor.

Se tensó en mis brazos y rápidamente puso sus manos sobre mis hombros para hacerme retroceder. Le miré y vi el enfado y la confusión en sus ojos, pero no me importaba. Rafiq vendría a por mí. Caleb podría protegerme, o podía no hacerlo. No podía preguntarle sin traicionar a Felipe, ni podía ignorar los sentimientos de agitación de mi interior.

Tal vez era mi agotamiento, la larga noche de tortura sexual a la que me habían sometido o tal vez era simplemente el innegable poder que tenía sobre mí, pero fuera lo que fuera; necesitaba desesperadamente besarlo. Me levanté en las puntas de mis pies e incliné mis labios hacia él, rogándole con los ojos que lo hiciera más sencillo para mí. Si se sorprendió, no lo demostró, simplemente se quedó inmóvil cuando finalmente mi temblorosa boca tocó la suya.

Sus manos se atenazaron más a mis hombros cuando tracé con mi lengua su labio inferior, instándolo a abrirse a mi beso. Él accedió y casi lloro al notar su sabor. Finalmente se relajó e inclinó la cabeza unos cuantos grados. Necesitaba profundizarme dentro de su boca, sacudida por la necesidad de ser tocada por él. Alzó su mano hasta la parte posterior de mi cabeza y me besó con toda la pasión de la mañana anterior.

No pude evitar que un ronco gemido atravesara mis labios. Nunca había sentido nada parecido. Nunca había querido reír y llorar y follar y devorar a otro ser humano hasta que no quedará nada de él, hasta que fuéramos una sola persona y pudiera sentirme en paz. Agarré su cara con mis manos y la besé toda. Mi fuerte jadeo fue repetido por sus suaves sonidos.

Busqué su boca una y otra vez. Envolví mi pierna a su alrededor, intentando subirme a él mientras enderezaba su cuerpo. Abruptamente, rompió el beso y me empujó hacia el suelo. Yo miré hacia arriba, con mi corazón desnudo a sus pies. Su pecho subía y bajaba con su ansiosa respiración, pero sus palabras fueron estables y tranquilas.

—Que esta sea la última vez que haces algo sin que te lo digan. Y esta es la última vez que vuelvo a besarte. Espero que lo hayas disfrutado. —A través de la

neblina de mis lágrimas, me había parecido ver un parpadeo de dolor en sus ojos. Ignorando a mi corazón roto, traté de recuperar algo de dignidad.

—Por favor, Caleb —sollocé en voz alta—. No hagas esto. Tómame y marchémonos ¡Vayámonos!

Me abofeteo. No salvajemente, pero dolió y el calor de su descarga atravesó mi cara y mi cuello. Coloqué la mano en la mejilla. Estaba caliente al tacto. Cuando el momento de sorpresa inicial pasó, pensé que era extraño sentir el dolor de su bofetada en mi pecho, pero lo hacía, y dolía más de lo que nunca pensé que fuera posible. Los ojos de Caleb tenían un atisbo de sorpresa que nunca antes había visto. Me volvió la espalda y caminó a través de una de las puertas de la habitación.

Escuché el agua corriendo.

Salió nuevamente.

—Límpiate tú misma y espera a Celia —escupió y volvió a salir de la habitación.

Empecé a llorar abiertamente cuando la puerta de cerró, pero hice lo que él me ordenó.

* * * *

Una hora y media después, me senté sollozando en el borde de la bañera mientras Celia cepillaba suavemente mi pelo y hacía su mejor esfuerzo para tratar de calmarme.

—Lo siento, Gatita —me susurró. Sollocé más fuerte. Asentí dócilmente para apaciguarla. Con toda sinceridad, mis lágrimas tenían poco que ver con ella, o con el hecho de que me hubiera depilado dolorosamente todo el vello de mi cuerpo, con la excepción de una pequeña «tira» en la cumbre de mi coño. Aunque el dolor no se olvida fácilmente. Mayoritariamente, lloraba porque no podía sacar a Caleb de mis pensamientos.

A él yo no le importaba una mierda, y de alguna manera, me había enamorado de él. Nunca me besaría otra vez —es lo que había dicho— nunca. Yo había confiado en él. Había hecho todo lo que me había pedido con la esperanza de que me perdonara. Su lealtad nunca había estado conmigo y había sido tonta al pensar que podía ganármela.

No podía parar de repetir una y otra vez el momento en mi mente. Incluso sabiendo que el dolor que sentía era emocional, físicamente me dolía todo.

—¿Celia? —Por fin había conseguido hablar entre mis sollozos.

—¿Sí, mi amor?²⁰ —dijo.

Hablé con ella en español.

—¿Por qué me trata tan mal? En un momento me sonrío y al siguiente... —Un gran nudo se había formado en mi garganta, dificultándome tragar, y mucho menos hablar.

—No llores, mi dulce niña —dijo. Me recordó a Felipe, pero no lo mencioné. Apartó el cepillo y sostuvo mi cabeza contra su pecho. Me aferré a ella fuertemente, inundada por la necesidad de ser consolada. Acarició mi pelo con su mano y habló—: Creo que hay cosas que no sabes de tu Amo. Tal vez parezca impredecible, pero está lleno de pasión por ti. Mi Amo siempre es agradable, incluso cuando me castiga, pero, no sé nada de lo que siente. —Pude notar el dolor en su voz. Estaba enamorada de Felipe y creía que él no tenía los mismos sentimientos de amor hacía ella.

Pensé en mi interacción con él en el calabozo y tuve que estar en desacuerdo. Felipe perdía la cabeza por Celia. Parecía ridículo que no lo supiera. Sin embargo, yo no era quién para decírselo.

—Tantos años juntos —dijo en un suave susurro— y nunca ha demostrado que le interesara de una u otra forma —dijo con una sonrisa irónica—. Excepto por supuesto cuando quiere follarme... o ve a alguien más follándome. —Me sorprendió su declaración.

—Lo siento —le dije en simpatía.

—Oh, no te preocupes demasiado. No me importa. Siempre lo disfruto, y cuando él me hace el amor —ella suspiró—, hace que nunca me sienta avergonzada, o sucia, o cualquiera de esas otras cosas. Me hace sentir que le he hecho feliz, y eso me hace feliz a mí. —La miré y vi que tenía lágrimas en los ojos. Me sonrió y rápidamente se las limpió con el dorso de la mano.

—Lo siento si fui cruel contigo Celia... ya sabes... esa noche. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Siento haber sido tan imprudente.

—Yo no sabía lo mucho que significabas para él. No podía decirle que no, pero no tenía que hacer alarde de mi placer con total abandono. —Creo que ambas nos ruborizamos. Agarré su mano y se sentó a mi lado.

—Celia, ¿Tu nunca... nunca pensaste en huir? —No pretendió que no entendía el sentido de mis palabras, aunque sus ojos se llenaron de pánico e instintivamente miró alrededor de la habitación—. Nunca debes decir esas cosas, Gatita, ni a otras chicas como nosotras. No te servirán para ninguna otra cosa que para ser castigada. Pero no, nunca podría dejar a Felipe. Tal vez no me ama, pero se

²⁰ En español en el original.

preocupa por mí. Él me da todo lo que deseo sin tener que pedírselo. Le quiero. Antes de él... No recuerdo mi vida, lo que me gustaba hacer, pero nada de eso me importa ahora. —Asentí ligeramente aunque no entendía muy bien lo que quería decir.

La puerta se abrió. Celia y yo tuvimos un sobresalto de culpabilidad. Caleb se detuvo, su mirada penetraba mi piel, aun cuando miré hacia mi regazo como un despreciable perro.

—Celia —dijo después de un momento—, vete abajo.

—Sí, señor.²¹ —respondió ella con voz temblorosa y salió corriendo de la habitación.

—Ven aquí —me dijo.

Instintivamente, me puse de pie.

—Aquí dentro estarás siempre de rodillas a menos que se te indique lo contrario —dijo.

Temblando, me arrodillé y le seguí mientras caminaba por el dormitorio. Mi corazón golpeaba violentamente contra mi pecho y entre mis muslos, mi carne recién descubierta me hizo sentir demasiado consciente de mi desnudez. Mi curiosidad sobre lo que pasaría a continuación había formado nudos en mi estómago, pero le seguí casi con entusiasmo, con la esperanza de que fuera tan atento como lo había sido.

Me condujo a una pequeña «cama», que consistía en unos edredones gruesos, y sedosos, colocados en el suelo cerca de su cama.

—Colócate cerca de la cama, deja tus brazos a ambos lados —ordenó desapasionadamente.

Reticente, hice lo que se me dijo. Sobre la cama frente a mí se extendían algunos artículos de ropa, algunos con los que estaba familiarizada, otros con los que no. Desprovisto de cualquier emoción, levantó un par de bragas negras transparentes de la cama y me hizo un gesto para que me metiera en ellas. Lo hice sin ningún comentario, pero cuando levanté mi pierna para meterla, perdí el equilibrio y puse mis manos en sus hombros para estabilizarme. Él se tensó bajo mis manos y yo las retiré. Las medias negras no ayudaban a estar más estable, pero dejé que mis brazos se las arreglaran para mantener el equilibrio.

Se quedó de pie y miró las bragas y las medias mientras mis pies se caldeaban bajo su escrutinio. No me atrevía a mirarle directamente a la cara para ver si apreciaba lo que veía. Quizá, no sorprendentemente, las bragas causaban una

²¹ En español en el original.

extraña y apabullante explosión de deseo. La piel, anteriormente expuesta, de mi coño brotó a la vida con el tacto del suave y sedoso material. De pronto, nunca antes había estado más agradecida de ser mujer. Nuestros deseos podían ser escondidos, cuando los de un hombre no podían. Aun así, con algo de dificultad, no apreté mis muslos juntándolos.

Nunca antes había vestido un corsé, así que me sentí mal, preparada para el ceñimiento. Hecho de suave piel negra, se situaba por debajo del ligero peso de mis pechos y revestía todo mi abdomen. Dejé salir un gruñido en voz alta cuando él encinchó la espalda con un rápido y devastador tirón. Se detuvo un momento y yo recobré mi cordura y mi oxígeno.

—¿Puedes respirar?

Hice un asentimiento errático.

—Sí, Amo.

—Bien. Si te empiezan a doler las costillas, dímelo inmediatamente.

Otro asentimiento.

—Sí, Amo.

Había extrañas piezas de cuero unida al frontal del corsé. Rápidamente aprendí que eran para mis muñecas. Con las muñecas firmemente amarradas, no podía levantar los brazos.

—Eso debería mantener tus manos en su lugar —dijo con un leve toque de enfado. Me sonrojé por el recuerdo de mi atrevido beso y me avergoncé por el recuerdo de lo que había venido de él. Oí un crujido detrás de mí, pero resistí la urgencia de mirar.

—Dóblate sobre la cama, y abre las piernas —dijo.

Me volví y vi que sostenía algo en su mano, pero no pude distinguirlo.

—¡Haz lo que digo!

Me moví con dificultad para obedecer, esperando no sentir su cinturón en mi sensible trasero. Tan asustada como estaba, mi corazón dio un vuelco cuando reconocí su olor en las sábanas. Las lágrimas punzaban en el fondo de mis ojos. Casi susurré su nombre, pero sabía que sólo podrían venir cosas horribles de ello. Deseé no haberle dicho nunca que lo amaba. Deseé haber manejado sus revelaciones de forma diferente.

—No quiero venganza, Caleb. No quiero acabar como tú, dejando que una jodida vendetta maneje mi vida. Sólo quiero mi libertad. Quiero ser libre, Caleb. No la puta de alguien... ni siquiera la tuya.

Mi angustia se volvió pánico cuando los dedos de Caleb separaron mis nalgas. Me quedé quieta, deseando que la intrusión cesara. Uno de sus dedos presionó sobre el brote de mi ano, mientras los otros mantenían mis bragas a un lado. Nada lo detenía.

—Relájate —dijo. Deslizó lentamente un dedo obviamente lubricado dentro de mí, grité por la sorpresa. Dentro... y fuera... dentro... y fuera, empujaba lentamente. A pesar del miedo y la aprehensión en mi interior, la sensación me trajo el ahora familiar tirón de deseo abajo, en mi vientre. Mis bragas, ya mojadas, se pegaban a mi carne desnuda, haciendo que deseara ondular contra los dedos. Estaban tan cerca de mi clítoris, tan cerca.

—¿Se siente bien, Mascota? —susurró con voz ronca. Me tensé y estaba segura de que él lo sintió alrededor de su dedo. Empujó su dedo más profundamente dentro de mí hasta que mi vientre sintió un pinchazo y un gemido escapó de mis labios.

Me sostuvo, suspendida en su dedo, forzando lágrimas de humillación y gemidos lujuriosos saliendo de mí.

—Sí. Sí, Amo. —Lloraba.

Lo retiró lentamente. Moví con cuidado mis caderas otra vez hacia abajo, y de nuevo su olor saturó mis sentidos. Me pregunté por millonésima vez por qué lo deseaba tanto cuando era un bastardo calculador. Mientras jadeaba en busca de aliento, Caleb preparó su segundo asalto reinsertando su dedo con incluso más lubricante. Intentó empujar algo dentro de mí, algo extraño.

—¿Qué estás haciendo? —grité antes de poder detenerme.

—Relájate —dijo.

Paralizada en un silencio instantáneo, inmediatamente me insté a obedecer. Lentamente, el objeto entró y me encontré llena, justo en el punto de dolor y en el precipicio del placer intenso. Pude sentirlo en mi vientre, y extrañamente, pude también sentirlo presionando contra las paredes de mi coño. Yací quieta, jadeando y gimiendo, intentando descifrar qué demonios había pasado.

El cálido cuerpo de Caleb presionó contra mi espalda. Su boca caliente succionó el lóbulo de mi oreja, y mis músculos se contrajeron fuertemente, aumentando la humedad.

—No te atrevas a empujarlo hacia fuera, o azotaré tu culo hasta dejarlo en carne viva. —Mientras decía las palabras, empujó su erección contra mí y movió rápidamente el tapón dentro de mí. Gemí.

—Sí, Amo —susurré. Mi voz era una súplica lasciva pidiendo más contacto. Reculé, su mano izquierda entre mis omoplatos, sus caderas todavía

presionando contra las mías. Suspiré cuando tiró de mis bragas hacia abajo para exponer mi culo. Estiró la mano entre nosotros para trazar con sus dedos entre mis nalgas. Empujé hacia atrás, urgiéndole a ir más abajo hacia el hinchado brote de mi clítoris, suplicándole que me hiciera acabar.

No llevó mucho tiempo. Frotó mi clítoris suavemente con sus dedos mientras la palma de su mano movía el tapón dentro de mí. Me corrí en cuestión de segundos, con fuertes movimientos de sacudida, envolviendo todo mi cuerpo. Después, él me ayudó a llegar al suelo y me dijo que me fuera a dormir.

Capítulo 18

Abrí los ojos y me quedé mirando en la penumbra, sin querer moverme en caso de que Caleb hubiera planeado torturarme más cuando despertara. Mi sueño había sido incómodo. Mis muñecas estaban sujetas a un corsé de cuero fuertemente atado. Era difícil respirar o levantar los brazos más allá de unos milímetros por delante de mí. Se me hizo también dormir en el suelo. Estaba acolchado con sábanas pero ni de lejos era tan cómodo como una cama.

Pensé en la mañana. Después de que Caleb había hecho su, en cierta forma, violento uso de mi boca, lo cual extrañamente me tenía tanto queriéndolo como odiándolo, me negó la dosis de consuelo que hasta ahora siempre me había dado después de tales duras pruebas: afecto. Tuve que admitir que realmente hirió mis sentimientos. A pesar de todo lo que me había hecho pasar, nunca me hizo sentir barata. Incluso al principio, cuando no había sido más que un bastardo insensible, había logrado disipar mi miedo y mi ansiedad cuando terminaba conmigo. Temía que esos días hubieran terminado.

No desde que le dije que lo amaba.

Reproducir el día otra vez en mi mente hizo poco para instarme a despertar, pero no pude dormir más. No sólo había dormido la mayor parte del día, sino que mi estómago pedía algo de comer. Entonces, como si fuera una señal, la puerta se abrió y Caleb entró en la habitación. Mi corazón se aceleró al instante y dio un vuelco cuando lo vi en un esmoquin. Su espeso y precioso pelo rubio, visto a menudo en un estilo de desaliño organizado, estaba peinado ahora lejos de su cara. La intensidad de sus ojos azules se sentía al mismo tiempo como un puñetazo en el estómago y una suave, hambrienta caricia.

Parecía infinitamente tranquilo mientras se me acercaba. Me recordé a mí misma y desvié la mirada. Se arrodilló a mi lado. Dejé escapar un suspiro que no me di cuenta que retenía cuando extendió su mano y trazó mi barbilla con sus suaves dedos largos. Tomó mi barbilla y un hormigueo se esparció por todo mi cuerpo. Me estremecí, a pesar de mí misma. Volvió mi cara hacia la suya, y ya no pude resistir mirar a sus ojos.

—¿Dormiste bien Gatita? —preguntó en voz tan baja que dolía.

—Sí, Amo —susurré.

—Bueno. Es hora de ir abajo y presentarte al resto de los invitados.

Mi estómago se retorció, aunque en este momento tenía menos que ver con mi hambre y más con mi ansiedad. No dije nada, y no me resistí cuando me ayudó a levantarme. Mientras estaba a sólo unos centímetros de distancia de él su olor una vez más me rodeó. Por un momento no pude evitar cerrar los ojos e imaginar una situación diferente a ésta, una en la que sólo podía ser yo misma y él me adorara por ello. Alisó mi pelo hacia atrás, revelando los ganchos formados durante mis sueños y trabajando a través de ellos rápidamente y con destreza.

—Así —dijo, más para sí mismo que para mí—, se ve mucho mejor.

Un incómodo silencio cayó entre nosotros. Mantuve mis ojos fijos en la limpia camisa lisa frente a mí. Suspiró, y no pude dejar de notar que era el tipo de suspiro que alguien deja escapar cuando se está preparando para hacer algo difícil. Sabía que tenía que ver con Rafiq, de alguna manera, pero no pude preguntarle. No podía aceptar mi destino por el momento. Tenía la esperanza de que el Caleb que había llegado a amar estuviera prosperando dentro de la versión del Caleb que estaba delante de mí. La esperanza era todo lo que me quedaba.

Sin más preámbulos, me dio la vuelta y barrió la mayor parte de mi pelo sobre mi hombro izquierdo. Todo mi cuerpo se estremeció. Le oí sacar algo de su bolsillo. Me tensé cuando sentí una banda lisa de cuero alrededor de la garganta.

—No es igual al collar que llevabas antes. Éste me gusta mucho más. Es más suave y no se te clavaré —susurró.

Si tuviera las manos libres, podría haber alcanzado el lazo atado al frente, pero no estaban libres. Como yo, estaban obligadas por las circunstancias.

—Quiero que sepas —dijo de manera casual—, que va a haber un montón de gente abajo. Estas personas son importantes conocidos míos. Espero que te comportes. Haz exactamente lo que te digo, mantén los ojos abajo y debería ser una noche agradable para ambos. ¿Entendido?

Tragué saliva pesadamente y logré murmurar—: Sí, Amo.

—Date la vuelta —dijo—. Tengo una pequeña cosa para asegurar tu obediencia. —Cuando me volví, no podía dejar de mirarlo a los ojos. Me acercó, sosteniéndome en el lugar con su mano en la parte baja de mi espalda. Su otra mano ahuecó mi pecho justo dentro de mi corsé. Puso su boca en mi pezón y lo succionó.

No pude contener un intenso suspiro. Estaba mojada, pero su atención iba a ser de corta duración. Tan pronto como su boca me soltó, una presión firme se apoderó de mi pezón. Mientras me desvanecía, repitió el proceso superficial en mi otro pecho y luego dio un paso atrás para admirar su obra.

Miré hacia mis pechos a través de una bruma de lágrimas para notar las delicadas pinzas adornando mis pezones. Una fina cadena de oro se unía a ellas y conducía directamente a la mano de Caleb. Cuando hube tomado conciencia de mi situación no pude dejar de mirar hacia Caleb con una expresión suplicante. Tiró suavemente, como si quisiera decir que mi alegato no tenía sentido. Mi cuerpo se puso rígido y una sacudida de dolor y sensación perforaron a través de mi vientre terminando entre mis piernas. El tapón en el culo se movió, exagerando la sensación. En medio de la corriente, el dolor cambió a algo vibrante, a algo placentero. Como una marioneta, mi cuerpo se relajó cuando Caleb liberó la tensión.

—¿Tenemos claras las reglas de obediencia? —preguntó Caleb, y sin esperar mi respuesta continuó—: Esto es una especie de prueba, Gatita. No me decepciones. —Se volvió de espaldas a mí—. Sigue tras mi izquierda, mantén tus ojos abajo y no debería haber ninguna necesidad de probar la sensibilidad de tus pezones.

—Sí, Amo —respondí, incapaz de contener el temblor de mi voz. Las lágrimas se aferraron a mis pestañas y mi cuerpo se estremeció, pero seguí a Caleb como me indicó.

Caminamos al ritmo de un desfile. Un leve murmullo de voces bajas llegó de la escalera. Las luces de las velas de la habitación de abajo brillaban a través de las escaleras de mármol, iluminando nuestro descenso en colores vivos. El cálido resplandor alivió algo de mi temblor, junto con el cuidado de Caleb sobre la cadena que nos unía.

En la parte inferior de la escalera, Felipe saludó a Caleb:

—Es bueno tenerte con nosotros mi amigo. Veo que tienes a tu preciosa Gatita contigo. Todo el mundo está deseando verla.

—Felipe —reconoció Caleb. No pude dejar de notar que Caleb no parecía demasiado contento.

Nuestros ojos se encontraron por encima del hombro de Caleb, pero no dejó saber mi desobediencia. De hecho, me guiñó un ojo. Estábamos compartiendo otro momento, desconocido para mi Amo. Me sonrojé profundamente.

—Pensé que deberías saber que el chico está aquí con el señor B y esta noche va a ser parte del entretenimiento de la noche —añadió Felipe en un susurro lo suficientemente alto como para que yo lo escuchara. La declaración tenía un borde burlón, como si se estuviera burlando de Caleb. No me gustó.

—Interesante —replicó Caleb, simple y abrupto. Levantó la cabeza y examinó el pequeño grupo de personas. Instintivamente, recorrí la habitación también, y pronto recibí un tirón continuo de súbito dolor a través de mis pezones por el intento.

—Ojos abajo —me dijo Caleb por encima de su hombro, con su voz llena de rabia disimulada.

—Sí, Amo —dije en un susurro áspero. Quería gritar por el dolor que torturaba mis pezones, pero la tensión de la cadena disminuyó, y mi respiración salió en un suspiro de alivio.

Caleb pasó junto a Felipe. Lo seguí, temerosa de la maldita cadena que sostenía. Bajamos la escalera de mármol hasta la alfombra y cruzamos la habitación. El toque suave de la alfombra de felpa masajé la parte inferior de mis pies a través de las medias.

—Bueno, mira lo que ha traído el gato —llegó el acento sureño de un hombre, seguido de un silbido—. Es una belleza. Me encantaría probar a manejarla, especialmente si se maneja como esto que Felipe le dio a mi esposa para tratar.
—El hombre se movió para mirar a Caleb.

Me atreví a levantar los ojos sólo un poco, pero mi cabeza todavía estaba inclinada hacia el suelo. Por el rabillo del ojo vi a un chico de pie cerca de mi edad en sus rodillas. Era quizás el chico más guapo y hermoso que jamás había visto. Sin embargo, no podía quitarme la idea de que lo conocía de alguna manera. Alzó los ojos azules oscuro, lo suficiente para conectar con los míos. Contuve la respiración y mis ojos se abrieron de par en par.

227

—¡Kid! —exclamé antes de que pudiera detenerme. El dolor anuló rápidamente la sorpresa cuando mis pezones se quemaron por la presión incesante.

—Ojos abajo, Gatita —espetó Caleb.

Era lenta obedeciendo. Había sabido que Kid había sido capturado, pero no lo había visto desde la noche en que Caleb y yo habíamos llegado a la mansión. Me pregunté dónde había estado todo este tiempo. Tenía el pelo más largo, su cuerpo más delgado, y su comportamiento señalaba cuán profundamente había sido destrozado. A pesar de todo, se veía saludable, tal vez incluso feliz. No sabía cómo sentirme acerca de verlo. Kid me recordó mucho lo que me había sucedido con los motoristas. Traté de recordar que él había sido el que dejó a sus amigos golpearme hasta la muerte.

Caleb tiró de nuevo, esta vez sólo con la fuerza necesaria para exigir mi atención.

—Sí, Amo —susurré por fin y Caleb me mantuvo inmóvil para desatar mis muñecas.

—Mantén las manos detrás de la espalda a menos que las necesites para mantener el equilibrio.

Forzada en proximidad cercana, no podía alejar la vista de Kid vestido sólo con un taparrabos. Tenía las muñecas atadas y pinzas en sus pezones. Alrededor del

cuello había un collar con una correa de cuero unida. Su cuerpo irradiaba calor contra mis piernas. Quería gritar la injusticia de todo. Empecé a jadear con ansiedad, incluso con pánico.

—Oh, es una luchadora. Creo que me gustaría jugar con ella durante un tiempo —añadió el señor B, y una risa retumbó saliendo de él, sonando como si viniera de la parte inferior de su vientre.

—Eso no será posible —dijo Caleb. Su tono era un poco duro y no pude dejar de notar la forma en que se acercó a él para mirarlo fijamente—. Gatita está para otras cosas.

Alcé los ojos un poco, mirando a través de la franja de mis pestañas mientras me conducía hacia una mesa de lino blanco. Los candelabros bañaban una luz cálida sobre las dos parejas en la mesa disfrutando de cócteles y conversando. Llevaban trajes y vestidos, aristócratas vestidos para una exclusiva noche.

Una mujer, vestida igual que yo, se sentó en sus rodillas cerca de la mesa. Su cuerpo estaba sereno, ya relajado. Su mirada estaba baja y sus manos cruzadas sobre sus muslos. Caleb se detuvo junto a ella, dejando caer la cadena en sus manos. Apretó mis hombros hacia abajo. Me agaché para descansar sobre mis rodillas y el tapón en el culo se movió. Las sensaciones pulsaron a través de mi cuerpo, haciéndome temblar.

—Enseguida estaré de vuelta, Celia. Asegúrate de que Gatita permanezca aquí por unos pocos minutos.

Di un grito ahogado, sin reconocer a Celia, pero mantuve los ojos abajo. Tan pronto como Caleb se fue, levanté un poco mis ojos para ver mejor. Celia parecía exótica y hermosa. Sabía, por supuesto, que pertenecía a Felipe, pero no tenía ni idea de que era objeto de participación en algo como esto. La última vez había dirigido la reunión, pero esta noche era una prisionera como yo, y, al parecer, Kid.

Otra pareja, una mujer alta y un hombre de baja estatura, vestidos de blanco, se acercaron tirando de una mujer con un corsé de color rojo detrás de ellos. La mujer llevaba cadenas en el pezón, medias de seda roja, y un tanga de encaje rojo con una cinta roja tejida por su pelo largo y oscuro. La pareja se estableció en la mesa, y la mujer de rojo se sentó sobre sus rodillas al lado del hombre.

La clásica vestimenta formal y el respetuoso murmullo de voces se entrelazaban con un suave tintineo de risas. El de ellos era un mundo diferente al que estaba acostumbrada. Los hombres con rostros sonrientes, mujeres adornadas con joyas brillantes y largas uñas pintadas, tirando detrás de ellos de encorsetadas mujeres semidesnudas. Me di cuenta de que Kid era el único prisionero masculino.

—Que todo el mundo por favor encuentre un asiento. Estamos listos para servir el primer plato —anunció Felipe desde el extremo de la mesa. Una suave música comenzó a tocar en el fondo y más velas fueron encendidas por toda la habitación. Caleb vino a buscarme al mismo tiempo que Felipe llegó a por Celia.

—Ven, Gatita, vamos a cenar algo. Estoy seguro de que tienes hambre —Caleb se movió lentamente para que pudiera seguirlo arrastrándome de rodillas a pocos pasos de la mesa. Se sentó en una silla, posicionándome a su lado en el suelo.

Las sirvientas, vestidos con uniformes escasos, apenas cubriendo sus senos o traseros, colocaron bandejas de aperitivos en el centro de la mesa, algunos vasos de agua fresca, y copas de vino recargadas.

Al otro lado de mí, se sentó Felipe con Celia a su lado en el suelo. La mujer de blanco se sentó junto a Caleb.

—Gatita, te estás comportando ejemplarmente esta noche —murmuró Felipe, y tocó suavemente mi hombro. Me quedé en mi posición, aunque su caricia envió un escalofrío de desconfianza por mi brazo. Volví la cabeza un poco para ver si Caleb lo notó.

—Tuvo sus momentos —añadió Caleb como si no estuviera allí. Su atención se dirigió a la mujer de blanco, sentada junto a él. Desde mi posición en el suelo, vi sus pulidos dedos deslizarse por el centro de su muslo y parar cerca del bulto entre sus piernas.

—Es tan bueno verte de nuevo, Caleb —ronroneó su suave voz lo bastante alto para que la oyera.

—¿Nos conocemos? —preguntó Caleb y puso su mano sobre la de ella, evitando que fuese más lejos.

—Lamentablemente, no. Estuve aquí cuando tú y tu encantadora chica llegasteis por primera vez. Te admiré y me aseguré de saber quién eras —casi ronroneó.

—Ya veo —dijo Caleb—. Bueno, es un placer conocerla, señorita...?

—J —dijo—. Señora J, pero no se preocupe, el Sr. J. es muy consciente de mis actividades extracurriculares —soltó una corta risa coqueta. Sus dedos se movieron por encima de Caleb.

Luché contra el impulso de golpear su mano lejos. *¡Es mío! Maldita zorra de mierda.*

Caleb apretó su mano y luego la trasladó de nuevo a su regazo.

—Gracias por el cumplido, Sra. J, pero creo que sus atenciones estarían mejor invertidas en otra persona. —La voz de Caleb llegó a mí, a pesar de que estaba susurrando cerca del oído de la Sra. J.

—¿No está disponible? —sonaba decepcionada.

Hirviendo de celos y con el recuerdo de Caleb y Celia en mis pensamientos, me incliné hacia Caleb y froté mi cabeza contra su muslo. Para mi sorpresa, la mano de Caleb se posó sobre mi cabeza en una caricia suave y tranquilizadora, antes de instarme a que me distanciara.

Caleb se rió bajo y vi su mano apretar la parte superior del muslo de la Sra. J, a través de su vestido de satén. Sus piernas se abrieron y ella tiró de la mano de él hacia su centro.

—¿Está hambrienta? Nos aseguraremos de que consiga algo —Caleb le acarició profundamente con los dedos, luego se deslizó deshaciéndose de su agarre y movió sus manos por encima de la mesa. Tomó un plato de los aperitivos y apiló unos pocos en su plato, así como el suyo—. Con eso debería bastarle para empezar. —Su voz mantenía una promesa y me pregunté qué pensaba para más adelante.

Las lágrimas escocieron detrás de mis ojos. No es que él lo notara. Mi corazón martilleaba en mi pecho y juro que sentía que todos oían el zumbido en mis oídos. Mi respiración salió entrecortada, y la mano de Felipe rozó la parte superior de mi brazo.

—Relájate —susurró.

Caleb se inclinó con una cáscara de camarón succulento en la mano.

—Abre, Gatita —mis ojos automáticamente se elevaron a su nivel. Antes de darle una mirada apropiada, mis pezones recibieron un tirón ardiente que me robó el aliento. Mi boca se abrió casi por accidente, pero Caleb aprovechó el momento para poner el bocado en mi boca. Avergonzada, no podía hacer otra cosa que masticar. Mi estómago apreció la atención.

Todos los que estaban encadenados comían de la mano de su Amo. Me horroricé, pero permanecí sumisa. Le prometí obediencia. Hacía a Caleb feliz y mi supervivencia dependía en última instancia de su felicidad. Todavía no había visto a Rafiq, pero me había acostumbrado a esperar sorpresas.

Cuando todo se terminó, Caleb se apartó de la mesa.

—Necesitas aliviarte y refrescarte.

Felipe intervino:

—Celia se la llevará a los cuartos de los esclavos, si todo está bien contigo, Caleb.

—Voy a llevarla de nuevo con Celia. Luego Celia puede mostrar a Gatita lo que se espera de ella.

Caleb me ayudó a levantarme. El tapón se movió, creando otro temblor a través de mi cuerpo. Felipe ofreció la cadena de Celia a Caleb, y él nos llevó.

Le entregó a Celia mi cadena en la puerta. La habitación era brillante, blanca y estéril. Una fila de tubos se alineaba en el suelo a mi derecha, algunos grandes, otros pequeños. A la izquierda estaban las habitaciones privadas. Más abajo, vi un gran mosaico con una joven mexicana bañándose al aire libre y tocando sus pezones mientras un hombre miraba a lo lejos. En el telón de fondo, el cuarto de baño contaba con una fila de duchas, desagües en el suelo y unos pocos retretes.

—¿Qué es este lugar, Celia? —susurré. Mi voz contenía tanto asombro como temor. Inconscientemente, tomé su mano y la sostuve.

—Es sólo una habitación, Gatita. —Se inclinó hacia mi oído y susurró—: Todo lo que decimos es registrado. Sensores de movimiento... micrófonos —asentí con la cabeza.

—Ve y utiliza el baño. Tengo que tomar algunas toallas.

Después de aliviarme, Celia me llevó a una habitación pequeña, privada y con cortinas. Había un lavabo y un juego de toallas. También había un armario situado al lado de la pileta cargado con artículos de aseo.

—Voy a refrescarte entre tus piernas —deslizó mis bragas de seda hacia abajo, junto con las medias de seda, y se lo permití. Me había limpiado tantas veces antes que no tenía ninguna vergüenza—. Una vez que lo haya hecho por ti, entenderás lo que necesitas hacer la próxima vez que te digan que tienes que refrescarte —enjabonó un paño con un poco de un particular jabón con olor a almendras y miel—. Párate sobre esta toalla y abre tus piernas para mí. —Hice lo que me pidió. Era increíblemente amable, como siempre. Casi podía entender cómo una mujer se inclinaba hacia otras mujeres. Celia no me tocó inapropiadamente, pero su comportamiento era tan suave, que me llevo a relajarme.

No pasó mucho tiempo antes de que fuéramos de vuelta junto a Caleb y él caminara con Celia junto a Felipe, quien la entregó a una de las primeras parejas que vi sentadas en la mesa del comedor. Celia se fue sin rebelarse, aun cuando tanto el hombre como la mujer le tocaron los pechos.

Caleb tiró de mi cadena, creando otro disparo desde mis pezones a mi centro. Cerré los ojos y contuve una súplica.

—Mejor no mantener a la gente esperando —dijo.

Caleb me ató las muñecas a los aros de la parte delantera de mi corsé. Nos mudamos cerca de otra zona en la misma sala grande. Los sofás y mesas bajas con velas y copas estaban colocados estratégicamente en una zona cercana a una pared de la chimenea de piedra. Las llamas lamían la madera apilada dentro de la chimenea.

Nos detuvimos junto a la pareja que habíamos conocido antes. Sus nombres para la noche parecían ser el Sr. y la Sra. B. Un rápido vistazo y me di cuenta de que Kid se sentaba sobre sus rodillas junto a ellos, con la cabeza inclinada y las manos detrás de su espalda. Habría sentido lástima por él, pero estaba demasiado preocupada con mi propia situación.

Me pregunté qué había planeado Caleb para la noche. Hasta el momento, tenía una atmósfera muy *Eyes Wide Shut*²². Quería estar a solas con él. Quería explicarle lo mucho que realmente significaba para mí. Quería que entendiera que mis sentimientos hacia él no tenían nada que ver con su manipulación, o que estuviera tratando de ganar mi libertad.

No quería ser la puta de Caleb, de eso no podría retractarme. Además, no me importaba la venganza. Quería a Caleb. Sabía que era una estupidez. Sabía que era una persona terrible, que había hecho cosas terribles. Sabía que no me merecía o a mi amor. No me importaba. En el curso de nuestro tiempo juntos, me había enamorado de mi captor. Me había enamorado de su olor y su sabor, su sonrisa, su amabilidad, y sí, incluso de su crueldad, porque sabía que era una parte de él.

Quería que lo supiera. Quería que supiera todo y quería que significase algo para él. Quería que me eligiera y me aceptara. Quería que dejara todo atrás y me amara.

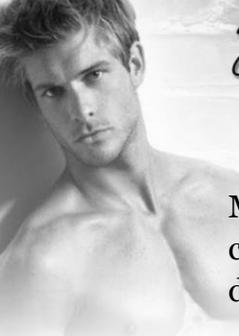
—Gatita... —su frente estaba apoyada con fuerza contra mi nuca—, pides cosas imposibles.

No me importaba.

Estaba perdida en mis pensamientos cuando la mano de Caleb, cálida y reconfortante, aterrizó en mi hombro. Lo miré a los ojos y dejé que mi deseo se mostrase. Sonrió, pero pareció triste. Las sonrisas tristes de Caleb no eran un buen presagio para mí.

—Abajo —dijo Caleb, señalando el lugar junto a Kid.

²² **Eyes Wide Shut:** Película dirigida por Stanley Kubrick y protagonizada por Tom Cruise y Nicole Kidman, que fue controvertida por la inclusión de escenas eróticas muy atrevidas.



Me dejé caer al oír el comando. Quería cumplir. Quería hacer feliz a Caleb de cualquier forma en que pudiera, con la esperanza de que nunca fuera capaz de dejarme ir.

—Señoras y señores, el postre está a punto de ser servido —la voz baja y acentuada de Felipe silenció al pequeño grupo. Las sillas se deslizaron por el área alfombrada cerca de donde estaba, con el sonido de la gente encontrando una posición cómoda. Me pregunté por qué Caleb no me levantaba para darme de comer.

De repente, la mano de Caleb estaba en mi pelo y me acercaba. Susurró en mi oído:

—Sé lo difícil que será para ti. Va a ser difícil para mí, también. Dicho esto, espero la perfección, Gatita. ¿Entiendes?

Mi pulso se aceleró, mi visión se nubló.

—Caleb....

—Shh, Gatita —me reprendió—. Obedece.

Me aparté cuando me soltó y nuestros ojos se encontraron. Me dio otra sonrisa triste y luego, por razones que no podría saber, Caleb empujó mi cara hacia el regazo de Kid. Mi trasero se levantó del suelo y Caleb empujó contra el tapón en mi culo con su rodilla. Una vez más, para mi mortificación, el tapón se movió. Debajo del taparrabos de Kid, algo más se agitaba.

En tono tenso Caleb añadió:

—Me preguntaba cómo responderían estos dos a los demás —quitó su rodilla de mi trasero, y salté hacia atrás, cayendo sobre mi culo. Mis rodillas flexionadas se extendieron abiertas mientras estaba acostada de espaldas incapaz de levantarme a mí misma con las muñecas atadas.

—Bueno, por el aspecto de la tela de Kid allí, diría que está bastante emocionado. —El Sr. B se rió en voz alta, sobrepasando a través de los murmullos silenciosos de los otros huéspedes.

Cerré los ojos, avergonzada, y esperé por el dolor en el pezón. Los huéspedes se arrastraban rodeándonos, apreté los ojos con más fuerza, con miedo de dónde mirar en esta posición. De repente, una mano cálida y temblorosa se deslizó hasta mi media de nylon justo en el interior de mi pantorrilla, lentamente sobre mis rodillas, y hasta la parte interior del muslo. Se detuvo, pero luego vacilante quemó su camino de regreso por la parte interna de mi pierna hasta el arco de mi pie. La mano masajeó suavemente mi pie antes de pasar al interior de mi otra pierna y deslizarse su camino hacia mi muslo. Con las yemas de los dedos, siempre muy ligeramente, rozó el pequeño trozo de seda entre mis piernas.



La persistente mano frotando mi pierna se convirtió en dos manos, ambas cepillaron entre mis piernas a la vez. Muslos musculosos empujaron mis piernas más separadas. Ya no podía luchar contra el impulso de abrir los ojos. Me atreví a mirar a través de la franja de mis pestañas y vi los hombros de Kid, su pelo rubio. Estaba peinado hacia atrás mostrando su belleza juvenil. Sus mejillas ardían de vergüenza, reflejando la mía propia, mientras que se colocaba cerca de mi centro y continuaba frotando mis muslos.

Sus ojos permanecieron cerrados mientras asaltaba mi cuerpo con sus caricias. Imaginaba que Kid conseguiría un tirón a sus pezones como reprimenda por abrir los ojos. La punta de su lengua se deslizó por su labio inferior y, por alguna razón, una sensación onduló a lo largo de mi centro.

Me moría de ganas de ver a Caleb, mis ojos se abrieron más. Una presión punzante en mis pezones me dijo que se mantenía cerca. Mis ojos se cerraron y la presión disminuyó. Era la prueba de que estaba mirándome con atención mientras otro hombre me tocaba.

Entonces, esto es lo que va a hacer feliz a Caleb. Mi corazón se crispó por la traición. Bien, quiere fingir que no hay nada entre nosotros. Le daré un espectáculo para recordar.

Kid definitivamente sabía lo que estaba haciendo. Sus manos crearon un deseo ardiente no sólo donde me tocaba, sino a lo largo de todo mi ser. De hecho, era difícil mantener el control. Una parte de mí se esforzó por mantener mi orgullo, o lo que quedaba de él, y otra parte de mí quería dejarse ir con un imprudente abandono.

Las caricias suaves y calientes de Kid alimentaron algo muy dentro de mí. Estaba sin aliento, hormigueante y tan húmeda entre las piernas que la seda se instaló en mis pliegues. Sus manos establecieron senderos sobre mis muslos, caderas y vientre... *maldito corsé*. De repente, un conjunto diferente de manos me apartó y me puso en posición vertical.

Hubo otro estruendo de risa del Sr. B., que tomó el control de Kid. Con un gran esfuerzo, mantuve los ojos abajo. Caleb me presionó de vuelta a su erección. Fui incapaz de evitar un suave gemido. Para mi asombro y sorpresa, Caleb soltó mis muñecas y comenzó a desatar el corsé. Todo mi cuerpo se tensó en una súplica silenciosa para que se detuviera. Apretó los labios con suavidad a un lado de mi oreja.

—Obedece —susurró con intensidad suficiente para casi detener mi corazón.

Me quedé quieta mientras desataba mi corsé completamente. Contuve mi aliento con su retirada, y oí las pesadas respiraciones de los demás a mi alrededor a través de los zumbidos en mis oídos. Una venda fue puesta sobre mis ojos. Ambos pechos fueron puestos en libertad de las pinzas y mis pezones



quemaron cuando la sangre se precipitó en las zonas carentes. Caleb me soltó y me sentí sola y expuesta.

¿Dónde está Caleb?

Mi orgullo cayó lejos y mi corazón se llenó de tristeza mientras mi cabeza se llenaba de vergüenza. El silencio en la sala era palpable, marcada profundamente por el único sonido de mi respiración ansiosa. Hubo un susurro suave, entonces tuve la sensación de unos dedos suaves rodando una de mis medias de seda por mi muslo. Luché desesperadamente contra la urgencia de resistir.

Esto es lo que quiere. Sé valiente.

Mi sexo palpitaba cuando la media izquierda bajó por mi pierna. Alcancé con mis manos para sentirlas y jadeé cuando estuvieron reunidas rápidamente entre mis pechos. Mi cuerpo fue levantado en el aire. Di una patada con mis piernas, pero alguien las agarró con firmeza. Me colocaron en una superficie dura, que sabía instintivamente era una de las mesas del comedor cubierta de lino.

Sentí pánico y de inmediato la voz de Caleb estuvo en mi oído diciéndome que obedeciera.

—Tranquila, Gatita. No lo voy a dejar entrar en tu interior. No voy a dejar a nadie estar dentro de ti. —A través de mi pánico, casi perdí el carácter posesivo de sus palabras, pero la parte de mí que pensaba en él como mío quería reconocerlo como una admisión. Me relajé por el más elemental de los grados.

Mis muñecas estaban atadas juntas y sujetas por encima de mi cabeza. En unos instantes, toques suaves como plumas en la parte superior de mis bragas de seda asaltaron mis sentidos. A pesar de mi temor, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Esas manos, esas cálidas, temblorosas y maravillosas manos encendían algo. Una carga se encendió dentro de mí cuando mis bragas se deslizaron hacia abajo y lejos. Mi cabeza daba vueltas con el aroma de la lujuria, el sabor de la misma. De repente quería satisfacción. Lo necesitaba.

Unos fornidos muslos presionaron entre mis piernas. Unas palmas empujaron contra mis dos muslos, extendiendo mis piernas y abriendo mi coño. Mis caderas se levantaron de la mesa y un dedo se deslizó abajo y dentro de mi hendidura. Mis caderas se elevaron más, mendigando. Un gemido y un sollozo se deslizaron de entre mis labios. Mis manos estaban empujando con más fuerza sobre la mesa.

Unas manos ahuecaron las nalgas de entre mis piernas y levantaron mis caderas, empujando el tapón derecho contra el músculo palpitante de mi sexo. Otro gemido salió de mis labios. Estaba jadeando.

Sin previo aviso, una lengua, de modo dominante, espesa, húmeda y ligeramente rugosa, lamía y acariciaba mis labios inferiores. La boca en mi coño, me empujó, succionando hasta que otro gemido me dejó sin aliento. Un pellizco suave sobre mi clítoris encendió un millar de llamas dentro de mi cuerpo.

Otras manos masajearon mis pechos, haciendo círculos a mis pezones sensibles con los dedos. *Por favor, Caleb.* Olas de fuego suplicaban ser liberadas dentro de mí, mi cuerpo temblaba de deseo. La concentrada succión y lamedura en mi clítoris hinchado me arrastró hasta el límite. Mis jadeos se convirtieron en gritos y un torrente de sensaciones me llevó lejos.

Mi trasero cayó de nuevo sobre la mesa y me quedé allí acostada, las lágrimas mojaban la venda de mis ojos, mis piernas temblaban todavía extendidas y abiertas. La habitación se llenó de aplausos.

—Si este entusiasmo es una indicación, no veo ninguna razón por la que no deberíamos tener un segundo plato de postre —dijo Felipe, rompiendo a través de los aplausos en la sala.

¿Soy el postre? Muy amable de Caleb hacerme parte de la cena. ¡Bastardo!

Luché por levantarme, tirando mis piernas juntas y doblando las rodillas hasta los tobillos para esconder mi sexo hinchado. Mi espalda se mantuvo pegada a la tela de lino. Mis muñecas se quedaron clavadas en la mesa por encima de mi cabeza.

La voz de Caleb llenó mi oreja izquierda.

—Es tu turno de corresponder, Gatita.

¿Qué demonios quiere decir?

Mi cuerpo fue levantado para sentarme. Una vez más, el tapón cambió. Un espasmo disparó a través de mi coño, haciéndome jadear. Mis muñecas fueron desatadas y mis manos colocadas en el taparrabos de Kid. La venda se mantuvo en su lugar. Su calor corporal se acercó a mí. Olía dulce, pero no natural, como si alguien lo hubiera cubierto en algo perfumado. Prefería la manera en que Caleb olía.

Moví una mano alrededor para sentir la posición de Kid. Sus rodillas estaban pegadas al frente, sus nalgas puestas sobre sus tobillos. Deslicé mi mano por su musculoso brazo para encontrar que sus muñecas habían sido atadas detrás de su espalda. Mis dedos recorrieron su pecho y liberaron las pinzas de los pezones, tirándolas lejos. Su exhalación fuerte humedeció mi rostro.

Por lo tanto, ¿esto es lo que se supone que debo hacer? ¿Cumplir?

Estaba preocupada hasta el extremo. Sólo había hecho esto dos veces antes, y sólo con Caleb. No podía creer que iba a dejar que hiciera esto, obligarme a

hacer esto. Podía sentir temblar mi labio. Podía sentir las lágrimas esperando en mi garganta, pero luego pensé en Caleb y su noche con Celia.

Me acordé de mis celos y mi furor. Caleb quería sentir esas cosas. Quería verme dar a otra persona lo que sentía en mi corazón, había estado reservado sólo para él. Si se preocupase por mí en absoluto, sabía que esto era una forma segura de saberlo. Respiré hondo varias veces y me preparé para lo que estaba a punto de hacer.

—Supongo que quieres venganza, —susurró mi Yo Despiadada.

Puedes apostar tu dulce culo a que sí.

El pecho de Kid latía debajo de mi mano derecha temblorosa. Su dureza palpitaba contra mi palma izquierda. Deslicé mis piernas debajo de mí y levanté la parte superior de mi cuerpo para reunirme con el suyo. Apreté mis pechos contra su pecho y se quedó sin aliento. Mi mano izquierda sintió un cambio, un engrosamiento de su polla apenas contenida. Lamí su pecho, sus pezones, a medida que llegaba donde su cuello, hasta que se inclinó hacia mí.

Nuestros labios se tocaron muy suavemente. Mi sabor y mi olor estaban en su boca mientras que su lengua se deslizaba entre mis labios. Me estremecí, y él presionó su pecho con más fuerza contra el mío, nuestros labios se unieron juntos.

Nos estábamos besando sólo durante unos segundos antes de que mi cabeza fuera estirada hasta atrás por mi pelo y la voz de Caleb gruñera en mi oído:

—Nada de besar en los labios. —Pellizcó mis nalgas tan fuerte que no pude evitar gritar.

Me empujé hacia Kid y casi nos hago perder el equilibrio a ambos. La fuerza de Kid me estabilizó. Hice una pausa, descansando contra él, antes de reanudar lentamente los besos. Dejé mi boca viajar a lo largo de su pecho, hombros, brazos y sus pezones antes de hacer mi camino hasta su cuello. Lo sentí inclinando la cabeza hacia mí y lo empujé hacia atrás con ambas manos contra su pecho.

¡El show de besos se acabó, amigo!

Las caderas de Kid golpearon contra las mías, su taparrabos estaba totalmente deformado. Mis brazos rodearon su cintura, mis dedos siguieron la correa del taparrabos, y mis pechos moldearon contra su vientre. El nudo de atrás sólo me tomó unos segundos desatarlo. La correa de inmediato se abrió y lanzó su polla. Mis manos sentían su palpitar, longitud y anchura. Sus bolas descansaron contra el fondo de saco del taparrabos. Con mucho cuidado retiré el paño y lo aparté.

Nos paralizamos. *¿Realmente estoy haciendo esto?* No podía creer lo lejos que había llegado. En el transcurso de unos pocos meses, había pasado de tener miedo al sexo, a realizar un acto sexual con un desconocido delante de toda una habitación de enfermos. Kid gimió y apretó su polla caliente contra mi mano en una declaración sin palabras para que lo liberara de su purgatorio sexual. Qué bien conocía la sensación.

Kid contuvo el aliento cuando besé la punta de su polla. Sabía diferente de la de Caleb, pero probablemente tenía más que ver con el hecho de que había sido preparado. Sabía dulce, como si alguien le hubiera cubierto con una especie de mezcla picante de canela. No era desagradable. Se extendió una gota de líquido pre seminal en mis labios y lengua y supo salado y dulce en mi boca. A medida que deslizaba mi lengua a lo largo de él, el cuerpo de Kid se estremeció. Dejé escapar un profundo suspiro y gimió. Sus caderas se sacudieron hacia mi boca.

¿Es esto lo que quieres, Caleb? Espero que lo estés viendo, hijo de puta. Te quiero jadeante de deseo. Quiero que veas cómo complazco a un hombre. ¿Eso deseabas que hiciera?

La venda hizo fácil imaginarme a Caleb en lugar de Kid. Imaginaba oír su respiración entrecortada en mis oídos, su cuerpo temblando de deseo y necesidad por mí. Mi cuerpo respondió, mis pezones anhelaban atención y mi sexo palpitaba al ritmo del empuje de las caderas de Kid.

Mis labios rodearon la cabeza de su polla, y mi lengua jugó tanto con la parte inferior de su borde como con la raja en la parte superior. Kid jadeaba pesadamente, sus caderas empujaban más duro hasta que su polla se deslizó aún más en mi boca y mi lengua la tomó por todas partes. Su cuerpo se puso rígido, su respiración se contuvo al igual que el aliento de la habitación. Por un momento, el tiempo estuvo suspendido. Entonces, gimió.

Hice mi movimiento. Apreté los dedos alrededor de su polla, y bombeé al mismo tiempo con mi boca, llevándolo dentro y fuera. Se quedó sin aliento y escuché manos amasando y frotando su pecho. Se metió en mi boca más rápido, succioné con mi boca, acariciando con mi lengua, mi coño gritaba pidiendo su propia liberación. Mis caderas giraban en el aire, hasta que alguien extendió mis piernas y deslizó una mano por la parte posterior de los muslos, apretando mis labios inferiores.

Me detuve un nanosegundo, hasta que un par de dedos encontraron mi clítoris y comenzaron a frotar. Mis caderas empujaron para coincidir con Kid. Su polla palpitó, empujó una última vez, y se derramó en mi boca. Lo succioné dejándolo seco mientras olas de calor giraban a través de mí. Una palma presionó contra mi culo, moviendo el tapón y grité con mis labios aún alrededor de la polla de Kid. Los miserables dedos continuaron frotando mi clítoris hinchado.

¡Oh dios, Caleb! Sí. Por favor, sigue.



Ola tras ola de sensación tocaron cada parte de mi cuerpo, pero los dedos de Caleb sobre mi clítoris y su mano contra mi culo eran implacables. Mi cuerpo se calentó de nuevo, al igual que el de Kid. Me escuchó, sintió mi lengua, mi aliento y mis gemidos de éxtasis contra su polla aún palpitante. Sus caderas se empujaron un poco más, y apreté y lo succioné un poco más, imaginando a Caleb delante de mí, así como detrás.

Kid trasladó su polla dentro y fuera de mi boca. Apenas podía sostenerla con las manos, se movía tan rápido y duro.

Me sacudí contra la mano de Caleb, igualando el ritmo de Kid. Mi respiración era rápida y dura. Apenas podía respirar, pero no me importaba. Tenía la boca llena. Mi culo estaba lleno. Mi clítoris estaba listo para explotar. Los dedos de Caleb eran hábiles. Conocían mi coño. Me corrí en un ataque de llanto.

Capítulo 19

No hubo ningún aplauso. Solo el sonido de los sollozos rotos de Livvie y los débiles jadeos de Kid.

Caleb se sentía... bueno, no sabía cómo se sentía. Sólo sabía que quería a Livvie. La quería cerca y fuera de todos los ojos entrometidos alrededor de ellos. Rafiq no había llegado y Caleb estaba abrumado con ira y arrepentimiento además de un flujo de emociones que no tenía tiempo para analizar.

—Me la llevo arriba —dijo Caleb, recogiendo a una desnuda Livvie y su cuerpo tembloroso en sus brazos. Notó los ojos de Kid, vidriosos con lágrimas no derramadas, y albergando una expresión más culpable. Si Caleb no lo conociera mejor, diría que el muchacho estaba herido de la peor manera. La idea parecía incitar su ira y sí, sus celos. Caleb estaba lleno de celos. Si no se alejaba de Kid pronto, Caleb se preocupó de ser incapaz de controlarse.

Ella lo besó, gritó en su cabeza.

Besará a Vladek, también.

Caleb no podía pensar en ello. Sus pensamientos eran demasiado peligrosos. Sus emociones eran demasiado crudas y la lógica huía rápidamente. Desprovisto de razón, no pudo encontrar ninguna causa para no llevar arriba a Livvie y follarla hasta dejarla sin sentido. Quería limpiar todo rastro de Kid de su cuerpo y borrar cada recuerdo de él de la mente de Livvie. Caleb quería que sólo pensara en él, que sólo estuviera con él.

No puedes hacerlo, ¿verdad? No puedes dejarla ir. Encuentra una manera, Caleb. Encuentra una manera de hacérselo entender a Rafiq.

Los pensamientos de Caleb se volvieron salvajes mientras sostenía a Livvie contra su pecho y se dirigía a su habitación. El corazón le latía fuerte como un tatuaje visible que podía ver al moverla entre sus brazos.

Una vez arriba, Caleb colocó a Livvie suavemente sobre su cama. En el poco tiempo que le había tomado llegar a su habitación, ella se las había arreglado para llorar a su manera en una especie de sueño. Sus ojos estaban cerrados. De vez en cuando, respiraba profundamente y su pecho se estremecía antes de que exhalara. Caleb miró su forma dormida y se preguntó lo que soñaba en su desmayado estado de sueño. Su cuerpo se sacudió, girándola sobre su espalda,

con su desnudez abierta para tomarla. Quería tomarla. Su erección presionó la cremallera de sus pantalones, pidiendo su liberación.

Cerró los ojos para relajarse, todavía de pie junto a la cama. Su olor impregnaba sus sentidos, una ligera fragancia de almizcle, y la suya propia. Lo había llevado hacia ella esta noche. Al igual que una sirena del mar llamando a un marinero, su necesidad le obligó a actuar. Sin pensar, levantó sus mangas y se lanzó con ambas manos para saciar su sed.

Mía.

La palabra fue una declaración. Lo sacudió hasta sus cimientos. Era una verdad que había mantenido oculta durante demasiado tiempo. Caleb no sabía nada sobre el amor, o amar a nadie, pero sabía que... Livvie, era suya. La tenía. Se apoderó de ella y sabía que, con todo lo que era, no podía entregarla.

¡Mía!

¡Mía!

¡Mía!

Rafiq va a entenderlo. Voy a hacérselo comprender.

Caleb estaba lejos de ser racional. En el fondo, sabía que Rafiq no lo entendería. Lo vería como la más profunda traición. Exigiría lo imposible de Caleb. Rafiq intentaría hacerle daño a los dos. Caleb apartó esos pensamientos

Antes de que el sentido común pudiera volver, Caleb levantó suavemente las manos de Livvie y desató sus muñecas. Livvie suspiró, y Caleb se acostó encima de ella a tiempo para ver sus ojos aletear abiertos. La miró a los profundos ojos color chocolate y se vio reflejado en sus profundidades cuando se enfocó en él. Una mirada de sentimientos lo atravesó, con los celos y la posesividad a la delantera. Tenía que hacerla suya: de manera inequívoca e irreversible.

La expresión de Livvie se volvió inescrutable. Yacía bajo Caleb, con los brazos flojos a los costados y sus expresivos ojos fríos y distantes.

Caleb no quería nada más que saber lo que estaba pensando, pero estaba demasiado asustado para preguntar. La sensación de terror fue extraña y no deseada. La última vez que lo había sentido, Livvie estaba en una casa, sangrando, rota, y apenas se aferraba a su vida. Había estado aterrorizado entonces y apenas la conocía. La forma en que se sentía por ella ahora palidecía en comparación. No se atrevió a preguntarle lo que había en su corazón. Sabía que no podía soportar oírlo.

—No puedo soportar su olor en ti —se burló Caleb.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Livvie y bajaron por sus sienas. Cerró los ojos y volvió la cabeza apartándose de Caleb.

Él puso su mano sobre su cara y la obligó a mirarlo.

No preguntes.

No preguntes.

¡Mierda! Voy a preguntar.

Necesitaba saberlo. Necesitaba saber si su amor por él era real. Necesitaba saber que la esperanza no se había perdido y que aún podía, contra todo pronóstico, reparar el daño que había hecho.

—¿Lo disfrutaste? —Trató de no hacerlo sonar como una acusación, pero sabía que se quedaba corto. Livvie se llevó las manos a la cara, tapándose los ojos y la boca cuando comenzó a llorar. Una vez más, Caleb se negó a permitirle esconderse. Agarró sus manos y las apretó en la cama sobre ella.

—¡Dímelo! —le espetó.

—¡No sé lo que quieres decir! —gritó ella.

—¡Dime la verdad! ¿Te gustó chupar su polla? ¿Se come tu coño mejor que yo? —Los pensamientos de Caleb de repente se volvieron asesinos. Había querido ser amable, tenía la intención de ser amable, pero simplemente no era su manera. Ya no sabía lo que era “su manera”.

—¡Sí! —gritó Livvie—. Sí, hijo de perra. Me gustó. ¿No es eso por lo que me obligaste a hacerlo? ¿Así podrías pasearme como un jodido caniche entrenado?

Caleb se enfureció. Apretó las muñecas de Livvie hasta que ella gritó de dolor y se obligó a dejarla ir. Sus palabras lo hirieron.

¡Mía! ¡Eres jodidamente mía!

Caleb se apartó de Livvie y cogió su cinturón. Lo soltó rápidamente y tiró de él para sacárselo de un rápido tirón. Livvie jadeó, corriendo hacia atrás por el cobertor. Caleb agarró su tobillo y la arrastró hacia el borde de la cama. Ella dobló las rodillas y cruzó los brazos sobre sus pechos.

El tapón en el culo de Livvie era claramente visible y la visión envió una extraña serie de emociones a través de él, de las cuales la no menos importante fue la lujuria. Se inclinó sobre ella y apoyó su brazo sobre sus piernas para mantenerla doblada. Se arriesgó a echar una mirada a su cara y vio el terror en sus ojos mientras se esforzaba por permanecer completamente inmóvil.

Se agachó y apretó su palma contra el tapón. Livvie gimió y cerró los ojos, pero no hizo ningún movimiento para detenerlo. Caleb sabía que era cruel mantenerla en esa posición, pero su ira y la lujuria le impidieron suavizarse.

Los dedos de Caleb trazaron el borde del agujero de Livvie, extendiéndose alrededor del tapón.

—¿Qué tal esto, Gatita? ¿Te gusta esto? ¿Debo invitar a todos los de abajo a mirar?

Livvie cerró los ojos y se dio la vuelta con un gemido.

—Mírame —dijo, y tiró suavemente del tapón hasta que ella accedió—. ¿Quieres que saque esto?

—Sí, Amo —gimió. Las lágrimas corrían por sus sienes.

—¡Ah! Es Amo, ahora, ¿verdad? —dijo—. Eres mucho más obediente cuando tienes algo embistiendo tu culo. —Tiró de nuevo.

—¡Por favor, no lo hagas! ¡Solo lo hice porque me lo dijiste! —Sollozó.

—¡Silencio! No quieras provocarme —dijo. Su cuerpo temblaba de rabia.

La estás asustando, idiota. No vas a llegar a ella de esta manera.

243

Caleb sabía que estaba oyendo la voz de la razón en su cabeza, pero parecía incapaz de contenerse. Sus dedos trazaron los bordes del tapón, una y otra vez hasta que pudo sentir las caderas de Livvie balanceándose por su cuenta.

—Dime que te gusta esto —dijo. La lujuria bordeaba su voz.

—Me gusta —susurró ella.

Caleb continuó su suave, pero sádica exploración. Vio cómo las lágrimas de Livvie mojaban su rostro, pero sus dientes mordisqueaban su labio. Sentía placer, pero también sentía vergüenza. Era una sensación que Caleb comprendía demasiado bien.

Poco a poco, presionó sus músculos y tiró del tapón. Lo quería fuera. Quería que todas las pruebas de las últimas veinticuatro horas se eliminaran de su cuerpo y de su mente.

—Relájate —chasqueó, cuando la sintió apretar—. Empuja el tapón —le ordenó.

—No puedo —Livvie sollozó.

—Empuja, ¡ahora! —dijo y azotó su trasero levantado. No fue más que una cachetada, pero su punto fue hecho. Livvie cerró los ojos y empujó al mismo

tiempo, Caleb deslizó su dedo alrededor del tapón para aflojar la succión creada por el culo de Livvie.

Lentamente, movió el tapón de un lado a otro mientras Livvie empujaba, hasta que, finalmente, salió.

—¡Oh! —gritó Livvie.

Cuando Caleb prescindió del juguete, Livvie se volvió hacia su lado y lloró en su cobertor. Él volvió en breve, confundido por cómo quería proceder. Tenía que hacerla suya. La levantó de la cama y la volvió hacia él. Su corazón dolió cuando ella no se resistió.

Tranquilo, Caleb. No la destroces. Gánatela.

Caleb envolvió sus brazos alrededor de Livvie y la atrajo hacia él. Necesitaba su cercanía. Ella temblaba en sus brazos, su pecho subía y bajaba con sollozos. Caleb hundió la nariz en su cuello y cerró los ojos con fuerza.

—Lo siento —dijo—. Lo sé. Sé que sólo lo hiciste porque te lo dije. —Livvie abrió la boca y se retorció en sus brazos mientras trataba de darse la vuelta, pero Caleb la mantuvo en su lugar. Tenía que decirle cosas, pero no podía a menos que sus ojos estuviesen cerrados y su cuerpo apretado al suyo. Ésa era su manera.

Le había confesado tantas cosas en la oscuridad. Le había susurrado mientras dormía. La había sostenido cerca y había fantaseado acerca de todas las cosas que quería y sin embargo sentía que nunca podría ser suya. Había descubierto un lugar secreto dentro de sí mismo en esos momentos.

Se había terminado el seguir fantaseando. Quería que sus deseos se hicieran realidad.

—Estoy jodido de la cabeza, Livvie. Lo sé. Sé que estoy mal —susurró y la abrazó con más fuerza. Ella se quedó paralizada en sus brazos.

—Sentí que no tenía otra opción. Felipe nos ha estado observando desde que llegamos aquí. Tiene cámaras por todas partes —continuó. Livvie dio un grito apagado—. Pero tenía una opción. Podría haberle dicho que se jodiera. Podría haberlo matado en ese mismo momento, pero no lo hice.

—Rafiq estará aquí pronto y yo.... necesitaba una manera de dejarte ir. Necesitaba una manera de recordarme a mí mismo que no puedo quedarme contigo. —Caleb podía sentir el nudo en su garganta. Estaba débil para expresar tanto, pero ahora que las compuertas se habían abierto, no podía hacer otra cosa que aferrarse a Livvie mientras era golpeado contra las rocas.

—He vivido una vida horrible. He hecho cosas terribles e indescriptibles. Tienes que saber que no lo lamento. Nunca he matado a nadie que no se lo mereciera.

Las cicatrices en mi espalda son lo menos que he sufrido. Y es sólo a causa de Rafiq que estoy vivo.

—No, Caleb —Livvie gimió.

Caleb la apretó de nuevo, demasiado fuerte. Aflojó su agarre cuando Livvie gimió, pero no podía dejarla ir.

—No sé cómo hacerte entender esto. No sé cómo decirte lo mucho que le debo. ¡Le debo todo! Pero Dios, ayúdame, no puedo....

No podía decirlo. No podía decirle lo mucho que había llegado a significar para él. Podría destruirlo con su rechazo. Si había fingido sus sentimientos por él, si él se había creído sus mentiras y su búsqueda de la libertad.... No estaba seguro de lo que iba a hacer. Podía hacerle daño.

¡Mía!

—No podía soportar verte con ese hijo de puta ahí abajo. Quería golpearlo hasta dejarlo inconsciente. Incluso ahora, ¡puedo olerlo en ti y eso me enferma! —gruñó.

Livvie lloró. Luchó contra el agarre de Caleb hasta que liberó sus brazos. Los colocó sobre las manos de él y se las apretó.

—Yo no quería —sollozó—. Pero... tú estás... ¡estás por todas partes! En un momento, creo... que debes sentir algo. ¡Tiene que importarte! Pero al siguiente.... Caleb, eres horrible. Eres cruel y tú... me rompes el corazón.

Caleb la sostuvo mientras ella sollozaba y deseó tanto poder dejarlo salir. Lamentó no ser capaz de dejar que todo saliese de él. Quería llorar. Podía sentir las lágrimas en su garganta. Todo le dolía, el corazón, la garganta, hasta sus ojos cuando los cerró firmemente. Le dolían los brazos por la intensidad de su agarre en Livvie, pero no podía soltarla. Se había entrenado durante demasiado tiempo y a diferencia del trabajo que había hecho con Livvie, se había entrenado demasiado bien.

—No puedo soportarlo más, Caleb. Lo he intentado, pero no puedo —sollozó—. Cada vez que pienso que has cambiado, cada vez que me permito tener esperanzas, me lastimas. ¡Destrozas todo! A veces pienso que te odio. A veces sé que te odio. ¡Y aun así! Aun así, Caleb, te amo. Puse mi fe en ti. Te creo cuando dices que todo va a estar bien.

—Estoy harta —dijo ella con una determinación capaz de parar el corazón de Caleb—. Estoy harta, Caleb. ¡Me mataré!

¡Mía!

Pura rabia se estrelló contra Caleb. La giró en sus brazos y la tiró sobre la cama. Su cuerpo se desplomó encima de ella y la sujetó.

—¡Ni se te ocurra! No te atrevas a decirme mierdas como esas. Esa es la salida de los cobardes y lo sabes —escupió.

Los ojos de Livvie ardían con una furia que coincidía con la de Caleb. Podía verlo. Podía sentirlo.

—Tú eres el cobarde, Caleb. No me da miedo decirte como me siento. No tengo miedo de admitir, que a pesar de todo lo que me has hecho, te amo.

Ella me ama.

—¿No tienes ni idea de lo estúpida que me siento confesándotelo? —continuó—. ¡Me secuestraste! Me has humillado, golpeado, casi violado, y sólo un momento antes me hiciste chupar la polla de un completo desconocido en una habitación llena de perversos retorcidos. Te quiero, pero no soy una cobarde, Caleb. Merezco vivir o morir en mis putos propios términos.

Caleb miró a Livvie a la cara y el acero que vio detrás de sus ojos sacudió sus cimientos por segunda vez. Livvie no era cobarde. Lo sabía, incluso se había dicho que nunca la acusaría de nuevo de tal cosa, y este había sido el por qué. Livvie lo haría. Acabaría con su propia vida. Caleb no podía respirar.

—Lo siento —susurró. Parecía ser todo lo que podía decir, lo único que era capaz de decir. Relajó su agarre sobre ella y apoyó la cabeza junto a la suya en la cama. Se obligó a respirar, más allá del dolor, más allá de la angustia en su garganta. Poco a poco, profundamente, exhaló.

Permanecieron en silencio durante varios minutos. Caleb podía sentir las lágrimas de Livvie mientras se deslizaban por su rostro, mojando las suyas. Eran su confesión. Dijeron todas las cosas que él no podía... porque era un cobarde.

Despacio, Livvie se revolvió. Caleb no estaba seguro de qué esperar, pero entonces sintió que sus brazos se deslizaban alrededor de él. El estómago de Caleb cayó, su corazón se sentía apretado. Ella no debería estar sosteniéndolo. Sabía que era su lugar el de consolarla ya que él era el responsable de todo su sufrimiento. Sin embargo, Caleb era egoísta. La dejó ser ella quien lo consolara.

—Pensaba en ti —dijo aturdida—, mientras él estaba tocándome. Pensaba en ti. —Caleb la apretó en una súplica silenciosa para que dejara de hablar. No quería escuchar esto, pero Livvie se estaba haciendo escuchar, y él lo sabía—. Quería darte celos. Quería hacerte sentir, aunque fuera una fracción de lo que sentí la noche en que follaste a Celia delante de mí.

Caleb hizo una mueca de dolor. Su corazón se sintió con más fuerza. Esperaba que las palabras de Livvie significaran que no la había perdido aún. De alguna manera iba a encontrar una manera de hacer las cosas bien con ella, y Rafiq.

—Estaba loco de celos —Caleb se ofreció en súplica.

Livvie lo apretó un momento y luego aflojó su agarre.

—Lo sé. Eso debería hacerme feliz, pero no lo hace. —Suspiró.

—¿Por qué? —Caleb le preguntó suavemente en su cuello caliente y húmedo.

—Prefiero hacerte feliz, Caleb. Prefiero verte sonreír. A veces, sonríes y yo... —se detuvo, abrumada—, me olvido de todo lo que está mal contigo.

Caleb no estaba seguro de qué decir, así que simplemente le dijo la verdad.

—Prefiero verte sonreír, también. Al principio, cuando no te conocía... parecías tan triste. Te vi llorar un día y pensé: quiero probar sus lágrimas. Tengo algo con ellas. Confieso que te he hecho llorar sólo para ver tus lágrimas. He empezado con tu sufrimiento. —Tragó saliva—. Pero ahora —dijo Caleb—, no quiero verte llorar otra vez. Me gustaría poder volver al día en la calle, el día que pensaste que te había salvado del hombre en el coche, y sólo... dejarte creer que era tu héroe. Me sonreíste dulcemente. Me agradeciste. Deseo simplemente dejar que sea así.

Caleb podía sentir a Livvie respirar profundamente.

—Sé que es lo que debo querer, también —dijo ella—, pero no lo hago. Te acuso de estar jodido de la cabeza, Caleb. La verdad es... que me pregunto si no estoy jodida yo también. Debería odiarte Caleb. Ahora que he decidido lo que será mi destino, debería querer matarte. No lo hago. No me puedo imaginar nunca no haberte conocido.

—Tal vez sea el destino —dijo Livvie—, si crees en ese tipo de cosas. Quizá se suponía que debíamos encontrarnos ese día. Una vez me preguntaste si escogería a otra chica para tomar mi lugar. Quería decir que sí.

—Dijiste, no —susurró Caleb. Pensó en cómo podría haber funcionado con otra chica, si tendría los sentimientos que tenía por Livvie con otra persona. Había estado en conflicto desde el principio. Había estado a punto de dejar su vida como mano derecha de Rafiq atrás hasta que Vladék había resurgido de forma inesperada. Tal vez sus emociones tenían menos que ver con Livvie y más con su deseo de cambiar su pasado. Sin embargo, lo dudaba. Livvie era única para él. Irremplazable.

—Lo hice, pero quería decir que sí, Caleb. Si yo hubiera creído por un momento que habrías dejado otra chica sufrir en mi lugar... creo que podría haber dicho

que sí —dijo débilmente—. Estoy jodida de la cabeza, también. Incluso antes de conocerte.

Caleb dejó que sus palabras le penetraran por un momento. No creía que fuera cierto. Livvie estaba lejos de estar jodida, sobre todo cuando él era la norma. Sin embargo, si Livvie escogiera ver algún propósito mayor detrás de su relación y por consiguiente no odiarlo, estaba demasiado débil para no dejarla creerlo.

A medida que el silencio se prolongaba entre ellos, Caleb se volvió más consciente de Livvie y su desnudez. Se moría de ganas de tocarla, de hacer el amor con ella, pero había más cosas que tenía que decir en primer lugar.

—No puedo borrar mi deuda con Rafiq —dijo. Livvie se tensó, pero Caleb se apresuró a terminar sus palabras—. No es algo que espero que entiendas, pero simplemente no puedo dejarlo.

—¿Qué quieres decir, Caleb? ¿Qué significa eso para nosotros? —Sus palabras fueron pronunciadas sin emoción, pero Caleb sabía lo mucho que lo tenía en cuenta.

—Significa que tengo que hacérselo entender. Vamos a tener que encontrar otra manera, tal vez otra chica... —empezó a decir.

Livvie le empujó el hombro y se incorporó.

—¿Estás bromeando, Caleb? ¿Otra chica? ¡¿Cómo podría vivir conmigo misma?!

La ira de Caleb regresaba.

—Acabas de decir....

—¡Eso era antes! —gritó—. Nunca podría poner a alguien en esto. ¡Nunca! Por favor, Caleb, razona. Deja que me vista y salgamos cagando leches de aquí y nunca miremos atrás. —Extendió las dos manos y sostuvo el rostro de Caleb en un apretón—. Por favor, Caleb. Por favor.

Caleb miró a los suplicantes ojos de Livvie y por un momento pensó que podría abrir la boca y decir que sí.

—Espero obediencia, Caleb. Espero tu lealtad. Todo el que me traiciona sólo lo hará una vez. ¿Lo entiendes? —Había dicho Rafiq ominosamente.

—Sí, Rafiq, entiendo —Había respondido Caleb.

—Quiero hacerlo, Livvie —Caleb susurró—. Aparte de mi venganza, honestamente puedo decir que no hay nada que desee más que llevarte lejos y descubrir qué es toda esta cosa entre nosotros. —Cogió sus manos y las puso en su regazo antes de acariciarle el cabello cariñosamente.

—Pero, esto es lo que soy. Pagaré mis deudas. Nada viene antes que la familia, la lealtad, el deber y el honor. Rafiq es lo más cercano a una familia que puedo recordar, y se lo debo. Si me estás pidiendo que lo traicione... nunca podrás aceptar lo que soy.

Livvie cerró los ojos con fuerza, aparentemente procesando el dolor que las palabras de Caleb le habían causado. Se sentía estúpido e ingenuo. Debería haber sabido que Livvie sería incapaz de comprenderlo o sus motivos. Livvie no era un monstruo y no iba a convertirse en uno simplemente porque Caleb lo era.

—¿Por qué este tipo tiene que morir tan mal, Caleb? ¿Qué hizo? ¿Qué es tan horrible, que dedicas tu vida, y sacrificas tu felicidad para matarlo? Ayúdame a entenderlo, Caleb —susurró Livvie.

Caleb miró a Livvie, y si hubiera visto algún rastro de condescendencia, le habría dicho que se fuera al infierno, pero la única expresión en los ojos de Livvie era preocupación. Estaba sorprendido de que incluso lo reconociera. Rafiq nunca había estado realmente preocupado por Caleb.

Rafiq había sido la salvación de Caleb, su tutor, mentor, y a veces amigo. Lo había vestido, refugiado y alimentado. Lo había criado convirtiéndolo de un traumatizado prostituto en un hombre peligroso. Sin embargo, Rafiq siempre había exigido su deuda. Al menor indicio de incertidumbre por parte de Caleb, Rafiq nunca dudó en recordarle su lugar. La vida de Caleb siempre había sido condicional. El favor de Rafiq siempre había sido condicional.

Caleb nunca había cuestionado los métodos de Rafiq o su autoridad. Nunca le había importado que Rafiq exigiera obediencia ciega. Siempre había creído que tuvo la suerte de estar vivo y agradecido por Rafiq. Caleb estaba muy agradecido y siempre lo estaría, pero hasta Livvie, Caleb nunca había sabido cómo se sentía tener a alguien cuidando de él, realmente preocupándose por él.

—Creo que... —El corazón de Caleb golpeó duro en su pecho—, creo que... me vendió. —Su carne se sentía como si estuviera en llamas, como si fuera a quemar, crujir y desprenderse de sus huesos.

—¿Vender? ¿Cómo... cómo, en...? —Livvie parecía haber perdido las palabras.

Caleb la vio muerta en sus ojos y se armó de valor.

—¡No sucedió la semana pasada, ¡de acuerdo?! —dijo con enojo—. Yo era joven. Ni me acuerdo de lo joven que era. No tengo recuerdos de mi vida antes de Narweh. A veces, creo recordar algo, pero no puedo estar seguro. Incluso mis primeros años con Narweh se mezclan. No nací siendo un monstruo, Livvie.

Livvie arrugó la cara y parecía a punto de estallar en lágrimas. Envolvió sus brazos alrededor del cuello de Caleb, apretándolo con todas sus fuerzas.

—¡Oh, Dios! Oh, Caleb. Siento mucho haberte llamado así. Lo siento mucho.

Las emociones de Caleb estaban por todas partes. No quería su lástima. Nunca quiso lástima. Sin embargo, parecía necesitar los brazos de Livvie. No tenía que apartarla lejos.

—No estaba solo. Había seis de nosotros —dijo Caleb. Sostuvo a Livvie firme contra su pecho—. No recuerdo ser vendido. No había ni una subasta ni nada. Creo que llegué en una caja. A día de hoy, no puedo soportar los espacios reducidos, o los barcos. Odio los barcos.

—Lo... —Caleb hizo un esfuerzo—, que me pasó. A Narweh le gustaba pegarme... entre otras cosas. —Caleb sintió los brazos de Livvie apretarse a su alrededor.

¡Mía!

—Estaba envejeciendo, creo. Era alto en comparación a los otros. Tenía pelo en mis bolas y bajo mis brazos. Los hombres que.... —Caleb tragó saliva—. Ellos querían niños, no hombres. Creo que Narweh quiso matarme.

—Detente —Livvie sollozó en el cuello de Caleb—, no puedo oír más.

Caleb sintió algo deslizarse en su interior: la vergüenza. Pura vergüenza deslizándose en él.

—¿No me amas ahora que sabes que era un prostituto?

Apartó a Livvie y ella se dejó caer de espaldas sobre la cama. Tenía los ojos rojos, hinchados fijos en Caleb con desdén.

—¡Eres un idiota! —dijo y se incorporó—. ¡No puedo escuchar más porque no puedo soportar la idea de que fueses herido! —Se arrastró hacia Caleb lentamente, cautelosa.

Caleb quería correr, pero permaneció inmóvil mientras las palabras de Livvie trataban de acomodarse en su mente.

—Fue hace mucho tiempo. Le hice pagar. —Caleb encontró los ojos de Livvie y vio un destello de entendimiento iluminar su rostro.

—Los motoristas —susurró.

—Sí —dijo Caleb. Se aclaró la garganta, tratando de mantener la calma cuando todo lo que quería era destruir algo en un arrebato de furia asesina.

Livvie asintió.

—Esos hombres merecían morir. —Caleb se echó hacia atrás, incrédulo.

Livvie continuó:

—Narweh merecía morir, también. Y yo... yo entiendo por qué no puedes dejar pasar esto.

—¿Lo haces? —El corazón de Caleb golpeó en sus oídos.

Livvie sonrió, pero no llegó a sus ojos.

—Sí, Caleb.

—¿Pero...? —Caleb insistió.

La boca de Livvie se volvió hacia abajo en las esquinas.

—No puedo dejar que me reemplaces. No podría vivir conmigo misma, Caleb. No podría vivir... sin ti.

—¡Tal vez no depende de ti! —soltó Caleb.

Livvie sostuvo su mano, sus dedos se cerraron mientras alcanzaba a Caleb. Se acercó a él lentamente, como si fuera un animal salvaje.

Caleb tenía el deseo de apartar su mano, pero la tristeza en el rostro de Livvie le dio en qué pensar. La dejó tocar su rostro y se maravilló cuanto sentía en su simple pero compleja caricia. Cerró los ojos y se dejó sentir amado, sólo por unos segundos para guardarlo en su memoria. Le dolía pensar que podría ser la primera y última vez que alguien lo tocaba de tal manera.

—No puedo esperar dos años para que vengas por mí, Caleb. Estoy cansada de ser la damisela en apuros. No necesito que nadie me salve —dijo. Su voz era tranquila y resuelta.

—Livvie... —comenzó Caleb, pero ella puso los dedos en sus labios.

—Lo haré, Caleb. Iré a la subasta y estaré perfecta. Haré que el hijo de puta me quiera —su respiración se estremeció—, y cuando estemos solos... lo mataré por ti.

Los ojos de Caleb se abrieron y él negó con la cabeza.

—¿Qué coño estás diciendo?

—¿Lo quieres muerto, verdad? —dijo Livvie—. ¿Qué importa quién lo mate o cuándo? Podría envenenarlo o algo así.

Caleb no podía dejar de sonreír, incluso cuando sabía que nunca la dejaría hacer algo así. El hecho de que incluso se ofreciera....

—Pensé que no estabas interesada en la venganza —bromeó Caleb.

—No estoy interesado en mi venganza, Caleb. Pero por ti.... —susurró Livvie, y sus ojos dijeron el resto.

Caleb se abalanzó hacia Livvie, derribándola sobre la cama. Cuando Livvie se quedó sin aliento por la sorpresa, aprovechó la oportunidad para besarla. Deseó no poder probar a Kid en su boca, pero se negó a dejar que eso lo detuviera. Necesitaba esto. Necesitaba a Livvie y su amor. Su corazón nunca se había sentido tan inundado. Sentía que podía estallar con la fuerza y el vigor de la misma, nada más que necesidad y el deseo saliendo de él.

Puso todo lo que sentía, pero no podía poner palabras en su beso. Sus manos se aferraron a Livvie, presionándola más cerca, más profundo en su cuerpo. Su incapacidad para tocar cada parte de ella a la vez parecía una gran injusticia.

¡Más cerca!

¡Mía!

Se separó del beso, sólo porque necesitaba su permiso. Se rehusaba a tomar algo que ella no estuviera dispuesta a dar.

—Puedo... —*¿Follarte? No me parece correcto. ¿Hacer el amor contigo? Jodidamente cursi.*

—¡Sí, Caleb! ¡Demonios, sí! —Livvie gritó y tiró de Caleb otra vez hacia abajo en un beso.

Caleb se rió suavemente en su boca, pero rápidamente recuperó el rumbo. Quería que fuera perfecto. Para ambos. A pesar de cómo su cuerpo protestó, se levantó y salió de la cama. Le tendió la mano a Livvie antes de hablar.

—Quiero tomar una ducha. He esperado mucho tiempo para esto y sólo quiero que seamos nosotros. Sólo quiero olerte a ti.

Livvie se sonrojó, pero no dijo nada. Tomó la mano de Caleb y le siguió de cerca, cuando entraron en el cuarto de baño para lavar todas las huellas del otro hombre.

Bajo el diluvio de agua tibia, besó a Livvie. Sólo unas horas antes, le había dicho que nunca la besaría de nuevo. *¡Qué idiota había sido!* Apretada contra ella, su piel desnuda contra la de ella, lamentó todo lo terrible que le había hecho a Livvie. Decidió que haría cualquier cosa para hacer las paces con ella. Pediría su perdón. Desnudaría su alma. Sangraría y moriría si era necesario, pero nunca heriría de nuevo a Livvie.

—Te amo —dijo ella entre besos.

—Shh —susurró Caleb contra su boca. Sabía que ella quería que dijera esas palabras. Quería decirlas también, pero no quería mentir. Caleb era un monstruo. Los monstruos no amaban. Se preocupaba. Tenía hambre. Deseaba. Sentía más de lo que nunca soñó posible, y sin embargo... no podía estar seguro de que era amor. No iba a mentir.



Caleb cayó de rodillas, besando un sendero a través del cuerpo de Livvie cuando se fue. Chupó el agua de sus pezones, aprovechando su carne tensa en la boca, con tirones largos y ávidos. Pasó la lengua bajo sus pechos y bajo sus costillas. Adoraba sus caderas y el vientre. Por último, le separó las piernas para encontrar la fuente de su feminidad.

Podía oler su excitación, ver el color rojo de su clítoris ya hinchado que se asomaba por debajo de su capucha. Separando sus piernas, se quedó mirando los pétalos abiertos de sus labios interiores. Pronto, su polla se deslizaría entre ellos y en el calor de ella. Sería suya, de manera irrevocable. Caleb se inclinó hacia delante y le besó los labios como lo haría con su boca.

Ella gimió y movió sus manos hacia la cabeza de Caleb, atrayéndolo más cerca. Era exactamente donde Caleb quería estar, más cerca. Se burló de sus labios suavemente con la punta de la lengua, permitiéndoles separarse despacio mientras su excitación y su boca humedecían a Livvie. Mientras se mecía en su rostro, empujó más profundamente, saboreando su interior.

—Oh, Caleb —suspiró—. Oh, Dios. Te sientes tan bien.

Las manos de Caleb no estaban desocupadas. Viajaban por sus piernas de arriba a abajo, a veces extendiendo sus muslos, otras veces arañando la parte posterior de sus piernas, forzándola a quedarse de pie. Les permitió seguir viajando cuando lamió, chupó, e incluso folló a Livvie con su lengua.

—Me voy a correr —jadeó Livvie. Caleb agarró su culo con las dos manos, sosteniéndola en su lugar mientras gemía en su coño y ella se corría en su lengua.

—¡Caleb! —gritó ella agarrando con un puño su cabello. No podía mover sus caderas, así que tiró de él acercándolo.

Una vez que Livvie dejó de temblar, soltó el cabello de Caleb. Le había dolido, pero estaba bien con el dolor, sobre todo dadas las circunstancias. Se puso de pie lentamente, dejando que sus rodillas superaran el dolor de haber estado en el suelo de la ducha durante tanto tiempo y cerró el agua.

Livvie extendió la mano y agarró su polla, sobresaltándolo. Él estaba duro y su caricia lo hizo impaciente. Tan pronto como fue posible y seguro, la guió fuera de la ducha y de nuevo en el dormitorio. *Al diablo con las toallas.*

—Te deseo —dijo Caleb. Se deslizó contra Livvie en una vista previa de lo que estaba por venir.

—Yo también te deseo —dijo Livvie y abrió las piernas. Se estremeció, con el cabello y el cuerpo empapado.



Caleb alcanzó el coño de Livvie y lo frotó con los dedos, amando los sonidos que ella hizo y la forma en que se arqueaba contra él. Seguro de su deseo, Caleb deslizó su dedo índice en el agujero apretado y mojado de Livvie.

—¡Oh! —suspiró Livvie. Se meció de un lado a otro.

La cabeza de Caleb daba vueltas con deseo. Estaba tan apretada en su interior. Sus músculos succionaron su dedo, profundo en su interior. No había manera de que encajara dentro de ella si no la preparaba bien. Inclino la cabeza hacia su pezón y atrapó el pequeño brote entre sus labios. Cuando sacudió sus caderas hacia arriba, deslizó otro dedo dentro.

—¡Ow! —dijo ella, seguido de un gemido, mientras Caleb lamía su pezón.

Caleb esperó a que se relajara para abrir sus piernas una vez más antes de que poco a poco comenzara a mover sus dedos hacia atrás y hacia adelante. Sus músculos se aflojaron, estirándose alrededor de sus dedos, lubricándolos con su deseo.

—Esto va a doler un poco. Ya lo sabes, ¿verdad? —dijo Caleb. Bajó la mirada hacia los ojos color chocolate de Livvie y vio su confianza. No quería traicionarla de nuevo.

—Lo sé. Está bien —dijo y tiró de él hacia su boca. El beso que puso en los labios de Caleb era dulce y lleno de calidez.

Caleb sintió la barrera de su virginidad con los dedos.

—Pon las manos sobre tu cabeza —dijo. Livvie cumplió al instante y Caleb utilizó la mano izquierda para fijar sus muñecas. Empujó más profundo con sus dedos, lentamente girando a lo ancho.

—¡Caleb! —Livvie trató de apartar sus dedos, su cara era una máscara retorcida de dolor.

—Lo sé, Livvie. Sé que duele, pero va a terminar pronto, te lo prometo. —Caleb besó sus labios suavemente, no le ofendía que ella no le estuviera devolviendo el beso porque estaba demasiado envuelta en el dolor.

—Por favor —gimió ella.

—Relájate, Livvie —le animó. Su pulgar hacía círculos alrededor de su clítoris mientras él continuaba empujando contra la pared de su virginidad. Por último, consideró ceder. Parecía disolverse como si nunca hubiera existido.

—Ow —gimió Livvie y frotó su cabeza contra el brazo extendido de Caleb.



—Shh, ya está hecho. Creo que eso fue lo peor —susurró y besó sus labios temblorosos. Soltó sus muñecas y suspiró cuando ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello y comenzó a besar su cuello.

Con cautela Caleb deslizó sus dedos hacia fuera. Livvie gimió y dejó de besarlo. Ambos miraron sus dedos y notaron su ligera sangre rosa sobre ellos. Caleb no podía oír más allá del sonido de los latidos de su corazón en sus oídos.

¡Mía!

Echó un vistazo hacia Livvie y vio que estaba avergonzada. Mirándola a los ojos, Caleb puso sus dedos cerca de su boca y lamió la sangre virgen fuera de ellos. El rostro de Livvie pasó de la vergüenza al horror.

A Caleb no le importó.

—Ya está. Ahora eres parte de mí, para siempre. Eres mía, Livvie. Espero que lo entiendas.

Livvie tragó audiblemente, sus ojos parpadearon de Caleb a sus dedos y de regreso.

—Soy tuya —dijo, pero luego agregó—, solo tuya. Y tú eres mío, sólo mío.

Caleb sólo podía sonreír. No podría haberlo dicho mejor.

—¿Lista?

Se pasó la mano por la cara.

—Sí.

Caleb se agachó y agarró su polla. Si alguna vez había estado tan duro, no lo recordaba. Se alegraba de que esta fuera la primera vez de Livvie, porque él no iba a durar mucho tiempo y tal vez le impediría estar demasiado dolorida. Frotó la cabeza de su polla a través de su humedad, deliberadamente deslizándola sobre su clítoris de vez en cuando.

—Caleb, basta. Hazlo ya —gimió. Ella estaba tratando de llegar a su polla por sí misma, pero Caleb se mantuvo moviendo sus caderas hacia atrás.

Él se echó a reír.

—Tienes un coñito muy avaricioso.

—Mmm —gimió ella—. Todo lo bueno para hacer que te corras.

Caleb casi pierde el control. Nunca había imaginado que Livvie tuviera una boca sucia. Le gustaba.

—Bueno, eso lo vamos a ver, ¿no es así? —Empujó en su coño. No se metió dentro, pero tampoco era demasiado lento. Quería llegar a la parte donde el dolor era un recuerdo y pudiera apreciar el placer que quería darle.

—¡Oh, Dios! —gritó. Sus piernas envueltas alrededor de él en un intento de mantenerlo quieto, pero Caleb simplemente levantó su peso y se balanceó. Con los brazos y las piernas envueltas alrededor de él, ella colgaba como un péndulo y su impulso forzó a Caleb más profundo.

—Por favor —susurró Caleb en árabe—. Quiero estar todo dentro de ti.

—¿Qué? —dijo Livvie con los dientes apretados.

—¡Dije que tu coño es increíble! —*¡Y demonios, lo era!* Caleb se sentó sobre sus talones y envolvió sus brazos alrededor de Livvie. Empujó los últimos centímetros, gruñendo en voz alta cuando sintió el culo de Livvie en sus bolas.

Esperó. Livvie lo abrazó con fuerza, dejando besos en su cara, boca y cuello. Suspiró cuando sus músculos se relajaron y Caleb finalmente se hundió en ella.

—Te amo —repitió ella—. Te amo tan jodidamente.

Enterrado dentro de Livvie, Caleb experimentó el nirvana. Si alguna vez hubo un momento para repetir palabras de Livvie, sabía que debería ser ahora. No podía. Esperaba que en un tiempo, pudiera. Lo único que podía hacer era acariciarla, besarla, y deslizarse dentro y fuera de ella con la esperanza de que pudiera sentir todo lo que quería expresar.

—Eres mía —dijo.

—Tuya —repitió ella.

Livvie estaba demasiado estrecha, demasiado húmeda, y jodidamente increíble por dentro como para que Caleb se contuviese. Sostuvo a Livvie en sus brazos y mecía sus caderas, sellándose contra su carne húmeda y comenzó a follar. Arriba y abajo Livvie rebotaba sobre su polla. Quería gritar cada vez que golpeaba sus bolas profundamente, pero se conformó con susurrarle palabras sucias en un idioma que ella no entendía.

—Oh. Oh. Oh, Dios. —Era todo lo que Livvie parecía capaz de decir.

Caleb sintió calor en la base de su columna vertebral y sabía que se iba a extender. Se iba a correr en cualquier momento y por mucho que quisiera, sabía que no podía correrse dentro de Livvie. La acostó en la cama, luchando con sus brazos mientras ella se aferraba a sus hombros y espalda.

—Los brazos sobre tu cabeza, ahora mismo —ordenó.

—Sí, Caleb —gimió Livvie.

La obediencia entusiasta de Livvie fue suficiente para empujar a Caleb sobre el borde. Chupó el pezón de Livvie en su boca y chupó con fuerza, obligándola a gritar y sacó la polla de ella y se corrió contra su muslo.

Una vez que dejó de jadear, Caleb sostuvo el cuerpo tembloroso de Livvie en sus brazos. Nunca había sentido felicidad como la que sintió entonces, pero Livvie lloraba.

—¿Estás herida? —susurró Caleb. Le mortificaba pensar que había tomado más placer del que le dio.

Livvie extendió la mano, tocó su rostro y sonrió.

—Estoy bien —dijo tímidamente.

Caleb enjugó sus lágrimas.

—Entonces ¿por qué lloras?

—No lo sé —dijo Livvie. Sus manos temblorosas acariciaron el cabello de Caleb apartándolo de su frente. Cerró los ojos, disfrutando de la manera posesiva en que lo tocó. —Creo que solo estoy feliz —susurró.

Caleb dejó escapar una breve carcajada.

—Extraña respuesta a la felicidad, pero está bien. —Se inclinó y lamió una de las lágrimas saladas que rodaba hacia la oreja de Livvie. Sonrió cuando sintió que ella trató de escabullirse de debajo de él.

—¿Qué estás haciendo? —dijo y se rió.

—Tenía curiosidad —susurró.

—¿Sobre qué?

Caleb miró a Livvie con asombro. Le había hecho tantas cosas terribles a ella, cosas que nunca podría borrar. Y aun así, ella lo amaba. De todas las lágrimas que le había hecho derramar, estas eran sus favoritas. —Si las lágrimas de felicidad tienen el mismo sabor que las de tristeza —dijo.

Un torrente de lágrimas rodaba por su rostro, pero amplió su sonrisa.

—¿Y? —graznó ella.

—Creo que son más dulces —susurró Caleb. La besó en los labios y descubrió lo que era real dulzura, —pero podría ser tu rostro.

Caleb sabía que no podía deshacer lo que acababa de hacer y se alegraba.

Capítulo 20

Hubo un tiempo en que Caleb me mantuvo cautiva en la oscuridad, ahora la utilizaba para seducirme. Sus dedos trazaron pautas en mi piel, mientras sus labios encontraron su camino en la espalda, dejando piel de gallina a su paso. Suspiré y me arqueé debajo de él, rogándole.

—Eres una malcriada —susurró en la base de mi espina dorsal.

—Me lo he ganado —suspiré en la cama. Una de sus grandes manos palmeó la nalga de mi trasero y me encontré levantando mis caderas. No quería dejar nunca más la cama de Caleb. Podría estar contenta de vivir mi vida siendo tocada, besada, y haciendo el amor con él.

Golpeó con fuerza mi trasero en broma.

—Cuidado, Gatita, si pones tu culo en mi cara otra vez, vas a aprender lo pervertido que soy en realidad.

Me calmé por un momento, no segura de saber si quería jugar a este juego, pero luego sentí los dientes de Caleb mordisqueando la curva de mi trasero y el pensamiento se fue. Poco a poco, me chupó la carne con la boca y me mordió suavemente. Fue la mezcla perfecta de placer y dolor. Su lengua lamió cada punto antes de pasar al siguiente. Pequeños jadeos escapaban de mi boca con cada bocado.

—¿Te gusta esto, Gatita? —susurró. Sopló suavemente sobre mi piel húmeda y gemí.

—Sí, Caleb —suspiré. Él me había llamado por mi nombre anteriormente y si bien derritió mi corazón al conocer que Caleb me veía como una persona y no una cosa, yo estaba feliz de ser su Gatita. Para bien o para mal, Caleb había inculcado sus gustos en mí.

Me gustó saber que lo único que tenía que hacer para hacer feliz a Caleb era exactamente hacerlo como me dijera. No había una forma incorrecta de tocarle. Se hacía cargo y sabía qué hacer. De todas las humillaciones que me había hecho pasar, la única cosa que nunca había hecho era hacerme sentir mal por mi cuerpo o mi inexperiencia.

Caleb se movió, y mis manos se posicionaron para adaptarse a él. Su pene se apoyó en mi pierna izquierda, mientras mi derecha se movió en la cama. Me

sonrojé, sabiendo que estaba expuesta por la espalda, pero no le impidió explorar. Si Caleb quería algo, estaba seguro que lo iba a conseguir de una manera u otra. Escogí el camino de menor resistencia y mayor placer.

Di un grito ahogado cuando su dedo acarició la comisura de mi coño. Estaba dolorida por dentro, pero sus toques suaves y hábiles en mi clítoris eran mágicos. Siempre lo habían sido. A medida que su dedo acariciaba en círculos mi clítoris, mis caderas habían encontrado su propio ritmo, a veces persiguiendo las caricias de Caleb, otras tratando de alejarse de la intensidad. No quería el frenesí del orgasmo, contenta de languidecer en el placer perezoso que Caleb cultivaba con tanta facilidad. Caleb reanudó sus mordeduras de amor y yo no podía hacer mucho más que retorcerme y gemir.

—Dime otra vez a quien le perteneces —susurró.

Gemí en voz alta y desenfadada.

—A ti, Caleb. Te pertenezco a ti —suspiré.

—Mmm —gimió y me mordió otra vez. Di un grito ahogado, pero no me apartó de su boca—. Me gustaría que no estuvieras dolorida. Me muero de ganas de estar dentro de ti otra vez.

Mi estómago se volteó y sonaba sin aliento cuando respondí:

—Yo también te deseo. —Instintivamente, levanté mis caderas hacia su cara. El brazo de Caleb se envolvió alrededor de mi cadera derecha, que me sostenía en su lugar mientras su lengua se adentraba en el último lugar que yo esperaba.

—Caleb —grité y traté de escapar de su boca. Me movía como un gato tratando de escapar del agua, pero Caleb me tenía donde quería. La sensación de su lengua barriendo a través del brote de mi esfínter fue una sensación extraña y chocante.

—Deja de moverte —me ordenó.

Abrí la boca para protestar cuando su lengua empujó en la entrada de mi agujero y el sonido escapó de mí por completo. Me quedé inmóvil por instinto puro, dejando que Caleb cogiera esta parte secreta de mí con su boca. Mis músculos dolían por el esfuerzo de permanecer tan quieta. Después de un tiempo, sin embargo, me relajé ante el contacto de Caleb.

Él me recompensó al aflojar su control sobre mi cadera y volviendo sus dedos a mi abandonado coño. Al primer toque de sus dedos frotando mi clítoris, me corrí. Era demasiado resistir cuando el dominio de Caleb sobre mí era tan completo. Sólo la idea de que me hubiera atrapado boca abajo con la lengua en el trasero, y sus dedos acariciando mi clítoris, era suficiente para empujarme al límite por segunda vez. Me caí como una muñeca de trapo en la cama.

Caleb me rodó sobre la espalda con un sentido de urgencia, y se apresuró hacia la parte superior de la cama. Levantó mi cabeza sobre su rodilla. Abrí la boca a su polla y me tragué todo lo que se había dignado a darme. Caleb había tomado mi virginidad con suavidad, pero esta fue la versión de él que sabía que podría esperar de aquí en adelante. Lamí y chupé su gloriosa polla hasta que él me dijo que parara y me tomó en sus brazos. Fue la primera noche, en cerca de cuatro meses, que me sentí segura, saciada, y amada. Dormí como un tronco.

Rafiq se había retrasado por algún acontecimiento imprevisto y Caleb no me decía lo que podría ser. Durante dos días y dos noches, había sido glorioso. Tuvimos dos días enteros de ser nosotros mismos, de estar libres de obligaciones y pensamientos de venganza. Dos días de hacer el amor cada noche en la cama de Caleb.

Caleb seguía siendo un bastardo pervertido y me alegraba de saber que su gusto para los tormentos imaginativos no había disminuido. Con el fantasma de mi virginidad desaparecido hacía tiempo, Caleb se sentía libre para disfrutar. Le gustaba hacerme rogar. Por encima de su rodilla, con el culo en el aire, sabía deslizar sus dedos en mí y hacerme suplicar por correrme. Lo habría hecho con mucho gusto, pero la captura involucraba dejarlo azotarme hasta que me corría. Al final, nunca me podía resistir y la súplica se hacía tan real como mis orgasmos y la punzada de la palma de su mano. Después, él me arrojaba sobre la cama y me follaba hasta otro orgasmo antes de que él se corriera. Dividíamos la mayor parte de nuestro tiempo entre la cama y la ducha.

La mañana del tercer día, Celia entró en la habitación para abrir las cortinas, con una sonrisa suspicaz pero juguetona posándose en su rostro. No había hablado con ella desde la noche de la fiesta de Felipe y cuando lo intenté, tanto ella como Caleb parecían opuestos a la idea.

—Ella pertenece a Felipe y por lo que sabemos, está aquí para espiarnos. No es tu amiga y ninguno de nosotros puede darse el lujo de confiar en ella —despotricó Caleb después de que Celia se fue.

—Ni siquiera quiere hablar conmigo. Si fuera una espía, ¿no estaría tratando de, no sé, sacarme información? —le dije.

—No seas tan ingenua, Gatita. Tu cara refleja todo lo que hay entre nosotros. No puedes ocultar nada porque tus emociones están escritas en tu cara para cualquier persona interesada en leer —dijo enojado.

Yo no podía dejar de sonreír, me sentía feliz. No quería tener que ocultarlo. Sabía que la situación seguía siendo peligrosa.

—¿Qué quieres que haga, Caleb, sólo ignorarla? ¡Ella me ha visto con las piernas abiertas!

—Espero obediencia, espero lealtad.

Caleb estaba aparentemente menos inclinado a sonreír y sabía que tenía que ver con Rafiq. Caleb seguía luchando con lo que él llamaba una traición. Comprendí entonces por qué la situación era tan difícil para él, pero mi necesidad de sobrevivir, mi necesidad de que ambos escapáramos, era mucho más importante para mí que la necesidad de Caleb para arreglar las cosas entre él y Rafiq.

—Soy leal, Caleb. No puedo hacer ninguna promesa sobre el resto. Tú lo has dicho, Rafiq es peligroso. Él va a matar a cualquiera que aparezca en su camino, que somos nosotros. Es nosotros, o él, en este momento, Caleb. Eres tú quien tiene que decidir dónde están sus lealtades.

Caleb me miró durante varios segundos antes de que su expresión se suavizara. Suspiró profundamente y asintió.

—Tengo que salir de aquí, Gatita. Prometí mantenerte a salvo y lo haré, pero, ya te lo he dicho... No puedo traicionar a Rafiq más de lo que ya lo he hecho. Tengo que hablar con él, convencerlo de que hay otra manera. Luego vendré a por ti.

Me apresuré hacia él y envolví mis brazos alrededor de su cuello.

—No puedo irme sin ti, Caleb. ¿Y si nunca regresas? Estaré ahí fuera por mi cuenta y cualquier cosa podría suceder. ¿Y si... y si te mata? ¿Cómo voy a vivir conmigo misma?

Lágrimas corrían por mi cara mientras luchaba por encontrar las palabras para convencerlo de que se quedara conmigo y olvidara su deuda con Rafiq.

—Soy capaz de cuidar de mí mismo, Gatita. No importa qué, no puedo dejar esto sin terminar. Si huimos, nunca dejará de buscarnos. ¿Y luego qué? No tengo planes para vivir mi vida ocultándome. Tengo que terminar las cosas de una manera u otra —dijo Caleb. Me acarició el pelo y trató de ser tranquilizador, pero sus palabras me dejaron fría y entumecida.

—No me iré —le susurré.

—Felipe va a tener otra fiesta mañana. Habrá mucha gente y espero, un montón de distracciones. Te vas a ir, Gatita. Es la única manera de mantenerte a salvo.
—Caleb me abrazó con tanta fuerza que no tenía aliento para llorar.

Una noche más, era todo lo que podíamos tener. Estaba decidida a sacar el máximo provecho de ella. Me aparté de Caleb. Quería ver su rostro. Quería memorizar cada curva, cada pestaña. Miré a los ojos azules como el Caribe y las cosas que vi, hicieron que se agitara mi alma, pero me rompió el corazón.

—Dime que me quieres, Caleb —susurré.

Me besó, negándose.

—Ojalá pudiera, Gatita.

* * * *

Oí golpes, un fuerte y frenético golpeteo. Mis ojos se abrieron y la oscuridad que me rodeaba sólo sirvió para exacerbar mi pánico. Caleb ya estaba fuera de la cama.

—Acuéstate en el suelo y no te muevas —dijo en un susurro urgente. Fue al armario y lo abrió.

Cogí la lámpara de la mesilla y la encendí.

—¿Qué está pasando? —le pregunté. Tiré las mantas y me puse en el suelo. Caleb tiró algo en mí y chocó contra mi pecho. Él me había dado ropa.

—Ponte eso, ¡ahora! —dijo Caleb. Él estaba subiéndose un par de pantalones, abrochándose con urgencia. Buscó a tientas una caja antes de llegar a abrirla. Sacó su pistola y la armó.

Adrenalina golpeó en mis venas. Algo malo iba a suceder.

—¡Abra la puerta!²³ —Celia gritó desde el otro lado. Ella estaba en su propio estado de pánico y yo no sabía qué hacer con él.

Caleb se precipitó hacia mí y se sentó en el suelo, envolví mis brazos alrededor de él, tirándole cerca. Sus manos se clavaron en mis muñecas mientras me alejaba. Algo frío y duro hizo su camino en mi mano. Miré hacia abajo y vi la pistola de Caleb.

—Vístete, quédate aquí. Golpearé dos veces antes de entrar. Si alguien entra en esta sala, disparas a matar. ¿Entiendes? —dijo.

Mi pánico me hizo sorda y ciega. No entendía. No tenía ni idea de lo que Caleb estaba tratando de decirme. Se puso de pie y trató de alejarse. Me agarré a su pierna.

—¡Caleb! No te vayas, no te vayas.

—¡Haz lo que te digo! —gritó y se soltó con tanta fuerza que tenía miedo de que mi brazo se hubiera salido de su órbita de nuevo. Caleb estaba en la puerta antes de que pudiera atraparlo de nuevo. Puso un cuchillo grande a su lado y se puso a un lado de la puerta. La abrió lentamente.

²³ En español en el original.

Celia irrumpió en la habitación, pero no tuvo la oportunidad de decir algo antes de que Caleb la agarrara por el cuello con el brazo y le pusiera el cuchillo en la garganta. Ella luchó, pero Caleb la sometió rápidamente y la mantuvo inmóvil.

—¿Qué está pasando? —gruñó.

—He venido sólo para avisaros —dijo—, Rafiq y sus hombres están aquí. Están abajo con Felipe. Quieren verte. —Celia puso sus manos con fuerza en los brazos de Caleb alrededor de su garganta—. Por favor —sollozó.

—Caleb, que se vaya —sollocé—. Vino a advertirnos.

Caleb apretó la garganta de Celia hasta que incluso los sollozos no pudieron escapar.

—No lo sabemos, Gatita. Podría estar aquí para separarnos.

—¡La vas a matar! —urgí. No creía que Celia me vendiera, pero no tenía ninguna razón para creer que no lo haría. Levanté el arma en mis manos. —Déjala ir, Caleb. La voy a vigilar aquí.

Caleb me miró. Sus ojos no eran los suyos y me recordó más a un animal que a un hombre.

—Por favor, Caleb. Deja que se vaya —le supliqué.

Poco a poco, el brazo de Caleb alrededor de la garganta de Celia se aflojó y se desplomó en el suelo, llorando mientras sostenía su garganta. Miré a Caleb y vi el horror en sus ojos cuando miró a Celia.

—¿Cuál es el plan, Caleb? —le dije para centrar su atención. Por mucho que me gustaba Celia, me gustaba vivir aún más.

Caleb asintió mientras empuñó un manojito de cabello en su nuca.

—Tengo que ir a reunirme con ellos.

—¡No puedes! ¿Y si te están esperando para matarte?

—Si todo es como Celia dice, entonces no hay razón por la que no debería ir abajo. —Caleb se arrodilló y sostuvo el cuchillo en la garganta de Celia.

—No —Celia declaró—: Felipe me ha enviado para que os avise.

—¿Por qué me advertiste?! —insistió Caleb.

—Felipe sabe lo que está pasando entre vosotros dos y no ha dicho una palabra a Rafiq. Él no quiere hacer frente a las consecuencias. Ha estado aquí durante meses, en lugar de los pocos días, que Rafiq, originalmente prometió. Lo último que necesita es derramamiento de sangre en la casa —gritó Celia. Se frotó el

cuello, estaba rojo, pero el daño parecía relativamente benigno. Podía hablar con claridad y no había contusiones.

Caleb se levantó.

—Tú te quedas aquí con ella hasta que yo vuelva.

Ésta fue mi peor pesadilla hecha realidad. Caleb iba a salir por la puerta y no volvería nunca más. Lo sabía.

—Caleb, por favor no te vayas. Vámonos. Ahora mismo.

—La sacaré si hay problemas —Celia de repente ofreció. Caleb y yo la miramos con incredulidad—. Hay pasajes en las paredes. Felipe los había construido en caso de que fuera necesario para escapar. La sacaré, te lo prometo.

—¿Por qué lo harías? —preguntó Caleb. Él parecía estar llegando a alrededor de Celia.

—No es por ti —le espetó ella—. No quiero que ella sufra.

Caleb asintió.

—Gracias, Celia. Estoy en deuda contigo.

—Si algo le pasa a Felipe, me aseguraré de cobrarme —dijo ella.

—Entendido —susurró Caleb. C cogió una camisa del armario y se la puso—. ¿La biblioteca? —preguntó. Celia asintió y con eso, Caleb salió de la habitación.

Yo quería gritar. Caleb se había ido y me había abandonado a mi suerte. Él estaba presa del pánico y tal vez había amenazado a Celia cuándo no tenía que hacerlo.

—¿Por qué golpeaste la puerta? —le pregunté a Celia. Se sentó en el suelo, frotándose la garganta y secándose las lágrimas de sus ojos.

—No quise que ellos vinieran a buscarte. Felipe apenas pudo detener a Rafiq de venir aquí el mismo —dijo Celia con calma.

Sentí el arma de fuego, caliente en mi mano, y húmeda de sudor.

—Caleb dice que Felipe nos ha estado observando. Dijo que vosotros nos habíais estado observando. ¿Por qué cualquiera de los dos nos ayudaría?

—Felipe no confía en nadie, Gatita. Siento no habértelo dicho, pero Felipe significa más para mí que tú. Lo amo, pero él es un oportunista —dijo.

La cabeza me daba vueltas.

—¿De verdad viniste a advertirnos, Celia? ¿Está Caleb cayendo en una trampa en este momento?

Traté de sonar afligida. He intentado parecer como una amiga, pidiendo el consejo de otra amiga, pero la verdad, me pregunté si sería capaz de disparar a Celia si tuviera que hacerlo. La respuesta me aterrorizó.

—Te juro que vine a avisarte. Por lo que yo sé, Caleb está reuniéndose con sus amigos y nada más. Lo peor que podrías hacer ahora es entrar en pánico —dijo.

Vi la súplica en sus ojos y mis instintos me dijeron que podía confiar en ella. No estaba segura de que mis instintos valieran una mierda, pero la alternativa me dejó fría. Celia tenía razón, estaba entrando en pánico. Si Rafiq nos hubiera querido muertos nada más podría habernos asesinado en nuestro sueño.

—Te creo —le susurré y dejé el arma sobre la cama. Los ojos de Celia se fijaron en ella, pero se mantuvo en su lugar. Empecé a ponerme la ropa que Caleb había dejado para mí.

—¿Qué estás haciendo? Desvístete. Si ellos vienen aquí y te encuentran con ropa de Caleb sabrán que estabais planeando escapar —dijo Celia.

—¿Y si pasa algo y necesito ropa?

—No la necesitas, Gatita. Te lo prometo. El peligro estaba en que Rafiq os encontrara a los dos juntos en una situación comprometedor.

Una vez más, le creí. Tal vez, quiero creer en alguien que me dijo que no tenía razón para matar, y no hay razón para sospechar lo peor. Quizá, Celia decía la verdad. Decidí creer lo menos horrible de los dos. Rápidamente me quité la camisa que acababa de ponerme.

De repente, alguien llamó a la puerta.

—Celia —preguntó una voz masculina.

Cogí la pistola.

* * * *

Caleb luchó por calmarse mientras se aproximaba a la puerta de la biblioteca. Metido dentro de la parte trasera de sus pantalones y envainado estaba su gran cuchillo de caza. Se preguntó por un momento si estaba haciendo lo correcto reuniéndose con Rafiq. Esperaba que pudiera convencerle de que sus planes de venganza todavía podían ser fructíferos sin sacrificar a Livvie. Todavía esperaba ese resultado particular, pero tener a Livvie en la casa era menos que lo ideal.

En el piso de arriba, Livvie era vulnerable. Si le pasara cualquier cosa a él, sabía que ella se quedaría con poca o ninguna posibilidad de escapar. Caleb lo había

jodido, simple y llanamente. Había dejado que sus emociones sacaran lo mejor de él y había actuado precipitadamente con Celia, quien quizás lo vendiera a él y a Livvie en el momento en que la oportunidad se presentara. Por lo que sabía, ella ya lo había hecho.

Aunque sólo había una manera de averiguarlo, y Caleb estaba determinado a ver las cosas llegar a su término, de una forma o de otra. Abrió la puerta y entró en la biblioteca. Cuatro pares de ojos se giraron para saludarle y estos pertenecían a Felipe, Rafiq, Jair y Nancy. Cada uno de los hombres tenía una bebida en la mano y se sentaban cerca del escritorio de Felipe charlando acerca de cosas benignas. Nancy se arrodillaba al lado de Rafiq, con sus ojos hacia el suelo. Temblaba ligeramente, y Caleb se preguntó si era el miedo o el frío lo que lo causaban, pero no le importaba de cualquier forma. Caleb expulsó un suspiro de alivio, pero aún se sentía preocupado por la situación en el piso superior. Esperaba que Livvie no perdiera la cabeza y no hiciera nada drástico en su ausencia.

—¡Khooya! ¿Estabas durmiendo? Pareces exhausto —dijo Rafiq con una sonrisa.

—Lo estaba —dijo con cautela—. No te esperaba tan pronto.

Rafiq lo observó con curiosidad.

—¿Por qué habrías de hacerlo? Te dije que no estaba seguro de cuánto tiempo me llevaría resolver la situación.

Caleb a menudo descuidaba tener en cuenta los lazos políticos de Rafiq con el gobierno pakistaní. De vez en cuando, su trabajo como oficial militar tenía preferencia sobre sus actividades más ilícitas. En esas circunstancias, ni siquiera Caleb sabía en qué estaba envuelto Rafiq y realmente nunca le había importado. Si Rafiq quería mantener vidas separadas, no era el papel de Caleb entrometerse.

—Pensé que me contactarías, es todo. Si hubiera sabido que te esperábamos, te habría saludado en la puerta —dijo Caleb sin reprimirse. Rafiq dejaba a Caleb que hablara con franqueza en privado, pero en público, había un protocolo a seguir. Rafiq era mayor y como mentor de Caleb y antiguo guardián, estaba en una posición que demandaba respeto. Faltarle al respeto a Rafiq públicamente sería un disparate de la peor clase.

Rafiq sonrió.

—No te preocupes, Khooya. Estás aquí ahora y también estoy yo. Ven —señaló hacia otra silla—, toma un trago con nosotros.

Caleb forzó una sonrisa.

—Por supuesto, pero déjame ir al piso de arriba y ponerme unos zapatos primero. No estaba seguro de qué esperar y me apresuré.

Lo que realmente quería hacer era ir al piso superior y darle a Livvie algo de alivio.

—¿Dónde está Celia? —interrumpió Felipe. Su tono era suave y jovial, pero Caleb vio la forma en que sus ojos se entrecerraban y su boca se torcía.

—Arriba con Gatita, no quería dejarla sola —ofreció Caleb, con una mirada propia de advertencia.

—¿Todavía necesita supervisión constante? —preguntó Rafiq con desaprobación.

—No, pero creo que lo mejor es no dejarla sola, de la misma forma —dijo Caleb, antes de que Felipe pudiera ofrecer sus propias ideas.

—Hmm —replicó Rafiq y tomó un sorbo de su bebida. Parecía whisky escocés—. Bien, toma asiento, Caleb. No te pongas los zapatos por mí. Nos retiraremos pronto. Estoy cansado de tanto viaje.

—Por supuesto —dijo Caleb y tomó la bebida que Jair le ofreció antes de sentarse cerca de él. Jair sonrió, pero no dijo nada y Caleb decidió que era mejor no hacer una escena.

—Así que según me dice Felipe la chica está haciendo unos progresos excelentes. Dice que incluso ha participado en una de sus sórdidas fiestas —dijo Rafiq con una sonrisa—. Me asegura que la implicación de la chica no comprometió su virginidad.

Caleb tragó todo el líquido de su vaso e hizo una mueca mientras el líquido ámbar le quemaba bajando por su garganta.

—Sí, es correcto. —Dentro de su pecho, su corazón latía más rápido.

—Me alegra oírlo, Khoya —dijo Rafiq—. Jair tenía sus dudas, pero le dije que tú nunca me traicionarías. No en beneficio de una chica.

Caleb se giró para fruncir el ceño hacia Jair con abierto disgusto.

—Por supuesto que no, Rafiq. Nunca entenderé por qué escuchas las cosas que tiene que decir este cerdo.

Jair se puso en pie y tiró hacia atrás su silla, pero Caleb estaba preparado para encontrarse con él. Cuando Jair se abalanzó, Caleb usó su impulso hacia arriba para empujar al otro hombre en el aire y golpearlo contra el suelo. Caleb tomó ventaja del estado aturdido de Jair y le lanzó un gratificante puñetazo en la cara.

—¡Caleb! —Reprendió Rafiq—, apártate de él, ¡ahora!

Caleb lanzó otro puñetazo y Jair perdió la conciencia. Caleb no podía soportar al hijo de perra e independientemente de cómo salieran las cosas, no toleraría a Jair mucho más tiempo. Estiró la mano a su espalda buscando el cuchillo de sus pantalones, decidido a clavarlo en el pecho de Jair, pero entonces sintió dos pares de manos tirando de él hacia atrás.

—¡Caleb, no! —gritó Felipe—, contrólate en mi casa.

Una mano extendida colisionó en un lado de la cara de Caleb y supo instantáneamente que había sido Rafiq quien le había abofeteado. Mientras Caleb se esforzaba por recobrar sus modales, oyó un arma siendo amartillada justo antes de que el pie de Rafiq aterrizara en su pecho, dejándole sin aliento.

—Jair hace lo que le pido que haga. Si tienes un problema con ello, puedes tomarla conmigo, Caleb. No toleraré tu falta de respeto. Discúlpate con Felipe, o pónmelo fácil y caminarás con cojera desde esta noche en adelante —gritó Rafiq.

Detrás de Rafiq, Nancy estaba lloriqueando. Caleb levantó sus manos como rendición.

—¡Lo siento! Perdí el control. —Los ojos de Rafiq ardían con furia y Caleb sabía que no dudaría en seguir con su amenaza.

—¿Qué diablos te pasa, Caleb? —escupió Rafiq, literalmente.

—Me ha estado suplicando que le ponga un cuchillo encima desde que nos conocimos, Rafiq. ¿Honestamente esperas que le permita faltarme al respeto? ¿En frente de ti? Tú nunca antes has dudado de mí. ¡Nunca! Y de pronto, ¿su palabra significa más que la mía? —El pecho de Caleb jadeaba bajo el pie de Rafiq.

Rafiq suspiró profundamente y sacudió su cabeza.

—Nunca he dicho tal cosa, Khoya. —Retiró el pie del pecho de Caleb y amartilló su arma una vez más para sacar la bala de la cámara—. Las cosas están...

—Lo sé —susurró Caleb. Su venganza estaba al alcance de la mano y Caleb la había puesto en peligro. Rafiq tenía todo el derecho a disparar a Caleb allí donde yacía. El dolor en el pecho de Caleb de repente no tenía nada que ver con haber sido sujetado. Había traicionado a la única persona que nunca le había juzgado por las cosas que había hecho, por el bien de la persona que le amaba en lugar de la persona en que se había convertido—. Lo siento —dijo Caleb otra vez, sabiendo que Rafiq no podría saber aún de cuán profundo venía su disculpa.

Se daba cuenta de que no habría ningún razonamiento con Rafiq, ningún compromiso sobre su destino o el de Livvie. Sólo quedaba una opción y Caleb siempre había sabido todo el tiempo que podría llegar. Uno de los dos tenía que morir.

* * * *

—¿Celia? —repitió el hombre. Yo sostenía el arma en mis manos, pero no sabía que pretendía hacer. Miré hacia Celia.

Sus ojos estaban abiertos como platos, pero tenía las manos en alto y mantenía la calma.

—Es Felipe, por favor, baja el arma.

—Caleb dijo que no dejara entrar a nadie. Creo que eso incluye a Felipe —dije. Me sentía débil, mi mundo estaba borroso por los bordes mientras consideraba abrirme paso disparando para salir de la habitación.

—¡Por favor, Gatita! No seas idiota. Felipe nunca te dejará salir de aquí con vida si no bajas el arma —suplicó ella.

—Dile que se vaya —siseé.

—Sabrá que algo va mal. Nunca le diría lo que tiene que hacer —dijo.

Un golpeteo más fuerte y una secuencia de español llegó a través de la puerta. —Celia, ven a la puerta ahora o la romperé.

Casi vomito en mi boca mientras consideré ir en contra de Felipe. Miré a Celia y ella se limpiaba las lágrimas de los ojos frenéticamente.

—Ve a la puerta —dije.

—¿Qué harás? —lloró Celia.

—Pregúntale dónde está Caleb —le urgí.

Celia asintió y despacio gateó hacia la puerta.

—Estoy aquí con Gatita —dijo. Su voz parecía calma considerando que su cara estaba hinchada por las lágrimas. Yo estaba impresionada.

—¿Por qué está la puerta cerrada con llave? —preguntó la voz enfadada de Felipe a través de la puerta.

—Caleb estaba preocupado —dijo—. ¿Dónde está?

—Abajo con Rafiq, abre la puerta —dijo. Sonaba como una orden.

Celia miró hacia mí con una expresión suplicante. Sopesé mis opciones unos segundos y decidí dejar a Celia que abriera la puerta, pero no había forma de que le diera el arma. La puse en el suelo cerca de mí.

—Abre la puerta —dije.

—Ten calma, Gatita —dijo Celia—, Felipe no te hará daño a menos que tú se lo hagas a él. Confía en mí. —Esperó hasta que asentí y luego giró la cerradura. Abrió la puerta lentamente y Felipe, arma en mano, dio un paso hacia dentro a un lado de la puerta.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a Celia, pero mantuvo los ojos en mí. Yo estaba quieta en el suelo, cubriéndome cerca de la cama.

—Dile que Caleb está bien —dijo Celia. Se situó entre Felipe y yo.

—¿Por qué has estado llorando, Celia? ¿Qué pasó aquí? —preguntó Felipe. Su tono era mortífero y tranquilo.

—Nada, mi amor. Sólo le he estado haciendo compañía a Gatita. Está asustada, Felipe. Dile que Caleb está bien. Está preocupada por él —imploró ella.

—Está bien. Él y Rafiq están tomando un trago. Debería estar aquí arriba en breve. Podemos esperar por él —dijo, pero no bajó su arma.

—¿Por qué no viene él mismo? —chillé.

—No podía, no sin levantar sospechas. Tal como fue, imaginé que algo estaba pasando aquí arriba. ¿Por qué estuviste llorando, Celia? —preguntó Felipe. Su tono daba indicios de su enfado.

—Fue tan sólo una charla de chicas, Felipe. Por favor, no hagas un escándalo. Ella estaba aterrorizada de que vinieras a hacerle daño y eso me hizo pensar en... —la voz de Celia se fue apagando. Despacio, levantó la mano y acarició el rostro de Felipe—. ¿No recuerdas como era al principio?

Los ojos de Felipe se volvieron tristes. Bajó el arma y besó la frente de Celia.

—Siento que ella te haya hecho recordar —susurró—. Especialmente cuando yo me he esforzado tanto en hacerte olvidar.

—Lo he hecho, Felipe, te prometo que lo he hecho —susurró.

Celia todavía estaba de pie entre nosotros y mientras que yo no confiaba necesariamente en Felipe, ella había probado ser una amiga permaneciendo entre yo y una muerte segura. Recordé mi conversación en la mazmorra con Felipe. Él había tomado a Celia como trofeo y según su propia admisión, no la había tratado con amabilidad. Mirándolos ahora, era difícil imaginar un tiempo en el que Felipe fuera cruel con Celia. Así y todo, no conocía muy bien a ninguno de los dos. Celia no parecía tener idea de lo mucho que Felipe la amaba. Para mí era bastante obvio.

Felipe asintió y tiró de Celia hacia sus brazos. Ella lloró ruidosamente contra su pecho mientras él le acariciaba el pelo y le susurraba cosas consoladoras. Verles me hacía sufrir por Caleb.

—Lo siento —dije—, no quise causar problemas. —Era verdad. No quería causar problemas. La única cosa que quería era una forma de escapar para mí y para Caleb.

Felipe levantó la vista hacia mí.

—Ve a lavarte, dulce niña. Tu amo debería estar de vuelta en cualquier momento y te sugiero que estés lista para él cuando lo haga. No os queda mucho tiempo juntos.

—¿Qué quieres decir?! —le espeté.

Felipe me dedicó una sonrisa irónica.

—Desearía que hubiera algo más que pudiera hacer por los dos. He disfrutado observando cómo se desarrollaba vuestra relación. Buena suerte, Gatita.

Mientras me sentaba, aturdida y con la boca abierta, Felipe guió a Celia fuera de la habitación y cerró la puerta tras él. Había entregado mi rehén. Había entregado mi guía. Me había rendido a cualquier destino que me esperara una vez que la puerta se abriera.



Capítulo 21

Día 10: 11pm

Matthew había tenido una mala sensación en su estómago en la mejor parte de la última hora. La sensación no era necesariamente nueva; ésta le había acompañado muchas veces en ciertos casos. El mundo era un lugar enfermo, jodido y trataba con él más que la mayoría, pero este caso tomaba la forma de ser de una pesadilla que él recordaría para siempre. Cada agente tenía un caso que lo obsesionaba. Olivia y su Caleb eran el suyo.

Algunos blancos interesantes habían aparecido por reconocimiento facial, en la escala nacional de búsquedas de archivos y la base de datos de Seguridad Nacional. Matthew, junto con otros agentes había comenzado a reunir las piezas durante las últimas cinco horas.

—Creo que Karachi es donde tiene más sentido dado el Intel²⁴ —dijo la Agente Williams. Ella había llegado en avión de Virginia una vez que la naturaleza sensible del caso se hizo más clara.

—Estoy de acuerdo. A los muchachos de la FIA no les va a gustar lo que tenemos que decir, pero parece que Muhammad Rafiq ha estado haciendo uso de recursos militares para encubrir su anillo de tráfico humano —dijo Matthew.

Karachi era una ciudad costera, accesible por avión y mar. Era un área étnica y socioeconómicamente diversa, capaz de camuflar ricos y pobres igualmente. Según la información del Sargento Patel, que tenía acceso a los manifiestos de pasajeros y documentación de control del tráfico aéreo, varias personas destacadas de interés llegarían en los dos días siguientes. Muchos estaban ya en la ciudad. Lamentablemente, ninguno de los nombres en la lista eran Vladek Rostrovich o Demitri Balk. Aun así, Matthew razonó, podría viajar bajo un alias diferente. Aunque de una cosa estaba seguro; Muhammad Rafiq asistiría.

Él pensaba en Olivia Ruiz y todo lo que había estado diciendo a lo largo de los últimos días. Ella no tenía ni idea que tan profunda era la implicación de Rafiq en la trata de esclavos. Basado en el montón de información sobre el escritorio de Matthew, comenzaba a sospechar que Caleb no tenía ni idea tampoco. Rafiq había estado en ello por el dinero durante un muy largo tiempo. La evidencia sugería que había sido un jugador clave desde 1984.

²⁴Intel: (US) Inteligencia Militar.

Matthew sostuvo una foto de Vladek Rostrovich y Muhammad Rafiq tomada en Paquistán ese mismo año. Rafiq llevaba su uniforme militar y señalaba una mesa llena de armas rusas, su brazo sobre el hombro de Vladek.

La mejor conjetura de Matthew era que Muhammad Rafiq había servido de agente vendedor de armas de Vladek Rostrovich durante sus misiones en otras partes del mundo, más notablemente: África, Turquía, Afganistán, y Paquistán. Quizás las armas habían comenzado la conexión, pero no terminaba allí.

Otra fotografía a partir de 1987 mostraba a Rafiq y Vladek durante una cena militar paquistaní. Vladek sentado en la mesa de oficiales con Rafiq, también entre la asistencia estaba Bapoto Sekibo. Era conocido por arrasar pueblos enteros, matando a hombres, mujeres y niños en la búsqueda de recursos naturales y territorios valiosos para proyectos corporativos entrantes de otros países. Algunas corporaciones hasta tenían raíces en los Estados Unidos. De hecho, los tres hombres habían sido fotografiados en algún momento con Senadores estadounidenses o con presidentes de grandes compañías.

Matthew no estaba sorprendido de que sexo, armas, y dinero estuvieran interconectados. Incluso las minas de diamantes africanas de Vladek no llegaron como un shock. No, la información más espantosa era el caso no resuelto de un desaparecido desde 1989 situado encima del montón. No podía resistirse a recogerlo y contemplar la foto en un sujetapapeles con el archivo.

—Bastante jodido, ieh! —El agente Williams susurró desde más allá del escritorio.

La sensación enfermiza en el estómago de Matthew ardió y frotó su estómago. Mientras contemplaba la foto, se preguntó, si había algo que debiera hacer con la información.

—Sí. Lo está.

—¿Estás bien? ¿Cuándo fue la última vez que comiste? —Williams preguntó.

—Hace unas horas, y sólo una ensalada. He estado en un torrente continuo de café desde entonces —Matthew dijo y ofreció una sonrisa acuosa. Era agradable trabajar con alguien, aun si la Agente Williams era demasiado joven y ávida para su gusto. Ella todavía se emocionaba con el trabajo y no lo escondía muy bien. Matthew realmente ya no se entusiasmaba más, el resolver casos era una obsesión, encarcelar a los tipos malos, satisfactorio, pero había dejado de estar emocionado hace tiempo. No importa cuántos casos fueran resueltos, o cuantos bandidos fueran llevados ante los tribunales, había siempre nuevos casos y nuevos tipos malos. Era un círculo vicioso.

—Esa cosa te matará —dijo la Agente Williams a través de una sonrisa—. Todavía tengo medio bocado de pavo en la nevera si lo quieres.

—No, está bien. No tengo hambre —dijo él.

—¿Sigues contemplando esa foto? —Ella lo rodeó.

Matthew no podía dejar de pensar en Olivia. Guardaba luto por la pérdida de un hombre que realmente no conocía y por primera vez, Matthew comenzaba a entender por qué ella luchó por él tan fuertemente.

—La testigo dice que él murió ayudándole a fugarse. Me pregunto si debería quedarse sólo allí. Quiero decir, desearía no haberme enterado de esto. No puedo imaginar cómo pudo sentirse la madre.

—Trato de no pensar en eso. No es realmente nuestra prioridad, ¿sabes? —dijo Williams—. Va a ser jodido conseguir meter un equipo a Paquistán. Trato de concentrarme sólo en una cosa a la vez. Un niño secuestrado que resultó ser un cabronazo no está realmente en mi radar.

Matthew alzó la vista y miró a Williams.

—¿Qué edad tienes, Williams?

—Se puso tensa.

—Veinticuatro —contestó—. ¿Por qué? ¿Vas a darme un sermón de mierda por mi edad?

Él sostuvo la fotografía.

—James Cole estaba a unos pocos meses de su sexto cumpleaños cuando se lo llevaron. Sólo trata de imaginar tu vida los dieciocho años pasados y que diferente fue comparado con el infierno que este pequeño muchacho tuvo que sobrevivir.

Williams miró larga y arduamente la fotografía antes de apartarse al desorden de archivos sobre su lado del escritorio.

—Es triste, Reed. Sé que es triste, pero no hay nada que podamos hacer por aquel niño. ¿Y por el hombre que resultó ser? Estaría mejor muerto —dijo Williams.

—No trato de defenderle. Confía en mí; he pasado la semana pasada haciendo exactamente lo opuesto. Es sólo que... ella tiene un modo de hacerme pensar en cosas. Básicamente habló de eso de ser vendida en la subasta.

Matthew sonrió. Olivia era ciertamente diferente de cualquier persona que hubiera conocido en sus trece años de trabajo. Nunca la olvidaría, o a Caleb, y el niño que había sido. Nunca olvidaría este caso y por cualquier razón, sintió la necesidad de tomarse un momento y conservar la memoria de ello correctamente.

—Una chica bastante lista. Excepto por la parte de enamorarse de su captor —dijo Williams—. Aunque, si vas a enamorarte de cualquier secuestrador, Dios, debería de ser tan guapo como este hijo de puta.

Williams levantó la foto de vigilancia de Caleb de hace unos años y meneó sus cejas.

Matthew rió.

—Estás enferma. Lo sabes, ¿verdad?

Williams se encogió de hombros.

—No salgo mucho.

—¿Eso por qué es?

—Eh, el trabajo, supongo. Realmente no me libro de salir con otros agentes y los tipos normales no pueden lidiar con ello.

Se encogió de hombros otra vez.

—¿Crees que deberíamos avisar a su madre de que le encontramos? —Matthew preguntó.

—Han sido veinte años, Reed. Probablemente lo cree muerto desde hace mucho tiempo. No pienso que decirle que encontramos a su hijo y que él sólo resultó ser un traficante de humanos hijo de puta que murió en una tentativa de fuga arruinada, sea exactamente consolador —dijo Williams, irónicamente. Ella y Matthew se sentaron en silencio durante unos momentos, antes de que Williams añadiera—: Es mejor que crea que su pequeño muchacho murió inocente, ¿sabes?

Williams tenía un punto.

—Sí. Sólo deseaba... desearía haber estado en la oficina en ese entonces, tal vez podría haberle encontrado antes de que fuera demasiado tarde.

Pensaba en Olivia y su pena. Era triste, sabiendo que era la única que extrañaría a Caleb. Era la única que guardaría luto por él.

—¡Espera! —dijo Williams de repente, y asustó a Matthew.

—¿Qué pasa?

—Bien, no es realmente relevante, pero... —Le dio uno de sus archivos a Matthew—. Vladek fue a la universidad en los Estados Unidos. Fue a la universidad de Oregón —susurró ella.

—¿Y?

—Y, comprueba la fecha —añadió en tono grave.

—No la terminó. Estuvo allí del '80 al '82. —La comprensión alboreaba despacio en Matthew, y sintió que la bilis avanzaba lentamente por detrás de su garganta—. James Cole nació en 1983. En Oregón.

—¿No creerás...?

—Olivia Ruiz mencionó que Rafiq quería vengarse de Vladek, por hacer algo con su madre y hermana. Por lo visto, Vladek las mató, o es lo que Rafiq dice. Comienzo a creer que todo de lo que salió de la boca del tipo son patrañas.

—¿Quieres que saque el certificado de nacimiento de James?

—Sí, hazlo. ¿Llamaste ya al Subdirector para avisarle que creemos que la subasta ocurrirá en el cuartel militar de Karachi?

—Se lo dije hace una hora, se imaginó que él podría empezar con la organización del operativo. Este Sargento Patel, no parece del tipo cooperativo. ¡¿Santa mierda, Reed... piensas francamente que Vladek, ¿vendería a su propio jodido hijo?!

Matthew quería comenzar a golpear cosas.

—No. Creo que él fue un daño colateral.

Comenzaba todo a juntarse. Las piezas del rompecabezas se formaban despacio en la mente de Matthew. Había aún enormes piezas ausentes, pero Matthew creía que podría descifrar la imagen justamente igual.

—Bien, ya sabemos dónde es la subasta. Todo lo demás es sólo la salsa en este punto. Déjame terminar de sacar estos archivos y luego digo que terminamos por esta noche. Si obtenemos luz verde, podríamos tener a Rafiq en custodia en las próximas setenta y dos horas. Podríamos conseguir nuestras respuestas directamente de la fuente —dijo Williams.

Matthew podría oír el enojo y determinación en la voz de Williams. Admiraba su fuego, pero había estado alrededor el tiempo suficiente para saber que el fuego podría quemarte.

—Dudo que consigamos ni siquiera una confesión de él, Williams. Prepárate.

—¿Qué quieres decir? Tenemos una montaña de pruebas de mierda y un testigo —soltó a chorros Williams.

—Lo que nosotros tenemos, es un militar de alto rango de un gobierno extranjero, acusado de delitos en un país completamente diferente. Quiero a este tipo. De verdad lo quiero, pero he estado aquí antes, Williams. A veces... ellos se escapan.

—¿Entonces por qué estás aquí, Reed? ¿Por qué has estado trabajando entonces tan malditamente duro en este caso?

—Olivia Ruiz fue la autora original. Causó un incidente internacional cuando decidió cruzar la frontera de EE.UU-MÉXICO agitando un arma. No se convirtió en víctima hasta más tarde. No tuve ni idea que este caso iba a hacerse el camión pesado que es. He trabajado el caso, Williams. Es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer —dijo Reed.

—Sí, bien... aún no está terminado, Reed.

—Nunca he dicho que lo estuviera, Williams.

—¡Ugh! —suspiró Williams.

—¿Qué pasa?

—Tengo el certificado de nacimiento de James Cole. Su padre está registrado como “Vlad”, sin apellido. Hay un certificado de defunción aquí también, siete años después de que James desapareció. Esto es bastante común, supongo. Déjame ver lo que puedo encontrar de la madre, Elizabeth Cole. —Williams agitó su cabeza—. Murió en 1997. El informe del forense dice herida de bala auto infligida en la cabeza.

El corazón de Matthew sintió que se hundía. James Cole había sido secuestrado cuando tenía cinco años y vendido en esclavitud. Había sido con la mayor probabilidad un acto de venganza contra su padre, Vladek Rostrovich. Había sido golpeado y abusado la mayor parte de su vida y según Olivia Ruiz, la única persona en la cual él había confiado alguna vez, había sido el que arruinó su vida en primer lugar.

—Esto me deprime como el infierno, Reed —susurró Williams.

—Sí —Matthew limpió su garganta—, a mí también. Sólo creía que podría dar a la mujer un poco de paz, pero parece que la encontró por sí misma.

—Deberíamos dormir algo. Las posibilidades son que vamos a tener un día apretado mañana. Si todo va bien, estarás en un avión a Paquistán para conducir la redada. Realmente intenta recordar a la gente pequeña cuando seas promovido —sonrió traviesamente y revoloteó sus pestañas para el efecto.

Matthew logró una risa corta.

—¿Lo intentaré, Agente...?

—Williams.

—Cierto. Williams. —Matthew continuó yendo a revisar la pila de archivos sobre su escritorio cuando Williams se preparó para marchar. Sabía que debería hacer lo mismo, pero no podía dejarlo aún.

—¿Por qué tengo el presentimiento de que voy a verte sentado ahí cuándo vuelva por la mañana? —Williams dijo, cuando lanzó el bolso de su ordenador portátil sobre su hombro.

—Estaré fuera de aquí pronto. Sólo quiero investigar un poco más. No podría dormir ahora mismo de todos modos, he estado bebiendo café toda la noche, ¿recuerdas?

—Sí, sí, probable historia. Estaré aproximadamente a las siete si no nos llaman antes. Te traeré algo para comer y tal vez un poco de café que no te perfore el estómago —dijo.

—Me gusta el café.

—Haz lo que quieras —dijo Williams, cuando pisó el ascensor.

Matthew se levantó y agarró los archivos sobre el escritorio de Williams. Él había hecho su trabajo. El resto le caería a la agencia y al ministerio de justicia. En cualquier caso, el rompecabezas no estaba solucionado, y él no podía dejar de reunirlo. Olivia merecía saber la verdad.

Tres horas más tarde, Matthew tenía una lista de acontecimientos y posibilidades. Había aprendido muchas cosas de los principales actores en el caso, pero tenía tantas nuevas preguntas como respuestas contestadas:

1960 AKRAAN Corporativo de Armas establecido en Rusia - ¿el Padre de Vladek?

1961 Nacimiento de Vladek Rostrovich - el menor de 3 hijos.

1963 Nacimiento de Muhammad Rafiq - el hijo mayor (¿hermana menor?)

1980-1982 Vladek, Universidad de Oregón (sin licenciarse)

• Conoce a Elizabeth Cole (¿podría haber sido estudiante? ¿Familiar más cercano?)

El padre y los hermanos mueren en accidente de tráfico (diciembre de '82 - heredero de Vladek)

El 3 de agosto de 1983: Nacimiento de James Cole. ¿Por qué no se registra Vladek en el certificado de nacimiento?

1983-1988: Vladek y Rafiq – tráfico y venta de armas.

- ¿Diamantes? 1987 (algo pasa entre aquí y 1989)

El 14 de marzo de 1989: James Cole, secuestrado en su casa. (Ningún sospechoso)

- ¿Secuestrado por Rafiq? ¿Por qué?
- Buscar la muerte de madre/hermana de Rafiq (motivo venganza)

1992-1994: Rafiq, Tormenta del Desierto

- ¿Esconder al niño en vez de matarlo? ¿Rescate? ¿Garantía? ¿Qué cojones se me escapa?
- James Cole encerrado en el burdel (Narweh - deceso) Checar años de 1989- ¿?
- Narweh (no se conoce apellido), ¿certificado de muerte? ¿Paquistán? Revisión de la declaración de Olivia por otros posibles países.

1997 James Cole (Caleb) “rescatado” por Rafiq.

- Declaración de Olivia: Caleb busca venganza durante 12 años.
- ¿Por qué volvería Rafiq por el muchacho? Edad "Caleb" 14.

2002 Diamantes Balk se hace pública

- ¿Por qué la tardanza 1987-2002? Vladek Rostrovich: ¿reinención u ocultamiento?
- ¿Sabe sobre el hijo? Ningún descendiente actual. ¿James Cole único heredero?



2009 Olivia Ruiz secuestrada

- ¿James Cole "Caleb" fallecía?
- ¿Balk de repente interesado en la trata de esclavos? ¿Motivo?
- Balk - ¿localización desconocida???????????



Capítulo 22

Caleb revolvió su whisky escocés en su vaso, pero no tomó la bebida. Sus pensamientos estaban con Livvie. Felipe había ido arriba, a pesar de los mejores esfuerzos de Caleb para pararlo y estar allí primero. Quince minutos habían pasado y no había oído ningún disparo, o grito. Buenas noticias, pero sus preocupaciones estaban lejos de ser disipadas. Quería mantenerse alerta si las cosas de repente empeoraban. De muchas maneras, ya lo estaban.

La mente de Caleb se sentía devastada sobre cómo tratar con Rafiq. Su relación siempre había sido complicada, pero seguía siendo lo más cercano a una familia o un amigo para Caleb. Rafiq había sido la salvación de Caleb y tantas otras cosas a lo largo de los años... y ahora él se proponía matarle.

Caleb sabía que no podía escaparse con Livvie. Rafiq los perseguiría hasta el final de la Tierra y mientras que Caleb podría cuidarse a sí mismo, esa no era vida para Livvie. Ella merecía algo mejor. Había considerado separarse de ella, pero sabía que si Rafiq no podía encontrar a Caleb, encontraría a Livvie otra vez y la usaría para llegar a él.

Rafiq merecía su venganza. Livvie merecía vivir su vida. Esto dejaba a Caleb pensando en lo que él merecía: nada. Había luchado con tanta fuerza para vivir, sobrevivir, y no disfrutaba la idea de terminar todo esto, pero lo haría... por Livvie, lo haría. Había vivido una vida sin sentido que culminaría con la destrucción de cada relación significativa que él había tenido alguna vez. *Por lo menos, pensó, su muerte podría tener algún propósito.*

—¿Qué te tiene tan preocupado, Khoya? —preguntó Rafiq en árabe ahora que ellos estaban solos. Había enviado fuera a Jair una vez que había recobrado el conocimiento, y Felipe había usado la oportunidad para salir del cuarto. Nancy permaneció, pero parecía inconsciente de su alrededor cuando se acurrucó en el suelo y Rafiq apoyó las piernas en su espalda.

Caleb hizo gestos hacia ella con su bebida.

—¿Es eso realmente necesario?

Rafiq sonrió.

—No, pero ella está aquí, así que, ¿por qué no hacer uso de ella? ¿Contesta mi pregunta, qué te tiene tan preocupado?

El latido del corazón de Caleb se aceleró y el calor viajó hacia abajo por su columna, pero intentó lucir despreocupado

—Las cosas se mueven rápidamente ahora. Sigo revisando las cosas en mi mente.

—Sí, ha sido una larga batalla. No sé cuál de nosotros ha sacrificado más para ver a Vladek sufrir. La subasta sólo es el primer paso. Dependerá de ti ganar su confianza, pero valdrá la pena cuando todo lo que él tiene nos pertenezca, hasta su misma vida —dijo Rafiq.

Se sirvió otra bebida del whisky escocés y Caleb notó que era su tercera.

—Sí —contestó Caleb, pero su tono daba un indicio de su inquietud.

—Has estado extraño estos meses pasados, Caleb. Había pensado que estarías más contento de tener tu venganza tan cerca —dijo Rafiq. Parecía irritado.

—¿Por qué no puedo sólo matarlo, Rafiq? Lo haría. De buena gana y delante de todos, le mataría. Somos hombres acaudalados. No necesitamos su compañía, o su dinero —dijo Caleb y al instante lo lamentó.

—¡No es sobre el dinero, Caleb! Nunca lo ha sido. Lo quiero porque es la única cosa que él ama hasta donde yo puedo decir. Si supieras de las cosas que él ha sacrificado por sus preciosos billones, sería todo lo que podrías hacer para no encontrarle ahora. ¡Esta noche! No tiene ninguna esposa, ni hijos. ¡No confía en nadie! Y lo ha tomado todo de mí. La muerte no es suficiente. La tortura no es suficiente. ¡Pensé que tú de entre toda la gente lo entenderías!

¿No había dicho Caleb algo similar a Livvie? Parecía una eternidad, la noche que la había rescatado de los moteros y le había informado de su destino. Ella le había preguntado: *¿por qué?*

—Tengo obligaciones, Gatita. —Tragó profundamente—. Hay un hombre que tiene que morir. Necesitaba que tú... necesito... —Hizo una pausa—. Si no hago esto ahora entonces nunca seré libre. No puedo alejarme hasta que esté hecho. Hasta que él pague lo que le hizo a la madre de Rafiq, a su hermana, hasta que pague lo que me hizo. — Caleb se paró repentinamente, su pecho agitado. Recorrió su pelo con dedos cerrando sus manos en puños en su nuca—. Hasta que todo lo que él ama se haya ido, hasta que él, lo sienta. Entonces podré dejarle ir. Habré saldado mi deuda. Entonces, quizás... tal vez.

—Lo hago, Rafiq. Realmente lo entiendo. Durante doce años, mi vida ha sido solamente nuestra búsqueda de venganza. Solo estoy cansado, Rafiq. Estoy cansado y quiero que esto se acabe. Le quiero muerto y no puedo esperar a que

muera lentamente, pero estoy listo para avanzar —dijo Caleb. Era la verdad. Estaba listo para avanzar con su vida y quería que esta fuera con Livvie. Quería lo que nunca podría ser.

Caleb contempló a Rafiq, el hombre no estaba bien. Su pelo parecía más gris, su rostro más endurecido, y sus ojos carecían del más leve destello de compasión. En todo este tiempo que Caleb le había conocido, nunca había tomado a un esclavo para él, ¿los entrenó?, sí, ¿los guardó?, no. El hecho de que hubiera mantenido a Nancy viva por tanto tiempo y la hubiera quebrado tan a fondo decía todo sobre su estado mental.

Caleb siguió, momentáneamente resignado a su destino.

—¿No tienes ningún pensamiento para mí? Hermano. ¿Todos aquellos años que pasé como una puta? Nadie sabe mejor que tú, todo lo que sufrí. ¿Nunca creíste que pudiera querer olvidar? ¡Todos aquellos años de ser tu sombra aprendiendo cómo matar, y entrenando putas para los mismos hombres que me habrían usado, nunca pensaste que podría querer sólo alejarme de eso y ser... ino lo sé! ¡Algo más! —Caleb sintió como si una compuerta hubiera sido abierta en su alma.

—Iba a mostrarle finalmente a ella que estaba equivocada sobre mí...

—Tú eres algo más, Caleb. Te hice algo más. Te hice un hombre. ¡Te liberé! Hice que otros temblaran de miedo ante ti. ¿Quién eras antes de mí? ¡Kéleb! ¡Eso es lo que eras! Un perro.

Rafiq golpeó su vaso en la mesa cerca de su silla y dio un puntapié a Nancy por si no fuera suficiente. Los sollozos de Nancy rápidamente llenaron el cuarto, pero ella sostuvo las manos sobre su boca para sofocarlos.

Pura, completa rabia rasgó en las venas de Caleb y nunca había querido golpear a Rafiq tanto. Sólo sus pensamientos sobre Livvie guardaron su mano. Su vida estaba en peligro y era la responsabilidad de Caleb de mantenerla a salvo.

—Sé quién soy, Rafiq. Sé lo que soy. Y sé que todo te lo debo a ti. Me has hablado tanto sobre la lealtad, pero sólo hace unos minutos quisiste mutilarme para proteger a Jair de entre toda la gente. ¿Dónde está la lealtad?

—Me decía a mi misma que tú no podías evitarlo. Me decía que algo pasó que te hizo de esta manera, para hacerte tan jodido como yo pero estás aún más jodido de lo que estoy yo. Y en las esquinas más extrañas de mi mente yo pensaba...

Caleb recordó el miedo de Livvie, su desesperación. Ella había sido tratada brutalmente por varios hombres, golpeada y ensangrentada. Había creído que Caleb era su salvador. Caleb no era el salvador de nadie. Miró a Rafiq y vio las peores partes de él reflejadas en el otro hombre.

—¿Que podrías arreglarme? Qué más, ¿que yo podría arreglarte? Bien, lo lamento, Mascota, no quiero que me arreglen.

Rafiq se inclinó hacia delante, el diablo en sus ojos.

—Nos conocemos el uno al otro desde hace mucho tiempo, Caleb. Tú entiendes lo importante que esto es para mí. No toleraré que nadie interfiera con nuestros proyectos, ni siquiera tú.

—Tú huiste. Yo fui a recoger mi propiedad. Fin de la historia. En dos años, tal vez menos, tendré lo que quiero, venganza.

284

Para Rafiq y Caleb, todo había sido siempre acerca de la venganza. Había sido la única cosa que había importado alguna vez. No la amistad. No la lealtad. No la justicia. Parecía tan trivial ahora, tan pequeño comparado con el precio: Livvie.

—Quiero matar a Vladek y quiero que se termine —susurró Caleb.

Rafiq soltó un resoplido burlón y volvió a recostarse.

—¿Esto es por la chica, verdad?

El temor aceleró el pulso de Caleb

—¡No! Esto es sobre nosotros. Es sobre nuestra sociedad y cuánto ha sido siempre cargado en tu favor.

—Seguimos con el plan, Caleb —dijo Rafiq con resolución—, has sobrepasado tus límites y te has aprovechado del amor que te tengo por última vez. Estas cansado y no eres tú mismo, así que, trataré de olvidar las cosas que has dicho esta noche, pero no toleraré tu desacato otra vez. Considérate advertido.

Caleb se tomó un momento para recobrar su calma. Estaba cansado y esta noche podría ser muy bien la última vez que él y Rafiq hablaran como amigos. La tristeza entró sigilosamente alrededor de los bordes de su cólera.

—Lo siento, Rafiq. No he sido justo. Durante doce años has cuidado de mí cuando no tenías porqué y no quiero parecer desagradecido. Era un muchacho enojado y desobediente y no debió haber sido fácil acogerme. Estaría muerto si no fuera por ti... o peor. Perdóname.

Pareció que Rafiq se ablandaba. Se recostó en su silla y pensativamente observó a Caleb.

—Estás perdonado, Khoya. Probablemente no tampoco fui siempre amable o considerado contigo. Te has ganado tu manutención y mi respeto. —Rafiq se puso de pie, se sirvió otra bebida y la inclinó hacia Caleb—. Bebe conmigo, por la lealtad.

Caleb levantó su vaso con algo de esfuerzo.

—Por la lealtad.

El líquido quemó su garganta y se sentó pesado en su estómago donde se encontró con su vergüenza y confabuló para darle arcadas.

—Nos marchamos pasado mañana. He ordenado un piloto y un avión privado para que nos lleven a casa. Será un viaje más largo, evitando la aduana, pero no confío en la chica. No tomaré ningún riesgo. Reanudaré su formación por la mañana. Quiero estar seguro de que ella está lista —dijo Rafiq. Él se veía más animado.

El corazón de Caleb se hundió.

—¿No tendría más sentido que yo mantuviera el control de su entrenamiento hasta que aterricemos en Pakistán? Ella te tiene miedo y esto podría incitarla a comportarse precipitadamente.

Las cejas de Rafiq se fruncieron.

—Tú ya la has mimado bastante, Khoya. Es tiempo de que entienda cuál es su lugar.

—¿Has pensado en lo que podría pasar con ella después de que hayamos terminado de usarla? —preguntó Caleb tratando de permanecer respetuoso.

Rafiq sonrió.

—¡Ah! ¿Realmente la quieres, entonces?

—No, Rafiq. No después de que Vladek haya tenido su camino con ella. Sólo tengo curiosidad de si tienes algún proyecto para el futuro.

—Te lo dejaré a ti, Khoya. Considérala tu recompensa por un trabajo bien hecho. Cuando esté hecho, por supuesto —dijo con una sonrisa.

Caleb ofreció una de sus sonrisas, aunque todo lo que sentía era cólera y desesperación. Caleb se puso de pie despacio y abrazó a Rafiq mientras decía buenas noches. En su corazón, sabía que también era una despedida.

—¿Me echarás de menos Caleb?

Livvie puso sus brazos alrededor de Caleb. Él la sostuvo en el lugar.

—Sí —dijo simplemente.

En su camino de regreso hacia su cuarto, se topó con Felipe en el vestíbulo.

—Ay, qué serio se te ve esta noche —las palabras acentuadas de Felipe hicieron a Caleb detenerse. Felipe se aproximó a él y le llevó hacia una de las barras temporales que él había arreglado para la fiesta de la tarde siguiente—. Creo que podrías necesitar un trago, amigo mío.

Felipe fue detrás de la barra y sirvió a ambos un vaso corto de Bourbon. Dio a Caleb un vaso, y luego levantó el suyo diciendo:

—Por una vida larga llena de amor. —Bebió, y luego dejó su vaso en la barra cuando Caleb no correspondió.

—Me doy cuenta que te debo mi gratitud, pero estoy corto de gratitud en este momento —dijo Caleb.

Felipe sonrió.

—Sí, eso estuvo cerca.

—¿Por qué me ayudarías? —preguntó Caleb con recelo.

Felipe se encogió de hombros.

—Soy un romántico. También es que no tengo ningún interés de que se derrame sangre en mi casa. Demasiado sucio. —La expresión de Felipe se hizo burlona—. ¿Qué harás, Caleb?

Caleb no confiaba en Felipe.

—Rafiq insiste en asumir el entrenamiento de Gatita. Nos marchamos pasado mañana. Eso debería hacerte feliz.

—Mmm... —dijo Felipe y se sirvió otro vaso de Bourbon—. ¿Rafiq insiste en muchas cosas, verdad? Espera a una virgen.

Caleb se erizó.

—¿Cuál es exactamente tu relación con Rafiq?

—Él dice que somos amigos, pero no estoy seguro de que lo pondría completamente así. Estamos en el negocio juntos. Estoy sorprendido de que no lo supieras, o que al menos no me lo preguntaras antes.

—¿Qué clase de negocio?—preguntó Caleb. Su curiosidad fue picada.

—Esto y aquello, realmente no importa, Caleb. Sólo estaba sorprendido de que tú nunca preguntaras. Sospecho que a Rafiq nunca le importaron las preguntas. ¿Vas a darle realmente a la chica? —Felipe levantó una ceja de interrogación.

Caleb estrechó sus ojos.

—No tengo mucha opción, ¿verdad?

—Siempre hay una opción, Caleb.

—¿Qué es lo que quieres, Felipe? Dices que estás en el negocio con Rafiq, ¿por qué estás tan interesado en mí y en lo que estoy haciendo?

—¿Puedo confiar en ti? —preguntó Felipe con una sonrisa.

—Estoy confiando en ti para mantenerte callado acerca de todo lo que hayas visto en tus sucias camaritas. Las relaciones dignas de confianza implican garantía.

Felipe se rió entre dientes.

—Bien, he disfrutado de miraros. ¿Por qué no tomas a la chica y huyes?

—¿Qué es lo que quieres?!

—Quiero a Rafiq fuera de mi negocio. —Tragó su Bourbon—. Permanentemente.

—Podría matarte por decir eso —dijo Caleb.

—Sí, podrías. Entonces nunca sabrías la verdad —respondió Felipe. Suspiró, y esperó a que Caleb contestara, aunque no lo hizo, Felipe dijo—: He esperado mucho tiempo para que vinieras directo a mí con tu pasado. Había esperado que pudiéramos ser amigos.

Caleb miró fijamente a través de la barra a Felipe, atontado.

—¿Tú conoces mi pasado? Espera... no. Me escuchaste en la cámara.

Fulminó con la mirada a Felipe con intención homicida.

—Sé que estuviste en Teherán. Nunca dijiste eso en la cámara —dijo Felipe.

La visión de Caleb se hizo borrosa y su corazón corría.

—Rafiq podría habértelo dicho. Podrías haberlo oído por casualidad en nuestras conversaciones.

Felipe se puso gravemente serio.

—Garantía, Caleb. Dime un secreto. Uno que nunca hayas dicho a nadie y que podría costarte tu vida.

—¿Por qué coño lo haría, Felipe? No estás teniendo ningún maldito sentido común —refunfuñó Caleb. El mundo cambió bajo sus pies, o eso pensó.

—Lo que yo podría decirte cambiaría todo lo que has creído alguna vez y tengo que saber que puedo confiar en que harás lo correcto —dijo Felipe en un tono inquietante.

Caleb no quería saberlo. Lo que fuera que Felipe tenía que decir, no iba a estar bien, pero tenía que saberlo. Era Eva y la manzana de nuevo. El conocimiento era el fruto prohibido y una vez probado, esto podría condenar el alma, pero estaba en la naturaleza de la humanidad el morder.

—Felipe... —Caleb se atragantó, ya que la cólera vino a la superficie. Su cuerpo tembló y su piel quemaba.

—Un secreto, Caleb —susurró Felipe y se inclinó adelante.

No había nada más que perder, excepto a la chica.

—No puedo.

Felipe sacudió su cabeza.

—Entonces no puedo ayudarte. Buenas noches, Caleb.

Se dio la vuelta para alejarse y Caleb agarró su hombro.

—Dímelo —refunfuñó él.

—Tú primero —Felipe agarró la mano de Caleb y la quitó de su hombro.

—Yo... asegúrame que la chica estará a salvo —dijo Caleb y se sintió como otra traición. Las implicaciones solas eran una pena de muerte para él y Livvie. Por supuesto, Felipe ya sabía lo que ella significaba para él.

—¿Qué harías por la chica, Caleb? ¿Morirías por ella? ¿Matarías? —preguntó Felipe en un susurro. Miró alrededor del cuarto y Caleb hizo lo mismo. Estaban solos.

El corazón de Caleb tronó en su pecho.

—Sí.

—¿Vivirías? ¿Podrías vivir sabiendo que tu vida entera ha sido una mentira?

Caleb estaba a un segundo de estrangular a Felipe y obligarle a hablar. Todavía tenía metido su cuchillo en sus pantalones y ya pensaba en su plan de ataque.

—Dímelo... ¡Ya!

Felipe suspiró.

—Sígueme al calabozo. Te lo diré todo, pero no te gustará.

—¿Dónde está Gatita?

—Arriba e ilesa. Si sientes cariño por ella tanto como creo que lo haces, sugeriría que mantuvieras tu cordura intacta. Si todo esto va como espero que vaya, los dos podéis dejar este lugar juntos y no volver nunca —dijo Felipe.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora? Todo este tiempo y nunca me habías tentado con información —dijo Caleb con la mandíbula apretada.

Felipe quería que Caleb hiciera algo. Esto significaba que no podía confiar en él. La mente de Caleb se arremolinaba ya con ideas de cómo deshacerse de él. De todos modos, Caleb quiso oír lo que Felipe tenía que decir. Quizás podría usarlo para persuadir a Rafiq.

—Soy un hombre de negocios, Caleb. Uno no consigue mi nivel de éxito sin ser primero capaz de localizar una oportunidad. Hace veinte años, vi una oportunidad de dejar de ser un teniente y hacerme general. Rafiq fue útil entonces. Hace seis años vi una oportunidad de ampliar mi negocio eliminando a mi competencia. Poseo la mitad de México ahora y hago negocios alrededor del mundo. Rafiq se ha hecho... menos útil, y como dije, él insiste en mucho, demasiado. Tú me provees una oportunidad, Caleb. A cambio, puedo darte la verdad sobre quién eres y de dónde vienes.

—El que admitas que quieres a Rafiq fuera de tu camino no me da una razón para confiar en ti —dijo Caleb en tono muy bajo—. ¿Por qué me necesitarías para hacer tu trabajo sucio?

—Apariencias, Caleb; lo son todo. He tenido planes de deshacerme de Rafiq limpiamente, sin incitar la lealtad de nuestros amigos en común. Sin embargo, he estado observándote... y a la chica. Sé lo que el amor puede hacerle a un hombre y sé que tan desesperado estás.

—¡Vete a la mierda! ¡No estoy desesperado!

—¿No lo estás? No estaba seguro al principio. Cuando permitiste que la chica jugara en mi fiesta creía que tu lealtad a Rafiq no conocía ningún límite. Pero vi como esto te afectó, lo celoso que te pusiste. Sé que tomaste su virginidad. ¿Creíste que habías encontrado todas las cámaras? —Felipe sonrió con

suficiencia—. No tuve que venir a ti, Caleb. Nos he puesto a mí y Celia en una situación de peligro y no lo hago a la ligera. Te ofrezco la venganza. Te ofrezco una posibilidad de vivir tus días con Gatita. ¿Lo quieres, o no?

Caleb pensó en todo lo que Felipe decía. Felipe sabía todo entre él y Livvie y no había dicho una palabra. Caleb no sabía nada sobre los proyectos de Felipe hasta ahora y el hecho de que le había ofrecido la información él mismo, sólo consolidaba su honradez. Caleb no tenía nada que perder y todo para ganar.

—Muéstrame el camino —dijo.

Mientras Caleb seguía a Felipe abajo por la escalera de madera oscura, consideró empujarle. Sin embargo, había decidido oír lo que el hombre tenía que decir. Siempre podría matarle después. Caleb alcanzó la luz y la encendió cuando ellos descendieron.

Pensó en la vez pasada que había estado aquí abajo. Había atado a Gatita con una correa a una mesa de examen y la había mirado jugar con su coño. Se sonrió a sí mismo.

Cuando llegaron abajo, Felipe señaló a una silla cerca de la pared.

—Necesitaré que te sientes allí y tendré que atarte.

Los pasos de Caleb vacilaron y alcanzó su cuchillo. Lo sostuvo delante de él, bloqueando la escalera.

—Has perdido la maldita cabeza si crees que te voy a dejar atarme.

—¡No seas niño! Tu cólera te hace estúpido y no te necesito actuando imprudentemente. ¡Lo que tengo que decirte va a hacer hervir tu sangre y no puedo tenerte suelto por la casa! —gritó Felipe.

—¡Dime lo que tienes que decir! ¡O muere ahora! Me estoy cansado de tus juegos, Felipe —dijo Caleb.

Los ojos de Felipe brillaron con furia mientras levantaba sus manos y retrocedía ante Caleb. Repentinamente, estiró la mano hacia atrás y sacó su arma.

—Siéntate. Ahora.

La adrenalina surgió a través de las venas de Caleb, pero sabía que estaba en desventaja. Había jugado directamente en las manos de Felipe. Sopesó sus opciones y se horrorizó al descubrir que eran pocas y que terminaban en su muerte. Su única preocupación verdadera era por Livvie.

—Júrame que la chica está a salvo —susurró Caleb y se dio cuenta que sonaba a súplica. Había pasado mucho tiempo desde que Caleb había pedido algo.

Nada que perder, Caleb. Que se joda tu orgullo.

—Lo juro —dijo Felipe sin alterar su voz.

Caleb tragó.

—Puedes guardar el arma. No hay ninguna necesidad de atarme.

—Entra y siéntate. Te dejaré suelto, pero si intentas pasar sobre mí, te pegaré un tiro, Caleb. ¿Entiendes?

—Sí —dijo Caleb e hizo lo que le pidió Felipe.

—¿Rafiq te dijo alguna vez cómo murieron su madre y su hermana? —preguntó Felipe.

El corazón de Caleb sintió que podría saltar claramente de su pecho. Su mente estaba fijada en Livvie, en verla otra vez, en conseguir que estuviera a salvo. Las preguntas de Felipe parecían extrañas y Caleb de repente lamentó haber consentido escuchar.

—Vladek las mató.

—¿Nunca te preguntaste por qué?

Caleb se lo había preguntado, muchas veces, pero Rafiq había justificado todo esto diciendo que Vladek había sido un criminal, simplemente pasando con una fijación por su hermana.

—¡Ve al grano!

Felipe suspiró pesadamente.

—Muy bien. Apresúrame si quieres, pero mantén tu boca cerrada y escucha. Rafiq las mató.

La cara de Caleb se contorsionó por la incredulidad

—¡Mientes!

Se puso de pie y dio un paso adelante. Se detuvo cuando Felipe echó para atrás el seguro de su revólver.

—¡Siéntate! Sólo es el principio. —El acento de Felipe era más marcado cuando estaba enojado. Caleb se sentó—. Conocí a Rafiq y a Vladek en los años 80. Ambos negociaban con armas rusas almacenadas. Mi jefe en ese entonces aceptaba sus embarques a cambio de cocaína y heroína. Al pasar los años, todos nosotros nos hicimos... amigos. Rafiq y Vladek eran particularmente cercanos.

Caleb tenía náuseas, pero mantuvo su porte.

—La reserva finalmente disminuyó, pero para entonces, Vladek se había hecho el heredero de la compañía de su padre en Rusia. Su padre y sus hermanos... se

encontraron con un accidente inoportuno. De todos modos, las cosas estuvieron bien un tiempo, pero nada bueno dura para siempre, como ellos dicen.

—¡Otra vez! —gritó Caleb—. ¡Ve al maldito grano!

Felipe sonrió.

—Estoy tentado de meterte una bala, Caleb. ¡Cállate! El padre de Rafiq murió, dejándole responsable de su madre y hermana. Rafiq las amaba muchísimo y las idolatraba, sobre todo a su hermana, A'noud. Éramos todos jóvenes, entonces. Los hombres jóvenes son estúpidos. Vladek clavó su polla donde no le pertenecía.

Caleb sintió como si hubiera sido golpeado por un relámpago.

—La hermana de Rafiq —dijo Caleb.

Los recuerdos eran extraños. No importa cuánto tiempo pasara, o como un recuerdo podría cambiar, uno todavía confiaba en su propia mente. Caleb, el muchacho, había confiado en Rafiq sin reservas. Sólo tuvo sentido para Caleb, el hombre, confiar en él también. De todos modos, la información, mientras que sorprendía, no era irrefutable o cambiaba su vida. Caleb podría entender por qué Rafiq estaba enojado.

—Sí —dijo Felipe—. Cuando Rafiq descubrió que su hermana estaba embarazada y Vladek era el padre, estranguló a su hermana en una rabia asesina.

—¡No te creo! —siseó Caleb. Rafiq no asesinaría a su propia familia, no importa cuán enojado estuviera.

—¡No interrumpas! —dijo Felipe—. Todo tendrá sentido para ti en unos minutos. La madre de Rafiq trató de protegerla, y encontró el mismo destino. Rafiq fue acribillado por el remordimiento y culpó a Vladek. Rafiq quería encontrarle, pero Vladek se había ido, entonces fue detrás de sus contactos comerciales.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Caleb. Sospechaba cada vez más.

—Mi jefe no le ayudaría, así que vino a mí. A cambio de lo que yo sabía, él me ayudó a alcanzar el poder. Siempre he sido un oportunista, Caleb. Pensé que él mentiría en espera de Vladek, pero lo que hizo a cambio fue.... Bien, lo siento.

—¿Por qué? —Caleb resopló—. Todavía no veo que tiene que ver esto conmigo. Rafiq perdió los estribos, no fue el mismo. Pero Vladek todavía merece morir.

—Esto tiene mucho que ver contigo, Caleb —dijo Felipe.

Caleb estudió a Felipe y la inquietud en sus ojos puso el pelo en el cuerpo de Caleb al límite.

—¿Qué hizo? —preguntó Caleb, y por primera vez, un tirabuzón de miedo puro corrió bajo su columna.

—Vladek había sido un poco mujeriego. Las mujeres se desmayaban por su pelo rubio y sus ojos azules, pero recordé que una vez habló ansiosamente sobre una mujer americana que había encontrado en la universidad. Ella le había abandonado de repente y V había dicho que ella fue quién se escapó. Señalé a Rafiq hacia ella —Felipe hizo una pausa, por lo visto perdido en el pensamiento.

Caleb había oído bastante. Felipe no había dicho nada que moviera la lealtad de Caleb y Livvie esperaba arriba. Su tiempo juntos había disminuido a unas horas preciosas y ya se había cansado de desperdiciarlas.

—Así que, Rafiq era un asesino mucho antes de que yo le conociera. ¿Y qué? —Caleb se puso de pie—. Guarda tus secretos, Felipe. Y guarda el mío también, al menos hasta mañana por la noche. Prometo hacer lo mismo.

—¡Ella tenía un hijo! —escupió Felipe—. La viva imagen de Vladek: pelo rubio, ojos azules.

Caleb despacio se volvió a sentar. Tragó la bilis y estalló en un sudor frío. No quiso oír más.

—Espera. Para. —Agitó su brazo.

—Nadie lo sabía. Ni siquiera Vladek, creo. Cuando Rafiq no pudo encontrar a Vladek, fue detrás del muchacho como una forma de hacer salir a Vladek.

Mierda, no es verdad. Él miente, Caleb. Mátalo. ¡Miente!

Felipe no se ablandó.

—Vladek se ocultó profundamente. Había oído sobre A'noud y sabía que Rafiq le buscaba. Nunca vino a reclamar a su hijo, aun después de que Rafiq le puso a trabajar en un burdel.

—¡Para! —dijo Caleb.

—¡No! —Felipe insistió—. Es la verdad, Caleb. Escúchala.

—¡Esto no tiene ningún sentido! Él fue el que me salvó —insistió Caleb.

—Todo lo que hizo fue reclamar al hijo de Vladek para sí mismo y usarlo para realizar su máxima venganza —susurró Felipe.

Pelo rubio. Ojos azules.

Las imágenes de Vladek destellaron por la mente de Caleb. Él era más viejo, y su pelo se había hecho gris, pero sus ojos eran azules.

¡Es ruso! ¡Todos tienen los ojos azules!

Caleb siempre se había preguntado por qué había sido secuestrado. Por qué lo habían arrastrado hasta tan lejos de casa para ser prostituido. Por qué Rafiq lo salvaría a él y no a los demás. ¿Por qué?

—Dices que... —Caleb no podía sacar el resto. Era demasiado horrible para considerar lo que Felipe decía. El pecho de Caleb se sintió apretado y su estómago revuelto.

—Te abandonó allí, Caleb. Tú fuiste su venganza. Todo el mundo lo sabía. La guerra llegó y te dejó allí para que te pudrieras. Nadie interfirió con Rafiq después de eso, no una vez que supieron de lo que era capaz. Incluso los criminales aman a sus familias, a sus hijos.

Caleb sintió que se abría de golpe como una presa. Cada emoción, cada recuerdo implicando a Rafiq se filtraba por su mente. No había nada que Rafiq no haría para tener su venganza. Nada. Caleb cayó de rodillas y vomitó. Por primera vez en años, Caleb lloró. No podía detenerse. Gritó y lloró. Jadeaba en lugar de respirar.

Me rescató. Me vistió. Me alimentó. Me llama hermano.

—¡Mentiroso! —gritó Caleb. Alcanzó su cuchillo y embistió hacia Felipe, con intención de cortar su mentirosa lengua.

Capítulo 23

Caleb se despertó. Le dolía la cabeza, pero no era nada comparado con el dolor dentro de su pecho. Se impulsó de nuevo sobre sus talones y elevó una mano hacia su cabeza. Volvió ensangrentada. Se quedó mirando fijamente la sangre en su mano. Había habido mucha sangre en las manos de Caleb a lo largo de los años.

Lloró.

—Te abandonó allí, Caleb. Tú fuiste su venganza. Todo el mundo lo sabía. La guerra llegó y te dejó allí para que te pudrieras. Nadie interfirió con Rafiq después de eso, no una vez que supieron de lo que era capaz. Incluso los criminales aman a sus familias, a sus hijos.

Quería decirse a sí mismo que no había nada de verdad en lo que Felipe le había contado, pero tenía que admitir... era posible. Rafiq le había mentado acerca de cómo conoció a Vladek. Con todo lo que Rafiq y él habían compartido, Caleb no podía pensar en una razón por la que Rafiq ocultara una cosa así de él. A menos que tuviera una muy buena razón.

Vladek es mi padre.

Caleb negó con la cabeza. No podía pensar en eso.

Miró alrededor de la habitación y vio que estaba vacía; Felipe se había ido. Caleb había ido hacia él con su cuchillo, intentando matarle, pero su ira le había hecho descuidado y Felipe le había golpeado con el arma. El hecho de que no disparara a Caleb sólo le daba más credibilidad.

Caleb deseaba que hubiera apretado el gatillo, pero sabía por qué Felipe le había dejado vivo. Quería que Caleb encontrara a Rafiq.

¡No! ¡No puedo!

Se encorvó hacia delante, el dolor era demasiado para soportarlo. No había forma en que pudiera sobrevivir a esta traición. Su vida entera había sido una mentira. No había sido abandonado. No había sido rescatado. Había sido apartado de una madre que lo amaba y había intentado protegerlo huyendo de Vladek. Había sido secuestrado por el único verdadero padre que había conocido jamás.

Rafiq.

Rafiq se había preocupado por él. Le había enseñado a leer, a hablar cinco idiomas. Rafiq se había quedado despierto hasta tarde y hablado con Caleb porque sabía las pesadillas que solía tener Caleb cuando se iba a la cama solo. Le había enseñado a defenderse. Y todo el tiempo...

Sabía lo que me estaba haciendo. Me escuchaba volver a contar la forma en que Narweh solía violarme. Me había abrazado cuando lloraba.

Caleb gritó hacia el suelo.

¡Te mataré! Te mataré por lo que has hecho.

—¿Cómo pudiste? —dijo en voz alta.

Debe de reírse de mí.

Una imagen de Rafiq y de Jair saltó en su mente. Toda su relación había sido sospechosa hasta ese momento. Si Rafiq estaba preocupado de que Caleb descubriera la verdad, tenía sentido que tuviera a alguien alrededor para vigilarle. Se preguntaba si Jair sabía la verdad y la bilis subió hasta su garganta.

Mátalos a ambos.

Despacio, Caleb se puso de pie desde su posición de ovillo en el suelo. Miró a su alrededor y recogió su cuchillo. Mientras lo sostenía en su mano, temblaba con ira. Las cosas terminarían esta noche.

Subió las escaleras con dificultad, sus pies descalzos golpeando contra los escalones de madera. Su corazón se sentía a la vez rápido y superficial. Había estado hambriento de venganza durante tantos años, sin saber nunca la fuente de todo su sufrimiento y dirigiéndose hacia su propio padre.

Vladek no estaba falto de culpa. Había sabido lo que Rafiq le había hecho y aun así no había ido a por él. Había sacrificado su propia carne y su propia sangre ¿en beneficio de qué? ¿Dinero? ¿Poder? ¿Cobardía?

Caleb había sido un peón desde que era un niño. Nada de lo que sabía podía ser creído, incluso sus recuerdos lo manipulaban. No había nada que fuese verdad. La verdad dependía mucho de la percepción y la de Caleb estaba jodida desde el principio.

La puerta estaba abierta en lo alto de las escaleras. Caleb no oía ningún sonido dentro de la casa. Sospechaba que Felipe y Celia se habían ido hacía tiempo. Se preguntaba si se habían llevado a Livvie.

Livvie...

Caleb cerró fuerte los ojos y la forzó a salir de sus pensamientos. No podía pensar en ella. Si subía las escaleras y descubría que no estaba, podría perder toda la compostura que le quedaba. Si la encontraba esperando por él con Felipe y Celia, se arriesgaba a mostrar una parte de sí mismo que no quería que ella viera. Y si la encontraba herida... o peor... simplemente volvería el cuchillo contra sí mismo y Rafiq viviría. Era mejor que no lo supiera. Aún no.

La casa de Felipe era enorme, llena de tantas habitaciones y de espacios ocultos. Camino despacio, probando cada puerta tan silenciosamente como le era posible. Mientras caminaba, sus recuerdos causaron devastación en su alma.

—¿Por qué yo, Rafiq? Yo no soy nadie. Ni siquiera sé quién es Vladek, —dijo Caleb. Se sentó en el suelo con las piernas arriba hacia su pecho. Era casi la hora de dormir, pero no quería ir. No quería arriesgarse a tener otra pesadilla.

Últimamente había estado soñando con la noche en que asesinó a Narweh. Caleb le había disparado y su rostro estaba medio destrozado, pero Narweh no moría. Se sentaba y saltaba encima de Caleb, con su cara abierta goteando sangre sobre la de Caleb.

Nunca podría volver a dormir después de eso.

Rafiq estaba sentado en su escritorio, escribiendo.

—Hombres como Vladek no tienen razones para su crueldad, Caleb. Ven algo, o alguien, que quieren y lo toman. A'noud era hermosa. —Rafiq se detuvo y sonrió—. Era dulce. Solía envolverme con sus brazos y se negaba a soltarme a menos que la hiciera girar a mí alrededor. Mi madre solía quejarse de que nunca encontraría un marido porque no quería estar lejos de mí. —La mirada de Rafiq era distante, como si estuviera reviviendo un recuerdo afectuoso.

Caleb miró hacia el punto imaginario que contenía el recuerdo de la hermana de Rafiq y deseó haber tenido una propia.

—¿La echas de menos? —preguntó Caleb en un suspiro.

La expresión de Rafiq se volvió una sonrisa y volvió a sus documentos.

—La mayor parte del tiempo. Mi esperanza es que una vez que Vladek esté muerto, podré darles a mi hermana y a mi madre algo de paz.

Caleb asintió.

—¿Crees que...? No importa. —Caleb tiró de la alfombra con sus uñas, por el fracaso de lo que iba a decir.

—Pregunta, Caleb. No hay lugar para los secretos entre tú y yo. Estamos juntos en esto, —dijo Rafiq. Sonrió a Caleb con calidez.

—No te ocultaría secretos a ti. Lo prometo. Tú me salvaste la vida y te lo debo todo. Es solo que... tú crees que... ¿yo tengo una familia? Quiero decir, debí haber tenido una... antes. —La cara de Caleb se sentía arder.

Rafiq suspiró.

—No lo sé, Caleb. Lo siento.

Caleb se encogió de hombros y tiró de la alfombra un poco más.

—No importa. Tú eres el único que vino a por mí. Si tengo una familia, no se deben de preocupar mucho.

Rafiq se levantó de su escritorio y se bajó en una rodilla en frente de Caleb y le levantó la barbilla.

—Somos huérfanos, Caleb. Nosotros hacemos nuestras propias familias.

El pecho de Caleb creció con las emociones que no podía comprender. Apretó los labios y asintió. Se sintió aliviado cuando Rafiq le soltó y alborotó su pelo. Caleb no quería llorar delante de Rafiq. Quería hacer que estuviese orgulloso.

—Vamos a ver qué dulces hay en la cocina, Caleb.

Caleb sonrió resplandeciente y se levantó del suelo de un salto, siguiendo a Rafiq.

Su primer impulso fue abrir la puerta y empezar a apuñalar todo lo que estuviese al alcance de su mano, pero había cometido demasiados errores para toda una vida. Estaba decidido a hacerlo bien esta vez.

—Mantén el arma estable, Caleb. Es muy poderosa, —dijo Rafiq. Sonreía y levantaba los brazos de Caleb paralelos al suelo.

—¡Puedo hacerlo! —gimoteó Caleb. Intentó desembarazarse de Rafiq.

—Estoy intentando enseñarte, Caleb. Escucha.

—Llevas hablando una eternidad. Sólo quiero disparar.

—Paciencia, —dijo Rafiq—. Ensancha tu postura e intenta moderar tu respiración.

Caleb frunció el ceño. Estaba cansado de hablar. Señaló con el arma hacia la lata en la distancia y apretó el gatillo. La fuerza del arma inclinó sus codos y el arma le golpeó en la frente y lo tiró al suelo.

—¡Ahhh! ¡Maldita sea! —Caleb rodó por el suelo mientras se sujetaba la cabeza. Pateaba con los pies mientras intentaba mitigar el dolor. Podía oír a Rafiq riéndose a carcajadas.

—¡Te lo dije! ¡Niño tonto! —Rafiq zapateaba con los pies mientras se reía.

Caleb cerró los ojos otra vez e intentó respirar a través del dolor. Daría cualquier cosa por volver al momento en que Felipe le había ofrecido la verdad y rechazar que quería oírla.

Sabías que llevaría a esto, Caleb. Solo que ahora no tienes que sentir culpa. Es un regalo.

Caleb negó con la cabeza, pero agarró el cuchillo más fuerte. No podía mentirse a sí mismo. Había sabido que podría llevar a esto. Había esperado sacrificar su propia vida, pero en el fondo de su mente, sabía que el superviviente que había en él lucharía hasta el amargo final. Rafiq tenía que morir.

Respiró hondo, estabilizando la respiración y llamó a la puerta.

El latido de su corazón meció su cuerpo en el esencial de los grados, aumentando su adrenalina y su ansiedad.

Caleb oyó maldecir, seguido de unos pasos rápidos hacia la puerta. Se mentalizó y un temblor recorrió su espina dorsal.

La puerta se abrió y Jair estaba de pie en la entrada desnudo. Su pecho moreno estaba cubierto de sudor.

—¿Qué quieres? —dijo Jair con desprecio.

Caleb intentaba mantener la calma, pero todo lo que oía en su cabeza era: Matar.

—¿Dónde está Rafiq? —dijo Caleb exigente.

Jair registró el comportamiento de Caleb, su mirada concentrada en la sangre en la frente de Caleb.

—¿Qué ha pasado?

Caleb tragó saliva.

—Felipe me atacó. Le tengo atado abajo, en la habitación de las duchas.

—¿Te odia todo el mundo? —Jair volvió a entrar en la habitación con un gesto de desprecio en dirección a Caleb.

Caleb habló en árabe.

—Está planeando matar a Rafiq. Quería que yo le ayudara.

Jair giró la cabeza hacia Caleb mientras se ponía un par de pantalones y contestaba en el mismo idioma.

—¿Por qué pediría tu ayuda?

—Pensó que tenía algo que ofrecerme. Obviamente, no sabe lo profunda que es mi lealtad. ¿Dónde está Rafiq? —preguntó Caleb, otra vez. Estaba pasando unos momentos difíciles restringiéndose a sí mismo. Nancy estaba atada boca abajo en la cama. Podía verla agitándose y no tenía ni idea de cómo se sentía acerca de sus apuros.

—Parece que todo el mundo se cuestiona tu lealtad, Caleb. Quizás hay algo que cuestionarse. —Jair metió los brazos en una camisa.

—Que te jodan, cerdo. ¿Dónde está Rafiq? No lo preguntaré otra vez.

—Que te jodan a ti, Caleb. A ti y a tu putita. —Jair se volvió para recuperar sus zapatos y Caleb ya no pudo contenerse a sí mismo.

Tan pronto como la espalda de Jair estuvo girada, Caleb le golpeó en la parte trasera de la rodilla y lanzó todo su peso contra la espalda de Jair. Clavó su cuchillo entre las costillas de Jair y en uno de sus pulmones.

Jair se sacudió sin control, la sorpresa y la adrenalina haciéndole tan fuerte como un buey. Caleb envolvió la garganta de Jair con su brazo izquierdo y mantuvo el cuchillo en el costado de Jair mientras se abalanzaba de izquierda a derecha con una fuerza increíble. Caleb no se atrevió a hacer nada excepto usar su fuerza para mantenerse encima de Jair. Podía oír a Nancy lloriquear, pero ella aún no gritaba.

Jair gateó, tambaleándose a través de la habitación sobre sus manos y rodillas mientras su sangre empapaba su camisa y la mano de Caleb.

—¡No! —balbuceó Jair—. ¡No! —Su mano se estiró hacia atrás buscando a Caleb, intentando quitárselo de encima.

Caleb movió el cuchillo en el costado de Jair, su cuerpo deslizándose contra el sudor y la sangre de Jair. Cerró los ojos y escuchó los estertores mortales de Jair hasta que cayó hacia delante en el suelo.

Caleb se quedó quieto un minuto... esperando. No había nada. Aflojó su brazo alrededor de la garganta de Jair y un último susurro de aliento salió de él. Jair estaba muerto.

Caleb se movió, sentándose a horcajadas sobre el cuerpo flácido de Jair y sacando su cuchillo. Podía oír a Nancy llorar en la cama e intentando calmar su pánico.

—No estoy aquí por ti —susurró Caleb. Nancy lloró más fuerte. Caleb levantó el cuchillo y miró hacia abajo al cuerpo sin vida de Jair. Le apuñaló dos veces más para asegurarse.

Lentamente se puso en pie y se aproximó a Nancy. Ella se encogió, su pecho subiendo y bajando al ritmo de su pánico.

—¡Por favor! —lloró—. Lo siento. Siento mucho lo que hice. Por favor, no me hagas daño. No más. Por favor, Dios, no más. —Lloraba y negaba con la cabeza.

Caleb se sentó en el borde de la cama.

—¿Estás segura de que quieres vivir? —Su voz era rígida e indiferente. Sentía muchas cosas, pero estaban muy distantes. Esto no era sed de sangre. No había satisfacción en lo que había hecho, o en lo que estaba a punto de hacer.

—No lo olvidarás —continuó él—. Cada vez que cierras los ojos... estará ahí esperando. Cada vez que un hombre te toque, lucharás por no llorar. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Nancy no dejaba de llorar.

—Puedo hacerlo rápido. Sin dolor. Lo prometo.

—Por favor —suplicó ella—, déjame ir.

—¿Sabes dónde está Rafiq? —preguntó él, su tono frío y lejano.

—La... la última vez, nosotros... —Nancy lloró, pero continuó—, estábamos en su casa de invitados, fuera, en la piscina. Él... ¡él no quería que nadie me oyese GRITAR! —Nancy gimió contra el colchón y tiró de las cuerdas que la mantenían hacia abajo.

Caleb no podía soportar escuchar sus miserias. Se sentía responsable por ello. La había traído a este mundo. No importaba lo que ella hubiera hecho, no se merecía el precio que había pagado. Se inclinó sobre su cuerpo, haciendo una mueca de dolor ante la forma en que ella gritaba de terror. La soltó. Nancy no se movió, simplemente siguió gritando y llorando en la cama.

—Buena suerte —susurró. Se puso en pie y buscó las cosas de Jair y encontró su cuchillo y su arma. Recogió ambas y caminó saliendo de la habitación.

Hacia calor fuera, incluso en plena noche. Caleb caminó hacia la casa de invitados con un alto nivel de agitación, pero incluso con una determinación más grande.

Parte de él quería simplemente entrar y matar a Rafiq mientras dormía. Se terminaría rápidamente. Caleb nunca tendría que enfrentarse a la traición de Rafiq. Nunca tendría que encarar al hombre del que había pensado como un padre, hermano y amigo, y preguntarle qué había sido real entre ellos y que había sido una estratagema. Nunca tendría que ver los ojos de Rafiq perder esa chispa que significaba que estaba vivo.

Aun así, Caleb sabía que había ido demasiado lejos como para no saber toda la verdad. Necesitaba saberlo con certeza. Necesitaba oírlo de los labios de Rafiq y verlo en sus ojos. Una parte de Caleb se moría por comprobar si todo había sido una mentira de Felipe.

Estaba sorprendido de ver a Rafiq nadando en la piscina cuando se aproximó con el arma levantada. Su corazón martilleaba salvajemente en su pecho y se sentía un poco mareado.

No puedo.

Puedo.

Puedo.

Puedo.

Rafiq emergió del agua y se secó la cara. Le llevó un momento ver a Caleb de pie cerca del borde de la piscina. Sonrió durante una fracción de segundo hasta que se dio cuenta del arma en la mano de Caleb.

Rafiq miró con furia y negó con la cabeza.

—Desearía poder decir que estoy sorprendido, Khoya.

Caleb cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, volvió a la furia de Rafiq.

—Yo no soy tu hermano, Rafiq. Dudo que tú alguna vez me hayas visto como tal.

—Estás sangrando —dijo. Su tono era casual y sin miedo.

Caleb se limpió la frente.

—Tuve una charla con Felipe. No terminó bien.

Rafiq sonrió.

—¿Eso es todo? No me importa si le has matado, Caleb. Baja el arma —ordenó. Siempre estaba dando órdenes. Siempre había creído que tenía ese derecho, especialmente cuando se trataba de Caleb.

—No le he matado. Maté a Jair —dijo Caleb a través de una sonrisa.

La ira apareció en los rasgos de Rafiq.

—¿Y ahora estás aquí para matarme a mí?! Pequeño puto ingrato. ¡Debí dejarte morir en Teherán!

Caleb sintió el calor bajando rápidamente por su columna y se enderezó.

—Sal fuera del agua, Rafiq. Despacio, o te dispararé donde estás.

—¡Hazlo! No te temo, Caleb. —A pesar de sus palabras, Rafiq caminó hacia atrás hacia los escalones de la piscina. Caleb lo siguió alrededor del borde de la piscina hasta que Rafiq estuvo de pie fuera del agua.

Sin dudar, Caleb disparó a Rafiq en su rodilla derecha. Rafiq gritó en la noche, su cuerpo mojado hizo un ruido sordo contra el cemento.

Las manos de Rafiq temblaban mientras se sujetaba la rodilla, fragmentos de hueso se extendían a su alrededor con copiosas cantidades de sangre.

—¡Te mataré! —gritó.

La adrenalina recorrió las venas de Caleb.

—¿Cómo conociste a Vladék?! — chilló Caleb por encima de las maldiciones y gemidos de Rafiq.

—¡Que te jodan! ¡Dame una toalla, joder, antes de que me desangre hasta morir!

Caleb alcanzó la toalla de Rafiq en una de las tumbonas y la lanzó en dirección a Rafiq. Rafiq tembló mientras se aplicaba presión en su destrozada rodilla. Estaba luchando contra el colapso.

Caleb sintió su estómago revolverse. Cuando fue capaz de mantener a raya su náusea y habló, su voz estaba rota.

—¿Me convertiste en un puto, Rafiq? ¿Me robaste de mi madre? —Dolía decir las palabras. Dolía mirar a Rafiq e instantáneamente saber la respuesta.

Fue en la forma en la que la furia desapareció del rostro de Rafiq. Había un atisbo de vergüenza, pero solo eso: un atisbo. Cuando pasó, Rafiq estaba otra vez lleno con la ira de un mojigato.

—¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves a hacerme una pregunta tan estúpida, Caleb! Después de todo por lo que hemos pasado y todo lo que he hecho por ti.

¿Así... —señaló a su pierna ensangrentada—, es como me lo pagas? Me pones enfermo. —Escupió en el suelo.

Caleb se quebró.

Cayó de rodillas en el cemento y dejó colgar su cabeza. Sus sollozos agitaban su pecho y le robaban el aliento. Su mente corría con imágenes de su tormento. Revivió las violaciones y las palizas. Sintió la pérdida de su amigo después de descubrir que había sido quemado vivo. Pero lo peor... eran los recuerdos de Rafiq y la vida que habían vivido juntos, los buenos y los malos.

—No es demasiado tarde, Khoya, —dijo suavemente Rafiq. Su voz temblaba—. Ayúdame a entrar.

Las palabras de Rafiq hicieron que Caleb enfocara el mundo otra vez. Miró fijamente a su regazo, vio el arma descansando sin fuerzas en su mano, y tomó una decisión. Entró en la casa de invitados y encontró lo que necesitaba antes de volver al exterior junto a Rafiq.

Rafiq no lo estaba llevando bien. Temblaba mucho y el color se había ido de su rostro.

—¿Qué estás haciendo, Caleb? —preguntó. Por primera vez, había miedo en sus ojos.

Caleb ignoró la pregunta. Estiró la longitud de la cuerda que había traído afuera y señaló hacia las manos de Rafiq.

—Dámelas.

Rafiq negó con la cabeza.

—No. No eres tú mismo, Caleb. ¡No hagas esto!

Caleb sostuvo la cuerda tensa en sus manos y la estiró alrededor de la cabeza de Rafiq. Tiró hacia atrás con ambas manos, arrastrando a Rafiq hacia el interior de la casa por el cuello. Un rastro de sangre les siguió.

Rafiq no forcejeó de la forma en que Jair lo había hecho. Estaba demasiado bien entrenado como soldado como para cometer tal error. Colocó sus manos alrededor de la cuerda, quitando la tensión de su garganta.

Una vez dentro, Rafiq se estiró las manos hacia atrás buscando los brazos de Caleb, reforzando el peso de su cuerpo y rodando hacia Caleb. Fue suficiente para hacer perder el equilibrio a Caleb y tirarlo. Rafiq se arrastró encima de Caleb y le dio un puñetazo en el mismo lugar que Felipe le había golpeado con el arma.

La cabeza de Caleb fue hacia atrás de golpe y su visión se emborronó. Sintió las manos de Rafiq agarrar su garganta, sus pulgares presionando su tráquea. Caleb levantó su pierna y pateó la rodilla lesionada de Rafiq. Fue suficiente para recobrar la ventaja. Mientras Rafiq retrocedió instintivamente y fue a por su rodilla, Caleb rodó para ponerse encima de él. Siguió dando puñetazos a Rafiq en la cara hasta que quedó inconsciente.

* * * *

Cuando Rafiq abrió los ojos, Caleb pudo ver al instante que estaba asustado. Caleb le había atado en una de las tumbonas que había junto a la piscina.

Caleb se sentía muerto por dentro, pero su sed de venganza no había disminuido. Había esperado toda su vida por este momento y no podía ser rechazado.

Se sentó en el suelo junto a Rafiq. Su cuchillo apoyado delicadamente en su rodilla y todavía ensangrentado con la sangre de Jair.

—Vas a morir esta noche, hermano. Quiero que lo sepas, —susurró Caleb—. Puedo matarte rápidamente si me cuentas la verdad, —hizo una pausa—, o puedo usar mi cuchillo y practicar todas las cosas que me has enseñado sobre torturar.

—Caleb... —la voz de Rafiq tembló.

—Ese no es mi nombre, Rafiq. No recuerdo mi nombre. Me fue arrebatado —dijo Caleb lentamente—. ¿Sabes por qué? —Caleb levantó la vista hacia Rafiq con expresión dura.

—Tú no quieres hacer esto, Caleb —dijo Rafiq.

—No —replicó Caleb y negó con la cabeza—, no quiero hacer esto. —Levantó el cuchillo y lo clavó en la rodilla de Rafiq.

—¡PARA! —gritó Rafiq—. ¡Para!

Caleb volvió el cuchillo hacia su rodilla.

—Nunca quise hacerte daño, Rafiq. ¡Nunca! Pero tienes que sufrir por lo que has hecho.

El cuerpo de Rafiq tembló violentamente. El sudor cubría su cuerpo.

—¿Y qué es lo que crees que he hecho?

—Yo haré las preguntas. Empezaré con la más importante: ¿Me entregaste tú a Narweh?

Rafiq lo miró fijamente durante un largo rato.

Caleb sintió resbalar una lágrima por su mejilla y se la limpió rápidamente con el dorso de la mano. No sabía que estaba llorando. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había llorado y de repente parecía incapaz de parar. Se aclaró la garganta.

—Tu silencio te delata, Rafiq. Había esperado que lo hubieras negado. Casi mato a Felipe por sugerirlo siquiera.

—No es verdad, Caleb. Felipe es un mentiroso —susurró Rafiq.

Caleb cerró los ojos y se limpió la cara otra vez. Inesperadamente se rió a carcajadas.

—Llegas tarde. Y eres muy poco convincente. Pero gracias por intentarlo.

—Yo te crié —imploró Rafiq.

—Lo hiciste —asintió Caleb—. Creo que eso es lo que hace tu traición mucho peor. Yo te veneraba cuando era un niño. Tú eras mi salvador.

—Te traté bien, Caleb. Te di todo lo que tu corazón deseaba. —Había sinceridad en las palabras de Rafiq.

—Siempre me pregunté por qué viniste a por mí. Al principio, pensé que tenías lástima por lo que Narweh había hecho. Pensé que me rescataste porque habías llegado tarde a rescatar a tu hermana. Felipe me dijo que tú la mataste... y a tu madre. ¿Es eso verdad?

Rafiq giró la cara.

—No sabes lo que estás diciendo —rechinó.

—Explícamelo entonces. Vas a morir. Aligera tu alma —dijo Caleb aturdido.

Rafiq respiró hondo y soltó el aire despacio.

—¿Y mi mujer y mis hijos? ¿Qué será de ellos?

Caleb no sintió nada.

—¿Vendrán tus hijos a por mí?

—Son demasiado jóvenes para eso, Caleb.

—Yo tenía su edad la primera vez que mate. Incluso más joven cuando... —no pudo continuar.

—Ellos no son como nosotros. Júrame que los dejarás en paz y te contaré lo que quieres saber. —Rafiq giró la cabeza y miró a Caleb.

Él asintió.

—Lo juro.

Rafiq también asintió. Las lágrimas nadaban en sus ojos.

—Gracias, Caleb. —Rafiq volvió su mirada hacia el techo—. Sé que no me creerás, pero siempre me he arrepentido de lo que te ocurrió. Yo sentía dolor y yo... intenté compensarte.

Caleb sintió una avalancha de lágrimas calientes, pero se las arregló para tragárselas.

—¡Como si algo pudiera compensarme por lo que me habías hecho! ¡Lo sabes! ¡Sabes lo que me hicieron pasar! El niño guapo americano al que todos llamaban Perro. —Caleb levantó el cuchillo y lo clavó en el muslo de Rafiq y giró la hoja.

—¡Caleb! —gritó Rafiq—. ¡Por favor!

—¡Sí! ¡Por favor! Así es como yo también suplicaba. Lo decía tanto, que Narweh solía burlarse de mí con esa palabra.

—¡Te di venganza!

—¡La venganza nunca deshará lo que fue hecho! Tu traición es peor que todo lo que Narweh me hizo jamás. Él nunca me traicionó. Violó mi cuerpo, pero tú... Tú... yo te quería.

Rafiq estaba delirando por el dolor y la pérdida de sangre.

—Khoya —graznó—. Lo siento.

—Es demasiado tarde, Rafiq. Muy, muy, muy tarde.

Rafiq negó con la cabeza.

—Vladek es un monstruo. Arruinó a mi adorada A'noud. La volvió contra mí. ¡Mi padre había muerto y mi hermana llevaba dentro al bastardo de Vladek! Estaba enfermo de dolor. Peleamos y mi madre se metió en medio. Nunca pretendí hacerles daño. ¡Eran mi vida! ¡Vladek me las arrebató!

—¡Tú las mataste! ¡Tú eres el responsable! —Caleb sacó el cuchillo del muslo de Rafiq y le oyó llorar. Caleb nunca había visto llorar a Rafiq y eso le hizo cosas que no esperaba. Quería no sentir nada excepto odio, pero no podía.

Caleb había hecho cosas también. Había matado y torturado. Había vendido mujeres a la misma vida por la que él condenaba a Rafiq por empujarle a ella. Caleb no era mejor que Rafiq. Él no merecía nada mejor. Caleb le había contado a Livvie que lo sentía por lo que había hecho. Lo había dicho convencido, pero su disculpa no podía borrar más sus acciones de lo que Rafiq podía borrar el pasado.

Si Livvie podía mostrar perdón, Caleb podía intentarlo.

Caleb se puso de rodillas y puso las manos sobre el rostro de Rafiq y volvió la cabeza hacia él. Rafiq se encontró con su mirada y Caleb vio pena y quizás, arrepentimiento. Caleb se inclinó y besó a Rafiq en ambas mejillas antes de mirarle fijamente a los ojos.

—Te perdono —susurró.

Rafiq sonrió débilmente y cerró los ojos.

Caleb estiró lentamente el brazo hacia atrás buscando su arma y disparó a Rafiq en el corazón.

Después, lavó el cuerpo de Rafiq. Quitó la sangre errante y cubrió sus heridas con tiras de sábanas de algodón. Lloró mientras envolvía fuertemente el cuerpo.

Con gran dificultad, cargo con él hacia uno de los jardines de Felipe y enterró a la única familia que había tenido jamás.



Capítulo 24

Día 11: 5am

Estas herida? —susurra Caleb. Sus cejas están inundadas de preocupación. Nunca lo he visto lucir así. Está muy feliz, a gusto.

Alcanzo y acaricio su hermosa cara.

—Estoy bien.

Limpio mis ojos.

—¿Entonces, ¿por qué estás llorando?

—No lo sé —digo y continúo tocando su cara—. Creo que estoy feliz.

Sonríe.

—Una extraña respuesta para la felicidad, pero está bien.

Se inclina hacia abajo y lo siento lamer una de mis lágrimas.

Pregunto:

—¿Qué estás haciendo? —Me rio.

—Sentí curiosidad —susurra seriamente.

—¿Sobre qué?

—Si las lágrimas de felicidad saben igual que las de tristeza —dice.

Sus palabras me hacen llorar aún más. No puedo controlarlas. Me siento tan abrumada con todo.

—¿Y? —pregunto.

—Creo que son más dulces —dice y me besa—, pero podría ser solo tu cara.

Nos disolvemos entre repiques de risas.

Escucho voces.

Me envuelvo en la cama, por un segundo no tengo idea de donde estoy. La habitación es pequeña. Hay rejillas en las ventanas. La cama no es la de Caleb.

—No puedo volver en 3 horas, necesito hablar con ella ahora mismo —dice un hombre. La voz me es familiar pero no sé por qué no puedo relacionarla.

Es Reed. Caleb no está aquí, ¿recuerdas?

Siento lágrimas bajando por mis mejillas y obstruyendo mi garganta. Estoy despierta ahora y recuerdo donde estoy. Estoy en el hospital. Caleb se ha ido de nuevo. Estoy sola en la oscuridad otra vez.

Hace solo unos segundos, sostuve a Caleb en mis brazos. Lo toque. Lo olí. Probé su carne en mi boca. Y ahora, se ha ido. Lo había olvidado.

El dolor de recordar sacó el aire de mí y respiro profundamente. Cuando exhalo, el sonido saliendo de mi es puro dolor. Estaba justo aquí. Estaba justo en mis brazos y lo perdí.

—¡Ayúdame! ¡Por favor! —suplicó. No estoy segura a quien le estoy suplicando. Tal vez sea a Dios, tal vez sea al diablo. Sólo quiero que el dolor se vaya.

La puerta de mi cuarto se abre fuertemente.

—¿¡Olivia?!? —grita Reed.

No lo reconozco, estoy arrodillada con la cabeza presionada en la cama y estoy sollozando. Cierro mis ojos fuertemente, disponiéndome a mí misma a dormir. Quiero volver a mi sueño, quiero volver a Caleb. No puedo respirar, ¡maldición! No puedo sin él. No quiero.

—¿Qué pasa? —dice Reed urgentemente—. ¿Estás herida? ¡Háblame!

Vete, vete, vete.

—¡Esto es un hospital Agente Reed! Por favor, guarde el arma, —dice una mujer.

—Te amo Caleb, ite amo! Si te preocupas por mi aunque sea un poco... ipor favor no hagas esto! Por favor no me dejes. No sé vivir sin ti. No me hagas volver a tratar de ser alguien que ya no sé cómo ser.

—Livvie...

—¡No!

Grito en mi dolor. No puedo evitarlo. Lo haría si pudiera. Sé que me están mirando. Puedo sentir sus miradas calientes en mi espalda. Ellos no lo entienden. Nadie lo entiende. Estoy sola y es culpa de Caleb.

—¡Por favor! —suplico—. Por favor, haz que pare.

—¿Señorita Ruiz? —dice Reed cuidadosamente—. ¿Livvie?

—Atrás, Agente Reed. Está teniendo un tipo de crisis ahora mismo y podría lastimarlo si se acerca demasiado. Espere por las órdenes —dice la mujer.

—No va a lastimar a nadie. Me arriesgaré —dice Reed.

—Señor...

—Es testigo en una investigación federal y necesito hablar con ella en este maldito momento. No la quiero dopada. Salga —grita Reed y su presencia está empezando a penetrar en la niebla de mi dolor.

Me sigo diciendo que respire, sigo recordándome que he estado aquí por días. Caleb ha estado muerto por días. No estaba aquí. Nunca lo toqué. Nunca lo abracé.

311

—Vive por mí, Gatita. Se todas esas cosas que nunca has sido conmigo. Ve a la universidad. Conoce a un chico normal. Enamórate. Olvídame.

—No puedo —grito al vacío.

iRespira!

iRespira!

Respira.

Respiro.

Oigo que la puerta se abre y se cierra. Me pregunto si estoy sola. Pero no puedo obligarme a mirar arriba. Una mano tentativa toca mi espalda y sollozo.

—¿Livvie? —dice Reed.

—Vete —sollozo.

—No... puedo dejarte así —dice. Suena incómodo.

—Estoy bien, por favor, vete.

—No estás bien, eres un desastre —dice enojado.

—¿Porque estás aquí? —susurro. Hablar con Reed me está alejando más de mi sueño, mi dolor. No estoy segura de estar lista. Estoy demasiado sensible y no puedo enfrentarlo.

—Ha habido movimiento en mi caso. Todo está sucediendo muy rápido.

—¿Qué significa eso, Reed? —pregunto, exhausta.

Suspira pesadamente, como si estuviera luchando bajo un peso tremendo. Me hace sentir curiosa a pesar de mi misma.

—Vine... a escuchar el resto de tu historia.

Mi corazón comienza a acelerarse. Movimiento en el caso había dicho. Sé que Reed está mintiendo pero, ¿sobre qué?

iCaleb!

Me siento rápido, mareada por un momento y Reed me estabiliza. Agarro su chaqueta y lo jalo cerca. Estoy frenética. Las manos de Reed me agarran por los hombros y me empuja. Fuerte. Mientras voy cayendo de espalda, alcanza mi antebrazo y rápidamente me endereza en la cama. Arrebato contra él, abofeteando y pateando pero antes de que lo sepa, él fija mis brazos en mi pecho y se sienta en mis piernas.

—Quítate.

—Cálmate.

Miro a Reed por primera vez desde que entró. Esta jadeando mucho y su cabello negro es un desastre despeinado que refleja el estado de su camisa y chaqueta.

—¿Encontraste su cuerpo? —susurro. No sé qué haré si dice que sí.

—¿Qué? No. ¡No! —dice Reed. Su expresión pasa de rabia a lastima

La noticia es un alivio pero no puedo dejar de llorar. Reed me suelta suavemente y yo me enrolló en mi lado, de espaldas a él. Reed acaricia mi espalda pero de pronto se da cuenta de lo que está haciendo y se aleja. Escucho que se sienta en una silla.

—¿Que sucede? —pregunta después de unos minutos.

Mi sollozo había muerto y respondo.

—Una pesadilla, bueno en realidad no. La única parte mala era despertar y darme cuenta.... —No pude continuar.

Reed está en silencio por un rato. Yo también. Es la mitad de la noche y su presencia es como un agujero oscuro. Algo ha sucedido y por mucho que quiera saberlo, no quiero saber.

Finalmente, Reed se aclara la garganta.

—Si esto es soñar, aun así déjame dormir —susurra. No me sorprende que sepa Shakespeare. Reed es un hombre muy inteligente.

Sonríó a pesar del dolor que siento.

—Noche de Reyes²⁵, Sebastian le dice esas palabras a Olivia.

—Lo sé, llegué al último curso de secundaria —dice él. Su sonrisa es sardónica.

—¿No fue eso hace como un millón de años? Me sorprende que lo recuerdes —susurré.

Mi rostro se siente sucio de lágrimas secas y estoy segura de que mi cara es un desastre pero finalmente me estoy empezando a sentir un poco mejor. Mis pensamientos y recuerdos de los últimos días se están empezando a organizar en mi cabeza y la claridad está retornando. Había escuchado decir que el tiempo sana las heridas pero si un sueño puede llevarte tan profundo al pasado, sin recordar tu presente, no estoy segura de que mis heridas sanen algún día. Caleb vive en mis sueños.

—Yo apenas lo recuerdo, Señorita Ruiz —dice Reed.

Ruedo sobre mi espalda y miro el techo. Mi parpadeante bombilla había sido reemplazada hace mucho pero todavía puedo escuchar el zumbido y el zumbido prendido-apagado-prendido.

—¿Porque estás aquí, Reed? —susurro. Me quedo enfocada en el techo, en mi respiración y en tratar de prepararme para lo que estaba a punto de escuchar.

—Te dije que a escuchar el resto de tu historia —dijo de forma seria

—Sin embargo, esa no es la única razón, ¿o sí?

—No, no lo es. —Se aclara la garganta—. ¿El nombre James Cole significa algo para ti?

Estoy confundida.

—No, ¿por qué?

²⁵ **Twelfth Night**: traducida al español como Noche de Reyes o La Doceava Noche y también llamada en inglés What you will, en español Como gustéis. Es una comedia de William Shakespeare escrita entre 1599 y 1601.

—Surgió y necesitaba saber. Eso es todo —dice Reed—. Olvídalo, supongo que no es importante

—No hubieses preguntado si no fuese importante, Reed. —Había picado mi interés y luché para lograr una posición sentada para poder mirarlo mejor a la cara. Luce como si no hubiese dormido en días

Reed se inclina con sus brazos descansando sobre sus rodillas.

—Vine a decirte que los cargos contra ti serán retirados. —Lo dice de prisa, vacío, pero lleno de algo más.

—Una vez que seas dada de alta por tu médico, me han pedido que te interrogue, que firmes unos papeles y deberías poder irte hoy.

—¿Qué?! —exclamo. Mi mente se tambalea. La noticia es un shock para mi sistema. No estoy lista para irme. No estoy lista para volver a empezar. No estoy lista para aceptar que Caleb se ha ido y que debo enfrentarme al mundo sola.

—Sabemos dónde será la subasta y sabemos de algunas de las personas que asistirán —dice él—. Ojala pudiera decirte más pero he sido instruido a mantenerlo todo secreto. Todo lo que te puedo decir es que se acabó, Livvie. Eres libre y estás a salvo. Puedes volver a tener tu vida de nuevo, igual que las otras víctimas.

Los latidos de mi corazón se sienten erráticos. No puedo dejar que Reed se vaya sin que lo sepa todo. Necesito que lo entienda. Mi información, mi testimonio, era mi única manera de negociar. Sin su necesidad de ello, estoy perdida.

—¿Cómo sabes dónde es la subasta? —pregunto frenéticamente.

Reed me mira.

—¿Porque lo dices así? —exige, con los ojos entrecerrados—. ¿Qué no me estás diciendo?

—Por favor Reed, tienes que decirme todo lo que sabes. Te he estado diciendo todo por más de una semana. Por favor no me mantengas en la oscuridad. ¡Merezco saber! —Le estoy rogando y no me siento avergonzada.

—Este caso es más complicado de lo que cualquiera hubiese podido esperar, Señorita Ruiz. Esta fuera de mis manos hasta este punto. La Agencia de Investigación Federal de Pakistán ha acordado unirse a un grupo conjunto de trabajo —la cara de Reed se vuelve amargada—. ¡Oh, pero me han asegurado que mi participación será mencionada en el informe! —Reed se levanta y empieza a dar pasos. Su rabia y frustración son evidentes pero no entiendo de donde vienen.

—¿Qué significa eso, Reed? ¿Qué sucede una vez que arresten a todo el mundo?
—Quiero levantarme de la cama y seguir los pasos de Reed en la pequeña habitación pero sé que eso solo podría molestarlo y puede que no me diga nada.

—Depende —dice entre dientes. Se queda parado por un momento, pensando en algo. Cuando regresa de sus pensamientos, me mira y veo arrepentimiento en sus ojos. Mi corazón casi se para.

—No va a haber un juicio —dice Reed y comienza a caminar de nuevo. Un puño en la nuca—. Sabía que eso podía suceder, no quería creerlo pero lo sabía. He estado discutiendo con mi jefe durante las últimas horas. Es solo que... —Reed parecía estar perdido—. Habrá muchos arrestos, estoy seguro. La gente que iba a ser subastada, serán llevados, indudablemente, a un refugio, pero no habrá justicia, no del tipo que esas víctimas merecen.

—¿Cómo puede ser? —sollocé—. ¿Cómo puedes permitir que eso suceda?

—Rafiq es un oficial militar de alto rango en el ejército de Pakistán, Livvie. Su gobierno no va a dejar que un escándalo se sepa. Han acordado dejar que nuestro gobierno sea parte de la incursión a cambio de que dejemos a su gente fuera de esto. Cuando todo se calme, ellos son los que decidirán quienes y quienes no estuvieron allí. Así es como funciona la política internacional.

Siento que alguien me ha pegado en el pecho con un ariete. Por segunda vez en mi vida entiendo la sed de venganza de Caleb. Podría matar. Lo he hecho antes y no me siento mal sobre eso. Algunas personas merecen morir.

Lágrimas salen de mis ojos sin parar, estoy ahogada en ellas. Sin embargo, no estoy triste. Estoy llena de rabia y no tengo manera de dejarla salir. No hay a quien matar, nada a que pegar y ningún lugar a donde ir.

—Reed, —sollozo—, tengo que decirte algo. Por favor, por favor trata de entenderlo. Necesito tu ayuda. —Mis manos están abrochadas y las estoy sosteniendo tan apretadas a mi pecho que puedo sentir mi pulgar dejando un moretón.

Reed restriega sus manos en su cara.

—Por favor no me diga nada incriminante, señorita Ruiz. No hay nada que pueda hacer ahora mismo y si tengo que ponerla bajo arresto de nuevo, va realmente, a ponerle un fin de mierda a un día que ya es de mierda. Todo lo que tengo es mi integridad. No me haga elegir entre ella y usted.

—Por favor Reed, tengo que decirte el resto de mi historia —suplico. Es la parte más importante, la parte que he estado guardando hasta saber que podía confiar en Reed. Solo espero que no sea demasiado tarde.

—He escuchado todo lo que necesito saber. Mi trabajo fue investigar el incidente de la frontera. Han sido retirados sus cargos. Mi trabajo era localizar donde era la subasta, hecho. Hice mi trabajo. Vine a decirle que era libre de irse y estaba dispuesto a oír el resto de su historia si le hubiese dado un cierre pero si se va a incriminar entonces no quiero escucharla. Si la escucho, tendré que actuar, ¿me entiende?

Reed está molesto pero no me importa. Caleb es demasiado importante, él ha sacrificado tanto por mí, hasta el punto de protegerme a mí de mí misma. Lo hubiese seguido a cualquier parte, hecho lo que pidiese de mí pero le importaba lo suficiente para no dejarme hacerlo. Hasta donde sabía, él estaría en la subasta, tratando de matar a Vladek y a sí mismo en el proceso, era mi turno de salvarlo.

—Por favor —supliqué—. Tienes que ayudarlo. Si lo arrestas, sé que vivirá. No hay que decir qué pasará si está en Pakistán. Tú mismo lo dijiste, Rafiq tiene mucho poder allí. ¡Por favor! ¡Por favor, Reed! ¡Ayúdalo!

Reed se queda quieto como muerto pero su pecho sube y baja con cada respiro.
—¿Me estás diciendo que Caleb está vivo?

Mi corazón está acelerado.

—No, aún no. ¿Pero y si lo estuviera? ¿Podrías ayudarlo?

—Maldita sea, Livvie —Reed pateo la silla—. ¡Me mentiste!

—Tal vez, tal vez lo hice —ruego. No sé si expresar las cosas hipotéticamente cambia algo pero debo intentarlo. Tengo que saber si Reed me puede ayudar. Tengo que saber si lo hará—. Necesitaba tiempo y tú no me lo estabas dando —solloce—. Viniste aquí, haciéndome todo tipo de preguntas y llamándome una maldita terrorista. ¿Que se suponía que iba a hacer?

—¡Se suponía que me dirías la verdad! Ese era el trato. Tú me decías la verdad y yo te ayudaba —dice Reed y vuelve a caminar.

—Sí, te dije la verdad. Te dije todo lo que necesitabas saber. Te ayude a buscar la subasta y aquí estas, idiciéndome que no hay justicia! ¿Así qué quien es el mentiroso, Reed? —lloro.

Reed se gira y me mira. Parece muchas cosas: enojado, exhausto y triste. Finalmente mira a otro lado y colapsa en la silla.

—¿Reed? —me acerco.

—No hay nada que pueda hacer Livvie. El equipo ya va en camino y la FIA está tomando las decisiones —dice.

Sus palabras juegan en mi cabeza hasta que se reducen a su verdadero significado: nunca volveré a ver a Caleb. Me siento muerta por dentro. Vacía. Hueca. Diseccionada.

Reed sacude su cabeza

En mi cabeza, me puedo escuchar gritando, me veo arrancándome la piel y tirando de mi cabello. En la realidad, sin emociones, sin lágrimas, sin gritos, nada de piel siendo arrancada de mis huesos.

Reed está en silencio. No puede ayudarme. Nadie puede.

Mis pensamientos se van hasta Caleb y los últimos días que pasamos juntos.

* * * *

Caleb se había ido hace horas. Me senté en el suelo, al lado de su arma, esperando que algo sucediera, que cualquier cosa sucediera. Varias veces pensé en abandonar la habitación y buscarlo pero me convencí de no hacerlo. Caleb había dicho que esperara. Esperé.

Un sentimiento de temor empezó a asentarse en mi cuando vi luces hurgando entre las cortinas. El sol estaba saliendo y Caleb no había regresado. Me pregunte si Celia podría regresar pero lo dudé. Nuestro puente estaba bien y verdaderamente quemado. Mi único consuelo era que sabía que evitaría que Felipe me lastimara. De pronto, hubo un duro golpe en la puerta y luego otro. Mi corazón parecía haber subido hasta mi garganta pero luego recordé que Caleb había dicho que tocaría dos veces. Busque el arma solo por si acaso.

Mire mientras la manilla daba vuelta y cuando la puerta se abrió, apenas podía procesar lo que veía. Caleb parado en la puerta, cubierto de tierra. Bañado en sangre.

—¿Caleb? —logré susurrar pero no me podía mover.

No se movía de la puerta, solo se quedó allí parado. Sus ojos fijados en un punto distante. Parecía que había estado llorando. Sus ojos azules estaban rodeados de rojo e hinchados. Tenía un corte en la frente y la sangre corría hasta su ojo. No pestañeaba.

Instantáneamente empecé a llorar. Algo terrible había sucedido. Algo horrible.

Lentamente me levanté, tome una de las camisas que Caleb había dejado y la coloqué sobre mi cabeza. Teníamos que irnos y dependía de mí sacarnos de allí. Busque un par de pantalones pero en su lugar conseguí uno de los bóxer de Caleb.

Caleb nunca se movió.

—¿Caleb? —susurré y me acerqué, su boca bajó un poco como si fuese a llorar pero luego su cara cambio a un estado catatónico—. Me estás asustando, Caleb. ¡Por favor, di algo! —sollocé.

Lágrimas salieron de sus ojos abiertos

Era más de lo que podía soportar, verlo allí con tanto dolor y sin saber por qué. Corrí hacia delante y lo envolví con mis brazos.

—Por favor Caleb. ¡Despierta, maldita sea!

El peso de su cuerpo colapsó sobre mí y nos caímos. Mientras estaba recostada sobre mi espalda, Caleb tiró de mí hacia él y lanzó un gemido agonizante en mi pecho. El sonido me aterrorizó, coloqué mis brazos a su alrededor, abrazándolo tan fuerte como él a mí. Era todo lo que podía hacer. Su cuerpo entero temblaba y se retorció con la fuerza de sus entrañas en desgarradores sollozos. Sentía como un cuchillo enterrado en mis intestinos con alguien retorciendo la hoja. Lo único que podía hacer para evitar que gritara era abrazarlo.

Mi mano tembló mientras acariciaba su cabello.

—Shh, Caleb, está bien. Lo que sea que sea, está bien —sollocé cuando tiró de mí más fuerte y trató de enterrarse a sí mismo en mi pecho.

Su cabello estaba tieso y encrespado, sucio de tierra.

Ha estado cavando, está cubierto de sangre.

—Shh, amor —y continué acariciando el cabello de Caleb. Apenas me dejaba respirar. Me agarraba muy fuerte—. ¿De quién es ésta sangre?

Lo sentí sacudir su cabeza, rápido y enojado. Accidentalmente, golpeó mi barbilla y me estremecí. —Está bien, está bien. No necesito saberlo.

Estaba perdida, no sabía cómo llegar a él. El hombre de mis brazos no era Caleb, era el cascarón de un ser humano. Primitivo y desnudo. Tenía mis sospechas acerca de quién era la sangre que Caleb tenía pero no me atrevía a decirlo en voz alta.

Mató a su único amigo. Por mí.

Mi pecho se estremeció con la fuerza de sus sollozos. Seguía atrapado en mi pecho. Caleb me necesitaba y no podría ayudarle si me desmayaba.

—Tenemos que irnos, Caleb —susurré—. No es seguro para nosotros estar aquí.

Caleb se movió rápido. Se levantó de mi pecho y me encerró con su cuerpo. Parecía depredador y supe por instinto que no debía gritar. Sus ojos me miraron, moviéndose rápido de mis ojos a mi boca a mi pecho hasta los pies. No estaba segura de que supiera quién era yo.



Mis dedos dolían después de haber sido arrancados tan abruptamente de su cabello. Había varios hilos entrelazados con mis dedos. Sin moverme dejé que mis ojos llegaran hasta mi mano. Caleb siguió mis ojos y cuando lentamente levante mi mano, miró atentamente. Coloqué mis dedos en la herida de su cabeza, limpiando la sangre. Necesitaba puntos. Caleb cerró los ojos y me dejó tocarlo.

—Tenemos que irnos. Por favor, vámonos —repetí. Los ojos de Caleb se abrieron y cerraron en mi cara. Por varios segundos todo lo que hizo fue mirar.

—Mía —susurró.

—Tuya —dije

Caleb trajo su boca a la mía con tanta ferocidad. Casi lo empuje. El momento era horrible. Nuestras vidas estaban en peligro. Pero Caleb me necesitaba, necesitaba que estuviera cerca y se lo debía, darle lo que necesitaba.

Deje mi miedo a un lado y abrí la boca dejando que su lengua invadiera mi boca. Gimió cuando lo envolví con mis brazos y lo empuje sobre mí. Tiré de la camisa cubierta de sangre y rompí nuestro beso lo suficiente como para quitársela sobre su cabeza. Arena, y lo que estaba segura de que era sangre, cayeron en mi cara pero lo sacudí con mi mano y regresé a besar a Caleb.

Sus manos parecían estar en todas partes al mismo tiempo, tocando mi cabello, acercándose a él, apretando mis senos. Su rodilla se plantó entre las mías, abriéndolas. Abrí las piernas y dejé que el bajo vientre de Caleb presionara sobre mí. Podía sentir su pene atrapado en sus pantalones contra la parte interior de mi muslo.

Mientras nos tocábamos el uno al otro, algún comportamiento primario de Caleb entró en mí y antes de que lo notara lo estaba empujando apartándolo de mí y hacia un lado. Él me agarró de la camisa e hizo un sonido que tomé como una advertencia.

—Tuya, Caleb, lo prometo —le dije. Agarre el dobladillo de mi camisa y la saqué por encima de mi cabeza, exponiendo mis senos a Caleb. Su boca se posó, forzándome a gritar y sostenerlo en mi pecho. Me subí a horcajadas sobre sus caderas, frotándome contra él a través de la tela de nuestra ropa.

Para toda la intensidad animal de Caleb, no me estaba lastimando. Tal vez lo hubiera hecho si le hubiese dado una razón pero estaba tan abierta a él como el agua a una vasija. Cuando su boca se alejó de uno de los pezones, le di el otro.

—Te amo —le dije y acaricie el cabello. Él gimoteo.

Caleb nunca se arrepentiría de los sacrificios que ha hecho por mí. Me aseguraría de eso. Por el resto de mi vida, me dedicaría a darle a Caleb cada gramo de amor que tenía en mí. Yo era de él y él era mío y eso era todo.

Empujé el hombro de Caleb llevándolo de espaldas hacia el suelo. Lo seguí, descansando mi peso sobre él. Sus manos alcanzaron el cinturón del pantalón que estaba usando y lo quitó. Me eché para atrás y juntos arrancamos la tela de mis piernas.

Odiaba la sensación de los pantalones sucios de Caleb contra mi piel desnuda.

—Quítatelos —dije. Lo ayudé a bajarlos hasta sus tobillos. Sus pies estaban desnudos y llenos de tierra pero yo estaba más preocupada por estar tan cerca de Caleb como pudiera.

La polla de Caleb se interpuso entre nosotros como una cosa viviente, lo alcanzamos al mismo tiempo, su mano sobre la mía y guiándolo entre mis piernas. Estaba dolorida pero mojada y la polla de Caleb entró en mí sin ningún esfuerzo. Caleb agarró mis caderas bajándome mientras él empujaba.

—¡Oh Dios! —grité. Mis uñas se clavaron en su pecho, rasgando su piel pero Caleb solo gimió y volvió a empujar hacia mi otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

Me coloqué más adelante, mis manos sobre la cabeza de Caleb. Estaba a la deriva en un mar de placer y consumidora lujuria. Arqueando mi espalda, provoqué la boca de Caleb con mi pezón y lo colocó dentro de su enfurecida boca. Sentí mi coño más apretado alrededor de su polla. Gimoteé mientras mi orgasmo se acercaba y Caleb me follaba más fuerte, me chupaba más profundo dentro de su boca, no tenía el aliento para hacer un sonido. Me paralicé encima de él, dejando que me siguiera follando mientras me corría.

Su boca se alejó de mis pechos con un ruidoso sonido y luego los sonidos de Caleb llenaron la habitación mientras su corrida llenaba mi coño. Latido a latido de una corrida caliente llenó mi interior y no podía tener suficiente. Quería a Caleb dentro de mí para siempre. Colapsé encima de él, amando la manera en que mi cuerpo rozaba y sentía cada una de sus respiraciones.

—¿Livvie? —susurró.

Meforcé a levantarme con mi codo y con la otra mano acaricié su rostro.

—Sí —le dije. Mis lágrimas lo hicieron ver borroso pero sabía que estaba de vuelta, de donde sea que había estado.

—¿Estás bien? ¿Te lastimé? —sonaba frenético.

—Estoy bien, estoy bien Caleb. Estoy preocupada por ti —dije. Me incliné y besé sus labios. Cuando me eché para atrás, mi corazón dolió al ver que giraba su cara alejándola de mí.

—No me mires, Livvie —susurró.

—Caleb, no. —Traté de que me mirara pero de una vez se incorporó y colocó mi cabeza sobre su hombro donde no pudiera verlo. Podía sentirlo deslizarse fuera de mí, su corrida ayudándolo en el esfuerzo.

—No puedo lidiar con eso, ¿vale? Yo... —sus palabras sonaban estancadas en su garganta.

—Está bien —susurré y lo abracé unos segundos más en mis brazos.

—Tenemos que irnos —dijo.

Lentamente, alejamos nuestros cuerpos el uno del otro. Las lágrimas punzaban en la parte trasera de mis ojos pero no las dejaría salir. Caleb me necesitaba fuerte y estar dispuesta a darle todo lo que necesitaba.

En silencio, empezamos a priorizar. Caleb se subió los pantalones con una mueca y empezó a hacer una barricada en la puerta. Me hice útil buscando un bolso y metiendo cualquier cosa. Pensé que tal vez necesitábamos el arma, ropa y un kit de primeros auxilios que encontré en el baño. No era mucho pero era algo.

Caleb entró al baño y abrió la ducha. No creí que tuviéramos tiempo para eso, pero prefería no hacer preguntas. Con las manos temblando, se quitó los pantalones y se metió debajo del agua. Sangre y arena rápidamente inundaron todo.

Pensé en meterme, pero una mirada a Caleb y supe que necesitaba tiempo a solas.

El agua está muy caliente, nublaba el baño. Encendí el ventilador pero continué siendo una presencia discreta. En un momento lo escuché sollozar pero seguí en el suelo, en silencio.

Él había estado en la ducha menos de diez minutos antes de bajar la temperatura y salirse. En silencio agarró una toalla y entró a la habitación. Caleb era más él mismo.

—Tiempo de irnos, Livvie —dijo y me sonrió. Era fingida, pero apreciaba el esfuerzo. Intenté que mi sonrisa fuese más convincente.

La casa se sentía vacía, misteriosamente vacía. Sin Felipe, ni Celia, sin Rafiq. Caleb no ofreció respuestas y yo no hice preguntas.

Hacía calor fuera, incluso por la mañana. Me di cuenta de que había pasado mucho desde la última vez que salí bajo un brillante sol. Estaba usando ropa, era... libre. Mis pasos vacilaron en el momento en que la realización me golpeó. ¡LIBRE!

—La camioneta no está lejos, sigue avanzando —dijo Caleb entumecidamente.

Podía sentirme a mí misma ahogada, una sonrisa emocionada salió de mí.

— ¿Dónde vamos? —Lo dije con lágrimas de alegría en mis ojos.

—Por favor no preguntes, sólo ven conmigo.

Lo miré, el dolor palpable en su cara, no era el momento para discutir con él. A donde fuera que estuviese yendo, era un asunto importante. Cambiaría todo entre nosotros dos pero me había pedido que fuera con él y cuando el hombre que amas te pide que vayas con él, tú vas.

Caminamos menos de una milla pero me maravillé con el estado escarpado de Felipe. Donde sea que estuviera, era ciertamente, más provechoso. Finalmente, encontramos la vieja camioneta en la que habíamos llegado. Me sorprendió que encendiera a la primera.

Caleb no había dicho nada y, aunque parecía estar en mejor control de sí mismo, sabía que cualquier cosa que hubiera pasado aún le afectaba. Alcancé su mano en su asiento y para mi sorpresa no sólo la tomó, sino que la apretó. Mientras íbamos dejando la casa de Felipe, me quedé mirando fijamente el camino de grava en el espejo lateral. De verdad estaba sucediendo. Nos íbamos, juntos. Limpié lágrimas de mis ojos por alrededor de veinte minutos.

Viajamos por varias horas antes de forzar a Caleb a romper el silencio.

—Tengo hambre, Caleb —lo miré y me toqué el estómago.

—Podemos comprar algo de comida y agua cuando paremos por gasolina. Quiero seguir moviéndome por el momento —dijo. Sus ojos nunca dejaron de mirar el camino pero su pulgar iba de atrás hacia delante en mi mano.

—Está bien —dije—. Estaremos conduciendo... ¿por mucho? ¿Ya sabes, antes de llegar a donde sea que vamos?

Caleb apretó mi mano y cerró sus ojos por un segundo.

—Estaremos en carretera por alrededor de dieciséis horas, tal vez menos. Podemos parar a pasar la noche una vez que estemos cerca.

No me gustaba su tono, sonaba triste... y distante.

—¿A dónde...?

—Gatita —protestó. Sacudió su cabeza—. Quiero decir... Livvie, por favor, para.

La ansiedad atacó mi estómago. No me gustaba esto para nada. Apreté su mano.

—No tienes que llamarme Livvie si no quieres, Caleb. Para ser honesta, me asusta. Me estás asustando.

La cara de Caleb pareció romperse por un segundo y alcancé a vislumbrar su tristeza antes de que relajara sus músculos.

—No te asustes Gatita, todo estará bien, lo prometo. No tendrás que temerme nunca más.

—¿A qué te refieres, Caleb? —susurré.

—Me refiero a que cuidare de ti —dijo

—Cuidaremos el uno del otro. Soy más fuerte ahora, Caleb. Lo que suceda... lo que sucedió, podemos resolverlo juntos, ¿está bien?

Estuvo en silencio por un rato y luego replicó:

—Está bien.

—Te amo —dije.

Silencio.

No hicimos paradas innecesarias. Fuimos al baño y compramos comida cuando parábamos por gasolina. Hacer que Caleb hablara fue como una dura tarea pero parecía muy interesado en mi vida antes de que nos conociéramos. Evadí hablar de mi familia, mis hermanos, mis hermanas, mi madre. Sabía que no los volvería a ver de nuevo y pensar en ello dolía demasiado como para hablar de ello. Tenía a Caleb ahora y me necesitaba.

Hablé sobre mis libros y películas favoritas. Mencioné mi sueño de escribir un libro que luego adaptaría a un guión de película que dirigiría yo misma. Iba a ser una triple amenaza. Caleb sonrió y dijo que le encantaría leer cualquier cosa que yo escribiera. De repente me sentí mucho más optimista en cuanto a mi futuro y el de Caleb pero seguía viendo avisos de Laredo, Texas.

—¿Que hay en Texas? —pregunté.

—¿Además de vaqueros? —dijo Caleb. Lo fulminé con la mirada—. Tengo un negocio allí, Gatita, ¿está bien? —De pronto estaba muy serio de nuevo.

—Está bien —respondí.

Habíamos estado conduciendo por casi diez horas cuando finalmente Caleb se cansó. Apenas podía mantener los ojos abiertos y lo convencí de que debíamos parar porque yo no sabía conducir. Caleb se rió de mí pero entró a un motel para pasar la noche. No había mucho que ver en ese lugar, francamente la gente en el estacionamiento parecía atemorizante. Esto, definitivamente, no era un destino turístico.

—Probablemente van a robar la camioneta, lo sabes, ¿no? —dije

Caleb se encogió.

—Robaré otra por la mañana. —Yo me reí, Caleb no.

Yo quería hacer el amor, pero Caleb se había quedado dormido mientras yo estaba en la ducha. No tenía corazón para despertarlo. En medio de la noche, me buscó. Apenas supe lo que estaba pasando antes de sentir su boca en mi dolorido coño. Me levanté en mis codos y lo observé lamirme hasta que me corrí en su lengua.

Para el momento que me penetró, ya había olvidado cuan dolorida estaba. Estaba demasiado llena de la polla de Caleb como para que me importara. Gemí mi placer hasta las vigas del techo, sin importarme si alguien me oía.

A Caleb tampoco parecía importarle mientras acababa dentro de mí con un grito. Hubo un breve pensamiento sobre protección pero luego solo pensaba en Caleb y los pequeños empujes que estaba haciendo en mi coño mientras él sobrellevaba las réplicas de su placer.

Después de que pudimos limpiarnos, dormimos con las ventanas abiertas. Dormí en sus brazos segura, a salvo y feliz más allá de lo que podía creer. No me importaba a donde fuéramos, mientras él estuviera conmigo.

Capítulo 25

Día 1

Había terminado de abotonarme la blusa cuando sucedió. Hubo una fuerte explosión y algo me golpeó en la cara. Extendí la mano para tocar mi mejilla. Mi respiración me dejó en el lapso de un latido del corazón. Caleb estaba encima de mí, gritando, pero no podía oír lo que estaba diciendo. Me parecía que no podía oír *nada*.

Me dolía la cabeza. Me la golpeé en el suelo cuando Caleb me derribó. Los escombros estaban volando por todas partes.

—Livvie —gritó Caleb y me sacudió. Eso penetró el silencio en mi cabeza.

¡BOOM! Otro torrente de escombros volaron hacia nosotros. Caleb estaba encima de mí, protegiéndome la cara con sus brazos mientras metía su cabeza cerca de mi hombro.

¡Maldición! Alguien estaba disparándonos. Mis ojos se posaron en la puerta y pude ver enormes huecos donde solía estar la madera.

Nos movimos hacia detrás de la cama. Todo mi cuerpo estaba temblando y no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Caleb me estaba empujando y yo gritaba de dolor.

—¡Metete en la bañera! —gritó. Me empujó de nuevo.

Me las arreglé para ponerme en mis manos y rodillas. Me arrastré los pocos metros al cuarto de baño y me lancé en la bañera. Me di cuenta de que Caleb no estaba conmigo.

—¡Caleb! —grité. La puerta del baño se cerró de golpe. Estaba demasiado asustada para moverme.

¡Va a morir ahí, perra estúpida! ¡Haz algo!, gritó Mi Yo Despiadada.

No me podía mover. ¡No podía moverme, maldita sea! Mi mundo entero se estaba moviendo a cámara lenta y no había nada que pudiera hacer para correrlo marcha atrás. Sentí algo húmedo en la cara. Mi mano se retiró con sangre cuando la toqué.

—¡Caleb! —grité de nuevo.

Una fuerte explosión sacudió la puerta del baño y me lancé de nuevo en la bañera. No podía dejar de gritar o llorar.

¡Maldita cobarde, Livvie! Nunca te perdonaré, dijo Despiadada.

Golpeé mis manos sobre mis oídos, deseando que la voz se fuera. Todavía podía oír sus gritos, pidiendo que hiciera algo. Pude oír gritos fuera de la puerta, una lucha. La puerta se sacudió en repetidas ocasiones cuando algo se estrelló contra ella.

¡Ayúdalo!

—¿Qué quieres que haga? —grité en voz alta.

—¡Mantente abajo! —Oí gritar a Caleb.

¡Ayúdalo!

Oír la voz de Caleb y saber que estaba luchando para mantenerse con vida a unos pocos metros de distancia pareció borrar algo de mi pánico.

El arma, Livvie. El arma. ¿Dónde está?, dijo Despiadada.

Tomé varias respiraciones profundas, respiraciones frenéticas, mientras trataba de recordar. ¿Dónde estaba el arma? ¿Dónde estaba el arma? ¡En la bolsa!

Bien, Livvie. ¿Dónde está la bolsa?

Sollocé en voz alta:

—No lo sé.

Una serie de fuertes y enojados gritos vinieron a través de la puerta. No lo entendí, pero sabía que era árabe. Habían llegado por nosotros. Rafiq estaba aquí para matarnos.

La bolsa, gritó Despiadada.

Imágenes. Pasaron por mi mente en rápida sucesión: Traje la bolsa adentro. La dejé sobre la mesa. Caleb la recogió y se la llevó al cuarto de baño. Él necesitó un punto de grapa para la cabeza. Estaba ahí cuando me duché.

Miré alrededor del cuarto de baño, pero no la vi.

Estaba allí cuando me fui a la cama. Caleb y yo tuvimos sexo y después, él quería ropa interior limpia. Al lado de la cama, del lado de Caleb.

Ve allí, Livvie. Consigue la pistola, dijo la voz despiadada.

Agité la cabeza hacia atrás y hacia adelante mientras sollozaba. No sabía lo que estaba ahí fuera. Si abría la puerta...

¡Ellos ya saben que estás aquí! Vas a morir. Caleb va a morir. ¡Por favor!

Gateé fuera de la bañera. El baño era pequeño, mi pie todavía tocaba el borde de la bañera cuando puse mi mano contra la puerta. Todavía podía oír a Caleb luchando con alguien en el otro lado.

—¡Estoy saliendo! —grité.

—¡No! —gritó Caleb y hubo un gran estruendo.

Agarré la manija de la puerta y la abrí. El perchero estaba directamente enfrente del cuarto de baño, creando un pequeño hueco cuadrado al lado de la habitación. Pude ver a Caleb en el suelo, luchando con alguien.

—¡Corre, Livvie!

Me puse de pie y traté de correr junto a ellos y subirme en la cama. Una mano se estiró y me agarró del tobillo. Me caí, de cara al suelo, pero el dolor no se registró. Le di una patada con mis piernas, ciega a qué o a quién estaba golpeando. La mano me soltó.

Miré hacia atrás y vi sangre. La cabeza de Caleb estaba abajo. Hubo un fuerte grito de pánico y la persona bajo Caleb tiró de su cabello para girarlo hacia atrás. La boca de Caleb se abrió en un grito y salió sangre a borbotones.

Los gritos continuaron, uno después de otro.

Me quedé helada. Los gritos. No podía soportar los gritos.

El cuerpo de Caleb fue arrojado de repente hacia un hueco. No reconocí a nuestro atacante. Su rostro chorreaba sangre y un trozo de piel colgaba de su mejilla.

Grité.

El hombre seguía gritando cuando se arrojó encima de Caleb. Estaba golpeando su cabeza contra el suelo.

Me obligué a moverme. Me apresuré hacia la cama, moviendo frenéticamente las manos por debajo palpando en busca de la bolsa. ¡Estaba allí! La saqué y la tiré en el suelo. El arma cayó fuera y la agarré. Se disparó. Me golpeé en la cara con el dorso de la mano.

—¡Livvie! —gritó Caleb. El sonido era un gorgoteo húmedo.

Me reagrupe rápidamente y sostuve el arma con las dos manos. Descorrí el gatillo y mis manos temblaron cuando apunté al hombre encima de Caleb.

—¡Apártate de él! ¡Ahora!



Se dio la vuelta para mirarme, el pedazo de piel en su cara simplemente colgando allí mientras la sangre brotaba, un chorro fuerte tras otro. Cargó contra mí y apreté el gatillo. La fuerza me derribó. Mi visión fue borrosa durante un par de segundos. Me apresuré hacia atrás en mis manos, en busca de la pistola detrás de mí.

Le había disparado. Nuestro atacante estaba en el suelo, su cuerpo retorciéndose y estremeciéndose. Sus manos clavaron las uñas en su pecho. Había sangre por todas partes.

—¿Qué he hecho? —grité.

¿Qué he hecho?

¿Qué he hecho?

¡Caleb, Livvie! Enfócate. Céntrate en Caleb. ¿Dónde está Caleb?, dijo la voz despiadada.

De alguna manera, analicé la situación. Miré hacia el baño. Caleb no se estaba moviendo. No. ¡No, no, no, no, no! Vi rojo. ¡Nada más que rojo! Encontré el arma y la recogí. Me arrastré y puse el cañón en el pecho de nuestro atacante. Trató de luchar contra mí, mientras descorrí el gatillo, pero él estaba débil y mi ira me hizo fuerte. Grité cuando apreté el gatillo y la sangre me roció la cara, el cuello y el cuerpo. Cuando abrí los ojos, miré directamente a su pecho abierto.

—Caleb —grité. Cuando no respondió, me arrastré hacia él, aterrorizada de lo que podría encontrar cuando lo alcanzara. No se movía. ¡Estaba cubierto de sangre y no se movía! Cogí su cabeza en mi regazo y golpeé un lado de su cara—. ¿Caleb? Despierta, amor. ¡Despierta! Nos tenemos que ir. —No hubo reacción—. Por favor. ¡Por favor, Dios! —Puse mi mano sobre su pecho. Estaba respirando.

Podía oír gritos desde afuera. Gente corriendo y llantas chirriantes que salían del estacionamiento. La policía estaría aquí pronto. Puse la cabeza de Caleb abajo y agarré su camisa para sentarlo.

—¡Despierta! ¡Por favor! —Le sacudí. Su cabeza cayó hacia adelante y tosió sangre en mis pantalones—. ¡Oh! ¡Oh! ¡Gracias! —Lo tiré a mi pecho, pasando mis manos sobre él.

—Livvie —dijo. Y entonces realmente despertó—. Livvie —retrocedió y me miró con sorpresa. Me empujó a un lado y miró detrás de mí, y luego de vuelta a mi cara.

—¿Estás bien? —dijo frenéticamente.

Asentí, las lágrimas corrían por mi cara.

—Tenemos que irnos —dijo—. Ahora. Levántate. —Me levantó y lo ayudé a ponerse de pie. Me agarró la mano y se agachó para recoger el arma.

Corrí hacia el montón de cosas al lado de la cama y encontré las llaves. Metí todo lo demás haciendo una bola enorme.

—Ve a la camioneta, Livvie —dijo Caleb. Parecía demasiado tranquilo.

Atravesé corriendo el estacionamiento, sorprendida al descubrir que no había gente por ahí. Me las arreglé para poner la llave en la cerradura y abrir la puerta. Me lancé dentro y cerré de un portazo.

Oí otro disparo y me agaché. No pasó nada durante varios segundos, pero luego la camioneta se sacudió y oí un ruido sordo. Apreté los ojos cerrados. La puerta de la cabina se abrió.

—Soy yo, Livvie. Soy yo —susurró Caleb. Encontró las llaves en mi mano y la aflojó para agarrarlas. Salió disparado del estacionamiento mientras yo temblaba y lloraba en el asiento a su lado. Después de un rato, sentí sus dedos en mi cabello, acariciándome suavemente la cabeza.

Había matado a un hombre. Estaba cubierta en su sangre.

Tuve que hacerlo. No estoy arrepentida.

329

Y no lo estaba. No sentía que el hijo de puta estuviera muerto. Había sabido que estaba muerto después de que le disparase por primera vez. No había manera de que pudiera haber sobrevivido a la herida que le había hecho. Le había disparado la segunda vez porque... quería. Había tratado de matarme, pero fue ver el cuerpo inmóvil de Caleb lo que me había llenado de rabia al final. Caleb era mío. No estaba por dejar que la gente me quitara cosas.

Conducimos por unas horas. No tenía ni idea de dónde estábamos y no me importaba. Mantuve mi cabeza en el regazo de Caleb y dejé que me acariciara. Todo en mi mundo tenía sentido si Caleb seguía acariciándome

Eventualmente, Caleb detuvo la camioneta, pero me pidió que me quedara mientras se hacía cargo del cuerpo en la cama. El tiro final que había oído era Caleb disparándole al tipo en la cara. No quería que lo identificaran. El individuo en cuestión había sido el primo de Jair, Khalid.

Quería preguntarle acerca de Rafiq y los demás, pero entonces me acordé de la forma en que Caleb había vuelto a la habitación, traumatizado y desprovisto de vida. Algunas cosas estaban mejor sin decir. Caleb y yo estábamos vivos. Estábamos juntos. ¿Todo lo demás? No necesitaba saberlo.

Caleb volvió a la camioneta más rápido de lo que hubiera esperado.

—Está hecho —dijo.

—¿Lo enterraste? —pregunté dudando.

—No hay necesidad. Los animales pueden tenerlo —dijo. Estiró la mano a través del asiento y tiró de mi frente hacia sus labios—. Yo maté a ese hombre, Livvie. ¿Entiendes? —susurró.

—¿Qué? No.

—¡Livvie! ¡Escucha lo que te digo! —Pareció completamente ido a mis ojos. Su expresión era dura y fría—. Yo lo maté. —Asintió con la cabeza hasta que lo imité.

—Está bien —le susurré.

—Buena chica —susurró y me besó. Nuestro acuerdo estaba sellado.

* * * *

Debí saber lo que Caleb estaba planeando. Todo el tiempo hubo muchas señales de ello. Tuve que haber preguntado más sobre su traumatizante vuelta de la mansión de Felipe. Debí haber exigido saber más sobre sus planes en lugar de quedarme viendo las señales en Texas. En el último de los casos, debí preguntar más sobre el trozo de papel que Caleb había pedido que memorice. Él había dicho que cualquiera que supiera el código y la información de la cuenta podría acceder, eso era importante y sólo él y yo lo sabíamos. Me sentí muy especial. Pensé que confiaba en mí. Me sentí como un espía cuando quemé el papel y arrojé las cenizas a través de la ventana.

No hice preguntas ni demandé respuestas. En su lugar me encontré completamente cegada cuando Caleb detuvo el coche y destrozó mi mundo entero al decirme que nuestro tiempo juntos llegaba a su fin.

Ambos permanecemos en silencio por un largo rato, no quería ser la primera en hablar, temía no poder hacerlo. Finalmente, Caleb se aclaró la garganta y rompió el silencio.

—La frontera se encuentra sólo a unos pocos kilómetros desde aquí. No puedo llegar más cerca —señaló la sangre en torno a él.

—¿Qué te hace creer que yo sí puedo? Asesiné...

—Tú no asesinaste a nadie —gritó—. Estuviste secuestrada e intentando escapar y por meses... he estado... te mantuve prisionera. Te violé —dijo.

Sus palabras fueron como cuchillos en mi corazón y lo abofeteé. Fuerte.

—No digas eso. Sé cómo comenzamos Caleb. ¡Lo sé! Pero por favor... —supliqué—. Te amo.

Los ojos de Caleb se llenaron de lágrimas, pero sonrió y se frotó el rostro.

—Me abofeteaste —rió—. ¡Otra vez!

—¿Por qué estás haciéndome esto, Caleb? —pregunté todo lo calmada que pude, pero mi garganta estaba llena de sollozos que intentaba mantener dentro.

Él me miró y pude notar levemente en su rostro algo parecido al dolor que reflejaba mi propia cara.

—Porque... es lo correcto.

—¿Por qué no puedes dejarme decidir a mí qué es lo correcto? Quiero quedarme contigo —me ahogué. Mi corazón latía desenfrenado, no podría contener mucho más las lágrimas. Me estaba dando la oportunidad de regresar a casa, de volver a mi vida, de regresar a todo lo que dije que deseaba. Pero en lo único que podía pensar era en que todo eso no importaba si eso significaba que jamás volvería a verlo.

Asió con fuerza el volante y apretó su frente contra él.

—No sabes lo que quieres, Livvie, y lo que crees que quieres, tu cerebro ha sido lavado para que lo desees.

Inmediatamente tomé aire para responderle, pero él alzó una mano para detenerme.

—He estado haciendo esto por un largo tiempo, manipulando gente para mi beneficio. ¡Es por eso que crees que me amas! Porque te he roto y vuelto a construir para que así lo creas. No fue un accidente, una vez que dejes esto atrás... lo verás.

Apenas podía verlo a través del velo de mis lágrimas. Caleb creía todo lo que decía. Pude oírlo en su voz, pero estaba equivocado. Él no me había manipulado para que lo amara. Había intentado hacer todo lo contrario.

—¿Así que eso es todo? ¡Crees que sólo soy una idiota que se enamoró de tus malditas mentiras! Bueno, estás equivocado, me enamoré de ti, Caleb. Me enamoré de tu retorcido sentido del humor. Me enamoré de la manera en que me proteges. ¡Tú salvaste mi vida!

—Fui a recoger mi propiedad, Livvie —dijo solemnemente.

—¡Ya no soy Livvie! Soy tuya, ¿no fue eso lo que dijiste? ¿No fue eso lo que me prometiste? ¡Ambos lo juramos! — Lloré.

—No quiero que me pertenezcas, quiero que seas libre y mientras estés junto a mí... te veré como mi esclava —susurró.

No pude soportar ver que Caleb inclinaba la cabeza, avergonzado. Era demasiado orgulloso para eso.

—Nunca fui tu esclava, lo intentaste, lo acepto, pero ambos sabemos que tú me perteneces a mí, así como yo te pertenezco a ti. Si realmente fueras capaz de romperme para volver a construirme nuevamente, ninguno de los dos estaría aquí. No importa cuán jodidas estén las circunstancias. Realmente estoy enamorada de ti... y créelo o no, tú también lo estás de mí.

—Gatita —dijo—, los monstruos no pueden amar. —Se pasó una mano por los ojos—. Ahora, bájate de la camioneta. Camina hacia la frontera y no vuelvas a mirar hacia atrás.

Incapaz de controlarme, envolví mis brazos a su alrededor tan fuerte como pude.

—Te amo, Caleb. ¡Te amo! Si realmente te importo... Por favor, no lo hagas. Por favor, no me dejes. No sé cómo vivir sin ti. No me obligues a ser alguien que jamás podré volver a ser.

Sus brazos me guiaron amablemente hacia atrás y cuando nuestros ojos se encontraron, pude ver finalmente todas las emociones que estaba intentando ocultar.

—Vive por mí, Gatita. Sé todas las cosas que jamás serías conmigo. Ve a la universidad, encuentra a un tipo normal y enamórate. Es hora de que te vayas, Gatita. Es tiempo para ambos de marcharnos.

—¿Dónde irás?

—Es mejor que no lo sepas.

Mi corazón se hundió, pero supe que había perdido la discusión y que con ello no detendría ese adiós. Quise besarlo, sólo un último beso para recordarlo, pero supe que besarlo sería una tortura. Deseaba recordar nuestro último beso como uno de conexión y pasión, no de tristeza y pesar.

Lo dejé ir y abrí la puerta.

—Toma esto —susurró y empujó el arma hasta mí—. Es cómo escapaste.

Miré el arma por un largo rato. Incluso contemplé tomar a Caleb de rehén con eso y forzarlo a que nos llevase a otro lugar. Pero él me había herido. Su rechazo me había dolido más que nada y mi orgullo me impidió volver a rogarle.

Tomé el arma y miré fijamente su perfecto perfil, mientras él miraba a través del parabrisas sin volverse hacia mí. Tomó su decisión y no había sido yo. Di un paso fuera de la camioneta, cerré la puerta de un golpe y comencé a caminar hacia la frontera.

Mientras caminaba pude sentir sus ojos clavados en mí de la manera en que siempre pude sentirlos. Lágrimas cayeron sin vergüenza por mi rostro, pero no

intenté limpiarlas. Me había ganado esas lágrimas y pensaba llevarlas como símbolo de todo lo que había pasado. Ellas representaban todo el dolor que había sufrido, el amor que sentí, y el océano de pérdida que inundaba mi alma. Finalmente había aprendido a obedecer y nunca mirar hacia atrás.

Estaba cubierta de sangre y magullada cuando llegue a la frontera. En estado de shock por todo lo que había sucedido entre Caleb y yo, no respondí del todo bien a los oficiales de la frontera que me gritaban con sus armas alzadas. Llevaba un arma en la mano y no temía usarla. ¿Y si moría? ¿A quién coño le importaría?

Puse el arma en mi cabeza y exigí que me dejaran pasar.

Los bastardos me dispararon.

Creí que iba a morir, desangrándome en el suelo mientras me esposaban. No sabía que me habían disparado con balas de goma.

Capítulo 26

Día 14

Matthew se sentó frente a la anteriormente llamada Señorita Olivia Ruiz. Lucía horrible. Su largo cabello negro había sido apartado de su cara, recogido en un moño alto. Tenía círculos oscuros bajo sus ojos y no había comido mucho. Su falta de ingesta de alimentos la había mantenido en el hospital por 72 horas más, pero no la pudieron retener una vez que decidió irse.

La Agente Sloan también estaba en la habitación. Las revelaciones del caso habían sido un poco difíciles de digerir para ella, y Matthew deseaba que hubiese alguna manera de reconfortarla sin darle pie a nada. Había ido a su habitación después de visitar a Olivia en el hospital y haber averiguado sobre la última conversación entre él y Olivia. Hablaron sobre el caso por un rato pero luego ella había querido hablar sobre la noche que tuvieron sexo y tenía que hacerle saber en términos muy ciertos que solo había sido un romance de una noche. Ella lo había llamado un cobarde. Él la había llamado peor.

—¿Es esta la última hoja de papel? —preguntó Sophia Cole.

—Sí —dijo Matthew—. Una vez que salga de esta habitación, será Sophia Cole. A cambio de su silencio en cuanto a lo sucedido en los últimos cuatro meses, el departamento ha decidido retirar los cargos y darle una nueva identidad. Nosotros cubriremos los gastos médicos y le daremos el billete de avión que pidió. Adicionalmente, su madre recibirá 200.000 dólares que serán pagados en cinco años. Entienda que si llegas a violar los términos del acuerdo con el gobierno de los Estados Unidos, será tratada como una terrorista bajo las provisiones del Acta Patriota y sujeta a pagar una multa de 250.000 dólares y posible encarcelamiento. Como sospechosa de ser terrorista, no será garantizado su derecho a un abogado ni serán presentados cargos oficialmente. Sin embargo, su caso será revisado cada tres años para determinar si es o no una posible amenaza. ¿Comprende los términos de este acuerdo?

—Sí —susurró aburridamente Sophia.

—¿Está de acuerdo con los términos de este acuerdo? —preguntó.

—Sí —dijo Sophia—. No es que tenga otra opción.

Matthew suspiró pesadamente y cruzó miradas por un segundo con Sloan. Ella sacudió su cabeza ligeramente, haciéndole saber cuánto odiaba lo que estaba sucediendo. Matthew también lo odiaba pero sus manos estaban atadas en cuanto al problema. —El gobierno de los Estados Unidos le ha dado todo lo que ha pedido con la excepción de devolverle el revólver S&W modelo 29 que fue confiscado cuando fue aprehendida —dijo Matthew.

—Y los chicos malos quedan libres, no olvide esa parte Agente Reed —dijo Sophia fríamente.

Matthew estaba molesto por eso también, pero él había hecho su trabajo y había dado tanto como podía.

—Sus pertenencias no fueron nunca recuperadas en la subasta en Karachi, Señorita Cole.

No se sentía bien llamarla por ese nombre pero era lo que ella había decidido y Matthew la respetaría.

—El gobierno estadounidense no ve necesidad de dañar sus relaciones con Pakistán basándose en alegatos infundados. Sin embargo, será mencionado en el informe que su declaración guió a las fuerzas conjuntas a la subasta que resultó con la liberación de más de 127 víctimas de tráfico humano y el arresto de 243 potenciales traficantes.

—Como sea Reed, ¿terminamos aquí? Me gustaría irme —dijo Sophia. Matthew no tomó su desdén de forma personal. Sabía la verdadera razón de su incomodidad y tenía muy poco que ver con el trato que estaba haciendo, el trato que había pedido. Ella aún estaba lamentando la muerte de Caleb... de James.

Matthew sospechaba que seguía vivo pero hasta donde a él y al departamento le concernía, James Cole había muerto en México de las heridas de bala que obtuvo mientras ayudaba en el escape de Olivia. El tirador, Khalid Baloch, estaba libre. Matthew también había cerrado el caso del secuestro de James Cole pero no antes de llegar a la asistente personal de Demitri Balk quien le había dicho que el señor Balk no tenía “niños sobrevivientes”. El mismo señor Balk no estaba disponible.

—Sí, señorita Cole, hemos terminado —dijo Matthew. Casi podía sentir el dolor de Sophia a través de la mesa y parecía estarse abriendo camino hacia su mente. Había querido que las cosas terminaran de una manera diferente. No solo para Sophia, sino también para él. Había estado perdiendo la fe en el sistema desde hacía tiempo. Había tenido la esperanza de que resolver el caso y encarcelar al tipo malo, tal vez le devolviera algo de la pasión que sentía por su trabajo. En cambio, su victoria había sido agri dulce. Más de cien mujeres habían sido liberadas de ser esclavas sexuales, pero solo una parte de sus traficantes verían los interiores de una celda. La mayoría de ellos solo pagarían una multa y

saldrían libres. “Dulce amargo” era una descripción vaga para lo que había sucedido en Pakistán.

—Vamos, cariño —dijo Sloan a Sophia—. Te acompaño hasta afuera —él se levantó, juntó sus papeles y los guardó en su maletín. Matthew miró intensamente a Sloan. Su cabello estaba recogido en una trenza francesa y su cara estaba limpia de maquillaje. Tenía puesto un traje gris que cubría todas sus sexis curvas, ella era un enigma. Matthew se preguntaba cómo era que cambiaba como el día y la noche. Como trabajadora social, parecía enfática y privada de facetas interesantes en su personalidad pero Matthew sabía, de primera mano, como podría ser cuando bajaba la capa. Casi se arrepentía de no haber aceptado su oferta de más sexo, nunca había estado con una mujer tan atenta de sus necesidades. Pero luego recordó que ella lo asustaba un poco.

Matthew se levantó y ofreció su mano a la señorita Cole.

—Adiós, señorita Cole, por favor sepa... que puede contactarme si alguna vez necesita algo. Tiene mi tarjeta y me sentiré ofendido si no la usa.

Sophia le sonrió pero lagrimas se mostraron en sus ojos.

—Gracias, Reed. Sé que hiciste tu mejor esfuerzo. —Apretó su mano.

—Gracias, señorita Cole —le dijo. No sentía que fuese suficiente, probablemente nunca lo sería. Matthew se giró hacia Sloan y le dio la mano—. Gracias por toda su ayuda también, Agente Sloan.

Sloan levantó su ceja caoba pero agarró la mano de Matthew y la apretó.

—No hay problema, Agente Reed, hágame saber si necesita ayuda con el informe final, me iré a Virginia mañana por la noche pero hasta entonces... mi teléfono estará encendido. —Ella sonrió y Matthew sintió que su cara empezaba a calentarse.

—Debería tenerlo todo, pero gracias —dijo rígidamente.

—Vosotros dos deberíais follar y acabar con esto —dijo Sophia sin humor.

—¡Livvie! Quiero decir... vámonos —dijo Sloan.

Matthew no tuvo oportunidad de responder antes de que las dos mujeres salieran de la habitación. Sonrió para sí mismo y movió su cabeza. Definitivamente iba a extrañar a Livvie y su grosero sentido del humor. Esperaba que buscara la ayuda que necesitaba y se recuperara definitivamente algún día. Sería una pena que una persona hermosa, inteligente y valiente perdiera su fe en el futuro.

Matthew tomó su grabadora y la apagó. Era un artilugio arcaico considerando que todo en esa habitación estaba grabado por las cámaras de vigilancia. Pero a

él le gustaba tener su propia evidencia, las cosas tendían a perderse. La colocó en su maletín junto con sus archivos y se dirigió a la puerta.

Mientras caminaba hacia el ascensor, vislumbró a “Sophia” intercambiando un abrazo lloroso con su madre. A Matthew no le agradaba esa mujer después de todo lo que había aprendido sobre ella. Estaba feliz de que finalmente obtuviera la oportunidad de ver a su hija y tal vez disculparse por todo lo que le hizo pasar. Como parte del acuerdo, la familia de Sophia sería reubicada y a su madre le ofrecerían formación y empleo. Era más de lo que merecía según la estimación de Matthew.

Matthew estaría de regreso a un apartamento vacío en el sur de California hasta que fuese asignado a un nuevo caso. Esperaba que se diferenciara mucho de este y estaba seguro de que así sería. Mientras tanto, había decidido que no se rendiría hasta entrar en contacto con Demitri Balk. El tipo estaba involucrado y a pesar de que toda la evidencia indicaba lo contrario, no era intocable. Tal vez, con el pasar del tiempo, él también le llevaría a Muhammad Rafiq y al resto de sus cómplices.

James Cole merecía justicia.

Capítulo 27

*N*o quiero venganza, Caleb. No quiero terminar como tú, dejando que una maldita vendetta dirija mi vida. Sólo quiero mi libertad. Livvie.

Día 287: Kaiserslautern, Alemania.

Había aprendido de la manera difícil que no había futuro cuando lo único que podía ver era la venganza. La única cosa que la venganza le había dado era un breve momento de satisfacción, seguido de un abismal vacío. Quería sentirse completo en vez de vacío, amado, en lugar de temeroso.

Amor, se recordó Caleb. El amor era el propósito de todo esto. Había estado soñando con este momento por casi un año, pero ahora que su momento había llegado, vaciló. ¿Sería lo correcto? ¿Debería tomar su propio consejo: seguir y nunca mirar hacia atrás? No estaba seguro.

Como entrenador de esclavos, había entrenado al menos a una veintena de chicas. Algunas habían estado dispuestas, ofreciéndose a sí mismas como esclavas del placer para escapar de la miseria, sacrificando libertad por seguridad. Otras habían venido a él como hijas obligadas de campesinos pobres que buscaban deshacerse de una carga a cambio de una dote. Algunas habían sido la cuarta o quinta esposa de los jeques y los banqueros, enviadas por sus maridos para aprender a satisfacer sus distintos apetitos. Había entrenado a tantas, que había olvidado sus nombres.

Ahora los sabía todos de memoria. Ojal Nath había terminado en Turquía, su Amo había muerto y terminó siendo propiedad de su hijo. Caleb había pagado el rescate de un rey para liberarla. Estaba a salvo en casa con su familia, y tenía el dinero suficiente para mantenerse a sí misma y a su pequeña hija.

Había sido demasiado tarde para salvar a Pia Kumar, que había estado muerta desde hacía cinco años. Había sido golpeada hasta la muerte por la nueva esposa de su Amo. Caleb se había asegurado de enterrar a los dos juntos. Vivos.

Isa Nasser, Mazin Naba, y Awad Jamila, se habían negado a su libertad. Habían llegado a él por su propia voluntad desde un principio y vivieron felices con sus respectivos Amos-esposos. Habían estado más aterrorizadas de Caleb que de

permanecer en su servidumbre. Les había deseado el bien y se había comprometido a mantener un ojo sobre ellas.

Sus años pasados con Rafiq le había construido una reputación y Caleb se aprovechó del miedo que había cultivado como el *discípulo fiel* de Rafiq. Una gran cantidad de sangre se había derramado en los últimos diez meses, alguna de ella también pertenecía a Caleb, pero no compró la redención. Caleb sabía que nunca podría ser redimido por lo cual había hecho las paces con eso. No podía corregir los errores, pero podía ofrecer un futuro mejor a los que había hecho mal por el bien de su propio egoísmo.

No se trataba de venganza. Caleb había tenido venganza suficiente para durar varias vidas. Las cosas que había hecho a Rafiq y Jair en México no le habían dado consuelo. Le habían dado pesadillas. La venganza en Caleb, se había convertido en amor. Amaba a Livvie. Mediante ella, había aprendido lo que el amor podía lograr que hiciera una persona y eso lo guió hacia adelante. Ella le había dado un regalo y aunque no se lo merecía, trató de asegurarse de que no había sido en vano.

Su trabajo estaba lejos de haber terminado y permaneció dedicado a su tarea, pero el camino era largo y Caleb era un ser humano. Había un agujero en su corazón y cada día crecía, amenazando con tirarlo a un pozo de desesperación.

Caleb, vigilando en diagonal hacia la calle de enfrente, miró a la chica que había estado observando durante los últimos treinta minutos. Su pelo estaba recogido lejos de su cara, un gesto fruncido se dibujó en su boca mientras miraba fijamente el ordenador portátil puesto en la mesa, delante de ella. Se removía a veces, aludiendo a un sentido de inquietud que no podía ocultar. Se preguntó por qué parecía tan ansiosa. Mientras miraba su hermoso rostro, se sintió rebosante de esperanza y ardiendo de vergüenza.

Después de México, Caleb había viajado más lejos y más al sur, hasta que pudo reservar un pasaje a Suiza. Le gustaba Zürich, le gustaba su diversidad y riqueza, y sabía que nadie lo notaría allí. Había estado invirtiendo en bienes de consumo y tenía suficiente dinero ahora para vivir a su antojo y viajar por el mundo liberando a las mujeres que había hecho daño. Aun así, no estaba en su naturaleza seguir siendo miserable, y por eso, había buscado a Livvie.

Al principio, había un montón de información. Simplemente había tenido que encender su ordenador y filtrar a través de las decenas de noticias de las semanas siguientes a su rescate. Las cosas no habían sido fáciles para Livvie una vez que había cruzado la frontera. Había sido blanco de los medios de comunicación, hambrientos de polémica. La siguieron en cada movimiento, y su renuencia a hablar con la prensa sólo la convirtió en un blanco más atractivo.

Su hermoso rostro había iluminado la pantalla de su ordenador, pero todo lo que había averiguado era que se había negado a hablar con nadie. Parecía triste,

y su corazón estaba dolido porque sabía que era su culpa. Luego, después de unas semanas de reportaje, Livvie aparentemente había desaparecido.

Caleb había llamado al banco en México y fue informado de que la cuenta que había establecido estaba cerrada desde hacía varios meses atrás. La persona que había cerrado la cuenta no había dejado ningún mensaje en el banco.

Su próximo plan de ataque había sido encontrar a Livvie a través de su familia. Caleb sabía que el FBI estaría manteniendo una estrecha vigilancia sobre Livvie y había decidido contratar a un investigador privado a través de internet. La familia de Livvie se había ido y el investigador privado que había contratado no podía proporcionarle ninguna respuesta. En cambio, el investigador había pedido reunirse en persona, y Caleb había cortado todas las comunicaciones.

Casi había perdido la esperanza de encontrarla hasta que se acordó de que había tenido una amiga llamada Nicole. Caleb no sabía el apellido de la chica y había tenido que ir a encontrarla él mismo. Estaba asistiendo a la universidad en California. La había seguido durante semanas, pero no había visto ninguna señal de Livvie.

Su oportunidad no llegó hasta que Nicole dejó su ordenador portátil desatendido mientras se iba a jugar a Ultimate Frisbee²⁶ con sus amigos. Caleb simplemente pasó por delante de la mesa llena de sus pertenencias y tomó el ordenador juntamente con otros objetos de valor que podía agarrar en pocos segundos. Quería que pareciera un robo en general.

Livvie no había sido fácil de encontrar y en un primer momento se había alegrado. Sin embargo, en los meses que habían pasado, se había convertido en una obsesión saber cómo estaba. El portátil de Nicole era la mejor oportunidad de hacerle saber cómo le había ido a Livvie. Se había dicho que sólo quería asegurarse de que estaba a salvo y feliz, pero en el fondo de su mente, él conocía la verdadera razón por la cual quería volver a encontrarla.

—¡Soy tuya! ¿No es eso lo que dijiste? ¿No es lo que me prometiste? ¡Lo que juramos! —había gritado ella.

De vuelta en su hotel, había abierto el portátil con dedos temblorosos y el corazón acelerado. Al principio, había pensado que era otro callejón sin salida, pero luego se dio cuenta de que Nicole había estado tratando de hacer contacto con alguien llamada Sophia, desde hacía bastante tiempo. Siguió el rastro,

²⁶ **Ultimate Frisbee:** es la principal modalidad de la disciplina deportiva del Disco Volador "Flying Disc", es un deporte competitivo sin contacto entre jugadores que es jugado en equipos con un disco volador de 175 gramos.

abriendo cada mensaje que Nicole había enviado hasta que por fin, llegó a un correo electrónico de Sophia.

A: Nicole <whitefish4568@...>

De: Sophia <cleverkitten89@g...>

Asunto: Re: ¿Dónde diablos estás?

23 de diciembre 2009

Hola chica, ha pasado tiempo, no has tenido noticias de mí... Lo sé. Lo siento. Mientras escribo esto, sé que tienes todo el derecho de golpear el botón de borrar, pero espero que al menos me escuches. Es casi Navidad, y me siento sola. Te echo de menos. Echo de menos a mi familia (nunca pensé que diría esto).

He estado vagando por Europa, viendo todas las cosas que la mayoría de la gente no llega a ver en toda su vida. ¿La verdad? No todo es tan bueno como pretende ser. Los franceses son realmente idiotas. No te recomendaría venir a menos que hables con fluidez el francés, porque son bastante horribles para los turistas. Para ser la ciudad del amor, es malditamente solitaria. Tuve que subir por las escaleras hasta la Torre Eiffel y cuando por fin llegué a la cima me di cuenta de que no tenía a nadie para compartir el momento conmigo. Quiero decir, que estaba lleno y la gente se empujaba y la vista era realmente preciosa, pero estando sola, era sólo otro edificio alto. Alguien robó mi cartera y no me di cuenta hasta que traté de conseguir algo de la tienda de regalos.

Inglaterra es súper caro. ¿Sabías que cada libra es como dos dólares? No me quedé allí mucho tiempo. El dinero que tengo es genial, pero no va a durar para siempre si no cuido cómo lo gasto. Lo único bueno de Inglaterra es que la gente es mucho más amable, pero los hombres me recuerdan un poco demasiado a ya sabes quién. El acento me da ganas de llorar.

Lo echo de menos, Nick. Sé que es estúpido, pero lo hago. Creo que es por eso que no podía hablar con nadie después de dejar el hospital. No pensé que lo entenderías. No es que no confíe en ti, lo hago. Es que lo amo, mientras que todos los demás lo odian y no puedo lidiar con eso.

Algún día, voy a estar lista. Algún día, voy a dejar de amarlo y verlo donde quiera que vaya. Voy a dejar de oír su voz en mi cabeza y soñar con sus besos cada noche. Algún día, voy a ser capaz de ver las cosas como debería y odiarlo por todo lo que me hizo pasar, pero no hoy. Ni mañana.

Estás enfadada conmigo y créeme, lo entiendo. Yo estaría enojada si decidieras desaparecer de la faz de la tierra y no responder a mis mensajes, pero necesitaba tiempo. Todavía lo necesito. Si no estás allí para mí cuando te llegue esto, lo entenderé. Sólo quiero que sepas que te quiero y que nunca quise que las cosas fueran así entre nosotras. Si no se de ti, que tengas una Feliz Navidad.

Abrazos,

Sophia.

Caleb buscó en los demás mensajes, pero no encontró ninguno después del correo electrónico de Livvie. Al parecer, Nicole había seguido adelante, y Livvie se lo había permitido. Tal vez, pensó Caleb, debería hacer lo mismo con Livvie, pero su corazón la reclamaba. Necesitaba saber si ella todavía lo amaba, o si había estado en lo cierto y todo lo que había sentido por él se había basado en su necesidad de sobrevivir.

Había agonizado sobre si debía o no buscarla. Sabía que su respuesta podría acabar con él, pero necesitaba saberlo. Necesitaba saber si sufría sin él, tanto como él padecía sin ella. Si lo amaba, quería pasar el resto de su vida tratando de ser digno de ella. Si no lo hacía, al menos podía encontrar consuelo en saber que había tomado la decisión correcta al darle su libertad.

Caleb miró a la chica sentada fuera de la cafetería. ¿Acaso podría conocerla más? ¿Podía ella sentir que la vida de él colgaba precariamente de un hilo? ¿Podía sentir sus ojos sobre ella? ¿Tenía un sexto sentido para los monstruos? El pensamiento lo entristeció.

Había estado aquí antes. Había hecho esto antes. No debería estar mirando. No debería estar pensando en sí mismo metiéndose de nuevo en su vida. Todavía tenía trabajo que hacer, liberar a las mujeres de la esclavitud que había sometido a vivir.

Miró a la chica por última vez.

Te quiero, Livvie.

Puso la llave en el contacto y se fue.

* * * *

Día 392: Madrid, España

Es sólo una sensación, pero he estado teniéndola un tiempo. Alguien me ha estado observando. He estado en contacto con Reed y él obedientemente puso algunas antenas para saber si podría estar en peligro. Se supone que me

encuentro con él en pocos días, con el pretexto de seguir un caso de falsificación. Mientras tanto, quiere que me comporte con normalidad. No quiere que quienes sean los que estén siguiéndome sepan que sé sobre ellos.

Reed dice que ha escuchado informes de alguien dirigiendo a los socios conocidos de Rafiq. Rafiq ha estado ausente durante más de un año y su gobierno no está muy feliz por eso. Piensan que el FBI tiene algo que ver con su desaparición. Por supuesto, no pueden probarlo. Sin embargo Reed no parece demasiado errado sobre eso. El culpable aparentemente es algún tipo de vigilante. Había liberado a dieciocho mujeres de la esclavitud sexual.

Cuando me enteré de la noticia, inmediatamente pensé que podría ser Caleb y mi corazón se sintió como si alguien lo hubiera apretado en un puño. Reed no lo dice, pero pensé que también podría sospechar que era Caleb. Fue la forma en que me preguntó si tenía alguna idea de quién podría ser el responsable, o si alguien se había puesto en contacto conmigo.

—James Cole está muerto —yo había susurrado.

—Sí —respondió Reed—. Espero que tenga el suficiente sentido común para permanecer de esa manera.

Deseo estar de acuerdo con Reed, pero en mi corazón, sé lo que realmente quiero. Quiero que sea Caleb. Quiero saber que está vivo. Quiero saber que está ahí tratando de corregir algunos de sus errores. Más que nada, quiero ver a Caleb de nuevo.

Había contemplado suicidarme desde el principio, pero luego oía la voz de Caleb en mi oído, diciéndome que sobreviva, que ese era el camino de los cobardes. Por lo tanto, había tomado el dinero que Caleb había dejado para mí y había decidido ver las partes del mundo que había oído hablar tanto y que pensé nunca pondría ver con mis propios ojos.

El año pasado ha sido un torbellino. Había perdido tanto y sólo ahora he comenzado a obtener algo de vuelta. Hasta la fecha, he visto cuatro de las siete maravillas, y tengo planes para ver las pirámides antes de que termine el año. Tengo un empleo, trabajando como camarera en un Applebee²⁷. ¿Quién viene a Barcelona para comer en un Applebee? No me importa, sin embargo, es un trabajo que paga por mis clases en la Universidad Europea de Barcelona, donde estoy estudiando escritura creativa.

No me gusta depender del dinero de Caleb, así que tengo un asesor financiero que invierte por mí y se ocupa de mis asuntos. Cada mes, recibo una remuneración generosa para complementar mis ingresos de trabajo como camarera.

²⁷ **Applebee:** Cadena de restaurante estadounidense de comida rápida que opera en todo el mundo mediante franquicias.

Las cosas estaban realmente difíciles al principio, pero conseguí que sean más fáciles tomando mi vida y dividiéndola en pequeños pasos. Me despierto, tomo una ducha, me lavo los dientes, me visto y voy a trabajar. Conozco personas e incluso he conseguido hacer algunos amigos. Conocí a Claudia y a Rubio en la fila para una proyección de *The Rocky Horror Picture Show*. Claudia se había vestido como Colombia, y su novio como Riff Raff. Yo no me disfracé.

Son grandes amigos. No hacen preguntas sobre mi pasado y no ofrezco ninguna información. Sobre todo, nos gusta pasar el rato después de trabajar y beber una jarra de sangría fuera de *El Gallo Negro*. Sirven la mejor paella de pollo y pescado que he encontrado en algún lugar. Después de saciarnos, solemos ir a ver la película más reciente o vamos a mi casa y jugamos Rock Band con mi PlayStation.

Mis amigos no pueden preguntar sobre mi pasado, pero siempre están interesados en mi presente y futuro. A menudo tratan de tenderme una trampa con sus otros amigos, pero me resisto firmemente. No es que no quiera un novio, lo hago, pero no estoy lista.

Caleb todavía llena mis sueños y él empieza todas y cada una de mis fantasías. Todavía tengo la foto que Reed me dio, y así, puedo imaginar su rostro con toda claridad cuando me toco. A veces suave y lento, alcanzando el clímax igual que uno se despereza después de una buena siesta. A veces, me gusta que sea rápido y duro. Pellizco mis duros pezones y froto mi clítoris mientras empujo mis dedos profundamente dentro de mi coño y juego con las palabras de Caleb en mi cabeza.

—¿Te gusta eso, Mascota? —pregunta.

—Sí, Caleb —respondo.

Nunca les menciono a Caleb a Claudia o a Rubio. Mis recuerdos y fantasías son mis propios asuntos, pero creo que Claudia puede decir cuánto extraño a Caleb. Sonríe y alcanza mi mano. Me recuerda que no es necesario estar sola.

He estado pensando acerca de Caleb con más frecuencia en los últimos meses. Desde que me pareció sentir su mirada en mí un día fuera de un café en Alemania. Había estado sentada fuera, escribiendo en mi portátil. Por otra parte, yo había estado escribiendo sobre él.

He estado escribiendo nuestra historia durante más de un año, todos los detalles que puedo recordar. Sé que no debo hablar de lo que pasó en público, pero se me ocurrió que unas cuántas personas querrían escuchar mi historia. ¿Por qué no debería ser capaz de contarla? No soy una completa idiota. He cambiado

todos los nombres y ubicaciones. He decidido vender el libro como ficción. Y, por supuesto, tengo un seudónimo. Lo importante para mí es que la gente lo lea y quizás entienda por qué todavía estoy enamorada del hombre que me mantuvo prisionera.

Lo sé todo sobre James Cole. Reed puede ser un imbécil, pero su corazón normalmente está en el lugar correcto. Me dijo todo lo que pudo. He deducido el resto. Al principio, me sentía destruida por todo lo que había sabido. Había llamado a Caleb un monstruo, pero él sólo había estado haciendo las cosas que le habían enseñado a hacer.

A menudo pienso en el día en que entró en la habitación, cubierto de tierra, manchado de sangre, y devastado por todo lo que había hecho para llegar de ese modo. No había duda en mi mente que había matado a Rafiq. Sólo deseo que hubiera sabido que sus lágrimas habían sido en vano. Me pregunto si la razón por la que Caleb me rechazó fue porque se sentía culpable por lo que había hecho a Rafiq para salvarme. Tal vez, si hubiera sabido que Rafiq era un verdadero monstruo, me hubiera llevado con él en vez de echarme de su vida. O por el contrario, tal vez no.

—Tienes esa mirada de *perdida en el espacio* de nuevo —dice Claudia mientras toma asiento frente a mí en la mesa—. Un día vas a tener que decirme de qué se trata. Sé que tiene que ser un chico. —Ella mueve sus cejas hacia arriba y abajo.

Le sonrío

—Llegas tarde. ¿Dónde está Rubio?

—Se encontró con su amigo, Sebastián. Creo que van a estar aquí en un momento.

—Claudia —gimo—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No estoy interesada en volver a salir con nadie.

—¡No es nada! Te juro que fue un accidente total. Estábamos de camino aquí y lo encontramos con los demás. —Rápidamente se sirve un vaso de sangría y empieza a beber. Es una mentirosa terrible—. Además, es una preciosidad. Es un estudiante de la EUB y quiere ser artista. Es bueno también, Rubio y yo vimos algunas de sus pinturas.

—Tengo que irme —digo y empiezo a recoger mis cosas. Definitivamente no estoy de humor para tratar con otra cita a ciegas *accidental*.

Claudia pone los ojos en blanco y me tira de nuevo hacia mi asiento.

—No seas descortés, Sophia. Rubi no te citó con un troll. Vamos, quédate a una ronda.

—Entonces, es una cita —le frunzo el ceño a Claudia y ella incluso no se ruboriza.

—Sí, está bien, lo es. Somos horribles amigos por querer verte feliz. —Ella sacude sus manos en el aire con sarcasmo.

—Soy *feliz*, Claudia. Estaría mucho más feliz si dejarais conseguirme citas. — Cruzo los brazos sobre el pecho, pero sé que no puedo estar enojada.

—Disculpa, Sophia —interrumpe el camarero. Su nombre es Marco y conoce a nuestro pequeño grupo bastante bien. Me invitó a salir un par de veces, pero siempre le digo que no.

—¿Qué pasa, Polo? —digo con una sonrisa. Él aborrece su apodo.

—Muy graciosa. Alguien me pidió que te diera esto —dice y me entrega una hoja de papel.

—Ooooh, ¡un admirador secreto! —dice Claudia. Tanto Marco como yo nos sonrojamos, pero sólo Marco tiene el lujo de alejarse de una situación incómoda.

—Eres una idiota, ¿lo sabías? —le digo a Claudia, pero ella sólo sonríe.

Abro la nota y sólo tengo que leer la primera oración para saber de quién es.

No me puedo imaginar lo que debes pensar de mí...

Me pongo de pie tan rápido, que derribo la jarra de sangría y se hace añicos en el suelo. Mi corazón late a un ritmo frenético, pero familiar. Claudia está de pie, tratando de que la note, pero estoy demasiado ocupada escaneando la multitud por él. Está aquí en alguna parte. ¡Está aquí! No lo veo y me dan ganas de gritar. No puedo perderlo de nuevo. ¡No puedo! Ya hay lágrimas en mis ojos. Miro hacia abajo en la nota:

Y no espero que me hayas perdonado. Aun así, egoístamente, tengo que preguntarte, ¿estás contenta por haberte hecho salir del coche? ¿Estaba bien? ¿Todo lo que sentías por mí fue a causa de mi manipulación? Si es así, por favor, quiero que sepas que estoy profundamente arrepentido. Jamás te volveré a molestar. Juro que nunca tendrás motivos para temerme. Pero si me he equivocado, si todavía te importo, ¿te reúnes conmigo? Paseo de Colon, torre Sant Sebastiá, ocho en punto de esta noche.

-C

—Me tengo que ir, Claudia —le digo.

—¡Espera! ¿Qué ha pasado? Háblame, Sophia —Claudia grita detrás mío.

Ya voy a mitad de la manzana. Mientras corro, miro a mi alrededor. ¿Me está mirando? ¿De verdad es él? ¿Debo llamar a Reed? Podría ser una trampa, pero no lo creo. Sólo Caleb sabría acerca de nuestra última conversación. Es él. Lo siento en mis malditos huesos.

Estoy llorando para cuando llego a mi apartamento. Miro el reloj. Son sólo las cuatro. Tengo cuatro horas enteras para esperar. He esperado un maldito año entero, pero estas últimas cuatro horas van a ser una tortura.

Epilogo

James tragó saliva densamente mientras miraba las palabras en la pantalla.

Mientras caminaba pude sentir sus ojos clavados en mí de la manera en que siempre pude sentirlos. Lágrimas cayeron sin vergüenza por mi rostro, pero no intenté limpiarlas. Me había ganado esas lágrimas y pensaba llevarlas como símbolo de todo lo que había pasado. Ellas representaban todo el dolor que había sufrido, el amor que sentí, y el océano de pérdida que inundaba mi alma. Finalmente había aprendido a obedecer y nunca mirar hacia atrás.

FIN

Al final Sophia había escrito una gran historia de amor trágica, pero era una historia de amor de todos modos. Había sido muy generosa con él, pintando una lejana y mejor pintura del hombre que había sido que el que sería. Había estado trabajando durante semanas, retenida en su pequeño cuarto de la planta de arriba. No le permitió estar ahí, y a pesar de que no le gustaba, respetó los deseos de Sophia. Respetó todos sus deseos esos días.

Hacia varias horas, que había volado hacia la cocina y arrojó los brazos alrededor de él.

—¿Por qué estás sonriendo, Gatita? ¿Al final terminaste? —preguntó James.

—¡Sí! Terminé —dijo ella y continuó con un pequeño baile. Inmediatamente le había arrastrado a la planta de arriba y le plantó en frente del ordenador portátil para que pudiese comenzar a leer. No había otra silla, así que ella había caído de rodillas y apoyado su cabeza en las rodillas de él.

Mientras leía, le acarició el pelo. James había estado asustado de leer todo el punto de vista de Sophia, pero estaba orgulloso de lo que había hecho y descubrió que Sophia recordaba todo. Ella le amaba, estaba seguro de ello y mientras todavía no pensaba que lo merecía, no obstante estaba feliz por ello.

Una vez más vio su forma de dormir, incapaz de resistirse a apartarle el pelo de la cara y ponerlo tras su oreja. Su boca se aflojó, y estaba seguro de que había babeado sobre él, pero no importaba. Era la cosa más hermosa que había visto.

No podía evitar acariciarla. Amaba los suaves ruidos que hacía cuando lo hacía. No la merecía. Nunca lo haría.

Había estado con él durante más de un año, y en secreto siempre esperó que se cansara de él y decidiera dejarle. A menudo le decía que le amaba, y cada vez, lo reducía a su núcleo. No se merecía su amor. No podía atreverse a fingir que lo merecía.

Cuando había entendido que ella había estado escribiendo la historia de ambos, la ayuda de cualquier manera que pudiese. Fue su salida tanto como la de ella. Necesitaba verlo en blanco y negro, el dolor que la traspasó, el monstruo que había sido. Nunca quiso olvidar lo que nunca podía permitirse a sí mismo ser otra vez.

Desde la noche que Sophia se había encontrado con él en el Paseo, la noche que él había decidido dejar todo atrás e integrarse en la sociedad dominante, mucho en él había cambiado. Lejos de los horrores de su juventud, lejos de la sangre y la venganza, sólo era... James.

Al principio, no había tenido idea de qué hacer consigo mismo. Todo a su alrededor, la auténtica vida estaba sucediendo, y él era un espectador. ¿Qué sabía sobre conocer a personas en cafés? ¿Acerca de comprar comida?

Pero en la noche, en la oscuridad, cuando descubrió que no podía dormir porque el mundo de repente se sentía muy grande... ahí estaba Sophia.

Cada vez que pensaba en escapar y volver a la vida que conocía, pensaba en el día en que le había dado la nota. Ella se había echado a llorar y se alejó del café. Había pensado que llamaría al FBI y había estado preparado para ir a prisión si eran los únicos que se encontraban con él en el Paseo.

En vez de eso, ella se había reunido con él allí. Permaneció de pie, viéndose como una Diosa entre plebeyos. Su pelo caía en suaves ondas por su espalda, ocasionalmente levantado por la brisa. Llevaba un vestido negro que abrazaba sus pechos y desnudaba su espalda. También llevaba unos tacones increíblemente altos. Eran peligrosos, considerando las calles empedradas. Ella había querido que supiera que era una mujer madura que no le tenía más miedo.

Se acercó a ella a través de la calle. Estaba nervioso. Vestía pantalones vaqueros y un jersey de cachemira negro. Las mangas estaban subidas hasta sus antebrazos. Quería que supiera que era diferente. No quería herirla más.

Ella estaba de espaldas a él mientras se aproximaba, pero de repente la brisa murió y se giró cuando escuchó sus pasos acercándose.

No había habido palabras. Simplemente permaneció de pie enfrente de ella con las manos en los bolsillos. Él contuvo el aliento y, durante un momento, ella sólo

le miró fijamente. Dio un paso más cerca y él casi dio un paso hacia atrás, pero no lo hizo. De repente ella estaba muy cerca y no pudo evitar inhalar su aroma y cerrar los ojos. Ella acarició su camisa y tiró de él hacia abajo. Su cabeza le daba vueltas. Entonces le besó, y era todo lo que necesitaba ser dicho.

Se trasladó a Barcelona, así ella aún podría ir a la universidad. Nunca habían hablado del pasado. Cuando las personas les preguntaban cómo se conocieron, ella se apresuraba a interceptar la pregunta y responder. Se habían conocido en el Paseo de Colón.

Cuando hacían el amor se sorprendió al descubrir que los gustos de Sophia habían evolucionado. Quería que la azotara. Quería que le atara los brazos. Primero se sintió enfermo por eso. Sus inclinaciones eran obviamente culpa suya. Aun así, sus juegos le excitaban hasta el punto del dolor físico.

Se sentía malvado, pero lo que estaba hecho estaba hecho, y ahora haría todo lo que pudiese para darle a ella lo que quisiese. Le debía mucho. Además, no siempre era brusco. A veces era vainilla... y a él también le gustaba eso.

Con cuidado, James levantó a Sophia en sus brazos y la llevó a su habitación. La tendió en la cama, sonriendo mientras se desplazaba alrededor buscando alguna forma para ponerse cómoda. Se desvistió y se metió en la cama al lado de ella. Solo tocarla le ponía duro. Le debía mucho.

De repente se abrumó, la apretó imposiblemente fuerte. Ella gimió y se quejó hasta que sus ojos se abrieron y miró fijamente arriba a la cara de él.

—Oh, Dios mío, ¿qué va mal? —preguntó y acarició su angustiada cara.

—Te amo —susurró él.

—Yo también te amo —replicó ella. Los ojos de Sophia se llenaron de lágrimas y ladeó su cara hacia la de él.

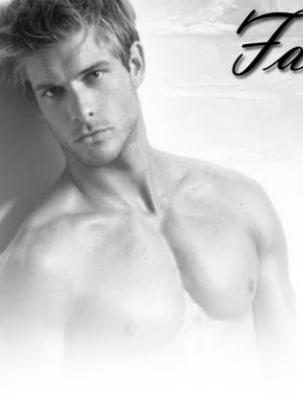
Le beso tan apasionadamente, tan dulcemente, que James pensó que si ella nunca le besaba de nuevo, ese era el beso que siempre querría recordar.

Fin.

4 de Julio, 2012

6:53 pm.

SEDUCED IN THE
dark



Acerca del Autor



351

A CJ Roberts se le da fatal referirse a sí misma en tercera persona, pero lo intentará.

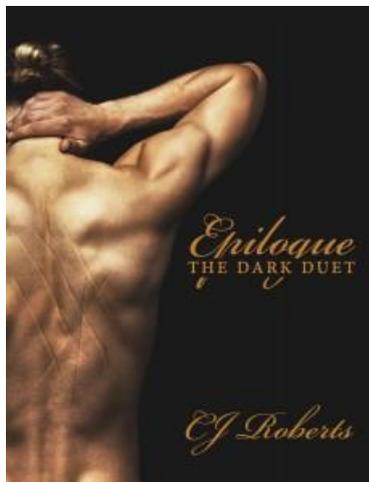
Nació y se crió en el sur de California, después de la escuela secundaria, se unió a las Fuerzas Aéreas de EE.UU. en 1998, sirvió diez años y viajó por el mundo. Su parte favorita de viajar es buscar en los suburbios de las ciudades.

Está casada con un hombre maravilloso y talentoso que nunca deja de impresionarla y tienen una hermosa hija.

También ha auto publicado una historia corta en Amazon, titulada *Manwich*, bajo el nombre de Jennifer Roberts.



Próximamente



03-Epilogue: The Dark Duet

Nota de la autora (febrero de 2013):

352

He estado trabajando en una novela corta para acompañar a *The Dark Duet*, llamada *Epilogue: The Dark Duet*. La historia está contada desde el punto de vista de Caleb y supone un desvío de mis dos libros anteriores ya que se trata bastante de Caleb hablándole directamente al lector.

Desde que salió *Seduced in the Dark* he sido inundada con emails, tweets y post de Facebook preguntándome mucho acerca de Caleb y Livvie. Intenté resistir. LO PROMETO, lo hice, pero la verdad es que yo también echaba mucho de menos a los personajes. No habrá ninguna nueva revelación. El final de *Seduced in the Dark* permanece intacto. Es simplemente una versión mucho más sustanciosa, llena de momentos íntimos y luchas que mantuve “fuera de la pantalla”.

Mi plan original era escribir un libro para el Agente Reed, mi personaje spin-off de *The Dark Duet*. Podéis estar seguras de que todavía planeo escribirle al delicioso Agente Reed su propio relato. Sin embargo, mi primer amor siempre va a ser Caleb y si soy realmente honesta conmigo misma, todavía hay mucha historia al final del libro dos. No mucha, pero suficiente para visitar a esos dos.

Así que, ¿por qué no la escribí?

Bueno, el libro ya tenía sobre 500 páginas. No tenía suficiente para un tercer libro, pero el segundo ya estaba lleno a reventar. Caleb y Livvie habían hecho el

camino de ida y vuelta desde el infierno, ¿qué más podía hacer por esas pobres almas? La acción estaba terminada, el argumento revelado, así que escribí el final e intenté hacer lo mejor que pude sin prolongarlo más de lo necesario. La brevedad nunca fue una de mis virtudes.

Pero una novela corta no es una novela. Son sólo 100 páginas y definitivamente tengo 100 páginas que valen la pena escribir sobre Caleb y Livvie. Este epílogo es realmente para los fans de la serie. La gente a la que no le gustó o que lo leyeron con el mero propósito de destriparlo lo van a odiar, pero ellos no son mi audiencia. Para los fan de esta serie, sospecho que se sentirán igual que yo mientras la escribo (¡y podéis apostar vuestros culos que sigo escribiendo!): es como visitar a viejos amigos.

Gracias a todos por vuestro apoyo increíble. ¡Sois los mejores!

La historia está escrita desde el punto de vista de Caleb y empieza la noche en que se reúne con Livvie en el Paseo de Colón. Aquí tenéis un pequeño avance.

Capítulo 1

Estoy escribiendo esto porque suplicasteis. Ya sabéis cuanto amo las súplicas. De hecho, probablemente sabéis demasiadas cosas y las sabéis demasiado bien.

Ya deberíais saberlo, no soy el tipo de persona que deja salir todos mis secretos a la luz pública. Sin embargo, Livvie me ha explicado que escribir su versión de nuestra historia la ayudó a curarse y yo estaba totalmente entregado a ese esfuerzo. Era lo último que podía hacer, considerando el hecho de que había sido el que le había causado tanto daño. Esta historia no tiene el mismo propósito para mí, pero no obstante, aquí estoy escribiéndola.

Ha pasado mucho tiempo desde *Captive in the Dark*, hoy es viernes, 8 de febrero de 2013. En mayo habrán pasado cuatro años desde que me senté en aquel turismo con lunas tintadas y consideré la idea de secuestrar a Livvie. Tengo veintinueve años ahora y finalmente lo sé con seguridad. A veces desearía no hacerlo, porque tengo que enfrentarme a cumplir treinta en agosto. Livvie es ocho años más joven que yo, pero no lo sabríais por la forma en que me habla a veces (creo que simplemente le gusta ganarse unos azotes). Livvie y yo hemos cambiado considerablemente desde las personas sobre las que leísteis. Sin embargo, ya que lo suplicasteis con tanta amabilidad, me esforzaré por contaros la historia que queréis oír.

Antes de que siga adelante, diré una palabra acerca de los nombres. Eran muy importantes en los libros de Livvie y vale la pena mencionarlo. Shakespeare preguntó: “¿Qué hay en un nombre?” Yo puedo decirte: muchísimo.

Livvie ahora se llama Sophia. Cambió su nombre cuando entró en el programa de protección de testigos en los Estados Unidos a cambio de su testimonio contra su secuestrador y violador (ese soy yo). Sin embargo, vosotras la conocéis como Livvie y así continuaré llamándola para vuestro beneficio, pero, por supuesto, eso nos lleva a la pregunta: ¿Quién soy yo?

¿Soy Caleb?

¿Soy James?

A menudo me he hecho esa misma pregunta a mí mismo y siempre viene con una respuesta diferente. Quizás la única respuesta que pueda ser verdadera sea: “Soy ambos.”

Caleb siempre será una parte de mí, probablemente la más grande. Yo quiero ser James.

James es un hombre de 29 años de Oregón. Fue criado por su madre y siempre se preguntó acerca de su padre. Creció con respeto por las mujeres, pero también una necesidad de mostrar su masculinidad para compensar la ausencia de su padre. Fue a la universidad pero se tomó un tiempo antes de graduarse para irse y ver el mundo. Conoció a Sophia en el Paseo de Colón y se enamoró al instante.

James nunca conoció a nadie llamada Livvie. Él nunca le hizo daño.

Nosotros sabemos que así no es como ocurrió. Nosotros sabemos la verdad. Así que, para el propósito de esta historia que me suplicasteis que contara: Yo soy Caleb.

Soy el hombre que secuestró a Livvie. Soy el hombre que la mantuvo en una habitación oscura durante semanas. Soy el que la ató a un poste de la cama y la golpeó. Soy el que casi la vende como esclava sexual. Pero, por encima de todo, yo soy el hombre que ella ama.

Ella me ama. Es bastante enfermizo, ¿verdad?

Por supuesto, hay más de nuestra historia de lo que se puede presumir en unas pocas frases, pero no sé qué decir para justificar mi comportamiento de entonces. Asumo que si estáis leyendo esto, no necesito dar esas explicaciones. Vosotras ya habéis hecho las vuestras propias.

Estáis leyendo esto porque queréis saber acerca del resto de la historia. Queréis saber qué pasó esa calurosa noche de verano de septiembre de 2010, la noche que me encontré con Livvie en El Paseo. Fue la noche en que mi vida cambió del todo otra vez.

No ocurrió exactamente como contó Livvie. Ella ha sido muy amable conmigo en el relato de nuestra historia. La verdad es bastante más... complicada.

Livvie os habría dejado creyendo que nos besamos y eso era todo lo que era necesario decir.

Deseo que hubiera sido tan simple. La parte del beso es verdad. Me besó, después de un año entero sin contacto. Un año entero después de que ella matara por mí y yo se lo pagara dejándola tirada en la frontera mexicana cubierta de sangre. Me besó y mi cabeza flotó. Puedo decíroslo sin vergüenza alguna: fue probablemente lo más feliz que había estado nunca.

Luego me abofeteó. Fuerte. Creo que mi cabeza vibró.

Recuerdo agarrarme la cara y pensar: *‘Ahora voy a ir a la cárcel.’*

—¿Cómo pudiste? —preguntó Livvie. Pude oír el dolor en su voz y me destrozó.

Creí que ella había seguido adelante. Había hecho su vida y yo había vuelto una última vez para joderla. Fue un minuto que nunca terminaría. En ese simple minuto reproduje en mi mente el tiempo que Livvie y yo habíamos pasado juntos y me reprendí a mí mismo por siquiera pensar que ella podría perdonarme por las cosas que había hecho.

—No voy a huir, Livvie. Dejaré que me lleven y nunca más me verás de nuevo.

No podía mirarla a los ojos. Había estado soñando con ella tanto tiempo, imaginando su rostro sonriéndome. No podía soportar verla disgustada conmigo. No quería recordarla de esa manera.

Lentamente, el minuto más largo de mi vida se terminó. No podía oír ninguna sirena, no había ningunos hombres aplastándome contra el suelo y poniéndome unas esposas. Lo que era extraño.

—¿No verte nunca más? ¡¿Qué estúpido puedes ser?! No puedes simplemente entrar en mi vida y esperar abandonarme otra vez. No te dejaré, Caleb. No esta vez.”

Y, sí podéis creerlo... me abofeteó otra vez.

—¿Qué diablos te pasa? ¡Deja de pegarme! —Finalmente levanté la vista hacia ella, pero era una imagen borrosa. Me golpeó tan fuerte que mis malditos ojos estaban llorosos (No estaba llorando, los ojos estaban llorosos. Creo que todos nosotros sabemos que soy un cabrón y no lloro). Después de que me limpié los ojos, pude ver el enfado en los suyos, el dolor, pero también, su anhelo. Por mí. Lo sabía sólo porque podía reconocer su rostro como un espejo del mío propio.

—¿Cómo pudiste dejarme, Caleb? Pensé... pensé que estabas muerto, —gritó. Me envolvió la cintura con los brazos y me abrazó fuerte. Se sentía tan bien tenerla entre mis brazos otra vez, no podía pensar en nada excepto en la sensación de ella contra mí.

—Lo siento, Livvie. Lo siento mucho, —susurré contra su pelo. No podía creer que estuviera con ella otra vez. Ni siquiera puedo describíroslo. Basta con decir que si me hubiese muerto en ese momento, habría estado bien con ello.

Nos quedamos allí de pie durante un largo rato. Ella se aferró a mí. Yo me aferré a ella. Dijimos cosas con nuestro silencio que no podríamos poner en palabras. Supongo que eso es a lo que se refería ella cuando dijo *‘fue todo lo que era necesario decir.’*

Me sentí en ese momento todas las cosas que solo podía haber sentido con Livvie: vacío y al mismo tiempo lleno hasta reventar. —Te he echado de menos, Livvie. Te he echado de menos como no podrías creer. —No quería dejarla ir. Nunca lo quise. Me había llevado una eternidad admitirlo finalmente ante ella.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí de pie abrazándonos el uno al otro mientras los turistas pasaban junto a nosotros. Éramos simplemente otra pareja, disfrutando la calurosa noche juntos. Nadie sabía quiénes éramos o por lo que habíamos pasado para llegar a ese momento. Sin embargo, incluso en esa circunstancia elegantemente prolongada, supe que no duraría para siempre. Tenía muchas cosas que decirle a Livvie. Temía las cosas que ella podría tener que decirme a mí.

La sentí agitarse en mis brazos, sus hombros temblando contra mi pecho y supe que estaba llorando. No se lo recriminé. Tenía más que derecho a sus lágrimas. Yo, desafortunadamente, no podía expresarme de la misma manera. Habían pasado demasiadas cosas en mi vida. Había llorado todas las lágrimas que tenía dentro de mí. Todo lo que podía ofrecer era fuerza. Podía ser fuerte por ella. Podía abrazarla, ser su apoyo y cubrirla de las docenas de ojos a nuestro alrededor.

Las mujeres me miraban con furia mientras pasaban. ‘¿Qué has hecho?’ acusaban sus ojos.

Los hombres me lanzaban miradas de lástima o sonrisa condescendientes. ‘Apesta ser tú.’

Los ignoré. No eran merecedores de mi atención.

—¿Puedo sacarnos de aquí? —pregunté. Sentí el suave asentimiento de Livvie contra mi pecho. Me aparté lentamente, sin estar seguro de si estaba preparado para lo que podría ocurrir a continuación. De pronto, ya no importaba. Livvie levantó la vista hacia mí e, incluso con lágrimas en los ojos, sonreía. Había estado esperando mucho tiempo por verla sonreír. Había merecido la pena cada horrible segundo que había estado sin ella.

—Yo también te he echado de menos. Muchísimo, —susurró y se secó los ojos—. Lo siento, no pretendía llorar. Es sólo que... ¡es tan jodidamente bueno verte!

Y entonces sonreí. Tomé su mano y caminamos. A mi alrededor, la vida parecía surrealista. Habría pensado que estaba en un sueño si no fuera por la forma en que me dolía la cara. Estuve tentado a decirlo, a hacer una broma de algún tipo para romper la tensión bajo la superficie de nuestra alegría, pero opté por no decir nada. Livvie estaba conmigo y eso era todo lo que me importaba.

—¿Viniste conduciendo? —preguntó.

—Sí, —repliqué de alguna forma con torpeza—. Fui optimista, supongo. Me imaginé que de cualquier forma podría ser mi última oportunidad de conducir por las calles de Barcelona, o podría estar llevándote de vuelta a mi casa con estilo. —Me reí con poco entusiasmo. Cuanto más tardábamos en llegar a mi coche, más incómoda se volvía la situación.

Livvie dejó de caminar y yo me paré abruptamente. —No creo que esté lista para eso... Caleb. —Miró alrededor como si se estuviera asegurando de que no estuviéramos solos. Soltó su mano de la mía.

Intenté no dejar que me molestara. Por supuesto, ella debería estar aterrada de ir a cualquier sitio conmigo, pero aun así me dolía. Intenté sonreír tan sinceramente como me fue posible y me metí las manos en los bolsillos. —No tenemos que ir a mi casa. Te llevaré a cualquier sitio que quieras ir. Yo sólo... Mierda, ni siquiera sé lo que intento decir.

Livvie me dedicó una sonrisa débil, ese tipo de sonrisa que no llega a alcanzar sus ojos. Estaba tan bella, y tan triste. —No sé lo que me pasa. He sido una ruina durante las últimas cuatro horas, muriéndome por llegar aquí para poder verte y ahora... —Cruzó sus brazos alrededor de su estómago y levantó una mano para tirarse del labio inferior. Era uno de esos gestos que hacía inconscientemente. Primero se mordía el labio y luego tiraba de él con sus dedos. Me recordaba que no importaba cuánto hubiera cambiado durante el último año, había cosas en ella que nunca cambiarían.

Era natural para ella preguntarse por las formas en que yo no había cambiado. Francamente, me llevó cada ápice de autocontrol no agarrarla (a veces todavía me pasa). Había llegado tan cerca para tener lo que deseaba y en un instante parecía como si fuera a terminar incluso antes de llegar al coche. Quería agarrarla y obligarla a oírme. Quería suplicarle si hacía falta. Quería gritarle a la cara que podía cambiar, que podía ser diferente... que ella era todo lo que me quedaba a lo que poder aferrarme.

Pero hacer eso, habría sido para probarle que no podía confiar en mí. De pronto no confiaba en mí mismo. —Quizás... ¿esto ha sido un error? —eludí. Quería darle la opción, pero no estaba seguro de que pudiera soportar escuchar la respuesta.

Ella cerró los ojos y se apretó a sí misma un poco más fuerte. Sus cejas se fruncieron en lo que interpreté como tristeza. Su cabeza negó ligeramente de un lado a otro.

Lo tomé como una buena señal. Sus palabras no eran una elección, eran instinto. Me emocionó saber que su instinto era negar cualquier posibilidad de que reunirse conmigo fuera un error. Mis sentimientos hacia ella estaban en la punta de mi lengua. Había estado reprimiendo las palabras desde el momento en que la vi caminar saliendo de mi vida y si ella se hubiera dado la vuelta y me hubiera mirado incluso por un solo segundo, yo no habría sido capaz de resistirme a decírselas entonces.

Te amo.

No estaba seguro de pudiera querer decirlo en México. No estaba seguro de que ella realmente me amase. Pero el abismo que su ausencia había abierto en mí no podía ser rellenado. No con venganza, no intentando corregir mis equivocaciones, no con mujeres al azar, o bebiendo. Sólo Livvie podía completarme y tan pronto como me di cuenta de ello, no pude dejar de buscarla. Me había convertido en un obseso por saber si realmente me amaba.

—Sé lo que quiero, Livvie. Quiero ser parte de tu vida otra vez. Sé que no podemos empezar de nuevo. Sé que tienes todos los motivos del mundo para quererme muerto, pero yo...

Colocó su mano sobre mi boca. —No. Tampoco estoy preparada para eso, —dijo. Casi parecía estar enfadada conmigo.

Nunca puedo exagerar la profundidad y la belleza de los ojos de Livvie. Puedo mirar fijamente en su interior para siempre, hasta que me olvide de mi propio nombre (lo cual, admitámoslo, no me costaría mucho).

Saqué mi mano izquierda de mi bolsillo y cubrí su mano sobre mi boca. Besé sus dedos y asentí. Estaba cercano a suplicar, mientras pudiera hacerlo sin hacer de mí un idiota arrastrado. Y podría haberlo hecho en un abrir y cerrar de ojos si hubiera pensado que eso podría hacer que Livvie entrase en mi coche (vosotros y yo sabemos que soy un desvergonzado).

Lentamente, Livvie retiró su mano de mi boca y cerró sus dedos alrededor de los míos. Negó con la cabeza y sonrió con arrepentimiento. —Yo tampoco sé lo que estoy haciendo, Caleb. He deseado esto desde hace tanto tiempo. He mantenido ciertos aspectos de mi vida a la espera, pensando... esperando que algún día me encontraras de nuevo. Y ahora estás aquí y tengo que ser honesta... esto me está asustando.

Di un paso más cerca de ella. Me entusiasmé cuando ella no dio un paso hacia atrás. Su mano estaba caliente sobre la mía y sus labios rojos simplemente estaban suplicando ser besados otra vez. Me atrapó con la guardia baja con el primero. Estaba desesperado por hacer que el segundo beso durara. Pero no quería apartarla, no mientras estuviera tan cerca. —Lo sé. No espero que confíes en mí, pero, Livvie, nunca más volveré a hacer nada para lastimarte. Sólo dame una oportunidad de probarlo. ¿Cómo puedo demostrártelo? —No pude resistir la urgencia de acariciar su hombro bronceado. Parecía una Diosa. Parecía como sexo sobre unas piernas sedosas. Su lengua de gatita, tal y como la recordaba, lamió su labio inferior mientras reflexionaba su respuesta—. Me estás matando con eso, Livvie.

Su cabeza se inclinó hacia un lado. —¿Matándote con qué?

Aproveché una oportunidad y tiré de ella un poco más cerca. Saqué mi otra mano de mi bolsillo y dejé que mi pulgar recorriera el arco curvado de sus

labios. Los dos tragamos saliva. —Quiero besarte otra vez, pero tengo miedo de asustarte y que te vayas. —Di un paso hacia atrás cuando ella se tensó—. Así que no lo haré.

Era casi más de lo que tenía ganas de conseguir. El hombre impulsivo dentro de mí que estaba acostumbrado a obtener lo que quería a cualquier coste, estaba tentado a tomar el control.

Me doy cuenta de que de alguna manera habéis estado tranquilas creyendo que mis más básicas urgencias habían sido sometidas, pero eso no podía estar más lejos de la realidad en ese momento. Había pasado el año anterior a nuestra reunión corrigiendo viejos errores y en ocasiones eso significó ser el hombre que Rafiq me había criado para ser.

—¿Cómo me encontraste, Caleb? —La voz de Livvie era baja y su miedo me irritaba porque sabía que ella tenía derecho a él. Se preocupaba por mí. No se habría presentado si no lo hiciera, pero al mismo tiempo odiaba su inquietud.

—¿Qué quieres que diga? Sabes quién soy. Sabes lo que hago. —Solté su mano antes de que tuviera la oportunidad de apartarla de mí otra vez. La noche se estaba yendo a la mierda rápidamente. Estaba contento de que no hubiera hecho que me arrestaran, pero realmente no había planeado un escenario que implicase deseo y una incomodidad increíble.

—Ey, —susurró—. No quería decirlo así. Estoy feliz de verte, ¡lo estoy! Pero si tú me encontraste... ¿qué te hace pensar que otros no lo harán?"

Me sentí como un idiota. —No fue fácil. Si no hubiera sido por nuestras conversaciones, las cosas que sabía sobre ti, no creo que te hubiese encontrado. Estás a salvo, Livvie. Nadie va a venir a por ti. Te lo juro. —No mencioné que habría matado a cualquiera que se pudiese haber molestado.

—¿Qué cosas? —preguntó. Podía oír la duda en su voz.

—¿Realmente quieres saberlo, Livvie? Porque una vez que lo sepas, no podré retirarlo. —Dejé que mis ojos se encontrasen con los suyos. Estaba deseando hacer un montón de cosas para conquistarla, pero ella tenía que aceptar la dura verdad de que yo no era un hombre que jugase siguiendo las reglas de la sociedad y nunca lo sería.

—¿Hiciste daño a alguien? —Sus ojos me suplicaron que dijera que no.

—No, —dije honestamente. Incluso conseguí una sonrisa de flirteo.

Me devolvió la sonrisa. —Entonces supongo que no necesito saberlo. —Alcanzó mi mano y tiró de mí en la dirección en que habíamos estado caminando.

—Esto todavía no resuelve el problema de que lo que vamos a hacer cuando subamos a mi coche.

—¿Tiene palanca de cambio?”

—Por supuesto. ¿Por qué? ¿Finalmente has aprendido a conducir? —Me reí con el recuerdo de ella admitiendo que no sabía conducir. Me reí incluso más cuando me frunció el ceño y juguetonamente me golpeó en el hombro.

—Imbécil.

—Oh, te gusta cuando me burlo de ti.

—No. No me gusta.

—¿Entonces por qué estás sonriendo? —susurré las palabras en su oído mientras caminábamos. Todo se puso bien en mi mundo cuando la sentí darme un golpe con su hombro y su mano sujetó la mía un poco más fuerte.

—Sé conducir. Aunque no soy buena con las palancas.

—No recuerdo que fueras tan mala con la mía. —Me miró boquiabierta, pero pude ver una sonrisa tirando de sus labios. Si hay algo que sé hacer, es flirtear.

—Te he visto manejar tu palanca, Caleb. Eres mucho mejor en eso que yo. —Mantuvo el contacto visual conmigo mientras yo la miraba fijamente asombrado, pero ella todavía se sonrojaba con furor.

Intenté hacer que las palabras salieran de mi boca, pero no pude manejarlo. Me conformé con sonreír y sacudir mi cabeza. Me había hecho sentir incómodo de la mejor forma. Era una habilidad que sólo ella parecía poseer. Sé que suena infantil, pero es así.

Finalmente llegamos a mi coche. Estaría mintiendo si os dijera que no esperaba que Livvie estuviera impresionada. Si alguna vez habéis estado de pie ante la presencia de un Lamborghini Gallardo Superleggera y no habéis tenido una sensación de hormigueo en vuestras partes bajas, es que teníais que ser muy jóvenes, muy viejas o estabais completa y jodidamente ciegas.

—Bonito coche, —dijo.

Podría decir que ella estaba intentando ser indiferente. No lo hacía bien. Sabía cómo lucía cuando su coño estaba mojado. —Espera hasta que estés dentro. Es mi parte favorita. —Y sí, amables lectoras, soy así de jodidamente sutil. No le abrí la puerta del coche, pero considerando que estaba acostumbrado a que las mujeres las abrieran por mí, podemos decir que era un progreso.

Me deslicé contra el suave cuero negro y estiré la mano para alcanzar el arnés de seguridad de Livvie. Dentro del espacio cerrado del vehículo, su esencia se infiltraba en mis sentidos. Me tomé mi tiempo tirando de las cintas cruzando el pecho de Livvie. Pude sentir su ansiedad como una caricia física, pero no pensé que tuviera que ver con el miedo.

Estaba a escasos centímetros de sus labios rojos. Estaban ligeramente separados. Pude oírla tomar suaves respiraciones por la boca. Levanté la vista a sus ojos y me di cuenta inmediatamente de que ambos parecían pesados con el deseo y alerta. Estaba observando cada uno de mis movimientos con mucho cuidado.

Me incline más cerca de ella. Me moví despacio, dándole la oportunidad de decir que no, o de apartarme. Cuidadosamente, me apoyé contra su puerta con una mano. No quería mi peso sobre ella, aún no. Rocé la punta de su nariz con la mía, urgiendo a su cabeza a inclinarse hacia delante. Sentí su aliento contra mi boca, más rápido y pesado que antes. Y por fin, observé sus ojos cerrarse mientras se inclinaba hacia delante.

Dejé que la punta de mi lengua rozara su labio inferior, persuadiendo su boca a abrirse. No quería apresurar las cosas. Bueno, quería hacerlo, pero sabía cuándo no debía. Quería empujarla contra la puerta, rasgarle las bragas y embestir dentro de ella, pero sospeché que ella no lo apreciaría tanto como yo. Era suficiente en ese momento sentir sus labios abriéndose para mí. Me acerqué un poco más y ella dejó escapar un suave gemido en mi boca.

Me deseaba. Me deseaba tanto como yo la deseaba a ella.

La besé durante un largo rato. No podía tener suficiente de sus gemidos. Me gustaba amenazar con apartarme y hacerle inclinarse hacia delante, persiguiendo mi boca. Estaba muy seguro de que si usaba mis habilidades de la forma correcta, podría meter a Livvie en mi cama. Podría ver cada glorioso centímetro de ella. Saborear su coño en mi boca antes de envolverme alrededor con sus piernas y follarla hasta que ya no quedara semen dentro de mí.

Me oí a mí mismo gemir, pero no me importó una mierda. No había tenido sexo en meses y el sexo que había tenido desde Livvie no valía la pena mencionarlo o incluso pensar en ello. Me había masturbado antes de venir a encontrarme con ella y mis bolas todavía estaban pesadas. Aproveché una oportunidad y quité mi mano de la puerta. Me permití acariciarle el hombro para calibrar su reacción a mi caricia.

—Caleb, —suspiró. Se agarró a los bordes de su asiento y empujó su pecho ligeramente hacia fuera. Su lengua empujó más fuerte y más profundo dentro de mi boca.

¡Joder, sí! Quería gritar las palabras. Estiré la mano a su pecho y mi polla palpó cuando sentí lo duro que se ponía su pezón contra mi palma. Puedo decir que no llevaba sostén bajo su vestido y la fina tela me permitía sentir cada contorno suyo. Tan rápidamente como pude, presioné el arnés y liberé las cintas. Tiré de la tela hacia un lado y el precioso pecho de Livvie apareció a la vista.

—¡Caleb! —No hubo un suspiro esta vez. Estaba un poco asustada.

No dejé que eso me detuviera. Todavía podía oír el deseo en su voz. Palmeé su pecho y puse mi boca alrededor de su fruncido pezón. Lo succioné con glotonería. Gemí en voz alta y la agarré más fuerte cuando su grito golpeó el aire y sus manos finalmente sujetaron mi cabeza para tirar de más cerca.

En algún lugar de mi cabeza confundida por la lujuria sabía que la situación no era la ideal. Tan sexy como puede ser un Gallardo Superleggera, es increíblemente estrecho y ciertamente no era propicio para el festival de sexo en lugar público que tenía en mente. Tomé cada ápice de autocontrol que no poseía para apartarme del delicioso pezón de Livvie.

Fue más difícil no volver a él cuando tuve una buena vista de Livvie después de apartarme. Su cuerpo estaba inclinado en ángulo, su cabeza contra la puerta y su vestido hacia un lado para exponer uno de sus pechos. Su pezón estaba duro y mojado por mi boca. El pintalabios de Livvie merecía un premio porque sorprendentemente se mantenía en sus labios y no estaba embadurnando su cara.

—Déjame llevarte a casa, Livvie. Por favor. No puedo seguir estando así de cerca y no estar dentro de ti por más de un puto segundo. —Ahí me descubrí a mí mismo. Le dejé saber exactamente cuáles eran mis intenciones.

Recuperó su aliento lentamente. Sus oscuros ojos castaños me miraron con lujuria, pero también parecía haber un montón de otras emociones.

—¿Qué pasa? Sé que quieres esto tanto como yo. —Intenté no sonar irritado, pero era casi imposible no sonar como un cabrón cuando mi polla estaba lo suficientemente dura como para golpear clavos y esperaba tener una mejor función cerebral.

Livvie me miró con cautela. Tristemente, era una expresión que yo había llegado a conocer muy bien en nuestro tiempo juntos. Ella probablemente podía decir que yo estaba molesto y eso la estaba asustando. Cuidadosamente se ajustó el vestido y deslizó su pecho otra vez dentro de él. No parecía dejar de estar inquieta y con cada movimiento se hizo más obvio que estaba reflexionando sus próximas acciones.

Luego, con sus maravillosas tetas ocultas a la vista y su atrevido vestido estirado hacia abajo para reflejar una apariencia más recatada, habló, —Quiero hacerte unas pocas preguntas, Caleb, y necesito que seas completamente honesto conmigo. ¿Puedes hacer eso? —Miró hacia mí con sus tristes ojos marrones.

Nota aparte: ¿las mujeres practican las miradas tristes en el espejo? Me parece que todas sois demasiado buenas y lucís maravillosas y patéticas al mismo tiempo.

De cualquier modo, no podía negarme. Me tenía en una situación precaria y estaba deseando hacer lo que quiera que fuese para hacerla feliz de nuevo. Quería la oportunidad de probar las lágrimas de felicidad de Livvie otra vez. —Pregúntame cualquier cosa que quieras saber realmente. Pero sólo si crees que puedes aceptar la respuesta. —No podía acentuar ese punto lo suficiente. No podía pedirme honestidad y luego odiarme por seguir las reglas. Bueno, podía, pero es una putada hacerle eso a un hombre.

—Vale, —dijo con resolución—. Conduce y yo haré mis preguntas.

Levanté una ceja incrédulo. —¿No sería más fácil preguntarme ahora, cuando no tenga que abrirme camino entre el tráfico? ¿Y a dónde exactamente quieres que te lleve?

Livvie sonrió coqueta y tímida e hizo que me doliera el pecho. Podía ser una jodida provocadora a veces. —Te quiero distraído, Caleb. No quiero darte la oportunidad de moldear tu versión de la verdad. Eres muy bueno con las verdades a medias. Tan sólo conduce dando vueltas y yo te diré cuando parar. Quédate en la ciudad, nada de carreteras rurales. —Estiró la mano hacia su arnés y se lo abrochó.

No sabía si estaba ofendido o impresionado, pero decidí continuar con la más agradable de las dos.

—¿No confías en mí? —pregunté y sonreí. Ella siempre había sido una fan de mi sonrisa.

—Hasta cierto punto, —replicó suavemente—. Confío en ti lo suficiente como para entrar en tu coche, pero no puedes culparme por ser cautelosa.

Pude sentir mi rostro y mi cuello arder. No era inmune a mi culpa. Me sentía culpable por un montón de cosas concernientes a Livvie y ella tenía razón. Tenía derecho a mucho más que la cautela. Me aclaré la garganta para romper la tensión. Me adapté lo más ocultamente que pude, me coloqué el arnés y encendí el coche.

—¡Guau! —Livvie agarró el asa de la puerta mientras el coche rugía de vuelta a la vida y el motor hacía que nuestros asientos vibraran.

Sonreí sabiendo que su coño había recibido una pequeña descarga. Mis bolas también apreciaron las revoluciones por minuto. Salí de mi plaza de aparcamiento e intenté concentrarme en abrirnos paso fuera del tráfico lleno de turistas. En la boca de mi estómago, mi ansiedad se revolvió y amenazó con arruinarme la cena. —Vale, soy todo tuyo. Pregúntame cualquier cosa que estés preparada para oír. —Por el rabillo del ojo pude ver una sonrisa formándose en las comisuras de la boca de Livvie.

—¿Eres todo mío? —preguntó.

Miré en su dirección. —¿Lo dices en serio? ¿Esa es tu primera pregunta? Esto debe ser más fácil de lo que pensé. Sí, Livvie, soy todo tuyo. —Le guiñé un ojo por añadidura. Mi estómago se sintió un poco mejor cuando la vi sonreír.

—Es bueno saberlo. Pero no será tan fácil. Cuando me ofreciste llevarme a casa, ¿te referías a mi casa? —Su tono daba pistas de su inquietud.

De pronto supe hacia donde iba a ir esta conversación. Sin embargo, había prometido contestar honestamente y como parte de reinventarme a mí mismo quería mantener mi promesa. —No querías ir a la mía, así que pensé que la tuya estaría mejor.

—¿Sabes dónde vivo? —acusó.

Puse los ojos en blanco. —Sí.

Se quedó callada un momento, pero no podía calibrar sus pensamientos porque tenía que concentrarme en las calles estrechas e inconexas. —Bueno, —dijo resuelta—. Tiene sentido que sepas dónde vivo, estoy segura de que lo averiguaste mientras me buscabas.

—Así fue. —Sonreí otra vez, pero no puedo estar seguro de si era genuino. No me gusta contestar preguntas, especialmente las que suenan como una trampa.

—¿Hace cuánto tiempo que sabes dónde estoy? —El tono de su voz era menos que amistoso.

—Livvie, yo...

—Caleb. Lo prometiste.

Rechiné mis dientes. —Lo he sabido hace unas pocas semanas. —Apreté los frenos para evitar golpear a un grupo de borrachos idiotas que cruzaban la calle. Putos adolescentes, se creen los dueños del mundo. Bajé mi ventanilla sin pensar y les grité—. ¡Salid de la puta carretera! —Uno de ellos me enseñó un dedo y me llamó maricón en español—. Te voy a enseñar lo que es ser un maricón, pequeña perra. ¡Empezaré jodiéndote la cabeza!

—¡Caleb! —Livvie me gritó y agarró mi brazo. Giré mi cabeza rápidamente hacia ella y pude ver que estaba un poco más que aterrada. Me irritó más de lo que comprendí en ese momento. Observé como el grupo de idiotas hinchas de futbol seguían caminando calle abajo. Seguían riéndose y gritándome. Quería dispararle en la rodilla a cada uno de ellos.

Un claxon sonó estrepitosamente detrás de mí. Pisé el acelerador y nos propulsé hacia una rotonda demasiado rápido. —Estoy no está yendo como esperaba, Livvie. Obviamente tienes miedo de mí y yo me estoy irritando. Quizás debería llevarte a casa. —Sentí una punzada en mi pecho mientras hablaba. No quería

llevarla a casa, al menos no dejarla tirada. Pero no podía soportar más juegos del gato y el ratón. Ese no soy yo.

—Si eso es lo que quieres, entonces creo que sería lo mejor. —Definitivamente estaba enfadada.

—No. No es lo que quiero. No habría pasado por todos esos malditos problemas para encontrarte si fuera eso lo que quiero. Por favor, sé racional.

—Sé racional tú, Caleb. ¿Apareces de la puta nada y esperas que me caiga de espaldas y con las piernas abiertas para ti? ¡No! No hasta que sepa qué coño has estado haciendo durante el último año. No hasta que sepa por qué estas de vuelta en mi vida y qué esperas de mí.

Bien, eso tenía sentido. Sabía que lo tenía. No tenía que gustarme. Mi vida entera había cambiado. Había abandonado todo lo que conocía y lo último que quería hacer era hablar de ello. ¿Por qué tienen que hablar tanto las mujeres? Si estáis hambrientas, coméis. Si estáis sedientas, bebéis. Si queréis que alguien os folle hasta reventar, ¡simplemente decidlo!

Por supuesto sabía que no podía decir ninguna de esas cosas sin dispararme metafóricamente en el pie. Había venido para arrastrarme. Joder, debería arrastrarme. Respiré hondo y aminoré. El coche prácticamente se paró y bajó a 40 km/h. —No espero que te caigas de espaldas y te abras de piernas —dije pausadamente—. Pero sería agradable. —Miré en su dirección y le dediqué mi sonrisa más sugerente. Me fulminó con la mirada, pero también sonrió.

—No sé lo que esperaba, mascota. He estado pensando en ti durante mucho tiempo. Supongo que quería decirte que lo siento. Sé que no puedo borrar nuestro pasado. No puedo prometerte que soy una persona completamente distinta. Estoy hecho un desastre en formas que la mayoría de la gente posiblemente no pueda comprender, pero me importas. Tenía que encontrarte y decirte que eres lo único que me importa ya. —Mantuve mis ojos en la carretera y tragué saliva. Mi orgullo era grande y habría tenido que tragar más de una vez para forzarlo a bajar.

Suspiró. —Yo... también me importas, Caleb. El pasado año no fue fácil para mí. No es sólo mudarme o dejar ir a mi familia y amigos... —Se quedó callada por un minuto. Cuando habló, había lágrimas en su voz—. Me traicionaste.

Podría también haberme dado otra bofetada. Quizás darme un puñetazo en el estómago por añadidura. Sabía cuánto me afectaría la palabra 'traición'. —¿Cómo? —Hice la pregunta con tanta suavidad como pude.

—Estaba preparada para irme contigo. Después de todo lo que habías hecho. Y tú simplemente... me abandonaste. No tienes ni idea de todo por lo que he pasado. Cuanto me he esforzado para convertirme en... humana. —Susurró las palabras. Miró por la ventana y observó las mismas calles pasar por su lado.

No estoy seguro de a dónde fui mentalmente. Seguí haciendo círculos alrededor del mismo gran bloque de edificios. Recordaba ese día. Lo había reproducido en mi mente un millón de veces durante el último año. ¿Qué podía decirle? La verdad era horrible. Había matado a Rafiq el día antes. Había enterrado a la única familia que había conocido jamás y estaba dándole vueltas al descubrimiento de que él había sido la causa de cada horrible cosa que me había ocurrido. Lo quería. Lo maté. No podía mirar a Livvie sin compararme con Rafiq. La había secuestrado, torturado, violado y apartado de todo lo que conocía. Y ella decía que me amaba. Esa había sido la peor parte.

—Quería que estuvieras segura. —Mis palabras sonaban extrañas, rígidas. Creo que si hubiera sido capaz, podría haber llorado. Había llorado ese día en México. Había tenido una buena razón.

Sentí la mano de Livvie en mi brazo. Me sorprendió y me trajo de vuelta del lugar en el que había estado. Me tomé unos segundos sólo para mirarla. Era tan jodidamente bella, no sólo en el exterior, sino también en el interior. Era más fuerte que yo. Era más valiente. Ella no quería venganza.

—Sé por qué me hiciste salir. Me llevó mucho tiempo aceptarlo, pero lo entiendo. Sé que fue tu forma de ser altruista, tu forma de sacrificarte. Pero me hiciste sacrificarme a mí también. Te perdí. —Me dedicó una sonrisa con ojos llorosos. Su mano agarró más fuerte mi antebrazo, reconfortándonos a ambos. Siempre había sido buena en eso—. Casi consiguieron que creyera que no fue real. Casi me vuelvo una completa chalada. —Sonrió genuinamente y no pude evitar imitarla.

—Estás loca, Livvie. Pero no te habría aceptado de cualquier otra forma. —Le di la vuelta a mi mano y ella movió a su mano dentro de la mía. Es estúpido lo feliz que eso me hizo—. En caso de que no te hayas dado cuenta, yo no soy el mejor ejemplo de salud mental.

—Oh, me di cuenta.

—Zorra. —Fingí insultarla.

—Cabrón.

La amaba. Quería decírselo, pero sabía que no sería tan simple. Tendríamos que ir al principio. Deberíamos comenzar de nuevo y redescubrir todas las razones por las que debíamos estar juntos. Con total honestidad, eso me asustó. No sabía cómo ser normal. Nunca antes había estado en una cita. —Te he echado de menos.

Ella me estrujó la mano.

—Llévame a un hotel, Caleb.

Me enderecé visiblemente. Hubo un momento fugaz de lucha interna mientras contemplaba darle respuestas a preguntas que no me había hecho, pero al final yo sólo tenía que ser yo mismo. Soy el maestro de las verdades a medias.

—Conozco el lugar adecuado.

CONTINÚA EN: Epilogue: The Dark Duet

Créditos

Moderadora de Traducción

Lady_Eithne

Moderadora de Corrección

Lsgab38

Traductoras

Judithld

Lady_Eithne

Carasole

Eliana

Tersa

Cpry

Angie

Xasdram

Zyan

Maryjane

C_Kary

Darklover

5hip

Ivio4

Katiliz94

Correctoras

Vickyra

Juli_Arg

Noebearomero

Enereitz

Karina_Matthew

Eliana

Anaizher

Wanderer

Angeles Rangel

Samylinda

Gabymart

Recopiladora

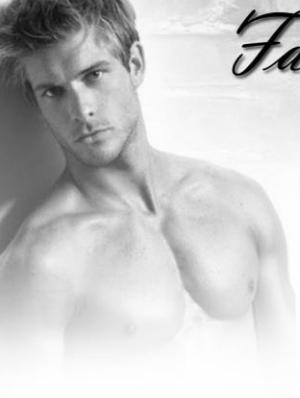
Lsgab38

Diseñadora

Francatemartu

Revisión final

Lady_Eithne



Traducido, corregido y diseñado en...



370

<http://thefallenangels.activofero.com/forum>

SEDUCED IN THE

dark

